F. Javier Álvarez García
Bernardo J. García García (eds.)

EN LA CORTE DE APOLO

RETÓRICA ANTIESPAÑOLA EN LA ITALIA DEL BARROCO



Ediciones Universidad
Salamanca

EN LA CORTE DE APOLO

RETÓRICA ANTIESPAÑOLA EN LA ITALIA DEL BARROCO

Esta publicación es resultado del proyecto de I+D+i *POLEMHIS2. Espacios mediáticos, mercado de la opinión y formas de negociación en los conflictos de la Monarquía Hispánica (1559-1725)* (PID2024-156705NB-I00), adscrito a la Universidad Complutense de Madrid y financiado por la Agencia Estatal de Investigación del Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades, y Fondos FEDER/UE (MICIU/AEI/10.13039/501100011033).

EN LA CORTE DE APOLO

RETÓRICA ANTIESPAÑOLA EN LA ITALIA DEL BARROCO

Edición de
F. Javier Álvarez García
Bernardo J. García García

Ediciones Universidad Salamanca

Acta Humanitatis, 17

© de la edición,
Ediciones Universidad de Salamanca

© del texto,
los autores

© de las traducciones,
sus autores

1.ª edición: octubre 2026

ISBN: 978-84-1091-281-6 (impreso)
ISBN: 978-84-1091-297-7 (PDF)
DOI: https://doi.org/10.14201/OAH0017
DL: S 362-2026

Ediciones Universidad de Salamanca
Plaza San Benito s/n
E-37002 Salamanca (España)
www.eusal.es

Maquetación, impresión y encuadernación:
Gráficas Lope

Hecho en UE-Made in EU

Todos los derechos reservados.
Ni la totalidad ni parte de este libro
puede reproducirse ni transmitirse sin permiso escrito de
Ediciones Universidad de Salamanca.

Ediciones Universidad de Salamanca es miembro de la UNE
Unión de Editoriales Universitarias Españolas
www.une.es

♠

CEP. Servicio de Bibliotecas

En la corte de Apolo : retórica antiespañola en la Italia del Barroco / edición de
F. Javier Álvarez García, Bernardo J. García García.—1ª edición: octubre 2026.— Salamanca :
Ediciones Universidad de Salamanca, [2026]
448 páginas.—(Acta humanitatis ; 17)

DL S 362-2026.—ISBN 978-84-1091-281-6

1. Sátira política italiana-Historia y crítica. 2. Literatura italiana-Siglo 17. I. Álvarez García,
Francisco Javier, 1988-, editor, autor. II. García García, Bernardo José, 1964-, editor.

821.131.1-7"16".09

A Mónica García
(1972-2024)

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 13
F. Javier Álvarez García y Bernardo J. García García

1. LA PROSA SATÍRICO-POLÍTICA DE TRAIANO BOCCALINI COMO MODELO LITERARIO. DE LOS *RAGGUAGLI DI PARNASO* A LA *PIETRA DI PARAGONE POLITICO* 27
Mónica García Aguilar

2. ESPAÑA ANTE EL TRIBUNAL DE APOLO. OPINIÓN, REPUTACIÓN Y CONFLICTO POLÍTICO EN LA GUERRA DEL MONFERRATO 73
F. Javier Álvarez García

Textos sobre la guerra de sucesión del Monferrato (1613-1618) 108
2. 1. [Carlos Manuel de Saboya]. *Don Gioanni de Mendozza chiama in Parnaso ad Apollo il trionfo per le vittorie in Piemonte* 108
2. 2. [Teodoro Pelleoni, atrib.]. *Ragguagli di Parnaso. Centuria quarta* 110
2. 3. *Risposta alla quarta centuria de' Ragguagli di Parnaso* 120
2. 4. *Replica alla risposta contra la quarta centuria de' Ragguagli di Parnaso* 125
2. 5. [*Censura fatta alla quarta centuria*] 130

3. EL PARNASO EN ARMAS. IMITACIÓN, PROPAGANDA Y SÁTIRA POLÍTICA EN LA POLÉMICA HISPANO-VENECIANA (1616-1618) 133
Federica Cappelli

Textos sobre las tensiones con la república de Venecia (1616-1618) 158
3. 1. *Aviso de Parnaso en el cual se refiere la pobreza y miseria a que han llegado la república de Venecia y el duque de Saboya escrito por un curioso novelista español. Con unas anotaciones* [de Giacomo Castellani] *muy importantes sobre las cosas que en él se contienen* 158
3. 2. [Giacomo Castellani]. *Castigo essemplare de' calunniatori* 203

4. LA NEUTRALIDAD VENECIANA EN DISPUTA. LA CRISIS DE LA VALTELINA Y LA PERSUASIÓN POLÍTICA EN UN *AVVISO DI PARNASO* 219
María Sol García González

Texto sobre la crisis de la Valtelina (1618-1620) 252
4. 1. *Avviso di Parnaso sopra le cose della Valtellina* 252

5. EL ASEDIO DE VERRUA DE 1625. EL POTENCIAL MEDIÁTICO DE UN EPISODIO MILITAR MENOR 263
Alfonso Patón Roldán

Textos sobre el asedio de Verrua (1625) 304
5. 1. *Conseglio di Stato sopra la fuga de' spagnuoli da Verrua* 304
5. 2. *Risposta per la riputazione spagnuola al finto Conseglio di Stato con le annotationi* 310
5. 3. *Censura fatta in Parnaso al finto Consiglio di Stato sopra la fuga de' spagnuoli di sotto Verrua* 322
5. 4. *All'invitissimo signor duca di Feria sopra l'Assedio et Partenza da Verrua* *326*
5. 5. Epigrama latino a la retirada de Verrua 330

6. UNA GUERRA DE PAPEL EN LA CONJURA GENOVESA DE ANSALDI-VACHERO 331
Alessia Ceccarelli

Textos sobre el ataque franco-saboyano (1624-1625) y el conflicto civil en la república de Génova (1627-1629) 349
6. 1. [Giovan Antonio Ansaldi]. *Ragguaglio di Parnaso. La republica di Genova manda un suo segretaro in Parnaso perchè le sia decretato il trionfo come a liberatrice d'Italia* 349
6. 2. [Gian Michele Zoagli]. *La republica di Genova và in Parnaso a scioglier il voto per le vittorie ottenute contro de' suoi nemici* 368

7. «FUNERALE E SEPOLTURA DELLA SERENISSIMA RIPUTAZIONE DI SPAGNA». LA GUERRA DE SUCESIÓN DE LOS DUCADOS DE MANTUA Y MONFERRATO EN LA VORÁGINE DE LA INFORMACIÓN VOLANTE 385
Blythe Alice Raviola

Textos sobre la guerra de sucesión de Mantua y Monferrato (1628-1630) 414
7. 1. *Ragguaglio di Parnaso sopra il movimento dell'armi di Spagna contro il duca di Nivers* 414

7. 2. *Segue il funerale et sepoltura della Serenissima Riputatione di Spagna da farsi alli Capuccini fuori della città di Casale* 417
7. 3. *Appollo da' audienza ad una lite ridicola che verte tra gl'hortolani monferrini et li soldati spagnoli* 419
7. 4. *La Monarchia spagnola scorse pericolo d'esser scacciata fuori da Parnasso dalla Monarchia francese, per non haver operato conforme alla legge d'Amaso, re d'Egitto, già publicata per ordine della Maestà d'Appollo* 422
7. 5. *Raguaglio dell'ultima ragunata tenuta in Parnaso alla presenza d'Apollo sopra l'affari d'Italia a 18 d'ottobre 1629* 425
7. 6. *Raguaglio tenuto in Parnaso alli 10 decembre 1629, nel quale si stabilisce la guerra e ciascuno potentato spiega le sue insegne* 429
7. 7. *Ragguagli di Parnaso* 435
7. 8. *Avviso di Parnaso per Casale e Breda* 438

LISTA DE ILUSTRACIONES 445



Fig.1.
Jan van Vianen, según diseño de Jan Goeree, frontispicio alegórico en el que Apolo entronizado en el Parnaso es coronado por las Tres Gracias, y le acompañan un sátiro que vende bagatelas (*Nuge venales*), con un retrato del filósofo risueño y hedonista Demócrito a sus pies, mientras un Momo alado divulga cuentos de enredos. En un segundo plano, Hermafrodito y Dionisos bailan y celebran ante una efigie de Priapo en forma de estípite.
Grabado con buril. *ca.* 1670-1739. Rijksmuseum, RP-P-OB-15.666.

978-84-1091-297-7 (PDF) / 978-84-1091-281-6 (impreso)
https://doi.org/10.14201/0AH00171326

INTRODUCCIÓN
Del «Bocalino» al campo de batalla

F. Javier Álvarez García
Bernardo J. García García

Pocos autores italianos de inicios del Seiscientos alcanzaron una notoriedad comparable a la de Traiano Boccalini (Loreto, 1556) (fig. 2). La publicación de las dos centurias de sus *Ragguagli di Parnaso* (1612-1613) y, al año siguiente, de su póstuma *Pietra del paragone politico* (1614), convirtió al literato en una de las voces más influyentes de la cultura política europea del siglo xvii. Concebidos como avisos procedentes del reino de Apolo, donde príncipes, repúblicas, generales, embajadores y ministros comparecían para ser juzgados por sus acciones, los *Ragguagli* ofrecían una innovadora combinación de sátira, comentario político y reflexión sobre la razón de estado. El artificio permitía abordar cuestiones de extraordinaria actualidad bajo el velo de la ficción alegórica, transformando el Parnaso en un observatorio privilegiado desde el que examinar las tensiones políticas del momento. El éxito fue inmediato. Las obras de Boccalini conocieron numerosas reediciones, fueron traducidas a muy diversas lenguas y circularon ampliamente, también de forma manuscrita, por los principales centros políticos y culturales del continente. Más importante aún, dieron origen a un auténtico lenguaje político compartido, una forma particular de interpretar la actualidad que pronto sería adoptada por imitadores, continuadores y polemistas de muy diversa procedencia. Durante décadas, el tribunal de Apolo se convirtió en uno de los escenarios más concurridos de la república de las letras.

La Monarquía Católica no permaneció ajena a este fenómeno. Los escritos de Boccalini circularon tempranamente entre los lectores españoles, suscitaron controversias y refutaciones, y fueron objeto de iniciativas editoriales destinadas a facilitar su difusión. En 1634, la imprenta madrileña de María de Quiñones daba luz a los *Discursos políticos y avisos del Parnaso*,

obra en la que el religioso portugués Antonio Vázquez, miembro de la orden de los Clérigos Regulares Menores, oculto tras el pseudónimo de Fernando Pérez de Sousa (fig. 3), publicaba un centenar de avisos extraídos de las dos primeras centurias de los *Ragguagli di Parnaso*. Aunque censuró algunos de los discursos políticos más comprometedores, su traducción testimonia hasta qué punto los textos boccalinianos habían logrado abrirse paso entre el público hispánico, y confirma el interés que seguían despertando más de dos décadas después de su *editio princeps* en italiano. Lejos de constituir una moda pasajera, el Parnaso de Boccalini había pasado a formar parte del repertorio político y literario de la Europa barroca.

Sin embargo, la recepción de las obras de Boccalini en España estuvo lejos de ser unánime. Algunos lectores apreciaron la agudeza de sus observaciones y reconocieron el ingenio de una fórmula literaria capaz de convertir la actualidad política en materia de juicio y discusión. El propio Quevedo conoció bien los *Ragguagli* y encontró en ellos procedimientos y recursos que dejarían huella en algunas de sus composiciones satírico-políticas. Otros reaccionaron con abierta hostilidad, alarmados por la capacidad que demostraron tener aquellos avisos para erosionar reputaciones, cuestionar glorias establecidas y someter a escrutinio público a ministros y gobernantes hispanos.

Las reacciones que suscitaron permiten medir mejor que ningún otro indicador el alcance de su impacto. En la dedicatoria a fray Hortensio Félix Paravicino que precede a la comedia *El cardenal de Belén* (1620), Lope de Vega recordaba con evidente irritación cómo «en nuestros días, el Bocalino, ignorante maldiciente, escribió en sus raguallos del Parnaso que el gran capitán Gonzalo Fernández de Córdoba no merecía llamarse *grande*». El dramaturgo celebraba a continuación la respuesta ofrecida por Antonio de Porras, prueba inequívoca de que los juicios pronunciados en el tribunal de Apolo eran considerados lo bastante importantes como para exigir escritos específicos de refutación. La controversia en torno al Gran Capitán revelaba hasta qué punto las sentencias del Parnaso habían dejado de pertenecer exclusivamente al ámbito de la ficción literaria para proyectarse sobre el terreno, mucho más sensible, de la reputación política.

Pocas imágenes retratan mejor ese malestar que el soneto «A los Raguallos de Bocalini, escriba de sátiras», incluido por el Fénix de los Ingenios en las *Rimas humanas y divinas del licenciado Tomé de Burguillos*, publicadas en 1634, y que reproducimos a continuación:

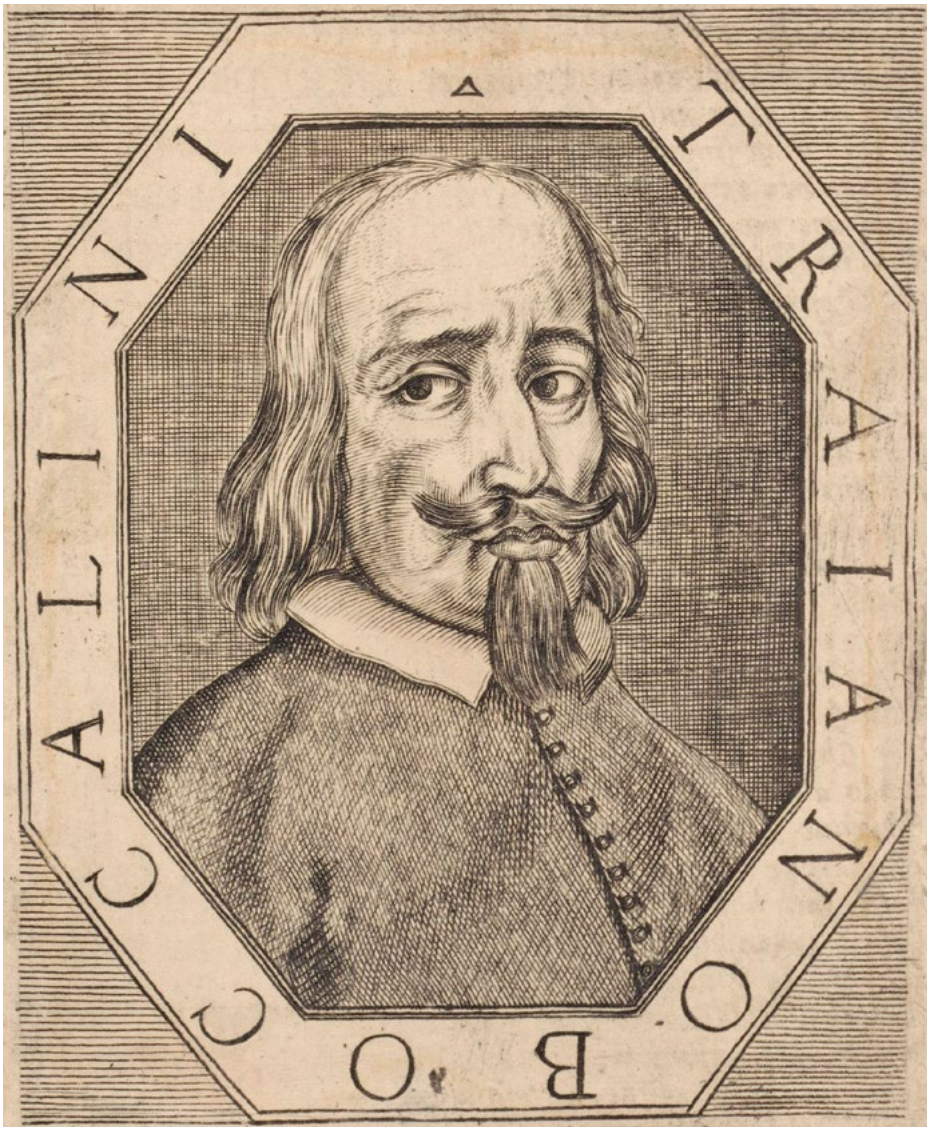


Fig. 2
Retrato de Traiano Boccalini, extraído de Lorenzo Crasso, *Elogii d'hvomini letterati* (In Venetia: per Combi & la Noù, 1666), t. 1, fol. 159. Rijksmuseum, RP-P-2019-511.



Fig. 3
Marten Droeshout, portada de la obra *Segunda parte de los Avisos del Parnasso de Trajano Bocalini cavallero romano. Traduxolos del idioma toscano al español Fernando Perez de Sousa* (S. l.: s. n., s. a. [*ca.* 1653]). Talla dulce.
Biblioteca de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, inv. GR-0340.

Señores españoles, ¿qué le hiciste
al Bocalino, o boca del infierno,
que con la espada y militar gobierno,
tanta ocasión de murmurar le diste?
El Alba, con que siempre amaneciste,
noche quiere volver de oscuro invierno,
y aquel Gonzalo y su laurel eterno,
con quien a Italia y Grecia oscureciste.
Esta frialdad de Apolo y estafeta
no sé qué tenga tanta valentía,
por más que el decir mal se la prometa.
Pero sé que un vecino que tenía,
de cierta enfermedad sanó secreta,
poniéndose un raguallo cada día.

Para Lope de Vega, el autor de los *Ragguagli di Parnaso* había dejado de ser un simple escritor satírico para convertirse en una presencia incómoda y persistente, siempre dispuesta a encontrar en las dificultades de la Monarquía Hispánica una nueva ocasión para ejercer su mordacidad. La deformación de su apellido en «boca del infierno» encerraba mucho más que una ocurrencia ingeniosa: revelaba la irritación provocada por un autor cuya autoridad no descansaba en cargos, ejércitos o embajadas, sino en una herramienta mucho más difícil de combatir: la capacidad de modelar y destruir la reputación de hombres y estados.

El dramaturgo madrileño volvió sobre Boccalini en varias ocasiones. En un segundo soneto respondió a uno de los episodios de los *Ragguagli*, donde un español muerto en duelo era enterrado sin camisa. El poeta transformó la burla en una defensa de la austeridad castellana y devolvió el golpe a los italianos, acusados de compensar con encajes y refinamientos lo que les faltaba en otras virtudes. En un tercer poema intentó desacreditar la celebridad del escritor italiano atribuyéndola a un recurso tan antiguo como eficaz: la sátira. «Los que no saben escribir en ciencia, por la sátira van hacia la fama», afirmaba con desdén. Boccalini no sería, según esta lectura, más que uno de esos autores que alcanzan notoriedad explotando la inclinación humana universal hacia la difamación.

La objeción encerraba, sin embargo, una contradicción difícil de disimular. Lope se esforzaba por presentar los *ragguagli* como burlas de dudosa autoridad, como un «peligroso remedio» para lectores demasiado crédulos, o incluso como simples emplastos capaces de curar «cierta enfermedad secreta». Pero cuanto más insistía en rebajar a Boccalini, más evidente resultaba la magnitud del fenómeno que pretendía ridiculizar. Nadie dedica

tres sonetos a un escritor irrelevante; nadie se toma la molestia de refutar una voz incapaz de influir en la conversación pública. La sátira podía ser despreciada, pero no ignorada.

La indignación de Lope constituye, en este sentido, un excelente punto de partida para comprender la fortuna del modelo boccaliniano. En la segunda década del Seiscientos, el tribunal de Apolo había dejado de ser una mera ficción literaria para convertirse en un espacio reconocible de intervención política. Desde el Parnaso se juzgaban campañas militares, se examinaba la conducta de gobernantes, se repartían honores y censuras, se certificaban reputaciones y se pronunciaban sentencias que aspiraban a circular con la misma rapidez que las noticias que las inspiraban. Bajo la apariencia de un ingenioso juego erudito, Boccalini había creado una poderosa máquina de interpretación de la actualidad.

Esta literatura satírica aprovechaba un entorno muy propicio como el que generaba la existencia de cortes y ciudades noticieras, y un público dispuesto a servirse de ella. El propio Lope de Vega se vale de este recurso en la trama de su comedia *¡Ay, verdades, que en amor…!* (1625), en la que el galán Don García simula, sin haber salido de la corte española, que había venido de Milán a Madrid por orden del duque de Feria para despachar con el conde duque de Olivares, justificando así su presencia ante la dama Celia, cuyo amor pretende frente al galán Don Juan. Para ello, se acerca a las postas de Madrid para ponerse al día de los avisos llegados desde Italia (acto III, vv. 1648-1657 y 1661-1670):

Don García: Diré que el Duque me envía
con despachos para el Conde
y pasaré a medio día
con postas la calle adonde
hay más guerra que solía,
y así todos pensarán
que he llegado de Milán,
porque no tengo paciencia
para sufrir que en ausencia
quiera bien Celia a don Juan.
[…]

Luego, ¿no es fácil contar
mentiras si no hay testigos?
En Madrid, como a porfía,
amanecen cada día
tres cosas hasta las pruebas:

mudanzas, arbitrios, nuevas,
y así lo será la mía.
De Génova y de Saboya
las historias contaré
que pasó Grecia con Troya.

En su encuentro con Celia, Don García alude brevemente al socorro de Génova protagonizado por el II marqués de Santa Cruz y al asedio de Verrua emprendido por el duque de Feria en 1625 bajo una climatología muy adversa, acontecimientos que veremos en este volumen convertidos en materia crítica de diversos avisos del Parnaso (acto III, vv. 1969-1994):

Celia: De la gente vencedora,
¿qué nuevas nos dais?

Don García: ([*Aparte*.]) (Aquí
fingiré lo que no vi,
pues de Madrid no he salido,
mas donde hay tanto fingido,
¿por qué ha de faltarme a mí?)
El generoso marqués
de Santa Cruz restauró
lo que Génova perdió
y fue por tierra después;
del gran Filipe a los pies
rindió, Celia, las banderas
de las armas extranjeras,
con el hispano estandarte;
porque es en la tierra Marte,
y Neptuno en las galeras.
El de Feria, que dilata
con eterno aplauso y loa
el nombre de Figueroa,
invicto al César retrata;
ganar una fuerza trata
inespugnable. El invierno
quiere ser diluvio eterno,
que algún planeta contrario
quiere que tenga el Acuario
del fin del año el gobierno.

La prueba más evidente del éxito de los avisos del Parnaso reside, sin embargo, en que el sistema sobrevivió a su creador. La muerte de Boccalini en 1613 no clausuró el tribunal de Apolo; simplemente dejó vacante su presidencia. Durante las décadas siguientes, el Parnaso continuó funcionando con una vitalidad extraordinaria, poblándose de una multitud de imitadores, continuadores y polemistas que hicieron suyo aquel lenguaje para discutir los principales conflictos del momento, en particular aquellos que desgarraban la península italiana. El presente volumen se interesa, precisamente, por esa transformación, por esa segunda vida de los *Ragguagli di Parnaso*. No se ocupa del Boccalini canonizado por la historia literaria, sino del Boccalini convertido en método, lenguaje y arma política.

El extraordinario desarrollo de esta literatura menor no puede entenderse al margen del contexto político y cultural en el que surgió y alcanzó su madurez. Las primeras décadas del siglo XVII coincidieron con un momento particularmente complejo para la Monarquía Hispánica. Mientras la denominada *Pax Hispanica* anunciaba el triunfo de la negociación sobre las armas, comenzaban a multiplicarse las voces que interpretaban la política de Felipe III y de su valido el duque de Lerma como síntomas de una pérdida progresiva de energía, autoridad y prestigio. En una Italia acostumbrada a observar con atención los movimientos de la Monarquía Católica y dotada de una arraigada tradición de debate político, refinamiento retórico y experimentación literaria, el tribunal de Apolo ofrecía un espacio privilegiado desde el que examinar la fortuna de sus príncipes y ministros. No es casual, por tanto, que fuera allí donde muchas de las tensiones políticas del primer Seiscientos encontraran una de sus expresiones más originales y perdurables.

El éxito del modelo boccaliniano se explica también por la extraordinaria plasticidad de sus mecanismos narrativos. A diferencia de otros géneros polémicos, el tribunal de Apolo suspendía las fronteras impuestas por el tiempo, el espacio e incluso la experiencia humana. En sus salas podían coincidir emperadores romanos y gobernantes contemporáneos; los muertos discutían con los vivos; héroes, poetas, médicos, capitanes y juristas de distintas épocas eran convocados para juzgar los acontecimientos del presente. Así, el Parnaso se configuraba como un reino y corte de la fama, proyección alegórica de los principados terrestres, donde se reproducían consejos de gobierno, audiencias, embajadas, ceremonias diplomáticas, disputas de precedencia y conflictos políticos, cortejos y triunfos. Gracias a esta atemporalidad, los problemas del presente podían ser sometidos al juicio de la historia, mientras que los grandes personajes del pasado eran convertidos en árbitros de las controversias contemporáneas.

Tampoco se trataba de una literatura concebida únicamente para el combate. Los avisos parnasianos nacieron en un ambiente profundamente marcado por la sociabilidad erudita, las academias literarias y el gusto por el artificio retórico. Bajo la apariencia de un brillante juego intelectual se articulaban complejas reflexiones sobre la razón de estado, la reputación, la guerra y la diplomacia. Sin embargo, pese a su indudable interés, esta producción continúa siendo hoy una parcela poco explorada de la cultura política de la Italia barroca, y es precisamente ese vacío el que este libro aspira a llenar.

Esta obra se estructura en siete capítulos que permiten contextualizar los conflictos, autores y problemas históricos que dieron origen a los avisos parnasianos aquí editados, así como a analizar sus estrategias retóricas, sus formas de circulación y sus usos políticos. Van encabezados por un primer capítulo que presenta el subgénero satírico creado por Traiano Boccalini y su evolución en vida del autor y entre los primeros seguidores. Los restantes capítulos se ocupan de algunos de los principales escenarios en la Italia barroca en los que el lenguaje boccaliniano encontró una particular fortuna, desde la guerra del Monferrato (1613-1618), pasando por las tensiones de los Habsburgo con la república de Venecia (1616-1618) y la crisis de la Valtellina (1618-1620) hasta las hostilidades franco-saboyanas y los conflictos internos en la república de Génova (1624-1629), o la guerra de sucesión de Mantua y Monferrato (1628-1631). Dejamos aparte aquellos *ragguagli* producidos en relación con la guerra franco-española (1635-1659) o durante la guerra civil por la sucesión del ducado de Saboya (1638-1642), y en otros contextos del centro y sur de Italia (Roma, Nápoles, Sicilia) en distintas cronologías. Los seis casos escogidos aquí remiten a los complejos equilibrios políticos del norte de Italia durante la primera mitad del siglo xvii y ofrecen al lector las claves necesarias para comprender el contexto en el que nacieron estos textos, amén de las múltiples funciones que desempeñaron dentro de las dinámicas políticas y comunicativas de su tiempo. Unas décadas en las que una prolífica guerra de plumas y opinión trataba de minar la hegemonía hispánica en la península italiana y en el contexto europeo, dadas las conexiones que impresos, manuscritos, estampas y mapas brindaban para la circulación de textos e imágenes entre distintos conflictos en los que estaba implicada la Monarquía española.

Este volumen ofrece, a modo ilustrativo, la edición de veintiún avisos parnasianos seleccionados de un corpus considerablemente más amplio, cuya verdadera extensión continúa siendo difícil de determinar. Aunque diversos textos han sido publicados de manera aislada desde el siglo xvii hasta nuestros días, nunca habían sido reunidos en un volumen concebido

específicamente para mostrar la amplitud, diversidad y riqueza de este fenómeno cultural.

La dispersión geográfica que caracteriza estas obras dificulta todavía hoy la reconstrucción completa de su producción. Los ejemplares utilizados para esta edición proceden de fondos conservados en Turín, Florencia, Milán, Venecia, Nápoles, Roma y Brescia. Este hecho constituye por sí mismo una prueba de la amplitud alcanzada por el fenómeno y de las dificultades que plantea su estudio. Ninguna biblioteca, tampoco ningún archivo, conserva una colección representativa del conjunto, circunstancia que obliga a reconstruir este acervo textual polemista a partir de testimonios dispersos, a menudo únicos y, en ocasiones, escasamente conocidos por la historiografía. No resulta extraño, por ello, que una parte significativa de esta producción continúe todavía al margen de los principales repertorios bibliográficos. De hecho, varios de los textos aquí publicados ni siquiera fueron recogidos por Harald Hendrix (1995) en su conocido catálogo de imitaciones boccalinianas.

Particular interés reviste también la coexistencia de testimonios manuscritos e impresos. De los veintiún textos reunidos en este volumen, doce han llegado hasta nosotros en forma manuscrita y nueve a través de la imprenta. Esta distribución ilustra la doble naturaleza de una producción situada a caballo entre los circuitos restringidos de información política y los mecanismos de difusión propios del mercado editorial barroco. El Parnaso pobló de manuscritos bibliotecas privadas, academias y redes de correspondencia, pero también se benefició de las bondades que ofrecían los talleres tipográficos, capaces de multiplicar el alcance de sus mensajes y proyectarlos hacia públicos más amplios. Además, lejos de constituir piezas aisladas, los textos aquí reunidos formaban parte de un entramado comunicativo mucho más amplio en el que relaciones de sucesos, discursos políticos, estampas, pinturas, mapas, poemas o canciones circulaban de manera paralela, alimentándose mutuamente y contribuyendo a conformar la percepción contemporánea de los acontecimientos. Un espacio comunicativo, por tanto, caracterizado por la intermedialidad, en el que escritura, imagen y voz contribuían conjuntamente a modelar la opinión.

Otro de los rasgos más característicos de esta literatura satírica de circunstancia es precisamente el anonimato que envuelve a la mayor parte de sus autores. La virulencia de muchos de sus contenidos, la crítica dirigida contra gobernantes, ministros, repúblicas y potencias europeas, así como la propia naturaleza polémica del género, aconsejaban ocultar la identidad de quienes tomaban la palabra en el tribunal de Apolo. El anonimato no constituía una excepción, sino una de las condiciones habituales de producción



Fig. 4
Stefano della Bella, *Parnaso*, 1649. Frontispicio para la portada a *Les Oeuvres* de Paul Scarron, publicadas en Paris por Toussaint Quinet, *ca.* 1650. Grabado al buril.
The Metropolitan Museum, De V. 148. 951ii.

y circulación de estos escritos. Pese a ello, las investigaciones realizadas al respecto han permitido identificar con razonable seguridad a los autores de seis de los textos aquí editados, proporcionando valiosas pistas sobre los ambientes políticos, culturales e intelectuales en los que fueron concebidos.

Aunque este volumen dista de agotar una producción mucho más extensa, sí permite apreciar algunas de las principales características del género: la diversidad de sus temas, la amplitud de sus ámbitos de circulación, la pluralidad de sus posicionamientos políticos y la extraordinaria capacidad del lenguaje boccaliniano para adaptarse a contextos muy distintos. Los textos aquí editados muestran, ante todo, la estrecha relación existente entre el parnasismo político y los conflictos que marcaron el devenir del norte de Italia en las primeras décadas del Seiscientos. Sin embargo, esta constituye solo una parte de un fenómeno mucho más amplio cuya verdadera dimensión permanece todavía insuficientemente conocida. El estudio de su recepción y desarrollo en los territorios italianos de la Monarquía Hispánica o en la Roma pontificia y su proyección más allá de los confines de la península sigue siendo una tarea abierta que habrá de ocupar futuras investigaciones.

Con el propósito de facilitar la lectura, se ha optado por una modernización de la grafía, la puntuación y la acentuación, respetando en todo momento las particularidades esenciales de los textos originales. En aquellos ejemplares que ya habían sido editados con anterioridad se han revisado las transcripciones y corregido lecturas a partir de los testimonios originales. En esta labor de revisión merece una mención especial el trabajo de Silvia Toppetta (Università di Modena), cuya contribución ha resultado fundamental para mejorar la calidad de las ediciones aquí presentadas.

El origen de este volumen se encuentra en el III Curso de Historia cultural «Avisos de Parnaso. Sátira política y noticias en los conflictos de la Italia barroca (1612-1629)», celebrado un ya lejano 9 de junio de 2022 en la Fundación Carlos de Amberes. Aquella jornada reunió a especialistas interesados en la figura de Boccalini y en la fortuna que alcanzó el lenguaje parnasiano en la cultura europea de los siglos modernos. Las reflexiones allí planteadas sobre la relación entre sátira, información y conflicto, y la capacidad del modelo boccaliniano para intervenir en los debates de su tiempo, constituyen el punto de partida de los trabajos que integran esta obra.

Entre quienes participaron en aquella jornada se encontraba Mónica García Aguilar, profesora titular de filología italiana en la Universidad de Granada y autora del primero de los estudios que forman parte de este volumen. Su fallecimiento a finales de 2024 truncó una trayectoria investigadora que todavía tenía mucho que ofrecer y supuso una triste noticia para

quienes compartimos con ella encuentros, intereses y conversaciones. No hemos querido, sin embargo, dejar de incluir el trabajo al que dedicó tantas horas de estudio y reflexión en los últimos años de su vida. La preparación editorial de un texto que no había alcanzado todavía su versión definitiva ha exigido afrontar dificultades que ella misma habría resuelto con el rigor y la dedicación que caracterizaron su labor. Aun así, nos pareció un deber –académico, pero sobre todo humano– hacer cuanto estuviera en nuestra mano para que su voz siguiera ocupando el lugar que le correspondía en este proyecto en forma de libro. En este sentido, queremos expresar nuestro agradecimiento a sus familiares más cercanos por la confianza y el apoyo brindado en el proceso. Por todo ello, hemos querido dedicar este libro a la memoria de Mónica, con la certeza de que su luz continuará brillando, serena y perdurable, en el Parnaso.

Esta obra que el lector tiene ahora entre sus manos es resultado del proyecto de investigación I+D+i *POLEMHIS2. Espacios mediáticos, mercado de la opinión y formas de negociación en los conflictos de la Monarquía Hispánica (1559-1725)*, adscrito a la Universidad Complutense de Madrid y dirigido por Bernardo J. García García (MICIU–AEI–FEDER/UE, PID2024-156705NB-I00). Se inscribe, además, en una línea de trabajo dedicada al estudio de las guerras de papel y las controversias políticas de la Europa moderna. En cierto modo, prolonga itinerarios ya explorados en publicaciones anteriores como *Guerra en el Parnaso. Gestión política y retórica mediática de la crisis del Monferrato (1612-1618)* de F. Javier Álvarez García, *Diplomacia y opinión pública en las relaciones hispano-británicas (1624-1635)* de Beatriz Álvarez García o el monográfico *El mercado de la opinión pública en los conflictos de la Monarquía Hispánica en Italia (siglos XVI-XVII)* de la revista *Cuadernos de Historia Moderna* y editado por F. Javier Álvarez García y Massimo C. Giannini, a las que se sumará un volumen sobre *La dimensión mediática de los conflictos hispano-franceses (1559-1660). Discursos y representaciones*, editado por Beatriz Álvarez García, Lourdes Amigo Vázquez y Bertrand Haan.

Solo resta encomendar estas páginas al juicio del lector. Confiamos en que el recorrido por estos avisos, controversias y ficciones políticas permita comprender mejor aquel universo de papel que acompañó a los grandes conflictos de la Italia barroca y, al mismo tiempo, apreciar la extraordinaria vitalidad de un lenguaje que sobrevivió a su creador para convertirse en una de las formas más originales de la comunicación política europea. Si al cerrar este libro el lector tiene la impresión de haber asistido a una nueva audiencia en el tribunal de Apolo (fig. 4), nuestro propósito habrá quedado cumplido.

978-84-1091-297-7 (PDF) / 978-84-1091-281-6 (impreso)
https://doi.org/10.14201/0AH00172772

1. LA PROSA SATÍRICO-POLÍTICA DE TRAIANO BOCCALINI COMO MODELO LITERARIO

De los *Ragguagli di Parnaso* a la *Pietra di paragone politico*[*]

Mónica García Aguilar
Universidad de Granada

El nuevo género retórico boccaliniano: una sátira útil y divertida

En el otoño de 1612 se publica en Venecia la *editio princeps* de los *Ragguagli di Parnaso* de Traiano Boccalini (fig. 1) en la tipografía que Pietro Farri había heredado unos años antes de su padre. Como muchos otros impresores venecianos, Farri apostaba especialmente por autores a quienes les precediera cierto prestigio literario, garantizándose así un beneficio seguro, como advierte Mario Infelise: «difficile identificare quindi nella sua produzione direttive editoriali che vadano al di là del desiderio di ottenere il più pronto esito commerciale»[1]. En este sentido, la obra de Boccalini era una clara apuesta, su autor estaba completamente convencido de que su obra iba a alcanzar la fama que efectivamente más tarde tuvo, ya que «l'ultimo fine di chi manda gli scritti suoi alla stampa senza dubbio alcuno è il far acquisto della publica lode e co' suoi sudori

[*] Edición a título póstumo del trabajo entregado por Mónica García Aguilar para este volumen, que ha realizado Bernardo J. García García. Completa el aparato crítico del original siguiendo, en general, las indicaciones marcadas por la autora, revisa cuestiones formales e incluye una nueva estructura en epígrafes para adaptarlo al estilo de la publicación.

[1] Mario Infelise, «Farri, Domenico», en *Dizionario Biografico degli Italiani* (Roma: Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 1995), vol. 45. https://www.treccani.it/enciclopedia/domenico-farri_(Dizionario-Biografico)/.

comperar quella immortalità al nome suo»[2]. La notoriedad de los avisos boccalinianos a principios de siglo era, además, un hecho indiscutible. Durante años, el autor había compartido copias manuscritas de algunos de estos escritos satíricos con su círculo más íntimo e, incluso, había enviado sus *Ragguagli* a varios príncipes europeos como Enrique IV de Francia o Jacobo I de Inglaterra para recibir de ellos su más alta estima. Igualmente, junto con una carta de 13 de octubre de 1610[3] se los mandó al duque de Urbino Francesco Maria II della Rovere para obtener su beneplácito en la impresión de su obra y, el 20 mayo de 1611, Boccalini perseveró en su esfuerzo escribiendo incluso al cardenal Scipione Borghese con el fin de que intercediera ante el duque de Saboya para asegurarse otro «privilegio di stampa» más:

> Perché, se io arrivo ad ottener da tutti i prencipi d'Italia i privilegi che desidero, stante la curiosità dell'opera che farò stampare, mi accertano tutti gli amici miei ch'io radunerò tal somma di danari, che potrò star in Roma a goder della vertuosa conversazione di tanti letterati che frequentano la casa di Vostra Signoria Illustrissima, nella quale stanno poste tutte le delizie mie[4].

Boccalini, por tanto, estaba seguro del éxito que tendría la publicación de sus avisos, pero también era consciente de que el carácter punzante de algunos de ellos iba en contra de la modestia literaria propia del literato de corte y que, por tanto, podría provocar un enfrentamiento inesperado con los órganos censorios del Santo Oficio. Por ello, admite entonces ante el cardenal nepote Scipione Borghese que:

> Questi avisi, i quali solo ho composti per dilettar con essi il mio Ill.mo Mecenate, et i quali per infiniti rispetti non voglio in modo alcuno, che vadino alla stampa, sottopongo alla censura della Santa Madre Chiesa Romana, della quale mi glorio di voler vivere, et morire obbedientiss. et riverentissimo[5].

[2] Carta de Traiano Boccalini a Francesco Maria II della Rovere, duque de Urbino. Venecia, 19 de octubre de 1612, en Traiano Boccalini, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, ed. por Luigi Firpo (Bari: Laterza, 1948), carta XXIII, III, 365.

[3] Carta de Traiano Boccalini a Francesco Maria II della Rovere. Roma, 13 de octubre de 1610, en Boccalini, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, carta XVIII, III, 358.

[4] Carta de Traiano Boccalini al cardenal Scipione Caffarelli Borghese. Sassoferraro, 20 de mayo de 1611, en Boccalini, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, carta XX, III, 360.

[5] Giovanni Mestica, *Trajano Boccalini e la letteratura critica e politica del Seicento* (Firenze: Tipografia di G. Barbèra, 1878), 102. Boccalini, en efecto, antes de publicar las dos centurias de sus *Ragguagli* los somete a una rigurosa revisión, tal y como podemos leer en un breve ensayo biográfico titulado *Biografía o notizie sulla vita e le opere di Traiano Boccalini* del abad Francesco Parisi, bibliotecario de Casa Borghese en el siglo xviii y que



Fig. 1.
Retrato de Traiano Boccalini inscrito en un óvalo sostenido por dos sátiros, siglo XVII.
British Museum, Gg,4E.103. © The Trustees of the British Museum.

Así pues, tras la buena aceptación que tuvo la publicación de la primera centuria, en septiembre de 1613 ve la luz en Venecia, en esta ocasión en la tipografía de Barezzo Barezzi, la segunda centuria de los *Ragguagli di Parnaso* ahora ya «co i Privilegi di tutti i Potentati d'Italia, e fuor d'Italia della Maestà Christianissima»[6]. Boccalini llega a ver en pocos meses cómo cada ejemplar de sus *Ragguagli* «subito come lampo è dalle stampe sparito», de modo, como explica el tipógrafo milanés Giovan Battista Bidelli, «che da molti ho havuto io instanza di farne in questa città la rinovatione: et incontinenti, che vi ho posto la mano»[7]. En efecto, tal fue la celebración entre los lectores de este primer volumen, «il quale di materia politica tratti, od a quella s'accosti, che tutti si veggono correre; come di saporito cibo avidi, a pascerne l'intelletto», que en el mismo 1613 se publicaron simultáneamente en Milán y Florencia dos ediciones arbitrarias de la primera centuria de los avisos boccalinianos[8].

La difusión de los *Ragguagli di Parnaso* resultó imparable en los grandes estados italianos del momento, de manera que las sentencias de Apolo recogidas fielmente por el *menante* boccaliniano se hicieron muy célebres entre el público de la serenísima república de Venecia, de la Florencia de Cosimo II de Medici y del ducado de Milán, que justo en 1613 asistía al

---

Luigi Firpo transcribe en uno de sus trabajos. En estas páginas se nos informa de que Parisi transcribió la copia manuscrita de los 44 *Avvisi de' menanti* que Boccalini le envió al cardenal Scipione Borghese el 20 de junio de 1609 y la cotejó con los correspondientes volúmenes impresos, llegando a la conclusión de que antes de entregarlos a la imprenta «li castrò, togliendone tutto ciò che potea dispiacere a' grandi, e gli *Avvisi* rimanenti, restati inediti, danno ora a noi il merito di arricchirne la letteratura». Véase Luigi Firpo, «Una inedita biografia settecentesca del Boccalini», *Giornale storico della letteratura italiana* 137 (1960): 235.

[6] Así figura en el frontispicio de Traiano Boccalini, *De' Ragguagli di Parnaso. Centuria Seconda* (In Venetia: Appresso Barezzo Barezzi, 1613). Durante los años que duró el proceso de impresión de los *Ragguagli*, Boccalini siguió pidiendo el privilegio de impresión a diversos príncipes, véase Donatella Gagliardi, «Fortuna y censura de Boccalini en España: una aproximación a la inédita *Piedra del parangón político*», *Studia Aurea* 4 (2010): 192-194; y Donatella Gagliardi, «A vueltas con la inédita *Piedra del parangón político*», *Studia Aurea* 8 (2014): 387-416.

[7] Giovanni Battista Bidelli, «Dedicatoria a don Amadeo dal Pozzo, marqués de Voghera», Milán, 10 de abril de 1613, en Traiano Boccalini, *De' Ragguagli di Parnaso* (In Milano: Per l'herede di Pietro Martire Locarni & Gio. Battista Bidelli, compagni, 1613).

[8] *Ibidem*. En cuanto a la edición florentina, se trata de Traiano Boccalini, *De' Ragguagli di Parnaso. Centuria prima* (In Firenze: Appresso Giandonato e Bernardino Giunti, e compagni, 1613).

comienzo de la repentina guerra de sucesión de Monferrato[9]. Precisamente en Milán, la tipografía de Giovan Battista Bidelli destacó especialmente durante la primera mitad del siglo XVII por su intensa actividad y por su importante papel en el sistema del comercio librero, favoreciendo en gran medida la circulación y difusión de sus volúmenes impresos en el Milanesado, pero también en Francia, Alemania, Países Bajos y hasta la misma España. Bidelli, por tanto, «svolse un ruolo centrale nel mondo del libro milanese e lombardo del Seicento, corrispondendo con letterari famosi, stranieri, sfruttando relazioni commerciali con la Germania, costruendosi un gruppo di lettori fedeli, contornandosi di estimatori politicamente e socialmente potenti nell'ambiente urbano»[10].

Por ello, la Europa protestante pudo leer los *Ragguagli di Parnaso* al mismo tiempo que lo hacía la católica Italia, incluso mucho antes de que los impresores franceses, alemanes e ingleses publicaran sus distintas versiones de los avisos boccalinianos[11]. Mientras tanto, el interés de los lectores italianos por esta obra y el afán económico de muchos impresores propició una imparable vorágine editorial que multiplicó, en apenas cinco años, las ediciones tanto de la primera como de la segunda centuria de los *Ragguagli*[12]: Giorgio Teler, Giovanni Guerrigli y Francesco Prati en Venecia, Giovan Battista Bidelli en Milán, Giovanni Antonio Caneo en Florencia y Alessandro Visdomini en Sabbioneta hicieron circular por toda la península italiana numerosos ejemplares de esta novedosa forma de presentar e interpretar la ciencia política del Seiscentos:

[9] Sobre este conflicto, véase Antonio Bombín Pérez, *La cuestión de Monferrato (1613-1618)* (Vitoria: Colegio Universitario de Álava, 1975); *Monferrato 1613. La vigilia di una crisi europea*, ed. por Pierpaolo Merlin y Frédéric Ieva (Roma: Viella, 2016); *El Piamonte en guerra (1613-1659). La frontera olvidada*, ed. por Bernardo J. García García y Davide Maffi (Madrid y Aranjuez: Fundación Carlos de Amberes y Ediciones Doce Calles, 2020); y Francisco Javier Álvarez García, *Guerra en el Parnaso. Gestión política y retórica mediática de la crisis del Monferrato (1612-1618)* (Madrid: Ediciones Doce Calles, 2021).

[10] Anna Giulia Cavagna y Anja Wolkenhauer, «Editoria, tipografia e un alfabeto istoriato nella Milano del Seicento: § 1- Editoria e fortuna sociale del libraio Giovanni Battista Bidelli», *Gutenberg Jahrbuch* (2001): 198.

[11] Sobre las traducciones de los *Ragguagli di Parnaso* a otras lenguas, véase Luigi Firpo, *Traduzioni dei 'Ragguagli' di Traiano Boccalini* (Firenze: Edizione Sansoni, 1965); y Harald Hendrix, *Traiano Boccalini fra erudizione e polemica. Ricerche sulla fortuna e bibliografia critica* (Firenze: Leo S. Olschki, 1995), 23-61.

[12] La lista de las ediciones publicadas entre 1614 y 1620 puede consultarse en Hendrix, *Traiano Boccalini fra erudizione e polémica*, 335-338.

> Fattosi già noto a molti, che de' Letterati Romani, il sig. Traiano Boccalini a tale soggetto impiega i suoi componimenti; non si tosto ha egli dato in luce un raggio de' più gravi, che è stato il libro dei *Ragguagli di Parnaso*, nel quale con lo scherzare intorno gli affetti, et usi di ordinaria gente, si come intorno le attioni, et interessi de' Prencipi [...] sodamente discorre[13].

En efecto, Traiano Boccalini es sumamente consciente de la originalidad de sus escritos, de la creación incluso de un nuevo estilo literario para tratar esta disciplina que iba más allá de dilucidar sobre la teoría política con la que se gobernaban los Estados del momento, porque «delle cose Politiche, e Morali seriamente hanno scritto molti begl'ingegni italiani, e bene; con gli scherzi, e con le piacevolezze niuno, ch'io sappia. Questa piazza come vuota, questa materia come nuova mi son forzato di occupare, e di trattar'io, con quella felicità, che dirà il Mondo»[14].

Es innegable el esfuerzo y la dedicación que Boccalini demostró durante años para elaborar la *summa* de su pensamiento crítico-político que, además, no puede entenderse sino a la luz de la obra de Cornelio Tácito. El escritor lauretano emprende desde muy temprana edad la exigente iniciativa de comentar la obra del historiador romano hasta casi el final de sus días. Fue, sin duda, en palabras de Guido Bentivoglio, un «gran anatomista e minuzzatore di Tacito»[15], y a finales de siglo ya había redactado un buen número de páginas, más de 250 folios manuscritos, con observaciones acerca de la teoría política del escritor latino. De manera que los comentarios que durante gran parte de su vida hizo a los *Annales*, las *Historiae* y *La vida de Agrícola* de Tácito pueden considerarse la esencia de su teoría política.

Para ello, fue fundamental su etapa como funcionario del Estado Pontificio bajo el pontificado de Clemente VIII, en la que el escritor lauretano pudo disponer de ese necesario «otio di attendere a questi studij» gracias a la estabilidad económica que le confería el cargo de gobernador de los distintos territorios eclesiásticos a los que fue destinado[16]. Además, no hay que olvidar que desde su llegada a la Curia Romana en 1592, Boccalini supo

[13] Bidelli, «Dedicatoria a don Amadeo dal Pozzo, marqués de Voghera».

[14] Traiano Boccalini, «Dedicatoria al cardenal Bonifacio Caetani», Venecia, 21 de septiembre de 1613, en Traiano Boccalini, *De' Ragguagli di Parnaso. Centuria Seconda* (In Venetia: Appresso Barezzo Barezzi, 1613).

[15] Guido Bentivoglio, *Memorie e Lettere*, ed. por Costantino Panigada (Bari: Gius. Laterza & Figli, 1934), 97.

[16] Traiano Boccalini, «Dedicatoria al cardenal Scipione Borghese», Venecia, 21 de septiembre de 1612, en Traiano Boccalini, *De' Ragguagli di Parnaso. Centuria Prima* (In Venetia: Appresso Pietro Farri, 1612).

potenciar sus inquietudes intelectuales rodeándose de destacadas personalidades en el ámbito de la ciencia política y la literatura: Clemente VIII, al que el lauretano consideraba «mio benefattore», «felice in vero in ogni sua azione», «al quale io non posso ricordare senza cumulo di molte lodi»[17]; el cardenal nepote Pietro Aldobrandini; su secretario Giacomo Sannesio; su gran amigo Gianfrancesco Peranda; y, a través de él, los cardenales Arrigo y Bonifacio Caetani, fomentaron una docta y erudita conversación con el lauretano sobre cuestiones de historia política clásica y moderna. Y gracias precisamente a la simpatía y aprecio que Boccalini mostraba por su círculo más íntimo de confidentes intelectuales pudo acceder a información privilegiada en determinados asuntos políticos de la Curia Romana y es posible que, como señala Francesco Parisi, Arrigo Caetani y su secretario Gianfrancesco Peranda «avessero al Boccalini somministrate le notizie per comporre i suoi *Ragguagli*»[18].

Es un hecho indiscutible, por tanto, que la anteriormente mencionada notoriedad pública y literaria que Traiano Boccalini alcanzó a lo largo de toda su vida estuvo íntimamente ligada a la viva protección que recibió siempre de los cardenales y prelados de la Curia Romana. Así, tras la muerte de Clemente VIII en 1605, la familia Aldobrandini dio paso a la familia Borghese con Paolo V como nuevo papa y Scipione Borghese Caffarelli como uno de los cardenales nepotes más influyentes y poderosos de todo el Seiscientos. En esta nueva Santa Sede, por tanto, bajo el manto protector de los cardenales Scipione Borghese y Bonifacio Caetani, «personaggi dotati di vivo ingegno, buone lettere e scienza politica, e allora nella corte papale autorevolissimi»[19], Boccalini inicia la composición de sus *Ragguagli di Parnaso*:

> Quel tempo, che avanza alle fatiche de' miei *Comentarij*, che ogni giorno fabbrico sopra gli *Annali*, e le *Istorie* del prencipe degli scrittori politici Cornelio Tacito, volontieri per mia ricreatione spendo nella piacevole compositione de' *Ragguagli di Parnaso*, ne' quali scherzando sopra le passioni, et i costumi degli huomini privati, non meno, che sopra gl'interessi, e le attioni de'

[17] Traiano Boccalini, *La bilancia politica di tutte le opere di Traiano Boccalini. Parte seconda, nella quale si comprendono le osservationi et considerationi politiche sobra il primo libro delle Storie di Cornelio Tacito e sopra la Vita di Giulio Agricola, scritta dal medesimo auttore. Il tutto illustrato dagli avvertimenti del cavalier Ludovico du May* (Castellana [i. e. Ginebra]: Per Giovanni Hermano Widerhold, 1678), 231.

[18] Firpo, «Una inedita biografia settecentesca del Boccalini», 233-234.

[19] Mestica, *Trajano Boccalini e la letteratura critica e politica del Seicento*, 21.

> Prencipi grandi, nell'uno, e nell'altro soggetto sensatamente mi son forzato dir daddovero[20].

Con estas significativas palabras da inicio la dedicatoria que Traiano Boccalini le hace al cardenal Scipione Borghese en la edición veneciana de 1612 de la primera centuria de sus avisos. Es evidente aquí la intención del autor de establecer una manifiesta continuidad literaria e ideológica entre sus observaciones a la obra de Tácito y sus mordaces composiciones político-morales. En efecto, Boccalini confiesa abiertamente en la introducción a sus *Commetari* que hablará sin reserva alguna «de' Principi de' nostri tempi», aun sabiendo que «tutti non avrebbono gusto d'udire divulgare certe azioni, ch'era meglio il non averle commesse, e stimo che alcuni prencipi viventi si chiameranno offessi, ch'io interpreti l'azzioni e le loro intenzioni a mio capriccio»[21]. Si bien seguidamente añade:

> che non ho scritto questo commentario per darlo alle stampe, se prima non l'haverò diligentemente ispurgato col crivello d'amichevoli censori, i quali chiamerò in soccorso e a farmi frutto del loro spassionato giudizio, volendo risecare dalle mie composizioni quel più che non sarà per approvare la maturità del loro parere, non volendo io pubblicare cosa di che possa offendere la modestia del mondo[22].

Es un discurso acre y violento que se extiende a lo largo de tres voluminosos ejemplares manuscritos y en el que la crítica sociopolítica a los reinados de Carlos V y de Felipe II, sobre todo, es constante y tenaz en su propósito[23].

Sin embargo, la prosa sobria, directa y analítica con la que Boccalini diserta en sus *Comentarios* sobre los grandes acontecimientos de la historia

[20] Boccalini, «Dedicatoria al cardenal Scipione Borghese».

[21] «Introduzzione alle osservazzioni di Traiano Boccalini romano sopra gli *Annali* di Cornelio Tacito», en Boccalini, *La bilancia politica di tutte le opere di Traiano Boccalini*, s. fol.

[22] *Ibidem.*

[23] Sobre la fortuna de los volúmenes manuscritos de los *Commentari*, su censura y ediciones, véase Donatella Gagliardi, «De autocensuras y censuras: el accidentado camino a la imprenta de los *Comentarii sopra Cornelio Tacito* de Boccalini (con un parecer del Consejo de Estado español)», en *Las razones del censor. Control ideológico y censura de libros en la primera Edad Moderna*, coord. por Cesc Esteve i Mestre (Bellaterra: Universitat Autònoma de Barcelona, 2013), 217-237. Tal y como Donatella Gagliardi describe en su estudio sobre esta obra, Boccalini arremete sin reparo ni medida sobre todo contra Felipe II, al que califica cuanto menos de vengativo, severo y poco magnánimo, usurpador de la libertad, raíz de la decadencia política y administrativa de una Italia que resistía con dificultad el peso de la tiranía española a finales del siglo xvi (*ibidem*, 232-235).

política europea y de sus protagonistas adquiere un estilo completamente diferente en los *Ragguagli di Parnaso*. El discurso agudo y mordaz que utiliza en sus más de doscientos avisos da muestra de un ejercicio literario en el que, gracias sobre todo a la metáfora, Boccalini se atrevió a hablar «in cifra de' Prencipi medesimi», utilizando un lenguaje figurativo «che sotto 'l velame delle parole nasconde senso allegorico»[24].

A ello alude Boccalini constantemente en su epistolario en los meses previos a la publicación de sus avisos. Confiesa en varias ocasiones que el contenido de su libro trata «de' più scelti precetti politici e morali» examinados de manera franca, con la libertad y la madurez que le habían concedido tantos años de dedicación a la obra de Tácito. Estas cuestiones políticas a las que Boccalini hace alusión tienen que ver, sobre todo, con los acontecimientos históricos que estaba protagonizando la fragmentada Italia *cinquecentesca* debido a la política imperial española. Así pues, Boccalini como acérrimo defensor de la doctrina tacitiana pone su atención especialmente en la división territorial que la Roma clásica sufrió a lo largo de su historia y que provocó esas guerras intestinas que ahora estaba viviendo Italia a finales del siglo XVI en su lucha de poder ante la tiranía de la Monarquía Hispánica.

Por ello, «affinché l'aperta verità, della quale ho fatto particolare professione, non m'apporti danno concitandomi contro lo sdegno di quei principi grandi degli interessi e pensieri de' quali ho ragionato», Boccalini, con su singular ingenio literario y con la prudencia habitual con la que preservaba sus escritos de la censura eclesiástica, presentó los *Ragguagli di Parnaso* «sotto metafora e scherzi piacevoli», «con le vesti delle facezie» y «con le larve delle metafore»[25].

La metáfora es, sin duda, la piedra angular de la estructura alegórica de los *Ragguagli di Parnaso*, la pieza retórico-literaria que consigue equilibrar los extremos opuestos de la poética horaciana («aut prodesse volunt,

[24] Véase Lorenzo Franciosini, *Vocabolario italiano spagnolo* (In Roma: A spese di Gio. Angelo Ruffinelli & Angelo Manni, appresso Gio. Paolo Prosilio, 1620), 16, que incluye una acepción de la palabra *cifera* (cifra), como un «enigma cioè detto oscuro» con un significado encubierto.

[25] Cartas de Traiano Boccalini a Jacobo I, rey de Inglaterra; Francesco Maria II della Rovere, duque de Urbino; y Francesco II Gonzaga, duque de Mantua. Venecia, 27 de agosto, 19 de octubre y 31 de octubre de 1612, respectivamente, en Boccalini, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, cartas XXI, XXIII y XXIV, III, 361-363 y 365-366.

aut delectare poëtae»)[26], que Boccalini articula reiteradamente en su obra porque «il libro che ora si stampa contiene materie politiche e morali, ma però dette con tal piacevolezza e sotto la scorza di tali finzioni che [...] così fattamente spero di aver unito il serio col piacevole, l'utile col dolce»[27].

La sátira política, por tanto, que el escritor lauretano emplea en sus numerosos avisos refleja esta doble vertiente del axioma horaciano. Por un lado, el *utile*, que, con una función doctrinal, comprende esa efectiva ideología política antiespañola propia de Boccalini ilustrando, desde una mordaz perspectiva crítica, los numerosos episodios históricos que llevaron a Italia a padecer la imparable ambición expansionista de la Monarquía Hispánica[28]. Al mismo tiempo, sin embargo, se exalta el carácter moral de los avisos boccalinianos, porque al fin y al cabo, como señala Nicola Bonazzi, «la satira è uno scandaglio antropologico, una lente che scruta vizi e virtù degli uomini, un abito morale che giudica e riporta tutto alla misura di un saper vivere fuori dagli eccessi e dalle cattive abitudini»[29]. Por ello, es importante para Boccalini que sus composiciones satíricas no testimonien solamente los desaciertos y abusos del poder imperial español en Italia, sino que transmitan también una enseñanza moral y una crítica social destinadas a despertar necesariamente la conciencia de un pueblo italiano que asiste con pasiva tolerancia a su propia devastación:

> Tu, Stato di Milano, tu, regno di Napoli, tu, Sicilia, tu, Stato ecclesiastico, come vi trovate? Esaminate bene una volta voi stessi, e considerate la vostra distruzione; avvertite come vi si levan continuamente i vostri figliuoli e le vostre sostanze, e come si van nutrendo col vostro sangue guerre ingiustissime, e con i vostri tesori si pascono orribili arpie, delle quali vedete ormai ripiene le piazze e le case vostre[30].

Por otro lado, el factor ideológico político de estas composiciones se presenta en los *Ragguagli di Parnaso* con la *piacevolezza* del discurso satírico,

[26] «Los poetas pretenden o ser provechosos o brindar diversión», *Epistola ad Pisones o Arte poética*, v. 333 en Horacio, *Sátiras. Epistolas. Arte poética*, ed. por José Luis Moralejo (Madrid: Gredos, 2015), 403.

[27] Carta de Traiano Boccalini a Francesco IV Gonzaga, duque de Mantua. Venecia, 5 de octubre de 1612, en *ibidem*, carta XXII, III, 364.

[28] Ejemplar resulta el Ragguaglio VI (*Gli Spagnuoli tentano l'acquisto di Sabbioneta, né gli riesce*), en Boccalini, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, III, 22-23.

[29] Nicola Bonazzi, *Dire il vero scherzando: moralismo, satira e utopia nei 'Ragguagli di Parnaso' di Traiano Boccalini* (Milano: FrancoAngeli, 2017), 18.

[30] Vittorio Gorresio, *La tirannide in berlina: Boccalini e Tassoni* (Roma: Colombo, 1945), 157.

con la ingeniosidad de «quelle pellegrine invenzioni e que' graziosi modi d'introdur le materie»[31], porque «ridentem dicere verum / quid vetat?»[32]. Boccalini, en efecto, se muestra en sus avisos parnasianos como intérprete veraz de los acontecimientos sociopolíticos y culturales que asolaban la Europa del tardo *Cinquecento*, pero no lo hace bajo la fórmula de la crónica histórica, sino que proyecta un mundo imaginario en donde el *ragguaglio* político convencional se formula con la comicidad que le ofrecía ese «piacere decifratorio» del que habla Bonazzi[33]. Todo ello lleva al autor a utilizar la metáfora como el registro retórico más eficaz en su prosa satírico-política, sin olvidar la hipérbole, la ironía, la burla o la parodia que formarán también parte de esa «arguzia di sali» (chispa de sal) propia de los avisos boccalianianos.

Con todo, Boccalini era consciente de la dificultad que representaba alcanzar ese equilibrio retórico-literario que la fórmula horaciana del *dulce et utile* requería y que «i più saggi letterati negocio se non impossibile molto arduo almeno hanno sempre provato». Por ello, como precursor de un nuevo estilo compositivo, enumera extensamente los códigos expresivos que, según él, debían constituir la base normativa de la sátira sociopolítica del primer Seiscientos:

> Dilettar con le facetie il Lettore, e non lo stomacar con le buffonerie; trattar materie alte, e servirsi di concetti bassi; parlar di uno, et intender di un altro, scuoprirsi, e non volere essere veduto; dir de' sali, e non inciampar nelle insipidezze; punger con la satira, e non mordere con la maladicenza; scherzare, e dir daddovero; trattar cose politiche, e non offender chi domina; nelle persone de gli huomini morti riprender i vitij de' vivi, con modesto artificio ne' tempi passati censurar le corruttele del Secolo presente; et in un medesimo suggetto far quella gran forza di Ercole, quell'ultima gagliardia dell'ingegno humano, che altrui acquista la vera corona della lode di mischiar l'utile col dolce[34].

Con estos mismos principios estéticos escribió Boccalini un grupo de avisos particularmente satíricos «ne' quali sotto varii scherzi vengono censurate le azioni, toccati gl'interessi, scoperti i veri fini e notati li diffetti di molti prencipi» que muy posiblemente su autor seleccionó para apartarlos

[31] Carta del padre Angelo Grillo a Traiano Boccalini. Lido (Venecia), segunda quincena de noviembre de 1613, en Boccalini, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, carta XXXIV, III, 376-377.

[32] «¿Qué impide decir la verdad riendo?», en Horacio, *Sátiras*, I, 1, vv. 24-25, ed. por Jerónides Lozano Rodríguez (Madrid: Alianza Editorial, 2001), 44.

[33] Bonazzi, *Dire il vero scherzando*, 26.

[34] Boccalini, «Dedicatoria al cardenal Bonifacio Caetani».

de la imprenta por su alto contenido antiespañol, evitando así una situación comprometida desde un punto de vista político. Por ello, Boccalini escribe poco antes de su repentina muerte: «non voglio dar disgusto a qualsiavoglia pubblica o privata persona, come dal fuoco ho fatto fermissima deliberazione di guardarli dalle stampe»[35].

A pesar de todo, estos escritos satírico-políticos circularon manuscritos en numerosas copias hasta que 31 de ellos vieron la luz en diciembre de 1614 en Venecia en un volumen titulado *Pietra del paragone politico*, considerado por la crítica la tercera parte de los *Ragguagli* ya publicados[36]. Unos meses antes, sin embargo, algunos de estos avisos habían aparecido impresos en otras dos publicaciones de carácter marcadamente antiespañol: la *Cetra d'Italia sopplimento dei Ragguagli di Parnaso*[37], antología de escritos con claros tintes políticos en la que aparecen cuatro avisos inéditos de la *Pietra*, junto a uno ya publicado en la segunda centuria; un *Discorso fatto all'Italia da un gentiluomo italiano*[38], atribuido a Boccalini, pero de autoría aún hoy incierta, con su correspondiente *Risposta al discorso intorno all'attioni del Catolico Re di Spagna*[39]; y, por último, un *Ragguaglio dell'entrata fatta in Roma, dall'ambasciator Cesareo, scritta da un galanthomo, ad una persona devota di questo mondo*[40]. *La quinta essenza della Ragion di Stato*, por su parte, es una obra publicada también en 1614 en Venecia que recoge doce avisos boccalinianos inéditos y que fue probablemente ideada, como señala Hendrix, «negli ambienti che cercavano di sostenere con libelli di satira aggressiva la politica anti-asburgica del duca di Savoia»[41].

[35] Carta de Traiano Boccalini a un amigo veneciano. S.l., s.a. [*ca.* 1612-1613], en BOCCALINI, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, carta XXIX, III, 371-373, la cita en p. 372.

[36] TRAIANO BOCCALINI, *Pietra del paragone politico tratta dal monte Parnaso, dove si trova i governi della maggior monarchia del universo* (Impresso in Cormopoli [Venecia]: per Ambros Teler, s.a. [1614]).

[37] TRAIANO BOCCALINI, *Cetra d'Italia. Sopplimento de' Ragguagli di Parnaso* (s.l. [¿Venezia?]: s.i., s.a. [1614]).

[38] «Discorso fatto all'Italia da un gentiluomo italiano, intorno le attioni e i dissegni del Cattolico Re di Spagna», en *ibidem*, 60-73.

[39] «Risposta al discorso intorno all'attioni del Catolico Re di Spagna fatta de un gentil'huomo italiano», en *ibidem*, 74-118.

[40] «Ragguaglio dell'entrata fatta in Roma, dall'ambasciator Cesareo, scritta da un galanthomo, ad una persona devota di questo mondo», en *ibidem*, 119-123.

[41] *La quinta essenza della Ragion di Stato tratta da' governi de' maggior prencipi del mondo. Parte da Traiano Boccalini, & parte da altri acutissimi ingegni* (Venezia: s.i., 1614); véase HENDRIX, *Traiano Boccalini fra erudizione e polemica*, 21.

Tal fue el extraordinario éxito de estas publicaciones que, a partir de 1615, las ediciones de la *Pietra del paragone politico*, tanto en su edición íntegra o parcial, alcanzaron cifras considerables, llegando incluso a publicarse en este mismo año quince reediciones de esta obra[42]. Este inesperado éxito editorial pudo responder, muy probablemente, a los acontecimientos histórico-políticos que estaban sucediendo en ese momento en el norte de Italia y que reclamaban una urgente propaganda antiespañola por la intervención militar de la Monarquía española en la guerra de sucesión del Monferrato[43]. Así pues, esta «breve colección de gacetas satíricas», tal y como señala Donatella Gagliardi, «se convirtió de forma muy rápida en un verdadero *best-seller* paneuropeo, despertando curiosidad y admiración por doquier, pero sobre todo en los países que estaban sometidos al dominio de los Habsburgo»[44].

Por todo ello, las traducciones a las lenguas europeas no se hicieron esperar. En 1615 se publica en París *Les cents premieres nouvelles et advis de Parnasse, par Traian Buccalin romain*, primera edición en lengua francesa versionada por Thomas de Fougasses y en la que encontramos tan sólo uno de los avisos pertenecientes a la *Pietra*. En Alemania, un año después, verá la luz la primera traducción íntegra de los veintinueve avisos de la *Pietra* en la traducción de Gulielmus Amnicola [Wilhelm Bidembach], *Poltischer Probierstein auss Parnasso. Darauff der fürnemstem Monarcheyen und freyen Ständen in der gantzen Welt Regierungen gestrichen, und dern halt zusehen ist*, que se reeditará en 1620 y 1627. El pastor inglés Thomas Scott elaborará igualmente una selección de diecisiete avisos elegidos entre los *Ragguagli di Parnaso* y la *Pietra del Paragone* para presentarlos en su traducción en lengua inglesa de 1622, con reedición en 1624, *Newes from Pernassus. The political touchstone, taken from Mount Pernassus: whereon the governments of the greatest monarchies of the world are touched*. En esta primera mitad del siglo, encontramos otra versión íntegra de la *Pietra del Paragone* traducida en 1626 en lengua francesa

[42] *Ibidem*, 335-336.

[43] Álvarez García, *Guerra en el Parnaso*, 183-315. *La Pietra del paragone politico* contó con numerosas reediciones a lo largo de todo el siglo xvii en Italia, hasta que en 1674 vio la luz la última publicación de esta polémica obra boccaliniana. Sin embargo, las ediciones en lengua italiana comenzaron a difundirse por toda Europa y a partir de 1617, las imprentas y tipografías europeas, especialmente holandesas, comenzaron a editar nuevos ejemplares de esta codiciada obra. Véase Traiano Boccalini, *Piedra del parangón político*, ed. por Donatella Gagliardi (Pisa: Edizioni ETS, 2017), 41-42 y 53-58; y Gagliardi, «Fortuna y censura de Boccalini en España», 197-205.

[44] Boccalini, *Piedra del parangón político*, 53.

por Louis Giry con el título *Pierre de touche politique tiree du mont de Parnasse. Ou il est traitté du gouvernement des principales monarchies du monde*; y con la intención de dar a conocer definitivamente la obra de Boccalini en todos los ambientes intelectuales de Europa, Ernst Creutz publica en Ámsterdam en 1640 *Lapis Lydius politicus* (fig. 2), versión completa en latín de la *Pietra del paragone politico*.

El éxito de los avisos parnasianos en el arsenal satírico-político antiespañol

Los imitadores de la obra de Boccalini tampoco tardaron en aparecer. El uso creativo del *ragguaglio* como «microgénero» literario de contenido político y la sátira como forma retórica de reafirmación de una ideología antiespañola dieron paso a un grupo de autores que con menor suerte crítica y literaria hicieron circular numerosos pseudo-avisos parnasianos. El modelo boccaliniano de los *Ragguagli di Parnaso* fue imitado, como señala Alberto Beniscelli:

> con preciso calco di incipit propri della fonte. Per poi rimodulare, attraverso il gioco satirico dei resoconti del menante da un oltremondo fatto ad immagine del nostro, e tuttavia temporalmente sospeso tanto da consentire l'accostamento fantastico ed anacronistico di deità e uomini, di antichi e moderni, i temi già cari a Boccalini[45].

Si bien se difundieron avisos sueltos manuscritos de contenido específico como *Don Giovanni di Mendozza chiama in Parnaso ad Apollo il trionfo per le vittorie da lui ottenute in Piemonte* (texto 2.1), que escribió el propio Carlos Manuel I de Saboya, la *Relazione del conseglio generale di Parnaso, nel quale si discorre sopra l'origine della guerra d'Italia, e delli rimedi per aver la desiderata pace*, o *Esopo Frigio con alcune delle sue favole dice il suo parere ad Apollo intorno ad alcune nuove, che si leggono nei riporti venuti d'Italia in Parnaso della guerra che nuovamente Spagna e Savoia per causa del Monferrato si fanno* de autores anónimos italianos[46], en 1614 Girolamo Briani publica en Módena un

[45] Alberto Beniscelli, «Il modelo dei *Ragguagli* e il personaggio di Boccalini nella letteratura degli Incogniti», en *Traiano Boccalini tra satira e politica. Atti del Convegno di Studi (Macerata-Lorento, 17-19 ottobre 2013)*, ed. por Laura Melosi y Paolo Procaccioli (Firenze: Leo S. Olschki Editore, 2015), 280.

[46] Sobre la cronología exacta de estas imitaciones de Traiano Boccalini, véase Hendrix, *Traiano Boccalini fra erudizione e polemica*, 345-358.

pequeño volumen titulado *Aggiunta a' Ragguagli di Parnaso del signor Traiano Boccalini cittadino romano*, en el que se recogen 10 *ragguagli* a imitación de los publicados por Boccalini dos años antes. Esta obra se reeditará en Venecia en 1616 ya con el título de *Parte Terza* en la tipografía de Giovanni Guerigli, con 50 avisos que desmerecen muchísimo el estilo punzante del escritor lauretano y su perspicaz uso del lenguaje metafórico. Se trataría, en palabras de Gaspare De Caro, de un «Parnaso di seconda mano», donde

> stilisticamente assai piatta e nemmeno lontanamente accostabile alla vivacità dell'originale, la prosa del Briani non riflette che troppo pallidamente i motivi della polemica boccaliniana; ogni spunto, ogni inizio di invenzione è soffocato da una goffa erudizione, da un moralismo d'accatto[47].

La inferioridad de estilo es manifiesta como así lo destaca la crítica[48], a pesar de que el contenido y la forma del aviso brianiano respeta las características literarias del modelo boccaliniano. Encontramos, pues, al *Serenissimo* Apolo presidiendo la Corte de literatos que con la solemnidad del acto discurren con gran erudición clásica sobre temas filosóficos, históricos y literarios[49].

En 1616, en un opúsculo de pocas páginas se publican ocho nuevos avisos en Venecia como cuarta centuria de los *Ragguagli di Parnaso* bajo autoría del franciscano y teólogo Teodoro Pelleoni, firme defensor de la causa de Carlos Manuel I y correspondiente del padre Antonio Grillo, confidente de Boccalini en sus últimos años venecianos. La estructura de esta obra en ocho capítulos gira en torno a las exequias de la reputación de España, con un «epitaffio fatto, e recitato da Virgilio Marone sopra la tomba della Serenissima riputation di Spagna» (capítulo 4) y un edicto publicado por Apolo para que

> a suono di tromba in giorno di festa in publica piazza nel maggior concorso de popoli li facesse a tutti sapere come il gran Duca di Savoia Carlo Emanuel undecimo alli 20. Maggio 1616. nella Campagna d'Asti combattendo contro

[47] Gaspare De Caro, «Briani, Girolamo», en *Dizionario Biografico degli Italiani* (Roma: Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 1972), vol. 14, 211-213.

[48] Irene Masi, *I Ragguagli di Parnaso* (Roma: Tipografia del Senato di Giovanni Bardi, 1917), 150-152; Luigi Firpo, «Il più antico imitatore del Boccalini: Girolamo Briani», en *Scritti vari dedicati a Marino Parenti per il suo sessantesimo anniversario*, ed. por Giovanni Semenaro (Firenze: Sansoni Antiquariato, 1960), 171-179; y Boccalini, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, 536-538.

[49] Girolamo Briani, *Aggiunta a' ragguagli di Parnaso del molto Illust. & Eccellentiss. Sig. Traiano Boccalini Romano, intitolata Parte Terza…* (In Venetia: Appresso Guivanni Guerigli, 1618), 13-16, 25-33, 58-63.

un'esercito Reale di Spagnuoli, formò un bagno abbondantissimo di sangue (capítulo 5).

Al año siguiente, Giovanni Capponi dio a la imprenta un *Supplimento agli Avvisi di Parnaso* con dos nuevos *ragguagli* (*Poco amore de i Barbieri mandati dal Chirurgo Spagnuolo a meditare la piaga d'Italia nel Monferrato* y *Errori del Mercuriale nella cura dell'infermità della monarchia di Francia*), para años más tarde, en 1620, completarlos con una composición mucho más lejana en forma y contenido con los *ragguagli* boccalinianos titulada *Lettura di Parnaso e discorsi accademici*[50].

Hasta la primera mitad del siglo XVII, las imitaciones de los avisos boccalinianos de carácter exclusivamente literario que surgieron sobre todo en Venecia son muestra de un ejercicio erudito y académico, debido tal vez a que su centro de creación y difusión fue la Accademia degli Incogniti, «che sembra pertanto monopolizzare in quegli anni l'eredità di Boccalini in Italia»[51]. Así pues, el ejemplo más temprano fue la obra de Giovanni da San Giovanni, pintor toscano, que en torno a 1630 ocupó su tiempo de ocio componiendo numerosos avisos según el estilo más mordaz y satírico de Boccalini, aunque el carácter polémico de su libro fuera la causa también de su posible destrucción.

El florentino Girolamo Brusoni, por su parte, publica en Venecia doce *Ragguagli di Parnaso* (1641) que considera un vehículo de expresión crítica y propagandística por su alto contenido antiespañol. Es muy posible, según señala Hendrix, que Brusoni introdujera en la Accademia degli Incogniti este gusto por la imitación de la obra boccaliniana, ya que a partir de entonces «alcuni dei letterati radunati nella cerchia di Loredano cominciarono a cimentarsi con quel tipo di letteratura allegorico-satirica»[52]. Precisamente el príncipe de esta academia veneciana, Giovan Francesco Loredano, compuso con intención exclusivamente lúdica algunos *Ragguagli di Parnaso* con una formulación boccaliniana muy fiel al modelo. Más tarde aparecerán recogidos en el segundo volumen de sus *Bizzarrie Academiche* (1651) con protagonistas literarios como Pietro Bembo que renuncia a su cargo de revisor

[50] GIOVANNI CAPPONI, *Lettura di Parnaso e discorsi accademici. Parte Prima* (In Venetia: Appresso Evangelista Deuch, 1620).

[51] HENDRIX, *Traiano Boccalini fra erudizione e polemica*, 121. Además de las páginas que Hendrix dedica a estas imitaciones de la obra de Boccalini, véase también BENISCELLI, «Il modelo dei *Ragguagli* e il personaggio di Boccalini nella letteratura degli Incogniti», 279-311.

[52] HENDRIX, *Traiano Boccalini fra erudizione e polemica*, 123.



Fig. 2.
Cornelis Claesz., *Tres hombres comparecen ante Apolo.*
Frontispicio de Traiano Boccalini, *Lapis Lydivs Politicus. Latinitate donauit Ern. Ioan Creutz* (Amsterodami: Apud Ludouicu Elzeuirium, 1640). Rijksmuseum, RP-P-1883-A-7518.

en Parnaso; Giambattista Marino, que es acusado de plagio por Lope de Vega; Fulvio Carpi, procesado en la corte de los poetas por dar muestras de extrema locura; o Tommaso Stigliani, que denuncia ante Apolo y ante la corte de literatos a Angelico Aprosio, uno de los marinistas más exacerbados, por haber urdido la agresión que sufrió nada más entrar en el Parnaso.

A pesar de que todas estas obras posean necesariamente rasgos diferenciales y específicos según la calidad artística y la motivación literaria de sus autores, en su conjunto se integran en el modelo literario que estableció Traiano Boccalini a inicios del Seiscientos. Sus páginas contienen, efectivamente, una serie de características peculiares del *ragguaglio* boccaliniano que, fomentadas por la amplia difusión editorial en la primera mitad del siglo, el lector identificaba fácilmente con esos nuevos avisos parnasianos. Boccalini creó así con sus *Ragguagli di Parnaso* el arquetipo de la prosa satírico-política del siglo XVII, ofreciendo a la sociedad italiana del momento un patrón literario que serviría para narrar con singular agudeza y mordacidad los acontecimientos históricos y sociales que estaban por suceder[53].

Este modelo literario se articula a partir de determinados patrones compositivos y motivos recurrentes cuidadosamente seleccionados por Boccalini que conforman el núcleo indefectible de la estructura del *ragguaglio* boccaliniano. Estamos hablando por ejemplo del simbólico monte Parnaso, de su excelso rey Apolo, de la corte de eruditos literatos y, sin duda, del sagaz *menante* que con áulico lenguaje jurídico escribe sus irónicas gacetas. Estas características formales y funcionales que lo hacen reconocible para el lector del Seiscientos, organizan además un repertorio de notorios motivos literarios, de elocuentes discusiones filosóficas, de controvertidos episodios de política militar, de fervorosos discursos patrióticos o de discordias políticas sobre la razón de estado en un todo regulado por la poética de la alegoría boccaliniana.

La configuración de este sistema literario queda definida en el propio título: *Ragguagli di Parnaso*. En él confluyen los puntos esenciales de toda estructura. En primer lugar, la forma novedosa de presentar la obra al lector con la apariencia periodística de un *ragguaglio*, *gazzetta* o *avviso* que incluya los recursos expresivos necesarios para plasmar el contenido que, como

[53] Véanse, como muestra de este proceso, los diversos capítulos que conforman este volumen, en los que se aborda el recurso al modelo de los *Ragguagli di Parnaso* en contextos de confrontación tales como la crisis de la Valtelina o la guerra de sucesión de Mantua, entre otros.

segundo elemento, incluye la materia política, moral, filosófica y literaria que se debate casi a diario en el imaginario poético del monte Parnaso.

Esta formulación estética, sin embargo, aparecía claramente configurada a finales del siglo XVI en la obra de Cesare Caporali *Avvisi di Parnaso*[54]. Boccalini conoció seguramente la obra de Cesare Caporali durante sus años de formación en la *Universitas Scholarium* de Perugia, en la que obtuvo el prestigioso título de doctor en Derecho Civil y Canónico en 1582. En esta ciudad, como era habitual por su condición social, el lauretano buscó protección nobiliaria en la figura de Ottavio Acquaviva, «singolar Principe, soggetto di animo eminentissimo, e degno successore de' suoi virtuosissimi antenati»[55], a quien le gustaba rodearse de artistas y poetas a los que protegía con generosidad; entre ellos, Cesare Caporali. Conocido ya en las cortes del cardenal Fulvio della Corgna y Ferdinando de Medici, este poeta acompañó al séquito del joven napolitano a su llegada a Perugia en 1580 «quasi in veste di balio»[56], del que incluso recibía una octava parte de sus rentas[57]. Caporali, además, como miembro de la Accademia degli Insensati, poseía un alto reconocimiento artístico en los círculos literarios de la Perugia de finales de siglo, circunstancia que pudo influir en el espíritu poético del

[54] Véase Francesca Jossa y Claudio Nuciari, «Prolegomeni a un'edizione critica dei poemetti parnassiani di Cesare Caporali», en *Francesco Berni e la poesia bernesca*, ed. por Giuseppe Crimi, *L'Ellisse. Studi storici di letteratura italiana* (Roma: «L'Erma» di Bretschneider, 2021), XVI/1-2, 231-248.

[55] Ragguaglio XXXXVIII, en Traiano Boccalini, *De' Ragguagli di Parnaso* (In Milano: Per l'herede di Pietro Martire Locarni & Gio. Battista Bidelli, compagni, 1613), 219; elogio mencionado en Baldasarre Storace, *Istoria della famiglia Acquaviva reale d'Aragora* (In Roma: Presso il Bernabò, 1738), 80-81.

[56] Cesare Caporali, *Capitoli, con le Osservazioni di Carlo Caporali suo nipote. Nuovamente messi in luce per cura di mastro Stoppino filologo maccheronico*, ed. por Danilo Romei, Banca Dati «Nuovo Rinascimento» (www.nuovorinascimento.org. Publicado en red el 22 de febrero de 2015), 4.

[57] En sus *Avvisi di Parnaso*, Cesare Caporali escribe: «Novello Ottavio, anzi di quel maggiore, / da cui le Muse fur sì ben trattate, / che Parnaso se'n gìa tutto in sapore: / Che qual Ottavio in ver, qual Mecenate / s'udì mai ch'offerisse ad un poeta / l'ottava parte delle proprie entrate?», Cesare Caporali, *Opere poetiche* (In Venetia: Appresso Bernardo Gionti & Gio. Battista Ciotti e compagni, 1608), 45v. Además, el cardenal Ottavio Acquaviva, tras años de fiel servicio en su corte, le confió el gobierno de Atri y Giulianova en el Abruzzo, Oscar De Hassek, «Della vita e delle opere di Cesare Caporali (1531-1601)», en *Programma della I. R. Scuola Reale Superiore in Pirano* (Trieste: Stabilimento Tipografico Appolonio & Caprin, 1876), 8.

joven Boccalini, «alimentando un'inclinazione per la descrizione satirica che nel futuro autore dei *Ragguagli* non si sarebbe spenta»[58].

El reino atemporal de Apolo y su justicia retórica en el Parnaso boccaliniano

Es así como el Parnaso de Traiano Boccalini, que la crítica se ha encargado de estudiar desde perspectivas muy diversas[59], se convierte en el espacio narrativo donde se ubica geográficamente un reino imaginario gobernado por la majestad de Apolo (fig. 3). Es, así como lo describe Marc Fumaroli, «uno scenario fittizio, allegorico, utopico, situato in una Grecia leggendaria, sulla cima del monte Parnaso, dove sorge un paesaggio urbano formato dal palazzo, dai templi e dalla capitale del regno di Apollo»[60]. Efectivamente, es Apolo quien «oltre le audienze frequentissime, ogni giovedì nella gran sala reale con l'intervento dei senati, dei collaterali e dei parlamenti tutti di questa corte, a porte aperte dà audienza pubblica»[61]. Así pues, este reino parnasiano cuenta con sus propias instituciones burocráticas de autogobierno que lo acercan a la realidad administrativa de cualquier corte del siglo xvii, así, por ejemplo, en el Parnaso boccaliniano existen organismos

[58] Erminia Irace, «'Il sordido studio'. Traiano Boccalini dottore in utroque e governatore dello Stato pontificio», en *Traiano Boccalini tra satira e politica. Atti del Convegno di Studi (Macerata-Lorento, 17-19 ottobre 2013)*, ed. por Laura Melosi y Paolo Procaccioli (Firenze: Leo S. Olschki Editore, 2015), 33. De hecho, en sus *Ragguagli di Parnaso* (Ragguaglio LXXVII), el poeta lauretano recuerda los capítulos que este «tanto famoso Poëta» publicó en 1580 «in vituperio delle Corti», en los que se describían «cose nefandissime delle miserie cortigiane», que Apolo termina prohibiendo por edicto, aunque no sin reconocer que Caporali realmente no pretendía con sus versos «disertar le Corti, unica cote, che acuti rendeva gl'ingegni de gli huomini, vera Scuola, nella quale altri imparava quella vertuosa dissimulatione, che tanto è necessaria a quei che navigano il vasto Pelago di questo Mondo», Boccalini, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, II, 262-263.

[59] Sobre la geografía retórica del Parnaso de Boccalini, véase Irene Verziagi, *L'utopia imperfetta del Parnaso di Boccalini. Sul lessico politico-intellettuale e su alcuni aspetti strutturali dei 'Ragguagli di Parnaso' di Traiano Boccalini* (Tesis doctoral, Scuola Dottorale di Ateneo, Università Ca' Foscari Venezia, 2013), 299-337; e Irene Verziagi, «Sulla struttura, la geografía e topografía del Regno di Parnaso», en *Traiano Boccalini tra satira e politica. Atti del Convegno di Studi (Macerata-Lorento, 17-19 ottobre 2013)*, ed. por Laura Melosi y Paolo Procaccioli (Firenze: Leo S. Olschki Editore, 2015), 159-178.

[60] Marc Fumaroli, *Le api e i ragni. La disputa degli antichi e dei moderni* (Milano: Adelphi, 2001), 48-49.

[61] Ragguaglio XXXV, en Boccalini, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, I, 112.

como el Senado de los Literatos, el Tribunal de la Rota, la Congregación de los Ritos, el Consejo Real de Guerra, la Tesorería central o su propio ejército formado por legiones de poetas satíricos y pretorianos líricos. Sin embargo, «dal momento che il regno dei virtuosi è concepito come un grande tribunale supremo e insieme come un senato sovranazionale in cui si cerca di rimediare ai mali della terra»[62], el Foro Délfico se convierte en la entidad más relevante de este reino de Apolo, en el centro político de la ciudad, en el que se debaten asuntos varios, principalmente de política, arte, ciencia y literatura ante un auditorio de virtuosos que a veces intervienen en la discusión con particular erudición.

Este parlamento de literatos, filósofos, historiadores y políticos encarnan la imagen conjunta de una sociedad atemporal que acoge en su seno a representantes de diversa procedencia que debaten regularmente los casos más dispares que se presentan ante el tribunal parnasiano. Una de las primeras asambleas que leemos en los *ragguagli* boccalinianos, por ejemplo,

> nacque tra alcuni letterati di questo stato, i quali mentre discorrevano degli ordini egregij, delle leggi prestantissime e degl'altri più rari instituti che in così sublime grandezza mantengono la serenissima repubblica venetiana, sorse tra essi disparere, qual meritasse di havere il primo luogo[63].

Entre los asistentes encontramos a la más excelsa representación de poetas humanistas como Pietro Critino, Angelo Poliziano, Pierio Valeriano, Giulio Cesare Scaligero, Giovanni Gioviano Pontano y Giovanni Boccaccio; o de historiadores y políticos renacentistas como Marcantonio Cocci, Flavio Biondo, Leonardo Aretino y Ermolao Barbaro, debatiendo sobre el tema en cuestión con un grupo igualmente numeroso y erudito de las humanidades del *primo Cinquecento* como Bernardo Tasso, Francesco Berni, Iacopo Sannazzaro, Annibal Caro, Bartolomeo Cavalcanti, Paolo Giovio, Benedetto Varchi, Lodovido Dolce y Dionigi Atanagi. Todos ellos comparecen ante la personificación de la *Serenissima Libertà veneziana* que, tras escuchar con atención cada una de sus opiniones, sentencia este aviso diciendo «che per ben gobernar gli stati non meno è necesaria la secretezza, che il buon consiglio»[64].

Los altos cargos de este parlamento de eruditos, sin embargo, se distribuyen entre las personalidades más ilustres de la cultura italiana, así,

[62] Verziagi, «Sulla struttura, la geografía e topografía del Regno di Parnaso», 167.
[63] Ragguaglio V, en Boccalini, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, I, 21.
[64] *Ibidem*, 31

Francesco Guicciardini, «vero oracolo degli historici italiani»[65], es el presidente del Consiglio Reale[66]; el secretario del emperador Carlos V, Nicolas Perrenot de Granvelle, es curiosamente elegido canciller délfico[67]; el conspirador toscano Gianfrancesco Lottini recibe, no sin cierta ironía, el cargo de «registrator segreto de' precetti morali di Sua Maestà»[68]; y Lodovico Castelvetro, haciendo un guiño manifiesto a su acusación de herético por la Inquisición, obtiene en Parnaso el cargo de censor bibliotecario[69]. Por otro lado, para examinar con más detalle cada uno de los casos que se llevan ante el Foro Délfico se nombra a un comité de expertos en cada disciplina. Así, por ejemplo:

> E per ovviare al bruttissimo inconveniente dell'ignoranza di quelli, che in questi tempi moderni coi sozzi scritti loro tanto deturpano la veneranda dignità istorica, vogliamo ed espressamente comandiamo che per lo tempo avvenire niuno di qualsivoglia grado e condizione ardisca porsi a scrivere istorie, se prima nella purità della lingua non sarà approvato sufficiente dal serenissimo Giulio Cesare, nell'eloquenza da Livio, nella politica da Tacito, nel ben intendere gl'interessi dei prencipi dall'eccellentissimo nostro Francesco Guicciardini[70].

La sesión de cada asamblea de expertos finaliza con la sentencia de Apolo que, después de valorar las opiniones de cada uno de los miembros del consejo, toma una decisión, en ocasiones, en forma de edicto que, como tal, debía ser publicado y expuesto públicamente[71]. Sin embargo, no siempre se produce esta celebración de sesiones conjuntas, sino que en muchos de los avisos boccalinianos basta la autoridad de Apolo para resolver las distintas contiendas que se presentan ante el Foro Délfico.

En cualquier caso, todo lo que acontece alrededor de los tribunales parnasianos tiene que ser registrado manualmente por el *menante* de Parnaso, figura literaria que recuerda sin duda a los *gazzettieri* que, a mediados del siglo XVI, hacían circular numerosos folios de noticias inmediatas sobre los

[65] Ragguaglio LXIX, en Boccalini, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, I, 238.
[66] Ragguaglio I, en Boccalini, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, II, p.7.
[67] Ragguaglio XC, en Boccalini, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, II, 301.
[68] Ragguaglio II, en Boccalini, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, II, 9.
[69] Ragguaglio XXVIII, en Boccalini, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, I, 86.
[70] Ragguaglio LIV, en Boccalini, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, I, 195.
[71] Son numerosos los avisos en los que se recogen los edictos de Apolo, por ejemplo: en Boccalini, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, I, Ragguagli XXXI, XLIX, LIV, LXI, LXXVII, LXXXIII, XC, XCII, entre otros.



Fig. 3
Marcantonio Raimondi, *Apolo en el Parnaso, rodeado de las Musas y de los más ilustres poetas de la Antigüedad*, 1515-1520. Grabado sobre diseño de Rafael Sanzio. British Museum, 2006, U.383.
© The Trustees of the British Museum.

asuntos públicos y privados más variados[72]. Así pues, cada uno de los acontecimientos que tenían lugar en el monte Parnaso debía ser anotado fielmente por este *menante*, describiendo los hechos tal y como habían acaecido, así como las resoluciones adoptadas por Apolo y el parlamento de ministros. Efectivamente, «perché l'importanza della materia lo merita, al menante non sarà noia registrar qui sotto lo stesso editto»[73] y lo hará «con esquisitissima fedeltà»[74] porque «non avvisa se non cose certe»[75]. Igualmente, este *menante* ejercita toda su atención «per venire in cognizione anco di quelle cose che in Parnaso più si operano secretamente»[76], procediendo a mandar sus escritos semanalmente, «ma prima d'inviar la gazzetta de' suoi ragguagli agli amorevoli suoi avventori, è obbligato portarla alla magnificenza del pretore urbano»[77].

Tras la figura de este diligente reportero de campo se esconde, sin duda, el propio Traiano Boccalini que se reconoce autor de «i presenti *Ragguagli*»[78], esos mismos «ragguagli di un moderno menante, ne' quali con nuova invenzione sotto metafore e sotto scherzi di favole si trattavano materie politiche importanti e scelti precetti morali»[79].

Boccalini, efectivamente, elige el esquema formulario de esta moderna forma de correspondencia periodística que Pio V reconocía como *arte nuova* para diseñar la estructura narrativa de su obra. No debían de parecerle extraños estos folios agrupados rudimentariamente en los que se escribían las noticias en breves párrafos sin orden alguno, sin ninguna intención estilística ni artificio y en una «lingua schietta e viva, benchè non purgata»[80]. Sin duda, como gobernador de algunos territorios del cada vez más vasto

[72] Como definición del término, a finales del siglo XIX, Vincenzo Nannucci escribe: «*menantes* si dicevano nel basso latino coloro che con libelli famosi laceravano la fama altrui», en VICENZO NANNUCCI, *Teorica dei nomi della lingua italiana* (Firenze: Tipografia di Tommaso Baracchi, Successore di Gugliemo Piatti, 1858), IX.

[73] Ragguaglio LIV, en BOCCALINI, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, I, 193.

[74] Ragguaglio LXXIX, en BOCCALINI, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, I, 291.

[75] Ragguaglio LIV, en BOCCALINI, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, I, 198.

[76] Ragguaglio LXXX, en BOCCALINI, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, II, 270.

[77] Ragguaglio LXXXVII, en BOCCALINI, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, I, 321.

[78] Ragguaglio XXIII, en BOCCALINI, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, I, 71.

[79] Ragguaglio XXVIII, en BOCCALINI, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, I, 87. En la colección de avisos reconocidos por Luigi Firpo como tercera centuria de los *Ragguagli di Parnaso*, la Monarquía de España «si dolse di molti scrittori italiani e moderni e in particolare del menante Boccalini, che scrisse i presenti *Avvisi di Parnaso*», Raggualio LIX, en BOCCALINI, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, III, 170.

[80] SALVATORE BONGI, «Le prime gazzette in Italia», *Nuova Antologia* XI (1869): 19.

Estado Pontificio, el escritor lauretano pudo tener entre sus manos más de una de estas *gazzette* romanas o *lettere d'avviso* que circulaban de manera continua e incesante por el centro y norte de Italia a pesar de que por bula papal estaban terminantemente prohibidas desde 1572[81].

Así pues, a modo de *menante*, *gazzettante* o *fogliettante*, Boccalini comenzó a redactar a partir de 1605 su interminable serie de *ragguagli* parnasianos con la instrucción y escrupulosidad literaria de quien estaba a punto de crear un nuevo género literario de prosa satírico-política.

Con la distancia insalvable que separa el tono «corrente ed affrettato»[82] de las primeras gacetas italianas de la prosa meditada y certera que recorre los *Ragguagli di Parnaso*, Boccalini muestra al lector del *Seicento* un copioso número de capítulos independientes el uno del otro bajo el epígrafe «*ragguaglio*» seguido de una sucesión numérica que no atiende a un orden establecido ni cronológico, ni temático y menos aún lógico o doctrinal. La *dispositio* de los avisos, por tanto, al igual que la que encontramos en los primeros ejemplos del periodismo italiano del siglo XVI[83], respondería a un orden espacial en el que se proyecta un escenario para los acontecimientos que se narran, posibilitando así su organización. De manera que el Parnaso se define en la obra de Boccalini como elemento organizador, como lugar a donde llega regularmente el mensajero y en el que se recopilan las noticias que sucedían tanto en los parajes délficos como en otros puntos del planeta como, por ejemplo, «per corriere espresso in grandissima diligenza spedito dalla vertuosissima Università di Parigi»[84].

Otro elemento constitutivo de las hojas informativas del *secondo Cinquecento* que aparece como nota constante a lo largo de los 231 avisos

[81] En efecto, el 17 de marzo de 1572 Pio V publicó la bula titulada *Constitutio contra scribentes, exemplantes et dictantes monita vulgo dicta avvisi e ritorni* para controlar, mediante severas leyes pontificias, este incipiente sistema informativo que suponía un peligro para la integridad política y religiosa del mismo Estado Vaticano. Más tarde, Gregorio XIII en su bula *Contra famigeratores et menantes* ordenaba igualmente «che ogni qualità di libelli famosi, e specialmente le lettere d'avviso offensive alla fama di chicchessia, o portanti prognostici e giudizi di cose future, si intendessero proibite» y sobre todo «gli autori, non che quelli che dessero loro aiuto in qualsiasi modo, o copiassero e divulgassero esse scritture o che anche capitandone loro in mano non le presentassero immediate ai governatori di Roma o delle provincie, si intendessero incorsi in ogni più grave pena, anche della morte e della confisca», citado en Bongi, «Le prime gazzette in Italia», 6-7.

[82] *Ibidem*, 15.

[83] Mario Infelise, «Los orígenes de las gacetas: sistemas y prácticas de la información entre los siglos XVI y XVII», *Manuscrits. Revista d'història moderna* 23 (2005): 39.

[84] Ragguaglio III, en Boccalini, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, I, 17.

boccalinianos es el encabezamiento formado por una fecha muy imprecisa en la que tienen lugar los hechos que se describen. En la mayoría de los casos, encontramos este exordio temporal en las primeras líneas, actuando como marco cronológico. Así: «hebbe Apollo la sera delli ventidue del corrente l'acerbissima nuova dell'assasinamento commesso nella persona del glorioso re di Francia Enrico quarto»[85]; «agli otto del corrente il celeberrimo *Asino d'oro* d'Apuleio e la famosissima *Asinaria* di Plauto comparvero avanti la Maestà di Apollo»[86]; «non prima che a' venti del corrente i commmisarij spediti a questa corte dalle virtuosissime accademie d'Italia hebbero udienza da Sua Maestà»[87]; «questa mattina che siamo alli venti del corrente, gli sbirri di campagna hanno fatto cattura di alcuni vetturiali che in Parnaso introducevano buona quantità di fave»[88], pero igualmente encontramos un gran número de avisos en los que, como advierte Chiara Di Giorgio, «la narrazione inizia *in media res*, per cui il lettore si trova subito immerso nelle vicende parnassiche, quasi ne fosse egli stesso diretto spettatore»[89].

La cadena de la servitú: Italia bajo la tiranía del Imperio español

En relación precisamente con la materia tratada tanto en los dos volúmenes de *I Ragguagli di Parnaso* como en los incluidos en la edición de la *Pietra di Paragone Politico* debemos destacar que su contenido varía enormemente de unas obras a otra. En las ediciones venecianas de las dos primeras centurias, los argumentos abordados atañen en gran medida a la teoría e historia política del momento y están dispuestos, además, en gradación ascendente[90], siendo menos numerosos los avisos en los que se describen profusas

[85] *Ibidem*.

[86] Ragguaglio VIII, en Boccalini, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, I, 34.

[87] Ragguaglio XIV, en Boccalini, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, I, 50.

[88] Ragguaglio LXXII, en Boccalini, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, II, 250.

[89] Chiara Di Giorgio, *L'antispagnolismo nella letteratura italiana* (Tesis doctoral, Facoltà di Filosofia, Lettere, Scienze umanistiche e Studi orientali, Sapienza Università di Roma, 2011), 240.

[90] Aunque resulte imposible establecer una clasificación exacta de los avisos boccalinianos según los temas abordados en los mismos, es cierto que aquellos que plantean claramente cuestiones de tipo histórico y político en su título son mucho más numerosos en la segunda centuria, llegando a rozar casi el 60% de los mismos, mientras que en la primera apenas alcanzan el 30%.

disertaciones literarias, se presentan preceptos filosóficos o matemáticos, se organiza la política interna de gobierno del Parnaso o incluso se muestra el desacreditado papel de la mujer en la sociedad del siglo XVI[91].

En la *Pietra*, sin embargo, existe un firme interés por parte de sus editores en reunir en este volumen un determinado número de avisos que refieran exclusivamente hechos históricos contemporáneos que dan paso a una propaganda política antiespañola perfectamente diseñada. En esta treintena de *ragguagli*, por tanto, Boccalini describe con especial acritud «le piaghe di quella Corona» que, según el autor, «son troppo visibili per essere trascurate»[92]. Por ello, las *gazzette* parnasianas que encontramos en la *Pietra* narran la solemne llegada de la Monarquía de España a territorio délfico con desmesurados aires de grandeza, los desaciertos de la política expansionista de los Austrias o la puesta en escena de los protagonistas de la historia militar del Imperio español, resultando con ello, «un retrato despiadado de la Monarquía española (y de sus ministros, nobles y héroes)»[93].

A finales del siglo XVI, la Monarquía de España ejercía con incontestable autoridad su influencia en la mayoría de los estados italianos, no solo en los territorios italianos de jurisdicción española como eran el reino de Nápoles, el Milanesado y los reinos de Sicilia y Cerdeña, sino también en aquellos estados italianos que manifestaron su firme adhesión a la corona española con el objetivo de obtener, entre otros beneficios, una rápida protección militar. Es sabido que España recompensaba esta fidelidad a su monarca con la concesión de títulos y encomiendas a los duques y condes de las distintas cortes italianas, con el objetivo de extender su dominio por Italia a través de este tipo de «servitù patteggiata»[94].

Surge así en el imaginario colectivo europeo la representación metafórica del Imperio español como esa «grande Aquila la quale con le sue ali aveva già coperto tanta parte del mondo»[95], pero a la que años más tarde la sátira punzante de Boccalini querrá «per beneficio della publica gente,

[91] En este último caso, las mujeres son protagonistas desafortunadas de los siguientes ragguagli LXX y XCIII de la primera centuria; y XXXVI y LXXV de la segunda centuria.

[92] Boccalini, *La bilancia politica di tutte le opere di Traiano Boccalini. Parte seconda*, 135.

[93] Boccalini, *Piedra del parangón político*, 61.

[94] «Ecco il donare a certi nobili, tosoni, titoli e carichi speciosi per adescarli con queste apparenze nella servitù e consumarli nelle spese. Ecco un favorir ribelli e fuorusciti, e pigliarsi sfacciatamente la tutela dei pupilli e degli Stati loro», en el «Discorso fatto all'Italia da un gentiluomo italiano, intorno le attioni e i dissegni del Cattolico Re di Spagna», en Boccalini, *Cetra d'Italia*, 69.

[95] «Relazione di Tommaso Contarini letta nell'Aprile 1593 (Dalle minute autografe nel Museo Correr, Mss. Malvezzi, n. 42)», en *Le relazioni degli ambasciatori veneti al senato*

tagliar gli artigli e cavar le penne maestre dell'ali a quell'aquila, che sempre aveva fatto professione di vivere di rapina e che s'era data a credere che i popoli tutti d'Europa, quasi piccioni domestici, fossero sua preda»[96].

De especial elocuencia resulta en este sentido la descripción metafórica que Boccalini hace de la monarquía de España en sus avisos. Bajo la figura retórica de la personificación, esta «gran reina» o «potentissima signora» que hace su primera gran aparición en Parnaso después de que «la maestà d'Apollo non solo avesse decretata la solenne entrata, ma il pubblico concistoro de' letterati nella real sala d'audienza, con la presenza delle serenissime Muse», tiene la tez de un color tan oscuro «che tira al moro». Con esta simbólica alusión a la religión musulmana, Boccalini no buscaba cuestionar tanto la pureza de sangre de los monarcas hispánicos[97], como satirizar uno de sus atributos más preciados: el título de «católica» con el que la monarquía de los Habsburgo se presentaba ante Europa y ante el Nuevo Mundo, sobre todo durante el reinado de Felipe II[98].

Al igual que el color de su piel, «così gran principessa» tiene ojos negros con una «acutissima vista» y «lo sguardo bieco, col quale fissamente rimirando uno, attentamente risguarda un altro (cosa di molto pericolo a' principi)», ya que, con este particular ángulo de visión, puede localizar al mismo tiempo objetivos territoriales tanto en oriente como en occidente. Es por ello que «in essi occhi si scopre somma avidità», la misma que con

---

durante il secolo decimosesto, ed. por EUGENIO ALBERI, serie I, vol. 5 (Firenze: A spese dell'editore, 1861), 418.

[96] «Pietra del paragone politico», ed. de 1611 reimpresa en GORRESIO, *La tirannide in berlina*, 67.

[97] Recordemos que la ascendencia genealógica de los Trastámara y los Habsburgo se fundamentó siempre en una estricta política matrimonial iniciada por Isabel de Castilla y Fernando de Aragón que no consentía uniones fuera del ámbito de las realezas europeas.

[98] Boccalini era consciente de que el primogénito de Carlos I e Isabel de Portugal había apostado firmemente durante su largo reinado por la defensa y protección de la religión católica en todos los territorios que conformaban el Imperio español de mediados del siglo XVI, enfrentándose no sólo a la religión musulmana en múltiples ocasiones (siendo el ejemplo más importante la batalla de Lepanto en 1571), sino también al protestantismo y, muy especialmente, a los hugonotes franceses durante las guerras de religión. No en vano, en la misma descripción de la Monarquía española, el autor conviene que «ogni giorno si vegga far azioni poco buone di niun'altra cosa però ella fa ostentazione maggiore della sua coscienza: onde i Francesi, sotto colore di *santissimi pretesti* tante volte ingannati, a spese loro hanno finalmente imparato d'allora armarsi, e montar a cavallo, quando *con la corona in mano* la veggono *trattar negozij pieni di pretesti di religione e di santa carità verso il dilettissimo prossimo*», (el uso de la cursiva es mío), ragguaglio IV, en BOCCALINI, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, III, 15.

«diabolico interesse» desea unir grandes reinos bajo un «manto di doppio broccato»[99].

Para imponer esta ambiciosa e imparable política expansionista, tiene las manos desproporcionadamente largas que además extiende por todas partes, allí de donde perciba mayores beneficios, «senza discernere l'amico dal nemico, lo straniero dal parente». Con cuerpo de ave de rapiña, Boccalini dibuja a esta singular dama con uñas de harpía y «con le dita di così dura e tenace presa, che non mai rilassano quello ch'una volta stringono». Sin duda, la hegemonía española sobre el resto de estados europeos y americanos es motivo recurrente en los *Ragguagli* para un Boccalini que está continuamente motivando los conceptos ideológicos de la monarquía universal en su obra. Si aplicamos la «criptica chiave di lettura» a la que alude Di Giorgio[100], con la que se establece una relación directa entre el modelo de crecimiento territorial de la Roma clásica con el de la España imperial, es inevitable citar:

> che il popolo romano, che giammai seppe por fine all'ambitione che insatiabilissima hebbe di dominar l'universo, per haver desolato numero infinito di nobilissime monarchie e prestantissime repubbliche, rubato il mondo, e per satiar l'inestinguibil sete, ch'egli hebbe dell'oro, empiutolo di fuoco e di sangue, talmente si concitasse contro l'ira dell'onnipotente Dio, che dopo, havendolo dato in preda di crudelissimi tiranni, da' quali provò tutte le più deplorande miserie, permise alla fine che con esemplar vilipendio fosse calpestrato dalle più barbare nationi dell'Europa. Fine per certo infelicissimo, ma però molto degno dell'ambitione, della crudeltà e dell'avaritia romana: precipitij ne' quali Sua Divina Maestà fa capitar quell'Imperij che non sanno por fine all'insatiabil'ingordigia di regnare[101].

Con estas palabras que Cornelio Tácito dedica al humanista flamenco Giusto Lipsio, cobra especial relevancia la descripción que Boccalini hace de la Monarquía de España cuando habla de su edad:

[99] Este «doppio broccato» no debe entenderse exclusivamente como un tipo de túnica bordada en oro y plata tan apreciada por su alto coste y calidad en la Florencia o en la Venecia renacentista y que vestían muchos reyes y príncipes, sino también como esa dúplice conciencia del ser y del aparentar que funciona como una constante en los avisos boccalinianos, testimoniando con ello la hipocresía y la simulación de la monarquía hispánica, porque, en definitiva, «tutti i maneggi ch'ella ha per le mani e in tutti i negozi, che altri trattano con lei, essa sia di dentro tutto il contrario di quello che appar di fuori», *ibidem*, III, 17.

[100] Di Giorgio, *L'antispagnolismo nella letteratura italiana*, 245.

[101] Ragguaglio XXIII, en Boccalini, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, I, 74.

> è giovane d'anni, ma di corpo è molto maggiore di qualsivoglia altra; e alla proporzione degli anni, che ella ha, è di smisurata grandeza: onde s'argomenta, che s'ella continuasse a crescere fino a quella età, nella quale i corpi umani sogliono ricevere incremento, diverrebbe così gran gigantessa, che giugnerebbe a quella smisurata altezza delle monarchie universali, alla quale pervenne la monarchia romana[102].

La imagen que perfila Boccalini de esta imperiosa Monarquía Hispánica es la de una «reina di immoderata sete», «trascuratissima delle proprie ricchezze, ma così avida dell'altrui», y, sin duda, «atta a dominare schiavi, che uomini liberi».

La ambición territorial y de poder de esta gran potencia europea, por tanto, se deja ver en numerosísimas ocasiones a lo largo de los avisos boccalinianos, especialmente en la *Pietra* dado su carácter definitorio de propaganda antiespañola. De hecho, la política exterior del reinado de los Habsburgo se convierte en el entramado narrativo de estos avisos póstumos. El reino de Nápoles, por ejemplo, narra a Almanzor la tiranía española a la que desde siglos atrás se ve sometido, sufriendo el saqueo desmedido de los españoles que «dopo quattro giorni che sono arrivati in casa mia, vogliono coprirsi tutti d'oro, fa bisogno che spogli me per vestir tanti scalzi»[103]. E igualmente, la desolación que la presencia española ocasionó a la floreciente Parténope se muestra metafóricamente en uno de los primeros símbolos del pueblo napolitano, el *Corsiero del Sole* (corcel del Sol o de Apolo) presente en el blasón de la ciudad como antigua alegoría de Nápoles, que «sebben quel destriero fu già di tanto splendore, ora così malamente è consumato, che per la sua molta magrezza se gli contano le ossa, e ha la schiena tutta impiagata, e pei strapazzi fatti di lui, essendo divenuto bolso, ha le narici tagliate»[104].

Es elocuente a este respecto la presencia en los avisos boccalinianos de una figura alegórica que simboliza justamente el tirano cautiverio o la esclavitud indeseada que sufren los estados italianos bajo la autoridad del Imperio español. «La vergognosa catena della servitù al piede»[105], en efecto, aparece reiteradamente en un contexto político-histórico que recuerda la

[102] Ragguaglio IV, en Boccalini, *Raggluagli di Parnaso e scritti minori*, III, 13.

[103] Ragguaglio XXV, en Boccalini, *Raggluagli di Parnaso e scritti minori*, III, 77.

[104] Ragguaglio I, en Boccalini, *Raggluagli di Parnaso e scritti minori*, III, 3. Véase Donatella Gagliardi, «Esplendor y ocaso del caballo napolitano: el virreinato español en las sátiras políticas de Boccalini y Quevedo», *e-Spania* [en línea], 38 (février 2021). http://journals.openedition.org/e-spania/38446.

[105] Ragguaglio LXXXVII, en Boccalini, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, I, 321.

barbarie que fuerzas soberanas ejercen sobre sus súbditos, sean estos senadores romanos como «Silla, Mario, Cinna, Crasso, Pompeo e Cesare»[106], «le forze di molti prencipi stranieri» que atentan contra la libertad de la serenísima república de Venecia[107] o incluso «quei capitani italiani, che scordatasi dell'obbligo strettissimo che altri deve alla sua patria, uguale a quello che i figliuoli hanno verso i genitori loro, in aiuto delle barbare nazioni e de' re stranieri hanno impugnato le armi» contra la nación italiana[108].

Sin embargo, en la *Pietra di paragone politico*, «l'infelice catena» que «da Consalvo Corduba, detto il gran capitano, fu portata di Spagna» una vez que los españoles se desprendieron de ella tras la conquista de Granada no hace referencia solamente al ya señalado sometimiento de Nápoles, Milán o Sicilia a la potestad jurisdiccional de la Corona de España («la catena, ch'esso regno di Napoli legata porta al piede»[109]), sino que la imagen literaria de la cadena dará cuenta también de las dimensiones del vasto imperio español.

Así pues, el ragguaglio VI titulado *Spagnoli tentano l'acquisto di Sabioneta, né gli riesce*[110] comienza con la alusión a los sucesos que tuvieron lugar en noviembre de 1524 cuando Francisco I de Francia atravesó los Alpes al frente de un gran ejército para ocupar el Milanesado. Por ello, «per cavar della tavola di Milano il chiodo francese che vi si era fitto», los príncipes italianos «si servirono della zappa spagnuola» y recibieron pues el apoyo de las fuerzas imperiales de Carlos V que consiguieron un año después derrotar a las tropas francesas en la mítica batalla de Pavía. Sin embargo, tras la ocupación española del Milanesado, estos «malaccorti principi italiani» se sintieron verdaderamente amenazados por la imparable política expansionista de los Habsburgo que «apertamente aspiravano all'assoluto dominio di tutta Italia». Por este motivo, «a fine di assicurar quel rimanente di libertà che avanza in lei», se acordó «che ogni venticinque anni con isquisitissima diligenza da personaggi a ciò deputati fosse misurata la catena che gli Spanuoli fabbricano per la servitù italiana». Esta «catena così odiosa» en manos españolas, por tanto, logra en poco tiempo anexionar a los dominios de la Monarquía de España «cinque pregiudicialissimi anelli»: «la Signoria di Piombino, il Marchesato di Finale, la Fortezza di

[106] Ragguaglio LXXIX, en Boccalini, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, I, 294.

[107] Ragguaglio V, en Boccalini, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, I, 22-23.

[108] Ragguaglio LXXXVII, en Boccalini, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, I, 320-321.

[109] Ragguaglio XXV, en en Boccalini, *Raggluagli di Parnaso e scritti minori*, III, 71.

[110] Ragguaglio VI, en Boccalini, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, III, 22-23. Las citas de este aviso contenidas en este párrafo proceden de estas mismas páginas.

Portolongone nello Stato dei Presidi, la Signoria di Correggio e Monaco». En efecto, Piombino, Portolongone, Finale y Mónaco eran enclaves de gran importancia logístico-estratégica para el Imperio español, ya que por su localización geográfica dominaban el mar Mediterráneo, convirtiéndose así en un sistema defensivo marítimo que aseguraba, además, la libre circulación de la flota española sin tener que depender exclusivamente del puerto genovés. El principado de Correggio, por su parte, era un próspero estado independiente con un ambiente cultural y artístico propio de cualquier corte renacentista del momento[111]. Sin embargo, a mediados de siglo, en 1551, Carlos V interviene en el proceso sucesorio de esta *signoria*, anulando las disposiciones del conde Giangaleazzo Correggio Visconti que permitían la sucesión femenina y posicionándose a favor de Camillo Correggio, que, desde hacía unos años, se había puesto al servicio del ejército imperial. A su muerte, en 1605, se produce de nuevo un problema en la sucesión de este estado en el que interviene la Corona española que consigue ejercer su poder en este territorio cercano a Módena hasta bien entrado el siglo XVII[112].

De esta manera, gracias a disputas sucesorias y acuerdos de protección o simplemente a la compra de los derechos jurisdiccionales de algunos territorios, como ocurrió en 1598 con el marquesado de Finale, España adquirió el dominio de un gran número de ciudades-estado y, por tanto, los Habsburgo «nella pace molto più avessero accresciuta la catena della servitù d'Italia che nella guerra non avrebbero fatto con quattro eserciti»[113]. Esto enfureció de tal modo a los príncipes italianos que amenazaron a la

[111] El principado de Correggio presenta una actividad diplomática y cultura relevante, ya que alojó a personalidades como Ludovico el Moro, Ariosto, Bembo, Molza, Bernardo Tasso y muchos otros importantes artistas y señores de la época. Entre los principales exponentes de la política y la cultura local destacan: Nicolò Póstumo Correggio, Veronica Gambara, Rinaldo Corso, Claudio Merulo y, sobre todo, Antonio Allegri. Véase Odoardo Rombaldi, *Correggio, città e principato* (Modena: Banca Popolare di Modena, 1979); Viller Masoni, ed., *Correggio: identità e storia di una città* (Parma: Astrea, 1991); Alberto Ghidini, *Aspetti e vicende del principato di Correggio nel* XVII *secolo* (Roma: Bulzoni, 1999); y *Corti e diplomazia nell'Europa del Seicento: Correggio e Ottavio Bolognesi (1580-1646)*, ed. por Blythe Alice Raviola (Mantova: Universitas Studiorum, 2014).

[112] Giovanni Siro da Correggio, primogénito de Camillo, fue nombrado su sucesor bajo la tutela del conde de Fuentes, gobernador de Milán, de manera que aprovechando esta contienda familiar entre hermanos con «clamorosi episodi di vendetta e di sangue», la Monarquía de España ofrece su apoyo y protección al joven Siro, véase Alberto Ghidini, «Correggio, Giovanni Siro da», en *Dizionario Biografico degli Italiani* (Roma: Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 1983), vol. 29. https://www.treccani.it/enciclopedia/giovanni-siro-da-correggio_(Dizionario-Biografico)/.

[113] Ragguaglio VI, en Boccalini, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, III, 22.

Monarquía española con empezar a limar esta cruel cadena con la ayuda de Francia, Alemania, Inglaterra y el Imperio Otomano. A Parnaso llega entonces «un corriero spedito in gran diligenza d'Italia con l'avviso certo che gli Spagnuoli in Sabioneta fabbricavano un altro anello, per aggiungerlo alla catena della servitù loro»[114]. La serenísima república de Venecia junto al resto de reinos italianos, la «belicosa monarchia di Francia», «l'Allemagna tutta» y «le armate numerose degli Inglesi, Olandesi e Zelandesi in gran fretta» se organizaron para hacer frente a las pretensiones de las tropas españolas.

Sin embargo, cuando toda Italia estaba en armas para su defensa territorial llegó otro aviso a Parnaso que sosegó los ánimos de los contendientes con la noticia de que los españoles habían desistido en su empeño de adueñarse de este ducado, que «con ogni possibile industria loro s'erano forzati di fabbricare l'importantissimo anello di Sabioneta, ma che avevano sudato indarno; poiché, nel saldarlo, si era rotto»[115].

[114] *Ibidem*, III, 23.

[115] Seguramente el episodio que narra Boccalini al final de este aviso es el que ocurrió a la muerte de Vespasiano Gonzaga, príncipe de Sabioneta, grande de España desde 1585: «pigliette l'ordine del tosone in Parma nel domo dall'eccellentissimo signor duca Ottavio, qual gli lo dette a nome del re Filippo di Spagna», en Niccolò de' Dondi, *Estratti del Diario delle cose avvenute in Sabbioneta dal 1580 al 1600*, ed por Giuseppe Müller (Milano: Colombo, 1857), 11. Este pequeño ducado cercano a Mantua fue cedido por Carlo V a Vespasiano en 1541, haciendo de él una pequeña capital del arte y de la cultura. Por ello pudo considerarse un estado italiano favorable a los intereses españoles desde su fundación, ofreciendo su lealtad a la Monarquía española sin ningún tipo de discrepancias. Sin embargo, a la muerte de Vespasiano en 1591 se abre una contienda sucesoria ante la ausencia de un heredero varón, sucediéndole en el gobierno del ducado Isabella Gonzaga, hija de su segunda esposa Anna d'Aragona y esposa de Luigi Carafa della Stadera, IV príncipe di Stigliano, que era además patricio napolitano y grande de España. De manera que el sexto eslabón que, según Boccalini, «gli Spagnuoli con ogni possibile industria loro s'erano forzati di fabbricare» había formado parte siempre de la conocida «servitù patteggiata» entre España y la Sabbioneta de Vespasiano, como así seguirá haciéndolo tras su muerte. Solamente algunos territorios de este pequeño feudo pasarán a la rama Gonzaga de Mantua y a la de San Martino, herederos del cardenal Pirro Gonzaga, que los habían reclamado. Por ello, se acordó «il dì 12 marzo 1591 in Sabbioneta et giorno di martedì havendo già l'illustrissimo et eccellentissimo signor principe de Stigliano insiema (*sic*) con la sua consorte fatto dare il possesso alli signori di Gonzaga cioè di Riparolo et di fuori et di Bozulo, di Cividale, Hostiano, Rodigo, Rivalta et Cinesaggio delà, così anco essi tolsero la tenuta di Sabbioneta il di predetto da hore vintidoi sin passata l'avemaria», en Dondi, *Estratti del Diario delle cose avvenute in Sabbioneta dal 1580 al 1600*, 76, pues, el condado de Rodigo pasará a Vincenzo I Gonzaga, duque de Mantua, y el marquesado de Ostiano y los feudos de Bozzolo, Rivarolo y Commessaggio se repartirán entre los hijos de Pirro. Es

A pesar de todo, la «serenissima monarchia di Spagna» continuaba siendo para Boccalini una señora de cuerpo robusto con un gran defecto: la «molta disuguaglianza di membri», que sería además la causa de su débil y frágil naturaleza corporal. Esta desproporción física nos induce metafóricamente a pensar en uno de los puntos más vulnerables del Imperio español: la discontinuidad territorial de sus posesiones. Para salvaguardar, sin embargo, estos territorios, era necesaria la presencia de virreyes y gobernadores españoles que velaran por los intereses administrativos y económicos de la corona hispana. Nada más lejos. Boccalini los describe ávidos de poder, corroídos por la envidia, capaces de traicionar y engañar a quienes los protegen, hipócritas en mantener las apariencias en los despachos diplomáticos y, al mismo tiempo, interesados en defender su propio beneficio en detrimento de la Corona española. Tanto es así que Boccalini, en el ragguaglio XXI de la *Pietra*, ofrece justamente una *Mostra che i ministri spagnuoli sono interessati nei suoi utili*:

> tutti i grandi di Spagna e gli officiali principali di così potente monarchia subito fra loro si divisero quelle zappe, quelle vanghe e quei badili, coi quali la mattina seguente molto per tempo in carriera si posero a cavar fossi, a tirar condotti, a far argini ed a caricar la terra, con mille acquedotti; con tanta fatica e diligenza, tirando ognuno l'acqua al suo molino, che avevano ridotte le cose pubbliche a tanta calamità che i molini della comunità di Spagna, per mancargli l'acqua, non macinavano più[116].

El embajador veneciano Simone Contarini ya había relatado hechos parecidos en una detallada relación al final de su embajada en la corte de Felipe III (1601-1604) en la que ante el dux debe «tratar de lo que el Rey tiene en Italia» y en especial habla del gobernador de Milán, Pedro Enríquez de Acevedo, I conde de Fuentes. Arrogante por naturaleza, según Contarini, «que a cuanto se le ordena no obedece», afirma además «que no es orden de España lo que este Conde hace, pero después de echo huelgan de ello, efecto de ambición española, pero a cosa grande no saldrán sin consideralla, porque de lo que se hace en Italia, cómo se encamina y gobierna tiene mucha quenta y sobre este fuerte de Fuentes ha habido grandes opiniones»[117].

posible que Boccalini se refiriera a este pacto sucesorio cuando escribe en sus *Ragguagli* que «nel saldarlo, si era rotto», ragguaglio VI, en BOCCALINI, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, III, 23.

[116] Ragguaglio XIX, en Boccalini, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, III, 58.

[117] SIMONE CONTARINI, *Estado de la monarquía española a principios del siglo XVII* (Málaga: Editorial Algazara, 2001), 67.

Los pasajes boccalinianos que satirizan la figura de este noble y militar español son apenas tres, pero muy elocuentes. Tal es así que en la *Pietra* vemos al conde de Fuentes en primer lugar actuar de alcahuete entre una dama de dudosa reputación como era la república de Génova de principios del *Seicento* y un pretendiente con intenciones escabrosas como era entonces el reino de España. Sin duda, su función como gobernador general del Milanesado debía asegurar la fluidez de las relaciones diplomáticas españolas con los estados italianos, en especial con Genova que ofrecía una extraordinaria capacidad financiera para las arcas españolas y un puerto estratégico que aseguraba la ruta marítima desde Barcelona. Por ello, «li re di Spagna hanno mostrato di voler con quella dama venire agli atti della disonestà» y han mandado a través de don Pedro Enríquez de Acevedo «una lettera amorosa, in forma di citazione, la quale dicono, che conteneva cose esorbitantissime che acerbamente la toccavano nell'onore», porque el objetivo de España, según Boccalini, era «tutto libidine di dominarla»[118]. Sin embargo, para alcanzar su independencia y restituir su reputación, «l'onorata libertà di Genova», terminó golpeando la cara del diligente conde de Fuentes con una zapatilla y reprendiendo con firme autoridad las intenciones de su «sfacciato» remitente. Más adelante, en el ragguaglio XIII de la *Pietra*, el autor lauretano nos presenta también a un atareado conde de Fuentes que «con certi forti attendeva a chiuder tutti i buchi della sua casa» con el propósito de «far la caccia a' sorci, per far d'essi un gran macello»[119]. Este escueto episodio en el que los venecianos «per la gelosia degli stati loro» comienzan a espiar a los españoles «con le scale appoggiate al palazzo di essa monarchia»[120] retrata la polémica construcción del fuerte de Fuentes, un bastión inexpugnable a la entrada de la Valtellina con el que Pedro Enríquez de Acevedo quiso cerrar el camino hacia el Milanesado a franceses, grisones y venecianos, que buscaban con la firma de una triple alianza un camino hacia el sur para Francia y una salida hacia el oeste para Venecia.

[118] Ragguaglio II, en Boccalini, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, III, 7.

[119] Ragguaglio XIII, en Boccalini, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, III, 45.

[120] *Ibidem*. Efectivamente, «a distancia de cuatro días del comienzo de la construcción, un espía veneciano entregó al embajador de su Estado, Antonio Paoluzzi, un plano del lago de Como indicando la posición exacta de la fortaleza», en Michela Fior, «Una fortaleza española en el camino de Flandes: El Fuerte de Fuentes (1603)», *Castillos de España: publicación de la Asociación Española de Amigos de los Castillos* 112 (Diciembre 1998), 37. Véase también Lucio Martínez Aragón y Michela Fior, *El conde de Fuentes de Valdepero y el Fuerte de Fuentes en el Camino Español* (Valladolid: Glyphos Publicaciones, 2015).

Sin embargo, el ejemplo más significativo que ilustra la sátira política contra don Pedro Enríquez de Acevedo lo encontramos en el ragguaglio XXVI titulado *Il signor Conte di Fuentes viene ammesso in Parnaso*. Boccalini presenta irónicamente al gobernador de Milán como «uomo veramente insigne», «d'essere stato in Italia portento di natura», «mostro non giammai più veduto», «sommo amator della giustizia», incluso «officiale Spagnuolo nemico del denaro», expresiones connotativas que generan una fractura en la lógica interna del discurso de este aviso, porque al mismo tiempo Boccalini lo acusa «d'aver in Milano più che al governo de' popoli, atteso alla dannosa agricoltura di seminar gelosie e piantar zizzanie, con le quali al suo re aveva renduti quei potentati Italiani diffidenti, l'amicizia de' quali con ogni sorte d'artificio e fino con l'indegnità, dovea procacciargli»[121]. Con todo, «il Fuentes degnissimo» fue aceptado en Parnaso y como «capital nemico degli sgherri», Apolo le concede irónicamente una vez más la superintendencia de los poetas satíricos para que pueda castigar a aquellos que difamaban con sus versos el honor y la reputación de las personas más cualificadas. En la aceptación de su cargo, sin embargo, debía cumplir con la condición de «che nel mese di marzo in modo alcuno non ardisse uscir di casa», cuestión que fue ampliamente discutida por el conde de Fuentes ante la negativa reiterada del mismo dios parnasiano que le pedía un poco de paciencia. El gobernador español, desobedeciendo el requisito impuesto «per sedizione di genio, o per dar tardi animo desideroso della novità, o per disgusto privato, o per intorbidar la quiete d'Italia, s'offerse di scavalcar nella guerra chi comandava nella pace», sale a la calle en medio de las celebraciones «con fuochi d'artificio, con girandole, con molti tiri di bombarde» que la Monarquía española había preparado por su entrada en Parnaso. Pero en su intención de atacar a un reputado príncipe italiano con un petardo, «egli così presto pigliò fuoco che gli crepò in mano; e la fiamma talmente gli abbruciò la faccia, mostruosamente avendolo deturpato, che se ne uscì subito di Parnaso»[122].

Así pues, esta ridícula y fugaz entrada del conde de Fuentes en la morada de los más virtuosos intelectos consiguió minar de nuevo la imagen de la política exterior de España en una Italia que estaba asistiendo a principios del siglo XVII al resurgir de Carlos Manuel I de Saboya como abanderado de la libertad de los estados italianos, sobre todo a partir de la firma del Tratado de Bruzzolo (1610), en el que su alianza con Francia en clave antiespañola

[121] Ragguaglio XXVI, en Boccalini, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, III, 79.
[122] *Ibidem*, III, 80.

le hubiera supuesto la victoria bélica sobre el Milanesado. Por ello, Boccalini ataca al conde de Fuentes en este aviso, proponiéndose acabar con «quella gloria e quella riputazione che in tanti anni s'aveva acquistata nel retto governo di Milano e nelle sue importantissime imprese di Fiandra»[123].

Otros ilustres militares de la España imperial también fueron criticados por Boccalini en sus *Ragguagli di Parnaso,* poniendo en entredicho su honorabilidad y valentía en las campañas militares españolas en las que participaron, en pro de un profundo sentimiento de identidad nacional. Así por ejemplo, en el ragguaglio XXXVIII de la segunda centuria titulado *Consalvo Ferrante Cordova ad Apollo chiede la confirmazione del titolo di «magno» e invece della grazia riceve risposta di grave disgusto*[124], y más adelante en el ragguaglio LVI titulado *Consalvo Ferrante Cordova, dal venerando collegio degl'istorici non avendo potuto ottener la confermazione tanto desiderata da lui del titolo di «magno» ad Apollo chiede altro luogo in Parnasso di dove è anco scacciato*[125], Boccalini da rienda suelta a su odio acérrimo y a su profunda indignación por la ocupación española de los territorios italianos, dejando entrever también en esta ocasión un vivo sentido de italianidad que lo mueve a satirizar a uno de los personajes históricos más estimados, aún hoy, de la España moderna.

En efecto, la imponente figura de Gonzalo Fernández de Córdoba, que en España había alcanzado el renombre de «Gran Capitán» (fig. 4) precisamente por su victoria en célebres batallas del reino de Nápoles, se presenta en el Parnaso boccaliniano a pedir, por sus méritos militares, el título de *magno*. El consejo de expertos formado por Giovanni Gioviano Pontano, Francesco Guicciardini y Paolo Giovio, tras estudiar las empresas militares del Gran Capitán determinan que no es merecedor del título que el español solicita. De manera que Tito Livio, «prencipe del senato istorico» y portavoz de esta comisión, enumera una a una las razones por las que el excelso militar no puede aspirar a tan noble condecoración. Su intervención en la guerra de Granada, por ejemplo, en donde gestó sus primeras glorias militares, no era suficiente para obtener el título de *magno* porque además de no haber participado en primera línea como capitán general, «cacciar da Granata quattro Mori divisi in fazioni, era azione meno che mediocre»[126]. Igual sucede con las batallas de África en las que participó Fernández de

[123] *Ibidem*, III, 81.
[124] Ragguaglio XXXVIII, en Boccalini, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, II, 156-160.
[125] Ragguaglio LVI, en Boccalini, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, II, 205-207.
[126] Ragguaglio XXXVIII, en Boccalini, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, II, 156.

Córdoba, cuya magnitud y repercusión fueron insignificantes a juicio de los historiadores del Parnaso.

La impecable reputación militar alcanzada por el Gran Capitán en Italia, según Livio, «gli era data dalla guerra ch'egli maneggiata aveva per l'acquisto del regno di Napoli», destacando dos de las contiendas a las que Fernández de Córdoba se enfrentó a las hordas francesas: «di segnalato e degno di considerazione si vedevano le due battaglie campali, una a Seminara e l'altra a Garigliano». Con todo, en Parnaso le reprochan al héroe español que en territorio napolitano llevó a cabo más «la fraude che la vera virtù militare», convirtiéndose pues Fernández de Córdoba en propagador de la imagen devastadora y ambiciosa de la Monarquía española[127]. Y no sólo. Se enumeran en este aviso cada uno de sus errores, por ejemplo, traspasar los límites de autoridad que se le concede a todo capitán del ejército, concediendo grandes beneficios a gran número de capitanes, nobles y hombres ilustres, y ejerciendo un poder que le correspondía al mismísimo rey de España.

Por otro lado, el consejo de virtuosos le recrimina también no haberse sabido asegurar su propia reputación tras las grandes conquistas italianas, siendo destituido del gobierno de Nápoles y conducido a España por expreso deseo de Fernando el Católico. Señalan, sobre todo, que para figurar entre las grandes personalidades militares tendría que haber muerto en Nápoles y no confinado en un castillo de España. Los jueces de Parnaso, por tanto, totalmente convencidos de que este gesto le alejaba aún más del título de *magno*, título que se le concedía tan sólo a aquellos «che con l'istromento della vera virtù militare a fine recavano imprese piene di segnalato valore», le proponen nombrarlo «uomo dabbene» y apelan a la perspicacia italiana que no se deja engañar por las autoridades extranjeras porque «il titolo che egli ebbe nell'impresa di Napoli, fu di 'capitano major', che in italiano suona 'generale' non 'magno'»[128].

La invectiva contra Fernández de Córdoba continúa en el ragguaglio LVI en donde el militar español acude de nuevo a Parnaso, «addolorato», para que Apolo «li facesse almeno grazia di porlo nella squadra degli uomini d'arme di Sua Maestà nella quale egli vedeva il famoso Belisario, Bartolomeo d'Alviano, Pietro Navarro, Antonio da Leva, il conte di Pitigliano, Lorenzo da Ceri e altri molti segnalati capitani»[129]. Apolo acepta esta petición, pero

[127] *Ibidem*, II, 157.
[128] *Ibidem*, II, 159-160.
[129] Ragguaglio LVI, en Boccalini, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, II, 205.

en el proceso de su nombramiento, el Gran Capitán es acusado de perjurio por el fiscal Bossio en relación al caso del encarcelamiento del duque de Calabria a petición del español, ya que:

> nella rocca di Taranto avendo egli assediato il giovane duca di Calavria, figliuolo di Federigo ultimo re di Napoli, allora che quel signore fece risoluzione di rendersi, capitulò con esso lui che libera autorità li concedeva di poter a sua voglia ritirarsi dove meglio li pareva, e che alla sua promessa acquistò la fede dell'osservanza col giuramento che fece sopra la sacrosanta eucaristia; ma che, contrafacendo poi al giuramento, si assicurò della persona del duca, il quale con buone guardie mandò prigione in Spagna[130].

Apolo, indignado por los sucesos acaecidos, «gli disse che così empia ed esecrada azione affatto indegno lo rendeva della virtuosa stanza di Parnaso», por lo que, ensañándose contra su persona, le procura la inevitable salida del entorno parnasiano «dove non voleva che avessero ricetto quei che nelle azioni loro avevano mostrato di più stimare il vil servigio degli uomini che la preziosa buona grazia di Dio»[131].

En su afán de denigrar la figura de grandes militares españoles, Traiano Boccalini incluye en su segunda centuria dos nuevos avisos (XLIV y LI) en los que arremete contra la excelsa figura de Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel, III duque de Alba, haciendo del discurso sobre la razón de estado el motivo de los hechos que se narran.

Efectivamente, en el ragguaglio XLIV se presenta a un duque de Alba con todos los requisitos «che necessari sono ad un prencipe che sicuramente voglia dominare Stati nuovamente conquistati», como lo era la ciudad griega de Acaya (lectura metafórica de la Flandes del siglo xvi) que en estas páginas boccalinianas está bajo el gobierno del duque de Alba. Tras repetidas sublevaciones populares por parte de los aqueos que buscaban ansiosamente hacerse con las riendas de su pueblo, el militar español quiso restablecer la quietud popular decapitando en secreto a los dos ciudadanos que protagonizaron la revuelta, ya que «per assicurarsi nella signoria del suo nuovo principato era stato forzato servirsi dell'ordinario rimedio di levare i capi alla plebe sediziosa»[132]. Ante estos hechos, es llamado al Parnaso donde Apolo examina sus actos y le reprocha sobre todo «il modo che si era tenuto», porque «e la riputazion propria e gl'interessi loro di Stato gravemente offendevano que' prencipi, che nell'importantissima

[130] *Ibidem*, II, 206.
[131] *Ibidem*, II, 206-207.
[132] Ragguaglio XLIV, en Boccalini, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, II, 174-175.

risoluzione di levar la vita ad alcun lor vasallo non camminavano co' piedi d'una regolata e bene ordinata giustizia», por ello, los gobernantes debían comunicar públicamente la verdadera razón por la que se actuaba de esta manera contra sus conciudadanos, «e non solo per giustificazion del prencipe, ma per ispaventar gli altri dal mal operare»[133].

Álvarez de Toledo, sin embargo, se justifica ante Apolo exponiendo las razones que le llevaron a actuar de forma secreta, «perché negli alti catafalchi il far mostra di supplici di uomini grandemente segnalati, non ispavento, ma rabia grande di vendetta generava in ognuno»[134]. Apolo le recuerda al duque que en el caso del príncipe de Egmont y el conde de Horne[135], no ejerció su poder del mismo modo, decidiendo mostrar entonces sus cuerpos decapitados en un acto público, a lo que el duque de Alba responde «arditamente» que cumplía exactamente las órdenes recibidas de Felipe II, «e che la natura miglior ingegno aveva dato all'uomo per ben governare le cose proprie, che i fatti del suo padrone»[136].

En el ragguaglio LI, además, Boccalini asemeja «la severità del duca d'Alva» con la imagen de «quelle nuovi tirannidi, le quali, per le atroci discordie che regnano tra la nobiltà e il popolo, si sono intruse nelle patrie libere»[137], siendo este el motivo por el que los aqueos, junto a la nobleza de la ciudad, expulsaron al español de Acaya. Fernández de Córdoba se refugia entonces en Parnaso, donde recibe lecciones de política por parte de Apolo que le aconseja que:

[133] *Ibidem*, II, 175.

[134] *Ibidem*, II, 178.

[135] Junto con Guillermo de Orange y el conde de Horne protestó por la implantación de la Inquisición en los Países Bajos por el cardenal Granvela, obispo de Arrás. Egmont se dirigió en 1565 a la corte de Felipe II en Madrid para abogar por un cambio en la política religiosa del rey en los Países Bajos, donde se le entretuvo durante meses y se le hizo creer que sus gestiones estaban dando resultado. Con la decisión del rey de no permitir la libertad religiosa de sus súbditos flamencos, Egmont se fue distanciando del monarca. Tras el estallido de los excesos iconoclastas de 1566 en Amberes (ola de destrucción de iglesias católicas en Flandes), que Egmont deploró como católico, el rey envió a Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel, III duque de Alba de Tormes, a Bruselas al frente de un ejército para perseguir a los culpables. Tras su llegada, el duque citó a Egmont y al conde de Horne el 8 de septiembre de 1567 para informarles de las instrucciones del rey, los arrestó y los condenó a muerte por traición, a pesar de que siempre manifestaron su lealtad al rey. Fueron decapitados en la Grand Place de Bruselas el 5 de junio de 1568.

[136] Ragguaglio XLIV, en Boccalini, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, II, 178.

[137] Ragguaglio LI, en Boccalini, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, II, 187.



Fig. 4.
Pieter Perret, *Gonçalo Fernández de Córdova, el grande capitán de España*, 1637. Grabado con buril. Publicado en Juan Antonio de Tapia y Robles, *Ilustración del renombre de grande…* (Madrid: En la imprenta de Francisco Martínez, 1638), elogio XIX, fol. 48r.

> per indurre un popolo nato libero a quietamente ricever tutta la servitù, somma imprudenza era, come aveva fatto egli, usar ne' primi mesi le crudeltadi e le scoperte immanitadi contro i soggetti grandi dello Stato: le quali ponendo i popoli in aperta disperazione, ogni possibil strada tentavano per levarsi dal collo quel pesante giogo della servitù, che essi neppur erano usati di vedere nonché di sopportare; e che negozio tanto importante felicemente si recava al suo fine solo con la lunghezza del tempo, a poco a poco insensibilmente introducendo la servitù ne' popoli e spogliandoli della libertà, si che essi né dell'uno né dell'altro si avvedessero[138].

Con la narración de estos episodios, por tanto, Traiano Boccalini traduce en sátira política lo que en historia es crónica, poniendo de manifiesto al mismo tiempo sus principios sobre la razón de estado, su interpretación ideológica del tacitismo *cinquecentesco*, pero sobre todo su más absoluta oposición a la política exterior de la Monarquía hispánica del siglo XVI que estaba menoscabando a pasos agigantados la libertad de Italia y que constituye, sin ninguna duda, el *summum* del marcado carácter antiespañol del escritor lauretano.

Bibliografía

Alberi, Eugenio, ed. *Le relazioni degli ambasciatori veneti al senato durante il secolo decimosesto*, serie I, vol. 5. Firenze: A spese dell'editore, 1861.

Álvarez García, Francisco Javier. *Guerra en el Parnaso. Gestión política y retórica mediática de la crisis del Monferrato (1612-1618)*. Madrid: Ediciones Doce Calles, 2021.

Beniscelli, Alberto. «Il modelo dei *Ragguagli* e il personaggio di Boccalini nella letteratura degli Incogniti». En *Traiano Boccalini tra satira e politica. Atti del Convegno di Studi (Macerata-Lorento, 17-19 ottobre 2013)*, ed. por Laura Melosi y Paolo Procaccioli, 279-312. Firenze: Leo S. Olschki Editore, 2015.

Bentivoglio, Guido. *Memorie e Lettere*, ed. por Costantino Panigada. Bari: Gius. Laterza & Figli, 1934.

Boccalini, Traiano. *De' Ragguagli di Parnaso. Centuria Prima*. In Venetia: Appresso Pietro Farri, 1612.

Boccalini, Traiano. *De' Ragguagli di Parnaso. Centuria Seconda*. In Venetia: Appresso Barezzo Barezzi, 1613.

Boccalini, Traiano. *De' Ragguagli di Parnaso*. In Milano: Per l'herede di Pietro Martire Locarni & Gio. Battista Bidelli, compagni, 1613.

Boccalini, Traiano. *De' Ragguagli di Parnaso. Centuria prima*. In Firenze: Appresso Giandonato e Bernardino Giunti, e compagni, 1613.

[138] *Ibidem*, II, 188.

Boccalini, Traiano. *Pietra del paragone politico tratta dal monte Parnaso, dove si trova i governi della maggior monarchia del universo*. Impresso in Cormopoli [Venecia]: per Ambros Teler, s.a. [1614].

Boccalini, Traiano. *Cetra d'Italia. Sopplimento de' Ragguagli di Parnaso*. S.l. [¿Venezia?]: s.i., s.a. [1614].

Boccalini, Traiano. *La bilancia politica di tutte le opere di Traiano Boccalini. Parte seconda, nella quale si comprendono le osservationi et considerationi politiche sobra il primo libro delle Storie di Cornelio Tacito e sopra la Vita di Giulio Agricola, scritta dal medesimo auttore. Il tutto illustrato dagli avvertimenti del cavalier Ludovico du May*. Castellana [i. e. Ginebra]: Per Giovanni Hermano Widerhold, 1678.

Boccalini, Traiano. *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, ed. por Luigi Firpo. Bari: Laterza, 1948, 3 vols.

Boccalini, Traiano. *Piedra del parangón político*, ed. por Donatella Gagliardi. Pisa: Edizioni ETS, 2017.

Bombín Pérez, Antonio. *La cuestión de Monferrato (1613-1618)*. Vitoria: Colegio Universitario de Álava, 1975.

Bonazzi, Nicola. *Dire il vero scherzando: moralismo, satira e utopia nei 'Ragguagli di Parnaso' di Traiano Boccalini*. Milano: FrancoAngeli, 2017.

Bongi, Salvatore. «Le prime gazzette in Italia», *Nuova Antologia* XI (1869): 1-36.

Briani, Girolamo. *Aggiunta a' ragguagli di Parnaso del molto Illust. & Eccellentiss. Sig. Traiano Boccalini Romano, intitolata Parte Terza…* In Venetia: Appresso Guivanni Guerigli, 1618.

Caporali, Cesare. *Opere poetiche*. In Venetia: Appresso Bernardo Gionti & Gio. Battista Ciotti e compagni, 1608.

Capponi, Giovanni. *Lettura di Parnaso e discorsi accademici. Parte Prima*. In Venetia: Appresso Evangelista Deuch, 1620.

Cavagna, Anna Giulia y Anja Wolkenhauer. «Editoria, tipografia e un alfabeto istoriato nella Milano del Seicento: § 1- Editoria e fortuna sociale del libraio Giovanni Battista Bidelli», *Gutenberg Jahrbuch* (2001): 197-210.

Contarini, Simone. *Estado de la monarquía española a principios del siglo xvii*. Málaga: Editorial Algazara, 2001.

De Caro, Gaspare. «Briani, Girolamo». En *Dizionario Biografico degli Italiani*. Roma: Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 1972, vol. 14, 211-213.

De Hassek, Oscar. «Della vita e delle opere di Cesare Caporali (1531-1601)». En *Programma della I. R. Scuola Reale Superiore in Pirano*. Trieste: Stabilimento Tipografico Appolonio & Caprin, 1876.

Di Giorgio, Chiara. *L'antispagnolismo nella letteratura italiana*. Tesis doctoral, Facoltà di Filosofia, Lettere, Scienze umanistiche e Studi orientali, Sapienza Università di Roma, 2011.

Dondi, Niccolò de'. *Estratti del Diario delle cose avvenute in Sabbioneta dal 1580 al 1600*, ed por Giuseppe Müller. Milano: Colombo, 1857.

Fior, Michela, «Una fortaleza española en el camino de Flandes: El Fuerte de Fuentes (1603)», *Castillos de España: publicación de la Asociación Española de Amigos de los Castillos* 112 (Diciembre 1998): 35-40.

Firpo, Luigi. «Un'inedita biografia settecentesca del Boccalini», *Giornale storico della letteratura italiana* CXXXVII (1960): 228-238.

Firpo, Luigi. «Il più antico imitatore del Boccalini: Girolamo Briani». En *Scritti vari dedicati a Marino Parenti per il suo sessantesimo anniversario*, ed. por Giovanni Semenaro, 171-179. Firenze: Sansoni Antiquariato, 1960.

Firpo, Luigi. *Traduzioni dei 'Ragguagli' di Traiano Boccalini*. Firenze: Edizione Sansoni, 1965.

Franciosini, Lorenzo. *Vocabolario italiano spagnolo*. In Roma: A spese di Gio. Angelo Ruffinelli & Angelo Manni, appresso Gio. Paolo Prosilio, 1620.

Fumaroli, Marc. *Le api e i ragni. La disputa degli antichi e dei moderni*. Milano: Adelphi, 2001.

Gagliardi, Donatella. «Fortuna y censura de Boccalini en España: una aproximación a la inédita *Piedra del parangón político*», *Studia Aurea* 4 (2010): 191-207.

Gagliardi, Donatella. «De autocensuras y censuras: el accidentado camino a la imprenta de los *Comentarii sopra Cornelio Tacito* de Boccalini (con un parecer del Consejo de Estado español)». En *Las razones del censor. Control ideológico y censura de libros en la primera Edad Moderna*, coord. por Cesc Esteve i Mestre, 217-237. Bellaterra: Universitat Autònoma de Barcelona, 2013.

Gagliardi, Donatella. «A vueltas con la inédita *Piedra del parangón político*», *Studia Aurea* 8 (2014): 387-416.

Gagliardi, Donatella. «Esplendor y ocaso del caballo napolitano: el virreinato español en las sátiras políticas de Boccalini y Quevedo», *e-Spania* [en línea], 38 (février 2021). http://journals.openedition.org/e-spania/38446.

García García, Bernardo J. y Davide Maffi (eds.), *El Piamonte en guerra (1613-1659). La frontera olvidada*. Madrid y Aranjuez: Fundación Carlos de Amberes y Ediciones Doce Calles, 2020.

Ghidini, Alberto. «Correggio, Giovanni Siro da». En *Dizionario Biografico degli Italiani*. Roma: Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 1983, vol. 29. https://www.treccani.it/enciclopedia/giovanni-siro-da-correggio_(Dizionario-Biografico)/.

Gorresio, Vittorio. *La tirannide in berlina: Boccalini e Tassoni*. Roma: Colombo, 1945.

Hendrix, Harald. *Traiano Boccalini fra erudizione e polemica. Ricerche sulla fortuna e bibliografia critica*. Firenze: Leo S. Olschki, 1995.

Horacio, Sátiras, ed. por Jerónides Lozano Rodríguez. Madrid: Alianza Editorial, 2001.

Horacio, *Sátiras. Epistolas. Arte poética*, ed. por José Luis Moralejo. Madrid: Gredos, 2015.

Infelise, Mario. «Farri, Domenico». En *Dizionario Biografico degli Italiani*. Roma: Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 1995, vol. 45. https://www.treccani.it/enciclopedia/domenico-farri_(Dizionario-Biografico)/

Infelise, Mario. «Los orígenes de las gacetas: sistemas y prácticas de la información entre los siglos xvi y xvii», *Manuscrits. Revista d'història moderna* 23 (2005): 31-44.

Irace, Erminia. «'Il sordido studio'. Traiano Boccalini dottore in utroque e governatore dello Stato pontificio». En *Traiano Boccalini tra satira e politica. Atti del Convegno di Studi (Macerata-Lorento, 17-19 ottobre 2013)*, ed por Laura Melosi y Paolo Procaccioli, 23-48. Firenze: Leo S. Olschki Editore, 2015.

Jossa, Francesca y Claudio Nuciari, «Prolegomeni a un'edizione critica dei poemetti parnassiani di Cesare Caporali». En *Francesco Berni e la poesia bernesca*, ed. por Giuseppe Crimi, *L'Ellisse. Studi storici di letteratura italiana*. Roma: «L'Erma» di Bretschneider, 2021, XVI/1-2, 231-248.

La quinta essenza della Ragion di Stato tratta da' governi de' maggior prencipi del mondo. Parte da Traiano Boccalini, & parte da altri acutissimi ingegni. Venezia: s.i., 1614.

Martínez Aragón, Lucio y Michela Fior, *El conde de Fuentes de Valdepero y el Fuerte de Fuentes en el Camino Español*. Valladolid: Glyphos Publicaciones, 2015.

Masi, Irene. *I Ragguagli di Parnaso*. Roma: Tipografia del Senato di Giovanni Bardi, 1917.

Masoni, Viller, ed. *Correggio: identità e storia di una città*. Parma: Astrea, 1991.

Merlin, Pierpaolo y Frédéric Ieva, eds. *Monferrato 1613. La vigilia di una crisi europea*. Roma: Viella, 2016.

Mestica, Giovanni. *Trajano Boccalini e la letteratura critica e politica del Seicento*. Firenze: Tipografia di G. Barbèra, 1878.

Nannucci, Vicenzo. *Teorica dei nomi della lingua italiana*. Firenze: Tipografia di Tommaso Baracchi, Successore di Gugliemo Piatti, 1858.

Raviola, Blythe Alice, ed. *Corti e diplomaziaa nell'Europa del Seicento: Correggio e Ottavio Bolognesi (1580-1646)*. Mantova: Universitas Studiorum, 2014.

Rombaldi, Odoardo. *Correggio, città e principato*. Modena: Banca Popolare di Modena, 1979.

Storace, Baldasarre. *Istoria della famiglia Acquaviva reale d'Aragora*. In Roma: Presso il Bernabò, 1738.

Verziagi, Irene. *L'utopia imperfetta del Parnaso di Boccalini. Sul lessico politico-intellettuale e su alcuni aspetti strutturali dei «Ragguagli di Parnaso» di Traiano Boccalini*. Tesis doctoral, Scuola Dottorale di Ateneo, Università Ca' Foscari Venezia, 2013.

Verziagi, Irene. «Sulla struttura, la geografía e topografía del Regno di Parnaso». En *Traiano Boccalini tra satira e politica. Atti del Convegno di Studi (Macerata-Lorento, 17-19 ottobre 2013)*, ed. por Laura Melosi y Paolo Procaccioli, 159-178. Firenze: Leo S. Olschki Editore, 2015.

978-84-1091-297-7 (PDF) / 978-84-1091-281-6 (impreso)
https://doi.org/10.14201/0AH001773132

2. ESPAÑA ANTE EL TRIBUNAL DE APOLO
Opinión, reputación y conflicto político en la guerra del Monferrato*

F. Javier Álvarez García
Universidad Complutense de Madrid – Fundación Carlos de Amberes

12 de mayo de 1615. En las proximidades de Asti, Juan de Mendoza, marqués de la Hinojosa, lograba hacerse con posiciones estratégicas tan relevantes como la *Croce Bianca*. La hazaña quedaría inmortalizada en uno de los lienzos encargados al taller de *Il Cerano*, con los que el gobernador lombardo trató de amortiguar las severas censuras suscitadas por su conducción de la guerra contra Saboya[1]. Mientras tanto, en otro frente, menos visible pero igualmente decisivo, se libraba una guerra de naturaleza distinta. Desde Génova, el embajador Juan Vivas advertía a

* Esta aportación es resultado del proyecto de I+D+i *POLEMHIS2. Espacios mediáticos, mercado de la opinión y formas de negociación en los conflictos de la Monarquía Hispánica (1559-1725)* (PID2024-156705NB-I00), adscrito a la Universidad Complutense de Madrid y financiado por la Agencia Estatal de Investigación del Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades-Fondos FEDER/UE (MICIU/AEI/10.13039/501100011033).

[1] Sobre la guerra del Monferrato remitimos al clásico pero valioso trabajo de Antonio Bombín Pérez, *La cuestión de Monferrato (1613-1618)* (Vitoria: Colegio Universitario de Álava, 1975); y al más reciente *Monferrato 1613. La vigilia di una crisi europea*, ed. por Pierpaolo Merlin y Frédéric Ieva (Roma: Viella, 2016). El proceso seguido contra el gobernador de Milán por su gestión de la guerra del Monferrato puede seguirse en F. Javier Álvarez García, «'Los más hambrientos hincan el colmillo de la pasión en mi reputación'. El proceso contra Hinojosa por su gestión de la crisis de Monferrato (1613-1615)», en *En tierra de confluencias. Italia y la Monarquía de España: siglos XVI-XVIII*, ed. por Roberto Quirós Rosado y Cristina Bravo Lozano (Valencia: Albatros, 2013), 27-39. Acerca de los lienzos con los que Mendoza trató de resarcirse de las críticas hacia su proceder, véase F. Javier Álvarez García, «Un Sísifo en la corte de Madrid. Memoria y representación del marqués de la Hinojosa en torno a la guerra del Monferrato (1613-1617)», *Goya. Revista de Arte* 356 (2016): 210-225.

Felipe III de que «cada día llueven papeles echados en Italia para escureçer la potençia y grandeza de Vuestra Magestad»[2]. A falta de victorias concluyentes en el campo de batalla, la contienda parecía desplazarse al terreno de la opinión, donde libelos, relaciones y avisos combatían con una ferocidad que a menudo igualaba –cuando no superaba– la de las armas.

Hoy resulta difícil calibrar la magnitud que alcanzó la controversia panfletaria desencadenada por la crisis bélica abierta en 1613, cuando la invasión saboyana del Monferrato, tras la muerte de Francisco IV Gonzaga, desató una auténtica guerra de tinta y papel. El testimonio de Vivas, perspicaz observador que escrutaba cuanto sucedía desde la privilegiada atalaya genovesa, apenas deja margen para la duda. Sus palabras sugieren una movilización propagandística de grandes proporciones, cuya intensidad solo podemos reconstruir de manera fragmentaria. No deja de encerrar cierta ironía que una polémica concebida para inundar calles, plazas y cortes europeas haya llegado hasta nosotros tan solo a través de vestigios dispersos. La naturaleza efímera de muchos de aquellos textos y los avatares de su conservación han condenado al historiador a contemplar apenas algunos fragmentos de un debate que, a juzgar por los testimonios de la época, alcanzó una resonancia difícil de exagerar[3].

En 1612, casi de manera simultánea al estallido de la crisis monferrina, vio la luz la primera centuria de los *Ragguagli di Parnaso* de Traiano Boccalini. A ella seguirían una segunda centuria (1613) y una póstuma *Pietra del paragone politico* al año siguiente, obras que no hicieron sino avivar unas críticas ya de por sí encendidas contra el proceder de la Monarquía Hispánica en Italia. Mediante un sofisticado artificio literario, el escritor lauretano trasladó los asuntos más candentes de la política europea, sobre todo italiana, al imaginario reino del Parnaso, donde reyes, príncipes, soldados, juristas, médicos, filósofos y toda suerte de personajes comparecían ante el tribunal supremo de Apolo. Allí, bajo la apariencia de avisos, gacetas o relaciones, las miserias, contradicciones y ambiciones de los poderosos quedaban expuestas al escrutinio público con una libertad que difícilmente habría sido tolerada fuera de la ficción[4].

[2] Carta de Juan Vivas, embajador español en Génova, al rey Felipe III. Génova, 12 de mayo de 1615, Archivo General de Simancas (AGS), Estado, leg. 1437, doc. 57.

[3] F. Javier Álvarez García, *Guerra en el Parnaso. Gestión política y retórica mediática de la crisis del Monferrato (1612-1618)* (Aranjuez: Doce Calles, 2021).

[4] Sobre la naturaleza de la ingeniosa estructura alegórica ideada por Boccalini véase Donatella Gagliardi, «A vueltas con la inédita *Pietra del parangón político*», *Studia Aurea* 8 (2014): 387-416, particularmente nota 5. La abundante bibliografía dedicada a los

La extraordinaria fortuna editorial de los *Ragguagli* convirtió a Boccalini en uno de los autores político-satíricos más influyentes del Seiscientos. Tras su temprana y no menos sospechosa muerte, la fórmula parnasiana que había concebido adquirió vida propia y terminó por constituir un género *per se*, propiciando la aparición de una pléyade de imitadores[5]. Aunque muchos intentaron apropiarse de su ingenio, pocos o ninguno lo consiguieron, pero sus imitaciones sí lograron, en cambio, contribuir de manera decisiva a poblar el Parnaso de nuevas voces, ya fuera en defensa de la Monarquía o para engrosar el creciente coro de quienes la sometían al juicio de Apolo.

Partiendo de estas premisas, el presente trabajo se propone examinar un reducido conjunto de avisos parnasianos, cuatro de los cuales dieron vida a una intensa controversia panfletaria sostenida por una cadena de réplicas y contrarréplicas[6]. Todos ellos se circunscriben a la crisis del Monferrato, conflicto que se convirtió en uno de los escenarios más fértiles para la experimentación política del parnasismo boccaliniano[7]. A través de alegorías,

---

Ragguagli di Parnaso puede consultarse en el estudio de Mónica García Aguilar incluido en este mismo volumen.

[5] Sobre los avisos de Parnaso como género literario véase Michele Magnatti, «I *Ragguagli di Parnaso*. L'invenzione di un genere letterario», en Traiano Boccalini, *Ragguagli di Parnaso. Testi scelti e studi*, ed. por Laura Melosi (Macerata: Eum, 2013), 109-128. En cuanto a la nutrida cohorte de imitadores que la invención boccaliniana suscitó remitimos a Luigi Firpo, «La satira politica in forma di ragguaglio di Parnaso I: dal 1614 al 1620», *Atti dell'Accademia delle scienze di Torino* 87 (1952-1953): 197-247; Luigi Firpo, «La satira politica in forma di ragguaglio di Parnaso II: dal 1621 al 1650», *Atti dell'Accademia delle scienze di Torino* 88 (1953-1954): 48-83; y Harald Hendrix, *Traiano Boccalini fra erudizione e polemica. Ricerche sulla fortuna e bibliografia critica* (Firenze: Leo S. Olschki, 1995), 345-358.

[6] Se trata de Carlos Manuel de Saboya, *Don Gioanni de Mendozza chiama in Parnaso ad Appollo il trionfo per le vittorie da lui ottenute in Piemonte* (texto 2.1), en Archivio di Stato di Torino (ASTo), Materie Politiche per rapporto all'interno, Storia della Real Casa, cat. III, pezzo 15/1, fasc. 12, s. fol.; Teodoro Pelleoli, atrib., *Raguagli di Parnaso. Centuria quarta* (s.l. [¿Venecia?]: s.i., s.a. [1616]) (texto 2.2), en Biblioteca Nazionale Centrale di Firenze (BNCF), MAGL.3.1.201/a; una *Risposta alla quarta centuria de' Raguagli di Parnaso* (s.l. [Venecia]: s.i., s.a. [1616-1617]) (texto 2.3), en Biblioteca Comunale Centrale di Milano (BNCM), L. VET.604; la *Replica alla risposta contra la quarta centuria de' Raguagli di Parnaso* (s.l. [¿Venecia?]: s.i., s.a. [1616-1617]) (texto 2.4), en Biblioteca Nazionale Marciana (BNM), Misc. 2643 (19); y, en fin, una censura, en este caso manuscrita, a la *Centuria quarta* (1617-1618) (texto 2.5), en Biblioteca Nazionale di Napoli, XII.G.52, fols. 23r-24v.

[7] Aunque no se abordan en este trabajo, son numerosos los avisos hoy conocidos que aparecieron en esta coyuntura y que, en mayor o menor medida, se vinculan a la crisis monferrina: *Relazione del conseglio generale di Parnaso* (1614), *Esopo Frigio con alcune delle sue*

metáforas y complejos dispositivos retóricos, sus autores trataron de encuadrar el conflicto, atribuir responsabilidades, legitimar determinadas posiciones y desacreditar a sus adversarios ante el tribunal de la opinión. Lejos de limitarse a describir los acontecimientos, estos textos aspiraron a imponer lecturas concretas de los mismos, interviniendo activamente en la disputa por su significado; también a conformar las percepciones desde las que la Italia de inicios del Seiscientos juzgó tanto la crisis del Monferrato como el papel desempeñado en ella por la Monarquía Hispánica.

Glorias en litigio: los triunfos cuestionados del marqués de la Hinojosa

Pocos episodios de la crisis monferrina fueron sometidos por el tribunal de Apolo a un escrutinio tan severo como la campaña militar de 1614. A ella se consagra un breve *ragguaglio* concebido como un feroz ataque contra el marqués de la Hinojosa, cuyas celebradas victorias en el campo de batalla comparecen poco menos que como un catálogo de desatinos militares[8]. Más allá de matizar los éxitos de las armas filipinas, el aviso aspiró a algo mucho más ambicioso: privar al gobernador de la gloria que reclamaba para sí y transferir el crédito simbólico de la campaña a Carlos Manuel de Saboya.

La singularidad del texto no solo radica en la virulencia de sus acusaciones, sino también en la identidad de su autor. Todo indica que detrás de su composición se encontraba el propio duque de Saboya, a cuya afilada pluma debemos atribuir las correcciones y adiciones que, de puño y letra, incorporó en el manuscrito[9]. Hoy es bien conocida la implicación de Carlos Manuel en la vida literaria y cultural de la corte de Turín, así como su afición a cultivar personalmente las artes y las letras[10]. Sin ir más lejos,

---

favole (1616), *Supplimento agli Avvisi di Parnaso* (1616-1617) o *Centuria quinta de' Raguagli di Parnaso* (1618), amén de aquellos que conformaron una polémica propia en torno a las tensiones con Venecia, a los que se dedica la contribución de Federica Cappelli en este mismo volumen. Véase Hendrix, *Traiano Boccalini fra erudizione e polemica*, 345-347.

[8] Carlos Manuel de Saboya, *Don Gioanni de Mendozza chiama in Parnaso ad Appollo* (texto 2.1).

[9] Ferdinando Gabotto, «Un príncipe poeta (Carlo Emanuele I di Savoia)», *Rivista Storica Italiana* 8, n.º 3 (1891): 570.

[10] Véanse, a modo ilustrativo, *La Grande Galleria. Spazio del sapere e rappresentazione del mondo nell'età di Carlo Emanuele I di Savoia*, ed. por Franca Varallo y Maurizio Vivarelli (Roma: Carocci editore, 2019); *Le meraviglie del mondo. Le collezioni di Carlo Emanuele I di Savoia*, ed. por Anna Maria Bava y Enrica Pagella, catálogo de la

en este mismo contexto ideó una serie de *antiempresas* dedicadas a algunos de los principales protagonistas del conflicto[11]. En una de ellas convirtió a Hinojosa en un «scimiasso de' grossi», atribuyéndole el mote «a chi più accarezzo, inganno e mordo». La imagen condensaba con despiadada eficacia el juicio que el duque había formado de su adversario, un hombre que, años atrás, había gozado de su amistad y favor[12].

No menos llamativa resulta la limitada transmisión del aviso. A diferencia de otros escritos surgidos al calor de la guerra, el texto se ha conservado únicamente en forma manuscrita y, por lo que sabemos, no parece haber disfrutado de una circulación apreciable. La ausencia de copias en otros archivos y bibliotecas sugiere una difusión extremadamente restringida, quizá limitada a círculos muy próximos al entorno del duque de Saboya. Paradójicamente, la dureza de sus invectivas contrasta con la modestia de su fortuna material: el alegato más feroz contra Hinojosa parece haber conocido una existencia tan discreta como efímera.

Esta circunstancia otorga una relevancia particular a la cuestión de su datación, cuya reconstrucción depende en gran medida de las referencias internas del texto. Los acontecimientos mencionados permiten situar su redacción durante el invierno de 1614-1615, coincidiendo con el paréntesis impuesto por la suspensión de las operaciones militares. La referencia a la toma de Mombaldone por el maestre de campo Pedro Sarmiento, y al ataque sobre Candia encabezado por el príncipe Tomás de Saboya mediado el mes diciembre de 1614, impide fecharlo con anterioridad a ese momento. Por su parte, el reinicio de las hostilidades en la primavera siguiente ofrece un límite razonable para su composición. Todo apunta, por tanto, a que

---

exposición (Torino, diciembre 2016-abril 2017) (Genova: SAGEP, 2016); *Politica e cultura nell'età di Carlo Emanuele I. Torino, Parigi, Madrid. Convegno Internazionale di Studi, Torino 21-24 febbrario 1995*, ed. por Mariarosa Masoero, Sergio Mamino y Claudio Rosso (Firenze: Leo S. Olschki, 1995); Andrea Pennini, «Carlo Emanuele I tra disegni espansionistici e propaganda letteraria», *Studi Piemontesi* 45, n.º 2 (2016): 399-412; y Carlos Manuel de Saboya, *Simulacro del vero principe*, ed. por Maria Luisa Doglio (Alessandria: Edizioni dell'Orso, 2005).

[11] Carlos Manuel de Saboya, *Il mondo trasformato*, *ca.* 1615, en ASTo, Materie politiche per rapporto all'interno, Storia della Real Casa, cat. III, pezzo 15/6, fasc. 8, sottofasc. 3, doc. 12.

[12] En 1598, el duque de Saboya otorgó a Mendoza el feudo de San Germano con título de marqués, en agradecimiento por la recuperación del fuerte de Carboniera, ocupado por los franceses. Desde entonces, ambos estuvieron unidos por una estrecha amistad. Véase Luigi Rollone, *Don Giovanni di Mendozza e il marchesato di S. Germano* (Milano: Tipografa P. Faverio di P. Confalonieri, 1899).

el aviso fue concebido en los meses en los que las armas permanecieron en silencio por la crudeza del invierno, pero en los que la batalla por la reputación continuó librándose con renovada intensidad.

Lejos de articular una narración continua de la campaña, el autor construyó el aviso como una auténtica pesquisa sobre la legitimidad de las victorias reclamadas por el gobernador de Milán, y el procedimiento elegido para ello no podía ser más boccaliniano. Convencido de haber acumulado méritos suficientes para ser admitido en el reino de Parnaso, Hinojosa comparece ante Apolo dispuesto a recibir los laureles que creía haber cosechado en el campo de batalla. Sin embargo, antes de concederle tan extraordinario honor, el soberano de aquel reino de la fama ordenaba una minuciosa inspección destinada a verificar el verdadero alcance de sus logros. Lo que sigue pronto deja de parecer una mera comprobación de méritos para convertirse en un implacable ajuste de cuentas: cada una de las pruebas exhibidas es sometida a un minucioso escrutinio, hasta el punto de que los mismos objetos destinados a acreditar su gloria terminan convertidos en argumentos para negársela.

La elección de los jueces encargados de tal empresa no estuvo exenta de voluntad. Apolo encomendó las pesquisas a tres figuras destacadas de la Monarquía, carentes, por tanto, de toda sospecha de parcialidad. Primero, su pariente el condestable Juan Fernández de Velasco, a quien Mendoza sirvió como maestre de campo y capitán general de la caballería de Milán[13]; asistió en las negociaciones del tratado de Lyon[14]; y sucedió en el gobierno lombardo. En segundo lugar, el conde de Fuentes Pedro Enríquez de Acevedo, veterano de la guerra de Flandes, gobernador del estado de Milán en el primer decenio del siglo xvii y responsable de la construcción del

[13] Para un estudio de su vida y mecenazgo, véase *De todos los ingenios los mejores. El condestable Juan Fernández de Velasco y Tovar, V duque de Frías (c. 1550-1613)*, ed. por Juan Montero Delgado, Carlos Alberto González Sánchez, Pedro Rueda Ramírez y Roberto Alonso Moral (Sevilla: Real Maestranza de Caballería de Sevilla, 2014), 19-58.

[14] Luis Cabrera de Córdoba, *Relaciones de las cosas sucedidas en la corte de España desde 1599 hasta 1614* (Salamanca: Junta de Castilla y León-Consejería de Educación y Cultura, 1997), 76. Sobre el tratado de Lyon, véase Alain Hugon, «Le duché de Savoie et la Pax Hispanica. Autour du Traité de Lyon», *Cahiers d'Histoire* 46 (2001): 211-242; y sobre la guerra de Saluzzo a la que puso fin, José Luis Cano de Gardoqui, *La cuestión de Saluzzo (1588-1601)* (Valladolid: Universidad de Valladolid-Centro Superior de Investigaciones Científicas, 1962).

fuerte homónimo en la intersección entre la Valtellina y la Valchiavenna[15]. Y, por último, Juan Andrea Doria, príncipe de Melfi, almirante genovés que participó en episodios tan destacados como la batalla de Lepanto o el intento de toma de Argel en 1601[16]. Difícilmente podía imaginarse un trío más cualificado para valorar los méritos militares del gobernador, pero tampoco uno menos dispuesto a dejarse impresionar por los relumbrones de sus glorias.

El examen de las victorias presentadas por Hinojosa constituye el núcleo del aviso. Significativamente, los jueces no cuestionan la realidad de los hechos invocados por Mendoza; lo que ponen en tela de juicio es su capacidad para justificar los honores que reclama. La estrategia resulta tanto más eficaz cuanto que desplaza la discusión desde el terreno de los acontecimientos al de su interpretación. No se trata de determinar si hubo victorias, sino de establecer si estas merecían ser recordadas como tales.

La primera de las empresas sometidas al examen de los pesquisidores fue la toma de Oneglia (fig. 1), consumada el 20 de noviembre de 1614 por el marqués de Santa Cruz. A comienzos de septiembre, Pedro de Toledo había defendido una estrategia basada en la apertura de varios frentes contra el ducado de Saboya, cuyo propósito era acelerar el desenlace del conflicto. Entre las operaciones previstas figuraba el asalto a las plazas marítimas de Niza o Villafranca[17]. Sin embargo, la fortaleza de ambas posiciones y la conveniencia de no distraer efectivos que Hinojosa consideraba indispensables para la seguridad del Milanesado, llevaron al gobernador a optar por un objetivo más asequible: Oneglia, cabeza de un minúsculo principado que su señor, Giovanni Gerolamo Doria, había vendido al duque Manuel Filiberto de Saboya en 1576[18]. La victoria, celebrada en verso por Antonio Bergon-

[15] Lucio Martínez Aragón y Michela Fior, *El conde de Fuentes de Valdepero y el fuerte de Fuentes en el Camino español* (Valladolid: Glyphos Publicaciones, 2015).

[16] A falta de una biografía actualizada de Doria, remitimos a Rafael Vargas-Hidalgo, *Guerra y diplomacia en el Mediterráneo. Correspondencia inédita de Felipe II con Andrea Doria y Juan Andrea Doria* (Madrid: Polifemo, 2002); Francisco Velasco Hernández, «La gran oportunidad perdida: el fracaso de las 'Jornadas de Argel' de 1601 y 1602», *Revista de Historia Naval* 152 (2021): 55-72; y Miguel Ángel de Bunes Ibarra, *Políticas de Felipe III en el Mediterráneo, 1598-1621* (Madrid: Ediciones Polifemo, 2021), 183-208.

[17] Parecer de Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, en la consulta del Consejo de Estado sobre la guerra contra Saboya. San Lorenzo de El Escorial, 7 de septiembre de 1614, AGS, Estado, leg. 1304, doc. 71. De manera simultánea, proponía el ataque del Piamonte desde Milán y de Saboya desde el Franco-Condado.

[18] La compra de Oneglia por el duque de Saboya y las tratativas para incorporar Zuccarello causaron no pocos recelos en la república de Génova. Carta de Juan de

tio[19], se vio favorecida por la connivencia de Ludovico Solaro, marqués de Dogliani y gobernador de la plaza[20].

Hinojosa presentaba con orgullo el retrato de la plaza conquistada, esperando que la empresa fuera recibida como una de las principales credenciales de su campaña. Sin embargo, los jueces despacharon el asunto con una observación demoledora: Oneglia no era más que un *borgo aperto*, desprovisto de defensas, contra el que habían actuado conjuntamente las armadas de Nápoles, Sicilia y Génova. La desproporción entre los medios empleados y el resultado obtenido bastaba para deslucir la hazaña. Además, la toma de la plaza quedaba inmediatamente contrapesada por la conquista de Zuccarello, feudo imperial bajo protección de la República, a manos del conde Guido di San Giorgio. La colaboración prestada por los genoveses en la empresa de Oneglia y su negativa a permitir el paso de las tropas saboyanas para socorrerla no había tardado en pasar factura[21]. Lo que Hinojosa presentaba como victoria terminaba por convertirse en una operación de saldo incierto.

Aprovechando la ocasión, el condestable recordaba que también él había mandado exponer en el palacio real de Milán los modestos éxitos obtenidos durante la campaña de Borgoña que encabezó en 1595; una comparación nada inocente que rebajaba las pretensiones del gobernador al nivel de unas conquistas cuya relevancia distaba mucho de justificar los honores del triunfo[22].

Idiáquez, embajador español en Génova, al rey Felipe II. Génova, 18 de julio de 1576, AGS, Estado, leg. 1408, doc. 18.

[19] Antonio Bergontio, *Vera relatione doue breuemente s'intende cosa per cosa giornalmente fatta nella battaglia d'Oneglia, l'anno MDCXIV. Con la presa del Maro* (In Pavia: Per Giouanni Negro, 1615), Biblioteca Universitaria di Pavia (BUP), Misc. Belcredi 27 (14).

[20] Bombín Pérez, *La cuestión de Monferrato*, 104. El 2 de diciembre de 1614 se había ordenado al marqués de la Hinojosa que librase la ayuda de costa de 2000 ducados de la que se había hecho merced a Dogliani y que en 1619 aún no se le había pagado. Veáse el memorial de Ludovico Solaro, marqués de Dogliani. Sin lugar ni fecha, AGS, Estado, leg. 1686, s. fol.

[21] Sobre la pérdida de Zuccarello y el apoyo prestado por los genoveses en la toma de Oneglia, véanse las cartas de Battista Serra al gobierno de la república de Génova, en Archivio di Stato di Genova (ASGe), Lettere Ministri, Spagna, pezzo 2427.

[22] Sobre las campañas del condestable en Borgoña, véase Antonio de Herrera, *Tercera parte de la Historia General del mvndo, de XIIII años del tiempo del señor rey don Felipe II el prudente, desde el año de 1585 hasta el de 1598 que passó a mejor vida* (Madrid: Por Alonso Martín de Balboa. A costa de Alonso Pérez, mercader de libros, 1612), fols. 495-499. Al abordar servicios del condestable al rey católico, su biógrafo dedica una atención especial a la guerra de Borgoña. Véase Fermín López de Mendizorroz, O*bservaciones de la vida*

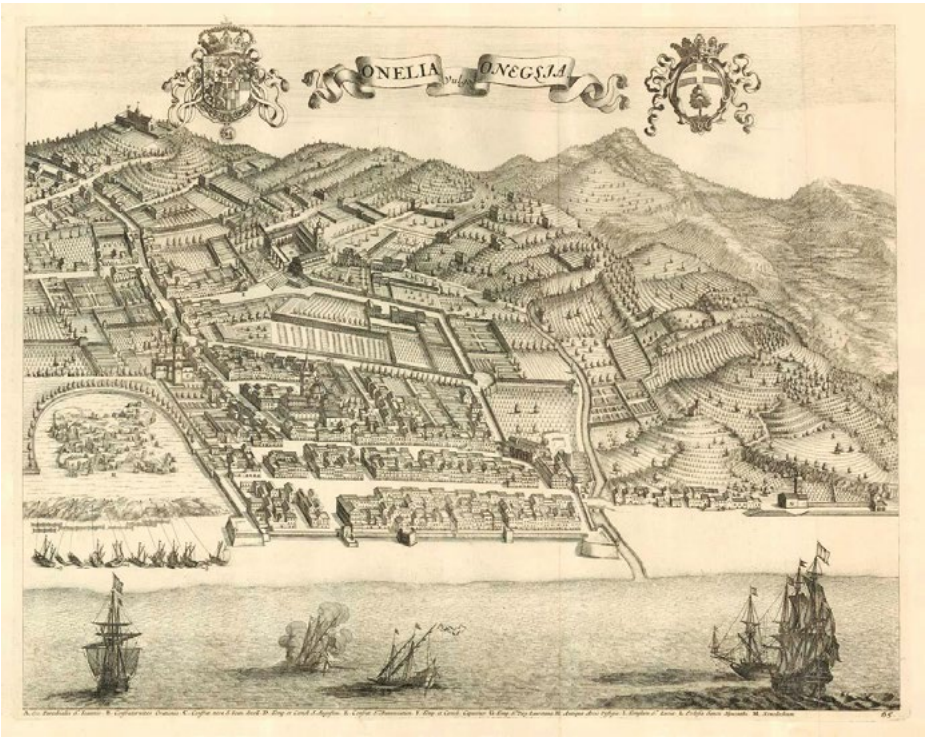


Fig. 1
Vista en perspectiva de la ciudad de Onelia, vulgo Oneglia, extraída de Joan Blaeu,
Theatrum Statuum Regiae Celsitudinis Sabaudiae Ducis…
(Amsterdam: Apud Haeredes Johannis Blaeu, 1682), vol. II, estampa 65 (entre pp. 160-161).

La discusión en torno a Oneglia anticipaba, además, uno de los mecanismos más característicos del aviso. Significativamente, Hinojosa no se presentaba ante Apolo enumerando sus triunfos, sino que trataba de acreditarlos mediante una serie de objetos destinados a hacer visible su gloria militar. La elección del procedimiento no era casual. En la cultura bélica de la época, banderas, armas, cautivos o imágenes constituían testimonios tangibles del valor de los vencedores y desempeñaban un papel fundamental en la construcción de su reputación[23]. Sin embargo, lejos de reforzar su causa, las pruebas exhibidas terminarán convertidas en argumentos contra su honor.

Tras el retrato de Oneglia, Hinojosa recurrió a los trofeos obtenidos en la toma de Mombaldone: una vieja bandera y un ruinoso tambor. El castillo, descrito como «fra i miseri della Langa, il più misero», había sido ocupado a mediados de diciembre de 1614 por Pedro Sarmiento, en la que fue la última operación del año[24]. Pero lejos de acreditar la gloria del conquistador,

---

del condestable Ivan Fernández de Velasco y cifra de sus dictámenes (En Vigeven: por Iuan Baptista Malatesta, impresor real, 1625), fols. 52-86. Aunque en paradero desconocido, sabemos que el condestable poseía «ocho quadros de la guerra de Borgoña» en sus casas principales de Burgos, que podrían corresponder con los que decoraron el palacio de Milán. Véase Montero Delgado, González Sánchez, Rueda Ramírez y Alonso Moral, *De todos los ingenios los mejores*…, 330. Además, fue retratado en traje militar por Giovanni Ambrosio Figino tras su intervención en la campaña borgoñona. Véase María Cruz de Carlos Varona, «'Al modo de los antiguos'. Las colecciones artísticas de Juan Fernández de Velasco, VI Condestable de Castilla», en *Patronos y coleccionistas. Los Condestables de Castilla y el arte (siglos XV-XVIII)*, ed. por Begoña Alonso Ruiz, María Cruz de Carlos Varona y Felipe Pereda Espeso (Valladolid: Universidad de Valladolid, 2005), 234-236.

[23] Sobre la contabilización de estandartes y banderas capturados como indicador del curso de la guerra, y el uso simbólico y propagandístico de estos trofeos en Gran Bretaña durante la guerra de Sucesión española, véase Michael Schaich, «Standards and Colours: Representing the Military in Britain during the War of the Spanish Succession», en *The War of the Spanish Succession: New Perspectives*, ed. por Matthias Pohlig y Michael Schaich (Oxford: Oxford University Press, 2018), 235-263.

[24] Carta de Juan de Mendoza, marqués de la Hinojosa y gobernador de Milán, al rey Felipe III. Milán, 20 de diciembre de 1614, AGS, Estado, leg. 1305, doc. 12. La enseña y el tambor que Sarmiento tomó en Mombaldone son mencionados en un *Breve discorso de' termini di riuerenza, & rispetto, usati dal Serenissimo duca di Sauoia verso la Maestá Catholica, et delle insodisfattioni, che in cambio n'ha riceuute* (s.l. [Turín]: s.i., s.a [1615]), en Biblioteca Reale di Torino (BRTo), Misc. 400, doc. 9bis, que formó parte también de otros manifiestos saboyanos. Este hecho demuestra la implicación personal de Carlos Manuel en la elaboración de la propaganda de guerra.

aquellos despojos parecían confirmar que la victoria había sido tan exigua como los objetos que la conmemoraban.

El siguiente intento de Hinojosa por impresionar a sus examinadores resulta aún más revelador. Incapaz de obtener reconocimiento, presenta a un cautivo encadenado: se trataba de Augusto Manfredo Scaglia, primogénito del conde de Verrua. A comienzos de septiembre, el que fuera marqués de Caluso había sido hecho prisionero en las primeras escaramuzas entre españoles y saboyanos en el entorno de Palestro[25]. Además de un importante activo en la negociación, los prisioneros constituían también un destacado atributo del triunfo militar[26]. Sin embargo, también esta prueba se volvería contra Hinojosa. Los jueces recordaban la resistencia de Caluso y sus hombres frente a fuerzas muy superiores, hasta el punto de convertir al cautivo en el verdadero héroe de la escena.

Agotados los trofeos de guerra, Hinojosa recurriría finalmente a una prueba de naturaleza bien distinta: el modelo del fuerte de Sandoval, levantado en el otoño de 1614 en las proximidades de la ciudad piamontesa de Vercelli[27]. Sin embargo, tampoco esta vez encontraría la acogida esperada. Su costosa construcción, según los jueces, difícilmente podía atribuirse al valor de las armas, no habiendo impedido la incursión de los saboyanos en el estado de Milán[28].

El sumario parecía ya suficientemente cargado como para justificar la negativa de Apolo a conceder el triunfo solicitado. El autor, sin embargo, aún reservaba una última estocada. La evocación de Larache, conquistada por Hinojosa «con la frode o con l'inganno», convertía un episodio anterior

[25] Bombín Pérez, *La cuestión de Monferrato*, 92. A finales de marzo de 1616, el marqués de Caluso logró huir del castillo de Milán, iniciándose un largo proceso contra Carlo Perrone, proveedor del pan de munición. Véase Álvarez García, *Guerra en el Parnaso*, 97-100.

[26] Sobre el valor diplomático y la suerte de los prisioneros de guerra, véase Antonio José Rodríguez Hernández, «Los prisioneros de guerra en la Monarquía Hispánica del siglo xvii: una aproximación», *Revista Universitaria de Historia Militar* 9, n.º 18 (2020): 22-25; y Peter H. Wilson, «Prisoners in Early Modern European Warfare», en *Prisoners in War*, ed. por Sibylle Scheipers (Oxford: Oxford University, 2010), 39-56; y Paul Vo-Ha, *Rendre les armes: le sort des vaincus xvie-xviie siècles* (Ceyzérieu: Champ Vallon, 2017).

[27] Doriano Beltrame, «Il forte spagnolo Sandoval presso Borgo Vercelli (1614-1644)», *Bolletino storico vercellese* 45 (1995): 89-134.

[28] El asunto del fuerte y otros extremos mencionados en el aviso –como la captura de Caluso o las incursiones saboyanas en Milán– anticipaban algunas de las cuestiones que serían examinadas en el proceso seguido contra Hinojosa. Véase Álvarez García, «'Los más hambrientos hincan...».

de su carrera en prueba de reincidencia[29]. La acusación dejaba así de recaer sobre la campaña de 1614 para extenderse al conjunto de una trayectoria militar basada en la astucia y las malas artes.

Con semejantes antecedentes, el desenlace del proceso apenas podía ofrecer dudas. Informado por los tres jueces, Apolo rechazó las pretensiones de Hinojosa, decretando que, en adelante, nadie pudiera aspirar al triunfo fundándose en la imaginación. Sin embargo, el verdadero significado de la sentencia no reside en la negativa al gobernador, sino en la redistribución de la gloria que implica. La reputación negada a Hinojosa se transfiere entonces a Carlos Manuel, en cuyo honor el dios manda levantar en el Parnaso una estatua con la inscripción áurea «*Publicae Italiae libertatis defensor*»[30]. El duque de Saboya quedaba así convertido en vencedor moral y político de la campaña, capaz de resistir y desafiar a aquella Monarquía que la literatura tassoniana poco después presentaría como un «elefante che ha l'anima d'un pulcino»[31]: formidable en apariencia, pero mucho menos temible de lo que pretendía hacer creer.

Asti: de jalón en la decadencia de España a sepultura de su reputación

Si en el aviso compuesto por Carlos Manuel la campaña de 1614, encabezada por el marqués de la Hinojosa, era sometida al escrutinio irónico del tribunal de Apolo, otros textos fueron aún más lejos, desplazando el foco desde los dudosos méritos militares del general hacia la reputación política de la propia Monarquía. En ese proceso, Asti se convirtió en escenario privilegiado de la controversia. Plaza fundamental tanto en el plano militar –sometida durante más de un mes al asedio de las tropas del gobernador de Milán– como en el diplomático –sede de la paz homónima firmada el 21 de junio de 1615–, la ciudad acabó adquiriendo una dimensión simbólica que trascendía con mucho su valor estratégico. No resulta casual que Carlos Seco Serrano definiera los episodios vinculados a esta plaza piamontesa

[29] Sobre la toma de Larache en noviembre de 1610, previo acuerdo con el jerife de Fez, véase Manuel Lomas Cortés, «A mil millas de Hipona. Mito y realidad en torno a la agregación de Larache a la Monarquía Hispánica, 1610-1613», *Magallánica: revista de historia moderna* 9, n.º 17 (2022): 233-267.

[30] Su figura como defensor de la libertad italiana en Álvarez García, *Guerra en el Parnaso*, 28-37.

[31] Alessandro Tassoni, *Filippica Prima* (s.l.: s.i., s.a. [1615]), s. fol.

como «un jalón en la decadencia española»[32]. Tampoco que la literatura parnasiana nacida al fragor de la guerra fuera, si cabe, aún menos indulgente. Allí donde el historiador identificó un hito en el declive de la Monarquía, el autor de la *Centuria quarta* de los *Ragguagli di Parnaso* creyó descubrir algo mucho más definitivo: el lugar donde la reputación de España encontró la muerte y recibió sepultura[33].

Esta idea, apenas esbozada aquí, constituye el auténtico nervio argumental de las también conocidas como *Esequie della riputazione di Spagna*. Bajo tan elocuente título se ocultaba un anónimo panfleto en 4º, de doce folios, que elevaba la sátira antiespañola a cotas difícilmente superables. Impreso en 1616, con toda probabilidad en talleres venecianos, el opúsculo transformaba un episodio concreto de la guerra del Monferrato en una solemne ceremonia fúnebre destinada a certificar el supuesto fallecimiento de la reputación de la Monarquía española.

La procedencia veneciana de la obra parece avalada por las noticias transmitidas años más tarde por Alonso de la Cueva, marqués de Bedmar y embajador de Felipe III ante la Serenísima. En su *Relatione universale delle cose di Venetia*, el diplomático recordaba con evidente irritación cómo «los venecianos pusieron, para mayor vilipendio, cierta sátira estampada en Venecia, titulada *Censuria quarta della morte della reputazione di Spagna sotto i muri d'Asti*, la qual pasquinata ha sido públicamente vendida como se hacen las historias corrientes»[34]. La observación resulta reveladora no solo por la información que aporta acerca de su impresión, sino también porque testimonia hasta qué punto la sátira había logrado escapar de los reducidos cenáculos políticos y literarios para abrirse camino por circuitos de difusión mucho más amplios.

[32] Carlos Seco Serrano, «Asti: un jalón en la decadencia española», *Arbor* 29, n.º 107 (1954): 277-291.

[33] Pelleoni, *Raguagli di Parnaso. Centuria quarta* (texto 2.2). La muerte de la reputación de una potencia constituye un motivo recurrente en la literatura parnasiana. En 1629, un autor anónimo imaginó el funeral y sepultura de la reputación de España tras el primer asedio de Casale; hacia 1690, otro opúsculo de autor desconocido recrearía la enfermedad, muerte y entierro de «*Madama Reale la Reputazione d'Austria*». Véase la contribución de Alice Raviola en este mismo volumen; y Vittorio Di Tocco, *Ideali d'independenza in Italia durante la preponderanza spagnola* (Mesina: Casa Editrice G. Principato, 1926), 313.

[34] José Manuel Troyano Chicharro, «Venecia a principios del siglo xvii: una visión política a través del embajador español don Alonso de la Cueva Benavides. Aproximación documental», *Chronica Nova* 27 (2000): 322. Esta cita fue previamente recogida por Carlos Seco Serrano, «Prólogo», en *Historia de España*, dir. por Ramón Menéndez Pidal, tomo XXIV (Madrid: Espasa Calpe, 1979), L.

Que no se trataba de una percepción exagerada de Bedmar lo confirman unos avisos, remitidos a Madrid a comienzos de 1617, que dibujan un delicado panorama en el que la proliferación de relaciones, pasquines y sátiras quedaba inseparablemente asociada al deterioro, cada vez más notorio, de la imagen española:

> A qué mal estado avemos llegado, pues en Roma no pueden andar los españoles por las calles, y los corren, apedrean y maltratan, y no les admiten que respondan, ni ellos ya sauen qué, de avergonçados y corridos. Desde que el mundo es mundo nunca tal se uio. Qué le parece a vuestra merced de que el embaxador de Sauoya esparza por Roma relaciones estampadas en Turín intituladas vitorias del serenísimo duque de Saboya [...]; que salgan pasquinadas en Roma intituladas muerte repentina de madona reputaçión de España; que diga Italia y Roma (*boce populi*) que la potençia, valor [y] gouierno de España era opinión y engaño; que si un duque le açota, ¿qué harán todos?[35].

La crítica ha atribuido tradicionalmente las *Esequie* al franciscano Teodoro Pelleoni, teólogo del cardenal Mauricio de Saboya[36]. Entre los indicios aducidos para sostenerlo ocupa un lugar destacado el testimonio de Alessandro Tassoni. En su *Manifesto intorno le relazioni passate tra esso e i principi di Savoia*, el modenés, tras rechazar la autoría de las dos primeras *Filippiche* –que hoy sabemos nacieron de su acerada pluma–, negó igualmente haber compuesto la obra, precisando que

> L'*Esequie della riputazione di Spagna*, quei segretarii ebbero il torto a volerle attribuire a me, non avendo quella scrittura alcuna conformità col mio stile, e sapendo essi ch'ella era uscita di casa loro, composta da quel padre teologo francescano loro amico, che fece poi per altri rispetti così bella riuscita[37].

La puntualización no solo buscaba deslindar responsabilidades; también apuntaba, quizá involuntariamente, hacia el verdadero ambiente político e

[35] Avisos de Roma a 19 de febrero de 1617, vistos en consulta de oficio del Consejo de Estado. Madrid, 30 de marzo de 1617, AGS, leg. 1917, doc. 32.

[36] Giuseppe Rua, *Per la libertà d'Italia: pagine di letteratura politica del Seicento (1590-1617) collegate ed esposte* (Torino: Paravia, 1905), 181-182.

[37] Alessandro Tassoni, *Le Filippiche contra gli Spagnuoli, precedute da un discorso di G. Canestrini sulla política piemontese nel secolo XVII, e seguite della Resposta del Tassoni al Soccino in difesa del duca di Savoia, e dal Manifesto dell'autore intorno alle sue relazioni coi principi di Savoia* (Firenze: Felice Le Monnier, 1855), 163. Los secretarios a los que Tassoni se refiere son Bernardino Baretti y Antonio Navarro de Larrategui, que lo fueron del príncipe Manuel Filiberto de Saboya entre 1610-1614 y 1619-1624 respectivamente. Según Giuseppe Rua, con «bella riuscita» Tassoni se refiere a que Pelleoni fue elevado a obispo de Montepeloso en 1627. Véase Rua, *Per la libertà d'Italia*, 182.

intelectual en el que había sido concebida una de las más feroces invectivas antiespañolas de la crisis del Monferrato.

Más allá de la siempre escurridiza cuestión de la autoría, la obra revela una inequívoca voluntad de inscribirse en la estela de Traiano Boccalini. Ya desde su propio título, la *Quarta centuria dei Ragguagli di Parnaso* se presentaba como una prolongación de los avisos publicados por el lauretano, reclamando para sí un lugar dentro de aquella influyente tradición satírico-política. Y todo indica que la maniobra resultó extraordinariamente eficaz. La abundancia de testimonios conservados, tanto impresos como manuscritos, da buena cuenta de su difusión y recepción[38].

En su versión impresa, el opúsculo se articula en ocho avisos o capítulos que desarrollan, desde perspectivas diversas, un mismo argumento: la muerte, exequias y sepultura de la reputación de España. Sin embargo, el interés de la obra no reside únicamente en su contenido, sino también en las modalidades de su transmisión. Lejos de fijarse en una forma estable, las *Esequie* circularon con una plasticidad notable, adaptándose a contextos, lenguas y públicos distintos. Mientras algunos testimonios reproducen la serie íntegra, otros conservan únicamente algunos avisos, alteran su secuencia o los traducen al castellano.

Resulta particularmente significativo el manuscrito conservado en la Bibliothèque royale de Belgique, que transmite tan solo una versión castellana del primer aviso bajo el título de *Junta de médicos para saber la ocasión de la repentina muerte de Madama la reputación de España*[39]. Del mismo modo, los avisos sueltos conservados en la Bayerische Staatsbibliothek, la Biblioteca Oratoriana o la Biblioteca Nazionale di Napoli, entre otras, evidencian una circulación fragmentaria que favorecía la autonomía de

[38] Los manuscritos de la *Centuria quarta* se encuentran entre los más difundidos en las bibliotecas italianas en lo que a la literatura histórica relativa a España se refiere, de acuerdo con María Teresa Cacho Palomar, «Italia mira a España (Manuscritos históricos hispánicos de los siglos xvi y xvii en bibliotecas italianas)», *e-Spania* 24 (2016), https://doi.org/10.4000/e-spania.25637. Firpo documentó más de una docena de ejemplares impresos y otros tantos manuscritos en bibliotecas de Italia, España o Alemania. Véase Firpo, «La satira politica in forma di ragguaglio di Parnaso. I: Dal 1614 al 1620», 204.

[39] Demetrio Martín Sanz y Esmeralda Romano Rodríguez, «'Las siete edades del mundo' de Pablo de Santa María, y otras obras en un manuscrito del siglo xvii (Biblioteca Real de Bélgica, ms. 1417-49)», en *Medievalismo en Extremadura. Estudios sobre Literatura y Cultura Hispánicas de la Edad Media*, ed. por Francisco Javier Grande Quejigo y José Roso Díaz (Cáceres: Universidad de Extremadura, 2009), 170-171.

determinadas piezas[40]. Junto a ellos, otros códices preservan la serie completa, aunque no siempre respetando el orden original. Así ocurre en los ejemplares custodiados en el Archivo Histórico de la Nobleza y en el del Santuario de Loyola, que ofrecen una traducción castellana del conjunto, o en las versiones italianas conservadas en la Bibliothèque nationale de France y el Archivio di Stato di Milano[41]. Más que una anomalía textual, esta diversidad constituye un indicio elocuente del éxito alcanzado por la obra y de su capacidad de adaptación.

El autor de la *Centuria quarta* explota con notable habilidad el dispositivo narrativo legado por Boccalini para trasladar los acontecimientos de la crisis del Monferrato al supremo tribunal de la opinión. El primer aviso se abre con la llegada al reino de Apolo de un correo procedente de Italia, portador de una noticia tan luctuosa como inesperada: la muerte de «Madamma Serenissima la Reputation di Spagna» en Asti[42].

La extraordinaria eficacia del opúsculo descansa en la personificación de una abstracción. La reputación de España abandona el terreno de las cualidades inmateriales para adquirir cuerpo, convirtiéndose en una dama que enferma, agoniza y, finalmente, muere y es sepultada. En la cultura moderna, especialmente sensible a las nociones de crédito, fama y opinión, la reputación constituía uno de los principales fundamentos de la autoridad principesca[43]. Así, la consulta médica sobre los males de la reputación, su posterior autopsia, exequias y sepultura, no son sino las distintas etapas de

[40] En todas ellas se trata del primer aviso, salvo en el caso de la Oratoriana, en la que se conserva el cuarto aviso. En otros, recogidos por Firpo, se trata de una reproducción parcial que no sigue el orden del impreso. Véase Firpo, «La satira politica in forma di ragguaglio di Parnaso. I: Dal 1614 al 1620», 204.

[41] En estos manuscritos, los tres primeros avisos son seguidos por el octavo, sexto, quinto y cuarto, cerrándose el conjunto con el séptimo. Véanse los ejemplares del Archivo Histórico de la Nobleza (AHNOB), Osuna, c. 455, doc. 95; Archivo Histórico del Santuario de Loyola (AHSL), Fondo Andrés de Prada, leg. 13, doc. 126; Biblioteca Nacional de España (BNE), mss. 775, fols. 112r-119v.; Bibliothèque nationale de France (BnF), Italien, Ms. 212, fols. 159-172; y Archivio di Stato di Milano (ASM), Miscellanea Lombarda, pezzo XI, fasc. 8.

[42] «Si fa collegio de' medici innanti Apollo per saper la cagione dell'improvisa morte di madamma serenissima la Reputation di Spagna. Cap. 1», en Pelleoni, *Raguagli di Parnaso. Centuria quarta*, s. fol. (texto 2.2).

[43] Sobre el concepto de reputación, remitimos al volumen colectivo *La Reputación: quête individuelle et aspiration collective dans l'Espagne des Habsbourg. Hommage à la professeure Araceli Guillaume-Alonso*, dir. por Béatrice Pérez (Paris: Sorbonne Universitè Presses, 2018). Botero dedicó a este concepto, que consideraba solo era aplicable a los gobernantes, un breve tratado publicado en 1598. Véase Giovanni Botero, «Della ripvtatione del

una misma ceremonia de degradación destinada a demostrar que el prestigio acumulado por la Monarquía había encontrado bajo los muros de Asti el escenario de su definitivo colapso.

Desconcertados por la noticia, los habitantes del Parnaso eran incapaces de comprender cómo había podido sucumbir una reputación respaldada por un ejército de más de cuarenta mil hombres. La cifra, naturalmente, pertenecía más al terreno de la fanfarronería propagandística que al de la realidad, pues los ejércitos concentrados por el marqués de la Hinojosa durante el asedio de Asti apenas alcanzaron los veinticinco mil efectivos[44] (fig. 2). Precisamente en esa contradicción se instala la sátira: cuanto más formidables parecen las fuerzas de España, más humillante resulta el desenlace.

La supuesta tragedia sirve de pretexto para convocar una singular consulta en la que participan algunas de las más reputadas autoridades médicas de la Antigüedad y del Renacimiento. Llamados a determinar la causa de tal fallecimiento, los facultativos irán tomando sucesivamente la palabra. Esculapio atribuye la muerte a un exceso de ambición y soberbia. Hipócrates, por su parte, denuncia la corrupción de unos ministros que habían convertido la guerra en una lucrativa mercancía. Galeno, en cambio, señala las frustradas ambiciones españolas sobre Casale[45]. Otros, en fin, aventuran una hipótesis todavía más incómoda, atribuyendo el fatal desenlace al hecho de que España hubiera empuñado las armas contra el cuñado y sobrinos, y en favor de un tradicional aliado de los franceses[46].

---

prencipe», en *Aggivnte alla sua Ragion di Stato* (In Venetia: Presso Gio. Battista Ciotti, al Segno dell'Aurora, 1598), 41-53.

[44] Eduardo de Mesa Gallego, «El ejército de la Monarquía Hispánica y la guerra de Monferrato (1614-1617)», en *El Piamonte en guerra (1613-1659). La frontera olvidada*, ed. por Bernardo J. García y Davide Maffi (Aranjuez: Doce Calles, 2020), 144.

[45] En septiembre de 1613, el duque de Mantua rechazó la propuesta española de introducir guarnición en Casale, mientras se negociaba ya el intercambio entre el Monferrato y el Cremonés. Sobre estas negociaciones, véase Davide Maffi, «Il confine incerto. Il 'problema' Monferrato visto con gli occhi di Madrid (1550-1700)», en *Cartografa del Monferrato. Geografa, spazi interni e confni in un piccolo Stato italiano tra Medioevo e Ottocento*, ed. por Blythe Alice Raviola (Milano: Franco Angeli, 2007), 135-174.

[46] Basta recordar que el duque de Saboya era viudo de la infanta Catalina Micaela (m. 1597) y que los hijos de la pareja ocupaban un lugar destacado en la sucesión al trono español. Este hecho, unido a la importante posición geopolítica ocupada por el ducado, fueron factores determinantes en la agresiva política exterior desplegada por Saboya. Véase Alain Hugon, «Política pacifista y Saboya. De camino español a puerta de los Alpes (1598-1617)» en *El arte de la prudencia. La Tregua de los Doce Años en la Europa de los Pacificadores (1598-1618)*, ed. por Bernardo J. García García, Manuel Herrero

La sesión concluye con la intervención de Luis Mercado, única voz discordante en medio de aquel consenso acusatorio. Reacio a aceptar un diagnóstico construido sobre conjeturas, el médico español solicita a Apolo la apertura del cadáver para determinar con precisión las causas del fallecimiento. El dios accede y encomienda la autopsia a tres célebres anatomistas: Ambroise Paré, Matteo Realdo Colombo y Juan Valverde de Amusco. Con ello, la sátira abandona el terreno de la sospecha para adentrarse en el de la demostración. Ya no se trata de acusar a España, sino de abrirla en canal.

El segundo aviso constituye uno de los ejemplos más brillantes de apropiación del imaginario anatómico en la literatura polémica del siglo xvii[47]. La autopsia del cadáver se transforma así en una suerte de anatomía moral de la Monarquía católica[48]. Cada uno de los órganos examinados ofrece una oportunidad para traducir en términos fisiológicos algunos de los *topoi* más arraigados del antiespañolismo[49]: la doble moral aparece inscrita en el propio cuerpo de la difunta, provista de dos corazones; la codicia se manifiesta en unos intestinos interminables que ni el Viejo ni el Nuevo Mundo habían logrado satisfacer[50]; la ingratitud hacia aliados y parientes se atribuye a un hígado corrompido; la arrogancia se descubre en una imaginación depravada; la bravuconería, representada por el capitán

Sánchez y Alain Hugon (Madrid: Doce Calles-Fundación Carlos de Amberes, 2012), 75-90.

47 «Ambrogio Pisco, il Colombo et il Valverde aprono il cadavero della Riputation di Spagna et visitano li membri et parti più principali. Cap. 2», en Pelleoni, *Raguagli di Parnaso. Centuria quarta*, s. fol. (texto 2.2)

48 El recurso a las narrativas diseccionales en la Edad Moderna cuenta hoy con una amplia bibliografía, entre la que destacan los trabajos de Jonathan Sawday, *The Body Emblazoned: Dissection and the Human Body in Renaissance Culture* (London-New York: Routledge, 1995); *The Body in Parts. Fantasies of Corporeality in Ealy Modern Europe*, ed. por David Hillman y Carla Mazzio (London-New York: Routledge, 1997); y Enrique Fernández Rivera, *Anxieties of interiority and dissection in Early Modern Spain* (Toronto: Toronto University Press, 2015). Sobre la influencia de la *Quarta centuria* en el imaginario viaje quevediano a la cabeza de Richelieu, remito a Ramón Valdés Gázquez, «Quevedo: metáforas tópicas, motivos y modelo de la 'Visita y anatomía de la cabeza del cardenal Richelieu'», *Rivista de Filologia e Letterature Ispaniche* 1 (1998): 129-142.

49 Sobre los lugares comunes del antiespañolismo en Italia, véase *Alle origini di una nazione. Antispagnolismo e identità italiana*, ed. por Aurelio Musi (Milano: Guerini e Associati, 2003).

50 Sobre el recurso a la controversia de la conquista de las Indias en la Italia de inicios del siglo xvii, véase F. Javier Álvarez García, «La cuestión americana en las polémicas antiespañolas del primer Seiscientos (1612-1626)», *Cuadernos de Historia Moderna* 49, n.º 2 (2024): 323-342.



Fig. 2
Anónimo italiano, *vista del asedio de Asti*, 1615, patrocinada por la república de Lucca. Grabado con buril. Royal Collection Trust, RCIN 721134. © Su Majestad el Rey Carlos III.

Spavento, en su hermafrodismo[51]; la perfidia encuentra su reflejo en una boca dotada de dos lenguas; y la voracidad en una dentadura hecha para engullir a los más pequeños.

Tras conocer los resultados del examen médico, el tercer aviso aborda las exequias de la difunta, convertidas en una nueva humillación para la Monarquía[52]. Apolo disponía, no sin poca sorna, que *Madama* fuera sepultada en el monasterio di San Giacomo di Valleombrosa in Valmanera de Asti. La *Certosa* –como también se la conocía– había sido residencia y cuartel general del gobernador lombardo durante el asedio, de tal manera que el lugar destinado a acoger los restos de la reputación era precisamente uno de los escenarios más estrechamente vinculados a su campaña. La burla se completaba con una refinada malicia simbólica: la cartuja estaba dedicada a los apóstoles Felipe y Santiago, que remitían al patronímico del monarca y al santo patrono de los ejércitos españoles, cuyo tradicional grito de guerra –¡Santiago, Santiago! o ¡Santiago y cierra España!– resonaba ahora como un eco vacío. No satisfecho con ello, Apolo decretaba que el duque de Saboya fuera el encargado de custodiar sus restos, encabezar el cortejo y conducir a la difunta hasta su tumba, para la que Virgilio había compuesto un demoledor epitafio: «*O nimium caelo, et pelago confise sereno. Nudos et ignota Palinure iacebis arena*»[53].

A lo largo del opúsculo, la ciudad de Asti deja de ser una simple plaza fuerte del Piamonte para convertirse en el escenario donde la Monarquía habría visto derrumbarse el prestigio acumulado durante décadas. Ningún

[51] Sobre la figura del capitán Spavento –o Matamoros– de la Comedia del Arte, a través de la que se difunden los tópicos de la soberbia y la fanfarronería de los españoles, véase Franco Vazzoler, «Rodomontades, Rodomontadas, Rodomontate: capitani teatrali fra Francia, Spagna e Italia. A proposito della Raccolta di Lorenzo Franciosini», en *Incontri poetici e teatrali fra Italia e Penisola Iberica*, ed. por Michela Graziani y Salomé Vuelta García (Firenze: Leo S. Olschki, 2017), 99-114; y Fausto De Michele, *Guerrieri ridicoli e guerre vere nel teatro comico del '500 e del '600 (Italia, Spagna e paesi di lingua tedesca)* (Firenze: Alma Edizioni, 1998). En el contexto de la crisis monferrina se publicaron *Les plaisantes boutades, et altières rodomontades du capitaine Matamore, sur la guerre de Piedmont* (De Sarragosse: par Sebastiano Dercaillach, & traduit en François, l'an 1617), en BnF, 8-LB36-3824.

[52] «Si ordina il funerale et la sepoltura della serenissima Riputation di Spagna nella Certosa, fuori della città d'Asti. Cap. 3», en Pelleoni, *Raguagli di Parnaso. Centuria quarta*, s. fol. (texto 2.2)

[53] «¡Oh, Palinuro, por tu excesiva confianza en la serenidad del cielo y el mar, yacerás insepulto en ignorada arena!» (Virgilio, *Eneida*, libro V, v. 870), incluido en el «Epitaffio fatto et recitato da Virgilio Marone sopra la tomba della serenissima Riputation di Spagna. Cap. 4», en Pelleoni, *Raguagli di Parnaso. Centuria quarta*, s. fol. (texto 2.2)

otro episodio de la guerra recibe atención: el asedio de la plaza es evocado una y otra vez, desde perspectivas distintas, hasta convertirse en el acontecimiento sobre el que se articula la interpretación de todo el conflicto. No deja de ser significativo que, concluida la guerra, Carlos Manuel hiciera imprimir en Venecia una estampa destinada a subrayar la escasa entidad del mismo[54].

Precisamente, los anatomistas atribuyen la causa última de la muerte de la reputación a las seis semanas durante las que se prolongó el sitio. La paciente habría sucumbido, en su opinión, por las penalidades derivadas de un asedio en el que el duque de Saboya no dejó de hostigar a las tropas españolas, pues «di giorno e di notte gl'andava ad assaltare nelle proprie trincere». La alusión remite a los continuos ataques lanzados contra las posiciones de Hinojosa y, en particular, a la acción nocturna del 21 de junio de 1615, cuando las fuerzas saboyanas irrumpieron en las trincheras del maestre de campo Gambaloita, pocas horas antes de la conclusión de la paz[55].

Idéntica lógica preside la interpretación de la jornada del 20 de mayo de 1615, evocada en la autopsia mediante la imagen de una sangría que estuvo a punto de dejar completamente exangüe a la paciente. La metáfora médica remite a los combates librados entre ambos ejércitos en las colinas de Asti, acción que también fue plasmada en un lienzo del gobernador de Milán realizado por el taller de *Il Cerano*. Frente al triunfalismo de Hinojosa, que refiere haber tomado varios cañones tras la huida del enemigo, la batalla es presentada por el autor del *ragguaglio* como el momento en el que la

[54] *Dissegno vero del sitto delle due armate fuora della città d'Asti* (s.l. [Venecia]: s.i., 1615), en AGS, Mapas, Planos y Dibujos, 07, 145. Véase una reproducción a doble página en F. Javier Álvarez García, «Una guerra en imágenes. Grabados y dibujos de la guerra del Monferrato», en *El Piamonte en guerra*, ed. por García García y Maffi, 58-91.

[55] Este episodio, presentado por Mendoza como otro de sus éxitos en el campo de batalla, forma parte de su serie de lienzos sobre la guerra. Véase Álvarez García, «Un Sísifo en la corte de Madrid», 218-219. Sobre el ataque, véase la *Relación de lo que sucedió a 21 de junio, en la noche, en las trincheras*, enviada con carta de Juan de Mendoza, marqués de la Hinojosa y gobernador de Milán, al rey Felipe III. Croce Bianca, 25 de junio de 1615, AGS, Estado, leg. 1906, doc. 203. A pesar de que Asti fue el escenario de la paz que pondría fin, al menos de forma momentánea, a la guerra, el autor prescinde de cualquier alusión a un acuerdo que irritó sobremanera a la corte de Madrid y que ha sido interpretado por la historiografía como un hito en el declive de la Monarquía. Véase Seco Serrano, «Asti: un jalón en la decadencia española».

reputación española recibió una herida mortal[56]. El episodio adquiere así un valor que trasciende ampliamente su dimensión militar.

Todavía más significativa resulta la insistencia en los episodios vinculados a la *Croce Bianca*. La campaña del marqués de la Hinojosa contra Saboya queda reducida a la conquista de una pequeña venta situada a dos millas de Asti, que había sido tomada por un gran ejército[57]. La desproporción constituye, naturalmente, el núcleo de la burla. Allí donde las relaciones españolas hablaban de una gran operación militar, el autor prefiere recordar la ocupación de una simple hostería. La *Croce Bianca* se convierte así en una caricatura condensada de toda la empresa: una movilización gigantesca, enormes gastos y resultados ridículamente modestos. La sátira alcanza aquí una de sus expresiones más corrosivas, pues transforma los objetivos estratégicos de la campaña en una disputa por calderos, jarras y utensilios de cocina.

Los restantes avisos desarrollan esta misma idea a través de registros diversos de acusado tono burlesco. El baño de sangre preparado por Carlos Manuel para curar la pusilanimidad de los príncipes transforma la derrota española en remedio terapéutico contra la cobardía[58]; la revista organizada por Apolo expone al ridículo a una Monarquía incapaz siquiera de soportar el estruendo de las armas[59]; y la querella de los posaderos italianos prolonga la sátira de la *Croce Bianca* hasta convertirla en símbolo de la guerra[60]. Bajo formas distintas, todos estos episodios convergían en una misma idea: Asti había puesto al descubierto el abismo existente entre la imagen del poder que la Monarquía española pretendía proyectar y la realidad, que sus enemigos se apresuraban a divulgar.

[56] *Relación del suceso que tuvo el Ejército de S. M. en 20 de mayo de 1615*, enviada con carta de Juan de Mendoza, marqués de la Hinojosa y gobernador de Milán, al rey Felipe III. Asti, 21 de mayo de 1615, AGS, Estado, leg. 1906, doc. 193.

[57] Nuevamente protagonista de otro de los lienzos de Mendoza, la acción es presentada como un acto de valentía del gobernador. Véase el relato de la toma de la *Croce Bianca* en la *Breve, et veridica relatione di qvanto e svccesso tra gli eserciti di Spagna et di Savoia* (Stampata in Venetia: s.i., s.a. [1615]), 17-19.

[58] «Apollo fa publicare un bagno fatto per mano del duca di Savoia per guarire la dapocagine d'alcuni prencipi. Cap. 5», en Pelleoni, *Raguagli di Parnaso. Centuria quarta*, s. fol. (texto 2.2)

[59] «Apollo fa una ressegna generale delli soldati di Parnaso, et li spagnuoli non vogliono che passino dinanzi al palazzo della loro Monarchia. Cap. 6», en *ibidem*.

[60] «L'università de gl'hosti italiani ricorre ad Apollo per ottenere la sicurezza delle loro hosterie. Cap. 7», en *ibidem*.

Sin embargo, es el último *ragguaglio* el que proporciona la clave de lectura retrospectiva de toda la obra[61]. La *Centuria quarta* concluye apropiándose de uno de los artificios satíricos más célebres de Traiano Boccalini –la *pesa* de los estados del mundo por Lorenzo de Médicis para determinar su verdadero valor político–, prueba elocuente de hasta qué punto los códigos del parnasismo habían dejado de ser patrimonio exclusivo del lauretano para convertirse en lenguaje político reutilizable[62].

En efecto, se trata de la reelaboración del aviso XIII de la *Pietra del paragone politico*[63], que unos meses antes había sido también incluido en la *Cetra d'Italia*[64]. En estas, Lorenzo colocaba en uno de los brazos de la balanza los reinos de la Monarquía española, cuyo peso apenas lograba equilibrar a los príncipes italianos, hacia cuyo lado se inclinaría con solo una mirada de Francia. Ahora, adaptando el motivo a la coyuntura monferrina, el argumento iba mucho más lejos. Deseoso de comprobar cuánto habría menguado Saboya tras enfrentarse a la potencia más formidable del mundo, Lorenzo solicita permiso a Apolo para volver a empuñar la balanza. Sin embargo, el resultado invierte por completo las expectativas: la Monarquía católica, ni siquiera acompañada de los príncipes italianos aliados, lograba levantar el peso del pequeño estado saboyano.

[61] «Lorenzo de' Medici pesa nuovamente lo stato di Savoia et trova che non si può mover da terra. Cap. 8», en *ibidem*.

[62] La elección de Lorenzo de Médicis dista mucho de ser casual. Más allá de la vinculación de su linaje con las finanzas, la tradición historiográfica renacentista había consagrado al Magnífico como arquitecto de los equilibrios políticos de la Italia del *Quattrocento*, circunstancia que lo convertía en una autoridad especialmente idónea para pesar los estados de la península. Véase Riccardo Fubini, «The Italian league and the Policy of the Balance of Power at the Accession of Lorenzo de' Medici», en *The Origins of the State in Italy (1300-1600)*, ed. por Julius Kirshner (Chicago: University of Chicago Press, 1996), 166-199.

[63] Traiano Boccalini, *Pietra del paragone politico tratta dal monte Parnaso, dove si trova i governi della maggior monarchia del universo* (Impresso in Cormopoli [Venecia]: per Ambros Teler, s.a. [1614]), 48-62. El aviso se titula «Tutti li principi, le republiche, et li stati sono giustamente con la stadiera da Lorenzo Medici pesati».

[64] Traiano Boccalini, *Cetra d'Italia. Sopplimento de' Raggvagli di Parnaso* (s.l.: s.i., s.a. [1614]), 30-54. Se trata del *ragguaglio* IV, titulado «Pesa de' stati di tvtti i prencipi e monarchie d'Europa, fatta da Lorenzo de Medici». Para un análisis de los vínculos entre la *Pietra* y la *Cetra*, véanse Franco Longoni, «Alcune note sulla tradizione del testo boccaliniano», *Studi secenteschi* 40 (1999): 3-29; y Donatella Gagliardi, «Fortuna y censura de Boccalini en España: una aproximación a la inédita *Piedra del parangón político*», en «Literatura, sociedad y política en el Siglo de Oro», ed. por Eugenia Fosalba y Carlos Vaíllo, número monográfico, *Studia Aurea* 1 (2010): 194-196.

La escena constituye una de las formulaciones más explícitas del discurso político antiespañol. Desconcertado por el resultado, Lorenzo consulta al oráculo de Delfos, que responde con una sentencia concluyente: «*Non bene pro toto libertas venditur auro*»[65]. La interpretación de Pietro Aretino despeja cualquier ambigüedad: si Saboya pesaba más, no era por la extensión de sus dominios o la magnitud de sus recursos, sino porque Carlos Manuel se había mostrado en la guerra «padre e ristauratore della libertà di tutti li prencipi d'Italia». Frente al oro español, la libertad italiana; frente a la riqueza de la Monarquía, el mérito político de quien se había atrevido a desafiarla.

No es casual que el panfleto concluya precisamente con esta imagen. Tras páginas enteras dedicadas a diseccionar los vicios de España, ridiculizar sus armas y certificar la muerte de su reputación, el autor ponía al descubierto el verdadero objetivo de toda la operación: más allá de desacreditar a los españoles, aspiraba, sobre todo, a canonizar políticamente al duque de Saboya.

La guerra continúa en Parnaso: réplicas y contrarréplicas a la Centuria quarta

La extraordinaria difusión alcanzada por la *Centuria quarta* no tardó en suscitar respuestas entre los defensores de la Monarquía de España. Lejos de permanecer como una invectiva aislada, el opúsculo dio origen a una controversia de réplicas y contrarréplicas desarrollada íntegramente en el lenguaje político del Parnaso boccaliniano. Los autores de estos textos conservaron la misma escenografía alegórica, reutilizaron a muchos de sus personajes y construyeron sus argumentos a partir de los episodios narrados por el opúsculo al que pretendían refutar. Mientras Pedro de Toledo, nuevo gobernador del estado de Milán, penetraba en el Piamonte en septiembre

[65] «La libertad no se vende bien por todo el oro del mundo». La máxima es citada en el prólogo de la primera parte de *El Quijote* (1605). Según se indica, no pertenece a Horacio como siempre se ha creído, sino a la tradición de las *Esópicas* o del *Romulus* de Gualterus Anglicus. Véase Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, dir. por Francisco Rico Manrique (Barcelona: Instituto Cervantes-Crítica, 1998), https://cvc.cervantes.es/literatura/clasicos/quijote/edicion/parte1/prologo/prologo_02.htm. En una nota complementaria se precisa su atribución a Ovidio y a Catón.

de 1616, la batalla por la reputación proseguía con igual intensidad ante el tribunal de Apolo[66].

Hasta donde hoy sabemos, esta querella parnasiana estuvo integrada por dos respuestas y una réplica. Aquellas –la impresa *Risposta alla quarta centuria de' Ragguagli di Parnaso*[67] (texto 2.3) y un manuscrito sin encabezamiento[68] (texto 2.5)– perseguían un objetivo común: impugnar el certificado de defunción expedido contra la reputación española. La tercera, presentada como *Replica alla risposta contra la quarta centuria de' Raguagli di Parnaso* (texto 2.4), acudía en auxilio del panfleto original para confirmar la sentencia del foro apolíneo[69].

La cronología de los textos nos permite reconstruir el desarrollo de la disputa. La más temprana de las obras parece ser la *Risposta alla quarta centuria* (texto 2.3). Firpo ubica su composición en el verano de 1616 y su publicación en el invierno de ese mismo año. Aduce para ello un despacho enviado al duque de Módena por Geminiano Ansaloni, su residente en Milán, el 26 de abril de 1617. En él, el abad escribía que «il foglio dell'avviso di questa settimana sarà annesso a questa carta, e insieme la difesa fatta innanzi ad Apollo per la calunnia data alla riputazione spagnuola, che fu data per morta nell'assedio di Asti»[70]. En efecto, la referencia al asedio de Gradisca, destacado evento de la guerra de los uscoques presentado aún como una operación en curso[71], junto con el silencio sobre el sitio de

[66] Sobre el reinicio del conflicto, véase Bombín Pérez, *La cuestión de Monferrato*, 186-194.

[67] La obra contiene un único *ragguaglio* titulado «Il vecchio della montagna» y fue estampada en Venecia. Véase Firpo, «La satira politica in forma di ragguaglio di Parnaso. I: Dal 1614 al 1620», 215-217.

[68] En adelante, nos referiremos a esta respuesta anepigráfica como *Censura fatta alla quarta centuria* por ser esta una expresión utilizada en este tipo de literatura parnasiana. Véase el caso de asedio de Verrua en este volumen.

[69] Firpo considera que se trata de un panfleto compuesto e impreso en Venecia a juzgar por el contenido de los sonetos que incorpora. En ellos se exhorta al león de san Marcos a frenar la rapacidad del águila imperial y se reprende a los príncipes italianos aliados de los españoles. Véase Firpo, «La satira politica in forma di ragguaglio di Parnaso. I: Dal 1614 al 1620», 218-220.

[70] *Ibidem*, 217.

[71] Sobre la también conocida como guerra de Gradisca o del Friuli, que enfrentó al archiduque Fernando de Estiria y la república de Venecia, véase Catherine Wendy Bracewell, *The Uskoks of Senj. Piracy, Banditry, and Holy War in the Sixteenth-Century Adriatic* (Ithaca-London: Cornell University Press, 1992); y Riccardo Caimmi, *La guerra del Friuli 1615-17, altrimenti nota come guerra di Gradisca o degli Uscocchi* (Gorizia: Libreria Editrice Goriziana, 2007).

Vercelli –episodio que difícilmente habría dejado de ser invocado en una defensa de la reputación española–, sugiere una cronología comprendida entre finales de 1616 y mayo del año siguiente.

La *Replica alla risposta* (texto 2.4) debemos ubicarla inmediatamente después de la *Risposta* a la que daba contestación, en algún momento entre 1616 y 1617. Sin embargo, la ausencia de referencias o acontecimientos precisos impide avanzar una propuesta más concreta.

Pese a las diferencias de tono, estructura y ambición literaria que los separan, los tres textos convergen en torno a un mismo problema. Toda la controversia se articula alrededor de una misma cuestión que, aunque decisiva, resulta extraordinariamente sencilla: ¿había muerto realmente la reputación española o habían asistido los habitantes del Parnaso a una sofisticada mistificación concebida para exaltar la gloria del duque de Saboya y desacreditar a la Monarquía de España?

La *Risposta* desarrolla esta línea argumental con una elevada elaboración. Su autor encomienda la defensa de la Monarquía a Gonzalo Fernández de Córdoba, figura bien conocida en el universo boccaliniano tras haber comparecido ante Apolo en diversas ocasiones[72]. A su lado desfilan algunas de las glorias más ilustres de las armas españolas –Alejandro Farnesio, el duque de Alba, Antonio de Leiva y el marqués de Pescara–, convocadas para testimoniar que una reputación forjada durante generaciones difícilmente podía quedar sepultada por los avatares de una sola campaña.

Frente a la lectura que las *Esequie* imponen del asedio de Asti, la *Risposta* propone una interpretación radicalmente distinta. En este sentido, particular importancia adquiere la batalla de las colinas del 20 de mayo, evocada como un episodio que obligó a las fuerzas de Carlos Manuel a replegarse precipitadamente al interior de la plaza, abandonando en su retirada varias piezas de artillería. Lejos de certificar la muerte de la reputación española, Asti se convierte así en un argumento más a favor de su vigencia.

Sin embargo, la clave de la obra nos la proporciona la confesión de Girolamo Cardano, uno de los facultativos que habían participado en la

[72] A la figura del Gran Capitán se dedican los avisos XXXVIII y LVI de la segunda centuria de Boccalini bajo los respectivos títulos de «Consalvo Ferrante Cordova ad Apollo chiede la confirmazione del titolo di 'magno' e invece della grazia riceve risposta di grave disgusto» y «Consalvo Ferrante Cordova, dal venerando collegio degl'istorici non avendo potuto ottener la confermazione tanto desiderata da lui del titolo di 'magno' ad Apollo chiede altro luogo in Parnasso di dove è anco scacciato», en Traiano Boccalini, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, ed. por Luigi Firpo (Bari: Laterza, 1948), II, 156-160 y 205-207.

junta médica con la que se abre la *Quarta centuria*. El médico lombardo reconoce que el cuerpo sometido a examen no pertenecía, en realidad, a la reputación española. Todo había sido fruto de un artificio del «vecchio della montagna» que da título al aviso, personaje tras el que resulta fácil reconocer al duque de Lesdiguières[73]. Su intervención no estaba aquí exenta de intención: desde los primeros compases de la guerra, el mariscal francés había prestado un apoyo decisivo a Carlos Manuel, cuya gloria pretendía magnificar.

Tras la apertura de la tumba, la ausencia del cuerpo confirma la impostura y obliga a Apolo a rectificar el veredicto pronunciado meses antes. El dios encarga entonces a Virgilio sustituir el epitafio compuesto por un elogio acorde con la realidad descubierta. Allí donde antes se lloraba la muerte de la reputación española debía resonar ahora el célebre verso virgiliano «*Tu regere Imperio populos Hispane memento, en tibi sunt artes paci imponere nomen parcere subiectis et debellare superbos*»[74], convertido en proclamación de la vigencia y autoridad de la Monarquía católica.

Más tarde apareció la menos elaborada de las obras: la manuscrita *Censura fatta alla quarta centuria* (texto 2.5). En ella, el censor de los estados del ficticio reino de Parnaso relata cómo el «signore delle terre piane di là dai monti», trasunto del duque de Saboya, descubre a la reputación española descansando plácidamente en una tumba de cristal en Vercelli. La elección del escenario, sin embargo, difícilmente puede considerarse arbitraria. El 26 de julio de 1617, tras varios meses de asedio por parte de las tropas del marqués de Villafranca, Vercelli capitulaba, proporcionado a la Monarquía uno de los éxitos más notables de toda la contienda[75]. A los pies del sepulcro, la inscripción «Non in Aste di guerra, ma sì bene in Verocello di pace

[73] Sobre esta destacada figura del reinado de Enrique IV y Luis XIII, véase Stéphane Gal, *Lesdiguières. Prince des Alpes et connétable de France* (Grenoble: Presses Universitaires de Grenoble, 2007).

[74] «Español, recuerda gobernar a los pueblos con autoridad. He aquí que posees el arte de imponer la paz, de proteger a tus súbditos y de derrotar a los soberbios». Se trata de una adaptación de los célebres versos de la *Eneida* de Virgilio (Libro IV, 851-853), pronunciados por el espíritu de Anquises a su hijo Eneas, y en los que delinea la histórica misión y grandeza del Imperio romano.

[75] Sobre el asedio de Vercelli de 1617, véase Bombín Pérez, *La cuestión de Monferrato*, 201-217; y Doriano Beltrame, «La fortificazione di Vercelli nel primo Seicento. Ulteriori interventi sabaudi, assedio e breve occupazione spagnola (1616-1618)», *Bollettino Storico Vercellese* 55 (2000): 45-94. La toma de la plaza fue ampliamente celebrada en relaciones, manifiestos, panfletos y estampas. Véase Álvarez García, *Guerra en el Parnaso*, 108 (nota 311); y Álvarez García, «Una guerra en imágenes», 68-74.

mi compiaccio di riposare» parecía reforzar esta lectura. La imagen remite al desenlace diplomático de la guerra y a las negociaciones que culminaron con la firma de los tratados de París-Madrid en septiembre de 1617, que pusieron punto final al conflicto. Así, resulta tentador situar la composición del *ragguaglio* en los meses finales de aquel año o los primeros del siguiente.

Menos elaborada, aunque muy reveladora, es la estrategia adoptada por la *Censura fatta alla quarta centuria* (texto 2.5) Su autor acepta íntegramente el marco narrativo de las *Esequie*, pero invierte su desenlace: la reputación española, dada por muerta y enterrada en Asti, reaparece viva en Vercelli, y su despertar basta para desbaratar toda la construcción alegórica levantada por aquella. La pieza introduce además algunos elementos de evidente intención satírica. Este es el caso de la imagen transmitida por el duque de Saboya, que portaba una armadura de oropel francés y veneciano. La metáfora rebaja considerablemente la estatura política de Carlos Manuel. Lejos de su imagen como libertador de Italia, aparece revestido de una gloria postiza, fabricada con el apoyo francés y veneciano. La alusión resultaba transparente: si el apoyo militar francés había desempeñado un papel decisivo en el sostenimiento de la causa saboyana, no menos importante había sido la asistencia financiera proporcionada por Venecia[76]. El aviso concluye con la sustitución del antiguo epitafio por una nueva sentencia compuesta por Virgilio para la vítrea tumba: «*Juppiter in coelis, Auster regit omnia terris*»[77]. La fórmula, que equiparaba la soberanía celeste de Júpiter con la hegemonía terrenal de la Casa de Austria, restablecía simbólicamente el orden político subvertido por las *Esequie*.

En cuanto a la *Replica alla risposta contra la quarta centuria* (texto 2.4), último eslabón conocido de la controversia, esta retoma la narración exactamente donde la había dejado la *Risposta*. El Gran Capitán sirve ahora de punto de partida y de blanco de los ataques. Sin cuestionar su grandeza militar, el autor procura desacreditarlo presentándolo como testigo parcial, incapaz de separar la verdad de los hechos del afecto que profesa a su propia nación. La defensa de España queda así asociada a la jactancia y

[76] Sobre la intervención francesa en el conflicto, véase Álvarez García, *Guerra en el Parnaso*, 137-162. En cuanto al sostén financiero de Venecia, remitimos a Enrico Stumpo, «Gli aiuti fnanziari di Venezia al duca Carlo Emanuele I di Savoia nella guerra contro la Spagna (1616-1617)», *Rassegna degli Archivi di Stato* 34 (1973): 428-461.

[77] «Júpiter rige en los cielos, y el Austro [viento del sur] todas las cosas en la tierra». La fórmula remite a la tradición encomiástica de inspiración virgiliana que equiparaba el gobierno celeste de Júpiter con la soberanía terrenal de la rama española de la Casa de Austria.

a la exageración, dos rasgos tradicionalmente asociados al carácter de sus naturales.

Para sostener su tesis, el opúsculo amplía considerablemente el horizonte cronológico de la disputa. La crisis del Monferrato deja de interpretarse como un episodio aislado para convertirse en el desenlace de un proceso de desgaste prolongado. En apoyo de esta lectura comparecen dos informadores de excepción. El primero es Enrique IV de Borbón, quien evoca los reveses infringidos a Madrid y presenta los dobles matrimonios de 1615 como prueba de una estrategia que pretendía compensar mediante la negociación lo que ya no podía imponer por las armas[78]. El segundo es el príncipe de Orange, viejo azote de los españoles en Flandes, que aporta evidencias de esta decadencia en forma de «mille carra di spoglie spagnuole», imagen hiperbólica destinada a condensar en un solo golpe los desastres acumulados por la Monarquía en los Países Bajos.

La controversia concluía allí donde había comenzado: si las respuestas habían intentado desacreditar a los médicos de Apolo, corregir el epitafio de Virgilio e incluso negar la autenticidad del cadáver, la *Replica alla risposta* (texto 2.4) se esforzaba por establecer cuándo comenzó realmente el declive de la Monarquía católica. La sentencia pronunciada en las *Esequie* permanecía intacta; la reputación española seguía muerta; el juicio de Apolo conservaba toda su autoridad; y la interpretación propuesta por la *Quarta centuria* recuperaba plenamente su vigencia.

A modo de conclusión

Los avisos examinados en estas páginas permiten observar la crisis del Monferrato desde un ángulo poco habitual. Más que reconstruir operaciones militares o negociaciones diplomáticas, muestran cómo la guerra fue transformada en objeto de interpretación, controversia y disputa simbólica.

El principal interés de estos textos reside en demostrar hasta qué punto el lenguaje elaborado por el escritor lauretano había adquirido una notable

[78] Los dobles matrimonios suscitaron una intensa oposición entre los príncipes de la sangre. Véase Nicolas Le Roux, «A Time of Frenzy: Dreams of Union and Aristocratic Turmoil (1610-1615)», en *Dynastic Marriages 1612/1615. A Celebration of the Habsburg and Bourbon Unions*, ed. por Margaret M. McGowan (Farham-Burlington: Ashgate, 2013), 19-38. Sabemos de la existencia de un –hasta ahora– desconocido *Raguaglio di Parnaso delli dui matrimonii di Francia et di Spagna* (1615), compuesto expresamente en contra de los dobles matrimonios.

autonomía respecto de su creador en apenas unos años. Sus autores ya no se limitaban a imitar los *Ragguagli*; los utilizaban como instrumentos de combate. El tribunal de Apolo, las consultas médicas, las autopsias, los oráculos y las alegorías habían dejado de ser simples artificios literarios para convertirse en recursos eficaces de intervención política. Y tan consolidado se hallaba aquel repertorio, que pudo ser movilizado indistintamente por quienes denunciaban la hegemonía española y por quienes se esforzaban por defenderla.

Más aún, el Parnaso se convirtió en una instancia privilegiada para distribuir honores, atribuir responsabilidades y fijar jerarquías políticas. Allí comparecen gobernadores, generales y príncipes para someter sus acciones a examen; allí se cuestionan victorias que sus protagonistas consideraban indiscutibles. El caso del marqués de la Hinojosa resulta particularmente revelador. Lo que en relaciones y lienzos aparecía como una sucesión de éxitos militares se transforma ante el tribunal de Apolo en un catálogo de méritos insuficientes, mientras Carlos Manuel recibe el reconocimiento político y simbólico negado a su adversario.

Por su parte, la polémica suscitada por la *Quarta centuria* resulta igualmente reveladora de la centralidad alcanzada por la reputación como categoría política en la Europa del primer Seiscientos. Ninguno de los contendientes discute realmente la campaña del Monferrato. Asti, Vercelli u Oneglia aparecen una y otra vez, pero siempre subordinadas a una cuestión más amplia: qué significado debía atribuirse a aquellos acontecimientos. Lo que estaba en juego no era la posesión de una plaza ni el resultado de una jornada de armas, sino el derecho a proclamar la vigencia o la muerte de la *Reputation di Spagna*. En este sentido, la controversia generada por la *Quarta centuria* constituye mucho más que un episodio menor de la literatura panfletaria. Muestra, en cambio, cómo la guerra se prolongó en el terreno de la escritura, cómo la lucha por la opinión acompañó a las operaciones militares y cómo el Parnaso boccaliniano terminó convirtiéndose en uno de los espacios privilegiados desde los que se combatió por imponer una determinada lectura del conflicto. Si las armas decidían el control de las plazas, los avisos aspiraban a decidir algo no menos importante: quién tenía derecho a reclamar la victoria y quién debía cargar con el descrédito de la derrota.

Bibliografía

Álvarez García, F. Javier. «'Los más hambrientos hincan el colmillo de la pasión en mi reputación'. El proceso contra Hinojosa por su gestión de la crisis de Monferrato (1613-1615)». En *En tierra de confluencias. Italia y la Monarquía de España: siglos XVI-XVIII*, ed. por Roberto Quirós Rosado y Cristina Bravo Lozano, 27-39. Valencia: Albatros, 2013.

Álvarez García, F. Javier. «Un Sísifo en la corte de Madrid. Memoria y representación del marqués de la Hinojosa en torno a la guerra del Monferrato (1613-1617)». *Goya. Revista de Arte* 356 (2016): 210-225.

Álvarez García, F. Javier. «Una guerra en imágenes. Grabados y dibujos de la guerra del Monferrato». En *El Piamonte en guerra (1613-1659). La frontera olvidada*, ed. por Bernardo J. García García y Davide Maffi, 58-91. Aranjuez: Doce Calles, 2020.

Álvarez García, F. Javier. *Guerra en el Parnaso. Gestión política y retórica mediática de la crisis del Monferrato (1612-1618)*. Aranjuez: Doce Calles, 2021.

Álvarez García, F. Javier. «La cuestión americana en las polémicas antiespañolas del primer Seiscientos (1612-1626)». *Cuadernos de Historia Moderna* 49, n.º 2 (2024): 323-342.

Bava, Anna Maria y Enrica Pagella, ed. *Le meraviglie del mondo. Le collezioni di Carlo Emanuele I di Savoia*, catálogo de la exposición (Torino, diciembre 2016-abril 2017). Genova: SAGEP, 2016.

Beltrame, Doriano. «Il forte spagnolo Sandoval presso Borgo Vercelli (1614-1644)». *Bolletino storico vercellese* 45 (1995): 89-134.

Beltrame, Doriano. «La fortificazione di Vercelli nel primo Seicento. Ulteriori interventi sabaudi, assedio e breve occupazione spagnola (1616-1618)». *Bollettino Storico Vercellese* 55 (2000): 45-94.

Bergontio, Antonio. *Vera relatione doue breuemente s'intende cosa per cosa giornalmente fatta nella battaglia d'Oneglia, l'anno MDCXIV. Con la presa del Maro.* In Pavia: Per Giouanni Negro, 1615.

Boccalini, Traiano. *Cetra d'Italia. Sopplimento de' Raggvagli di Parnaso*. s.l.: s.i., s.a. [1614].

Boccalini, Traiano. *Pietra del paragone politico tratta dal monte Parnaso, dove si trova i governi della maggior monarchia del universo*. Impresso in Cormopoli [Venecia]: per Ambros Teler, s.a. [1614].

Boccalini, Traiano. *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, ed. por Luigi Firpo, vol. II. Bari: Laterza, 1948.

Bombín Pérez, Antonio. *La cuestión de Monferrato (1613-1618)*. Vitoria: Colegio Universitario de Álava, 1975.

Botero, Giovanni. «Della ripvtatione del prencipe». En Giovanni Botero, *Aggivnte alla sua Ragion di Stato*, 41-53. In Venetia: Presso Gio. Battista Ciotti, al Segno dell'Aurora, 1598.

Bracewell, Catherine Wendy. *The Uskoks of Senj. Piracy, Banditry, and Holy War in the Sixteenth-Century Adriatic*. Ithaca-London: Cornell University Press, 1992.

Breve discorso de' termini di riuerenza, & rispetto, usati dal Serenissimo duca di Sauoia verso la Maestá Catholica, et delle insodisfattioni, che in cambio n'ha riceuute. s.l. [Turín]: s.i., s.a [1615].

Breve, et veridica relatione di qvanto e svccesso tra gli eserciti di Spagna et di Savoia. Stampata in Venetia: s.i., s.a. [1615].

Bunes Ibarra, Miguel Ángel de. *Políticas de Felipe III en el Mediterráneo, 1598-1621*. Madrid: Ediciones Polifemo, 2021.

Cabrera de Córdoba, Luis. *Relaciones de las cosas sucedidas en la corte de España desde 1599 hasta 1614*. Salamanca: Junta de Castilla y León-Consejería de Educación y Cultura, 1997.

Cacho Palomar, María Teresa. «Italia mira a España (Manuscritos históricos hispánicos de los siglos xvi y xvii en bibliotecas italianas)». *e-Spania* 24 (2016), https://doi.org/10.4000/e-spania.25637.

Caimmi, Riccardo. *La guerra del Friuli 1615-17, altrimenti nota come guerra di Gradisca o degli Uscocchi*. Gorizia: Libreria Editrice Goriziana, 2007.

Cano de Gardoqui, José Luis. *La cuestión de Saluzzo (1588-1601)*. Valladolid: Universidad de Valladolid-Centro Superior de Investigaciones Científicas, 1962.

Carlos Varona, María Cruz de. «'Al modo de los antiguos'. Las colecciones artísticas de Juan Fernández de Velasco, VI condestable de Castilla». En *Patronos y coleccionistas. Los Condestables de Castilla y el arte (siglos xv-xviii)*, ed. por Begoña Alonso Ruiz, María Cruz de Carlos Varona y Felipe Pereda Espeso, 207-314. Valladolid: Universidad de Valladolid, 2005.

Cervantes, Miguel de. *Don Quijote de la Mancha*, dir. por Francisco Rico Manrique. Barcelona: Instituto Cervantes-Crítica, 1998. https://cvc.cervantes.es/literatura/clasicos/quijote/edicion/parte1/prologo/prologo_02.htm.

De Michele, Fausto. *Guerrieri ridicoli e guerre vere nel teatro comico del '500 e del '600 (Italia, Spagna e paesi di lingua tedesca)*. Firenze: Alma Edizioni, 1998).

Di Tocco, Vittorio. *Ideali d'independenza in Italia durante la preponderanza spagnola*. Mesina: Casa Editrice G. Principato, 1926.

Fernández Rivera, Enrique. *Anxieties of interiority and dissection in Early Modern Spain*. Toronto: Toronto University Press, 2015.

Firpo, Luigi. «La satira politica in forma di ragguaglio di Parnaso I: dal 1614 al 1620». *Atti dell'Accademia delle scienze di Torino* 87 (1952-1953): 197-247.

Firpo, Luigi. «La satira politica in forma di ragguaglio di Parnaso II: dal 1621 al 1650». *Atti dell'Accademia delle scienze di Torino* 88 (1953-1954): 48-83.

Fubini, Riccardo. «The Italian league and the Policy of the Balance of Power at the Accession of Lorenzo de' Medici». En *The Origins of the State in Italy (1300-1600)*, ed. por Julius Kirshner, 166-199. Chicago: University of Chicago Press, 1996.

Gabotto, Ferdinando. «Un príncipe poeta (Carlo Emanuele I di Savoia)». *Rivista Storica Italiana* 8, n.º 3 (1891): 528-575.

Gagliardi, Donatella. «Fortuna y censura de Boccalini en España: una aproximación a la inédita *Piedra del parangón político*». En «Literatura, sociedad y política en el Siglo de Oro», ed. por Eugenia Fosalba y Carlos Vaíllo. Número monográfico, *Studia Aurea* 1 (2010): 191-207.

Gagliardi, Donatella. «A vueltas con la inédita *Pietra del parangón político*». *Studia Aurea* 8 (2014): 387-416.

Gal, Stéphane. *Lesdiguières. Prince des Alpes et connétable de France.* Grenoble: Presses Universitaires de Grenoble, 2007.

Hendrix, Harald. *Traiano Boccalini fra erudizione e polemica. Ricerche sulla fortuna e bibliografia critica.* Firenze: Leo S. Olschki, 1995.

Herrera, Antonio de. *Tercera parte de la Historia General del mvndo, de XIIII años del tiempo del señor rey don Felipe II el prudente, desde el año de 1585 hasta el de 1598 que passó a mejor vida*. Madrid: Por Alonso Martín de Balboa. A costa de Alonso Pérez, mercader de libros, 1612.

Hillman, David y Carla Mazzio, ed. *The Body in Parts. Fantasies of Corporeality in Ealy Modern Europe*. London-New York: Routledge, 1997.

Hugon, Alain. «Le duché de Savoie et la Pax Hispanica. Autour du Traité de Lyon». *Cahiers d'Histoire* 46 (2001): 211-242.

Hugon, Alain. «Política pacifista y Saboya. De camino español a puerta de los Alpes (1598-1617)». En *El arte de la prudencia. La Tregua de los Doce Años en la Europa de los Pacificadores (1598-1618)*, ed. por Bernardo J. García García, Manuel Herrero Sánchez y Alain Hugon, 75-90. Madrid: Doce Calles-Fundación Carlos de Amberes, 2012.

Le Roux, Nicolas. «A Time of Frenzy: Dreams of Union and Aristocratic Turmoil (1610-1615)». En *Dynastic Marriages 1612/1615. A Celebration of the Habsburg and Bourbon Unions*, ed. por Margaret M. McGowan, 19-38. Farham-Burlington: Ashgate, 2013.

Les plaisantes boutades, et altières rodomontades du capitaine Matamore, sur la guerre de Piedmont. De Sarragosse: par Sebastiano Dercaillach, & traduit en François, l'an 1617.

Lomas Cortés, Manuel. «A mil millas de Hipona. Mito y realidad en torno a la agregación de Larache a la Monarquía Hispánica, 1610-1613». *Magallánica: revista de historia moderna* 9, n.º 17 (2022): 233-267.

Longoni, Franco. «Alcune note sulla tradizione del testo boccaliniano». *Studi secenteschi* 40 (1999): 3-29.

López de Mendizorroz, Fermín. O*bservaciones de la vida del condestable Ivan Fernández de Velasco y cifra de sus dictámenes*. En Vigeven: por Iuan Baptista Malatesta, impresor real, 1625.

Maffi, Davide. «Il confine incerto. Il 'problema' Monferrato visto con gli occhi di Madrid (1550-1700)». En *Cartografa del Monferrato. Geografa, spazi interni e confni in un piccolo Stato italiano tra Medioevo e Ottocento*, ed. por Blythe Alice Raviola, 135-174. Milano: Franco Angeli, 2007.

Magnatti, Michele. «I *Ragguagli di Parnaso*. L'invenzione di un genere letterario», en Traiano Boccalini, *Ragguagli di Parnaso. Testi scelti e studi*, ed. por Laura Melosi, 109-128. Macerata: Eum, 2013.

Martín Sanz, Demetrio y Esmeralda Romano Rodríguez. «'Las siete edades del mundo' de Pablo de Santa María, y otras obras en un manuscrito del siglo xvii (Biblioteca Real de Bélgica, ms. 1417-49)». En *Medievalismo en Extremadura. Estudios sobre Literatura y Cultura Hispánicas de la Edad Media*, ed. por Francisco

Javier Grande Quejigo y José Roso Díaz, 163-178. Cáceres: Universidad de Extremadura, 2009.

Martínez Aragón, Lucio y Michela Fior. *El conde de Fuentes de Valdepero y el fuerte de Fuentes en el Camino español*. Valladolid: Glyphos Publicaciones, 2015.

Masoero, Mariarosa, Sergio Mamino y Claudio Rosso, ed. *Politica e cultura nell'età di Carlo Emanuele I. Torino, Parigi, Madrid. Convegno Internazionale di Studi, Torino 21-24 febbrario 1995*. Firenze: Leo S. Olschki, 1995.

Merlin, Pierpaolo y Frédéric Ieva, ed. *Monferrato 1613. La vigilia di una crisi europea*. Roma: Viella, 2016.

Mesa Gallego, Eduardo de. «El ejército de la Monarquía Hispánica y la guerra de Monferrato (1614-1617)». En *El Piamonte en guerra (1613-1659). La frontera olvidada*, ed. por Bernardo J. García y Davide Maffi, 127-156. Aranjuez: Doce Calles, 2020.

Montero Delgado, Juan, Carlos Alberto González Sánchez, Pedro Rueda Ramírez y Roberto Alonso Moral, ed. *De todos los ingenios los mejores. El condestable Juan Fernández de Velasco y Tovar, V duque de Frías (c. 1550-1613)*. Sevilla: Real Maestranza de Caballería de Sevilla, 2014.

Musi, Aurelio, ed. *Alle origini di una nazione. Antispagnolismo e identità italiana*. Milano: Guerini e Associati, 2003.

Pelleoli, Teodoro. *Raguagli di Parnaso. Centuria quarta*. s.l. [¿Venecia?]: s.i., s.a. [1616].

Pennini, Andrea. «Carlo Emanuele I tra disegni espansionistici e propaganda letteraria». *Studi Piemontesi* 45, n.º 2 (2016): 399-412.

Pérez, Béatrice, dir. *La Reputación: quête individuelle et aspiration collective dans l'Espagne des Habsbourg. Hommage à la professeure Araceli Guillaume-Alonso*. Paris: Sorbonne Université Presses, 2018.

Replica alla risposta contra la quarta centuria de' Raguagli di Parnaso. s.l. [¿Venecia?]: s.i., s.a. [1616-1617].

Risposta alla quarta centuria de' Raguagli di Parnaso. s.l. [Venecia]: s.i., s.a. [1616-1617].

Rodríguez Hernández, Antonio José. «Los prisioneros de guerra en la Monarquía Hispánica del siglo xvii: una aproximación». *Revista Universitaria de Historia Militar* 9, n.º 18 (2020): 17-42.

Rollone, Luigi. *Don Giovanni di Mendozza e il marchesato di S. Germano*. Milano: Tipografa P. Faverio di P. Confalonieri, 1899.

Rua, Giuseppe. *Per la libertà d'Italia: pagine di letteratura politica del Seicento (1590-1617) collegate ed esposte*. Torino: Paravia, 1905.

Sawday, Jonathan. *The Body Emblazoned: Dissection and the Human Body in Renaissance Culture*. London-New York: Routledge, 1995.

Schaich, Michael. «Standards and Colours: Representing the Military in Britain during the War of the Spanish Succession». En *The War of the Spanish Succession: New Perspectives*, ed. por Matthias Pohlig y Michael Schaich, 235-263. Oxford: Oxford University Press, 2018.

Seco Serrano, Carlos. «Asti: un jalón en la decadencia española». *Arbor* 29, n.º 107 (1954): 277-291.

Seco Serrano, Carlos. «Prólogo». En *Historia de España*, dir. por Ramón Menéndez Pidal, tomo XXIV, IX-LXXXVI. Madrid: Espasa Calpe, 1979.

Stumpo, Enrico. «Gli aiuti fnanziari di Venezia al duca Carlo Emanuele I di Savoia nella guerra contro la Spagna (1616-1617)». *Rassegna degli Archivi di Stato* 34 (1973): 428-461.

Tassoni, Alessandro. *Filippica Prima*. s.l.: s.i., s.a. [1615].

Tassoni, Alessandro. *Le Filippiche contra gli Spagnuoli, precedute da un discorso di G. Canestrini sulla política piemontese nel secolo* xvii*, e seguite della Resposta del Tassoni al Soccino in difesa del duca di Savoia, e dal Manifesto dell'autore intorno alle sue relazioni coi principi di Savoia*. Firenze: Felice Le Monnier, 1855.

Troyano Chicharro, José Manuel. «Venecia a principios del siglo xvii: una visión política a través del embajador español don Alonso de la Cueva Benavides. Aproximación documental». *Chronica Nova* 27 (2000): 315-337.

Valdés Gázquez, Ramón. «Quevedo: metáforas tópicas, motivos y modelo de la 'Visita y anatomía de la cabeza del cardenal Richelieu'». *Rivista de Filologia e Letterature Ispaniche* 1 (1998): 129-142.

Varallo, Franca y Maurizio Vivarelli, ed. *La Grande Galleria. Spazio del sapere e rappresentazione del mondo nell'età di Carlo Emanuele I di Savoia*. Roma: Carocci editore, 2019.

Vargas-Hidalgo, Rafael. Guerra *y diplomacia en el Mediterráneo. Correspondencia inédita de Felipe II con Andrea Doria y Juan Andrea Doria*. Madrid: Polifemo, 2002.

Vazzoler, Franco. «Rodomontades, Rodomontadas, Rodomontate: capitani teatrali fra Francia, Spagna e Italia. A proposito della Raccolta di Lorenzo Franciosini». En *Incontri poetici e teatrali fra Italia e Penisola Iberica*, ed. por Michela Graziani y Salomé Vuelta García, 99-114. Firenze: Leo S. Olschki, 2017.

Velasco Hernández, Francisco. «La gran oportunidad perdida: el fracaso de las 'Jornadas de Argel' de 1601 y 1602». *Revista de Historia Naval* 152 (2021): 55-72.

Vo-Ha, Paul. *Rendre les armes: le sort des vaincus* xvi^{e}-xvii^{e} *siècles*. Ceyzérieu: Champ Vallon, 2017.

Wilson, Peter H. «Prisoners in Early Modern European Warfare». En *Prisoners in War*, ed. por Sibylle Scheipers, 39-56. Oxford: Oxford University, 2010.

Textos sobre la guerra de sucesión del Monferrato (1613-1618)

2. 1. [Carlos Manuel de Saboya]. *Don Gioanni de Mendozza chiama in Parnaso ad Appollo il trionfo per le vittorie da lui ottenute in Piemonte*

Archivio di Stato di Torino, Materie Politiche per rapporto all'interno, Storia della Real Casa, cat. III, pezzo 15/1, fasc. 12 [manuscrito]
Edición de F. Javier Álvarez García y revisión de Silvia Toppetta
Manuscrito con anotaciones autógrafas marginales o intercaladas de Carlos Manuel I, duque de Saboya, que se indican aquí entre corchetes y en cursiva.

Venne in Parnaso uno di questi giorni con grandissima pompa et comitiva don Gioanni de Mendozza, governatore dello stato di Milano per il re di Spagna, per chiamare ad Appollo il trionfo delle vittorie da lui ottenute in Piemonte. Et come è stile di quella corte et gli stabilimenti della Maestà Sua dispongono che prima di ammetter alcuno al trionfo, si mandeno avanti tre camerate di gran capitani per riconoscere et informare se nel pretensore di simil honore vi concorreriano i debiti requisiti, furono a tal ufficio destinati don Juan Fernandez de Velasco, conestabile di Castiglia, Pedro Henriquez de Guzman, conte di Fuentes, et Giovan Andrea Doria, principe di Melfi, li quali, avviatisi alla spiaggia dove già era sbarcato don Gioanni con circa 40 mila fanti, che seco condotto havea nell'impresa di Piemonte, tutti desiderosi di servirlo nel trionfo, lo trovarono accompagnato di molti prencipi et signori, cioè il prencipe di Marroco, quelli di Ascoli et di Castiglione, et li marchesi di Pescara, d'Este et di Mortara, con don Sancio Salinas et alcuni altri di simil valore et isperienza, gente però tutta da fuoco et da corda.

Li quali dopo salutatisi et risalutatisi gl'uni et gl'altri [*con i termini della bontà et sosiego ordinario di quella natione*], chiamarono le dette [*tre*] ad esso don Gioanni distinto conto et fede delle vittorie ottenute. Il quale, dopo haver loro mostrato il ritratto d'Oneglia, borgo aperto contro il quale le tre armate di mare di Napoli, Sicilia et Genova havevano tirate… (en blanco) canonate, parve a quei signori che non fosse impresa degna per pretendere il trionfo. Anzi l'essortarono che per honore della loro natione la dovesse mettere in tacere; tanto più che, havendo il conte Guido San Giorgio preso [*nell'istesso tempo*], Zucarello coi forti per il duca di Savoia, non era dubbio che era molto più il perso che l'acquistato. [*Et gli disse il contestabile che così fece delle imprese di Borgogna, che, se bene haveva ricuperate alcune pieve, con tutto ciò non fu bastante che il detto contado non pagasse le contributioni al nemico et che se bene haveva fatto dipingere quella guerra nella sala del palazzo di Milano* [(mutilado): *che però era più la perdita*] *che il guadagno*].

Cacciò poi [*don Giovanni*] fuori della [*tasca*] una vecchia cendra tutta stracciata, tolta a Mombaldone, castello fra i miseri della Langa, il più misero, dopo haver capitolato con la gente di Savoia, et mostrò anco un tamburro sfondato ivi tolto, et questi volea portar avanti per troffeo, ma essendo parso alli suddeti tre cosa ridicola, gli dissero che per sua *honra* non dovesse presentar in Parnaso un così fatto spettacolo, poiché tutti se ne sarebbero burlati.

Fecce poi avanzare il marchese di Calusio, fortemente incatenato, il quale volea condur anco nel trionfo. Ma saputo dalli sudetti signori come il fatto era seguito et che trecento o quattrocento fanti, [*assaliti da circa mille cavalli, si erano*] ritirati combattendo [*per lo spacio di più ore et facendo molto danno ad essa cavalleria*], dissero ad esso don Gioanni liberamente che la vergogna era la sua d'haver soldatesca così da poco et non del pregione, c'haveva fatto quello che doveva [*et pigliò la parola Gian Andrea che, sebene prese una fusta o galeota vuol ancora far l'impresa* [(mutilado)…] *sichè la vide però da lontano, non volse con cosa tale chiamar il trionfo, che sapeva non avrebbe havuto, essendo molta differentia da veder le cose ad acquistarle*].

Finalmente presentò il modello del forte di Sandoval, fatto a Borgo, per grandissima *hazagna*, ma gli fu risposto da detti deputati che ciò che si poteva fare anco in tempo di pace non si dovea attribuire al valor delle armi. Et massime che, oltre la gran spesa et ruina che havea portato il detto forte, né anco havea potuto impedire le correrie fatte da savoiani verso Casalbertrano et Candia, [*et il conte di Fuentes gli disse che si guardassi di cominciar a far più forti perché haveva tocco con mano che il forte di Fuentes era quello che haveva più alterato gli animi degli italiani, de' quali seguivano ora tutti questi disordini*].

A queste risposte fu visto impallidir don Gioanni, et tutto sdegnoso commandò a quella numerosa turba che tornasse seco ad imbarcarsi per veder di far meglio di qua avanti, se non potea col valore, almeno con la frode o con l'inganno, come pur così havea operato nell'impresa di Laracce. Et facendo ritorno i tre deputati ad Appollo, et resole conto del seguito, dopo essersi la Maestà Sua rissentita fuor di modo di tal pretensione, fecce un decreto che d'hor avanti nessuno potesse più pretendere di trionfare fondato nell'imaginatione et che in questa materia non havesse luoco quel commune axiome dei filosofi di quella gran corte che «*imaginatio facit casum*», et che al magnanimo Carlo, duca di Savoia, fosse eretta una statua in Parnaso, nel più sublime luoco, con una inscrittione in lettere d'oro che dica: «*Publicae Italiae libertatis defensor*».

2. 2. [Teodoro Pelleoni, atrib.]. *Raguagli di Parnaso. Centuria quarta*
Biblioteca Nazionale Centrale di Firenze, MAGL.3.1.201/a [impreso]
Edición de F. Javier Álvarez García y revisión de Silvia Toppetta

Capitolo 1. *Si fa collegio de' medici innanti Apollo per saper la cagione dell'improvisa morte di madamma serenissima la Reputation di Spagna*

Ieri mattina gionse un corriero in Parnaso spedito d'Italia al grand'Apollo, non si sa da chi, con una nuova molto infelice et molto inaspettata, et fu questa: che madamma serenissima la Reputation di Spagna, all'improviso in puoco spatio di tempo, era rimasta morta nella campagna d'Asti. Per il che Apollo fece chiamare subitamente li più famosi personaggi che si ritrovano in questo stato, participando a loro il dispiacere ricevuto, a' quali parve quasi incredibile il caso, sapendo per continuati avisi ch'ella era sul più bel fiore de gl'anni suoi e nel maggior vigor delle forze, havendo in piedi un esercito di quaranta mille e più combattenti, col quale, piena del solito orgoglio, stava minacciando e guerreggiando col duca di Savoia; né altra fatica si era posta a fare che con detto esercito pigliare una piazza molto fiacca et molto debole ch'era la città d'Asti, tale appunto chiamata dalli stessi spagnuoli. Sì che, stante tutto questo, non sapevano questi signori come fosse seguita una morte così improvisa. Hora, mentre stavano così divisando, gionse l'hora del pranso di Sua Maestà et così, conforme al solito, intervennero ad assistere tutti li medici della sua persona, e quivi si incominciò tra di loro a discorrer alla ventura qual poteva esser stata la cagione di così repentino accidente. Et cominciò Esculapio:

> «Sono di parere che sia crepata di dolori colici, però che sappiamo –disse egli– quanto sia grande et quanto proprio della nation spagnuola il vento d'ambitione e superbia, ch'è come un quinto elemento di che è composta; e l'altro giorno intesi che stava su'l commandare al duca di Savoia che disarmasse. Vostra Maestà sa la natura generosa di quel prencipe, ond'io vado pensando che, havendo madamma commandato a chi non gl'è soggetto, in vece d'obedienza, habbia ricevuto una nasata et questa risposta che si usa nel Piemonte: 'Va commanda al forner!'».
>
> «Et io –soggionse Hippocrate– ho opinione che sia morta di veleno per mano del governator di Milano et cavane la ragione. Già tutto il mondo sa ch'è piena di gran humori l'Italia, et sa che li spagnuoli hanno armato et sono partiti per assaltare et pigliare la città d'Asti, et ogn'uno sa la povertà et ingordigia del governator et il debito che ha col duca di Lerma, sì che sarà stato facil cosa che per accumular dinari habbia vergognata et avelenata questa gran reina et che habbia convertito la guerra in mercantia; et in vece d'andar a combattere

in resta di squadroni, si sia ritirato sotto il padiglione a far li conti et a tirar li guadagni delle paghe rubbate et delli carichi militari venduti».

«Quanto a me –disse Galeno–, tengo che sia morta di scarantia, che spedisse l'huomo in puoche hore et nasce da grand'infiammatione nella faccia per concorso di sangue, che chiude la canna della gola et toglie la parola et la respiratione. Io intesi, Sacra Maestà, li giorni passati, che spagnoli, sotto specie di carità et di soccorere l'oppresso in questi motivi dell'armi di Savoia contro di Monferrato, dimandavano al duca di Mantoa l'ingresso in Casale per metterli pressidio et assicurar quella piazza; onde vado pensando che si sia tanto riscaldata et habbia tanto infiammata la faccia in chiedere questo ingresso, che finalmente habbia posto in ombra l'istesso duca di Mantoa, qual poi gl'habbia chiusa la gola et fattala ammutire con una rissoluta negativa che gli lasciò all'improviso il sangue estravenato, non havendo conseguito doppo tante spese et tante diligenze d'intento suo di mettere il piede con quest'occasione nella cittadella di Casale».

«Io deporrei la testa –cominciò a dire Girolamo Mercuriale– che questa regina è morta d'apoplesia, che volgarmente diciamo goccia, qual è una privatione di senso commoto, cagionata dalla pituita per il più humor fredissimo. Vostra Maestà sa qual sia il valore del presente duca di Savoia Carlo Emanuel, onde, quando havea inteso che il governator di Milano gl'andava adosso con un essercito reale per pigliare lo stato, se gl'era fatto arditamente incontro, et con le sue puoche genti gl'havea rappresentata la battaglia; et li spagnuoli, in vece di accettarla, havendo così gran vantaggio, soprafatti dal freddo humor della paura di sì gran capitano, erano rimasti come tanti buffali privi di senso et modi, et s'erano vergognati di ricusarla et, in vece di metter mano alla spada per combattere, haveano pigliate le zappe per ingrottarsi nelle trinciere».

Il Trinchio francese proponevano il mal di costa o di punta, come vogliamo dire, allegando che gl'animi di Spagna producano naturalmente et sono pieni di mille puzzolenti aposteme.

«E perché –disse il Cardano– non può esser morta per qualche mala et ruvinosa caduta? Noi sappiamo ch'ella sta del continuo su l'andare a caccia et sul far prede e che non tiene in pugno un sparaviere o un astore, ma l'aquila grifagna; che per più divorare due bocche porta, come cantò quel poeta; onde, può essere che sopra il cavallo del senso, troppo velocemente correndo verso qualche buon boccone, senza aprir l'occhio della raggione, habbi inciampato in qualche pietra d'un cuor intrepido et, cadendo precipitosamente, s'habbia rotto l'osso del collo».

Vi era anco chi metteva in consideratione qualche febbre maligna non conosciuta da tutti, allegando che ella havea dato chiaro segno di declinare

mentre pigliava l'armi contro il proprio cugnato e nipote per diffender uno che, per l'adietro, gl'era professato nemico capitale.

In somma, li pareri erano diversi, ma tutti fondati. I quali, sentiti da Apollo con molta attentione, disse, rivolto a quei gran personaggi che gli facevano corona: «Signori, questi medici hanno discorso varia et dottamente, nondimeno a me pare che tutti concorrano in questo: che la croce bianca di Savoia è quella che questa volta fa vestire tutti li spagnoli di nero». Alle quali parole sorrisero tutti li circonstanti; non rise però Ludovico Mercato, medico spagnuolo, anzi, con grand'ardore fece instanza ad Apollo che ordinasse la visita et apertura del cadavero dell'estinta regina, a fin che si vedesse realmente quale fosse statta la cagione dell'improvisa et inaspettata morte. Alla cui dimanda condescese volontieri Apollo. Ordinò ad Ambrogio Pisco, al Colombo et al Valverde che incontinente si transferissero al luogo del cadavero, l'aprissero et ritrovassero le parti più principali, et ne riportassero compiuta relatione. Et se non per altro, almeno perché questo accidente serva a gl'altri prencipi di non arrischiare così scioccamente la salute della loro riputatione.

Capitolo 2. *Ambrogio Pisco, il Colombo et il Valverde aprono il cadavero della Riputation di Spagna et visitano li membri et parti più principali*

Non mancarno subbito d'essequire il commandamento d'Apollo li tre valorosi et primati anatomisti predetti et così, incontanente transferiti al luogo ove giaceva il cadavero dell'estinta madamma e quivi giunti, l'aprirno e visitorno, in cui primieramente trovarono due *croci* [*sic*: cuori], come hanno le pernici di Paflagonia. Il che appresso tutti scoperse la doppiezza spagnuola, essendo lor proprio dono della natura. Haveva lo stomaco pieno di mille crudità et conobbero ch'era debolissima a digerire, poiché vi viddero dentro che l'offese fatta alla Corona già 60 anni, sono così indigeste et intiere, come se all'hora fossero state inghiottite. Il fegato era molto vitiato et molto male affetto, pieno di sangue corrotto, cosa mostruosa in natura, essendo offitio in quella di generarlo perfetto, di conservarlo et distribuirlo, et però questi signori dissero che era da maravigliarsi se li spagnuoli la pigliavano anco contro li più stretti parenti, poiché non conoscono amor di proprio sangue, mercé che hanno il fegato marcio. Il polmone haveva patito assai perch'era stato oppresso et impedito dalla sua operatione di respirare, et volsero dire che ciò accadesse in quel tempo che li spagnuoli stettero con un essercito numerosissimo nella campagna d'Asti, dove il duca di Savoia non gli diede tempo di respirare, poiché di giorno e di notte

gl'andava ad assaltare nelle proprie trincere. Vi si trovorno gl'intestini, li quali per ordinario sono di numero due et non longhi più di sette braccia; ma in quel cadavero tanta era la longhezza di quelli che non gli seppero mai trovar il fine, et di più nasce l'ingordigia insatiabile di questa natione, che per empirla non è stata bastante gran parte del mondo vecchio, che gl'ha bisognato trovar li nuovi mondi. Si avvidero di più ch'era hermafrodita et che haveva l'uno e l'altro sesso, cioè d'huomo e di donna; et veramente è costume de' spagnuoli di far prima il capitan Spavento e quando poi se gli mostra i denti e se gli risponde per le rime, all'hora depongono la spada e s'attaccano alla connocchia e, lasciando le braverie e li commandamenti, se ne vengono alle preghiere et alli pati.

Visitate tutte le suddette parti del corpo, cominciarno ad aprir il capo et rivolsero intorno alle cellule del cervello et alli organi delli sensi interni, dove conobbero primieramente che havea l'imaginativa depravata e guasta, come ha mostrato ultimamente con effetto quando si ha figurato un duca di Savoia molto diverso da quello che l'hanno provato. La memoria la trovarno debolissima, che li deve scusare se non si raccordavano mai delli beniffi-cii ricevuti; la cogitativa, che ha officio di conoscer le cose giovevoli et le nocive, giudicorno che l'havesse havuta molto rigorosa et pronta, ma che frescamente fosse stata occupata da grossi vapori di troppo propria stima, che però non deve recarsi a maraviglia gl'errori d'intraprender questa guerra in Italia. Discescero poi alla bocca, dove trovarno ch'havea due lingue come ha il Vitel Marino e però compatiscasi a don Giovanni da gl'ambasciatori et altri che trattano seco et se non lo trovano mai nello stesso proposito, et se hora l'afferma et poco doppo l'affermato nega. Era anco fornita d'un'ottima dentatura, fatta più tosto per divorare che per mangiare et, quello ch'è più, haveva anco li denti giù per la gola come ha il luzzo, il quale divora et mangia li pesci piccioli: il che ridusse loro a memoria il caso del Finale, di Coreggio, di Piombino e d'altri luoghi. La bocca dello stomaco la trovarono tanto stretta, che giudicarono esser quasi impossibile che potesse vomitar cosa che havesse una volta inghiotita.

Hora, quivi gionti, viddero la principal cagione di questa sua repentina morte, peroché conobbero ch'era statta affogata da un gran catarro disceso dalla testa, per haverla il duca di Savoia fatta stare con quaranta mille combattenti sei settimane nell'aperta campagna d'Asti, di meza estade, con tanto incommodo al sereno della notte et all'ardor del giorno, facendogli patire estrema sete et habitare nelle trinciere sotto terra, contro il disegno et opinione del Gran Consiglio e di don Giovanni di Mendozza, che pensava condurla trionfante dentro quella città. A questo s'aggionge che la trovorno anco senza sangue per opra pure dell'istesso duca, qual vedendo ch'havea

dato in una febre tanto maligna che la faceva declinare, tanto nelle parole quanto ne' fatti, prendendo l'armi ingiustamente contra suo nipote, egli di propria mano gli fece di molti salassi; et in particolare li 20 di maggio 1615 gli ne fece un tale che se i ferri francesi et l'armi tedesche riuscivano della solita bontà et perfettione, la misera restava all'hora esangue affatto. Aggionto hor donque dal difetto di quel ferro, andò anco prolongando la vita alcuni giorni, ma alla fine, superata da tanti patimenti, mancandogli a puoco a puoco li spiriti vitali, quando manco il mondo li pensava, chiuse gli occhi in pace, ma in una pace peggiore più d'una cruda guerra.

Non hanno mancato tutti li suoi divoti et tutti li trattenuti da lei di soccorerla et assistergli e, in particolare, una donna Medica gli spedì un suo ministro confidente con molte signorie, instruttioni et ricette per agiutarla, stimando che fosse medico proportionato all'infirmità di così gran regina. Ma, a pena gionto in Piamonte, in vece di medico, fu su le prime scoperto per un ciarlatano, poiché con quanti bussoli, bussoletti, ricette, imbrogli et empiastri con industria et arte procurò di adoperare, non fu possibile sostenerla in vita, sì che non venisse la meschina ad infelice et inaspettata morte. Onde altro non fece il ciarlatano con le sue ricette che empir l'orecchie a gl'ascoltanti di ciancie, giuramenti et sue scarselle di buone dople di Spagna.

Capitolo 3. *Si ordina il funerale et la sepoltura della serenissima Riputation di Spagna nella Certosa, fuori della città d'Asti*

Fu fatta la relatione ad Apollo della visita del cadavero della suddetta serenissima principessa et narrata a pieno la cagione della sua morte, la quale, doppo esser stata lagrimata da molti pensionarii della Corona, Sua Maestà di proprio motto diede ordine che si pensasse ad honorarla di solenni essequie et di farla sepellire a qualche tempio famoso. Il che, a pena divulgatosi nella corte, diede materia che molti zelanti del divino amore subbito cominciassero a fare incontrario gagliardissima instanza, proponendo che, havendo il cadavero figura più tosto barbara e bestiale che humana, gran scandolo havrebbe portato in sepelirla dentro a luogo sacro, et che sarebbe stato molto lodabile l'ordine che l'istessa campagna che gl'era stato letto et morte gli fosse ancora perpetua sepultura; il che tenne sospesa non solo l'essecutione dell'ordine sudetto, ma anco l'animo stesso di Sua Maestà.

Aggionto questo aiuto al duca di Savoia, egli incontinente spedì per le poste un ambasciatore straordinario in Parnaso, supplicando Apollo che, in testimonio dell'ossequio per riverenza et divotione che ha sempre portato alla Corona, si contentasse ch'egli potesse farla sepellire fuori della città d'Asti,

alla Certosa, dentro il suo stato, tanto più che ivi a punto era morta; alla cui dimanda condescese volentieri Apollo, ma con le seguenti conditioni:

- Prima. Che il governatore di Milano, don Giovanni di Mendozza, a sue spese gli faccia fabricar una tomba, acciò cominci a sgravar la conscienza sopra li defonti che in questa guerra ha fatto a tanti giusti.
- Secondo. Che il duca di Lerma sia tenuto di venir personalmente in Italia a ricever le condoglienze delli pensionarii della Corona.
- Terzo. Perché non è convenevole che il duca di Savoia metta l'onguento et le pezze, come si suol dire, Sua Maestà ordina che della spesa della cera Sua Altezza ne sia fatto essente et che la faccia la republica di Venetia con gl'altri potentati d'Italia, in consideratione dell'acquisto chi hanno fatto da questa morte, facendo di più fabricar una cassa da porvi dentro il cadavero.
- Quarto. Che il duca di Savoia faccia salvo condutto a gli genovesi, acciò possano venir sicuramente a piangere et accompagnar il cadavero alla sepoltura.
- Quinto. Che la croce bianca di Savoia sia quella che vada innanti al cadavero et lo guidi alla sepoltura, et solo il duca possa in quell'attione portar la spada al fianco.
- Sesto. Che il duca di Toscana, come benemerito della Corona, sia tenuto di mandar il prencipe dell'Accademia della Crusca a far l'oratione funerale.

Queste sono le conditioni con le quali fu spedito l'ambasciatore da Sua Maestà, il quale se ne partì subbito su le poste, com'era venuto in diligenza.

Capitolo 4. *Epitaffio fatto et recitato da Virgilio Marone sopra la tomba della serenissima Riputation di Spagna*

Doppo l'espeditione et partenza del sudeto ambasciatore, fu posto in consideratione ad Apollo che sarebbe stato bene, havendo stabilito altre circonstanze per il funerale di questa serenissima regina, di fargli anco un epitaffio da intagliarsi sopra la tomba. La qual cosa, intesa da Sua Maestà, senza pensarvi punto, fece chiamare a sé Virgilio Marone, al quale ordinò che andasse in persona a visitare la tomba sudetta et vi lasciasse l'epitaffio da farvisi poi scolpire, soggiongendo che non s'aggravasse poiché a lui, come mantoano, s'apparteneva questo carico, se non per altro almeno in segno di gratitudine, havendo così gran regina perso la vita in diffesa del duca di Mantoa suo signore. Accettò Virgilio l'impresa e sei giorni fa partì di qui, accompagnato da famosi poeti che si trovavano in corte li quali, rittornati, hanno rifferito che Virgilio, subbito gionto alla tomba, senza dir altro recitò questi due versi:

O nimium caelo, et pelago confise sereno,
nudus et in ignota, Palinure, iacebis arena.

E scritti ve gl'attaccò di sua mano e poi partì. Li sudetti versi sono gl'ultimi del quinto delle sue *Eneide* [lib. V, vv. 870-871], che disce Enea sopra il cadavero di Palinuro, sepolto dietro la riva del mare, et tutti li contemplativi hanno giudicato che il poeta non habbi voluto dir altro se non che questa serenissima regina confidata farsi troppo nel ciel sereno e nel mar tranquillo dell'obedienza et timore che gl'hanno mostrato sin'hora li prencipi d'Italia, pensando che'l duca di Savoia volesse far l'istesso. La misera è rimasta sepolta in quell'arena, che prima non conosceva, poiché chiamava piazza fiacca la città d'Asti, la quale è stata da lei tanto forte trovata che, non potendo far altro, gl'ha lasciata la vita.

Capitolo 5. *Apollo fa publicare un bagno fatto per mano del duca di Savoia per guarire la dapocagine d'alcuni prencipi*

Havendo Apollo con infinito suo disgusto inteso che si ritrovavano alcuni prencipi, tanto di grande impero quanto di sorte piccioli, li quali o ha difetto di natura o pure efetto di sceleratissimo artiffitio, vivono così alla semplice et alla balorda, che senza curar punto di legger di memoriali né di discorere con li ambasciatori, né d'intender gl'interessi proprinqui, metteano di continuo e l'auttorità et la volontà in mano di qualche manigoldo servitore, idolo così tiranno de loro cuori et assasino delle loro reputationi e stati. Sua Maestà, mossa a pietà di così gran miseria, tre giorni sono fece un editto che per tutte le città del mondo, et massime dove ressidono prencipi, a suono di tromba, in giorno di festa, in publica piazza, nel maggior concorso de' popoli, li facesse a tutti sapere come il gran duca di Savoia Carlo Emanuel uncedimo alli 20 maggio 1616 [*sic*: 1615] nella campagna d'Asti, combattendo contro un essercito reale di spagnuoli, formò un bagno abbondantissimo di sangue di … (en blanco), tagliando a pezzi in quel giorno più di domilla soldati, la maggior parte de' quali erano napolitani, nel cui paese nacque la furberia secondo che mostra l'esperienza et ne canta il Caporale, il qual dice dica là dove il soggiungendo poi de gl'habitanti:

> Gente al rubbar fin dalla culla avezza,
> che mentre su le forche un se n'appica,
> un altro robba al Boia la cavezza.

Là onde tutti li medici di Parnaso, in un collegio che hanno fatto a posta sopra questo proposito, hanno conchiuso unitamente che contro la dapocagine non si possa trovar più ottimo rimedio che il sopradetto bagno, in conformità di quello: *contraria contrariis curantur*.

Capitolo 6. *Apollo fa una ressegna generale delli soldati di Parnaso, et li spagnuoli non vogliono che passino dinanzi al palazzo della loro Monarchia*

Essendo offitio d'ogni avveduto prencipe di rivedere di quando in quando le sue forze, et d'essercitar la militia nelli atti martiali, accioché in occasione di bisogno s'habbia pronta et esperta, perciò Apollo il primo di maggio fece una mostra generale di tutti li soldati, havendo prima ordinato che tutti, sotto pena di tre tratti di corda et altre pene maggiori ad arbitrio di Sua Maestà, nel sudetto giorno dovessero intravenire alla rassegna con spada, archibuggio et monitione da scaricare quattro volte; onde tutti obedienti comparvero andando per le più principali strade della città, facendo di molte salve, il cui strepito, insieme col suono de' tamburi et il gran grido de' soldati, pareva che assordissero l'aria. Ma, dovendo passare innanzi al palazzo della Monarchia di Spagna, viddero che la strada era traversata d'alcuni legni che impedivano il passo, et di più se gli fecero incontro alcuni principali segretarii della sudetta Monarchia, dicendo al mastro di campo che per cortesia volesse pigliare altro camino. Riccusò il mastro di campo di volerlo fare, allegando che oltre le strade esser libere, pretendeva anco di fargli honore con tal passaggio. Al che, contradicendo gl'altri era per nascere qualche disordine, poiché niuno voleva cedere, se ben pregati da molti signori che vi erano concorsi. Ma finalmente, venuto ivi in persona il conte di Fuentes, egli con amorevoli parole fece gran offitio con tutti li colonelli e capitani, acciò gli facessero tanta gratia; ma quelli, non volendo concedergliela, parendogli che fosse per mera ostinatione, all'hora il conte disse loro in confidenza che non era per altro se non perché la serenissima Monarchia non poteva sentire li strepiti et li rumori. Et che ciò fosse vero, adduceva che il duca di Lerma et il Consiglio non lasciavano né permettevano che alcuno trattasse di tai negocii et interessi, ma solamente lasciano entrar altri per occasione di complimenti o d'altra cerimonia, perché stava rittirata da un tempo in qua con un gran dolor et indispositione di capo.

Capitolo 7. *L'università de gl'hosti italiani ricorre ad Apollo per ottenere la sicurezza delle loro hosterie*

Puochi giorni doppo tutti gli hosti riccorsero ad Apollo con una supplica nella quale egli esponevano che se la Maestà Sua non provedeva di rimedio alle loro sciagure, si rissolvevano unitamente d'abbandonar il mestiero, dubitando di qualche nuovo stratagema di don Giovanni di Mendozza, governator di Milano, poiché alli X di maggio 1615, sotto pretesto et finta d'andar a pigliar la città d'Asti, si aventò con un essercito di quaranta milla

e più soldati e trenta pezzi d'artiglieria sopra l'hosteria della Croce Bianca, lontana due miglia dalla sudetta città d'Asti. La quale impresa non si può negare che non gli riuscisse felicemente, poiché andò all'assalto, diede la scalata et se ne impadronì con morte certo di puochi. La qual cosa, intesa da Sua Maestà, parendogli la querella giustissima et il fatto seguito molto enorme et vergognoso, che con essercito così potente perdesse il tempo di pigliar un hosteria che non haveva alcuna particolar diffesa, et gl'interponesse tanto tempo, hieri mattina fece un publico et rigoroso editto sotto pena di perpetua infamia, se ben spagnuoli puoco la stimano: che mai più sotto qual si voglia pretesto fosse lecito a qual si voglia potentato di metter insieme un essercito, condennando don Giovanni di Mendozza a riffar all'hosto tutte le caldare, pignate, boccali et altre masseritie et suppellettili d'hosteria, spezzati, rotti, rubbati et depredati, obligandolo in somma a rimetter in detta hosteria tutte quelle cose che sono necessarie per tal mestiero, poiché quella in ogni cosa era abbondantissima et perfetissima.

Capitolo 8. *Lorenzo de' Medici pesa nuovamente lo stato di Savoia et trova che non si può mover da terra*

Lorenzo de' Medici, havendo da un canto saputo che contra il duca di Savoia havea armato la Monarchia di Spagna, et era andato a suoi danni per terra verso Asti con un essercito di quaranta mille combattenti, et per mare con 27 galere verso Oneglia et tutto perché il duca non havea voluto obedire al comandamento di Sua Maestà, che voleva che senza replica deponesse l'armi, prese contra il Monferrato. Et havendo hoggi inteso dall'altra parte che per le settimane continue era passato fra loro una guerra delle più crudeli et delle più aspre che da un pezzo in qua sieno seguite, a pena udita la nuova della pace, senza aspettar di veder la capitulazione, era in desiderio di bilanciar lo stato del sudetto prencipe per vedere quanto fosse calato di peso. Là onde supplicò Apollo a contentarsi che, se bene non era finito il solito quindennio dessignato a pesar li stati de' prencipi, egli potesse costante così grave accidente metter in bilancia quello di Savoia. Il che da Sua Maestà gli fu conceduto.

Pigliò donque Lorenzo lo stato di Savoia in mano et, postoli da un capo della bilancia a rincontro del peso del quindennio passato, trovò –gran meraviglia– che non si alzava punto da terra. Onde v'aggionse lo stato di Toscana, et stava saldo; vi pose quello di Mantova et di Parma, né si moveva; et ostinandosi di voler veder da che procedeva tanta novità, vi aggionse di più lo stato di Modena, Urbino, Lucca et Genova, et non

bastava. Finalmente, fatto impatiente et tutto colerico, con ambe le mani vi collocò tutta la Monarchia di Spagna et non fu possibile alzarlo pur un deto da terra. Maravigliato Lorenzo di questo, credendo che la causa di tanta gravezza procedesse da qualche malia et incantamento, si risolse di ricorrere all'Oracolo delfico per sapere la cagione, et da lui c'hebbe questa risposta: «*Non bene pro toto libertas venditur auro*».

Per la quale Lorenzo se ne partì più confuso che mai, non sapendo con l'acutezza del suo ingegno penetrar quello che volesse dire. S'incontrò nel rittorno con Pietro Aretino, col quale come a suo famigliare conferì liberamente la risposta et, dimandandogli il parer suo, il quale con la sua solita modestia così gli disse in lingua toscana: «Misier Lorenzo, questo vostro Oracolo col suo parlare che fa con voi di vendere l'oro mi par che vi tratti da mercante più che da prencipe». Di che restando alquanto turbato Lorenzo, Pietro subito soggionse:

> «Non vi turbate misier Lorenzo. Volete ch'io vel dica? Non vi è la più bella mercantia per un prencipe, né il più vivo thesoro, della libertà. Di che non vi maravigliate se lo stato di Savoia hora pesa più che tant'altri potentati insieme, mercé ch'in questa guerra che ha fatto con Spagna col valor suo si è mostrato padre e ristauratore della libertà di tutti li prencipi d'Italia, una dramma della quale vale più che cento millioni d'avelenate doppie di Spagna».

2. 3. *Risposta alla quarta centuria de' Raguagli di Parnaso*
Biblioteca Comunale Centrale di Milano, L. VET.604 [impreso]
Edición de F. Javier Álvarez García y revisión de Silvia Toppetta

Il vecchio della montagna

Fu più frequente del solito il concorso de' virtuosi di Parnaso nella Real Sala di Appoline, il giorno primo di marzo, poiché havendo Sua Maestà fatto intendere a tutto il Coleggio de' letterati che il prencipe de' poeti latini s'era querelato d'Aulle Gellio che publicamente havesse detto nel palazo, et alla presenza della serenissima Caleope, ch'egli nella sua *Eneide* nominase in persona di Palinuro il poeta Vellino, quali non fu se non dopo sei cent'anni, a tempo di Servio Tullio, et che confondesse i tempi e le persone quando dise: *Ervet ille Argos Agamenoniasque Micenas*. Et che Aulo Gelio non punto smarrì del valore di sì celebre poeta, haveva intrepidamente risposto che havrebbe matennuto quanto haveva detto; però il numero fu grandissimo e l'audienza frequentissima e fu notato che mentre tutti andavano a porvi a' suoi luochi Aullo Gellio, vedendoti cotanto avevano a fronte, s'impalidì e fu per fugire, ma che da Igonio, suo interno amico, gli fu fatto animo e promesso aiuto e perciò entrò ardito nella conferenza.

Hora, mentre che stava Sua Maestà attenta aspetando *chersigilio* [*sic*: che Virgilio] publicamente, sì come haveva fatto privatamente, proponesse la sua querella, fu sentito un batter importuno alle porte della sala, già chiuse, per schiffare la confusione del gran numero de' genti che volevano entrare. Riferiscono i Bidelli d'Appolline che quello, il quale havea battuto alla porta, era stato il Gran Capitano, il quale suplicava intentamente in quel hora precisa audienza da Sua Maestà, agiungendo che ogni dilattione sarebbe stata molto preiuditiale alla reputation spagnuola. Dissero quasi tutti quei letterati, i quali poco fa, havendola veduta sepellire, non sapevano come potesse esser resuscitata, e in particolar Virgilio, qual havea fatto l'epitaffio iusta la tomba, et Ambrosio Prisco, il Colombo, e il Valverde, quasi l'haveano escencerata.

Fece cenno Appollo a' Bidelli che lasciasero entrare Consalvo e ordinò a Vergilio et Aulo Gellio che sospendessero la loro disputa.

Entrò Consalvo con gran pompa, poiché con lui erano i più famosi capitani, quali havessero guerreggiato per la riputation spagnuola. E furno Alessandro Farnese, Anton di Leva, il marchese di Pescara, il duca d'Alva e con questi molti altri capitani di minor grado.

Fu grande la maraviglia d'Appollo e di tutto il Colegio vedere tanti e sì famosi huomini di guerra tutti uniti; e fu chi dubitò di qualche strano accidente, tanto più che mostravano tanta fierezza nel viso che l'Argemone hebbe a dire che non era sì fiera la vista del Senato venetiano, quando li protestorno nel nome di Dio che havevano stabilita lega offensiva e deffensiva con tutti i principi per la libertà di Italia.

Subito, d'ordine d'Appollo, furno portate cinque sedie, ma niuno di essi fece segno di volersene servire. Il che veduto da Appollo disse a Consalvo che sedesse, che ben convenivano al valor suo e di questi signori ch'erano seco che sedesero quando altri stavano in piedi. Rispose Consalvo che non era mai per sedere quando non sedesse in luoco conveniente ad un par suo. Replicò Appollo qual luoco egli pretendesse. Soggiunse Consalvo: «Un luoco sotto l'ombrella di Sua Maestà». Parve strana a tutti e orgogliosa la pretensione di Consalvo, ma più ad Appollo, poiché la sopranità sua in questo modo veniva a metersi in bilancia con persona privata. Tuttavia, come quello che ripieno di soma prudenza, volse intender dal medemo Consalvo qual fondamento di ragione havesse di pretendere luoco tanto sublime. Rispose Consalvo che egli era in possesso di sedere alla medema tavola con il re, et addure per testimonio il Guicciardini et il Giovi, i quali attestorno per vero che egli a Savona mangiare [*sic*: mangiò] a tavola con due famossimi re, Ludovico XII di Francia et Ferdinando di Castiglia.

Non parve ad Apollo di dover perturbare posesso così antico a sì famoso capitano, però fece cenno che si facesse sedere preso di lui, ma sopra un scano et un scalin più basso: gridò con alta voce Giovanni Bodino che così si fece nel convito di Savona. A questo non replicò Consalvo cosa alcuna, se non che disse che molto prima gl'era nota l'invidia francese e che a lui poco importava che altro pocurasse d'impedirgli l'apparenza degl'honori, pur che lasciasero le sostanze del regno. Ma, sendo a canto ad Appollo, lo pregò che si compiacesse d'intendere la cagione della sua venuta con quest'altri signori e intera provedergli di giustitia conveniente. Replicò Apollo che non dubitasse Consalvo e che esponesse pure i suoi gravamenti, sì come egli girando il mondo tutto participava le sue gratie e suoi favori anco a persone poco meritevoli, magiormente a signori tanto eminenti non havrebbe mancato di favoritissima giustitia. Ringratiato ch'hebbe Appollo di tanta humanità, cominciò Consalvo:

> «La Serenissima Monarchia di Spagna, mia Signora, l'altro dì fu avisata come in cotesta corte era venuta nova che la sua riputatione era morta, et Vostra Maestà egli haveva ordinato le pompe funebre, fato far la sepoltura e l'epitaffio. Ancora a cotesta nova restò molto sopra di sé, pensando da un canto che la soma prudenza di Vostra Maestà non permette che si facia cosa alcuna

a caso, dal'altra perché non haveva lei havuto un minimo sentore da alcuno di tanti regni che felicemente domina imperi per chiarirsi di cotal dubbio, subito spedì corrieri per intendere se ne' stati suoi era fatta mutatione alcuna.

Rifferrirno questi che l'impero suo non pativa alcun disastro e che l'havean trovato nel vigore e forze primiere. Stuppì la Serenissima mia Signora intendendo questo, e stupirono seco tutti quei gran signori et huomini da guerra che erano con lei. Subito fu dato ordine a me che venisse da Vostra Maestà per intendere la verità di questo fatto».

Rispose Appollo che non si poteva dubitar del fatto poiché, oltre l'aviso venuto d'Italia, egli, ad instanza di Ludovico Mercato, medici spagnuolo, haveva fatto erinterare il cadavero, in modo che contando del fatto non haveva luoco alcun dubbio.

Consta anco del fatto replicò vehemente Consalvo che:

«La Monarchia di Spagna tiene numerosi esserciti in mare et in terra, domini popoli infiniti non divisi da religione et in fattioni, obedientissimi al Imperio suo, non scorticati e poi adolcitti col titolo di ben amati vassali.

Non pensi Vostra Maestà che il non haver condotta l'impresa al suo fine e l'accostarsi a quella piazza fiaca [Asti], e non espugnarla, argomenti debolezza di forze, perché, oltre che i pensieri suoi sono quasi imperscrutabili, è pur anco vero che nei conflitti che seguirno il duca di Savoia hebbe sempre il peggio, perdé tutta la collina, perdé l'artigliaria, si rittirò fuori d'Asti per fuggirsi e lo facea, s'arrecò genti non le fermava. E se bene, è anco vero, che *instandum fame*, nondimeno è verissimo che questo preceto deve esser puntalmente osservato da quelli i quali avien come mercanti falitti con poco credito, che chi [h]a minere inesauste d'oro ed argento, huomini e monitioni da guerra terrestre e maritima quasi infinita, se ben talhora perde qualcosa, pur che il capitale non resti sbatuto, non è cosa da porsi in consideratione.

La riputatione di Sua Maestà per quel che si aspetta al mio proposito, è di due sorti, una la qual nasce da opere grandi nell'arte della guerra, l'altra la quale depende nelle attioni civili nel tempo della pace. Alessandro Farnese nella prima fu stupor del mondo, emulo di Giulio Cesare: col mirabil ponte prese Anversa, quasi novo Marcello che espugnò Mastride, con bravura Fabio Massimo liberò Pariggi dal assedio et in faccia del nemico essercito con un re famoso prese Corbeil, piazza importante, fremendo i francesi per cotanto scorno. Tralascio, e di lui e di quest'altri heroi (per non tediar Vostra Maestà) mille famose prove, con le quali alzorno al cielo la reputation spagnuola. Nella seconda furno mirabilli dui famosissimi re, un di Francia e l'altro d'Aragona, Ludovico e Ferdinando. Et sì come la prima si guadagna o con aquisti di stati o con espugnatione di piazze forti, o con vittorie campali, così si perde con i suoi contrarii. La perdono ora i signori venetiani, non perché in tanto tempo non habino preso Gradisca, piaza debole e diffesa da poca gente, ma perché

hanno mostrato al mondo quello che con tanta cura hanno tenuto celato, che è il poco poter loro. Ma all'ora la perderono da dovero, quando ala rota di Geradada ne seguì la perdita di tutto lo stato di Terra Ferma, cosa la quale avenne poco dopo a Carlo, duca di Savoia.

La seconda ancora si perdé con le opperationi contrarie, come la perdé il presente duca di Savoia quando andò in Francia, ove a questo buon prencipe intervenero quei pericolosi e poco honorevoli accidenti che son ben noti al mondo. E se ben egli si scusa con dire che egli havea negocii importantissimi col marescial Barone nondimeno, non essendo cosa che si convenga a prencipe, non si admette.

Nella prima e nella seconda la reputation spagnuola tanto è lontano che sia morta, poi che arriva a quel scaglione ove forse non arrivò la reputation romana, e con l'armi sue tien nel medesimo tempo a freno il turco e lo batte, [h]a vinta la Francia e l'Allemagna, fa che il duca di Savoia grida, tien in ossequio e riverenza l'Italia tutta; con l'arte della prudenza conclude i matrimonii de' suoi figliuoli, al dispetto di tutti i politici del mondo, e mantiene tante e sì diverse nationi soggette al suo Imperio in soma pace».

Stete attentissimo Apollo a tutto il ragionamento di Consalvo e, differendo la risposta, pareva che sentisse grandissima alteratione di animo. E tutto il Coleggio parimente stava agitatto da gravissimi pensieri, essendosi pur visto il cadavero della riputation spagnuola e, sentendo inoltre le vive e ben fondate ragioni di Consalvo, ei si dubitò che a quella volta la potenza d'Apollo si potesse eclissare alquanto.

Quando, levandosi Girolamo Cardano dal luoco dov'era, venne a porsi in ginocchione avanti a Appollo et il pregò instantemente a volerli far gratia d'un error comesso, premetendo ch'in premio di beneficio tale (ch'egli reputa grandissimo) havrebbe solevato Sua Maestà dal affanno nel quale egli si trovava. Consentì Appollo e concesse al Cardano quanto egli dimandava et egli incominciò e così disse:

«Sacra Maestà, io son milanese, come ella sa, e perché dal Senato di quella città mi fu fatto decapitare un figliuol reo del delitto del quale veniva accusato, ma delitto anco assai compassionevole, io, accecato dal dolore, presi grandissimo sdegno non solo contro la patria, ma ancora contro i spagnuoli che ne sono padroni: perciò contro di lei mi vendicai con farmi cittadin bolognese e contro questi servai sempre un odio occulto. Onde l'altro giorno, quando fu portata nova a Vostra Maestà che Madama la reputation spagnuola era morta, se bene io sapevo la verità del fatto e consultai sopra la cagione della sua morte, tacqui nondimeno, godendo in me stesso di vedere vilipesa quella Signora, la quale anch'essa era stata come parse delle mie sventure. Hora, parendomi infinitamente che la Maestà Vostra venghi delusa, son risoluto anco con qualche nota della mia riputatione palesar la verità, però li dico che sì come che son figliuolo

> di Fav. Cardano, molto famigliare de' demonii, de' genii e gran conoscitor de' spiriti e fantasme, non posso negare (se ben lo negato altre volte) che non habbia hereditaria cognition paterna, perciò seppi che il cadavero medesimo visto dal Valverde et altri non era il proprio cadavero di Madama la riputatione, ma con spulvio formato dal vecchio della montagna [Lesdiguières], gran generale del duca di Savoia, per inalzar con la morte di questa gran Signora la gloria del suo duca, il quale anch'egli aiutando con gli artifitii suoi, de' quali è gran maestro, [h]a procurato di far creder al mondo cotanta vanità. Ma la Maestà Vostra adopri l'arco che adoprò contro il Carsello delle travegolle, nel sogno di sier Fidocca, ché se non apparirà il Barbagiani di quel tempo, apparirà al certo la faccia di Madama menzogna ritratta del naturale».

Restò attonito e stupeffatto Appollo e, volendo assicurarsi se era vero quello che il Cardano diceva, subito diede ordine a una delle Hore sue, veloce messagiere, che si trasferisse alla Certosa appresso il sepolcro e vedesse e ben considerasse il cadavero e poi riferisse ogni cosa fedelmente a Sua Maestà. Andò la messagiera in un momento e, ritornata, referì ch'era stata alla Certosa d'Asti et havea veduta la sepoltura e l'epitaffio, ma che dentro non havea trovato alcun cadavero, anzi che haveva inteso che quel sepolcro era stato pochi giorni prima veduto in quel cimiterio, senza sapersi chi l'haveva fabricato. Disse di più, che il duca di Savoia havea fatto tante fortificationi dentro e fuori di quella piazza che parea bene che sapesse che la riputation spagnuola era da temere più che mai e che perciò continuasse intelligenze con ribelli di Francia, e'l titolo poco honorevole di pensionari de' signori venetiani.

S'arrossì Appollo sentendo la burla fattali dal duca di Savoia e giurò di non creder più cosa alcuna, se non col pegno in mano. Indi, voltatosi a Consalvo, li disse che vedesse qual sodisfation voleva, ch'egli era pronto per darglila.

Rispose Consalvo che si sarebbe contentato di quella che fusse piacciuta alla Maestà Sua. All'hora Appollo:

> «Sin tanto (disse) ch'io andarò pensando qual maggior honore io posso fare a Madama cotanto gloriosa, *tum Virgilium*, invece dell'epitaffio fatto all'imaginato cadavero, fa' hora un encomio in lode di lei, al che fare tanto più sei obligato quanto che pena spagnuola e tanto benemerita delle tue fatiche».

All'hora Virgilio, fatta prima riverenza ad Appollo e poi a Consalvo et a tutti quei signori, così disse:

> *Tu regere Imperio populos Hispane memento,*
> *en tibi sunt artes paci imponere nomen*
> *parcere subiectis et debellare superbos.*

2. 4. *Replica alla risposta contra la quarta centuria de' Raguagli di Parnaso*

Biblioteca Nazionale Marciana, Misc. 2643 (19) [impreso]
Edición de F. Javier Álvarez García y revisión de Silvia Toppetta

Con maraviglia di tutti i circostanti che nell'Imperial Sala della Maestà d'Apollo si ritrovavano, fu udito il troppo superbo vanto dato alla Reputation spagnuola dal gran Consalvo, per altro in vero capitano di molto credito, ma non in tutto privo delle bravate spagnuole, onde, sapendo ogn'uno che troppo ardire fora stato di colui, che sopra la faccia d'Apollo ardito havessi di farli vedere una cosa per un'altra, né meno farli apparere incantesmi. Essendo Apollo tutto scienza et sapienza, non atto a ricevere alcun refflesso di maliosa immaginatione, per il qual atto bisognava prima quella maliare; et sapendo di certo essere stata fatta, per li già nominati, il mortorio, l'anotomia et con la sepoltura anche l'epittaffio a quella Reputatione, et poi udendo questa attione essere ad una maliosa operatione attribuita et ad un incantesmo, non era chi non stasse con l'animo tutto perplesso. Dubitavano che la sagacità spagnuola non arrivasse a tanto, che anche la stessa mente d'Apollo, pur incorruttibile per natura, non corromposse; tanto più che in mille occasioni si erano scoperti miracoli se non maggiori, almeno eguali.

Et con queste apparenze fossero coperti gli arcani –come dissero– di alcun maraviglioso trattato onde, pallidi et stupidi, senza né approvare né biasimare tanta maravigliosa attione, stava ogn'uno tacendo. Quando pure quel grand'Herrico, flaggello della Reputatione spagnola, che tra primi presso Apollo sedeva, et fin all'hora con un ghigno sotto cozzo –come si suol dire– haveva taciuto, rissorse et al suo rissorgere un certo mormorio maraviglioso rinacque, quasi che quel campione cosa dir dovesse, che la loro maraviglia cessasse. Fatta egli riverenza ad Apollo, agli altri rivolto parlò:

> «Gran contesa di verità per certo apporta in apparenza questo Gran Capitano, tanto più ch'ella parre fomentata dal nostro glorioso prencipe; ma chi non sa le maraviglie sue? Egli così tace e tali cose approva, anzi, mostra d'approvare per scoprire le maraviglie de' gl'ingegni di tutti voi signori. Ma non sarà fuor di ragione che, scoperto il vero, a chi osò con tanta arroganza et con tanta temerità, anche maliare il suo intelletto et fassinare la sua volontà sia dato il meritato castigo.
>
> Fu apparente il corpo della Reputation di Spagna –come dice questo capitano– non è dubio, et quella apparenza sepolta et anatomiata; ma chi inventò così sottile fallacia? Quelli proprii arcani che non sepero trovar altro riparo alla total destruttione sua.
>
> Voi sapete, signori, quante leghe sante, quanti aiuti devoti, quante speranze divine, quante rebellioni cattoliche, quasi precetti religiosi, et quanti

tradimenti pieni di carità fu dalla Cattolica et sola vera et buona christiana Monarchia di Spagna nel mio misero regno di Francia inventate per solo render l'altrui tanto simile al suo, che per simpattia una volta poi fosse astretto a diventare tutto cattolico et buon christiano. Benedetti pensieri, sante machinationi, cattolici trattati. Ma al fine quelli che non sepero nelli beni loro patrimoniali la riputatione loro mantenire, la venero ne gli altrui stati a perdere, segno evidentissimo della coloro perfidia.

Non è cosa nova, come asserisse la sepoltura d'Asti, la morte di quella Riputatione, perché molti anni prima fu tanto martirizata da questo a lei formidabile braccio, nel mio felice regno di Francia, che con mille flagelli fu ridotta in cenere et quelle sparse al vento, priva come scismatica della vera et pura simplicità christiana, anche della sepoltura. Ma a quella Monarchia, parendoli troppo strano così viver sprezzata et vile, una in apparenza ne fabricò tremenda, con le sue solite machinationi malitiose et che sia il vero, da indi in poi, attese sempre a mantenire et ad accrescere il suo, non più all'aperta con l'armi come prima faceva, per non scoprire la sua debollezza sotto prettesto di tuttela, sotto finta d'amicitia, sotto termini di donationi, sotto colore di divotione, sotto nome di parentelle, sotto ossequii di christiana carità, et sotto finta di matrimonii; col donare a chi può contrastarli, col maliare chi può impedirla e col fassinare et levare l'intelletto a chi poteva et a chi doveva li suoi vasti pensieri troppo ad ogn'un nocivi annichilare, fin per far seguir matrimonii contra ogni ragion politica, ad usare incantesmi et a maliare, per mezo della fiera marescialla et d'altri inhumani et diabolici ministri, li magiori esecutori della volontà regia, con dar intentione di farsi quella semplice di mia moglie –che non sa la sagacità e l'infedeltà sua– sua prencipessa, poteva ben lei sapere che essendo morta più di medici bisogno non haveva, ma bene di una nova Medea che rissorgere, et ringiovenire la facesi in fine quando questa pittura, per me in publico si doveva esporre, per mezo di traditore assassino, me si fece levar davanti.

Tanto che questa apparente prencipessa, ma pur inchinata per vera, nelle campagne d'Asti fu uccisa, anatomiata, sepolta et epitaffiata, et quando questi prencipi, che m'odono, di ciò voranno chiarirsene da loro stessi, quando non se ne vorranno dell'opera mia servire, tanto sono potenti che da soli lo potranno fare. Né mi maraviglio che questo Gran Capitano, lasciatosi tirranneggiare dalla natural passione, sia avanti la gran Maestà d'Apollo, nostro prencipe, venuto ad autorizare tanta falsità che a noi basta non per una cagione ma per mille, come testimonio d'interressata benivolenza poterlo reietare. Solo dirò che per dar alcun credito alle falsità loro, doveva lei far comparere il grande nostro Alessandro, che molto più si affaticò per ritenir la cadente, testimonio in alcuna parte non interressato, et che molti anni maneggiò le sue miserie con espore al fine la propria per la vita sua, ma senza proffitto, segno che dubitar non poteva che per malitia deffraudasse gl'honor suoi; ma da tal cavalliere non poteva sperare tanta menzogna, et forsi da nessun altro fuor che spagnuolo

nasciuto, solo per non servar lealtà, se non quando o come li torna bene; ma forse dubitò che l'interesse proprio scoprire non lo facesse ciò che egli nelle comissioni non havessi havuto, havendoli in ricompensa di tanti servigi et della vita stessa con tanta nota d'ingratitudine levato un regno a lui per ogni ragione dovuto.

Vadi pur questo Gran Capitano prima a racquistar il perduto al suo re, avanti che biasmare ardisca alcuno che non possi pigliar l'altrui, che proffessione non fa di voler che altri al suo solo cenno getta ogni suo havere a' piedi della fortuna sua, et che move solamente l'arme stiracchiato per li capelli et per conservare l'honor suo, et che nel movimento di quelli, né anche fa tutto il male che può, perché assai di riputatione gl'haverà acquistato l'haver levato a Casa d'Austria per forza d'armi, contra il poter di tante monarchie, di tanti imperii et di tanti regni fin adesso molto paese, da quella non saputo né potuto guardare, anzi per questo si mostra pure snervata et morta. Se non volesse dire che l'haver preso due gallere et una fortezza l'havesse fatta risorgere, ma s'inganna che questi atti non portano consequenza; onde maggior riputatione haverebbono i mori d'Affrica che sopra gl'occhi ogni hora gli ne fanno a migliara, et per una fortezza n'hanno persi li meze dozine, et molto paese deserto senza comparatione. Ma ci vuole altro per riacquistarla: bisogna haver le forze per loro stessi et non per tennir suffocato con le doble et con le promesse chi può impedirla. Bisogna inghiottir i ducati intieri et riacquistar quello che'l padre gli lasciò con pacifico possesso, ma troppa digressione, se ben non senza proposito».

Qui tutto gl'occhi di fuoco et rubicondo il volto, vibrò nel Gran Capitano mille raggi di sdegno che da capo a piedi impallidire e tremare lo fece.

Tacque Apollo mentre da così gran guerriero erano tali parole proferite et, quasi ch'egli nel nero havesse imbroccato, lodò l'accortezza d'ingegno così vivace con un destrissimo riso et, volto a quel gran re, disse:

«In questa corte non solamente è stata sempre biasmata, ma castigata ancora la menzogna; ma perché maggior pena non si può dare al menzognero che, riconosciuto tale, tale essere prononciato, voglio col carrattere della menzogna sia insignato in fronte, et oltre l'esser privo di questo luogo, come indegno di compagnia nobile et virtuosa, per l'avvenire manco gli sia creduto il vero. Et quanto al rimanente, sono così chiaro et così palese l'opere per voi trattatte, che per loro stesse cridano la croce, non ricercherò altro pegno in mano che la sola parola d'un così gran re».

In questo dire si sentì un gran rimbombo di trombe et di tamburi, che con strepitoso suono assordiva l'orecchie. Grande fu la commotione di tutto il colleggio a tale inaspettato rumore onde, perché all'entrare de que' capitani si erano le porte riserrate, fece segno il Bidello alla finestra

che'l strepito si fermasse et di tanta novità dimandò la cagione. Qui si fece avanti il prencipe d'Orange, che per altri importanti negotii dell'assemblea all'hora si ritrovava fuori con gran cometiva de' signori et prencipi di Casa Nansau, che tutto armato disse voler in publico arringo mostrar al Consalvo da solo a solo, o come gli tornava meglio, a molti per parte, che quanto gli era stato refferto, che lui voleva far credere al sacro colleggio, era una pura et ignorante menzogna et che mentiva, se bene per legge di duello non era tenuto a tanto, sapendosi chiaramente quanto li menzogneri spagnuoli in ogni occasione sono tali conosciuti.

Il tutto fu refferito ad Apollo il quale, conoscendo la generosità di quel prencipe, per non moltiplicar in desordini, non lo fece aprire; ma perché di già non voleva più credere se non con il pegno, per esser stato molte volte burlato, feceli dalla finestra rispondere che cosa apportava egli, che apportata non havesse il glorioso Herrico. Allhora mille carra di spoglie spagnuole gli fece vedere, con l'insegne tanto riputate tutte minucciate. Li suoi soldati, tinti del sangue nemico, scacciati del proprio nido; li tanto reputati et quelli che erano sudditi obbedienti et che havevano aperto mille volte le vene per la sua conservatione, mossi dalla coloro perfidia, fatti liberi et levatisi il giogho di tante insolenze et di tante miserie, con mostrar in fine privileggi autentichi concorsili da tanta riputatione per levarsi da torno il travaglio di pochi sudditi, che non più sudditi, ma di libero dominio li chiama.

A tali cose rispose Apollo che a bastanza era informato, et che però se ne quietasse, che per l'avvenire non più simili disordini sarebbono accaduti; ma pure instando che per sodisfattione universale quell'encomio scancellar si dovesse. Alla qual giusta petitione volendo acconsentir Apollo, chiamato il Giustinopolitano, in secreto l'espeditione gli commise. Onde egli, quello scancellato, in lingua volgare perché anche a quelli fuori della corte fosse familiare, così preconizò:

> Ne' laghi averni, e nel tartareo fondo,
> giace sepolto questo horrendo e crudo
> mostro di Spagna, di pietate ignudo,
> nato a portar discordia e guerra al mondo.
>
> L'aquila fiera, che da cuppi horrori
> d'horrendi selvi uscì, d'hermi confini
> temeraria i terreni a noi vicini
> tenta rapir, sotto meniti honori.
> Già sovra i curvi abetti i bianchi lini
> spiega maligna e gl'infedeli errori

d'una fede infedel, d'empi furori
trova chi aiuta, e i suoi rapaci fini.
Tu LEON sol ben nominato figlio
d'Italia bella, aspro constrasto e fero,
fai rintuzzando un sì rapace artiglio.
Deh scuoti il giogo altrui, e tanto impero
di bella pur, deh via fatti vermiglio
ne' danni suoi vendicator severo.

Italia madre a' prencipi suoi figli:
Qual vil vergogna, o qual vano timore,
figli diletti sì, ma figli indegni,
vi stringe il cor, che d'ignominia pregni
dorme, anzi è morto in voi l'antico honore.
Deh, se pietà di zelo, o di valore
l'armi vostre non move a fieri sdegni,
vi mova i danni miei, che son ben degni
chi in voi si desti hormai drama d'amore.
Ecco la rabbia altrui fatta veleno
tingendo i strali suoi nel sangue mio
ne le viscere mie che tanto amate
et ministrate a quel superbo e rio,
armi ridendo, onde mi squarci il seno
empi e fieri Neroni, ove allegnaste?

2. 5. *[Censura fatta alla quarta centuria]*

Biblioteca Nazionale di Napoli, XII.G.52, fols. 23r-24v. [manuscrito]
Edición de F. Javier Álvarez García y revisión de Silvia Toppetta

Hieri matina, nel Concistoro che si fece in Parnaso avanti il tribunale et al cospetto della Maestà d'Apollo, con intervento di tutti quelli che con arte politica hanno di loro dato ammiratione al mondo, saltò fuori il censore de' stati, quale con maniere gravi e dire alquanto licentioso, conforme al carico del suo uffitio, intonò di questa maniera:

«Sacra Maestà e voi signori tutti che m'ascoltate, forse farete meraviglia in voi che non essendo ancora venuto il tempo destinato di censurare, com'è carico mio, li stati e monarchie mondiali, sia stato tanto audace d'interrompere senza licenza di Vostra Maestà ragionamenti e discorsi così delicati come sono li politici, particularmente in questi tempi militari e quando non vi fusse stata causa potissima et importante sin come dal mio discorso intenderete. Io medesimo havrei preso castigo dell'audacia e temerità mia, ch'il più lieve saria stato bando voluntario da questo celeste loco, spirante nettare et ambrosia.

E per dar principio dico, signori, che'l stupore ministro dell'alta Maestà d'Apollo esca fuori dalli reconditi e secreti ripostigli degl'arcani interni della mente sua, et ingombri le deità d'ammiratione tale qual il presente fatto miraculoso ricerca. Et è c'havendo il Collegio de' medici fatta relatione pochi giorni sono all'ostinato signore delle terre piane di là dai monti che la serenissima Riputatione di Spagna era all'improviso morta di non so che male, conforme anco quella fu fatta a Vostra Maestà dal vostro collegio pochi giorni prima, si mise detto signore in pensiero di voler vedere occultamente questo fatto, poiché le pareva strano che giovane dama, così valente e benestante e con tanta cura governata, fusse così all'improviso sotto Aste, loco piutosto ameno e dolce che altro, mancata di vita et ivi sepolta. Per questo, di subito postosi in viaggio alla reale con preparamenti più finti che veri, vestito d'armatura albinese, tutta d'orpello francese e venetiano dipinta, nel cui scudo erav'impresso un brancho di grifone con motto «*aut cum hoc, aut in hoc*».

Si mise come raffinato drago all'odore in cerca della sepoltura della serenissima Riputatione di Spagna, e doppo molto haver ricercato con interesse d'un paro stivaletti di corio levantino, s'abbatté un giorno verso sera nelle campagne di Vercelle e, molto debole, lasso e stanco si pose sott'un albero di cipresso a riposare. Non molto quivi stato, sentì voce di donna, a suo parere sonnachiosa alquanto, che con molt'horrore quasi confusamente gridò fuora rispetti. A questa voce, spaventato a fatto, il povero signore saltò in piedi e, girando gl'occhi intorno, vidde ch'in una tomba di cristallo, posta fra certi arbori di faggi, era coricata una bellissima dama di portamenti e fattezze miraculosa, adornata di molti pretiosi e ricchi abbegliamenti, e li sovvene haver altre volte già veduta e, diffusamente havendola più rimirata, conobbe

chiaramente esser la serenissima Riputation di Spagna. E tutto stupido, considerando come potesse esser che questa sepoltura così all'improviso si fusse tragettata da se stessa dal loco d'Aste in questi territorii di vespro, scorse a' piedi di detta tomba uno rotolo a lettere d'oro di questo tenore: «Non in Aste di guerra, ma sì bene in Verocello di pace mi compiaccio di riposare». Di questo restando maggiormente attonito, gli venne desiderio d'adornarsi di quegli abbegliamenti reali che la serenissima dama teneva e, ponendole le mani intorno a guisa d'ingordo cervo, per svaligiarla con caso stupendo et inaudito, vedesi in un istante risorger in piedi detta dama, e con il solito suo valore e forza sbarattare e ponere in fuga detto signore con tutti suoi adherenti, quale pien di timore, essendo ritornato a capo chino al suo dominio, fece frustare gl'ignoranti medici, quali l'havevano relatato la serenissima Riputatione di Spagna esser morta».

Siché quando a Vostra Maestà prima e poi alle signorie vostre molto politiche paia per debito di giustitia che si facci eseguire qui in Parnaso verso li signori medici quanto si è operato in terra a gl'altri per mandato del dolente signore, stante la lor ignoranza, io darò li voti e con essi ogn'uno dirà il suo parere et «*datis anuente fuerunt in primis calice carculi albi non omnes albi eventes*», uno regno com'inchiostro, che al color della faccia subito si venne in cognitione del datore.

Doppo haver Sua Maestà approvata la sincera relatione del censore, et il tutto compitamente fatto eseguire conforme la data posta, fece di subito venir il poeta mantuano e doppo haverli fatta buona correttione che così alla cieca havesse fatto l'epitafio sopra la sepoltura della serenissima Riputatione di Spagna, non mirando bene se a caso invece d'esser morta potesse esser che quietamente riposasse e dormisse al suon di tamburri et armi, l'ordinò per penitenza che di bel nuovo s'incaminasse verso la detta tomba posta nelle campagne di Vercelli e, levando la prima inventione, ve ne ponesse altra più veridica. Questo dal poeta inteso, tutto pieno di rossore con gl'occhiali al naso, s'accinse e pose subito di viaggio, e fra pochi giorni gionse al luoco destinato. E dal suo cancelliero fatto levare con atti giuridici li *descripti* versi, vi fece porre li seguenti: «*Juppiter in coelis, Auster regit omnia terris*».

978-84-1091-297-7 (PDF) / 978-84-1091-281-6 (impreso)
https://doi.org/10.14201/0AH0017133218

3. EL PARNASO EN ARMAS

Imitación, propaganda y sátira política en la polémica hispano-veneciana (1616-1618)

Federica Cappelli
Università di Pisa

La fortuna de los *Ragguagli di Parnaso* (1612-1613) y de la *Pietra del paragone politico* (1614) de Traiano Boccalini constituye uno de los fenómenos más significativos de la cultura político-literaria europea del primer Seiscientos. Pocas obras consiguieron transformar de manera tan profunda no solo una tradición satírica preexistente, sino también las formas mismas de la intervención política a través de la escritura. A caballo entre la alegoría lucianesca, el periodismo manuscrito y el libelo polémico, los *ragguagli* ofrecían un dispositivo textual extraordinariamente flexible, ya que podían funcionar simultáneamente como sátira moral, comentario político, crónica disfrazada y arma de propaganda.

La Italia de comienzos del siglo xvii, atravesada por la crisis del equilibrio impuesto tras Cateau-Cambrésis (1559) y por la progresiva internacionalización de sus conflictos, proporcionó el terreno ideal para la rápida difusión del modelo boccaliniano, sobre todo a medida que iba consolidándose una sensibilidad antiespañola cada vez más visible en amplios sectores de la cultura política peninsular. En este sentido no deja de ser significativo que el momento de máxima expansión del género coincida con la fase más aguda de las tensiones entre la monarquía española y los estados italianos que aspiraban a sacudirse su tutela, esto es, los años de la guerra del Monferrato, de la crisis de los uscoques y de la llamada «Conjuración de Venecia». El universo alegórico del Parnaso ofrecía un espacio privilegiado para representar tales tensiones, situándolas en una zona de contacto entre ficción literaria y actualidad política. Más que un simple género satírico, los *avvisi di Parnaso* (fig. 1) terminaron convirtiéndose en una modalidad específica de discurso político capaz de intervenir directamente en los debates de la época sin

renunciar por ello a la complejidad alegórica y literaria que caracterizaba el universo boccaliniano. El ingenioso artilugio literario inventado por el escritor lauretano –un gacetero ficticio que informa desde la corte del dios Apolo sobre los asuntos del mundo real, sometidos al juicio de los virtuosos parnasianos– se convirtió en un instrumento eficaz e indispensable de publicística política, utilizable tanto por los filoespañoles como por sus enemigos. Y es precisamente esa índole bifronte del modelo parnasiano lo que explica la extraordinaria proliferación de imitaciones de signo ideológico también opuesto que inundaron Italia durante las primeras décadas del siglo XVII.

En este clima de creciente confrontación debe situarse el anónimo aviso antiveneciano, que unos críticos atribuyen a Francisco de Quevedo, titulado *La república de Venecia llega al Parnaso y refiere a Apolo el estado en que se halla* (1617). El texto, estrechamente relacionado con las tensiones entre Venecia y la corona española durante los años del virreinato del duque de Osuna en Nápoles (1616-1620), representa uno de los ejemplos más complejos y reveladores de apropiación ideológica del modelo boccaliniano, en la medida en que reutiliza las estructuras alegóricas de los *Ragguagli* para invertir completamente sus presupuestos políticos. Las inmediatas réplicas del filosaboyano Giacomo Castellani –articuladas en las *Annotazioni* (texto 3.1) al panfleto antiveneciano y el *Castigo esemplare de' calunniatori* (texto 3.2) y una *Allegazione*–, junto con el prolongado debate crítico en torno a su posible atribución a Francisco de Quevedo, recientemente reavivado por la propuesta de F. Javier Álvarez García[1] en favor del conde de Salinas, convierten este episodio en un observatorio privilegiado para estudiar los mecanismos de la controversia política barroca.

A partir de estas premisas, el presente trabajo se propone analizar dichas imitaciones boccalinianas vinculadas a la contienda hispano-veneciana de inicios del siglo XVII, prestando especial atención a la dimensión propagandística del género, a sus estrategias de deformación satírica y a las complejas relaciones entre literatura, diplomacia y construcción de la opinión pública en la Italia barroca.

Boccalini y la invención de una 'forma breve' entre política y periodismo

Para comprender el alcance de las imitaciones del modelo boccaliniano conviene detenerse brevemente en algunos de los rasgos formales que

[1] F. Javier Álvarez García, «La cuestión americana en las polémicas antiespañolas del primer Seiscientos (1612-1626)», *Cuadernos de Historia Moderna* 49.2 (2024): 323-342.



Fig. 1.
Anónimo neerlandés, portada de la obra *Ragguagli di Parnaso del Signor Traiano Boccalini romano* (S. l.: s. n., s. a. [*ca.* 1660-1730]). The Bristh Museum, 1895,1031.678.



Fig. 2.
Anónimo neerlandés, portada de la obra *Pietra del paragone politico di Traiano Boccalini con una nuova aggiunta dell'istesso* (Cosmopoli: Per Cornelio Last, 1675).

caracterizan los *Ragguagli* y, de manera especial, los de la *Pietra del paragone* (fig. 2) verdadero referente de los textos que nos ocupan.

La literatura parnasiana conoció una larga evolución antes de alcanzar su formulación definitiva en la obra de Traiano Boccalini. El género hunde sus raíces en la tradición alegórica de los viajes imaginarios y las visiones medievales y renacentistas, enriquecidas progresivamente con elementos satíricos derivados de Luciano y Aristófanes. Entre las distintas etapas de esta evolución destaca la aportación del poeta perusino Cesare Caporali, quien distinguió entre el *Viaggio* y los *Avvisi di Parnaso*, inspirados ya formalmente en las gacetas y relaciones manuscritas que comenzaban a circular en la Italia de finales del siglo xvi, si bien todavía escritos en verso[2]. Pero fue Traiano Boccalini quien transformó definitivamente aquel esbozo alegórico en un mecanismo satírico de extraordinaria eficacia política: la sustitución del verso por una prosa rápida, lacónica y de evidente filiación periodística permitió conferir a los *Ragguagli* un tono de actualidad y una excepcional vivacidad narrativa. El reino de Parnaso, gobernado por Apolo y habitado por escritores, políticos, filósofos y monarcas de todas las épocas, se convertía así en una representación alegórica de la Europa contemporánea[3].

[2] Sobre los orígenes del género de los avisos de Parnaso, remito a Federica Cappelli, «Parnaso bipartito nella satira italiana del '600 (e due imitazioni spagnole)», *Cuadernos de filología italiana* 8 (2001): 134 y Michele Magnatti, «I *Ragguagli di Parnaso*. L'invenzione di un genere letterario», en Traiano Boccalini, *Ragguagli di Parnaso. Testi scelti e studi*, ed. por Laura Melosi (Macerata: Eum, 2013); acerca de sus fuentes en el siglo xvi, véase Chiara Petrucci, «Percorsi cinquecenteschi nei *Ragguagli di Parnaso*», en *I cantieri dell'italianistica. Ricerca, didattica e organizzazione agli inizi del* xxi *secolo. Atti del XVII congresso dell'ADI – Associazione degli Italianisti (Roma, Sapienza, 18-21 settembre 2013)*, ed. por Beatrice Alfonzetti, Guido Baldassarri y Franco Tomasi (Roma: ADI editore, 2014). Sobre los *Ragguagli di Parnaso* de Boccalini como paradigma de la sátira política europea, véase Harald Hendrix, *Traiano Boccalini tra erudizione e polémica. Ricerche sulla fortuna e bibliografia critica* (Firenze: Leo S. Olschki, 1995), espec. 345a-358b.

[3] Para ser más precisos, el marco diegético de los *avvisi* es el entorno alegórico fantástico de la corte del dios Apolo en el Parnaso: un espacio atemporal en el que se desarrolla la acción narrada, siempre referida con precisión al día y al mes (nunca al año), lo que permite mantener la ilusión de actualidad. La voz narradora es la del gacetero délfico, testigo directo de los eventos, que alterna narración anterior y narración simultánea, mientras que la trama obedece a un esquema compositivo fijo: anuncio de la llegada al Parnaso de un protagonista; descripción de su llegada y de su estado físico y moral; diálogo o monólogo ante Apolo o ante el Concilio de los virtuosos parnasianos, revelador de las virtudes, vicios, hazañas y fracasos del protagonista; súplica de intervención al prudente soberano y, finalmente, sentencia délfica. Véase al respecto Bettina Bosold, «Concettismo e arte nella prosa da Traiano Boccalini a Baltasar Gracián», *Lettere italiane*

La estructura fragmentaria de los *Ragguagli*, lejos de constituir una simple acumulación de episodios autónomos, favorecía una notable flexibilidad temática, gracias a la cual el autor lauretano podía desplazarse con extrema libertad entre cuestiones políticas, militares, diplomáticas o literarias. Esta libertad discursiva reposaba en una ficción alegórica que permitía convertir la realidad histórica en materia de deliberación política dentro de un espacio simbólico desde el que podía ser observada, discutida y juzgada. De ahí que el artificio parnasiano funcionara como una máscara satírica detrás de la cual se ocultaba una lectura profundamente crítica del equilibrio político europeo.

Entre los múltiples objetivos de la sátira boccaliniana, España ocupa un lugar especialmente relevante, hasta el punto de convertirse en uno de los blancos privilegiados de sus ataques. Esta centralidad se manifiesta de manera particularmente clara en la *Pietra del paragone*, donde la crítica a la corona española se desarrolla en torno a la inquietud que despertaba en los estados italianos la creciente afirmación de su hegemonía. Desde esta perspectiva, Boccalini censura tanto el expansionismo de España y sus aspiraciones universalistas (fig. 3) como el progresivo sometimiento político de Italia, contribuyendo así a la consolidación de una tradición antiespañola que, a través del género parnasiano, alcanzaría una notable difusión a comienzos del siglo XVII.

Resulta revelador a este respecto el aviso de la *Pietra* dedicado a la monarquía española, representada alegóricamente como un cuerpo gigantesco, desproporcionado y amenazador. Mediante esta imagen, que reaparecerá posteriormente en numerosos avisos de temática política, Boccalini convierte la expansión de la potencia hispánica en una instancia visible y tangible, sometiéndola a un proceso de deformación grotesca que acentúa su carácter inquietante. La sátira se articula así a través de procedimientos que, además de poner de relieve los rasgos asociados a la hegemonía española, anticipan algunos de los recursos más característicos de los continuadores del género[4].

---

48 (1996): 210 y FEDERICA CAPPELLI, «*La República de Venecia…* (1617) y el *Castigo esemplare de' Calunniatori* (1618): ¿una contienda político-literaria entre Francisco de Quevedo y Giacomo Castellani?», *La Perinola* 15 (2011): 38.

[4] Se trata del *aviso* IV de la *Terza Centuria*: *La Monarchia di Spagna entra in Parnaso con gran pompa e chiede ad Apollo che gli serri il cauterio di Fiandra: e non l'ottiene*. En él Boccalini despliega con maestría todos los instrumentos de la sátira política antiespañola, entre ellos la caracterización deformante de España como monstruo codicioso de manos con



Fig. 3.
Anónimo neerlandés, ilustración de la obra *Pietra del paragone politico di Traiano Boccalini con una nuova aggiunta dell'istesso* (Cosmopoli [Amsterdam o Leiden]: Per Cornelio Last, 1675), estampa nº 3 (p. 56), que representa a la Monarquía española ante el oráculo délfico para saber si obtendrá la «monarchia del mondo» (monarquía universal) y recibe respuesta en contrario.

Guerra, propaganda y opinión pública en la Italia del primer Seiscientos

La extraordinaria fortuna europea de los *Ragguagli* no puede entenderse al margen de las profundas transformaciones experimentadas por la cultura de la información en la Europa barroca. Como ha demostrado Harald Hendrix[5], el éxito editorial de Boccalini fue inmediato y transnacional: traducciones, glosas, continuaciones, falsificaciones e imitaciones circularon rápidamente por Italia, Francia, España, Alemania e Inglaterra, favoreciendo la consolidación de una auténtica red europea de recepción boccaliniana. Esta difusión coincidió, además, con el desarrollo de nuevas formas de circulación de noticias y con la progresiva emergencia de una opinión pública urbana particularmente atenta a la propaganda política. Los avisos manuscritos, las gacetas y los panfletos polémicos creaban espacios de discusión donde los conflictos diplomáticos se convertían en materia de debate colectivo. Según ha observado acertadamente Michele Olivari[6], este tipo de textos contribuyó de manera decisiva a la formación de una esfera de opinión en la España y la Italia del Seiscientos, favorecida tanto por la rapidez de su circulación como por el frecuente anonimato de sus autores y la hibridez de sus formas discursivas. En este sentido, el recurso al universo parnasiano proporcionaba un lenguaje común mediante el cual conflictos muy diversos podían integrarse en una misma representación simbólica de la actualidad política.

En el caso italiano, el desarrollo de esta literatura polémica estuvo íntimamente ligado a la crisis del sistema político peninsular. Aunque la paz de Cateau-Cambrésis había garantizado durante décadas un equilibrio relativamente estable[7], basado en la hegemonía española y en la

---

uñas de arpía, la ironía sobre la proverbial jactancia española, la metáfora del cuerpo enfermo y la sentencia délfica que frustra las pretensiones de la protagonista.

5 Hendrix, *Traiano Boccalini fra erudizione e polemica*, 335-373; véase también Franco Longoni, «Alcune note sulla tradizione del testo boccaliniano», *Studi secenteschi* 40 (1999): 3-29.

6 Sobre estas formas literarias breves conectadas con el mundo de la información y de la propaganda política del siglo xvii, véase Michele Olivari, *Avisos, pasquines y rumores. Los comienzos de la opinión pública en la España del siglo* xvii (Madrid: Cátedra, 2014); y sobre el surgimiento de la información pública en general, remito a Mario Infelise, *Prima dei giornali. Alle origini della pubblica informazione (secoli* xvi *e* xvii*)* (Bari: Laterza, 2002).

7 La paz de Cateau-Cambrésis (2-3 de abril de 1559) es un tratado que puso fin a las «Guerras de Italia» y a la rivalidad secular entre la dinastía de los Habsburgo y los Valois. El acuerdo supuso el inicio de la hegemonía española en la península italiana y la renuncia

neutralización de las grandes rivalidades italianas, dicho sistema empezó a mostrar claros signos de desgaste a comienzos del siglo xvii, cuando las tensiones acumuladas durante décadas reaparecieron con fuerza creciente. La cuestión del Monferrato jugó un papel decisivo en este proceso: las aspiraciones expansionistas de Carlos Manuel de Saboya y la intervención española transformaron el conflicto sucesorio en una crisis internacional. La paz de Asti de 1615, percibida por muchos contemporáneos como una humillación para España, favoreció el surgimiento de nuevas expectativas políticas en diversos ambientes italianos[8]. Como recuerda Juárez[9], el duque de Saboya llegó a convertirse en símbolo de las esperanzas italianas de emancipación frente al dominio español. A ello se sumaba la creciente hostilidad de Venecia hacia la política de los representantes de España en Italia, hostilidad que, junto con la guerra de Gradisca, el problema de los uscoques[10] y las campañas navales del duque de Osuna en el mar Adriático, alimentó un clima de enfrentamiento permanente.

Lo que interesa subrayar aquí no es tanto la sucesión de estos conflictos cuanto el hecho de que todos ellos contribuyeron a transformar la confrontación política en una auténtica 'guerra de papel'[11]: las cortes italianas acudieron de manera sistemática a la publicística escrita para legitimar sus posiciones políticas y desacreditar a sus adversarios y, por consiguiente, la circulación de libelos y avisos conoció un desarrollo excepcional. La

definitiva de las ambiciones de conquista francesas. Véase Bertrand Haan, *Une paix pour l'éternité. La négociation du traité du Cateau-Cambrésis* (Madrid: Casa de Velázquez, 2017).

[8] El contexto histórico de las guerras de Monferrato se reconstruye en Federica Cappelli, «Hacia una definición del papel de Quevedo en Italia», *La Perinola* 21 (2017): 20-22. Para una descripción detallada de las tensiones hispano-italianas de comienzos del siglo xvii, remito a Gaetano Cozzi, Michael Knapton y Giovanni Scarabello, *Storia d'Italia. La Repubblica di Venezia nell'età moderna. Dal 1517 alla fine della Repubblica*, dir. por Giuseppe Galasso (Torino: Utet, 1992), vol. XII, tomo II.

[9] Encarnación Juárez, *Italia en la vida y obra de Quevedo* (New York: Peter Lang, 1990), 196-197.

[10] Sobre la guerra de Gradisca y la cuestión de los uscoques, véase Catherine Wendy Bracewell, *The Uskoks of Senj. Piracy, Banditry, and Holy War in the Sixteenth-Century Adriatic* (Ithaca-London: Cornell University Press, 1992); Riccardo Caimmi, *La guerra del Friuli 1615-17 altrimenti nota come guerra di Gradisca o degli Uscocchi* (Gorizia: Libreria Editrice Goriziana, 2007) y Valentina Nider, «Sarpi, Quevedo e la pubblicistica sulla guerra degli Uscocchi», en *Giudizi e Pregiudizi. Percezione dell'altro e stereotipi tra Europa e Mediterraneo. Atti del seminario. Firenze, 10-14 giugno 2008*, ed. por Maria Grazia Profeti, (Firenze: Alinea Editrice, 2010), vol. 1, 211-238.

[11] Véase al respecto F. Javier Álvarez García, *Guerra en el Parnaso. Gestión política y retórica mediática de la crisis del Monferrato (1612-1618)* (Aranjuez: Doce Calles, 2021).

difusión del modelo boccaliniano vino además a proporcionar un repertorio narrativo y simbólico ya reconocido por los lectores, circunstancia, esta, que facilitó su rápida apropiación por parte de distintas facciones políticas.

La corte virreinal de Nápoles desempeñó un papel fundamental, pues, bajo el gobierno de Osuna, se convirtió en uno de los principales focos de irradiación de la propaganda filoespañola. Consciente del valor estratégico de la producción panfletaria, el virrey supo rodearse de hombres capaces de intervenir eficazmente en el terreno de la literatura 'de combate'. Es precisamente en este escenario donde debe situarse la actividad de Francisco de Quevedo, cuya actuación en Italia –como veremos a continuación– difícilmente puede separarse de las redes diplomáticas y propagandísticas articuladas en torno al proyecto osuniano[12].

La suma de estos factores –literarios e históricos– explica la extraordinaria vitalidad del género parnasiano en la primera mitad del siglo XVII: en apenas cinco años el modelo boccaliniano había generado una constelación de textos tanto en favor como en contra de España; entre los primeros destacan *Vecchio de la montagna* (1616) y *Supplimento agli Avvisi di Parnaso* (1616-1617); entre los segundos: *Esequie della riputazione de España* (1616), *Centuria quinta* y las diversas respuestas venecianas al aviso atribuido a Quevedo[13], que presentaremos en el siguiente apartado.

La república de Venecia llega al Parnaso... (1617): 'sátira paródica' y propaganda filohispánica

En la segunda mitad de 1617, empieza a circular en forma manuscrita[14], en Italia, un libelo anónimo titulado *La república de Venecia llega al Parnaso*

[12] Véase CAPPELLI, «Hacia una definición del papel de Quevedo» y Alessandro Martinengo, «Quevedo en Italia, ¿nigromante u oculto consejero de príncipes?», en *Sobre Quevedo y su época. Homenaje a Jesús Sepúlveda*, ed. por FELIPE B. PEDRAZA JIMÉNEZ y ELENA E. MARCELLO (Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2007), 107-124.

[13] Tampoco hay que olvidar que esta proliferación de avisos de Parnaso antiespañoles no surgía en el vacío, sino que disponía ya de un humus literario preparado por las *Filippiche contro gli spagnoli* de Tassoni (1614) y por el violento manifiesto antiespañol *Discorso fatto all'Italia da un gentil'huomo Italiano* atribuido al propio Boccalini, que circulaba en versión manuscrita desde aquel mismo año. Sobre la producción parnasiana contra la corona española, véase CHIARA DI GIORGIO, *L'antispagnolismo nella letteratura italiana: storiografia e testi* (Tesis doctoral, Sapienza Università di Roma, 2011), cap. III.

[14] Un año después aparece la primera edición impresa, publicada en la ciudad ficticia de Antópoli con el siguiente título: *Aviso de Parnaso, en el qual se refiere la pobreza, y miseria,*

y refiere a Apolo el estado en que se halla (1617)[15]. El texto se inserta explícitamente en la estela del modelo periodístico adoptado por Boccalini –el propio subtítulo lo anuncia: «síguese en este discurso la metáfora de los *Avisos del Parnaso* que escribió Trajano Bocalini»– y lo sigue con una fidelidad que va más allá de la simple imitación. El libelo, de hecho, no se limita a reproducir superficialmente el paradigma del lauretano, sino que realiza una auténtica inversión paródica de sus presupuestos ideológicos[16]: allí donde los *Ragguagli* exaltaban a Venecia como símbolo de libertad política frente al expansionismo español, el aviso anónimo transforma a la Serenísima en una potencia decadente, hipócrita y moralmente corrompida.

La estructura narrativa del texto reproduce fielmente el esquema compositivo de los avisos políticos de Boccalini: se abre con el marco diegético que evoca las expectativas de la corte délfica ante la llegada de la Serenísima; continúa con la descripción de su aspecto físico y moral decaído y miserable; prosigue con los monólogos de Venecia y de la Reina de Italia ante el Concilio parnasiano y se cierra con la sentencia de Apolo que manda llevar a Venecia «al hospital que tenía hecho para todos los príncipes y repúblicas que se daban por fallidos».

Al ser el panfleto una réplica fiel del género parnasiano, su originalidad no reside tanto en la forma, sino en el contenido ideológico, diametralmente opuesto al del modelo. Aquí la degradación satírica de Venecia constituye, sin duda, el núcleo central, ya que toda la construcción narrativa parece orientada a desmontar progresivamente la imagen idealizada

---

a que han llegado la república de Venecia, y el duque de Savoia (Antopoli: Emprenta Real, 1618); se conserva un ejemplar en la Biblioteca Universitaria de Génova (BUGe), 2 N II 16.

[15] El título completo del aviso es: *La república de Venecia llega al Parnaso y refiere / a Apolo el estado en que se halla y él la manda llevar / al hospital de los príncipes y repúblicas que se dan / por fallidos. Síguese en este discurso la metáfora / de los Avisos del Parnaso que escribió / Trajano Bocalini*. Cito el panfleto a partir de la citada primera edición impresa: *Aviso de Parnaso, en el cual se refiere la pobreza, y miseria, a que han llegado la república de Venecia y el duque de Saboya. Escrito por un curioso novelista español. Con unas anotaciones muy importantes sobre las cosas que en él se contienen*, *por Valerio Fulvio Saboyano. Dirigidas al Sereniss. e Invitiss. Carlos Emanuel Duque de Saboya, &c.* Antopoli: Imprenta Real, 1618 (BUGe, 2 N II 16, fols. 1-61). En las citas abrevio el título en *Aviso de Parnaso*, seguido por el número de folio; actualizo la ortografía original, normalizando las mayúsculas, los signos diacríticos, los acentos y las oscilaciones puramente gráficas e introduciendo una puntuación interpretativa.

[16] Federica Cappelli, «*La República de Venecia…* (1617): 'vendetta' e satira parodica dei *Ragguagli di Parnaso* boccaliniani», *Cuadernos de filología italiana* 10 (2003): 51-61.

de la Serenísima difundida por la tradición política veneciana y, en buena medida, por el propio Boccalini.

Evocando las expectativas del pueblo parnasiano precedentes a la llegada de la protagonista, el narrador construye inicialmente una visión mitificada de la República para destruirla inmediatamente después mediante una serie de procedimientos caricaturescos y grotescos. La Serenísima esperada en Parnaso con magnificencia y pompa, llega finalmente acompañada solo de dos escuderos y se aloja en una modesta hostería; a ello se añade una representación física –«tan debilitada y enferma que, aunque sus acompañantes la llevaban del brazo, fue tropezando hasta llegar a las soberanas gradas del trono febeo»[17]– que funciona como metáfora política de su decadencia.

Ni que decir tiene que el recurso a la deformación grotesca y a la degradación corporal recuerda algunos de los mecanismos expresivos típicos de Quevedo en sus obras satírico-burlescas. Precisamente este elemento estilístico ha constituido uno de los argumentos utilizados por la crítica favorable a la atribución quevediana del texto.

Volviendo al contenido del libelo, el monólogo pronunciado por Venecia ante Apolo revela además la intención propagandística de la obrita, ya que la Serenísima, por un lado, reconoce implícitamente sus alianzas con Saboya y con los enemigos de España y, por otro, acusa a la monarquía católica de impedir su dominio sobre Italia y el mar Adriático. De ahí que el texto presente a Venecia como una potencia ambiciosa y desestabilizadora, responsable de las tensiones políticas italianas.

La respuesta final de Apolo, que ordena conducir a Venecia al hospital destinado a monarcas y repúblicas malogrados, culmina simbólicamente el proceso de degradación satírica de la ciudad marinera.

El mecanismo de inversión ideológica que rige el texto es lo que justifica la definición del aviso como «sátira paródica» del paradigma de Boccalini. Convertida en instrumento al servicio de la sátira política, la parodia permite al libelista vaciar la forma expresiva original de su contenido antiespañol para someterlo a un proceso de resignificación que la pone al servicio de postulados opuestos. De este modo, la república de Venecia, presentada por el propio Boccalini como ejemplo de gobierno justo y libre, pasa a ocupar el lugar que en el modelo original le correspondía a la corona española y se convierte en el principal objeto de la censura satírica.

[17] *Aviso de Parnaso*, fol. 53v.

Las respuestas de Giacomo Castellani: del comentario exegético a la 'sátira paródica' inversa

Cuando, en la segunda mitad de 1617, *La república de Venecia…* empieza a circular en Italia, los ambientes venecianos y prosaboyanos reaccionan con inmediata indignación. Giacomo Castellani, escritor y polemista que militará más tarde como traductor italiano de Bartolomé de las Casas[18], toma sobre sí la tarea de responder en nombre de la Serenísima y lo hace en tres tiempos sucesivos, con tres textos de naturaleza y alcance distintos, todos ellos reunidos en la edición italiana del panfleto anónimo publicada en la ciudad ficticia de Antópoli en 1618, bajo el pseudónimo de Valerio Fulvio Saboyano[19].

El primero de los textos de Castellani son las *Annotazioni* (texto 3.1): sesenta y una notas exegéticas que acompañan el aviso anónimo, acudiendo sistemáticamente a la autoridad de citas históricas y referencias eruditas tomadas de autores italianos y españoles para refutar, punto por punto, las acusaciones del anónimo panfletista. El tono es de severa corrección filológica, aunque salpicado de apóstrofes violentos contra el autor, «ignorante e malizioso»:

> È capitato nelle mie mani il vostro *Avviso di Parnaso*, […] vi ho trovato tanti intrighi e tante menzogne, che la vostra mi è paruta o grandissima malignità, o grandissima ignoranza. Perilché o determinato di fare alcune *Annotazioni* e dichiarazioni sopra la verità delle cose più importanti […] e perché vediate che non parlo, come voi, senza fondamento, anderò sempre confermando ciò che io haverò detto con l'autorità di uomini gravi e dotti[20].

A través de la técnica de la retorsión, que Boccalini había empleado magistralmente y que Gracián elogiaría en la *Agudeza y arte de ingenio*[21],

[18] Sobre Castellani como traductor italiano de la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* de Las Casas, bajo el seudónimo de Giovanni Bersabita (Venecia: Marco Ginammi, 1626), véase Carla Forti, «Un lascasiano polemista antispagnolo del Seicento a Venezia: Giacomo Castellani», en *Studi in onore di Armando Saitta dai suoi allievi pisani*, ed. por Regina Pozzi y Adriano Prosperi (Pisa: Giardini, 1989), 73-98 y Álvarez García, «La cuestión americana», 330.

[19] Un ejemplar de la edición italiana del aviso se conserva en la Biblioteca Nacional de España (BNE), R/16932. Citamos las réplicas de Castellani por esta edición de 1619, abreviando los tres títulos, respectivamente, en *Annotazioni*, *Allegazione* y *Castigo*, seguidos por el número de folio.

[20] *Annotazioni*, fol. 11 (texto 3.1).

[21] Sobre la «retorsión ingeniosa» en la *Agudeza y arte de ingenio* de Baltasar Gracián, remito a Mercedes Blanco, «La retorsión ingeniosa o la agudeza como forma de diálogo», *Criticón* 81-82 (2001): 369-391.

Castellani devuelve contra España las acusaciones que el libelo dirigía a Venecia, presentando así a España como la verdadera potencia tiránica y desestabilizadora.

El segundo texto, la *Allegazione*, constituye un apéndice probatorio de la anotación número 57, en la que Castellani inserta la primera biografía italiana de fray Bartolomé de las Casas, compuesta por Michele Pio[22]. La vida del dominico, arrancada de su contexto original –donde Pio distinguía cuidadosamente las responsabilidades de los conquistadores de las de la corona hispánica–, se recoloca en un marco polémico que le confiere un potente valor antiespañol: la presencia de un testigo de cargo, «que, por añadidura, es obispo y español»[23], hace de las atrocidades de la conquista un arma publicitaria de primer orden. La nota marginal del *Castigo esemplare* (texto 3.2) que remite a la *Brevísima relación* de Las Casas[24] –«Vedi il libro intitolato *Destrucción de las Indias* de fray Bartolomé de las Casas [...], obispo de Chapa»[25]– subraya hasta qué punto Castellani era consciente del valor estratégico de esta fuente. Como ha mostrado recientemente F. Javier Álvarez García[26], Castellani desempeñó un papel decisivo en la difusión de la cuestión americana dentro de las polémicas antiespañolas en Italia, ya que la utilización propagandística de la obra del dominico permitía reforzar la imagen de España como potencia cruel y opresora[27]. Las denuncias lascasianas de las violencias coloniales, de hecho, permitían establecer un paralelismo inmediato entre la conquista americana y la presencia española en Italia, mientras que la imagen de los conquistadores como agentes de destrucción

[22] La biografía se encuentra en: GIOVANNI MICHELE PIO, *Delle vite degli huomini illustri di S. Domenico. Seconda parte. Ove compendiosamente si tratta di Generali, Arcivescovi, Vescovi, Maestri di Sacro palazzo, Scrittori & altri degni personaggi dell'Ordine dei Predicatori* (Pavia: Giacomo Ardizzoni & Gio. Battista de Rossi, 1613).

[23] JESÚS SEPÚLVEDA, *Bartolomé de las Casas. La primera biografía italiana* (Roma: Bulzoni, 1996), 33.

[24] La *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* vio la luz por primera vez en Sevilla, en 1552.

[25] *Castigo*, fol. 4 (texto 3.2).

[26] ÁLVAREZ GARCÍA, «La cuestión americana», 330-335.

[27] A pesar de las reales intenciones de su autor, que tan solo pretendía que se acabara con los excesos de violencia cometidos por los conquistadores españoles en el Nuevo Mundo, la *Brevísima relación* se convirtió pronto en uno de los textos clave de la llamada «leyenda negra» española. En el maremágnum bibliográfico dedicado a la leyenda negra española, remito a RICARDO GARCÍA CÁRCEL, *La leyenda negra: historia y opinión* (Barcelona: Alianza Editorial, 1992).

y codicia imperial pasó a integrarse en una representación más amplia de la hegemonía hispánica como amenaza para los pueblos sometidos[28].

Volviendo a Castellani, su tercera y más interesante respuesta es el *Castigo esemplare de' calunniatori* (texto 3.2). En este texto él abandona el formato del comentario exegético y adopta directamente el paradigma del *ragguaglio* de Parnaso, componiéndolo como una continuación del aviso español: la narración arranca exactamente allí donde el libelo anónimo terminaba e imagina que Apolo convoca un «consiglio segreto» de los más agudos políticos de su corte para esclarecer el misterio de la inesperada llegada de Venecia al Parnaso en tan deplorable estado. La elección no puede ser más calculada: al recurrir al mismo paradigma literario de su adversario, Castellani le aplica la técnica de la retorsión a escala estructural, utilizando la forma del aviso de Parnaso –instrumento de propaganda antiveneciana– para hacer exactamente lo contrario: restaurar la reputación de la Serenísima y demoler la de España. El *Castigo esemplare* constituye por tanto una suerte de 'contraaviso' destinado a restablecer la autoridad ideológica del modelo original y, en cuanto respuesta proveneciana, demuestra, además, el notable grado de sofisticación alcanzado por la propaganda política italiana, que ya no se limitaba a la invectiva ocasional o al panfleto circunstancial, sino que acudía conscientemente a recursos literarios complejos y a modelos satíricos reconocibles por un público culturalmente cada vez más amplio. De ahí que los textos preparados por Giacomo Castellani antes que simples réplicas panfletarias, sean elaboradas construcciones alegórico-satíricas capaces de manipular el modelo boccaliniano con notable habilidad literaria.

El *Castigo esemplare*: mecanismos narrativos e ideológicos

El *Castigo esemplare* (texto 3.2) combina a la perfección los dos niveles de análisis que venimos desarrollando: el del modelo literario y el de la polémica política. Desde el punto de vista narratológico, el texto se ajusta

[28] Esta línea interpretativa encontraba, además, importantes precedentes en la propia obra de Boccalini, dado que algunos avisos de los *Ragguagli* y de la *Pietra del paragone politico* presentaban ya a los españoles como responsables de las devastaciones del Nuevo Mundo. Sin embargo, la reutilización sistemática del imaginario lascasiano por parte de autores como Castellani contribuyó a intensificar y dotar de mayor coherencia ideológica este discurso. La cuestión americana terminó así por convertirse en una poderosa metáfora política mediante la cual el antiespañolismo italiano representó los riesgos asociados al proyecto imperial de la monarquía católica.

escrupulosamente al esquema compositivo boccaliniano que hemos señalado más arriba[29] y culmina, aquí, con la condena de los tres calumniadores. Al propio Boccalini, convertido en personaje, le corresponde en el texto de Castellani el papel de árbitro privilegiado: presentado como «único e singolare fra' politici de' nostri tempi», es decir, como el único que posee la verdadera «pietra del paragone político» y que «più d'una volta fece bilancio e paragone fra lei e gli altri potentati maggiori», el escritor lauretano descubre enseguida la impostura de los tres personajes disfrazados, que resultan ser, en realidad, «due triste femmine» y un «vigliacco» español, cuya intención es desacreditar los gobiernos italianos para restaurar la reputación de la corona española, «già morta»[30].

El discurso antiespañol del *Castigo* se construye sobre dos ejes complementarios. El primero es la denuncia de la jactancia sin fundamento de los príncipes hispánicos:

> per ragione di Stato deve ogni principe fare ostentazione di pompe e di splendore, anco sopra il suo potere, acciò la sua grandezza sia in maggior opinione appresso il mondo [...]. Ragione insegnata in pratica da' moderni principi spagnoli c'hanno fondata tutta la grandezza loro nella opinione senza fondamento e nell'apparenze prive di sostanza[31].

El segundo eje es la acusación de las crueldades cometidas por los españoles en las Indias, explicitada mediante la nota marginal que remite a Las Casas[32] y que actúa como elemento unificador de las tres respuestas de Castellani, además de inagotable fuente de autoridad antiespañola.

A todo ello se añade una marcada hostilidad política hacia los representantes españoles en Italia, hostilidad que se concreta sobre todo en los ataques al duque de Osuna, presentado como «ladrone e corsaro», aludiendo a su proyecto de conseguir el dominio del mar Adriático sin orden del rey[33].

[29] Véase la nota 4 del presente trabajo. Precisamente, la secuencia narrativa del *Castigo* (texto 3.2) es la siguiente: un marco diegético inicial en el que Apolo expresa sus perplejidades al concilio délfico; una fase mimética de interrogatorio y confesión de los tres personajes enmascarados; y la sentencia délfica que condena a los tres calumniadores.

[30] Citas tomadas de *Castigo*, fols. 5-7 (texto 3.2).

[31] *Castigo*, fol. 4 (texto 3.2).

[32] «[...] scoprirsi lupo dopo entrata sotto pelle di pecora fra quei miseri greggi semplici e innocenti», en *Castigo*, fol. 4 (texto 3.2).

[33] «Et così il Duca d'Osuna fatto ladrone e corsaro è entrato nel mar Adriatico [...] si diede la valorosa armata di Osuna a predare, dove non poté haver resistenza», en *Castigo*, fols. 9-11 (texto 3.2).

El clímax del *Castigo* se alcanza cuando los tres impostores, sometidos a tormento, confiesan su identidad real: la que se presentaba como «reina de Italia» declara ser nada menos que «Donna Francesca di Quevedo, naturale di Spagna»[34], con lo que la polémica genérica se transforma de repente en ataque personal contra un literato concreto, adversario político de Castellani.

La sentencia délfica final condena a los tres calumniadores a ser paseados a lomo de asno por las plazas del Parnaso, marcados con hierro candente en la frente y las mejillas «all'uso di Spagna», azotados con doscientos latigazos y recluidos en perpetua cárcel a pan y agua. Este espectáculo público de la condena –pensado a imagen y semejanza de los castigos infamantes de la justicia española de entonces– opera, con refinada ironía, como dispositivo de humillación simbólica del parnasista filoespañol.

La cuestión de la autoría: Quevedo y el aviso antiveneciano

La aparición de una «Donna Francesca di Quevedo» entre los personajes impostores del *Castigo esemplare* (texto 3.2) representa el nudo central de la supuesta contienda literaria entre Castellani y su adversario y, al mismo tiempo, da pie al punto más controvertido de toda la cuestión que nos ocupa; sí, porque, aunque el texto no atribuye de manera explícita a Quevedo la autoría del aviso antiveneciano, la referencia resulta lo suficientemente transparente como para haber favorecido, tanto entre los contemporáneos como en parte de la crítica posterior, la identificación del escritor español con el responsable de la composición. La pregunta de si Francisco de Quevedo fue realmente el autor de *La república de Venecia…* ha dividido la crítica desde el siglo XIX y sigue siendo hoy una cuestión abierta[35]. La persistencia del debate revela hasta qué punto el texto se encuentra situado en una zona de indeterminación característica de la literatura polémica barroca, donde anonimato, seudonimia y atribución interesada formaban parte habitual de las estrategias de circulación de los textos.

En el caso de nuestro aviso, varios elementos favorecieron tempranamente su asociación con Quevedo. En primer lugar, las circunstancias históricas: Quevedo residía en Nápoles al servicio del duque de Osuna cuando el libelo fue compuesto y difundido; asimismo, su papel de agente

[34] *Castigo*, fol. 16 (texto 3.2).

[35] Para una puesta al día acerca del debate sobre la autoría del aviso, véase Cappelli, «Hacia una definición», 17-19, con la bibliografía completa relativa a las posiciones a favor y en contra.

cultural e ideológico del virreinato napolitano lo situaba en una posición idónea para promover este tipo de propaganda antiveneciana. La imagen de don Francisco como hombre de confianza del virrey, emisario político y escritor satírico favoreció la identificación casi automática del libelo con su figura. Tampoco hay que olvidar que el propio autor mantenía una animosidad documentada hacia Venecia, testimoniada, entre otras obras, por el panfleto *Sátira contra los venecianos*[36]. A ello se sumaba la supuesta polémica personal con Castellani, que contribuyó decisivamente a fijar esa asociación en la tradición crítica posterior. Sin embargo, la cuestión resulta mucho más compleja. El propio Quevedo negó expresamente la autoría en su *Lince de Italia*, donde definió como «engañados» los que habían «creído había sido mío un *raguallo* a que responden»[37].

En segundo lugar, el texto, desde el punto de vista estilístico, presenta ciertamente elementos compatibles con la escritura satírico-política quevediana. La violencia verbal, la tendencia a la caricatura grotesca, la condensación conceptual y determinadas imágenes degradantes recuerdan procedimientos habituales en la prosa satírica de Quevedo. No obstante, tales coincidencias estilísticas no bastan para resolver definitivamente el problema atributivo. Como ha señalado Mercedes Blanco[38], muchos de esos recursos pertenecen en realidad a un repertorio satírico ampliamente difundido en la cultura barroca y particularmente frecuente en la literatura polémica italiana del período.

En los últimos años, además, el debate ha conocido una nueva inflexión gracias a las investigaciones de F. Javier Álvarez García, quien, en su reciente estudio sobre las polémicas antiespañolas del primer Seiscientos, ha recuperado una hipótesis alternativa ya sugerida anteriormente por algunos indicios documentales[39]: la posible autoría del conde de Salinas. Álvarez García subraya que el contexto de producción del aviso apunta a ambientes muy próximos a la diplomacia española en Italia y recuerda las conexiones políticas e intelectuales del conde de Salinas con el entorno napolitano. La hipótesis resulta particularmente sugerente porque desplaza el problema desde una atribución puramente individual hacia una consideración más

[36] Véase VICTORIANO RONCERO LÓPEZ, «*Sátira contra los venecianos* de Francisco de Quevedo», *El Crotalón* 1 (1984): 359-372.

[37] FRANCISCO DE QUEVEDO, *Lince de Italia u zahorí español*, ed. por IGNACIO PÉREZ IBÁÑEZ (Pamplona: Eunsa, 2002), 77.

[38] MERCEDES BLANCO, «Del Infierno al Parnaso. Escepticismo y sátira política en Quevedo y Trajano Boccalini», *La Perinola* 2 (1998): 155-193.

[39] ÁLVAREZ GARCÍA, «La cuestión americana», 332.

amplia de las redes cortesanas y diplomáticas implicadas en la producción de propaganda política.

Más allá de la imposibilidad –al menos por ahora– de resolver definitivamente la cuestión, el debate atributivo revela algunos aspectos fundamentales de esta literatura polémica. Primero, la dificultad de aplicar categorías modernas de paternidad a textos concebidos para circular en ambientes manuscritos y semiprivados; segundo, la estrecha conexión existente entre escritura satírica y estrategias diplomáticas; y, en última instancia, la existencia de verdaderas comunidades de producción de textos vinculadas a facciones políticas concretas. Desde esta perspectiva, quizá resulte más productivo considerar *La república de Venecia…* como un texto representativo del ambiente político-cultural asociado al virreinato de Osuna, antes que como una obra atribuible de manera exclusiva y definitiva a una sola figura autorial, como la de Francisco de Quevedo. En su caso, además, la propia construcción posterior del mito de Quevedo en Italia contribuyó a reforzar retrospectivamente su asociación con este tipo de literatura propagandística, sobre todo a partir de la imagen legendaria del consejero secreto de Osuna difundida por parte de la tradición biográfica[40].

La Conjura de Venecia y el perfil de Quevedo: entre historia y leyenda

La parodia personal de Quevedo que atraviesa el *Castigo esemplare* (texto 3.2) alcanza su mayor densidad en el episodio de la confesión de Donna Francesca: la (el) protagonista aparece caricaturizada como un personaje de baja extracción social, aficionada a las artes mágicas y capaz de metamorfosear al duque de Osuna en lobo, cerdo o tigre con sus hechizos. La alusión a la supuesta afición de Quevedo por las ciencias ocultas, cuya base real era, según Martinengo, el interés de don Francisco por la astrología y la magia como parte de la política cultural del virreinato, se convierte así en instrumento de denigración personal y en motivo de una imagen mítica cuya repercusión superó el contexto inmediato del libelo[41]. Más significativa aún es la alusión implícita que contiene el *Castigo* a la presunta implicación de Quevedo en el oscuro episodio de la Conjura de Venecia de mayo de 1618.

[40] Véase Pablo Jauralde Pou, *Francisco de Quevedo (1580-1645)* (Madrid: Castalia, 1998), 379.

[41] Martinengo, «Quevedo en Italia», 110-114.

Los elementos textuales que apuntan en esta dirección son numerosos: la habilidad de Donna Francesca en «inventar menzogne e ordir inganni»[42], la maquinación decidida por «Ministri principali» y encargada a la propia impostora, la complicidad de «Don Beltrán» y «Donna Urraca» –identificables con el marqués de Bedmar (embajador español en Venecia) y don Pedro de Toledo (gobernador de Milán)–, y el uso de vocablos semánticamente cargados como «mistero», «impresa», «negozio» e «inganno» para designar el complot. La cronología parece apoyar esta lectura, dado que las *Annotazioni* están fechadas en 30 de marzo de 1618 y la conspiración fue descubierta en mayo del mismo año, lo que haría imposible ver el *Castigo* como una mera respuesta al contenido del aviso: sería, más bien, una réplica a la grave intriga antiveneciana atribuida a los representantes españoles en Italia, y en la que Castellani imputaría a Quevedo un papel directivo[43].

Las investigaciones de James O. Crosby han demostrado, sin embargo, de manera irrebatible que en mayo de 1618 Quevedo se encontraba en Madrid –hay un documento firmado ante notario el 31 de mayo de ese año–, lo que descarta su participación directa en el supuesto complot[44]. A pesar de estos datos reales y concretos, el *Castigo* de Castellani había ya contribuido a construir el *topos* de Quevedo como conspirador antiveneciano, *topos* que el biógrafo Paolo Tarsia consolidaría en 1663 con su legendaria descripción de la fuga de Venecia del poeta disfrazado de mendigo harapiento[45]. De esta forma, el libelo de Castellani, además de participar en la controversia político-literaria de 1618, dejó también una huella duradera en la imagen cultural de Francisco de Quevedo, alimentando durante siglos una figuración mítica que la filología moderna ha tenido que desmontar pacientemente.

La reconstrucción del papel real de Quevedo en Italia conduce a conclusiones más prosaicas, pero históricamente más sólidas: don Francisco

[42] *Castigo*, fol. 15 (texto 3.2).

[43] CAPPELLI, «*La República de Venecia*», 50-52.

[44] JAMES O. CROSBY, «Quevedo's Alleged Participation in the Conspiracy of Venice», *Hispanic Review* 23.4 (1955): 268.

[45] «Habiendo ido don Francisco a Venecia [...] a hacer una diligencia de grande riesgo, tuvo dicha de poderse retirar sin daño de su persona, y en hábito de pobre, todo andrajoso, se escapó de dos hombres que le siguieron para matarle, a los cuales, aunque estuvieron con él, supo encubrirse de tal arte, que no fue conocido, cayendo la desdicha sobre los dos compañeros, que quedaron presos y [...] fueron ajusticiados», en PAOLO ANTONIO DE TARSIA, *Vida de don Francisco de Quevedo y Villegas*, reproducción facsimilar cuidada por MELQUÍADES PRIETO SANTIAGO, prólogo de FELIPE B. PEDRAZA JIMÉNEZ (Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha, 1997), 89. El *topos* del disfraz en la biografía de Tarsia y su relación con el *Castigo* se analiza en CAPPELLI, «Hacia una definición», 27-28.

actuó como hombre de confianza, secretario político y agente diplomático de Osuna, con un papel polifacético que se desenvolvió en dos planos: uno oficial (entrega al rey de donativos parlamentarios, gestión de las haciendas virreinales, etc.) y otro confidencial y a veces parcialmente ilegal (sobornos, cohechos, intrigas cortesanas para respaldar la política antiveneciana del duque)[46].

La dimensión más propiamente literaria e intelectual de su estancia italiana fue, por tanto, la de actuar como portavoz ideológico del virreinato: un habilísimo *spin doctor*, en la caracterización de Ettinghausen, que movilizaba su pluma para defender ante Madrid la política agresiva de Osuna, cuya animadversión hacia la Serenísima se filtra en textos como la citada *Sátira contra los venecianos*, compuesta presumiblemente entre 1617 y 1618, o en las memorias dirigidas al rey Felipe III y al Consejo de Estado a raíz de la Conjura[47]. Fue esta identidad de agente cultural e ideológico –no la de autor directo del libelo antiveneciano– la que lo convirtió en el blanco preferido de Castellani.

La contienda literaria como espejo de la controversia político-cultural hispano-italiana

El estudio conjunto de *La república de Venecia…* y de las respuestas de Castellani permite obtener conclusiones de interés que van más allá del caso concreto. En primer lugar, estos textos demuestran la extraordinaria plasticidad del paradigma boccaliniano: el *ragguaglio di Parnaso* es un formato lo suficientemente flexible como para ser adoptado y subvertido por adversarios ideológicamente opuestos sin perder su eficacia como instrumento de comunicación política. Nacida de la pluma de un antiespañol convencido, la forma parnasiana es susceptible de ser utilizada –con el oportuno giro ideológico– también por los defensores de la monarquía española: el aviso de Parnaso no tiene color político intrínseco, es una herramienta retórica que puede ser 'usurpada' por cualquiera que domine sus mecanismos compositivos.

[46] Para mayores detalles y un análisis del epistolario quevediano del que se desprenden las conclusiones descritas, remito a Cappelli, «Hacia una definición», 30-36.

[47] Henry Ettinghausen, «Ideología intergenérica: la obra circunstancial de Quevedo», en *Quevedo y la crítica a finales del siglo xx (1975-2000)*, coord. por Victoriano Roncero López y José Enrique Duarte Lueiro (Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, 1995), 242.

En segundo lugar, la contienda entre el parnasista filohispánico y Castellani ilumina los dispositivos de propaganda política barroca, o sea, la legitimación mediante la autoridad de historiadores autorizados, el recurso a la ficción narrativa para ocultar acusaciones que de otro modo resultarían políticamente inviables, la personalización del ataque mediante la identificación del adversario. El hecho de que Giacomo Castellani no limite su respuesta a la refutación de los argumentos del aviso español, sino que componga un 'aviso rival' siguiendo el mismo patrón formal, evidencia hasta qué punto la legitimidad del modelo literario parnasiano era, a esas alturas, tal que renunciar a ella significaba renunciar a una baza retórica fundamental.

En tercer lugar, el caso de las tensiones hispano-venecianas resulta particularmente representativo de la función que los avisos de Parnaso desempeñaron en los distintos conflictos que la corona española tuvo que afrontar en la Italia del primer Seiscientos. La especificidad del caso veneciano reside, sin embargo, en la extraordinaria intensidad de la respuesta de Castellani, que no se limita a la réplica puntual, sino que construye un verdadero ciclo de textos interrelacionados, y en el hecho de que esa respuesta apunta, de manera calculada, a la figura del escritor más visible del virreinato napolitano, transformando una disputa política en un ataque *ad hominem* de consecuencias duraderas.

El recorrido analítico propuesto en las páginas anteriores permite formular algunas conclusiones de orden general sobre la función y los mecanismos de los avisos de Parnaso en el contexto de la rivalidad hispano-veneciana de comienzos del siglo XVII.

El aviso anónimo *La república de Venecia…* y el ciclo de respuestas de Giacomo Castellani representan un episodio ejemplar de la *guerre de plume* que acompañó la hegemonía española en Italia. Desde la óptica literaria, estos textos demuestran que el paradigma de Boccalini fue adoptado con extrema fidelidad, pero, al mismo tiempo, fue subvertido desde dentro, invirtiendo los términos del juicio político que lo había generado para dar lugar a una «sátira paródica» del propio modelo.

Desde el punto de vista histórico-político, en cambio, la contienda entre el parnasista filoespañol y Castellani revela, en pequeña escala, la estructura de la controversia hispano-veneciana de los años 1617-1618: la instrumentalización de la biografía lascasiana como arma antiespañola, el conflicto por la hegemonía en el mar Adriático y el turbio episodio de la Conjura de Venecia aparecen reflejados en el espejo deformante de la ficción parnasiana. Aquí, el Quevedo del *Castigo* –Donna Francesca, la maga y calumniadora– es una figuración literaria construida sobre estereotipos

circulantes en los ambientes venecianos, pero su impacto en la imagen cultural del poeta, amplificado por la biografía de Paolo Tarsia, demuestra hasta qué punto esa paraliteratura política barroca podía generar efectos que transcendían con mucho el ámbito de la escaramuza literaria.

Por último, el estudio comparado de estos textos subraya la necesidad de una relectura de los fenómenos de imitación y recepción de Boccalini en la Europa del siglo xvii que supere la dicotomía entre literatura y paraliteratura. Los *avvisi di Parnaso* son, al mismo tiempo, documentos históricos de primer orden y artefactos literarios de notable complejidad retórica: su análisis requiere por tanto la combinación de herramientas narratológicas, retóricas e históricas que permita hacer justicia a su índole profundamente híbrida. Surgidos al calor de las tensiones entre Venecia y España, llegan a ser un observatorio privilegiado para estudiar las relaciones entre literatura, propaganda y opinión pública en la Europa del primer Seiscientos. Gracias a ellos, puede seguirse la evolución de un género híbrido, situado entre la sátira, el periodismo y el panfleto político, que contribuyó de manera decisiva a la construcción de imaginarios políticos contrapuestos en la Italia barroca.

Bibliografía

Álvarez García, F. Javier. *Guerra en el Parnaso. Gestión política y retórica mediática de la crisis del Monferrato (1612-1618)*. Aranjuez: Doce Calles, 2021.

Álvarez García, F. Javier. «La cuestión americana en las polémicas antiespañolas del primer Seiscientos (1612-1626)», *Cuadernos de Historia Moderna* 49.2 (2024): 323-342.

Aviso de Parnaso, en el cual se refiere la pobreza, y miseria, a que han llegado la república de Venecia y el duque de Saboya. Escrito por un curioso novelista español. Con unas anotaciones muy importantes sobre las cosas que en él se contienen, por Valerio Fulvio Saboyano. Dirigidas al Sereniss. e Invitiss. Carlos Emanuel duque de Saboya, &c., Antopoli: Imprenta Real, 1618.

Avviso di Parnaso. Nel quale si racconta la povertà e miseria, dove è giunta la repubblica di Venezia et il duca di Savoia. Scritto da un curioso novellista spagnuolo. Con alcune annotazioni molto importanti sopra le cose che in esso si contengono. Per Valerio Fulvio Savoiano. Il tutto tradotto dalla lingua spagnuola in questa nostra italiana. Con privilegio. Antopoli: Nella stamperia Regia, 1619 (*Annotazioni* y *Allegazione*, fols. 1-60; *Castigo esemplare de' calunniatori*, fols. 1-22, nueva numeración).

Beneducci, Francesco. *Saggio sopra le opere del Boccalini*. Bra: Tipografia Racca, 1896.

Blanco, Mercedes. «Del Infierno al Parnaso. Escepticismo y sátira política en Quevedo y Trajano Boccalini», *La Perinola* 2 (1998): 155-193.

Blanco, Mercedes. «La retorsión ingeniosa o la agudeza como forma de diálogo», *Criticón* 81-82 (2001), 369-391.

Bosold, Bettina. «Concettismo e arte nella prosa da Traiano Boccalini a Baltasar Gracián», *Lettere italiane* 48 (1996): 206-229.

Bracewell, Catherine Wendy. *The Uskoks of Senj. Piracy, Banditry, and Holy War in the Sixteenth-Century Adriatic*. Ithaca-London: Cornell University Press, 1992.

Caimmi, Riccardo. *La guerra del Friuli 1615-17 altrimenti nota come guerra di Gradisca o degli Uscocchi*. Gorizia: Libreria Editrice Goriziana, 2007.

Cappelli, Federica. «*La República de Venecia…* (1617): 'vendetta' e satira parodica dei *Ragguagli di Parnaso* boccaliniani», *Cuadernos de filología italiana* 10 (2003): 51-61.

Cappelli, Federica. «*La República de Venecia…* (1617) y el *Castigo esemplare de' Calunniatori* (1618): ¿una contienda político-literaria entre Francisco de Quevedo y Giacomo Castellani?», *La Perinola* 15 (2011): 37-55.

Cappelli, Federica. «Hacia una definición de papel de Quevedo en Italia», *La Perinola* 21 (2017): 17-40.

Crosby, James O. «Quevedo's Alleged Participation in the Conspiracy of Venice», *Hispanic Review* 23.4 (1955): 259-273.

Di Giorgio, Chiara. *L'antispagnolismo nella letteratura italiana: storiografia e testi*. Tesis doctoral, Sapienza Università di Roma, 2011.

Ettinghausen, Henry. «Ideología intergenérica: la obra circunstancial de Quevedo». En *Quevedo y la crítica a finales del siglo xx (1975-2000)*, coord. por Victoriano Roncero López y José Enrique Duarte Lueiro, 27-64. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, 1995.

Gagliardi, Donatella. «Fortuna y censura de Boccalini en España: una aproximación a la inédita *Piedra del parangón político*». En *Literatura, sociedad y política en el Siglo de Oro*, ed. por Eugenia Fosalba y Carlos Vaíllo, 191-207. Bellaterra: UAB, 2010.

García Cárcel, Ricardo. *La leyenda negra: historia y opinión*. Barcelona: Alianza Editorial, 1992.

Forti, Carla. «Un lascasiano polemista antispagnolo del Seicento a Venezia: Giacomo Castellani». En *Studi in onore di Armando Saitta dai suoi allievi pisani*, ed. por Regina Pozzi y Adriano Prosperi, 73-98. Pisa: Giardini, 1989.

Haan, Bertrand. *Une paix pour l'éternité. La négociation du traité du Cateau-Cambrésis*. Madrid: Casa de Velázquez, 2017.

Infelise, Mario. *Prima dei giornali. Alle origini della pubblica informazione (secoli* xvi *e* xvii*)*. Bari: Laterza, 2002.

Jauralde Pou, Pablo. *Francisco de Quevedo (1580-1645)*, Madrid: Castalia, 1998.

Juárez, Encarnación. *Italia en la vida y en la obra de Quevedo*. New York: Peter Lang, 1990.

Longoni, Franco. «Alcune note sulla tradizione del testo boccaliniano». *Studi secenteschi* 40 (1999): 3-29.

Magnatti, Michele. «I *Ragguagli di Parnaso*. L'invenzione di un genere letterario». En Traiano Boccalini, *Ragguagli di Parnaso. Testi scelti e studi*, ed. por Laura Melosi, Macerata: Eum, 2013.

Martinengo, Alessandro. «Quevedo en Italia, ¿nigromante u oculto consejero de príncipes?». En *Sobre Quevedo y su época. Homenaje a Jesús Sepúlveda*, ed. por Felipe B. Pedraza Jiménez y Elena E. Marcello, 107-124. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2007.

Nider, Valentina, «Paolo Sarpi, Quevedo e la pubblicistica sulla guerra degli Uscocchi». En *Giudizi e Pregiudizi. Percezione dell'altro e stereotipi tra Europa e Mediterraneo. Atti del seminario. Firenze, 10-14 giugno 2008*, ed. por Maria Grazia Profeti, vol. 1, 211-238. Firenze: Alinea Editrice, 2010.

Olivari, Michele. *Avisos, pasquines y rumores. Los comienzos de la opinión pública en la España del siglo xvii*. Madrid: Cátedra, 2014.

Petrucci, Chiara. «Percorsi cinquecenteschi nei *Ragguagli di Parnaso*». En *I cantieri dell'italianistica. Ricerca, didattica e organizzazione agli inizi del xxi secolo. Atti del XVII congresso dell'ADI – Associazione degli Italianisti (Roma Sapienza, 18-21 settembre 2013)*, ed. por Beatrice Alfonzetti, Guido Baldassarri y Franco Tomasi, Roma: ADI editore, 2014. http://www.italianisti.it/Atti-diCongresso?pg=cms&ext=p&cms_codsec=14&cms_codcms=581.

Pio, Giovanni Michele. *Delle vite degli huomini illustri di S. Domenico. Seconda parte. Ove compendiosamente si tratta di Generali, Arcivescovi, Vescovi, Maestri di Sacro palazzo, Scrittori & altri degni personaggi dell'Ordine dei Predicatori*. Pavia: Giacomo Ardizzoni & Gio. Battista de Rossi, 1613.

Quevedo, Francisco de. *Lince de Italia u zahorí español*, ed. por Ignacio Pérez Ibáñez, Pamplona: Eunsa, 2002.

Roncero López, Victoriano, «*Sátira contra los venecianos* de Francisco de Quevedo». *El Crotalón* 1 (1984): 359-372.

Sepúlveda, Jesús. *Bartolomé de las Casas. La primera biografía italiana*. Roma: Bulzoni, 1996.

Tarsia, Paolo Antonio de. *Vida de don Francisco de Quevedo y Villegas*, reproducción facsimilar cuidada por Melquíades Prieto Santiago, prólogo de Felipe B. Pedraza Jiménez. Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha, 1997.

Textos sobre las tensiones con la república de Venecia (1616-1618)

3. 1. *Aviso de Parnaso en el cual se refiere la pobreza y miseria a que han llegado la república de Venecia y el duque de Saboya, escrito por un curioso novelista español. Con unas anotaciones* [de Giacomo Castellani] *muy importantes sobre las cosas que en él se contienen,* En Antopoli: en la Emprenta Regale, 1618.

Staatliche Bibliothek Passau, S nv/Mg (b) 5 [impreso]
Edición de Bernardo J. García García

La república de Venecia llega al Parnaso, y refiere a Apolo el estado en que se halla, y él la manda llevar al Hospital de los príncipes y repúblicas que se dan por fallidos (1).

Algunos días ha que se platicaba en Parnaso de la venida de la serenísima república de Venecia. Y no solo era aguardada de todo género de gente, pero del mismo Apolo deseada, por ver una princesa de cuya prudencia, riqueza y fuerza tan largamente se hablaba. Y si bien las demás repúblicas y monarquías residentes en aquella corte andaban con mucho lucimiento, le acrecentaron así en el aderezo de sus casas como en el número de las familias para poder competir con ella, porque hay algunos dependientes suyos que habían publicado que llegaría al famoso puerto de Pindo con una armada de seis galeras y seis galeazas, y a los confines del Imperio de Apolo pondría diez mil caballos albaneses y cuarenta mil infantes italianos, grisones y holandeses, con peritísimos capitanes, tanto por grandeza acostumbrada cuanto por lo que se le pudiese ofrecer con los príncipes de aquella corte, y que la entrada que haría en Parnaso sería solemnísima, habiendo ciertos avisos que en Italia estaban convidados la mayor parte de los potentados, y embargádose así todos los carros y acémilas de aquellas provincias para la recámara e innumerable tesoro de San Marcos. Y los que apretaban más estas grandezas decían vendría a posar al suntuoso palacio de la antigua república de Roma, donde haría espléndido plato, teniendo de continuo a su mesa a los duques de Saboya y Mantua, no obstante sus discordias.

Pero estos discursos sembrados por los ignorantes y cogidos del inocentísimo vulgo (2) desvanecieron con brevedad porque el miércoles pasado entró la república de Venecia con solos dos escuderos y fuese a alojar en la hostería de la Corona. Visitola luego el duque de Saboya, que andaba embozado en la corte (3) solicitando a muchos príncipes que tomasen en su

favor las armas, los cuales le daban grato oído y mantenían de esperanzas. Pidiole Venecia [que] le acompañase el día que fuese a la audiencia y él se excusó con que no tenía más que sus armas y caballo (4). Y la pobre Señoría, por llevarle consigo, vendió un antiguo ropón que traía de brocado con que le hizo un moderado vestido. Y él, con muchas plumas e inquietud francesa, dio el brazo a Venecia (5) y guio con ella al palacio délfico.

Súpose esta tácita venida y Apolo se maravilló mucho que una tan soberbia princesa hubiese entrado tan desacompañada: unos querían que fuese razón de estado, otros hipocresía, pero en casa de la república de Génova se decía públicamente ser mera pobreza (6) y falta de dinero, pues a sus genoveses había pedido un millón a cambio, y que ellos se lo habían negado. Con todo esto la majestad de Apolo mandó a su caballerizo mayor que le llevase sus coches para acompañarla a palacio, pero este favor fue excusado porque a este tiempo entró en la Real Sala con tan limitado cortejo como eran el duque de Saboya y dos pantalones (7) que había traído de su ciudad. Estaba tan enferma y debilitada que, aunque sus acompañantes la llevaban de brazo, fue tropezando hasta llegar a las soberanas gradas del trono febeo. Y el maestro de ceremonia le dio un taburete, y guardándose el acostumbrado silencio, Venecia, con voz turbada y falta de oratoria (8), habló de aquesta suerte:

> «Señor, yo soy la república de Venecia, que desde la declinación del Romano Imperio me he mantenido libre en mis lagunas. Y sembrando discordias en mis vecinos (9) me apoderé de la Marca Trevisana (10) y de las ciudades imperiales de Verona, Padua y Vicenza (11). A la Casa de Austria ocupé las provincias de Friuli, Istria y Dalmacia en tiempo que sus archiduques tenían guerra con los reyes de Hungría (12). Y en Levante poseo algunos estados que los hube de los emperadores griegos mediante los trabajos que siempre les procuré en el Asia (13). En el estado de Milán, tengo tres ciudades (14), y tuviera muchas más con el restante de Italia si españoles no poseyeran la mayor parte de ella. Y siendo la que en un tiempo dio leyes a Europa, la que dominó a Levante, y puso freno al Turco y resistió la potencia de los emperadores tudescos, y finalmente la que aspiraba al dominio de toda Italia, siento haber perdido esta posesión por la grandeza de España (15).
>
> Temo su vecindad, pues desde que la conozco me ha hecho malas obras (16); pues apenas sus portugueses pusieron el pie en la India, cuando a mí me faltó el comercio de la especiería, y no me ha bastado para echarles de ella el haber ayudado en el mar Rojo a los soldanes del Cairo y al presente al Turco, y a los reyes de Calicut y Camboya, enviándoles artífices de artillería y fortificaciones (17). En efecto, deseosa de volver a mi grandeza, determiné echar los españoles de Italia, moviendo primeramente guerra a la Casa de Austria debajo del pretexto de la mala vecindad que los uscoques me hacían para echar de la

otra parte de los montes a Ferdinando (18): y con hacerme señora del condado de Gorizia, asegurarme las espaldas de los acometimientos de tudescos y con esta seguridad volver mis armas contra el estado de Milán. Y no solo hubiera alcanzado este buen efecto con encerrar en Alemania a Ferdinando, pero al reino de Nápoles ponía en manifiesto peligro, quitándoles los socorros que en ocasión de guerra les suelen ir de alemanes por el mar Adriático, desde Triste a Pulla. Y a costa de mi hacienda (que no quiero decir tesoros que nunca los tuve (19), y sería gran crimen mentir a Vuestra Majestad) he mantenido el ejército del duque de Saboya, y aún he sustentado al duque de Mantua los presidios del Casal y otras plazas (20) del Monferrato porque la necesidad no les obligara a ponerlas en manos de españoles (21). He procurado también levantar la Baja Alemania, unir la Francia y que el inglés corriera el Océano y el Turco enviara su armada sobre Malta (22) o a las marinas de Sicilia y Calabria, y que con su ejército formidable se entrara por Hungría y Croacia.

Pero estas trazas tan facilitadas en mis consejos, no me han salido bien, ni he podido en más de dos años tomar a Gradisca. Y el duque de Saboya, después que a mi costa ha hecho el bravo, dice que pues le van faltando las plazas, y a mí el dinero, que recibirá las leyes que España le quisiere poner (23). Los Países Bajos están quietos, la Francia tiene harto que hacer en su propia casa, Inglaterra más desea emparentar que guerra con España, y el Turco, después de haberme tomado gran cantidad de cequines, sin los que le he dado a sus bajaes de la Porta, dice no querer romper por tierra con la Casa de Austria por estar lleno de rebeldes en Asia y sus confines tan trabajados de persianos, pero que su armada la enviaría a meterse en la fosa de San Juan. Pero hasta ahora no hay nueva de su venida; dicen está en Navarino con más propósito de defender sus riberas que de acometer las ajenas. Y aún estoy con cuidado que valiéndose del miserable tiempo, que por mí corre no me ocupe a Candía, y a las demás islas que tengo del Archipiélago, quedando yo sola contra la Casa de Austria. Y ahora que me veo débil, pobre y consumida, el duque de Saboya se me muestra ingrato y los demás me huyen y desamparan, a tiempo que Ferdinando, rey de Bohemia, publica que si empuña el cetro del Imperio de los Romanos, ha de poner en ejecución los pensamientos del primer Maximiliano, volviendo al Imperio sus antiguos miembros, y al Austria el Friuli y Dalmacia; y veo las armas de Felipe victoriosas en Piamonte y temo que en formados escuadrones no se vuelvan contra mis tierras a desempeñar las que tengo de los duques de Milán (24). Y este pensamiento no está solo con el temor fundado, pues veo al duque de Osuna, hombre por naturaleza poco amigo de paz y por fama deseosísimo de guerra (25), haber enviado a don Pedro de Leyva con tal armada en el Adriático, que además de haberme tomado dos galeazas y una galera llenas de riquezas, corre sin opósito desde el cabo de Otranto y la Valona hasta las bocas del Po (26). Y mis hijos, aunque con armada más numerosa que esforzada se han retirado dos veces, temerosos de que, si la pierdo, haré lo proprio del imperio de Tierra Firme.

Pero esta consideración la podrían dejar, pues más vale vivir esclava que morir de hambre (27), que ni cuando las guerras que tuve con genoveses, ni en otros trabajos en que me he visto, ha estado mi ciudado en tanto aprieto. Por donde me ha sido forzoso, aunque haya descubierto mis faltas (28) y la ambición que me domina, acudir a los pies de Vuestra Majestad a representar la ingratitud de los príncipes a quien he acudido en sus mayores necesidades, el peligroso estado en que me veo, para que mande Vuestra Majestad aquietar la Casa de Austria, y que el ejército de España no vuelva las armas que tiene en Piamonte a las riberas de Garda, y el duque de Osuna me torne la posesión del mar Adriático».

Grandísima admiración causó a toda la Real Sala lo que la república de Venecia dijo porque se derribaron engaños y se desencantaron los hombres, a quien, escritos llenos de adulación y fábulas habían hecho creer diferentemente de lo que la misma Venecia había confesado, a la qual, con licencia de Apolo, respondió de este modo la bellísima reina de Italia (29):

«¿Es posible, impúdica Venecia (30), que hayas osado entrar en estas délficas cuadras llenas de gente con tanta eminencia confesando tus culpas y pecados (31)? Que solo por esto se podrá usar contigo de misericordia, sino lo hubieras mezclado con tan exorbitantes mentiras (32), que es fuerza responder a ellas. Dime ¿en qué tiempo, deshonestísima mujer, te has opuesto al Turco (33)? ¿Fue por ventura cuando ganó a Otranto (34), y te estuviste tan quieta como si entre ti y el reino de Nápoles hubiera el océano de por medio? Y una vez que te ligaste con España cuando te tomaron a Chipre, bien se sabe, pues que fue por comprar la paz a mejor precio (35). ¿A qué tudescos has resistido (36)? Pues antes que españoles me guardasen, los emperadores alemanes, hollando tus confines contra el vicario de Cristo me pisaron. Cuando Carlos VIII, rey de Francia, pasó los Alpes, ¿te opusiste a sus ejércitos? Y si a persuasión mía intentaste estorbarle el paso a su vuelta, ¿cómo por malicia o flaqueza le dejaste volver a Francia (37)? Cuando pretendiste, al tiempo de Clemente VII, poner en el estado de Milán a Francisco Sforza, ¿cómo no estorbaste que entregara el castillo, teniendo tu ejército a las puertas de su ciudad (38)?

Jamás ayudaste a nadie que no fuese con intento de acabarle de arruinar (39): díganlo los papas (40), los reyes napolitanos (41) o los duques de Milán (42) y las pobres ciudades de Romaña (43), y la desventurada Pisa, a quien tu ambición puso por tierra (44) bien conocida de aquellos prudentísimos príncipes papa Julio II, Maximiliano césar y el rey católico don Fernando, y Luis XII, rey de Francia. Cuando la Liga de Cambray, allí se conocieron tus grandes fuerzas, pues con sola una batalla que te ganaron franceses a la Ghiaradadda, perdiste el imperio de Tierra Firme (45). Agradece entonces al Rey Católico, pues si él no dudara de ver a franceses hechos señores desde Génova hasta tus lagunas, apenas de ti hubieran quedado las ruinas (46). Dices que te temes de

españoles: tienes razón, pues don Ramón de Cardona, con su artillería, llegó a abrasar tus faldas y a romper tu ejército a la Brenta (47). Y mayores efectos hubieras visto cuando el conde de Fuentes quiso tomar las armas (48) en favor de la Iglesia, si entonces no hubiera podido más la razón de estado que la que había para tu castigo.

Has significado las razones que tienes de echar de mí a los españoles (49) y la primera es haberte quitado el comercio de la especiería (50): ¿Contra quién aplicaste tan ilícitos remedios como fue que el Evangelio no se extendiese en el Oriente? (51) Quiero preguntarte, ¡oh Venecia!, si cuando españoles no me dominasen ¿se pudiera vivir sin sujeción forastera? (52) Ya tengo probada la de los godos, de longobardos y tudescos, de los sarracenos y griegos (53), ¿Cuándo he estado más sosegada que teniendo por protector al rey de España? ¿Cuándo más próspera pues el oro de sus Indias tanto me ha enriquecido? (54) ¿Y en qué tiempo la majestad del pontífice romano ha sido más venerada y libre de tirano sus estados que después que españoles les ampararan? ¿Cuándo he tenido menos guerras civiles y han estado mis príncipes más pacíficos que después que España con justa moderación compone sus diferencias, cada uno gozando de lo que tiene sin sombra de mutación de estado? Cosa tan contraria a los tiempos pasados, que de la noche a la mañana mil pobres hombres mejoraban su fortuna y los legítimos poseedores andaban peregrinando. ¿Atrévese el Turco a inquietar mis riberas? ¿o los emperadores alemanes y reyes de Francia a pisar mis campos? Esta paz, esta estimación, estas riquezas, solo del amparo de España me han venido.

¿Quéjaste que no te ayudan los ultramontanos? Envíales dineros y no consejos, y cree que cada uno tiene qué hacer en su casa y que no es buena razón de estado consumir uno sus fuerzas, aunque sea por un amigo, cuando no son los intereses unos propios. ¿Duéleste que el duque de Saboya te es ingrato? No te espantes (55), pues lo proprio ha hecho con quien más debía y conmigo, abriendo mil veces las puertas a franceses, como si en su estado no se representaran las primeras tragedias que en mí se hacen. ¿Pides que Su Majestad del rey Apolo mande sosegar al rey de Bohemia y que la armada española salga de tus mares? Ambas cosas te deben ser negadas, pues a Ferdinando pretendiste quitar su patrimonio para el fin de tan desvariados discursos, y al Turco has traído para que abrase mis riberas. Acuérdate, Venecia, que tu ciudad se ha vuelto Nínive. Acuérdate, Venecia, que tu ciudad de ha vuelto Sodoma (56). Las mismas aguas te desamparan, tus clarísimos viejos te han faltado, tus tesoros son de duende, tus fuerzas cortas, tu tiranía excede a la de los turcos (57). Pues estando sin religión (58), consejo y fuerzas (59), mi parecer sería que me librasen de la que corrompe mis cándidas costumbres, y Europa quedase sosegada de la que fomenta sus discordias, y que solo tu nombre quedase en las historias».

Con esto dio fin la reina de Italia, llevando la indignación contra Venecia los ánimos de todos los príncipes cristianos, que de conformidad pedían su muerte. Y habiéndosele probado tales maldades, de más ser público en Parnaso que estaba amancebada con el Turco y admitía papeles y visitas secretas de calvinistas y luteranos. Pero Apolo, como príncipe prudentísimo (60), dijo querer con más espacio ponderar sus culpas, y que entretanto que su causa mejor se examinaba, la llevasen al hospital que tenía hecho para todos los príncipes y repúblicas que se daban por fallidos. Fue luego llevada por los mayordomos del hospital. Y la reina de Italia también quisiera que se castigaran los excesos del duque de Saboya, pero interpuso su autoridad el rey don Felipe II. Y Apolo lo dejó para otra ocasión.

«Las verdades son notorias; no cabe en ellas pasión (61)».

Anotaciones y declaraciones sobre este Aviso de Parnaso

Al autor dél.

Vuestro aviso de Parnaso, en que dais cuenta de cómo llegó allá la república de Venecia en extrema miseria, y por orden de Apolo se mandó recoger en el Hospital de los Príncipes fallidos, ha llegado a mis manos. Helo leído con curiosidad por el título curioso que tiene. Pero he hallado en él tantos enredos y mentiras, que me ha parecido la vuestra muy gran maldad, o muy grande ignorancia. Por esto me he determinado de hacer unas anotaciones y declaraciones sobre la verdad de las cosas más importantes que en él vais apuntando. Si sois ignorante, haré obra de misericordia a enseñaros la verdad. Si sois malicioso, haréla también en procurar que no dañéis a los simples con vuestra malicia; mas, porque creo que sois lo uno, y lo otro, confío, que ganaré doblado el premio, pues lo será también la buena obra. Porque veáis que no hablo como vos sin fundamento, iré siempre confirmando lo que yo dijere con la autoridad de escritores graves y doctos. No os canséis [de] leerlos. Y adonde sobre un propósito veréis alegados muchos autores, no os contentéis de mirar tan solamente a uno, porque podrá ser que aquel solo no lo diga todo, y que yo parte de uno y parte de otro lo haya tomado: pero leedlos a todos, y os aseguro que todo lo hallaréis tan entera y puntualmente como yo lo escribo. Procuraré cuanto más yo pudiere la claridad, y espero de hablar tan claro que entenderéis sin duda aún más de lo que quisiérades. Poneos los ant[e]ojos y comenzad a leer.

Valerio Fulvio Saboyano

1. *Hospital de los príncipes y repúblicas que se dan por fallidos*. Este hospital es una obra muy digna de que se haga particular memoria. Fundose en Parnaso no ha muchos años por orden del serenísimo Apolo a instancia de la Monarquía de España, a costa de los hombres de negocios genoveses. Y pasó el caso de esta manera: sospechosa la dicha monarquía de que los príncipes, sus vasallos, pudiesen algún día levantarse contra ella poniéndola en algún aprieto, acordó de buscar modo para asegurarse, y aunque le vino a la memoria el admirable secreto que enseñó Tarquinio de cortar las cimas a los papaveros, o queráis decir adormideras, no quiso usar de él; no tanto por parecerle tiránico, que no repararía mucho en eso, cuanto porque habiéndolo usado una vez en Flandes con el conde de Egmont y el de Horno, le sucedió tan mal que fue causa de que perdiese todos aquellos estados, y hasta el día de hoy siente el daño, pues le ha sido imposible reducir a su obediencia la Holanda y los demás países rebeldes. Y así, por la experiencia le ha conocido remedio peligroso. Acordó, pues, de asegurarse por otro camino y fue reducir los dichos príncipes a tanta pobreza que no les quedase algún brío, ni fuerza; y fueles cercenando poco a poco las faldas a los vestidos –dijo el buen marqués de Villeria–, de tal manera que han quedado desnudos. Mas porque no hay cosa más atrevida y más feroz que la necesidad, madre de la desesperación, porque no cayesen en ella suplicó la dicha monarquía al serenísimo Apolo fuese servido mandar fundar el dicho hospital para recoger todos los príncipes fallidos, a los cuales se ha permitido hacer pleito de acreedores y se les señalen alimentos para sustentarse, quedando lo restante de sus rentas en poder de un administrador nombrado por la justicia para pagar sus deudas, invención muy digna de la agudeza española. Hízose pues el hospital y fueron condenados al gasto de la fábrica los genoveses, quizá por penitencia de los logros y usuras con que se aprovechan mientras sirven con su dinero a los dichos príncipes para hacerlos *falir* más presto. Pareció al principio la cosa algún tanto vergonzosa, pero andando el tiempo muchos príncipes perdieron la vergüenza y se hallaron muy bien con este remedio. Y hay muy pocos hoy día en España que no se hayan aprovechado del dicho recogimiento. Fuera de España no ha habido príncipe en parte alguna del mundo que haya entrado en él, porque los de Italia, Francia, Alemania, Inglaterra y de otras naciones no saben ni entienden lo que es hacer pleito de acreedores. Y cuando se hallan cargados de deudas se determinan a vender sus estados y toda su hacienda si de otro modo no pueden pagarlas, contentándose más presto de quedar pobres caballeros y honrados que no príncipes fallidos sin honra y sin conciencia. Aconteció, pues, que andando el tiempo la misma serenísima Monarquía de España, quizá por castigo del cielo de haber debilitado tanto

a sus vasallos, comenzó a sentir flaqueza y le fue forzoso por dos veces alzarse con la hacienda de los hombres de negocios, declarando no tener posibilidad para pagarlos, con que hizo quebrar a muchos de ellos. Mas para darles poco a poco alguna satisfacción y sustentar su calidad y reputación lo mejor que pudiese, fue buscando muchos arbitrios aunque perjudiciales a muchos. Uno fue hacer algunas órdenes, que llamó decretos, mandando subir el precio de los juros de a catorce al millar a veinte; otro doblar el precio a toda la moneda de vellón en Castilla sin doblar el cobre; otro hacerse pagar de sus vasallos del dicho reino tres millones en cada un año de más de la renta ordinaria; otro pedir, so título de donativo, cuatrocientos mil ducados cada año al reino de Nápoles; otro hacer que sus virreyes y gobernadores hallasen modos de imponer nuevos tributos y gabelas. Pero todo esto le aprovechó muy poco pues llegó a tanta miseria que le fue forzoso determinarse a pedir limosna (cosa que hace salir los colores solo a pensarla) y puedo aquí afirmar con juramento que estando en Valladolid, a donde a la sazón se hallaba la corte, yo le di diez escudos de oro en oro, Dios me lo perdone, que a decir verdad yo no se los di por caridad cristiana sino por vanagloria de haber dado limosna a tan grande princesa. Con esto vino la Monarquía de España a tener el primero lugar entre todos los príncipes fallidos y también en el hospital, a donde hoy día tiene la presidencia, con particular privilegio del serenísimo Apolo que ningún príncipe del mundo, por cualquier *falimento*, pueda jamás quitársela. Y el dicho hospital, por esto y porque todos cuantos en él están son españoles, se suele también llamar el Hospital de los príncipes españoles.

2. *Discursos sembrados por los ignorantes y cogidos del inocentísimo vulgo.* Por vida mía que estas palabras se verifican a la letra de vuestro aviso, de vuestra persona y de aquellos simples que os dan crédito.

3. *El duque de Saboya, que andaba embozado en la corte.* Embozados andan los que no se atreven a mostrar la cara, o por sus bellaquerías hechas o por las que intentan de hacer, como vos, que por lo uno y por lo otro encubrís vuestro nombre. Pero el duque de Saboya, que es el más valeroso príncipe que hoy día se conozca en Europa, que por sus obras es la gloria de Italia y del mundo, y que ha hecho cara contra las armas de vuestra serenísima monarquía, ¿por qué causa había de encubrir la cara? Luego echaréis de ver que sois un necio en vuestra invención a decir que andaba embozado.

4. *Él se escusó con que no tenía más que sus armas y caballo.* ¡Qué poco sabéis de las cosas! El duque de Saboya ha perdido solo tres plazas: Vercelli, San Germán y Onella; y ha conquistado San Damián, Alba, Vulpiano y gran

parte del Monferrato; y por otro cabo, Crevacuore y Messerano con todo aquel estado; y en el Milanés, Anon, la Roqueta del Tanaro y otros lugares. Pues si ha ganado más que no ha perdido, ¿no echaréis de ver que es tontería el figurarlo tan pobre y destruido?

5. *Y él con muchas plumas e inquietud francesa dio el brazo a Venecia*. Otro disparate. Anda embozado por no ser conocido, y luego le hacéis salir en público hecho escudero.

6. *Unos querían que fuese razón de estado, otros hipocresía, pero en casa de la república de Génova se decía públicamente ser mera pobreza*. Bien decís que querían y se decía, porque eso de querer y decir no es entender, ni saber; y ansí se trae en consecuencia que todos hablaban a tiento, y será lo más seguro decir a tontas.

7. *Dos Pantalones*. Este renombre, que parece dicho por burla e ignominia, es el más glorioso que se pueda atribuir a hombres nacidos: porque esta palabra, *Pantalones* compuesta de griego y latino significa 'todos leones'; para dar [a] entender, que como el león es rey entre todos los animales, ansí los venecianos son todos reyes entre los hombres; que si el ser rey es mandar a los vasallos sin reconocer superior en el mundo, esto solo se puede por antonomasia decir de los venecianos, que desde el principio de su fundación y dominio siempre han sido príncipes libres, sin que jamás hayan reconocido superior. Cosa admirable y que no se puede contar de otra nación alguna. Y por esto parece que Dios les ha dado por su protector al glorioso evangelista San Marcos, cuya imagen pintada por las sagradas letras es la del león.

8. *Con voz turbada, y falta de oratoria*. Todos los autores discretos, y entendidos, que introducen alguna persona a hablar en cualquiera ocasión, procuran con el arte oratoria imitar muy bien a la persona introducida; y esto llaman observar el decoro. No quiero enviaros a que leáis a Livio, a Salustio o a Tácito latinos; ni al Giovio, al Guicciardino o al Bembo italianos; ni tampoco os quiero acordar a Illescas, o al Mariana con ser españoles; porque vuestro ingenio no sube tan alto. Solo os digo, que veáis a Miguel de Cervantes en el libro de su caballero andante, y veréis con qué diferencia hace hablar a Don Quijote, a Sancho Panza, al Cura y al Barbero: y con esto podréis satisfaceros de lo que digo. Mas vos, que sabíades de no tener arte retórica para imitar una princesa grave y elocuente, como la república de Venecia, y os era forzoso hablar como vos mismo, sin arte, sin gracia, sin orden, sin concierto, con mucha razón decís que hablo con voz turbada y falta de oratoria.

9. *Sembrando discordias entre mis vecinos*. Ya comenzáis a tratar cosas de historias, en las cuales sois tan ignorante, como en todo lo demás; y os digo verdad, que no sería necesario daros respuesta, mas porque pudiera ser que otros tales como vos, pensando que sabéis algo, se engañasen, dando crédito a vuestra autoridad, quiero responderos. Adónde habéis hallado que los venecianos, sembrando discordias entre sus vecinos, se apoderasen de los estados. ¿Qué decís? Bien sé yo que en ninguna parte, y es muestra malicia el afirmarlo, porque los venecianos no solamente no fueron jamás amigos de sembrar discordias, antes procuraron siempre de componer las diferencias. Y por no hablar como vos sin fundamento, tomadme la *Historia de Florencia* de Nicolao Machaveli, el cual, aunque no muy bien aficionado a la república de Venecia, como se echa de ver en todas sus obras, con todo esto, obligado a la verdad, en el libro primo hallaréis, que dice ansí:

> «I collegati si divisero fra loro quelle terre, che restavano nella parte della Chiesa, e convennero che Parma pervenisse a quelli della Scala; Reggio a' Gonzaga; Modena a quelli d'Este; Lucca a' Fiorentini. Ma nelle imprese di queste terre seguirono molte guerre, le quali furono poi in buona parte da' Venetiani composte».

Y poco más abajo en el mismo libro dice:

> «Il nome loro in mare era terribile, e dentro in Italia venerando; sì che di tutte le controversie che nascevano, il più delle volte erano arbitri; come intervenne nelle differenze nate tra i Collegati, per conto di quelle terre, che tra loro si havevano divise, che rimessa la causa ne' Venetiani rimase a' Visconti Bergamo e Brescia».

¿Qué decís vos, que sembraban discordias, si de todas las diferencias eran las más veces árbitros para componerlas? Callad, callad; y tened vergüenza de hablar tan neciamente contra la verdad. Mas porque quiero que se entienda en qué modo la República conquistó aquellas tierras, que según vos adquirió con el sembrar discordias, direlo aquí brevemente.

10. *Me apoderé de la Marca Trevisana*. Esta es una provincia muy grande y rica; y contiene en sí entre otras muchas, las ciudades de Treviso, que es su cabeza, y le da el apellido, de Padua, de Vicenza, y parte de Verona, que es la que está de la parte oriental del río Adige, el cual divide esta marca de la Lombardía. Pero vos, que no sabéis las cosas, por Marca Trevisana parece que solamente tomáis a la ciudad de Treviso y su distrito; y ansí ponéis aparte Vicenza y Verona, como fuera della. Sea dicho esto solo para daros a conocer vuestra ignorancia, mas tomando agora la Marca Trevisana, como vos la tomáis, digo que Mastin de la Scala, señor muy poderoso en

la Lombardía, y en la Marca Trevisana del año 1336, ansí como inquietaba todos sus vecinos, comenzó también a dar molestia a los venecianos, de donde siguió, que esta república hizo confederación con la de Florencia, con Galeazzo Visconti, señor de Milán, y otros potentados contra el dicho Mastin de la Scala; y por fuerza de armas en razón de justa guerra se apoderaron los venecianos de gran parte de su estado. Pero viéndose el dicho Mastin a mal partido, pidió paces, en las cuales cedió y entregó a los venecianos la ciudad de Treviso, con todas las villas y lugares a él pertenecientes. Y deste modo vino aquella marca a la República el año 1338 (Ansí hallaréis en Marco Antonio Sabellico en su *Historia de Venecia* a la década II, al libro 2; y Juan Tarcañota, [*Delle istorie del mondo*], 2ª parte, libro 16).

11. *Las ciudades imperiales de Verona, Padua y Vicenza*. Del año 1404, Francisco de Carrara, sucesor de Marsilio, señor de Padua, habiendo con veneno quitado la vida a Guillermo de la Scala, señor de Verona, su pariente y confederado, y ansí mismo a dos hijos suyos y a cuantos había de su casa, se apoderó de Verona; y luego volvió las armas contra la ciudad de Vicenza, la cual se gobernaba a república, debajo del amparo y protección de los Visconti de Milán. Viendo pues los vicentinos que no podían defenderse, ni los Visconti ampararlos, acordaron de sujetarse al dominio de los venecianos; y habiéndolos la República aceptado, avisó al de Carrara no los molestase, mas él quiso proseguir su guerra; y en menosprecio de Venecia hizo cortar las narices y las orejas a la persona que la República le había enviado a notificar que dejase en paz a los vicentinos, pues eran sus vasallos. De aquí resultó que la República le moviese guerra, en la cual conquistó las ciudades de Padua, Verona, Cividàl di Belluno, Feltre y todo lo demás, que a los carrareses estaba sujeto (Machiavelo, libro 1; Sabellico, década II, libro 8; Tarcañota, 2ª parte, libro 17).

12. *A la Casa de Austria ocupé las provincias de Friuli, Istria y Dalmacia, en tiempo que sus archiduques tenían guerra con los reyes de Hungría*. ¿Qué decís hombre? ¿Estáis en vos? Por Dios pienso que soñáis. ¿A la Casa de Austria quitó la República estas provincias? Echaos un rato a dormir y andad en despertando a leer las historias, y hallaréis que aún no había archiduques de Austria en el mundo, ni la Casa de Austria tenía nombre entre los potentados, cuando la Istria y la Dalmacia vino en poder de la República, porque hasta el año 996, habiendo el rey de Croacia y los narentanos (estos competían con los venecianos sobre el señorío del mar Adriático) movido las armas contra los dalmatinos e istrianos, los cuales, a lo que se puede colegir por las historias, vivían en libertad, debajo del soberano señorío del emperador de Constantinopla, acordaron aquellas provincias de sujetarse

a la república de Venecia, por tener un príncipe que las defendiese, porque los emperadores no lo hacían. Aceptolas la República, y tuvo por bien el rey de Croacia de dejarlas en paz y envió a Venecia su hijo Esteban en rehenes, el cual se casó con una hija de Pedro Orseolo, dux de la República, y los narentanos cedieron a todo su derecho y pretensión sobre la navegación del Adriático, prometiendo no pedir jamás tributos por ella, como hacían. Después, el año 1084, Alejo, emperador de Constantinopla, consintió a la República el título del señorío sobre aquellas provincias, por haberlas libertadas de corsarios y conquistadas por justa razón de guerra (Nicolao Dolloni en su *Historia Venetiana*, libro 2; Sabellico, década I, libros 4 y 5; Tarcañota, 2ª parte, libro 1).

En lo que toca a la patria del Friuli, habéis de saber que aquella provincia era del patriarca de Aquilea, el cual como confinante siempre tuvo alguna diferencia con los venecianos, y los molestaba a menudo con las armas, entrando hasta dentro de sus lagunas; adonde por dos veces tomó a la ciudad de Grado, aunque presto los venecianos la volvieron a cobrar. Teniendo pues guerra con Ludovico Techo, que a la sazón era patriarca, en el año 1415 ganaron por fuerza de armas la mayor parte de aquella provincia; y lo restante della se les dio de su voluntad (Sabellico, década II, libro 9; Tarcañota, 2ª parte, libro 17).

13. *En Levante poseo algunos estados, que los hube de los emperadores griegos, mediante los trabajos, que siempre les procuré en Asia*. Tiene la república de Venecia en Levante el reino de Candía, las islas de la Cefalonia, del Zante, de Corfú y otras. Con qué derecho las posee, os lo diré, mostrándoos primero cuánto mentís en decir que siempre procurase trabajos a los emperadores griegos; siendo que por las historias parece que siempre la República defendió aquel Imperio; ni jamás le procuró daño, sino cuando por justa causa le tuvo por su enemigo, y como a tal le dio manifiesta guerra. Y por descender a particulares, digo: que del año 540, habiendo enviado Justiniano emperador a Belisario, su capitán general, para echar a los godos de Italia, hicieron los venecianos una armada en favor del dicho Belisario, y con ella rompieron la de los godos, de que sucedió la toma de Rávena y la presa de Vitiges, rey de aquellos bárbaros (Dolloni, libro 1).

Algunos años después acudieron con muy gran socorro a Narsete, eunuco que por el dicho emperador acabó de echar los dichos godos de Italia (Sabellico, década I, libro 1; Dolloni, libro 1; Tarcañota, 2ª parte, libro 7).

Del año 634, Heraclio emperador envió a Grado la cátedra del evangelista San Marcos, solo por complacer a los venecianos, porque siempre en todos los tumultos de Italia habían sido imperiales, y en todas las cosas

habían favorecido al Imperio contra los bárbaros (Gonzalo de Illescas en su [*Historia*] *Pontifical*, 1ª parte, libro 4, capítulo 6).

El año 726, habiendo los longobardos tomado a Rávena, y echado della al exarca del Imperio, Orso Ipato, que fue el segundo duque [dux] de Venecia, a persuasión de Gregorio II, sumo pontífice, fue en persona con poderosa armada y volvió a ganar aquella ciudad por el Imperio (Sabellico, década I, libro 1; César Baronio, [*Annales Ecclesiatici*], tomo 9, año 726, número 27; Carlos Sigonio, *De Regno Italiæ*, libro 3; Tarcañota, 2ª parte, libro 8).

El año 843, cuando los moros de África, vuestros antepasados, asaltaron la Italia, los venecianos enviaron su armada contra ellos, juntamente con la del emperador Miguel; y aunque tuvieron mala ventura, porque quedaron los griegos y los venecianos rotos, basta a mi propósito para mostrar cuánto fueron prontos en cualquiera ocasión a la defensa de aquel imperio (Sabellico, década I, libro 3; Illescas, 1ª parte, libro 4, capítulo 32; Tarcañota, 2ª parte, libro 10).

Del año 865, los sarracenos partieron de Alejandría y tomaron a Candía, asaltaron la Dalmacia y penetraron hasta las lagunas de Venecia; salioles al encuentro la armada de la República, les dio batalla y los venció; y los desbarató de modo, que hubieron de volver los pocos que quedaron bien maltratados a su tierra, dejando a las que habían tomado del Imperio (Illescas, 1ª parte, libro 4, capítulo 39; Dolloni, libro 1; Sabellico, década I, libro 3; Tarcañota, 2ª parte, libro 10).

Cuando otra vez los sarracenos tenían sitiada la ciudad de Bari en la Pulla el año 1008, socorrió la armada de Venecia, y encontrada con la de los enemigos la venció, ganando para sí la gloria, y para la Pulla y el Imperio griego el fruto de la victoria (Sabellico, década I, libro 4; Dolloni, libro 2; Tarcaño, 2ª parte, libro 10).

El año 1069, Domingo Silvio, dux de Venecia, con poderosa armada en favor del emperador Nicéforo tuvo gloriosa victoria de los normandos (Sabellico, década I, libro 4; Dolloni, libro 2; Tarcaño, 2ª parte, libro 11).

El año 1147, cuando Rugero, rey de Sicilia, movió la guerra al emperador Manuel, y habiendo tomado a Corfú, puso a hierro y fuego la Morea y Acaya, arruinó a Tebas, destruyó a Negroponte y Boecia, y pasó hasta Constantinopla, adonde se quemaron los arrabales solo por el ardor de las saetas, que desde la armada se tiraban, fueron los venecianos con su armada en socorro del emperador, combatieron y vencieron a la de Sicilia, tomando catorce navíos; volvieron a ganar Corfú y aseguraron todas aquellas tierras; y después dieron sobre la Sicilia y toda la maltrataron. Y ansí el Imperio de la Grecia por el valor de las armas de los venecianos se vio esta vez, como

otras muchas, defendido, y puesto en su majestad y grandeza (Sabellico, década I, libro 7; Tarcaño, 2ª parte, libro 12).

Del año 1203, Enrico Dandolo, dux de Venecia, confederado con los franceses echó de Constantinopla al tirano Alejo, que había quitado el imperio al legítimo emperador Isacio, a quien hizo sacar los ojos y le tenía en una cárcel con extrema miseria; y puso en el estado a Alejo el Mozo, al cual de derecho el imperio se debía. Pero apenas le hubo puesto en el trono imperial, cuando un traidor muy su privado (que los privados las más veces suelen ser traidores) llamado, según algunos autores, Murzuflo y, según otros, Alejo Mirtilo, matándole a traición, se alzó con el imperio. Contra este los venecianos y franceses volvieron las armas y echándole de Constantinopla, le quitaron el usurpado imperio, en el cual, por no haber legítimo heredero, eligieron emperador a Balduino, conde de Flandes, y patriarca [a] Tomaso Morosini veneciano, que todo fue aprobado por el romano pontífice. Y por la división del imperio, conforme a lo que habían capitulado, cupo a los venecianos la mitad, en la cual entró el reino de Candía y las demás islas del mar Jónico y Egeo. Con este título tiene la República los estados que posee en Levante (Sabelllico, década I, libro 8: Giufredo Villharduino francés en sus *Comentarios*; Illescas, 1ª parte, libro 5, capítulo 33; Tarcañota, 2ª parte, libro 13).

14. *En el estado de Milán tengo tres ciudades*. Señor sí, y muy buenas; y son estas: Brescia, Bérgamo y Crema, y las conquistó la República por fuerza de armas en la guerra contra Filippo Visconti (Ansí lo dice Francesco Guicciardini en su *Historia de Italia*, libro 5; y en cuanto a Brescia y Bérgamo, lo mismo afirma el Sabellico, década II, libro 10; el Machiavelli en la *Hist. de Florencia*, libros 4 y 6; Biondo en la *Historia de Italia*, libro 23; Illescas, 2ª parte, libro 6, capítulo 13). Mas la ciudad de Crema no la hubo sino después de muerto Filippo, porque pretendiendo los milaneses que la República les volviese lo que en la guerra había tomado al Visconti, nació nueva guerra, en la cual los venecianos confederados con Francesco Sforza tomaron aquella ciudad (Sabellico, década III, libro 6; Machiavelli, libro 6; Tarcañota, 2ª parte, libro 19).

15. *La que aspiraba al dominio de toda Italia, siento haber perdido esta posesión por la grandeza de España*. Aspirar al dominio de una cosa es procurarla con esperanza de alcanzarla, mas la esperanza y la posesión se contradicen, porque lo que se espera no se posee; y lo que se posee no se espera. Notad estos términos y echaréis de ver, cómo habláis acaso sin saber lo que decís: porque si Venecia aspiraba al dominio de Italia, luego no la poseía; y si no la poseía, ¿cómo puede decir que siente haber perdido esta posesión?

16. *Temo su vecindad, pues desde, que la conozco me ha hecho malas obras*. Gracias a Dios, que he hallado una cosa dicha a propósito en la cual vos e yo seremos conformes. Mala vecina es la que nunca hace obra buena a sus vecinos. Y está muy bien dicho, *desde que la conozco*, porque os sé decir por verdad que el primero español del cual se sirvió, según hallo en las historias, la república de Venecia, le fue traidor; y fue el caso que habiéndosele la ciudad de Zara rebelada, envió la República para conquistarla [a] Belletto Giustiniani, y un cierto Dalmasio español, el cual esperaba que fuese tan fiel, como tenía nombre de capitán valeroso. Pusieron el sitio a la ciudad, el Giustiniani con la armada de la parte de mar, y Dalmasio de la de tierra. Mas el traidor español, corrompido con promesas de los zaratinos, dejando al ejército, se entró en la ciudad con ellos, lo cual pero ni a él, ni a la ciudad fue de algún provecho, porque él vino en tanto aborrecimiento de aquellos ciudadanos –como es cosa ordinaria, que placen las traiciones, mas no los traidores– que se determinó escaparse en Pulla; y quedó, según dicen algunos, ahogado en la mar; y según otros, se salvó en una barquilla de una gran tormenta; mas perdió toda su hacienda; y la ciudad volvió en poder de la República (Dolloni, libro 4; Sabellico, década 2ª, libro 1).

El ejemplo que vos traéis de los portugueses no hace al caso; lo uno, porque aquel daño, hablando propiamente, no se puede llamar mala obra, pues fue cosa justa y lícita que los portugueses procurasen de tirar a sí aquel provecho; ni el intento suyo principal fue de hacer daño a nadie; lo otro, porque aquel daño no fue en razón de vecindad; de la cual habláis en vuestro discurso. ¿Por qué no decíades, y sería muy a propósito, lo que cantan las historias que del año 1512, estando juntas en liga la República y España contra los franceses, y teniendo sitiada la ciudad de Brescia con dos ejércitos, y habiéndose determinado los franceses de entregarla, como hicieron a los españoles, estos la recibieron y le pusieron presidio, ni quisieron volverla a los venecianos, aunque por lo capitulado estaban obligados a ello; y fue forzoso quitársela por fuerza de armas, como sucedió cuatro años después? (Guicciardini, libro 11; Tarcañota, 2ª parte, libro 22; y Mambrin Rosseo en las adiciones al Tarcañota, 3ª parte, libro 1).

¿Por qué no decíades que del año 1538, estando otra vez confederadas contra al Turco, y habiendo tomado juntas a Castelnuovo en el golfo de Cataro, quisieron los españoles quedarse con aquella plaza, la cual conforme a lo concertado había de quedar a los venecianos, de que sucedió que de ahí a poco volvió en poder de los Turcos? (Illescas, 2ª parte, libro 6, capítulo 27, párrafo 9; Mambrin Rosseo, 3ª parte, libro 3).

¿Por qué no decíades lo que todo el mundo sabe, que los años pasados, en tiempo de paz, quiso al conde de Fuentes, gobernador de Milán, por

traición apoderarse de Brescia? ¿Por qué no decíades que debajo de la seguridad de una carta real, y bien contra la voluntad de vuestro rey, que es muy recta y santa, y lo jurara yo mil veces, su armada de Nápoles tomó las mahonas de la mercaduría, que pasaban a Spalatro? ¿Por qué no decíades que estos años atrás el virrey de Nápoles tomó al papa el castillo de Rigatti y otros lugares en los confines de Nápoles y Romaña, y hubo harto que entender antes que se los volviese? ¿Por qué no decíades...? ¿Mas adónde voy? No acabaré en tres días si quiero decir todas las cosas deste jaez; dejarlas quiero, harto son notorias. Concluyo con vos que con razón teme Venecia la vecindad de España, pues hace siempre malas obras a sus vecinos.

17. *Y no me ha bastado para echarles de ella el haber ayudado en el mar Rojo a los soldanes del Cairo, y al presente al Turco; y a los reyes de Calicut y Camboya, enviándoles artífices de artillería y fortificaciones.* Lo que aquí decís parte es de vuestra cabeza, y en consecuencia sin fundamento ninguno; y parte lo habéis tomado del padre Juan [de] Mariana en su *Historia de España* al tomo 2, libro 28, capítulo 10, adonde dice que los venecianos enviaron artífices de artillería y metal para el rey de Calicut del año 1504. mas con cuanta verdad lo afirme, se puede colegir por otro autor ansí mismo español, de nación portuguesa, que es Juan de Barros, y de tanto mayor crédito en este caso, cuanto que vivió en aquellos tiempos y escribió de propósito y bien a menudo las empresas de los portugueses en las Indias Orientales en su historia intitulada *El Asia*. Leedla, pues, y hallaréis en la década I, libro 6, capítulo 5, que el rey de Calicut hasta el año de 1502 tenía cantidad de artillería en su ciudad real, y en la misma década al libro 7, capítulo 5, veréis que los moros le daban cantidad de artillería de la Casa de Meca, de modo que hubiera sido muy fuera de propósito el enviarle artífices y ni metal desde Venecia, pues tenía tan cerca lo que había menester. Bien es verdad que en el mismo libro 7, al capítulo 1, dice que dos soldados esclavones, que peleaban con los portugueses, se pasaron al rey de Calicut, y que eran artífices de artillería, y se dijo que habían ido por orden de los venecianos, pero añade el autor con su prudencia, que tal cosa no se puede creer de una tan ilustre y cristiana Señoría como la de Venecia. Y quien quisiese ponderar esto, pudiera con razones muy evidentes dar a conocer que fue falsedad y malicia. Lo de que me espanto es cómo el padre Mariana, que anteayer escribió su *Historia*, quiera afirmar por cierta y verdadera una cosa tan antigua y reprobada de un autor tan grave de aquellos tiempos, como cosa tan disparatada, que no merezca ser creída. Mas el Mariana, aunque autor excelente, se habría engañado (no diga nadie, que es apasionado) porque *quandoque bonus dormitât Homerus*. Mas si concediéramos que los venecianos hiciesen lo que el Mariana y vos decís,

atrévome a decir que hicieron muy bien. Considerad con atención toda la dicha *Historia* de Barros, y hallaréis, por más que quiera encarecer el autor la religión de los portugueses y el deseo con que trabajaban para sembrar el Evangelio y la fe de Cristo, que, en realidad, de verdad su principal intento solo era de sujetar aquellas tierras, por esto solo trabajaban, y esto solo era el fin de sus empresas; y el pretexto de la religión no servía de más que de una capa honesta para encubrir su infinita codicia: de modo que siempre fue muy justa la defensa que aquellos reyes hicieron contra quien injustamente les movía guerra para quitarle sus estados; y conforme a esto todos aquellos príncipes que acudieron a su defensa, tomaron defensa justa e hicieron muy buena obra. Y si queréis decir que los portugueses entraron con las armas, para después tener mayor facilidad a la predicación, yo os respondo que Cristo Nuestro Señor no lo entiende así, el cual vino al mundo a predicar el Evangelio y fundar su santa Iglesia sin quitar los reinos temporales a los príncipes, porque *Non eripit mortalia, qui Regna dat cælestia*; y cuando envió sus Apóstoles a convertir las gentes, les mandó que fuesen de paz y no de guerra, y si quisiesen oírlos con bien, sino, volviesen a otra parte; y si se volviesen contra ellos, no quiso que peleasen, antes les dijo que se huyesen: *Si persecuti vos fuerint in una civitate, fugite in aliam*. Luego, malo era el intento de los portugueses; malo el modo que tenían, y muy bien hacían los indios a resistirles, y muy rebién quien los favoreció.

18. *Determiné echar los españoles de Italia, moviendo primeramente guerra a la Casa de Austria, debajo de pretexto de la mala vecindad que los uscoques me hacían, para echar de la otra parte de los montes a Ferdinando*. Mirad, buen hombre, habéis de saber que siempre cuando un príncipe mueve una guerra con causa justa y con declaración del fin que pretende, el cual alcanzado, promete de poner abajo las armas; el querer afirmar que aquella causa sea solamente para encubrir otros fines malos, es maldad del que tal piensa. Solo Dios es quien entiende los corazones, y para querer un hombre decir tan determinadamente, como vos, que se hace por eso y por esotro, no constando dello, o ha de tener gracia profética, o será arrogancia diabólica. Los uscoques son ladrones y cosarios, inquietan la mar y la tierra; preguntadlo al vuestro Tordesillas. Quiere la República que se quiten de sus confines; mueve la guerra por tal causa, y es notorio a todo el mundo: ¿cómo podéis vos decir que no, mas que quiere echar a los españoles, y a la Casa de Austria de Italia? Ya el serenísimo rey Ferdinando, príncipe muy justo y sabio, ha conocido la justicia de la República, ha mandado quitar los uscoques, y cesará la guerra. De aquí veréis cómo os ha mentido vuestra falsa imaginación.

19. *A costa de mi hacienda, que no quiero decir tesoros, que nunca los tuve*. Que yo tenga una mesa regalada, y digáis vos que perezco de hambre, ¿qué se me da a mí? Tenga Venecia tesoros y digáis vos que no, ¿qué le importa? Mas yo sé que presto confesaréis que sí, según sois mudable y os obligará la verdad a ello.

20. *He mantenido el ejército del duque de Saboya, y aun sustentado al duque de Mantua los presidios de Casal y otras plazas*. No lo dije yo. Quien ha sustentado el ejército de Saboya, los presidios del de Mantua, un ejército en el Friuli, una armada en el Adriático en el mismo tiempo, y ha dado, a lo que vos decís, que yo no lo sé, gran cantidad de cequines al Turco, y sus bajaes, que todo esto hallo en vuestra escritura; ¿qué tesoros habrá gastado? Pues ¿cómo decíades en este punto que nunca los tuvo? ¿No echáis de ver que apenas acabáis de decir una cosa, y luego mostráis otra contraria? Bien parece que no estáis en vos.

21. *Porque la necesidad no le obligara a ponerlas en mano de españoles*. Acción muy digna de la república de Venecia, sustentar a un príncipe sus plazas, porque la necesidad no le obligue a ponerlas en poder de personas que entrando como protectores, se alcen por señores dellas, quitándolas a sus dueños, como hicieron de Piombino, de Correggio, de Mónaco y de otras.

22. *He procurado levantar la Baja Alemania, unir la Francia, que el inglés corriera el Océano, y el Turco enviara su armada sobre Malta*, con lo que se sigue. Mucho sabéis de las cosas secretas del Senado veneciano. ¿Quién os lo ha dicho por vida vuestra? Traedme alguna probanza, o sea por testigos, o por papeles, o de otra manera: porque en cosas tan importantes no sois vos Pitágoras, cuya autoridad valga tanto, que baste decir, *ipse dixit*. Yo cuando voy alegando contra vos, bien echáis de ver que siempre lo voy comprobando. Y si quisiera mostraros el contrario de lo que vos aquí afirmáis, pudiera y supiera hacerlo bien fácil y claramente. Mas para confutaros, no lo he menester, y basta decir de vos: *Barbarus iste multa dicit, & nihil probat.*

23. *El duque de Saboya, después que a mi costa ha hecho el bravo, dice que pues le van faltando las plazas, y a mí el dinero, recibirá las leyes que España le quisiere poner*. El duque de Saboya es bravo por su valor. Si le han faltado algunas plazas, muchas más ha tomado, y el ánimo siempre le ha crecido. España puede dar leyes a sus vasallos. Saboya es príncipe libre y no ha de recibir leyes de nadie. Y a fe, a fe, que el haberle dicho una vez con imperio impertinente, *Que obedezca*, ha costado mucha hacienda, y mucha sangre; y al cabo no se ha hecho nada, y ansí sucederá siempre, cuando España quiera mandar fuera de su casa. En lo del dinero, si a Venecia le falta, a España no

le sobra; y si a España le sobra algo, son las deudas, de que, gracias a Dios, Venecia es libre, y en consecuencia rica.

24. *No se vuelva contra mis tierras a desempeñar las que tengo de los duques de Milán*. En qué modo la República conquistase las ciudades que tiene del estado de Milán, ya lo tengo mostrado. Lo que apuntáis aquí de desempeñar, presupone empeño; y ansí me parece que vos también sois uno de aquellos tontos, y quizá el primero, que van diciendo que los venecianos hubieron aquellas ciudades [en] empeño, y no quisieron volverlas. Yo digo verdad, que si bien he hecho alguna diligencia, nunca he hallado historia que tal afirme; y veo claramente que vos habláis con el vulgo, el cual no sabiendo la verdad de las cosas, afirma con todo su juicio, lo que una vez oyó decir a un necio.

25. *El duque de Osuna, hombre por naturaleza poco amigo de paz, y por fama deseosísimo de guerra*. Según esto, no tendrá lugar entre los bienaventurados hijos de Dios, pues dice el Euangelio: *Beati pacifici, quoniam filij Dei vocabuntur*.

26. *Corre sin opósito desde el cabo de Otranto y la Valona hasta las bocas del Po*. Los ladrones, después de hecho el hurto, escápanse para ponerse en cobro. Lo mismo hizo la armada de Osuna, que al momento [de] tomadas las mercadurías, salió del Golfo, y si otra cosa entendéis andáis errado. Bien es verdad, que volvió los meses pasados, mas halló duro encuentro; y tuvo harta dicha de poder escaparse mal tratada en el puerto de Brindisi.

27. *Mas vale vivir esclava, que morir de hambre*. Bien dije yo adelante que habláis como vos, que es decir con la bajeza de vuestro ánimo. Los de ánimo grande antes quieren morir de mil muertes, si puede ser, que verse esclavos de nadie: *Libertatem nemo bonus, nisi cum anima simul amittit.*

28. *Me ha sido forçoso, aunque haya descubierto mis faltas &c*. La conclusión desta vuestra charlería es conforme a lo demás. Basta decir esto, para decir sin propósito. Representa Venecia la ingratitud de los príncipes, a quien ha acudido en sus necesidades, no habiendo ninguno que se le muestre ingrato. Muestra su peligroso estado, viviendo muy abundante, florida y segura. Suplica se mande quietar la Casa de Austria, que en todas estas guerras no le ha hecho algún daño. Que el ejército de España no le vuelva las armas a la ribera de Garda; como si no tuviera harto que hacer en guardar su estado de Milán. Y que el duque de Osuna le torne la posesión del mar Adriático, como si se la hubiera quitado, cuasi que un ladrón entrando a hurtar en una casa, quite la posesión al verdadero dueño. Disparates muy propios de

vuestro poco juicio. Mas ya que tocáis este punto de la posesión del mar Adriático, y vuestro amigo Manuel [*sic*: Antonio de Herrera y] Tordesillas en su falsa *Relación verdadera* trata alguna cosa del dominio y señorío dél, quiero con breves razones mostraros el justo título, con que la señoría de Venecia le domina y posee; el cual, dejando otras cosas de menor consideración, estriba, a mi parecer, sobre dos fundamentos: el uno es el haber ocupado ese mar Adriático como cosa derelicta del señor soberano; el otro, el haberle guardado y defendido por muchos siglos de todos enemigos, con infinita costa de sangre y de hacienda. El caso, sin duda, que las cosas que no tienen dueño, o porque nunca le tuvieron, o porque el proprio señor las desamparó, son del primero que las ocupare; y este tal las puede tener y gozar justamente, como verdadero señor dellas. Con este título dice Juan de Barros en su *Historia del Asia* a la década I, libro 6, capítulo 1, que el rey de Portugal pudo llamarse señor de Guinea, porque aquella tierra nadie la defendía, ni había en ella limitaciones de estados; y así venía a ser del primero que la ocupase, aunque el de Portugal tenía demás desto la concesión del sumo pontífice. Con el mismo título, la república de Venecia se hizo señora de aquellas lagunas, adonde edificó su ciudad, porque habiéndose aquellos primeros fundadores de la República, huyendo de la persecución de los bárbaros que destruyeron a Italia, retirado en ellas y hallándolas desocupadas y derelictas, pues los emperadores por ser cosa de poca consideración, no hacían caso dellas, comenzaron a fabricar su ciudad; ni hubo nadie que se lo contradijese; y así quedaron señores de aquel sitio, como de cosa, que no tenía dueño. Y en la división que se hizo entre los emperadores de Oriente y de Occidente, se declaró que la ciudad de Venecia quedase libre, sin que se entendiese pertenecer al uno, ni al otro; antes quedase igual al uno y al otro (Tarcañota, 2ª parte, libro 9), que fue una confirmación del justo señorío de aquella república, procedido por la dicha lícita ocupación. Siendo pues esto así, como lo es, digo que el mismo derecho y el mismo justo título tiene la República sobre el Adriático, que tiene sobre la misma ciudad de Venecia; lo cual claramente se echará de ver considerando que el Adriático pertenecía al emperador de Oriente, que también era señor soberano de la Istria, Dalmacia y Albania, y de la Pulla, Abruzo y Romaña, que son los límites y riberas entre los cuales el Adriático se encierra. Y porque al dicho emperador le vinieron a faltar las fuerzas marítimas, de modo que no podía defender aquella mar, vino en proceso de tiempo a tal estado que no había en ella seguridad alguna; y los narentanos, gente perdida y desalmada, y que tenían por profesión el andar en corso, como en nuestros tiempos los uscoques, vinieron a ser tan poderosos, que inquietando toda la mar, llegaron a poner tributo sobre la

navegación, como señores absolutos; ni el emperador ponía remedio en ello, aunque los dalmatinos e istrianos le representasen los grandes daños que aquellos piratas hacían. He aquí cómo el emperador tenía derelicto del todo el Adriático, pues ni aún contra corsarios, que se trataban como señores, salía a defenderle. Pero salieron los venecianos, y por espacio de ciento y setenta años siempre pelearon contra los narentanos, que tanto pudieron resistir por ser favorecidos y socorridos de los reyes de Croacia; pero al fin quedaron vencidos, y la República les concedió paces con condición de que jamás no hiciesen corso, ni pidiesen tributo por la navegación. Y deste modo quedó la República señora y poseedora del mar Adriático hasta del año 996 (como refiere Sabellico, década I, libro 4; Tarcañota, 2ª parte, libro 11). Ni los emperadores griegos reclamaron jamás por esto contra los venecianos; antes mostraron de tenerlo por bien, y siempre fueron sus amigos; y les parecía de no tener mayor seguridad, y amparo contra sus enemigos en la mar, cuanto las fuerzas de la República, que en realidad de verdad siempre defendió aquel imperio contra los moros y sarracenos, como arriba en el núm. 13 tengo mostrado. Desde aquel tiempo acá, siempre ha quedado la República en su posesión, y quiso Dios por seguridad de aquella mar, de la Italia y de la Hungría y Alemania, pues los emperadores griegos ya no podían detener la furia de los bárbaros y apenas tenían fuerzas para defender la Constantinopla; y ansí Illescas, en la 1ª parte, libro 5, capítulo 15, cuando introduce el papa Urbano II a persuadir las guerra contra los Turcos por la conquista de Jerusalén, entre otras cosas, hallaréis que dice estas palabras:

> «Las fuerzas del Imperio de Constantinopla, que cuando vivían fueron amparo de nuestra Europa, por aquella parte de Septentrión y Levante, están ya de tal manera flacas, y debilitadas de la parte del Bósforo tracio y del Helesponto, que tienen harto que hacer en defender la ciudad de Constantinopla de la furia de los bárbaros».

De todo lo suso dicho se colige que, pues el mar Adriático era de los emperadores griegos, y ellos por no tener fuerzas para defenderle, le desampararon del todo, pudieron los venecianos justa y lícitamente ocuparle, como cosa derelicta; y pues los emperadores viendo esto no reclamaron, antes mostraron de tenerlo por bien, tanto más viene a quedar válido el dominio de la República. Con que queda probado el primero fundamento.

El segundo dije que era el haberle guardado y defendido por muchos siglos de todos enemigos, con infinita costa de sangre y hacienda, que bien considerada importa más, que el mismo Adriático no vale.

Esta verdad no ha menester otra probanza, sino la que se saca de las historias, por las cuales consta que de tiempo inmemorable la sola república de Venecia ha tenido esta defensa. Dejemos aparte lo que siempre ha hecho y hace de continuo contra tantos cosarios; y qué no ha hecho para defenderle de los sarracenos y turcos en mil ocasiones:

> «Si no fuese (dice vuestro Illescas en el lugar prealegado) por el cuidado que los venecianos tienen de guardar la costa del mar Adriático; y por las muchas veces que han desviado esta cruel gente de la Istria y Esclavonia, sin duda ninguna hubiera ya hoy día cundido esta pestilencia desta parte de las provincias de Alemania y Hungría».

Pues, ¿qué tesoros habrá gastado? ¿Qué de sangre le habrá costado? Y si con esto la República no tiene adquirido derecho y justo dominio sobre el Adriático, ¿cuál otro príncipe puede pretenderlo? ¿No sería necedad que quien no tuvo el trabajo quisiese pretender el fruto? ¿Que la República haya defendido el Adriático, y otro príncipe quisiese el señorío dél? Mas no pienso que príncipe alguno tenga tan mal fundada pretensión. Antes me acuerdo haber visto que cuando el príncipe de la República el día de la Ascensión de Cristo desposa la mar con aquellas palabras, *Desponsamus te mare in signum veri, & perpetui dominii*, de ordinario le acompañan y asisten a tal ceremonia el nuncio de su Santidad y los embajadores del emperador, del rey de Francia y de los otros príncipes, con la cual asistencia vienen a comprobar aquella acción y el legítimo dominio de la República. No quiero cansarme más en una cosa tan clara. Solamente os ruego digáis de mi parte a vuestro amigo Tordesillas, no sea tan ignorante que se persuada, y tan malicioso que quiera persuadir a otros, que el haber entrado alguna vez bajeles armados de otros príncipes en el Adriático, pueda parar perjuicio al dominio de la república de Venecia; que si esto bastase, ya vuestro rey de España no tuviera un palmo de mar, que fuese suyo, pues en las Indias Orientales y Occidentales corren de continuo los holandeses [e] ingleses. En el mar de Nápoles y de Sicilia entra cada año el Turco; y en vuestras tierras de España, hoy día no hay cosa segura de los moros de África.

29. *Respondió de aqueste modo la bellísima reina de Italia*. Si hablara Italia, y no vos por ella, ¡oh qué diferentemente respondería! Mas veamos lo que sabéis decir.

30. *¿Es posible impúdica Venecia? &c*. Vos comenzáis como las malas mujeres, que si acaso riñen con una doncella honrada, la primera palabra que sueltan de la boca es llamarla puta, para prevenir lo que se les puede decir a ellas sin vergüenza; y de la misma manera, sabiendo vos que con mucha verdad

se puede decir de España, que *Fornicata est cum amatoribus mundi*, es a saber con moros, con judíos y con otras bárbaras naciones, queréis prevenir, aunque sea con falsedad, llamando impúdica a la siempre virgen Venecia. En lo que digo de moros, claramente lo dicen las historias, en las cuales hallo que del año 770 Aurelio, rey de España, se concertó con los moros de darles cada año de parias cierto número de doncellas, y mandó que las nobles españolas se juntasen en matrimonio con ellos: «*Huius tempore [etiam] servili bello regnum flagravit, cuius causa, ut cum Mauris foedus iniret, infamem quoque illam conditionem subire non renuit, ut numerum quemdam Christianarum virginum loco tributi quotannis Maurorum regi persolveret. Imperabat tunc Mauris Abderrhamanus omnium felicissimus. Tradit praeterea Tudensis, huius regis Aurelii et illud periniquum decretum, nempe, ut nobiles Hispaniae mulieres matrimonio jungerentur cum Sarracenis*» (Baronio, tomo 13, Año 770, número 22).

En lo que dije de judíos, no me dejarán mentir los sambenitos que están colgados sin número por las iglesias de España de los condenados por la Santa Inquisición por herejes judaizantes. De los de otras bárbaras naciones no hay que decir palabra, siendo que tenéis por vuestra honra y os preciáis mucho de ser descendientes de los godos.

31. *Confesando tus culpas y pecados, que solo por esto se pudiera usar contigo de misericordia*. En el fuero de la consciencia, que se llama, *forum poli*, por la confesión se perdona en el exterior, que se dice, *forum fori*, la confesión llama el castigo. Mas vos aquí habláis como siempre al revés.

32. *Si no lo hubiera mezclado con tan exorbitantes mentiras.* Tantas mentiras ha dicho, cuantas son las culpas contra sí declaradas.

33. *¿En qué tiempo, deshonestísima mujer, te has opuesto al Turco?* ¿Esto estáis por saber y hacéis profesión de haber visto historias? ¡Pardiez!, que no debéis haber visto sino las cubiertas. Venid acá, contemos las veces, aunque no sean todas.

El año 1098, por la conquista del Santo Sepulcro de Jerusalén, que estaba en poder de turcos y sarracenos, envió la república de Venecia doscientos navíos a instancia del papa Urbano II, adonde de vuestra valerosa nación española no se halló tan solamente una persona, mientras acudieron todos los demás cristianos del mundo. Y en aquella ocasión tomaron los venecianos a la ciudad de Smirna; y juntos con los franceses ganaron Ascalón, Jaffa y Tiberíades (Sabellico, década I, libro 5; Illescas, 1ª parte, libro 5, capítulo 15; Sigonio, *De Regno Italiae*, libro 9; Tarcañota, 2ª parte, libro 12).

El año 1102, a instancia de Balduino, rey de Jerusalén, le envió Venecia por socorro cien navíos, y fue en persona Ordelafo Faliero, príncipe de la República, que juntándose con los de Balduino tomó a Tolemaida, Sidón, Baruti [Beirut] y Farania cerca las bocas del Nilo (Sabellico, década I, libro 6; Dolloni, libro 2; Tarcañota, 2ª parte, libro 12).

El año 1123, a instancia del pontífice Calixto II, armaron otra vez los venecianos doscientos navíos por Tierra Santa contra aquellos infieles, y los enviaron con su duque [dux] Domingo Michele, que llegando a la ciudad del Zaffo [Jaffa], halló que los bárbaros la tenían sitiada con setecientos bajeles; y dando en ellos los desbarató y rompió, quedando con una gloriosa victoria, y la ciudad libre del sitio; y después en compañía con los franceses, ganaron la ciudad de Tiro. En la qual empresa no es cosa de pasar en silencio la heroica hazaña de los venecianos, contra los cuales murmurando los franceses confederados por sospecha que tenían, que si acaso viniese socorro a los enemigos sitiados, no se embarcasen y se pusiesen en cobro, dejando a los franceses solos en el peligro; entonces el duque [dux] de Venecia hizo sacar de sus navíos todos los remos, velas y demás jarcias para navegar, y mandó llevarlas a Varimondo [Warmund de Picquigny], patriarca de Jerusalén, que estaba en el ejército, para asegurar a todos de la fidelidad veneciana y que habían de expugnar la ciudad o morir con los demás gloriosamente. Hazaña que no se pudiera esperar de otra nación del mundo, si no volviera en ser la Romana República (Sabellico, década II, libro 6; Illescas, 1ª parte, libro 5, capítulo 18; Tarcañota, 2ª parte, libro 12).

El año 1190, cuando el Saladino había quitado de mano de los franceses el reino de Jerusalén, los venecianos fueron de los primeros que enviaron su armada para volverlo a conquistar, y toda la Soria [Siros] se redujo a poder de cristianos (Sabellico, década I, libro 8; Dolloni, libro 3).

El año 1335, cuando los turcos, después de conquistada la Soria, corrían todos aquellos mares, haciendo infinito daño a los cristianos por todas partes sin hallar resistencia; armaron, a persuasión del papa Juan XXII, los venecianos y destruyeron de modo el poder de los turcos que les quitaron el imperio de toda la mar hasta en Soria, dejándolo todo limpio y el comercio seguro (Sabellico, década II, libro 7; Illescas, 2ª parte, libro 6, capítulo 3; Tarcañota, 2ª parte, libro 16).

El año 1396, armaron los venecianos contra el Turco en favor del emperador Manuel Paleólogo, y pasaron hasta al mar Negro, adonde recogieron a Segismundo, rey de Hungría, que se huía vencido de los turcos en una batalla, y le llevaron en Dalmacia, por donde pasó a su reino (Dolloni, libro 6; Tarcañota, 2ª parte, libro 17).

Desde el año 1462 hasta 1477 tuvo la República guerra con el Turco por mar y por tierra, y aunque los turcos acometiesen tres veces la Italia por la parte del Friuli con gran daño de venecianos, con todo eso siempre la defendieron de modo que no pudieron hacer progreso. Y, si bien los príncipes cristianos trataron de hacer una liga contra el común enemigo, al cabo no hicieron nada, y quedaron los venecianos solos. Estando toda Europa ociosa a mirar lo que los venecianos hacían contra tan grande y poderoso enemigo, que ya tenía destruidos dos imperios y muchísimos reinos (Sabellico, década III, libros 8, 9 y 10; Illescas, 2ª parte, libro 6, capítulo 16 hasta 18; Tarcañota, 2ª parte, libro 20).

El año 1498 el Turco rompió otra vez la guerra a la República, que más duró de cuatro años por mar y por tierra; y asaltó el Friuli; y aunque hizo mucho daño, a lo menos halló tanta resistencia que no pudo entrar dentro en Italia (Dolloni, libro 10; Tarcañota, 2ª parte, libros 21 y 22).

¿Queréis que os diga lo del año 1538, cuando Solimán, gran turco, viendo las grandes discordias que había entre los cristianos, se dispuso para asaltar la Italia y se hizo una liga para resistirle entre el papa, el emperador, que era también rey de España, y la república de Venecia? Leedlo y hallaréis que si algo se hizo, lo hicieron los venecianos (Illescas, 2ª parte, libro 6, capítulo 27, párrafo 2; Dolloni, libro 13; Mambrin Roseo, 3ª parte, libro 3).

Yo os pudiera decir lo de la Batalla Naval del año 1571, mas ¿quién no lo sabe? No quiero citaros historias en esto, pues es tan notorio.

Vos preguntastes en qué tiempo la república de Venecia se opuso al Turco, ya os lo tengo dicho. Decidme vos agora, ¿qué habéis hecho contra los turcos, en favor de la Cristiandad vosotros valerosos españoles? ¿Diréisme que habéis echado a los de África fuera de España después de tantos años que la poseyeron? Así es verdad, y ha sido empresa muy grande, digna de memoria, y de alabanza, pero no me podéis negar que no fue principalmente por amor de la fe y religión cristiana, como cuando armó tantas veces la República por la Tierra Santa, sino por el interés de estado y por echar a los enemigos de vuestra casa. Y lo mismo hiciérades (hablemos aquí verdades y no lisonjas), si el papa entrara con su ejército en Castilla o Aragón, y se apoderase de aquellas tierras. Y lo mismo se puede decir de cuantas veces habéis hecho algo contra esos allá de África vuestros confinantes.

¿Diréisme que en la Liga del 1538 también tuvieron parte los españoles, como los venecianos? Yo os lo confieso, pero también sé que el príncipe Doria, general del emperador, cuando se hallaron las armadas a la Prevesa en el Archipiélago, nunca quiso pelear, por mucho que se lo persuadiese y rogase el general del papa, y el de Venecia, y dejó perder una ocasión de señalada victoria. Solo combatieron un galeón y otros dos navíos de

Venecia, que echaron a fondo veinte galeras del Turco. Y fue entonces que volviendo atrás tomaron a Castelnuovo, adonde el Doria puso presidio de españoles, queriendo quedarse con aquella plaza en premio de haber huido la batalla (Illescas en el lugar sobre dicho; Roseo, *ibidem*).

¿Diréisme que en la Naval del 1571 hicieron mucho los españoles? Soy contento con que no me neguéis la verdad, que la armada de Venecia, y particularmente las galeazas, fueron la principal causa de la victoria, y que el Doria, general de España, al tiempo de pelearse fue a tomar viento, apartándose de la batalla; y fue causa que los Turcos tomasen la *Capitana* de Malta y maltratasen a todo el cuerno diestro de la armada christiana. (Illescas, 2ª parte, libro 6, capítulo final, párrafo 1; Dolloni, libro 16; Bartholomeo Dionigi en las adiciones al Tarcañota, libro 1).

Y si queréis decir del mucho valor de don Iuan de Austria, yo digo también, que fue grandísimo, pero no cabe esta gloria a España. Peleó don Iuan, como verdadero príncipe de la generosa sangre de Austria. No era español, ni capitán de España, sino general de toda la Liga, de modo que considerado por su persona, toca su gloria a la Casa de Austria, y a la Alemania, de donde desciende; considerado como general, es común del papa y de Venecia, no menos que de España. Y por concluir este propósito, digo que cualquiera hombre desapasionado que leyere las historias, conocerá en todas las cosas de suso referidas, cuánto más debe la Cristiandad a los venecianos, que no a los españoles.

34. *Que por ventura cuando ganó a Otranto*. El Turco tomó a Otranto el año 1480; tres años después que había hecho las paces con los venecianos, que por estar muy gastados en quince años de guerra, no les convenía romper otra vez, para defender los estados ajenos; cuanto y más que bien presto Alfonso, hijo de Fernando, rey de Nápoles, sitió los turcos en aquella ciudad y la volvió a cobrar; y así el romper la guerra la República contra un enemigo tan poderoso sin necesidad hubiera sido gran necedad.

35. *Fue por comprar la paz a mejor precio*. Todos los príncipes prudentes, viéndose con un enemigo poderoso a quien difícilmente pueden resistir con la guerra, procuran con todas artes aventajarse en las paces, por no hallarse necesitados, o de perder sus estados, o de recebir paces poco honradas, con todas las condiciones afrentosas que les quisiere poner el enemigo; como hizo España con la reina de Inglaterra y con los holandeses.

36. *¿A qué tudescos has resistido?* En pocas palabras os lo diré: a cuantos han querido entrar en Italia armados por su estado, y no hallaréis vos cosa en contrario. Y si queréis hacer cargo a la República de que no haya defendido

los pasos, que no están a su cargo, cuando no lo estaban, ¿no echáis de ver, que sois un tonto?

37. *Cuando Carlos VIII, rey de Francia, pasó los Alpes, te opusiste a sus ejércitos; y si a persuasión mía intentaste estorbarle el paso a su vuelta, ¿cómo por malicia o flaqueza le dejaste volver a Francia?* Para oponerse al rey Carlos VIII, que aspiraua al dominio de la Italia, del año 1495 se hizo una liga en Venecia, entre el papa, el emperador, el rey de España, la República y el duque de Milán. Envió la República su ejército, que se juntó con alguna poca gente del duque; y al paso del Taro se opuso a los franceses. Peleóse por entrambas partes con mucho valor y perdieron los venecianos más gente que los franceses, pero ganaron los pabellones reales y los carruajes; y pusieron al mismo rey en gran peligro; y si no pudieron estorbar su vuelta a Francia, por lo menos se la hicieron costar muy cara. Y si el de España y los demás príncipes confederados hubieran hecho otro tanto, como hizo la República, estaba segura la victoria que se deseaba. Pero vosotros, valerosos españoles, no quisistes poner más que palabras; y así persuadistes que se hiciese experiencia de la fortuna, sin correr algún peligro de la perdida: «L'Oratore del Re di Spagna (así escribe el Guicciardini, libro 2) desiderando, che senza pericolo del suo Re si facesse esperienza della fortuna; instette efficacemente, e quasi protestando, che non si lasciassero passare; ne si perdesse la occasione di romper quell'esercito» (Illescas, 2ª parte, libro 6, capírulo 21, párrafo 3; Mariana, tomo 2, libro 26, capítulo 9).

38. *Cuando pretendiste, al tiempo de Clemente VII, poner en el estado de Milán a Francisco Sforza, ¿Cómo no estorbastes que entregara el castillo, teniendo tu ejército a las puertas de su ciudad?* Muchas cosas pretenden e intentan de hacer los príncipes que no les suceden bien. No socorrieron los venecianos a Francisco Sforza sitiado, que teniendo dentro de la ciudad los enemigos, entregó también el castillo, pero tomaron a Lodi; rompieron al marqués del Vasto, que con tres mil españoles iba por darle socorro; y ganaron a Cremona, la cual entregaron al dicho Sforza (Guicciardini, libro 17). Los príncipes no tienen el poderío de Dios, que es igual a su voluntad; y es muy gran necedad hacerles cargo, porque no hacen todo lo que quieren. Mas si hemos de hablar con este término impertinente, que vos usáis, decidme vos también ¿cómo el marqués del Vasto no socorrió con vuestro ejército a Cariñano, cuando lo tenían sitiado los franceses el año 1543. dejándose matar más de once mil hombres? (Illescas, 2ª parte, libro 6, capítulo 27, párrafo 20).

Y por no cansarnos, en las cosas de nuestros antepasados, digamos algo de las que nosotros hemos visto no ha muchos años y en estos días. Como cuando enviastes al duque de Parma en Francia con grandísimo ejército,

favorecido de otro del papa y de la liga de los príncipes franceses a solo fin de estorbar que el grande Henrico IIII. no se coronase rey, y levantar un rey de vuestra mano; ¿no hicistes lo uno, ni lo otro? (Luis de Bavia en su *Pontifical*, 4ª parte, capítulo 30). ¿Cómo, después de tanta guerra para sujetar los holandeses, habéis tenido por bien de dejarlos en paz, declarando que los conocéis por señores libres? ¿Cómo, habiendo sitiado ya tres años la ciudad de Asti con un ejército tan poderoso, que debía haber bastado para contra el Turco, no que al duque de Saboya, os retirastes con pérdida de gran cantidad de gente, y mucho mas de vuestra reputación? No digo estas cosas para injuriaros, sino para daros a conocer que tampoco los españoles no hacen todo lo que quieren.

39. *Jamás ayudaste a nadie que no fuese con intento de acabarle de arruinar*. ¡Vive Dios!, que habláis de Venecia como si hablárades de España; mas yo no quiero en esto decir nada: hablen los testigos, que vos mismo alegáis.

40. *Díganlo los papas*. Díganlo en hora buena, y hable por todos el primer pontífice San Pedro. ¿Qué decís Beatísimo Padre de los venecianos, han hecho jamás algún daño o menosprecio a vuestros sucesores?

San Pedro. Digo que entre los papas y los venecianos algunas veces han sucedido discordias en razón de bienes temporales, que, en fin, como hombres los unos y los otros están sujetos a las pasiones movidas del interés; pero a la verdad los padres de aquella República han mostrado siempre mucho respeto y reverencia a los romanos pontífices, aun cuando prevenidos con guerra han tomado las armas, obligados por la necesidad de su propia defensa.

Autor. Harto es esto, aunque parece que no sea mucho el no hacer mal, si además no se hace algún bien; pero nos holgaríamos de saber si algo ha hecho la república de Venecia en favor de los pastores de la Iglesia.

San Pedro. Yo pudiera decir, como en tiempo de León Isauro, emperador de Constantinopla, que hizo algunos decretos contra la religión católica y contra el romano Pontífice Gregorio II, al cual procuró por muchos modos de quitar la vida, los venecianos resistieron con las armas al emperador, favoreciendo al pontífice, sin reparar que entonces tenían pocas fuerzas, pues aún no habían extendido el imperio fuera de sus lagunas, y que aquel poderoso enemigo los pudiera fácilmente arruinar. «*Demotis Pentapolensium, & Venetorum exercitibus iussioni Imperatoris restiterunt*», así dice Anastasio [el Bibliotecario en el *Liber Pontificalis*] y añade Baronio: «*Ista ingenti, præstantique animo Veneti, licet terra, marique essent proximi Imperatori, a quo deleri timeri potuissent, si adhuc viribus haud adeo fortes, pro Pontifice certamen inire adversus ipsum aliquo modo præsumerent. Sed ubi pro religione scirent esse certamen, cuncta ei posthabenda merito censuerunt. Sic enim crevere Respublicae cum*

Religionem cæteris omnibus prætulere; excidere verò, cum in eis Religio contempta elanguit» (Baronio, tomo 12, Año 726, núm. 37).

Yo pudiera decir cómo en favor de Alejandro V los venecianos en liga con los genoveses y florentinos echaron de Roma a Ladislao, rey de Nápoles (Machiavelli, libro 1).

Yo pudiera decir, cómo en favor de Gregorio VIIII enviaron su armada en Pulla contra el emperador Federico II y desbarataron su armada; tomaron a Ternida [Trani], Campomarino y Bestice [Peschici]; y en el puerto de Manfredonia prendieron y quemaron a vista de los enemigos la gran *nao Cetea*, que llevaba mil hombres de guerra (Illescas, 1ª parte, libro 1, capítulo 34; Sabellico, década I, libro 9; Tarcañota, 2ª parte, libro 14).

Estas y otras cosas muchas pudiera decir que han hecho los venecianos por los pontífices romanos, pero todas las quiero dejar a parte por una sola hazaña tan heroica que vale por otras mil. Tenía el Imperio de Roma en los años del Señor 1177 Federico primero de este nombre llamado Barbarroja. Este, a quien tocaba por la imperial dignidad la defensa de la Iglesia de Cristo y de mi pontifical trono, hecho de defensor enemigo, dio en perseguir a mi sucesor Alejandro III y lo redujo a tan miserable estado, que dejando a Roma sin esperanza que príncipe alguno pudiese socorrerlo y ampararlo, se huyó disfrazado a Venecia, y en la Iglesia de los frailes de la Caridad incógnito se estaba; cuando descubierto por quien era, fueron el príncipe y los senadores de la República a él, y como verdadero vicario de Cristo le adoraron; y a su defensa muy prontos se ofrecieron. Lo cual, sabido por el cruel Federico, envió a amenazar que volvería su furor contra los venecianos, si Alejandro, su principal enemigo, al punto no le entregaban. Previnieron los prudentísimos senadores las amenazas del bárbaro, y protestándole guerra enviaron sin dilación su armada en busca del enemigo, de la cual era capitán Otón su hijo. Guiaba la de Venecia Sebastián Ziani, príncipe de la República; y encontrada la del emperador en Istria junto a Piran, acometiola, dióle batalla, desbaratola, ganó la victoria y trujo preso Otón a Venecia. Por el cual suceso, y porque peor no le sucediese, fue forzado el emperador a humillarse; y fue en Venecia a postrarse a los pies de Alejandro y pedirle perdón de sus culpas; y de allá a poco partieron juntos por Roma, adonde los acompañó el príncipe Ziani; por cuyo valor se vio el papa en su grandeza puesto en mi silla; y la Iglesia Santa en su primera autoridad con la reputación y esplendor debido (Illescas, 1ª parte, libro 5, capítulo 26; Sabellico, década I, libro 7).

AUTOR. Hazaña grande por cierto, pero según se precian los españoles, es razón creer que habrán hecho alguna cosa mucho más grandiosa. Vos, que todo lo sabéis, Beatísimo Padre, decidlo por Dios.

SAN PEDRO. Si las obras fuesen a las palabras conformes, no hubiera nación entre los nacidos tan benemérita de la Santa Iglesia y de los vicarios de Cristo, como la española: pero quien mira las manos, más que la lengua,

y el corazón más que las manos, halla las cosas muy al revés: porque los españoles en el bien siempre tienen la lengua larga, las manos cortas y el corazón dañado; y así hablan mucho, obran poco y aquel poco solo por sus fines e intereses; y no principalmente por amor de Dios y de su Iglesia. Deste modo suelen ellos blasonar que han dado un nuevo mundo a Cristo, convirtiendo las almas a la luz del Evangelio; siendo verdad que su principal fin ha sido solo de coger riquezas para henchir las bolsas; y por una alma que por accidente se ha convertido a la santa fe católica, han echado millares y millones en los Infiernos: de que da testimonio la universal destrucción de las Indias, que ha hecho verter lágrimas, si desta manera se puede hablar, a todos los santos del Cielo y al mismo Dios, que crio aquellos indios y los descubrió a los españoles, para que los convirtiesen a Cristo y no para que los hiciesen mártires del Diablo, sin que jamás se haya puesto remedio en ello; por mucho que lo acordase, exclamase y protestase aquel venerable fray don Bartolomé de las Casas, o Casaus, obispo que lo fue de Chapa [Chiapas], en sus obras, que todo el mundo ha visto impresas.

Autor. Harto está sabido esto, apóstol santo, mas aquellas crueldades han sido contra bárbaros infieles; y mi pregunta fue cómo se han señalado los españoles con los romanos pontífices.

San Pedro. En la misma forma, y no de otra manera. Corría el año del Señor 1526, cuando por ocasión de la guerra que tenía el emperador Carlos V con los potentados que se habían confederado para poner en el estado de Milán [a] Francisco Sforza, acordó don Hugo de Moncada, para divertir al papa Clemente VII y apartarlo de la Liga, perdiendo todo el respeto a la pontifical dignidad, de pasar con su gente contra el estado y la persona del sumo pontífice. Con esta diabólica determinación pasó con sus soldados a Roma, entró en la ciudad y obligó al papa a encerrarse en el castillo de Santo Angelo. Y por sacar fruto desta gloriosa victoria, alcanzada sin sangre, saquearon los religiosos españoles el sacro palacio y mi famoso templo, sin tener más respeto a la Majestad de la Religión, y al temor del sacrilegio de lo que poco antes habían tenido los turcos en las iglesias del reino de Hungría; y en fin, esforzaron al papa a concertar con ellos, como más quisieron (Guicciardini, libro 17; Illescas, 2ª parte, libro 6, capítulo 26, párrafo 5).

Autor. Terrible caso, y casi para no ser creído si de otra boca saliera.

San Pedro. No pienses que aquí se acabó la tragedia. Pasó más adelante, porque en el año siguiente 1527 volvieron los españoles a Roma, después de haber engañado al pontífice con nuevos conciertos, a los cuales simplemente dando crédito despidió su ejército, que por otro caso que pudiese suceder tenia prevenido, y quedó desarmado, teniéndole por muy seguro, no sabiendo que los españoles entonces hacen sus bravezas cuando ven a los príncipes más descuidados en confianza de las engañosas amistades; y que conforme al sabio parecer de aquel gran político Trajano Boccalini, en tiempo que los príncipes tienen guerra con españoles les basta cerrar sus puertas

con una llave, mas en tiempo de paces, han de echar dos, si quieren estar seguros en sus casas. No hallando, pues, resistencia entraron los españoles segunda vez en Roma, no guardando respeto ni al nombre de sus amigos, ni a la autoridad y dignidad de los perlados; ni a los templos, monasterios y reliquias veneradas de todo el mundo. Esforzaron a las matronas romanas y a las monjas esposas de Cristo. Llevaron a los perlados y cardenales con los hábitos e insignias de su dignidad sobre jumentos viles, maltratándoles y atormentándoles para obligarlos a pagar grueso rescate. No puedo, ni aun pudiendo quisiera, decir las grandes crueldades que hicieron. Sea por remate dellas, que sitiaron al santo papa con trece cardenales en el castillo y le esforzaron a concertarse de pagar por su libertad cuatrocientos mil ducados, de entregar el castillo en poder de España, de cederle algunas ciudades de su estado, y otras condiciones muy por extremo inicuas; y no pudiendo puntualmente cumplirlas, le detuvieron todavía encarcelado por muchos meses; y después tratándose de su libertad, allende de otras cosas, quisieron que les concediese las indulgencias de la Santa Cruzada en los reinos de España, por el provecho que se saca dellas; no se contentando con los bienes temporales, que hurtaron en la santa ciudad, si también no robaban algún fruto, aunque no fuese para el alma, que ser no lo pudo, de los espirituales, llevando indulgencias de por fuerza; y después de todo esto hicieron salir al papa de Roma (Guicciardini, libro 18; Illescas, 2ª parte, libro 6, capítulo 26, párrafo 8).

Esta es la obra más señalada que hicieron jamás los españoles con el romano pontífice, de quien se precian ser defensores y protectores, la cual bien se puede contraponer en todo y por todo a la de los venecianos. En aquella ocasión estaba el papa escondido en Venecia como pobre religioso; y en esta residía en Roma con toda su autoridad y grandeza. Los venecianos le recibieron y se ofrecieron a su defensa; y los españoles fueron a buscarle, para hacerle ofensa. Los venecianos se armaron contra el emperador del papa enemigo; y los españoles se armaron por el emperador para ser del papa enemigos. Los venecianos pelearon por él; y los españoles contra él. Los venecianos sujetaron al emperador, que al papa perseguía; y los españoles por el emperador persiguieron al papa hasta tanto que le sujetaron. Los venecianos, en fin, volvieron al papa en Roma, en su trono y grandeza; y los españoles le echaron de su silla y de Roma en extrema miseria. y porque todavía la memoria desto me amarga, no quiero decir más, baste lo dicho.

AUTOR. ¿Qué decís ahora señor español parnasista? ¿Paréceos que los papas son testigos fidedignos? Pues ya los papas han dicho su dicho, pasemos adelante.

41. *Los reyes napolitanos*. Nunca he visto en las historias que los venecianos, cuando acudieron en ayuda a los reyes de Nápoles, les hiciesen algún daño, sino siempre singular beneficio. Y el año 1496 cuando los franceses estaban

ya apoderados de la mayor parte de aquel reino, se confederaron los venecianos con el rey Fernando por la defensa y recuperación de lo perdido; y le enviaron al marqués de Mantua, su general, con mil y doscientos caballos y tres mil infantes; y le favorecieron y ayudaron hasta tanto que se echaron del todo los franceses del reino (Guicciardini, libro 3; Illescas, 2ª parte, libro 6, capítulo 21, párrafo 3; Tarcañota, 2ª parte, libro 21).

En esta ocasión, también le favorecieron al de Nápoles los españoles. Y parece que desde entonces quedaron tan enamorados de la belleza y riqueza de aquel reino que siempre después fueron trazando y maquinando cómo quitársele. Y ansí el año 1501 hicieron confederación con los franceses, dando fama que la hacían contra los infieles a beneficio de la Cristiandad, pero secretamente concertaron de conquistar al reino de Nápoles, dividiéndole entre sí. Y cuando les pareció tiempo, los franceses declaradamente comenzaron la guerra y los españoles con sus artes acostumbradas se ofrecieron al rey Federico, que por muerte de Fernando había sucedido en el reino, por su defensa: el cual no sabiendo, ni pudiendo imaginar, que debajo de amistad le armasen traición, llamó en su ayuda a Consalvo [Gonzalo Fernández de Córdoba], que estaba con la armada de España en Sicilia; y le dio en su poder algunas plazas de Calabria, así pidiéndoselas Consalvo, para seguridad, como él decía, de su gente; mas, en realidad, de verdad para engañar más al pobre rey Federico y conquistar más fácilmente la parte de aquel reino que por el concierto hecho con Francia a España pertenecía. Mas cuando ya los franceses se hubieron apoderado de Capua, de la ciudad de Nápoles y de la mayor parte del reino, entonces salieron los españoles a mansalva a hacer su tiro sobre la Calabria que, con ninguna o poca resistencia, se les dio. Y porque estaba en la ciudad de Taranto el niño Fernando, duque de Calabria, hijo del rey Federico, pidieron los gobernadores de aquella ciudad a Consalvo, antes de entregársela, que les diese palabra de dejar libre al niño duque; y él se lo otorgó y confirmó su promesa con juramento solemne sobre la hostia consagrada. Mas ni el temor de Dios, ni el respeto de los hombres pudo tanto con él, como la razón de estado, de la cual movido le detuvo preso y le envió a su rey en España (Guicciardini, libro 5; Illescas, 2ª parte, libro 6, capítulo 21, párrafo 5).

Mirad la fe de un español, que se jactaba del nombre de *Gran Capitán*; como si fueran obras de gran capitán el comenzar una guerra con traición y acabarla con faltar de la palabra y de la fe prometida a los hombres sobre el cuerpo consagrado de Cristo. De aquí echará de ver todo el mundo que cuando los venecianos acudieron al rey de Nápoles, le defendieron con su reino, y cuando los españoles prometieron de se lo defender, se le quitaron.

42. *Los duques de Milán*. Cuando los venecianos conquistaron parte del estado de Milán, ya os he mostrado que fue por razón de guerra, y citado las historias, para que las veáis. Pero nunca he hallado, ni vos lo hallaréis que, en tiempo de paces y so color de ayudar a los duques, les hayan hecho algún daño, ni agravio. Ni en tiempo de guerra tampoco, habiendo capitulado de paces, jamás les faltaron de la palabra; como consta que hicieron los españoles cuando Francisco Sforza les entregó el castillo de Milán, empero que le prometieron particularmente de consignarle la ciudad de Como y otras cosas; y cuando el pobre duque fue allá le dijeron [que] si quería vivir en ella que se quedase, pero que no querían ellos sacar sus presidios, que era un quererle tener entre las garras, como encarcelado; ni le cumplieron otra cosa de las prometidas. De modo que el duque, por no se confiar en las manos de quien le rompía la fe, tuvo por mejor retirarse en el campo de los venecianos y de los otros confederados, que habiendo tomado a Cremona, la dieron al momento al dicho duque (Guicciardini, libro 17).

43. *Las pobres ciudades de Romaña*. Las ciudades de Romaña son muchas: ¿de cuáles habláis y de qué ocasión en que los venecianos las ayudasen para arruinarlas? Yo no lo sé, porque nunca he visto cosa en las historias en tal propósito, ni vos la decís; y así me parece que debéis hablar, como soléis, de vuestra cabeza, sin fundamento.

44. *Y la desventurada Pisa, a quien tu ambición puso por tierra*. ¿Pisa también ha de entrar aquí? ¡Oh, cuánto os fuera mejor no hablar della! La guerra de Pisa ha sido muy famosa, pues se revolvieron por tal ocasión todos los príncipes de Italia, y muchos fuera della. Quién la ayudó y quién la acabó de arruinar yo no lo quiero decir. Dígalo vuestro historiador Mariana, leedlo en el tomo 2, libro 26, capítulo 14 y veréis que dice ansí: «Para defender su libertad, los pisanos acudieron a valerse de los otros príncipes de Italia, y en especial de los venecianos, que fueron los que se señalaron más en su defensa». Y más abajo en el mismo tomo, libro 29, capítulo 15, dice: «Lo que es más, que los reyes de Francia y el Católico, en cuyas manos los pisanos y florentinos tenían puestas sus diferencias, entregaron la ciudad de Pisa a sus enemigos los florentinos, con voz que convenía así para la paz de Italia. La verdad era que pretendían ayudarse de Florencia contra venecianos, y de cien mil ducados con que ofreció servir si le adjudicasen aquella ciudad, que era vender por muy vil precio la libertad de aquella república que hizo dellos confianza. Cosa vergonzosa e indigna de tan grandes príncipes: en que quedó más cargado el Rey Católico y su buen nombre, por tener los pisanos debajo de su protección y amparo». Estas son las palabras del

Mariana, sin quitar, ni añadir una letra. Andad pues ahora, y haced cargo a los venecianos de las culpas de vuestro rey.

45. *Cuando la Liga de Cambray, allí se acabaron de ver tus grandes fuerzas, pues con una sola batalla, que te ganaron los franceses a Iaradada [Ghiaradadda], perdiste el imperio de Tierra Firme.* Decís mucha verdad, que cuando la Liga de Cambray allí se echaron de ver las grandes fuerzas de la República, porque quien tuvo casi toda Europa contra sí, no fue mucho que perdiese lo que tenía en tierra firme. Mucho fue que conservase su libertad; y más que mucho, que supiese y pudiese ganar lo perdido. Y porque los ejemplos mucho declaran las cosas a los hombres idiotas, como vos, quiero hablaros con un ejemplo. Si hubiera un gigante contra quien no se atreviese de estar a frente otro gigante ninguno, grandes sin duda se habrían de estimar sus fuerzas; y si para acometerle se juntasen tres o cuatro, y él solo contra todos hiciese cara, aunque quedase abatido, no dejaría de ser memorable su valor; mas si aun después de derribado, supiese con mañas y con fuerzas, apartando un enemigo y peleando contra otro, levantarse del suelo y volver a saltar en pie con su primero brío, ¿quién no diría que su destreza y su fuerza fuese invencible? Pues, he aquí pintada la república de Venecia contra la Liga de Cambray. Parece, que todos los príncipes estaban temerosos de la grandeza de la República, ni se atrevía alguno contra ella. Y cuando Maximiliano emperador, gigantazo muy grande, el año 1507 se atrevió a moverle guerra, quedó en poco tiempo tan mal parado, que tuvo por bien pedirle treguas, consintiendo que se quedase con todo aquello que le había tomado, que no era poco (Guicciardini, libro 7; Tarcañota, 2ª parte, libro 22).

Mas el año siguiente, juntaronse contra la República cuatro gigantazos, los mayores de la Cristiandad, que fueron el papa, el dicho emperador, el rey de Francia y el de España; y llamaron en su favor, pareciéndoles que no bastaban, el duque de Ferrara y el marqués de Mantua, potentados de alguna consideración. Y es cosa digna de espanto y de lágrimas que la cabeza de la Iglesia de Cristo, el augusto de la Santa Roma, los príncipes, que se precian de cristianísimos y católicos, y los demás, que todos eran fieles, nunca se determinasen de hacer una liga contra los enemigos de nuestra santa fe; y que tan fácil, tan presta y tan secretamente la hiciesen contra una república cristianísima y católica, que gastó tanto oro y vertió tanta sangre en mil ocasiones por la fe y religión cristiana; que tantas veces se opuso a los bárbaros, turcos y sarracenos; y que domando los enemigos del vicario de Cristo, abatido de su grandeza, le volvió a poner en su trono; y solo a fin de quitarle aquel estado, que no con tiranías, con fraudes y con traiciones, mas por el valor de sus armas, o por voluntaria dedición de las gentes, o por

cesión y entrega de los príncipes, justamente había conquistado y poseía. Tanto puede el odio y la codicia en los pechos de los hombres, que dando de mano a la razón, todos se entregan a sus pasiones. Juntaronse, pues, todos los dichos príncipes contra la sola república de Venecia, la cual en tanto aprieto no tuvo sino al Turco, que se le ofreciese por su defensa; pero no quiso acetarle, confiando siempre en la justicia de su causa y en la defensa divina. Perdió la batalla en Iaradada [Ghiaradadda] muy desdichadamente, pues de tres partes, la una sola de su ejército peleó; que si todo hubiera combatido, por consentimiento de todo hombre prudente, llevaba la victoria. Se rindieron a los enemigos Bressa [Brescia], Bérgamo y otras plazas; y viendo los venecianos que el querer porfiar para defender a sus vasallos, sería un echarlos a perder mayormente, movidos del amor que les tenían, les pareció bien de desobligarlos del juramento de fidelidad, para que sin ofender la majestad de su príncipe, pudiesen darse a quien mejor les pareciese. Y deste modo perdieron el imperio de Tierra Firme, no le quedando sino solo Treviso y la patria del Friuli. Veis aquí ya la República abatida. Pero leed con atención las historias, y hallaréis cómo bien presto con su propio valor volvió a cobrar las ciudades de Padua, Vicenza, Serravalle, Cividàl di Belluno y otras tierras; y usando con las fuerzas de las armas la destreza de la negociación, hizo de modo que apartando al pontífice de los otros confederados, y a poco a poco con varios sucesos, cuando apartando los españoles, cuando los franceses, cuando peleando contra los unos, cuando contra los otros, y cuando contra todos, al cabo y a la postre volvió en pie; y aunque debilitada, tornó en el estado en que ahora la vemos muy florida y rica, con mucha gloria de Italia, que en esta sola República reconoce su mayor grandeza y libertad (Guicciardini, libros 8 hasta 12; Illescas, 2ª parte, libro 6, capítulo 23, párrafo 2).

Quien no ve en el suceso desta guerra el mucho valor de la República, bien se puede llamar del todo ciego. Halladme vos agora señor parnasista fanfarrón una ocasión como esta, en que se hayan visto los españoles con tantos enemigos, y hayan salido con tanta victoria; y entonces os prometo de dar tanta gloria y alabanza con mi pluma a vuestra nación, cuanto vos procuráis con vuestra mala lengua de deshonrar injustamente a la república de Venecia.

46. *Agradece entonces al Rey Católico, pues si él no dudara de ver a franceses hechos señores desde Génova hasta tus lagunas, apenas de ti hubieran quedado las ruinas*. Poco me parece que hay que agradecerle, pues hizo todo el mal que pudo; y si algo dejó de hacer, vos mismo confesáis que no fue por buena voluntad, sino por temor de la grandeza de Francia.

47. *Don Ramón de Cardona con su artillería llegó a abrasar tus faldas y a romper tu ejército a la Brenta*. Este suceso que, entre otros muchos historiadores, describe como todo lo demás, muy a menudo, el Guicciardini (libro 10), fue deste modo. Estaba el ejército del papa, del emperador y de España en Vicenza. Don Ramón de Cardona no tenía con qué pagar a sus soldados. determinose de salir en busca, y así corrió la campaña hasta Mestre y Marghera, de donde tiró con la artillería en las lagunas de Venecia, mostrando neciamente su mala voluntad, pues de otra cosa no servía el tirar en la mar. En esta ocasión, como en otras mil, se señalaron los españoles por muy grandísimos bárbaros: «Facendo (dice el Guicciardino) iniquisimamente la guerra contra le mura; perche non contenti della preda grandisima de gli animali, e delle cose mobili, abbrucciarono con somma crudeltà Mestre, Marghera, e Lizza Fusina, et tutte le terre, e ville del paese: et oltre quelle, tutte le case, ch'havevano più d'ordinaria bellezza o apparenza. Nelle quali cose non appariva minore l'impietà de' soldati del papa, e de gli altri italiani; anzi tanto maggiore, quanto era più dannabile à loro, che à barbari, incrudelire contra la magnificentia et ornamenti della patria commune».

Gloriaos, pues, desta impresa de don Ramón de Cardona, que fue muy señalada, y si los soldados del papa y los demás italianos hicieron las mismas crueldades, no me espanto, porque siendo en compañía de españoles y teniendo por cabeza un español, no podía ser menos, que no hiciesen las mismas barbaridades que los demás bárbaros. A la vuelta desta famosa jornada, rompieron el ejército de Venecia, que iba para impedirles el camino, no a la Brenta, como vos por ignorancia decís, sino a Creazo junto a la ciudad de Vicenza. Este fue todo el caso. Pero habéis de saber que las cosas de la guerra no se consideran principalmente por los encuentros y accidentes que a la jornada suceden, sino por los fines en que vienen a parar; y no hallaréis guerra de consideración en la cual por la una parte y por la otra no haya habido algún suceso próspero, aunque finalmente una parte sola ha de quedar vencedora. Los romanos tuvieron entre otras, cuatro rotas de ejércitos en Italia de los cartagineses, que hoy día se cuentan por memorables, pero al fin ganaron la victoria y destruyeron a la ciudad de Cartago. Y con esto llevaron la gloria y el triunfo de la guerra. Considere, pues, todo hombre prudente el fin de la guerra de la república de Venecia contra aquellos príncipes confederados, y vea cómo echando de su estado a los españoles, franceses, tudescos y los demás sus enemigos, cobró lo perdido, y desde entonces lo ha conservado y hoy día lo tiene; y de aquí echará de ver cuánto se ha de hacer caso de lo que hizo don Ramón de Cardona.

48. *Y mayores efectos hubieras visto cuando el conde de Fuentes quiso tomar las armas. De futuris contingentibus nulla est determinata veritas.* El conde de Fuentes pudiera haber movido la guerra; los efectos que hubieran sucedido solo Dios los sabe; y si vos sabéis algo desto, como parece que queréis dar a entender, mostradmelo, que os doy palabra de reverenciaros, como profeta santo.

49. *Las razones que tienes para echar de mí los españoles.* Si yo hubiera de decir todas las razones que hay para echar los españoles de Italia, ¡yo sé que os *piquerían* más, que no pican todas las especierías de las Indias! Mas no quiero decirlas, decidlas vos.

50. *La primera es el haberte quitado el comercio de las especierías*. Esta es una, y de tan poco momento, que la doy por ninguna. Pero sea, como vos decís, la primera. ¿Cuál es la segunda? ¿No me la decís? ¿Qué es esto? ¿Primera dijistes, y segunda os falta? Andad por ignorante, que por Dios lo sois tanto que pienso no sabéis contar uno y dos; y por esto habiendo dicho primera, no supistes pasar adelante.

51. *¿Contra quién aplicaste tan ilícitos remedios, como fue, que el Evangelio no se extendiese en el Oriente?* ¿En qué autor me mostraréis esto señor parnasista? En ninguno, por Dios, y no pudiendo mostrarlo, el decirlo vos es calumnia contra toda verdad. Bien pudiera yo mostraros en vuestros autores, que los españoles en el Oriente y en el Occidente han impedido los frutos del Evangelio; leed a Barros en la Dec. 1. lib. 3. c. 1. y hallaréis que la primera misa que los portugueses hicieron celebrar en Guinea fue del año 1482, más de cuarenta años después que habían comenzado el descubrimiento de aquellas tierras. Mirad qué lindo aliño para que fructificase el Evangelio. Leed las obras del obispo de Chapa [Chiapas], que arriba tengo citadas, y veréis cómo los castellanos en las Indias Occidentales no querían que entrasen los religiosos en algunas partes a predicar, diciendo que los indios se hacían muy bachilleres, y que los frailes querían ellos ser señores; y muchas veces, cuando se estaba predicando, entraban los castellanos en las iglesias y sacaban a los indios por fuerza, y decían que los habían menester para enviarlos a trabajar, ni querían dejarlos oír la palabra de Dios. Estos se puede decir con verdad que impidieron que no se extendiese el Evangelio, y no los venecianos, como vos neciamente afirmáis.

52. *Quiero preguntarte, ¡oh, Venecia!, si cuando españoles no me dominasen, se pudiera vivir sin sujeción forastera*. Respondaos toda Italia, cuál se hallaba en el año 1490, que no quiero acordaros cosas más antiguas, cuando estaba toda debajo del dominio de señores italianos, con suma paz y tranquilidad;

cultivada en todas sus partes; muy llena de moradores y de riquezas; ilustrada de la magnificencia de muchos príncipes y de muchas nobilísimas ciudades; floridísima de hombres excelentes, así en el gobierno de las cosas, como en las artes, y sciencias; célebre y famosísima entre todas las naciones del mundo (Guicciardini, libro 1).

53. *Ya tengo probada la de los godos, de longobardos y tudescos, de los sarracenos y griegos; y aún tiemblan mis carnes de la insolencia francesa*. Así es verdad: todas estas gentes ha visto Italia; y muy mal se halló con todas, y por esto las echó a todas. Ahora se halla peor, que con todas con los españoles. Si no supieren libertarse un día, merecerán de ser peor tratados aquellos infelices vasallos que sufren tantas tiranías de virreyes y gobernadores, que no van allá sino para chupar las bolsas y chuparían la sangre a los desdichados, si della esperasen sacar provecho. Y es cosa muy cierta que cuando el Rey Católico, príncipe justísimo y de muy recta y santa intención, envía sus virreyes y gobernadores, al momento dicen que Su Majestad les ha dado aquel cargo porque son pobres señores y empeñados, a fin que se aprovechen. Y así van derechamente con su principal intento, no de administrar justicia, sino de sacar hacienda. La obra lo dice, pues la mayor parte dellos parten de España pobretes y hambrientos, y vuelven a España tan hartos y ricos, que aún les sobra para dar los cincuenta, y cien mil ducados a quien los favoreció, y les puede favorecer con Su Majestad, que no sabe, ni dejan que pueda saber las tiranías que han usado para enriquecer.

54. *¿Cuándo he estado más sosegada que teniendo por protector al rey de España? ¿Cuándo más prospera? &c*. Si hablara Italia, y no vos, como otra vez tengo dicho, bien sé yo que hablara muy diferentemente. Italia no reconoce por protector al rey de España, sino en aquellas partes que, bien de mala gana, están debajo de su dominio; y en otras pocas, de algunos señores mal considerados que han recibido esta protección, la cual un día pudiera ser causa de su perdición. El estado de Monferrato sirva de ejemplo en esta guerra de Saboya. Todas aquellas buenas obras que vais ensartando en muchos ringlones, y decís que Italia las debe reconocer de España, vos las afirmáis, yo las niego; vos no probáis nada, ganado tengo el pleito. ¿No sabéis que, conforme a derecho, lo que dice el hombre contra sí le daña, y lo que alega en su favor no le aprovecha? Pues, conforme a esto no basta que vos digáis que España hizo y volvió; ni bastaría si yo dijese que eso y esotro hizo Venecia; la probanza hace al caso. Y así podéis ver que yo no alego cosa en favor de la República, ni contra vuestra nación, que yo no la pruebe con autores graves, porque no quiero que se pueda decir de mí que hablo bien,

ni mal, sino que todo se entienda dicho por los autores que lo han dejado escrito.

55. *Duéleste que el duque de Saboya te es ingrato. No te espantes, &c*. No es ingrato Saboya a la República, ni jamás lo ha sido a nadie. En lo que decís de abrir las puertas a los franceses, si en algún tiempo lo ha hecho, habrá tenido causa para ello. Mas ahora yo jurara que vos no habláis por amor de Italia, sino por miedo que si el duque abre las puertas a los franceses, en pocos días echarán della a los españoles.

56. *Acuérdate, Venecia, que tu ciudad se ha vuelto Sodoma; acuérdate, Venecia, que tu ciudad se ha vuelto Nínive*. Con esta diferencia de Nínive y Sodoma, he visto escrito vuestro aviso en dos diferentes copias que han llegado a mis manos. Sea como fuere. Si decís Nínive, será ciudad de pecadores. Hombres somos. *Humanum est peccare*. Pero estaremos confiados que vendrá un Jonás a convertirnos; y alcanzaremos el perdón de nuestras culpas. Bendita sea la bondad de Dios que nos espera a penitencia. Si decís Sodoma, mucho de vos me espanto, que queráis atribuir este título con tan poca vergüenza a otras naciones, el cual, por privilegio apostólico, después de aquella Sodoma que fue castigada con el fuego del Cielo, principalmente se debe a vuestra España. Leed los Cánones Sagrados de la Iglesia Apostólica (a la Distinctio V, Canon 10) y hallaréis cómo amonesta los ingleses que, si dejando los legítimos matrimonios, se dieren a los adulterios y a la lujuria de la sodomítica gente, serán castigados de la mano de Dios, como fueron los españoles, que por esto cayeron en las manos y sujeción de los sarracenos: «*Si [enim] gens Anglorum; sicut per istas provincias devulgatum est, et nobis in Francia, et in Italia improperatur, et ab ipsis paganis improperium est, spretis legalibus connubiis, adulterando, et luxuriando ad instar Sodomiticæ gentis, fœdam vitam duxerit, de tali commissione meretricum existimandum est, degeneres populos, et ignobiles, et furentes libidine fore procreandos, et ad extremum universam plebem ad deteriora, et ignobiliora vergentem, et novissime, nec in bello sæculari fortem, nec in fide stabilem, et nec honorabilem hominibus, nec Deo amabilem esse venturam. Sicut aliis gentibus HISPANIÆ, et Prouinciæ, et Burgundionum populis contigit, quae sic a Deo recedentes fornicatae sunt; donec iudex omnipotens talium criminum ultrices pœnas per ignorantes legem Dei, idest, per Saracenos, venire, & sevire permisit*» [Epístola 73 de san Bonifacio al rey Etelbaldo de Mercia].

¿Habéis entendido estas palabras? Consideradlas bien y veréis que por dar ejemplos de castigos que han caído sobre los hombres inicuos por tan nefando pecado, el primero es el de los españoles, que es como decir que ellos han sido en el mundo los segundos sodomitas. Segundos digo en número, pero en maldad los primeros. Y lo probaré fácilmente. Los de Sodoma,

sin hacer caso de lícitos matrimonios, se dieron a todo género de bestial lujuria, pero nunca me hallaréis que quisiesen encubrir y defender tanta maldad, como cosa buena y recta. Pecaban sin respecto de los hombres y sin temor de Dios; buscaban su gusto maldito, sin reparar, que fuese bien o mal. Mas los españoles han llegado a tanto que pudiera llegar a más el Demonio del Infierno, porque del vicio nefando han querido hacer sacramento de matrimonio. Andad en Roma a San Juan *ante Portam Latinam*, adonde veréis, si de pocos años a esta parte que yo la vi no está borrada, pintada la historia de aquellos españoles que habiendo traído consigo algunos muchachos de su nación, porque no fuesen conocidos les vistieron como doncellas, y en aquella Santa Iglesia se desposaron con ellos como fuesen mujeres; de que pagaron las penas temporales acá en el fuego, y agora deben estar padeciendo las eternales en el del Infierno.

¿Hallaréisme vos cosa tal como esta de otra nación entre cuantas hay en el mundo, sino de la vuestra? Tomadme los judíos, los turcos, los escitas, los antropófagos y cuantos bárbaros sustenta el suelo; seguro estoy que no me hallaréis entre ellos una maldad tan grande. Y con todo esto sois allá en España tan desvergonzados que hablando de los de otras tierras, soléis decir: «extranjero es, luego puto». Y lo que es más, los que entre vos administran justicia, o diré mejor tienen nombre de administrarla; si acaso tienen preso a un extranjero por tal delicto, en viendo, que la querella no tiene fundamento, y parece calumnia, se cierran de campiña diciendo que es extrangero, y no puede ser menos que no sea culpado. Bárbaros ignorantes y malignos, ¿a dónde se va, sino es en España este modo de justicia? ¿No hay buenos y malos en todas partes del mundo? Si el ser de una tierra más que de otra es indicio seguro de ser buenos o malos, porque en ella ha habido muchos de señalada bondad o malicia, bien podremos decir así.

En Palestina ha habido muchos santos, tantos patriarcas, tantos profetas, la madre de Cristo, y el mismo Cristo Dios, que es el santo de santos, luego todos de aquella provincia se han de estimar por santos. Y por contrario en España, ha habido tantos herejes, tantos judíos, tantos moros, tantos malos cristianos, deshonestos y sodomitas, luego todos son herejes, todos judíos, todos moros, todos malos cristianos, todos deshonestos, todos putos. ¿Qué decís? ¿Valen estas consecuencias? Según vos, y vuestros jueces, parece que sí; pero a la verdad, no, porque en Palestina ya todos son turcos; y en España hay muchos buenos; y más hubiera, si no fuera la necia persuasión y la falsa opinión que tenéis de ser vos solos buenos, y que todos los demás sean malos, lo que nace de no leer las historias; o si las leéis, de no considerarlas, o si las consideráis, de no les dar crédito, sino cuando dicen algún bien de España, o algún mal de otras gentes. Y pienso, que hay algunos que

no quieren leer otras que las de Antonio de Herrera, el cual mejor merece nombre de novelista, que de coronista; y diciendo bien de España, o mal de otras naciones, dice más mentiras que palabras; y así gustan de engañarse y hacen reír de sí a todo el mundo. Desengañaos una vez, señores españoles; deprended a conocer conforme a la verdad a vos mismos, y a los extranjeros, que a buen seguro no llamaréis Sodoma a Venecia, considerando lo que se puede decir de España.

57. *Tu tiranía excede la de los turcos*. La tiranía en dos cosas principalmente se conoce: en ocupar los estados ajenos sin justicia; y en tratar mal a sus vasallos. En qué modo la República haya conquistado su imperio ya os lo tengo mostrado con las historias; ni hallaréis en todas ellas un dominio solo que pueda tener título de tiranía. De qué modo trate a sus vasallos, andad a ver su estado, y lo hallaréis el más lleno de gente, el más libre, el más abundante, el más florido en artes y en letras, y el más bien regido de cuantos hoy día se conozcan en el mundo. Los vasallos tiránicamente gobernados huélganse mucho de mudar príncipe, pero los de la República siempre han aborrecido el nombre de otros señores. Y así hallaréis que en la guerra de la Liga de Cambray, una de las cosas que fue causa que la República recobrase el estado perdido fue el amor de sus vasallos, que acordándose del moderado gobierno de los venecianos, siempre persiguieron los soldados de los príncipes enemigos. Y advierte el Guicciardino en el libro 9 una cosa de admiración, que más presto escogían la muerte, que renegar y blasfemar el nombre de la República; y en el libro 12 dice que todas las ciudades se alegraron por extremo de volver debajo del Imperio véneto, por la esperanza de reposar con el beneficio de las paces, quedando libres de tantas vejaciones y males como habían padecido. Mas si la República tratase tiránicamente, nunca hubieran podido los vasallos esperar algún reposo, que los tiranos en todo tiempo afligen a sus súbditos. ¿Queréis un ejemplo antiguo de tiranía? Leed el de Aristodemo, cuando de capitán de los cumanos en el tiempo que hacían guerra con los de Toscana, se hizo tirano de Cuma, y notad las palabras del Sabellico en la *Eneade* 2ª, libro 8, que son estas: «*Aristodemus Aristocratis filius cum duobus milibus Cumanorum in Latium, ut ille ait, ad Aricinorum subsidium, qui ab Arunte Porsenae filio obsidebantur, publico Cumanorum decreto venit, praelioque circa Ariciam cum Hetruscis conserto, Aruntem interfecit; disiectisque Tuscorum copiis, posteaque domum venit, primoribus civitatis, in quorum manibus erat res Cumana, in curia obtruncatis, dominationum occupavit; multitudinemque duabus tyrannicis largitionibus, agri, alienique aeris divisione delinita, nobilium liberos in agrum relegavit; civibus arma ademit; corruptaque muliebribus illecebris iuventute, stabilitam his artibus*

tyrannidem plures annos obtinuit. Novissime ab optimatum sobole, quae in agris adoleverat, nocteque una cum tota domo oppressus periit».

¿Queréis un ejemplo moderno, y de más cruel tiranía? Leed las obras del obispo de Chapa [Chiapas], que arriba tengo citadas, y particularmente el libro intitulado *Destrucción de las Indias*, del cual no hay para qué citar aquí alguna palabra, que conviene leerlo todo, pues todo está lleno solamente de tiranías de los españoles. Ahí veréis cómo para ocupar el imperio mataron con mil crueldades a los reyes y príncipes de aquellas tierras, quemándolos por la mayor parte vivos, sin otra causa, ni ocasión alguna, que es lo que hizo Aristodemo con los optimates de Cuma, aunque no con tanta crueldad. Ahí veréis cómo a los hijos de señores los pasaron todos a cuchillo, particularmente en la Ciudad de Mexico, que no llegó a tanto Aristodemo, el cual se contentó de echarlos de la ciudad y confinarlos en el campo. Ahí veréis cómo destruyeron a los pobres ciudadanos con mil géneros de tormentos, quitándoles la vida, a los cuales no hizo más Aristodemo que quitar las armas. Ahí veréis cómo a los mozos robustos y recios los maltrataron siempre, ocupándolos en excesivos trabajos de pescar perlas, cavar minas y llevar cargas como jumentos hasta que reventaban, que Aristodemo los regalaba con delicias y deleites, bastándole por este camino de hacerlos afeminados y sin valor, para estar seguro. Y lo que es más, Aristodemo con su tiranía hizo bien a muchos pobres, a quien repartió la hacienda que quitó a los ricos, pero los españoles en las Indias nunca jamás hicieron bien a nadie; antes fueron siempre persiguiendo, matando y destruyendo a todos; de tal modo que el rey de España ya se puede llamar emperador de los desiertos de las Indias, y no del Mundo Nuevo, como dicen, que no merece nombre de mundo aquel que no tiene hombres que le habiten.

El fin de Aristodemo fue que le mataron aquellos hijos de señores que se criaron en el campo, y destruyeron a toda su casa. En qué haya de parar la tiranía de los españoles solo Dios lo sabe, pero es para conjeturar que, pues excede por extremo a la de Aristodemo, haya de acabar también con muy mayor castigo del Cielo; pues es verdad que ninguna culpa ha de pasar sin pena; y ha de ser la pena a la medida del delicto. El dicho obispo de Chapa [Chiapas] claramente dice que es cosa de milagro, que no haya Dios destruido a España, por la destrucción que han hecho los españoles en las Indias. Estas son tiranías, señor parnasista, que exceden a las de los turcos; y por ser tan impías a mí me pesa decirlas; pero vos me obligáis a ello, pues sin propósito y sin fundamento llamáis tiranía al moderado y justísimo imperio de la república de Venecia.

58. *Sin religión*. ¿Esto también tengo de oír? ¿Es posible que los nuevos cristianos, niños recién nacidos a la Iglesia, y nacidos de Mahoma, y de Moisén, tengan atrevimiento de llamar sin religión la república de Venecia, la cual aún antes que se fundase estaba en la religión fundada? ¿No sabéis que los que fundaron esta santa República todos eran católicos? ¿No sabéis que hasta del año 630, ochocientos y cuarenta y cuatro años antes que los reyes de España tuviesen del papa título de 'católicos', que fue el primero don Fernando el Quinto del año 1474, la república de Venecia fue honrada del sumo pontífice Honorio con el de 'Cristianísima'?: «*Honorius dignissimo titulo, & merito quidem Venetam Rempublicam Christianissimam nominat; ut pote, quae relictis schismaticis Romanae Ecclesiae adhaelisset, & ne implicaretur eorumdem schismaticorum laqueis, à Romana Ecclesia petere soleret Episcopum: quo amplissimo titulo gloriosa, potensque, longe lateque terra, marique dominium feliciter propagavit*» (Baroni, tomo 8, Año 630, número 14).

¿No sabéis que en mil y doscientos años que esta fundada, siempre ha conservado la misma fe, la misma religión de la Santa Iglesia romana? Leed las historias, y leedlas todas, y si halláis cosa en contrario, decid que me quemen por hereje. Mas bien sé yo, porqué la llamáis 'sin religión', porque la religión de Venecia no es como la de España, mezclada con ceremonias moriscas y judaicas; y se echa de ver, cuando para honrar el Santísimo Sacramento andáis bailando masquerados por las iglesias y en las procesiones, al son de atambores y flautas mil danzas descompuestas, la cual cosa, en lo que toca al baile, bien se deja entender que se hace a imitación del rey David, cuando iba danzando delante de la Arca de Dios, que, sin duda, es ceremonia judaica; pero el son de flautas y atambores, el andar masquerados y el modo de vuestros bailes, ¿quién puede negar que no sea uso de moriscos? Pues sabed que las ceremonias de la ley judaica todas cesaron con la ley de Cristo, y las de los moros siempre deben ser aborrecidas.

Ni penséis que el vituperar estos bailes, sea cosa, aunque puesta en razón, que salga de mi cabeza, porque es determinación de la Iglesia Católica; leed a Illescas en la *Vida del papa Eugenio I* (en la 1ª parte, libro 4, capítulo 11), y veréis que dice ansí: «Celebróse en su tiempo en Francia el Concilio Provincial Cabilonense; en el cual entre otras cosas hay un decreto, que pluguiese a Dios que se guardase; y es que en las iglesias y ermitas, y en otras casas de devoción, adonde se suele ir en romería, no se hagan bailes, ni danzas, ni regocijos deshonestos; ni se canten cosas profanas».

Si esto se guarda en España decidlo vos. Luego moderad vos la vuestra religión conforme a la de Roma; y entonces echaréis de ver que será la misma con la de Venecia; y conoceréis como andáis errado en llamar sin religión a tan religiosa república.

59. *Sin consejo y fuerzas*. Estas son las partes principales y necesarias para el buen gobierno, del cual, según vos, falta Venecia, pues tiene falta dellas. He consultado este vuestro parecer con dos vuestros paisanos, hombres de entendimiento y de letras, pláticos de las cosas del mundo, y que tienen particular noticia de las de Venecia; los cuales, riéndose de vos, me han dicho, que sois un gran mentecato, y que poco sabéis lo que decís; porque Venecia es la más bien gobernada república de cuantas se han visto jamás en el mundo; de que se sigue que tenga muy buen consejo y grandes fuerzas.

El uno dellos es Mateo Alemán en su *Atalaya de la vida humana* (2ª parte, libro 1, capítulo 7), adonde, contando algunas de las grandezas de Italia, entre otras, pone por singular: «El incomparable, único gobierno, y regimiento de Venecia». El otro es Illescas, tantas veces citado, que más por extenso en la 1ª parte, libro 4, capítulo 21 dice así: «El primero duque [dux] de Venecia fue Paulo Heracliense, por cuya industria y valentía creció mucho la reputación de aquella ciudad. Y de ahí adelante ha tenido tanta felicidad que siempre ha prevalecido contra sus enemigos; y ha venido a ser la más larga y bien gobernada, y floreciente república de cuantas jamás en el mundo se han visto; porque Lacedemonia, ni Athenas, ni la famosa Roma, no duraron con mucho tantos años, como ha que dura Venecia. Y según ella es bien regida, tiene arte de permanecer para siempre en aquel felice estado, que ahora tiene». Estos dos testigos me parece que os desmienten de modo que yo no tengo que decir más.

60. *Apolo, como principe prudentissimo, &c*. Este vuestro prudentísimo Apolo, quien lo considerare de propósito, parece tan ignorante como vos, que es decir el mayor ignorante del mundo. ¿Queréislo ver? Estadme atento.

Cuando un juez tiene un reo entre las manos, lo que le toca es averiguar el delicto, para darle castigo, si pareciere culpado; o absolverle si se hallare inocente. Para esto la primera cosa que se hace es tomar su dicho. Si el reo confiesa, ya no es menester probanza. Si niega, hácese probanza con testigos o papeles. Si la probanza no es bastante más que para indicio, métese el reo al tormento, para que confiese. Si resiste al tormento negando, dase por libre. Si confiesa, *actum est*: no resta sino dar la sentencia condenatoria. Pues al caso. A la república de Venecia ya están probadas infinitas maldades, y ella misma las tiene confesadas de su boca con mucha desvergüenza; y todos los príncipes están pidiendo su muerte. Ya el proceso está formado, y en estado de dar la sentencia. Veamos ahora lo que determina vuestro prudentísimo Apolo: «Dijo querer con más espacio ponderar sus culpas; y que entretanto que su causa mejor se examinara, la llevasen al Hospital

que tenían hecho para todos los príncipes y repúblicas que se daban por fallidos».

Esta no es sentencia, sino una orden que sea detenida en el hospital hasta tanto que mejor se vea su causa. ¿Cómo va esto? ¿Después de la prueba y de la confesión quiere Apolo ponderar sus culpas? ¿Y que mejor se examine su causa? Luego no está bien examinada. ¿Luego una llena probanza, una clara confesión no basta? Andad por borrachos vos y vuestro Apolo, que él y vos sois grandísimos asnos. Mas ¡ay de mí, que voy errado! Vos sois el asno. Apolo es prudentísimo. Ahora lo entiendo. Echo de ver el Dios de la Sabiduría, que quien hablaba no era la república de Venecia, como se figuraba de ser; y conociólo fácilmente en ver que hablaba contra sí misma; y sin causa, ni ocasión alguna, decía contra sí blasfemias, como si fueran alabanzas; por donde coligió que, sin duda, sería una persona fingida que, para calumniar aquella nobilísima república y ponerla en mala consideración en Parnaso, se atrevió de presentarse con falso semblante delante de Su Majestad.

Y, por tanto, la mandó detener en el hospital, como en cárcel, mientras se examine su causa, y se conozca quién es, para darle el castigo que merece tan grave delicto. Esta es la verdad sin duda, y bien parece que la determinación de Apolo ha sido prudentísima.

61. *Las verdades son notorias, no caben en ellas pasión*. Lo mismo digo yo, y con tanto mayor fundamento cuanto que las tengo probadas; cosa que vos no pudístes. Y así no dirá nadie que hay en ellas pasión, pues cuanto tengo dicho no es nada mío, sino de personas doctas y graves que lo han dejado escrito.

> «Señores españoles,
> Los que sois discretos no me culpéis si algo he dicho contra vuestra nación; culpad a vuestro parnasista, que dio la ocasión. Todos somos hombres flacos y fáciles a errar. Ni en Venecia todo es bueno, ni en España todo es malo. La diferencia está según más y menos. Pero que venga el que tiene la viga en sus ojos a querer sacar la paja del mío, es cosa insoportable. Cada uno mire por sí, que harto tendrá que mirar. Para vos, que sois discretos, harto está dicho; para los necios todo es nada.
> A buenas noches».

3. 2. [Giacomo Castellani]. *Castigo esemplare de' calunniatori. Avviso di Parnaso di Valerio Fulvio Savoiano al serenissimo et invitissimo Carlo Emanuel, duca di Savoia* &c. In Antopoli: Nella Stamperia Regia, 1618

Archivio Storico Civico di Milano, Biblioteca Trivulziana, Triv. I 936 (16) [impreso]
Edición de F. Javier Álvarez García y revisión de Silvia Toppetta

Il Serenissimo Apollo fa castigare due triste femine e un vigliacco spagnolo perché havendosi figurata per arte magica d'essere la regina d'Italia, la republica di Venetia e il duca di Savoia, haveano procurato con infami calunnie di denigrare la fama di quei nobilissimi potentati.

Quando li giorni passati comparve all'improviso in Parnaso la republica di Venetia, e accompagnata da duo soli scudieri e dal duca di Savoia, s'appresentò alla real audienza del grande Apollo nel modo e per lo fine che fu scritto, empi di somma ed estraordinaria maraviglia tutta questa corte. Havease inteso poco prima che il re di Bohemia, dopo varii successi di guerra poco felici, fatto conscio delle giuste pretensioni di quella republica intorno all'espulsione de gli uscochi, al fine era condesceso come principe di vera bontà, a volerle dare le debite soddisfattioni in conformità di che si stavano già trattando le capitolationi di pace, la quale tosto che fusse effettuata, dovea quella Serenissima Republica vinir in Parnaso per dar conto alla Maestà d'Apollo d'haver liberato il mare da quei corsari e la terra da quei ladroni, con universal contento e beneficio. Per la qual occasione, il Serenissimo Apollo le faceva apparecchiare, per suo alloggiamento, il superbissimo palazo dell'antica Republica Romana, non più mai conceduto per albergo a principe alcuno, e stimato solo degno di lei sola. E tutti i principi di questa corte? Apparecchiavano per farle un nobilissimo incontro. In tale aspettatione dunque l'intendee prima che vedere che fusse entrata la republica di Venetia sola e di nascosto, e andata ad alloggiare all'hosteria, parve cosa sì strana che non vederla in effetto sarebbe stata tenuta per incredibile. Alcuni ignoranti di ragione di stato dicevano che l'haveva fatto per ragione di stato, senz'allegar però ragione di sorte alcuna, non sapendo costoro che per ragione di stato deve ogni principe far ostentatione di pompe e di splendore, anco sopra il suo potere, acciò la sua grandezza sia in maggior opinione appresso il mondo, e gli sia tenuto rispetto e riverenza maggiore. Ragione insegnata in pratica da' moderni principi spagnoli, c'hanno fondata tutta la grandezza loro nella opinione senza fondamento e nell'apparenze prive di sostanza. Altri l'attribuivano

ad hippocrisia, parlando pur come i primi senza proposito alcuno, come se la republica di Venetia fusse venuta in Parnaso a pretendere da Apollo il superbo dominio dell'Indie, sotto colore di puro zelo d'insegnar a quei barbari la luce della santa religione, e del vero viver politico [Vedi il libro intitolato *Destrución de las Indias* de fray Bartolemé de las Casas o Casaus, obispo de Chiapa]. Ma solo a fine di levare gli stati a' principi naturali; privar quei popoli della robba e dell'honore; fare schiave le persone che Iddio ha create libre; dar a mangiare a cani le carni humane; arrostir gli huomini vivi; vender gli idoli a chi vuol adorarli; e far idoli a se stessi solo l'oro e l'argento. E in somma scoprir si lupo dopo entrata sotto pelle di pecora fra quei miseri gregi semplici e innocenti, non mostrando alcun'altro atto di religione se non di far impicare quei meschini a tredici in honnore di Christo, e de' dodici apostoli. Ma sedendo che la republica di Venetia non pretese mai, sotto cappa di santità e co'l pretesto di religione di ingannar altrui; e in questa occasione si sà che non veniva in Parnaso a pretendere cosa alcuna, fu stimato sciocchezza il pensare che la sua positiva entrata fusse per causa l'hippocrisia. Di casa della republica di Genova uscì fama che fusse stata solo per povertà, essendosi sparsa voce c'havesse dimandato un millione d'oro a cambio a' suoi genovesi come suol fare d'ordinario la Serenissima Monarchia di Spagna, che senza questo aiuto molte volte si troverebbe a mal partito, e che non l'havesse potuto ottenere. Ma con mediocre diligenza s'è saputo che questa voce fu data da alcuni servitori bassi e mecanici della corte di quella republica, i quali, odiando la grandezza della republica venetiana per haver alcuna volta sentito parlare dell'antiche inimicitie fra queste due gran signorie, hanno preso tal occasione di spargere il loro veleno con parole maligne ma falsissime, di che havendo havuto sentore molti signori genovesi c'hanno l'animo pieno di vera nobiltà e la bocca di nobile verità, ne diedero subito avviso alla serenissima Republica loro, che non poco sdegnata, ordinò che si facesse molta inquisitione per trovar gli autori di tale menzogna e pigliarne il debito castigo. Ma, come avviene nelle cose del volgo, non se n'è mai potuto havere alcun autore certo. Per le sopradette cose conosciute dal senso e fondate nella ragione, vedendosi chiaro che ne ragione di stato ne hipocrisia ne povertà, come il volgo ignorante andava publicando, poteano haver indotto una republica sì grande e sì famosa a far in Parnaso così humile e povera entrata, quale apena havrebbe fatto una delle sue damigelle, hanno preso occasione i savii d'imaginare che tanta novità dovesse coprir in se qualche gran mistero non molto facile a penetrarsi da' giudicii communi. Ma il Serenissimo Apollo, che nel secreto dell'animo suo divino gran cose andava rivolgendo, e quello ch'esser vero potesse indovinando, fece chiamare a consiglio secreto i più

accorti politici del suo stato, i quali, ragunati, sedendo egli nel trono della Sua Maestà, parlò in questa maniera:

«L'improvisa venuta della republica di Venetia a questa mia corte, nel modo che voi havete vedudo; il suo parlare, che voi havete inteso; m'ha tutto ripieno il pensiero di confusione e di maraviglia. Già sono pochi giorni che per avvisi certi si seppe com'ella si stava nell'inclita sua città e tutta sollecita e vigilantissima come sempre, vedendo prepararsi una potente armata nel regno di Napoli, attendeva anch'ella ad ingrossar parimente la sua armata marittima, dubitando poiché a tanto è arrivata la malatia di questi tempi, che senza protestatione di guerra le fusse rotta la pace, e sotto la fede d'amicitia le fussero fatti atti d'hostilità. Il duca di Savoia parimente noi sappiamo sicuro, che dopo la perdita di Vercelli, suceduta le settimane adietro, parte per mancamento di munitione, parte per tradimento, senza che pur minima parte v'havesse la forza, stava apparecchiando le sue genti e procurando aiuti di Francia per ricuperare col suo valore quello c'ha perduto per altrui inganni; il che si credeva dover esser facile poiché l'essercito di Milano si trovava dall'armi del duca, da infirmità contagiose e da mali trattamenti del suo governatore a tal termine ridotto che non potendo più trattenersi in campagna, era stato necessario nel megio dell'estate farlo ritirare dal Piemonte e ripartirlo negli alloggiamenti di Novara e d'Allessandria. Per le quali cose, la regina d'Italia, sollecitata dall'amore de' suoi più diletti principi, già quattro giorni mi dimandò licenza e gliela diedi, di partire da questa corte per andar a vedergli e per assister loro con ogni suo potere, mentre essi per la libertà e per la grandezza di lei arditamente hanno impugnato l'armi. Et hora io non sò come veggio comparir quì la republica di Venetia ridotta in miseria fra le vittorie. Veggio il duca di Savoia, per la perdita d'un solo Vercelli, mentre ha conquistato lo stato di Messerano, gran parte del Monferrato et alquanti luochi nel Milanese venir fatto scudiere, ne trovarsi altro che apena l'armi e'l cavallo. E veggio insieme la regina d'Italia ch'io presupponeva esser già molte miglia da questa corte lontana, tornar alla mia presenza solo per mostrarsi contraria alla republica di Venetia, già tanto sua diletta, hor che poss'io pensare? Strane novità, straordinarie cose contra ragione e quasi contra il senso mi paiono queste; e a dirlo liberamente mi sembrano larve, fantasme e incantamenti tutti. Perciò non ho voluto procedere a sentenza definitiva contra la republica di Venetia come quei principi che stavano meno, quand'io le diedi audienza o per errore ingannati o dalla passione acciecati, mostravano di desiderare mari servando il giudicio da poiche meglio sarà essaminata la causa, l'ho fatta porre nell'hospitale de' principi falliti, non già per pena di fallimento ma per carcere di sicurezza. Voi dunque huomini saggi e delle cose del mondo sopra gli altri intendenti ho solo a questo effeto ragunati per intendere fra tanto inviluppate cose il parer vostro. E quello inteso proceder poi a determinare ciò che sarà di ragione e di iustitia».

Ciò detto, Apollo tacque. E i savi consiglieri, riguardandosi in viso l'un l'altro, e tutti accennarono che Tito Livio, come più antico e forse de le cose di republica più de gli altri pratico, dovesse esser il primo a ragionare. Ma egli si scusò dicendo che nella varietà de principati de' tempi e de' governi non vagliono le medesime considerationi. Che s'egli intese molto delle cose della Republica Romana, non si fidava però di poter con la similitudine discorrer sicuramente di quelle della Republica venetiana, poiché egli non haveva altra notitia di lei che quella che si sentiva risuonare della sua grandezza, del suo buon governo, nel quale si conosce haver superato tutte l'atre republiche del mondo; poiché sempre, da che hebbe origine già, i 200 anni sono, ha conservato vergine intatta la sua libertà assicurandosi dentro con la sua moderatione dalle guerre civili e difendendosi fuori co'l suo valore dalle forze nimiche. Onde, non ha potuto esser violata giamai, tutto che alcune volte habbia havuto i maggiori principi dell'universo collegati e congiurati alla sua ruina. Da che vanno i più saggi argomentando che debba conservarsi perpetua, per unica maraviglia delle cose create sotto il cielo, che sono tutte inferme e caduche. Nella qual opinione egli, con tutti gli altri politici era sempre stato conforme. Ne per haver sentito quella republica ragionare così abietta e miseramente, egli voleva esser facile a mutar il suo parere, se prima non sentiva quel d'altri. Et a questo aggiunse che nissuno poteva meglio trattare delle cose d'una republica che quegli che poco fa havesse visto di presenza il suo stato, il suo governo, le sue ricchezze, il valore de' suoi principi, l'affettione de' suoi sudditi, e insieme l'istesse cose havesse notato de' principi suoi confinanti, e particolarmente di quelli co' quali ha guerra o poco sicura pare. A questo dire si rivolsero tutti gli occhi de' circostanti a Traiano Boccalini, unico e singolare fra' politici de' nostri tempi, il quale per molti anni volse vivere nella città di Venetia solo per contemplare con la vista le meraviglie di quell'eccelsa republica, che egli ammirava per relatione altrui; che più d'una volta fece bilancio e paragone fra lei e gli altri potentati maggiori, c'hoggidì governano il mondo. Huomo nobile e però degno di fede; di natione romano e però non interessato con la parte e non sospetto; ma sopra tutto libero d'animo e di lingua e però non adulatore ma veridico. Virtù altretanto odiosa quanto bella; ma per lo più utile a gli altri e dannosa al propio autore. A questo personaggio dunque, in cui tutti miravano, rivolto il Serenissimo Apollo, comandò ch'ei dicesse. Et egli, in questa guisa a parlare cominciò:

> «Sire, e padre universale de principi. Perché l'obedienza é virtù di humiltà, sarò scusato, anzi lodato, se accetto il carico di parlare alla presenza della Maestà tua, fra soggetti tanto eminenti poiché tu me l'imponi, che d'altra maniera mi sarebbe attribuito ad arroganza. Ben sò io che non dirò cosa che non sia

da ciascun'altro meglio che da me intesa. E tu Sire, che co'l lume perspicace del tuo divino sapere penetri i più reconditi secreti del mondo, meglio di tutti sai quello ch'io posso dire. Anzi quello ch'io posso dire tu stesso me l'hai accenato, ma poiché è tuo volere ch'io meglio lo dichiari, sì farò. Strane novità, straordinarie cose, cose contra ragione e quasi contra il senso paiono quelle che si sono vedute et udite della republica di Venetia, del duca di Savoia e della regina d'Italia. Sembrano larve, fantasme, incantamenti. Così tu Sire dicesti, e dicesti che sembrano perch'io mostrassi ché sono. Nel solo parlare che quella fantasma, quella larvata, quella incantata republica di Venetia, che alla tua real audienza così improvisa e inaspettata comparve, chi non lo vide ben è cieco dell'intelletto. Io mille molte ho veduto faccia a faccia, e ben molto ho parlato e non ha gran tempo alla vera serenissima Republica venetiana, ho nella fantasia al vivo effigiato il suo volto; conservo nella memoria il suono della sua voce, i modi del suo parlare. Si che per la recognitione della persona io, senza dubbio, assai posso vedere. Non voglio negare che costei la qual è comparsa, non se le assomigli alquanto a prima vista nelle delineature del volto; ma non basta questo a provare l'identità del soggetto. É ancora fresca la memoria di quel tristo che per esser un poco simile al re don Sebastiano di Portogallo, ch'era morto nelle guerre d'Africa et haver qualche notitia d'alcune sue particolari attioni, volse dar a credere d'esser egli stesso. E non mancò qualche sciocco che se ben il vedeva solo e meschino assai più che non s'è mostrata quì al presente costei che si fa chiamare la republica di Venetia; tuttavia gli diede credito e si pose a seguirlo fin ché discoperta la malitia, il falso re pagò la pena con la vita.

Confesso dunque in costei questa poca somiglianza del volto, ch'è una sola, ma conosco insieme le diferenze che sono infinite. Ha la serenissima republica di Venetia una maestà così grave negli occhi e nella fronte che ne anco nelle sue maggiori turbulenze et afflittioni la può perdere giamai. I suoi movimenti, i suoi gesti sono tutti reali, tutti grandi. Ben sai tu Sire che questi accidenti naturali malamente si possono mutare, e che la Maestà Regia traluce negli atti ancor dell'essercitio humile. Ma costei che vuol farsi credere la republica di Venetia mostra così naturali maniere di bassezza e di viltà, che ben si vede che sono sue proprie; ne da principessa grave potrebberi giamai esser con arte imitare, non propriamente usate. Hor che dirò della voce? Uno de' grandi miracoli della natura è stimato che sia la diversità delle faccie humane, l'istesso pare a me del suono del parlare, al quale ben s'accommoda quel detto «Parla se vuoi ch'io ti conosca». Et oltre al suono si considera la pronuncia, si considerano i vocaboli, si considera la frase del dire. Non è, non è la republica di Venetia, costei che tale si finge, credilo a me, Sire, che molte volte l'ho udita parlare. Costei, oltre al suono della voce aspero, ha la pronuntia spagnola, et il suo dire è misto di vocaboli e frasi barbaresche; hor come possono queste cose confarsi con quelle d'una gentilissima principessa d'Italia?

Ma sia tutto ciò nulla, con esser tanto che d'avantagio basta a farlaci conoscere. Veniamo alla sostanza delle cose da lei dette. E venuto questa Republica a' piedi della tua Maestà a rappresentarti la sua miseria e l'ingratitudine de' principi da lei ne' loro bisogni favoriti e per consequenza a lei obligati; e a supplicarti, già che non può confidare nell'aiuto loro, che tua Maestà si compiaccia di far quietare la Casa d'Austria, accioché l'essercito di Spagna non passi dal Piemonte alle sue riviere di Garda, e che il duca d'Ossuna le restituisca la possessione del mar Adriatico. Quando s'intesero mai sciocchezze maggiori? Se queste cose s'intendono ironicamente dette, sono benissimo dette; ma d'altra maniera, provocano certo a riso e a sdegno. Ponderiamole un poco. Rappresenta la sua miseria. Sua miseria deve essere l'haver accresciuto il suo stato con tanto paese tolto al re di Bohemia; e l'haver sostentato le forze del duca di Savoia contra tutta la potenza di Spagna, che tutta l'ha unita da tutti i suoi Stati, snervando le forze di Fiandra co'l cavar più di quattro milla valloni; debilitando i presii del regno di Napoli co'l trarne gli spagnoli lasciando le riviere di quel regno sfornite co'l levarne la cavalleria; privando de' soliti soccorsi l'Indie co'l far passar a Milano i soldati destinati per le Filippine. E non bastando tutte queste forze, chiamando quelle de' principi suoi amici e confederati di Fiorenza, di Parma, d'Urbino e di Lucca, solo per abbassare quell'Altezza; e al fine dopoi quattro anni di tempo, più d'otto millioni di spesa, e la perdita di duo grossissiimi esserciti, non ha potuto ottenere quell'humile obedienza che da quel duca, come se fusse suo vassallo, indebitamente pretendeva per conculcar poi più facilmente tutti gli altri potentati minori d'Italia, ch'ingrati alla sua patria e poco accorti nell'interesse proprio, aiutavano quell'armi, che se fussero stati vincitrici, subito contra di loro si sariano rivolte, havendo per solo intento d'anichilare, se potessero, ogni potenza italiana. Ma il Dio della giustitia ha voluto che il valore del duca di Savoia sostentato dalla republica di Venetia, ha reso securi tutti gli altri dall'imminente pericolo. Hor questa forse si dé chiamar miseria, che da tutto il mondo è celebrata per gloria?

Rappresenta insieme l'ingratitudine de' principi a lei obligati. Ma di ché principi parla? In tutto il suo discorso, o dirò meglio, diceria senza discorso, il duca di Savoia ha detto che se le mostra ingrato. Ma come si può creder questo se noi sappiamo di certo ch'egli ha rimesso in mano di lei tutte le cose sue, e le ha dato procura con ampia facoltà di concludere ciò che a lei piace della guerra o della pace con Ispagna? Alla republica di Venetia ha conceduto il duca di Savoia tutto il suo potere perché senza di lei non vuol potere far cosa alcuna; hor come si può dire che se le mostra ingrato? Supplica tua Maestà a far che s'acqueti la Casa d'Austria. Questo certo sarà bene per lei, per far quello ch'è di giustitia, e non difender più huomini scelerati accioché Iddio non permetta che per questo peccato perda più di quello c'hà perduto. Ma non dice così: anzi soggiunge «Accioché l'essercito di Spagna non passi alle riviere di Garda». Che poco pratica è di que' paesi questa republica che

in tal modo ragiona. Per passar dal Piemonte alle riviere di Garda non solo resta in mezo il Milanese, ma si frapongono Bergamo e Bressa co' loro Stati. Hor come passarà l'essercito così tosto a quelle riviere, c'hanno avanti di se sì forti antemurali? Ma facciamo dell'impossibile possibile, che sciocco e vano timore sarebbe questo, se stà in mano della republica di Venetia il far che quell'essercito resti nel Milanese là verso il Piemonte co'l mantener viva la guerra, perché il duca di Savoia senza lei non vuol la pace?

Ma segue il più bello. Vuole che tua Maestà commandi che il duca d'Ossuna le restituisca la possessione del mar Adriatico. Com'è possibile che si trovi persona tanto ignorante che non sappia che il domandar restitutione suppone che sia preceduta privatione? E quando mai privò il duca d'Ossuna la republica di Venetia della possessione dell'Adriatico? Fece entrar egli alcuni vascelli in quel mare, egli è vero. Basta forse quell'entrata a toglier alla Republica la possessione o il dominio? Per levar la possessione bisogna cacciar il possessore. Per acquistar il dominio è necessario giusto titolo o prescrittione di tempo. Senza queste conditioni il tutto è ingiusto e invalido. Così i ladri entrano a rubbar le case e non per questo s'intende esserne fatti padroni; così entrano i corsari a svaligiar le navi, ne per questo si fanno signori di quelle o de' mari; e così il duca d'Ossuna fatto ladrone e corsaro è entrato nel mar Adriatico. E' questo dunque toglier il dominio o la possessione alla Republica? Ché potentado è il duca d'Ossuna c'habbia autorità di mover guerra? O ché ordine tiene da quel principe di cui è vassallo e ministro per farla? Anzi, che non fa egli, che non sia tutto contra la dichiarata voluntà di quello? Dirà forse alcun ch'egli n'habbia ordine secreto contra la volontà, che s'è mostrata in publico? Dicalo chi vuole, ch'io non vo dire tale tradimento della Serenissima Monarchia di Spagna, la quale non so s'usa mai questi tratti, se ben non manca chi dice esser questa sua proprietà naturale, come il gracchiare del corvo.

Ha mandato dunque il duca d'Ossuna, principe vassallo, senza ordine del supremo, l'armata di Napoli nel mare Adriatico. Hanno cacciato forse quella della Republica? Non già. S'è ben veduta con lei, ma non ha preso ardire di combatterla. Aspettava quella di Napoli che la venetiana attaccasse la zuffa; e l'havrebbe ella fatto, quando quella armata fusse andata, come armata reale, per farle qualche danno o pregiudicio. Ma il mettersi a combattere solo contra un ministro pazzo et arrogante, che dopo una bravata fanfaronesca di necessità s'havea da ritirare, chi non conosce che sarebbe stata pazzia? Dove la vittoria può essere di poco utile, la perdita di molto danno et il beneficio del tempo è sicuro, non è certo cosa da prudente il metter le cose sue all'arbitrio dell'incerto Marte. Senza combatter, dunque, dove trovò incontro, si diede la valorosa armata di Ossuna a predare, dove non poté haver resistenza; e prese tre vascelli, duo carichi di mercantie, per la grandezza loro detti galeazze, nel resto non buoni ad altro che a levar carichi, et una galera sottile, che fuggendo alla terra furono abbandonati

dalle persone. Così, dopo haver corseggiato fino a Lesina, lunge dal Po ben quattrocento miglia e fatto così honorata impresa degna a punto del duca d'Ossuna, fuggì subito l'armata sua, uscendo una parte fuori di quel mare e rinchiudendosi l'altra nel porto di Brindisi.

È notissimo alla Maestà Tua e a tutta questa Corte quanto fin hora ho detto. Ma ho stimato bene il rammentarlo, perché si conoscano le falsità di questa finta republica di Venetia, la quale si lamenta fuori di proposito che l'armata di Ossuna corre dal capo d'Otranto fino alle bocche del Po; che i suoi figli non se le ardiscono opporrere; ch'ella si sta assediata più che giamai si vedesse; che meglio le saria vivere schiava che morir di fame; e che tu, infine, per pietà le facci restituire la possessione del suo mare. Le relationi sono false, la supplica impertinente: hor faccia la consequenza huomo saggio, se costei può essere la vera serenissima republica di Venetia, l'integrità, prudenza e valore della qualle a tutto il mondo è noto.

Potrei con questo concludere, ma non mi par bene tralasciare alcun'altre cose, non meno che le dette considerabili. Pretende questa republica di Venetia moverti a pietà e impetrare per tua gratia pace, riposo e liberatione dalle sue miserie. Ma ché honorati servitii, ché attioni illustri, ché meriti degni per acquistar la tua benevolenza e mover l'animo di Tua Maestà a compassione ti rappresenta? D'esser stata sempre seminatrice di discordie fra suoi vicini; d'haver usurpato gli Stati d'altri ingiustamente; d'haver favorito et aiutato Principi infedeli; d'haver procurato di sollevar i turchi e gli heretici a danni della christianità; d'essere insolente, ambitiosa, avara, fraudolente, inimica del ben d'altri, sturbatrice della pace e della quiete publica e piena in somma d'ogni malignità e sceleratezza. O ché bell'opere degne per impetrare il premio d'una forca! È possibile a credere che si trovi alcuno sì sciocco, che voglia scoprire le sue tristitie, senza violenza e senza causa? Hor quanto meno s'addosserà le colpe non sue un giusto, un innocente? Milantarsi senza meriti, oltre il dovere, ben si vede ogni giorno, ma vituperarsi un meritevole indegnamente, chi l'intese giamai? Dimandare per lo ben far mercede egli è cosa ordinaria, ma il richiedere per le seleratezze gratia, come può essere ch'entri in pensiero humano? Se costei, dunque, che si fa dire la republica di Venetia, parla contra se stessa e racconta tanti peccati e tante indegnità, che noi sappiamo per la notitia dell'antiche e delle moderne Historie esser falsissimo della vera Republica venetiana, e domanda per l'opere inique remuneratione, ché possiamo noi considerare, se non che questa falsa o sciocca delira o malitiosa inganna?

Concludo pertanto che da tutte le sue maniere, dalla voce, da' vocaboli, dalle frasi del suo dire, dalle tante bugie, dalle tante sciocchezze, dalle sue pretensioni e dal modo del suo pretendere, chiaramente si scopre costei esser una persona finta. Sì che la Maestà Tua con ottimo consiglio l'ha fatta trattenere là nell'ospitale, per meglio vedere la sua causa, nella quale, procedendo con rigore e tormenti, come penso che sarà conveniente e necessario,

> si scopriranno reconditi secreti, de' quali non voglio mettermi a parlare, per non fare dell'indovino. Resta per solo dubbio da risolvere ciò che si debba credere di questo duca di Savoia, che sì poveramente l'ha accompagnata, e della regina d'Italia, che tanto accerbamente l'ha ripresa. Non sarà difficile, al parer mio, se noi consideriamo».

Fin qui arrivò co'l suo dire il Boccalini, quando in gran fretta si sentì battere alla porta della Sala Reale, il che interruppe il suo ragionamento. Uscito dunque il portiere, trovò ch'era un corriero venuto in molta diligenza d'Italia, che disse di portar buone nuove e ricercò d'essere subito ammesso al Serenissimo Apollo. E sì fu fatto. Il quale, inchinato a' piedi della Maestà Sua, le presentò due lettere: l'una della serenissima republica di Venetia, l'altra del Serenissimo Signor duca di Savoia. E ricercato s'egli n'haveva altre per alcun principe della Corte, rispose che no, perché altre due sole, ch'egli portava de' medesimi principi per la Serenissima regina d'Italia, gliele havea date duo giorni avanti, havendola incontrata di camino, che apunto verso Italia se n'andava. A questo dire fece un cotal atto d'ammiratione il Serenissimo Apollo e i consiglieri tutti si rimirarono taciturni l'uno all'altro in viso. Licentiato il corriero, furono da Claudio Tolomei, gran cancelliere del Senato Delfico, aperte le lettere: l'una delle quali era data in Venetia, l'altra in Turino. E rimirate le sottoscritioni et i sigilli, furono riconosciute per autentiche. Et, havendole lette, s'hebbe in quelle particolar avviso della conclusione delle paci fra Spagna e Savoia, e fra il re di Bohemia e la republica di Venetia, con capitolationi molto giuste e honorevoli alla reputatione de' principi italiani. Il che fu di molto gusto a tutti. Ma subito passando al negotio, per lo quale erano insieme adunati, Apollo disse:

> «Già non occorre che più s'affatichi il Boccalini per dire quello che verisimilmente si possa credere di questo duca di Savoia e di questa regina d'Italia, che in Parnaso si trovano, come ha fatto della republica di Venetia. Già siamo certi che sono persone finte, poiché delle vere l'una va di viaggio, l'altre due si stanno in Italia. Quello ch'hora conviene si è il far diligenza per discoprire l'inganno».

Così detto, mandò alcuni suoi ministri a chiamare la finta regina d'Italia et il falso duca di Savoia, con ordine che subito andasse a Sua Maestà per cosa che molto importava, et altri inviò perché, tratta dall'ospitale la republica di Venetia, la conducessero a lui. Fu ritrovata la regina d'Italia in casa della serenissima Monarchia di Spagna et il duca di Savoia nell'ospitale a visitare la republica di Venetia e tutti tre furono subito condotti ad Apollo. Il quale, tosto che furono avanti di sé, chiamati i sergenti, li fece legare.

E, fatti condurre a parte in due stanze diverse, la republica et il duca, sola ritenne la regina d'Italia, a cui rivolto con gravità senza sdegno, così disse:

> «È così nobile peccato quello della superbia, che non è maraviglia se gli animi grandi facilmente v'incorrono. Generosa donna per certo devi esser tu, poiché tanto alto hai levato il pensiero di volerti far credere la regina d'Italia. Ma non meno sagace ti sei fatta conoscere, quando sì bene hai saputo te stessa trasformare, che tutta questa Corte per tale ti reputava. Ma non è cosa così nascosta che non si riveli. Habbiamo noi già scoperto che tu non sei dessa. Se non si può difendere il tuo peccato, si può nondimeno lodare il tuo ardire. Per non restar dunque fraudata di questa lode, poiché ti si conviene, ragione sarà che tu ci dica chi sei, di donde sei, chi t'ha inanimata a qui venire, con ché speranza e per ché fine ci sei venuta».

Turbossi forte in volto a questo dire la finta regina; tuttavia, facendo forza alla debolezza, rispose che assai si maravigliava che Sua Maestà di quella maniera la trattasse, conoscendola già tanti anni nella sua Corte per la più honorata principessa d'Europa. Sdegnato, Apollo la minacciò molto se il vero non confessava. Ma ella, sempre con audacia maggiore, affermò d'essere la regina d'Italia. Sì che Apollo e tutto quel Consiglio determinò che se le facesse fare la confessione de gli ostinati. E con ciò fu fatta condurre al Giudice del Maleficio, con ordine che la tormentasse fin tanto ch'ella dicesse il vero. Quivi condotta, e per metterla al tormento spogliata, le furono addosso alcune lettere ritrovate e, fra quelle, una piena [di] instruttione di quanto dovea fare in Parnaso et in ché modo, insieme con gli altri duo complici c'haveano a figurarsi la republica di Venetia et il duca di Savoia. Il negotio a loro commesso doveano guidare et in particolare se le trovò scritto parola per parola tutto il ragionamento che la finta republica di Venetia avanti Apollo havea recitato e la riprensione ch'essa finta regina a quella così vigorosamente fece. Convinta dunque per tante maniere, fu dal giudice a discoprire la verità ricercata. Ma ella, non potendo più scusarsi, né volendo il vero manifestare, ostinatamente tacque; per lo che al tormento della corda incontinente fu posta. Cominciò ella al principio a piangere e pur tacere ma, sentendosi aggravar il dolore, con alte grida pregò che la scendessero abasso, che la verità narrarebbe. Il che fatto, fu la prima cosa interrogata chi l'era. Et ella rispose: «Io sono donna Francesca di Quevedo, naturale di Spagna». Cominciò a ridere il giudice e le dimandò come havesse havuto il titolo di *donna*, che solo a persone d'alto grado si suole concedere. Et ella rispose:

> «Signore, già in Ispagna non si guarda a questo, anzi, si stima reputazione della natione nostra che la maggior parte de gli huomini e delle donne si facciano credere cavalieri e dame con un titolo di *don* e *donna*, che non costa nulla».

Qui raddoppiò il giudice le risa, onde il carnefice lo guardò con mal occhio. Era parimente costui di natione spagnolo, di patria castigliana, di nome Gaifero, venuto poco avanti in Parnaso a questo ufficio, per non haversi trovato alcun altro nel mondo che spontaneamente volesse farlo. Intese il giudice nel suo mirar torto ciò ch'ei voleva dire. E perché era faceto, a lui rivolto disse: «Perché mi guardi tu bieco? Pretendi tu ancora forse di essere chiamato don Gaifero?». Et egli:

> «Señor, no haga Vuestra Magestad burla de nuestra nación, que voto a Dios basta dezir Español para dezir hombre valeroso, hidalgo y noble. Y hablando de mí entienda Vuestra Magestad, si no lo sabe, que soy hombre honrado, hidalgo de la Montaña, tan bueno como el rey, y muchos hay con el título de Don, que non son mejores que yo».

Si maravigliò molto il giudice di così stolta arroganza della gente vile di quei paesi. Ma, seguitando il suo negotio, si rivoltò a donna Francesca, la quale, interrogata della qualità della sua persona, rispose:

> «Io nacqui di padri assai honorati, ma poveri; onde per la povertà non potei sostentar l'honore. Nella mia gioventù fui stimata gratiosa et affabile, sì che molti signori si pigliavano gusto della mia conversatione per sentirmi a dire moti e facetie, nel che valsi assai. Con questo io mi procacciava il vitto alla giornata, andando a mangiare hoggi in casa d'uno, domani d'un altro. Io non fui bella per poter servire d'amica. Seppi però servir molto bene per mezana e ministra d'amori. Nell'inventar menzogne e ordir inganni sono stata sempre singularissima. Per adornarmi di qualche virtù sopranaturale, attesi un poco di tempo all'arte magica, e particolarmente volli sapere il modo di far andare gli huomini invisibili e, quasi altra Circe o Medea, trasformare tutte le creature. Nel che, compiacendo più d'una volta a gli humori piacevoli di don Pietro di Giron, duca d'Ossuna, mio signore e mio idolo, hora in forma di lupo, hora di porco, hora di tigre, l'ho fatto andare nel regno di Sicilia e in quel di Napoli. Et altre volte, mutando la sua forma in altra forma humana, l'ho saputo assomigliare ad Amurat Rais, famoso corsaro, a Mahometto, gran turco, e a Dionisio di Siracusa, tiranno. Con quest'arte m'ho appresso di lui acquistato tal gratia, che ancora me ha fatto partecipe di que' tanti beni, de' quali ha la Sicilia spogliato e Napoli va spogliando. E con l'istessa arte me stessa nella regina d'Italia e donna Urraca e don Beltran, che sono gli altri miei compagni presi, quella nella republica di Venetia, questi nel duca di Savoia ho trasformato».

Interrogata chi fossero questa donna Urraca e don Beltran, rispose che quella era una povera giovane amica sua, che per guadagnarsi la vita teneva stanza nella casa publica di Madrid, e don Beltran era suo drudo. Interrogata chi l'havea indotta a fare queste transformationi, rispose che alcuni

ministri principali della Serenissima Monarchia di Spagna le havevano persuaso che per honore della sua patria conveniva che così facesse; ed ella havea indotto gli altri due, che in tutto dependevano dalla sua mano, a seguitarla et essequire quanto da lei fusse loro commesso, con promessa di grandissime remunerationi. Interrogata ché pretendevano fare con queste inventioni, rispose:

> «Perché si vedevano tutte le cose della Serenissima nostra Monarchia andar in sinistro, sì che la reputatione sua era già morta, parve a quei ministri che fusse prudente consiglio, già che non si poteva con verità, almeno con finte apparenze, far credere al mondo il contrario. E perché la riputatione consiste nella stima et opinione che s'ha delle cose, e l'opinione nasce dalla fama che nel volgo si va spargendo, giudicarono esser modo opportuno per questo intento il far credere al volgo ignorante di Spagna et a' principi di questa Delfica Corte che Venetia fosse in somma miseria et il duca di Savoia affatto in ruina, sottomessi e conculcati dal valore dell'armi nostre; e che la regina d'Italia, a noi amica, contra di loro con molta ragione, con esser suoi naturali, si fusse sdegnata. Col volgo di Spagna s'è usata quest'arte: che alcune persone, parte con nomi finti, come Emanuel Tordesiglia, Christoval Ramirez e Diego de Iuara, parte senza nome alcuno, sono andati celebrando con la voce, con le scritture e con le stampe le sciagure successe alla republica et al duca di Savoia, e le gloriosissime vittorie di Spagna, adulterando le vere et raggiungendone di false. Così s'è publicato che l'armata di Napoli havea combattuto e vinto quella di Venetia; che quella republica caricava il popolo di sì grossi tributi, che non havea robba che bastasse a pagarli; che sotto Gradisca haveano i venetiani perduto la campagna et i forti, sì che s'erano ridotti a serrarsi dentro di Palma; che nella città di Venetia si periva di fame; che l'armata del turco andava in suo soccorso et havendosele mandato a questo fine quattrocento mila ducati, erano stati presi da don Pietro di Leiva; che dieci galeoni di Portogallo havevano combattuto con molto maggior numero de' corsari e gli havevano sconfitti; che Vercelli s'era renduto con patti molto dannosi e poco honorati, essendo usciti i soldati senz'arme e pagato la città trecento mila ducati; che il duca di Savoia era rimaso un povero soldato, non gli essendo restato più che l'armi e'l cavallo; che il cardinale Aldobrandino havea ceduto alla Serenissima Monarchia di Spagna tre milioni d'oro, ch'havea nella Cecca di Venetia, e recusando la Republica di darli, Sua Maestà gli ricupererebbe per forza d'armi.
>
> Con queste et altre simili novelle che si sono inventate e sparse fra la plebe, ha parso che si potesse dar gloria all'armi di Spagna, coprendo l'ignominia di molte attioni mal fatte e danni ricevuti. Come l'haver il duca d'Ossuna in tempo di pace fato trattenere nel porto di Brindisi un vassello di Venetia di molto valore; l'havere sotto parola regia e lettere di sicurezza prese le galere delle mercantie che andavano a Spalatro; l'haversi gli anni addietro perduto

> sotto Asti un fioritissimo essercito, senza far mai cosa buona; l'haver don Pietro di Toledo lasciato distruggere dal duca di Savoia la maggior parte del Monferrato, lo stato di Messerano et alcuni luochi nel Milanese o per debolezza, se non lo poté impedire, o per malignità, se non lo volse fare; il lasciar in preda tutte le riviere di Spagna a nimici corsari, ch'hanno fatto schiave tante anime in Galitia, presi molti vascelli e molti gittati a fondo, e scorrono a suo piacere tutti quei mari. E qualche altra cosa simile alle predette, poco buona e meno honorata. Ma perché la verità è una sola e dove si trova diversità bisogna che vi sia bugia, e li seminatori di queste novelle sono stati gente sciocca, c'huomini di prudenza non si mettono mai a tali ufficii: quindi è seguito che, parlando diversamente l'uno dall'altro, hanno facilmente perduto il credito. Sì che fra i medesmi spagnoli s'è dubitato o che le nuove fussero in tutto false, come erano molte, o che fussero dal vero assai diverse, come erano tutte. Tuttavia molti per simplicità, molti per leggerezza, molti per arroganza hanno udito volentieri le cose dette in favore della nostra natione e le credono più che l'Evangelo. Sì che la diligenza non è riuscita in tutto vana in quei paesi. Quello poi ch'io volessi far qui, et in che modo, già s'è veduto; onde è soverchio ch'io ne dica altro».

Interrogata come s'havea persuaso di seminar tali inganni, dove è il Monarca della Sapienza et i più intendenti huomini dell'universo, rispose che l'absenza della republica di Venetia e del duca di Savoia da questa Corte, e questa congiuntura della partita della regina d'Italia le havea porto confidenza di poter far credere ciò ch'havesse voluto; e che, seminata la zizania, ella co' suoi compagni haveriano preso occasione di partirsi. E se ben poi, dopo qualche stagione, si fusse scoperta la verità, ad ogni modo non sarebbe in tutto rimasa fraudata l'intentione sua perché, imbevutasi una volta una opinione, ancorché falsa, egli è quasi impossibile il rimoverla già mai totalmente dalla mente degli huomini.

Interrogata se la Serenissima Monarchia di Spagna era consapevole di questi trattati, come era verisimile, poiché in suo favore si facevano, rispose che non lo sapeva dire, ma, se n'era consapevole, che l'havea sempre dissimulato, come è di sua natura in casi tali.

Interrogata come sapendo tanto di magia, non s'era insieme co' suoi compagni resa invisibile, o almeno trasformata in qualche bestia per fuggire, vedendosi in tanto pericolo, rispose:

> «Assai bestie siamo stati tutti tre a mettersi a questa impresa. Quanto all'interrogatione, dico che non ho potuto usare l'arte mia, non mi ritrovando in libertà, perché Apollo, troppo avveduto quando meno io lo pensava, mi fece legare».

Super generalia recte respondit.

Con questo essame, nel quale s'erano scoperte tante bugie e tanti inganni con tante malitie, fu subito ricondotta avanti Apollo donna Francesca di Quevedo e, vista la sua confessione, furono fatti venire donna Urraca e don Beltran; i quali, posti a fronte di donna Francesca e veduta scoperta ogni cosa, ratificarono di conformità la confessione di lei. Commandò Apollo che fussero menati in una oscurissima prigione sotto buona guardia e poi cominciò subito fra' suoi consiglieri a trattare del castigo che per giustitia conveniva dar loro. Pareva alla più parte di quei signori che si dovessero punire nella vita con qualche morte atrocissima, essendo il delitto loro di lesa maestà. Ma Francesco Guicciardini fu di contrario parere, allegando che con la morte loro si sarebbe estinta, o almeno appresso pochi saria rimasa viva la memoria di questo grave e strano successo: la qual conveniva che, per notitia universale de' principi e de' privati che capitano di tempo in tempo a questa Corte, rimanesse perpetua. Parve buono il consiglio et, havendosi lungamente trattato del modo, Apollo sententiò in questa maniera:

- Che si facessero fare tre corone di carta, una in forma imperiale, l'altra reale, la terza ducale. La prima per donna Francesca, regina d'Italia, la seconda per donna Urraca, republica di Venetia, la terza per don Beltran, duca di Savoia.
- Che con tre sigilli di ferro con l'armi della regina, della republica e del duca, ben infocati, si dovesse segnare tutti tre, come s'usa le persone schiave, nella fronte e nelle guancie.
- Che con questi adornamenti fussero, all'uso di Spagna, posto ciascuno sopra un asino, passeggiati per le piazze e strade principali di questa Corte nell'hora di terza e frustati con ducento stafillate per ogn'uno.
- Che fussero confinati in una perpetua carcere, la quale dovesse havere una gran fenestra con fortissime ferrate sopra la piazza publica del Mercato, acciò stessero sempre alla vista di tutti.
- Che per vitto loro non havessero mai altro che pane et acqua. E che sopra la detta fenestra della carcere fusse posta una pietra di marmo con l'inscrittione de' nomi loro, del loro delitto e del castigo ricevuto.

In questa conformità, dunque, hieri mattina fu essequita la sentenza, con tanto concorso di popolo, che giamai se n'è veduto eguale. E fu cosa di maraviglia che tutti i principi di questa Corte che sogliono, come è ragione, fuggire di ritrovarsi a simili spettacoli, concorsero nondimeno a veder questo, come cosa rara. Allegrissimi tutti che fussero state scoperte e castigate tante calunnie contro nobilissimi e potentissimi principi inventate, restando a questo modo fatti sicuri tutti gli altri da simili malignità. Solo la Serenissima Monarchia di Spagna non si lasciò vedere, la quale,

come s'intese da' suoi cortegiani, era un poco indisposta: non si sa se per dispiacere che i suoi ministri senza sua saputa habbiano tentato una cosa tanto indecente, macchiando la candidezza et il decoro ch'ella publicamente professa; o se per dolore che l'inganno non habbia sortito l'effetto che si desiderava, il quale, come si credeva, haveria potuto rendere la perduta reputatione all'armi sue.

Hora se ne stanno i tre condennati rinchiusi nella carcere nel modo detto, per infamia della loro natione, per essempio de' tristi e per ischerzo de' fanciulli, i quali a tutte l'hore stanno facendo burla di loro chiamandoli Maestà, Serenità et Altezza, e sono così inquieti et importuni, gittando loro addosso pomi marci, fusti di verzi, fango e mill'altre porcherie. E dicendo loro infinite ingiurie, che si crede al sicuro che gli habbiano a far impazzire.

«Quien tal haze, ansí le pague».

IL FINE.

978-84-1091-297-7 (PDF) / 978-84-1091-281-6 (impreso)
https://doi.org/10.14201/0AH0017219262

4. LA NEUTRALIDAD VENECIANA EN DISPUTA
La crisis de la Valtelina y la persuasión política en un *avviso di Parnaso*

María Sol García González
Universidad Nacional de Educación a Distancia

Cuando Francisco de Quevedo reflexionaba en *Mundo caduco* sobre los medios a través de los cuales el rey de España articulaba la defensa de los potentados de Italia y procuraba mantener la balanza de sus fuerzas en equilibrio, el escritor español afirmaba que el fundamento de esa política de conservación había sido siempre «la neutralidad de la Valtelina»[1]. A esa misma metáfora de la balanza recurría también en *Lince de Italia*, cuando observaba que «si el Bocalino, en el peso de Lorenzo de Médicis, pesara a la república de Venecia con Italia en disensión con Vuestra Majestad, viera cuánto más pesaba que ella»[2]. A comienzos del siglo xvii, la imagen de un sistema regido por un constante reajuste de fuerzas expresaba con nitidez la configuración del espacio político italiano y, en esa arquitectura de contrapesos, Venecia se perfilaba como uno de los actores de primer orden frente a la Monarquía de España. La contienda literaria vino a canalizar una conflictividad que no solo se manifestaba en el terreno político y diplomático, sino que encontraba en la palabra escrita un instrumento eficaz de persuasión y de formación de opinión. En este contexto, los *Ragguagli di Parnaso* publicados en Venecia en 1612 y 1613 inauguraron un género tan criticado como admirado. Si Traiano Boccalini se situaba en un antiespañolismo explícito –especialmente visible en los textos inéditos e impresos tras la primera y segunda centuria–, también desde la esfera literaria española se participó en ese antagonismo político-literario, en

[1] Francisco de Quevedo, *Mundo caduco*, ed. por Javier Biurrun Lizarazu (Pamplona: EUNSA-Ediciones Universidad de Navarra, 2000), 120.

[2] Alessandra Ceribelli, *La literatura italiana en la obra de Quevedo* (Tesis doctoral, Universidad de Santiago de Compostela, 2020), 109.

ocasiones recurriendo al mismo molde satírico. Así lo evidencian escritos como *La república de Venecia llega al Parnaso y refiere a Apolo el estado en que se halla* (1617), una pieza de estructura aparentemente inspirada en el *ragguaglio* IV de la tercera centuria de Boccalini y que parte de la crítica ha atribuido a Francisco de Quevedo[3]. En este sentido, la confrontación abierta en torno a la Valtelina en los años veinte del Seiscientos constituyó uno de los escenarios en los que se hizo visible la divergencia de intereses y posicionamientos entre la Monarquía de España y la república de Venecia. Al mismo tiempo, esa tensión se trasladó al terreno de las batallas de tinta y papel, proyectándose a través de manuscritos e impresos que llevaron al espacio literario las fricciones propias del ámbito político.

El manuscrito objeto de este capítulo –redactado bajo la forma de *avviso di Parnaso* (texto 4.1) y articulado en torno al conflicto de la Valtelina– se inscribe plenamente dentro de ese género literario puesto al servicio del poder político y concebido para difundir argumentos, moldear opiniones y contrarrestar posiciones[4]. El texto, inédito y conservado en la Biblioteca Apostolica Vaticana, ofrece un ejemplo particularmente significativo de apropiación del registro alegórico de Boccalini desde una clave interpretativa afín a la Monarquía de España[5]. Aunque sin referencias explícitas que permitan fijar con exactitud su datación, el marco cronológico en el que cabe encuadrarlo se sitúa a principios de 1621. A través de un dispositivo narrativo ambientado en el Parnaso supraterrenal, el manuscrito pone en escena las consideraciones que diversos políticos y eruditos venecianos sostienen acerca del papel que debía desempeñar la Serenísima en la guerra de la Valtelina. El carácter filoespañol del escrito se advierte en el tono elogioso dedicado al gobernador de Milán, el III duque de Feria, y, sobre todo,

[3] Federica Cappelli, «'La República de Venecia…' (1617): 'vendetta' e satira parodica dei 'Ragguagli di Parnaso' boccaliniani», *Cuadernos de filología italiana* 10 (2003): 51-61. De esta misma autora, véase también Federica Cappelli, «Hacia una definición del papel de Quevedo en Italia», *La Perinola* 21 (2017): 17-18.

[4] Resultan de interés sobre el concepto de «literatura de combate» las obras de Josette Riandière, «Del manuscrito al texto impreso, del libelo al tratado: las implicaciones de España en la política francesa en tiempos de Felipe II (1585-1590)», en *El escrito en el siglo de Oro. Prácticas y representaciones*, coord. por Agustín Redondo, Pedro Manuel Cátedra García y María Luisa López-Vidriero Abelló (Salamanca: Universidad de Salamanca, 1988), 193-204; María Soledad Arredondo, «Transmitir y proclamar la religión: una cuestión de propaganda en las crisis de 1635 y 1640», *Criticón* 102, (2008): 85-101.

[5] *Avvisi di Parnaso sopra la Valtellina*, *ca.* 1621, Biblioteca Apostolica Vaticana (BAV), Ott. Lat. 2411, fols. 21r-28v.

en la arquitectura argumentativa mediante la cual el orador imaginario, a lo largo de un extenso recorrido histórico, interpreta las relaciones entre Venecia y la Monarquía en clave justificativa y legitimadora[6]. Estas relaciones transitaron durante el siglo XVI desde un equilibrio de «prudencias enfrentadas» hacia un estadio de desconfianza mutua que, a principios del Seiscientos, se vio intensificado por las renovadas pretensiones de Francia de volver al territorio italiano[7].

En ese clima de desconfianza se inicia el siglo XVII, cuyo primer episodio de fricción, aunque formalmente circunscrito a las relaciones entre Venecia y Roma, fue el *Interdetto* (1606-1607), conflicto que evidenció las tensiones que atravesaban el espacio político italiano[8]. En la guerra de Gradisca (1615-1617), será el Imperio la contraparte en la discordia; mientras que, en 1620, la cuestión de la Valtelina pondrá de manifiesto los intereses enfrentados por los pasos alpinos y la importancia geopolítica que estos revestían para la República –rodeada por los dominios de la Casa de Austria– llevándola a alinearse contra la Monarquía de España. Hubo también en estos años tensiones diplomáticas como la denominada «conjura de Bedmar», en 1618, o fronterizas, como la originada en 1621 por la utilización por parte de tropas de la Monarquía de la *estrada imperial* (siguiendo la antigua Via Claudia Augusta conectaba las riberas del Po con los pasos alpinos y el Danubio). En esta coyuntura, durante estas primeras décadas del Seiscientos, desde las imprentas de Venecia se desplegó una batalla de escritos, algunos de los cuales proyectaban la sombra de Boccalini, percibido cada vez más como «avversario dell'assolutismo e del dominio spagnolo in Italia»[9]. Por su parte,

[6] Cabe señalar dentro de esta contienda literaria otro aviso, este con una huella profundamente antiespañola, datado en 1618: *Avviso di Parnaso, nel quali si racconta la povertà, e miseria, dove è giunta la Republica di Venetia, et il Duca di Savoia…* (Antopoli: nella stamperia Regia, 1618) (véase la versión española de 1618 que se edita aquí en el texto 3.2). Véase Federica Cappelli, «*La República de Venecia…* (1617) y el *Castigo esemplare de' calunniatori* (1618): ¿una contienda político-literaria entre Francisco de Quevedo y Giacomo Castellani?», *La Perinola* 15 (2011): 37-55.

[7] Bruno Anatra, «Due prudenze a confronto», en *Venezia e la Spagna*, ed. por Bruno Anatra *et al.* (Napoli: Electa, 1988), 29-48.

[8] En el ámbito que nos ocupa resulta de interés la obra de Filippo De Vivo, *Information and communication in Venice: Rethinking Early Modern Politics* (Oxford: Oxford University Press, 2007).

[9] Francesco Benigno, «Dialoghi dell'al di là. Immaginario ultraterreno e urgenze politiche nella cultura politica italiana del Seicento», *e-Spania. Revue interdisciplinaire d'études hispaniques médiévales et modernes* 21 (2015): 3. Como señala este autor, solo en los primeros siete años después de la muerte de Boccalini se contabilizaron más de cincuenta

desde el ámbito de la Monarquía, plumas como la de Quevedo respondían con igual contundencia, describiendo a Venecia sin ambages como «el albañar de las monarquías, por donde purgan las inmundicias de la paz y de la guerra»[10]. En el contexto de la Valtelina, la proliferación de relaciones de sucesos y relaciones verdaderas revela hasta qué punto la difusión y circulación de ideas se había consolidado como un instrumento eficaz de intervención política[11]. Por otra parte, autores de la talla de Paolo Sarpi participaron también en esa dinámica con escritos como la *Breve relazione di Valtellina*[12]. En el marco de este diálogo político-literario, algunos textos de orientación filoespañola recurrieron igualmente al registro difundido por Boccalini. A esta constelación de escritos, elaborados conforme a ese nuevo *topos* literario, pertenece el *avviso di Parnaso* (texto 4.1) sobre la Valtelina que se analiza a continuación.

La cuestión de la Valtelina llega al Parnaso

Como sucede en los *Ragguagli*, donde la mediación entre el Parnaso y el escenario político sometido a juicio se articula a través de correos portadores de noticias, el *avviso* se abre con la llegada de un mensajero que anuncia la rebelión en la Valtelina. La escena inicial sitúa al lector en la primera disputa dialéctica en torno a cuáles fueron las causas y quiénes los responsables de la sublevación. Comienza de este modo a perfilarse la posición de los presentes ante los hechos cometidos por los católicos contra la población protestante del valle en julio de 1620 y que la historiografía ha denominado *Sacro Macello*[13]. En el eje del debate, los venecianos, «come mal affetti degli spagnoli», proclamaban que el levantamiento se había producido por instigación de estos; mientras que otros interlocutores presentes en el

---

ediciones de sus obras. También de interés sobre la Venecia del siglo xvi, véase Massimo Rospocher y Rosa Salzberg, *Il mercato dell'informazione. Notizie vere, false e sensazionali nella Venezia del Cinquecento* (Venezia: Marsilio, 2021).

[10] Ceribelli, «La literatura italiana», 65.

[11] Greta Lombardi, *La guerra de la Valtelina entre crónica y literatura* (La Coruña: SIELAE, 2020).

[12] Paolo Sarpi, *Breve relazione di Valtellina: con un dialogo fra Mario Soldati e Camillo De Piaz* (Tirano: Marco Vigevani Agenzia letteraria, 2010).

[13] Dentro de la abundante bibliografía relativa al conflicto de la Valtelina, destaca como obra de referencia *La Valtellina crocevia dell'Europa. Politica e religione nell'età della Guerra dei Trent'anni*, ed. por Agostino Borromeo (Milano: Editoriale Giorgio Mondadori, 1998).

Parnaso situaban el origen de la revuelta en la desesperación de los propios católicos sometidos al dominio de los grisones reformados. Tampoco faltaron quienes atribuían la sublevación al ánimo de venganza del embajador francés Étienne Gueffier, quien, tras las afrentas sufridas por parte de los grisones y su consiguiente salida forzada de Coira, habría contribuido de manera determinante a la sublevación[14]. Sobre este último, el embajador veneciano en Francia, Anzolo Contarini, había escrito en octubre de 1620 un despacho al Senado veneciano en el que lamentaba los procedimientos de Gueffier contra la República, criticando además su estrecha relación con el embajador de la Monarquía de España en los cantones esguízaros, el milanés Alfonso Casati, y su apoyo explícito a los intereses de los españoles; cuestiones que, según Contarini, habían influido en la gente de la Valtelina dando lugar a la rebelión[15].

En el plano alegórico del *avviso*, el narrador introduce un nuevo anclaje cronológico al señalar que en octubre «giunse l'ordinario d'Italia con il quale fu accennato l'ingresso de Spagnoli in Valtellina e la rotta de Svizzeri e Grisoni a Tirano»[16]. La noticia, que irrumpe en el escenario del Parnaso, remite de nuevo a acontecimientos bien concretos. En efecto, tras la sublevación de julio de 1620 y la movilización de los grisones católicos exiliados desde la Engadina –territorio de las Ligas Grises al noreste de la Valtelina–, el duque de Feria recibió la petición de auxilio de los cantones católicos ante la amenaza de los cantones de Berna y Zúrich. Estos cantones protestantes pretendían alcanzar la Valtelina para socorrer a los grisones y en su marcha se encontraron con la oposición de los territorios católicos. El socorro estaba estipulado en la liga entre la Monarquía y los suizos firmada por Felipe II en 1587[17]. El 20 de agosto, el gobernador de Milán informaba a Felipe III de que «viendo cuan justo era cumplir con esta obligación» había dado orden de mandar gente de guerra[18]. El 15 de agosto, Jerónimo Pimentel, general de la caballería del estado de Milán, había llegado desde el fuerte

[14] Etienne Gueffier (1573-1660), embajador francés en las Tres Ligas entre 1615 y 1621; posteriormente embajador en la Retia (1621-1623) y más tarde encargado de los asuntos franceses en Roma (1623-1660).

[15] *Calendar of State Papers Relating To English Affairs in the Archives of Venice, Volume 16, 1619-1621*, ed. por Allen B. Hinds (London: His Majesty's Stationery Office, 1910), 420-430.

[16] *Avvisi di Parnaso sopra la Valtellina,* fol. 21r.

[17] La liga firmada por Felipe II en 1587 se concertó con seis cantones suizos católicos. Posteriormente, en 1597, se estableció un nuevo acuerdo con el cantón de Appenzell.

[18] Carta de Gómez Suárez de Figueroa, duque de Feria, al rey Felipe III. Milán, 20 de agosto de 1620, AGS, Estado, leg. 1924, doc. 65,

de Fuentes a la ribera de Chiavena, forzando a los grisones a abandonar el valle. El general español regresaba a los territorios de Milán dejando 300 infantes para controlar el paso. En el aviso que Feria enviaba al rey después de estas maniobras, el gobernador confirmaba que toda la empresa se había realizado «sin artillería ni banderas de Su Majestad», matiz que la narración del *avviso* recoge explícitamente en su reconstrucción de los hechos[19].

Según el texto, las noticias recién llegadas «fecero meravigliosamente restare attoniti tutti e particolarmente i veneziani, stimando questo colpo mortale alla loro repubblica»[20]. El narrador matizaba que otros, como el conde de Fuentes, celebraron los nuevos acontecimientos. Pedro Enríquez de Guzmán de Acevedo y Toledo (*ca.* 1525-1610) había sido nombrado gobernador de Milán en 1600 y, como sus predecesores, consideraba que la garantía de la neutralidad de los pasos alpinos y el buen manejo de las relaciones con los vecinos del norte constituían un elemento central en el gobierno del estado y de la Monarquía[21]. La importancia de estos valles alpinos, limítrofes con los territorios de los Habsburgo, era manifiesta ya desde tiempos de Maximiliano I, cuando el emperador estableció una liga hereditaria con esguízaros, valesanos y grisones[22]. Estos valles adquirieron también un papel estratégico para la Monarquía de España y, de manera particular, para el estado de Milán, en la medida en que constituían una de las principales vías de comunicación con el escenario europeo. Así, la liga concertada en 1587 con los cantones católicos, bajo el gobierno de Carlo Aragona Tagliavia, respondía a la necesidad de garantizar el control de los pasos alpinos y de fortalecer la defensa del estado milanés ante el avance de la Reforma. La centralidad de estas cuestiones aparece formulada en la *Relatione e instruttione per lo stato di Milano* que Scipio di Castro dedicó al duque de Terranova y en la que formulaba las principales consideraciones

[19] Carta de Gómez Suárez de Figueroa, duque de Feria, al rey Felipe III. Milán, 20 de agosto de 1620, AGS, Estado, leg. 1924, doc. 65. La referencia a los hechos en el manuscrito se encuentra en el fol. 21r.

[20] *Avvisi di Parnaso sopra la Valtellina,* fol. 21r.

[21] Miguel Ángel Echevarría Bacigalupe, «Pedro Enríquez de Guzmán de Acevedo y Toledo», en *Diccionario Biográfico Español (DBE)*. https://historia-hispanica.rah.es/biografias/15354-pedro-enriquez-de-guzman-de-acevedo-y-toledo. Véase también Lucio Martínez Aragón y Michela Fior, *El conde de Fuentes de Valdepero y el Fuerte de Fuentes en el Camino Español* (Valladolid: Glyphos, 2015).

[22] En 1518 Maximiliano I concluía una alianza hereditaria con las Tres Ligas después de haber firmado en 1500 un acuerdo por veinte años con la Liga Caddea y la Liga de las Diez Jurisdicciones, ampliada en 1502 a la Liga Gris. Esta liga hereditaria fue periódicamente renovada y permaneció en vigor hasta 1798.

para el gobierno de Milán. El erudito italiano advertía que, con esguízaros y grisones, además de atender a las cuestiones de la guerra, era preciso mantener en todo momento «cautela e diligenza» como principios rectores de una política orientada a la estabilidad[23].

Cuando el duque de Feria llegó a Milán a comienzos de agosto de 1618, la cuestión de la Valtelina era un asunto presente en el horizonte político de la Monarquía. A los pocos días de su llegada, se enviaba a Madrid una *Relación del estado de las cosas en Grisones* elaborada por Alfonso Casati, embajador de la Monarquía de España en los cantones grisones y esguízaros, y dirigida a Felipe III[24]. En su extenso escrito, el embajador describía la situación de este valle ubicado al sur de los Alpes y al norte de Milán (fig. 1), incorporado al dominio de las Tres Ligas tras la cesión francesa de 1512 y habitado por una población mayoritariamente católica. La relación iba acompañada de una carta al marqués de Villafranca, en la que Casati daba cuenta de las novedades que habían acontecido desde su partida observando que no era preciso abundar en más explicaciones puesto que el diseño en torno a la Valtelina era «obra de sus manos»[25]. En dicha relación, Casati subrayaba la oportunidad del momento e instaba a una intervención inmediata, convencido de que, dada la gravedad y los excesos atribuidos a los reformados, ni siquiera Francia se opondría a una intervención a favor de los católicos. El embajador dejaba entrever que, en caso de que los franceses pusieran alguna objeción, su protesta no iría más allá de reclamar la restitución del territorio, lo que daría lugar a prolongadas negociaciones. Llegados a ese escenario –concluía– cabía esperar que, mediante tratados de restitución, «las cosas del servicio de Dios y del de Vuestra Majestad quedarían mejoradas en gran manera»[26].

En esa misma línea, el duque de Feria escribía al marqués de Villafranca en noviembre de 1618 solicitando su intercesión ante el monarca. Instaba a una pronta resolución de un asunto, sobre el que añadía, «sabe Vuestra

[23] Scipio di Castro, «Relatione e instruttione per lo Stato di Milano», en *Thesoro politico cioè, Relationi, Instruttioni, Trattati i Discorsi varii* (Colonia: Academia Italiana di Colonia, 1589), 306v.

[24] *Relación del estado que tenían las cosas en Grisones*. Milán, 19 de agosto de 1618, AGS, Estado, leg. 1921, doc. 102.

[25] Carta de Alfonso Casati, embajador ante grisones, a Pedro de Toledo, marqués de Villafranca. Milán, 19 de agosto de 1618, AGS, Estado, leg. 1921, doc. 99.

[26] *Relación del estado que tenían las cosas en Grisones*. Milán, 19 de agosto de 1618, AGS, Estado, leg. 1921, doc. 102.

Excelencia tanto más que todos»[27]. A principios de diciembre, en su correspondencia con el rey Felipe III, Feria exponía la conveniencia de que el estado de Milán recuperase el valle alpino, lo que permitiría a la Monarquía dejar de depender de la voluntad de los esguízaros para el tránsito por los pasos alpinos. En este sentido, advertía que

> cuanto más nos importa a nosotros, tanto más les importa a venecianos que no venga en nuestro poder, pues no solo aseguraríamos los pasos para Alemania pero cerraríamoslos a ellos con los confines de la Casa de Austria y del Estado de Vuestra Majestad[28].

Partiendo de esta premisa, el gobernador no dejaba lugar a dudas de cuál sería la reacción de Venecia y mostraba su convencimiento de que la República recurriría a todos los medios –dinero, negociaciones y armas– para persuadir a franceses y esguízaros de prevenir que la Valtelina cayera en manos de la Monarquía de España. En estas circunstancias, en mayo de 1619, Felipe III escribía a Feria sobre los designios en torno a la Valtelina ordenándole que dispusiera todo lo necesario y que todos los gastos derivados de la empresa se cubrieran con recursos del estado de Milán[29]. El monarca subrayaba, además, la conveniencia de actuar con el máximo secreto y advertía que no fueran enviados ni españoles ni italianos, de modo que fuesen los propios grisones católicos quienes tomaran posesión de la Valtelina «sin nombre ni aprovechamiento» de la Monarquía[30]. A pesar de que la decisión parecía ya tomada, las dificultades en los preparativos –especialmente en el reclutamiento de tropas en el Tirol–, junto con los retrasos en la remisión de fondos desde Milán, hicieron que la sublevación se aplazara hasta el verano del año siguiente.

Retomando la narración del *avviso*, la escena se trasladaba a la imaginaria asamblea convocada por los venecianos para deliberar sobre la situación generada por la revuelta de los valtelineses y el control ejercido por los españoles en el valle. El debate se articulaba en torno a tres figuras

[27] Carta de Gómez Suárez de Figueroa, duque de Feria, a Pedro de Toledo, marqués de Villafranca. Milán, 6 de noviembre de 1618, Archivo General Fundación Casa Medina Sidonia (AGFCMS), leg. 1569, fol. 18.

[28] Carta de Gómez Suárez de Figueroa, duque de Feria, al rey Felipe III. Milán, 3 de diciembre de 1618, AGS, Estado, leg. 1919, doc. 103.

[29] Carta del rey Felipe III a Gómez Suárez de Figueroa, duque de Feria. 9 de mayo de 1619, AGS, Estado, leg. 1923, cit. por Antonio Giussani, *La riscossa dei Valtellinesi contro i Grigioni nel 1620* (Como: E. Cavalleri, 1935), 317-319.

[30] *Ibidem*.



Fig. 1.
Alpinae seu Foederatae Rhaetiae Subditarumque ei Terrarum nova descriptiom, en *Le Theatre du Monde ou Nouvel Atlas. Seconde Parti* (Amsterdami: Apud Guiljelmum et Iohannem Blaeu, 1635). Biblioteca Nacional de España, GMG/268, mapa 45. © Biblioteca Nacional de España.

políticas –tres dogos– cuya autoridad histórica confería peso y legitimidad a las posiciones que el texto ponía en circulación. El primero en tomar la palabra era Leonardo Loredan, cuyo gobierno (1501-1521) estuvo marcado por la crisis abierta por la Liga de Cambrai, impulsada por Julio II en 1508[31]. En su intervención, el dogo reivindicaba el papel del Rey Católico quien, frente a las pretensiones de Maximiliano de Habsburgo y de Luis XII de infligir un golpe definitivo a la República, había optado por limitarse a recuperar el reino de Nápoles, favoreciendo, indirectamente, la reincorporación de Padua al dominio veneciano. En este tránsito entre lo histórico y lo imaginario, entre el presente y el pasado, las palabras de Loredan incidían en el contexto de la Valtelina al referirse a los designios de la Casa de Austria de unir los territorios del Tirol y el estado de Milán. A continuación, era el dogo Andrea Gritti quien exclamando «vorrei poter ritornare e insegnare alla Repubblica quelle regole che segui» encabezaba un discurso en el que evocaba con nostalgia la política de Venecia durante los años de su gobierno (1523-1538) ante el enfrentamiento entre Carlos V y Francisco I[32]. Por último, Leonardo Donato o Donà –embajador de Venecia en la corte de Felipe II entre 1570 y 1573 y elegido dogo en 1606– recordaba la prudencia con que contuvo las posiciones más intransigentes durante el *Interdetto* inclinadas a promover una confrontación directa con Felipe III por haberse declarado en favor del papa[33]. Sus palabras remitían a la cautela mantenida durante el conflicto, cuando el dogo había llegado a exponer ante el Senado una propuesta favorable a la mediación española, que finalmente fue rechazada. En su imaginario discurso en el Parnaso, tras formular una crítica implícita a Paolo Sarpi y aludir al filósofo Cesare Cremonini, cerraba su intervención situando el relato alegórico en el lado católico de la confrontación confesional. A su juicio, la regeneración de la República pasaba por una depuración doctrinal que erradicara las corrientes próximas a la herejía y permitiera así el restablecimiento de la fe[34].

[31] Véase Michela Dal Borgo, «Loredan, Leonardo», en *Dizionario Biografico degli Italiani* (Roma: Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 2005), vol. 65. https://www.treccani.it/enciclopedia/leonardo-loredan_%28Dizionario-Biografico%29/.

[32] Véase Gino Benzoni, «Gritti, Andrea», en *Dizionario Biografico degli Italiani* (Roma: Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 2002), vol. 59. https://www.treccani.it/enciclopedia/andrea-gritti_%28Dizionario-Biografico%29/.

[33] Véase Gaetano Cozzi, «Donà, Leonardo», en *Dizionario Biografico degli Italiani* (Roma: Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 1991), vol. 40. https://www.treccani.it/enciclopedia/leonardo-dona_%28Dizionario-Biografico%29.

[34] «Se ritornassi in Venezia con due salassi la vorrei guarire dalle tante malattie, prima levar il sangue delle putride e fetide dottrine, e che ritornerebbe la fede», en *Avvisi di*

Estas breves intervenciones de Loredano, Gritti y Donà fijaban el eje dialéctico en torno al cual se articulaba el *avviso*: el debate sobre la posición que debía adoptar Venecia ante la cuestión valtelinesa y, en un plano más amplio, la orientación de la República en sus relaciones con la Monarquía de España[35]. A continuación, el discurso central se pondrá en boca de Paolo Paruta, cuya elección no es circunstancial, sino que prefigura la lectura política que el texto pretende sostener[36]. Paruta fue embajador de Venecia en Roma, historiógrafo oficial de la República desde 1580 y autor de *Discorsi Politici* (1599). Entre los textos que no fueron incluidos en la edición *princeps* de los *Discorsi* figura el *Discorso sulla neutralità*[37]. El erudito veneciano aborda el tema de la neutralidad –entendida como equidistancia entre dos contendientes– también en los discursos II y VII, donde, particularmente en este último, la vincula de manera explícita con la quietud italiana. Sin embargo, en el *Discorso sulla neutralità* la reflexión adquiere un tono más marcadamente veneciano, al poner el foco en valorar hasta qué punto esa política de abstención practicada por la República, había redundado en su propio beneficio. Desde la paz firmada en Bolonia en 1529 –en el marco de las guerras de Italia–, el patriciado veneciano orientó su acción política hacia una neutralidad que consideraba la opción menos perjudicial y la vía más eficaz para defender la libertad de la República. Sobre este trasfondo, Paruta abría el *Discorso* preguntándose si «li Signori Veneziani conservando per lungo tempo la neutralità tra principi, abbino giovato alla loro Repubblica, e fatto cosa degna di laude»[38]. La primera consideración del autor giraba en torno al prolongado período de paz del que la Serenísima venía disfrutando, atribuyéndolo al ejercicio de la «prudenza nelle cose civili»[39]. Al mismo tiempo, daba cabida a las voces que juzgaban dicha actitud políticamente perjudicial y desfavorable para la proyección de la República. Paruta sostenía que, aunque la disposición de la Serenísima había estado

---

Parnaso sopra la Valtellina, fol. 22r.

[35] Resulta de interés Stefano Andretta, «Venezia e la crisi valtellinese», en Borromeo, *La Valtellina crocevia dell'Europa*, 141-161.

[36] Innocenzo Cervelli, «Paruta, Paolo», en *Dizionario critico della letteratura italiana*, III, coord. por Vittore Branca (Torino: UTET, 1986), 351-355. Véase también la tesis doctoral de Marco Giani, *Paolo Paruta: il lessico della politica* (Tesis doctoral, Università Ca' Foscari de Venecia, 2012), https://tesidottorato.depositolegale.it/handle/20.500.14242/163788

[37] Paolo Paruta, «Discorso sulla neutralità», en *Opere Politiche di Paolo Paruta*, ed. por Cirillo Monzani (Firenze: Le Monnier, 1852), II: 381- 399.

[38] Paruta, «Discorso sulla neutralità», 381.

[39] *Ibidem*.

siempre guiada por la prudencia y la cautela, las circunstancias cambiantes no habían permitido seguir una misma línea de acción «per accrescere o per conservare» el estado[40]. El autor señalaba cómo la hegemonía española en Italia desde los años treinta del siglo XVI había marcado la orientación de la política veneciana, inclinándola hacia la paz y la concordia con los príncipes cristianos. Paruta cerraba la argumentación con la sentencia «che minore virtú non è il conservare le cose acquistate, che l'acquistarle», formulación que participaba de la racionalidad política en torno a la conservación propia de finales del siglo XVI[41].

En los *Discorsi*, Paruta evocaba la Italia del tiempo de Felipe II rememorando cómo la Monarquía de España, segura en la posesión de sus dominios y sin aspiraciones de nuevas conquistas, era conocedora de que cualquier alteración en uno de los territorios de la península podía desestabilizar la balanza italiana[42]. Es en este marco en el que el autor recuerda cómo la república de Venecia, después de haber conseguido tanta grandeza y poder mediante su expansión en *Terraferma*, abandonaba su política de expansión y redefinía su papel en el juego de contrapesos entre los potentados italianos. Venecia, guiada por la prudencia política, utilizó la diplomacia como instrumento de acción orientado a prevenir la confrontación directa. La acepción con la que Paolo Paruta utiliza el término de neutralidad en el discurso VII se inscribe en la lógica de la *quiete d'Italia*, entendida como equilibrio entre las fuerzas y como mecanismo de conservación, elevando así la neutralidad a categoría funcional dentro del orden italiano. En el *avviso*, los argumentos formulados por Paruta en sus escritos son reubicados dentro del marco de la cuestión de la Valtelina, donde adquieren una función vinculada al debate contemporáneo. De este modo, en su discurso en el Parnaso, el erudito veneciano ponderaba qué actitud política resultaba más beneficiosa para Venecia, si la de mantener la balanza italiana en equilibrio con sabiduría política, o recorrer el camino de las alianzas encaminadas a la guerra que, en opinión de muchos, tanto esplendor había traído en la historia reciente de la República.

En relación con la Valtelina, recordaba Paolo Paruta cómo la Serenísima, decepcionada con la alianza concertada entre Francia y las Tres Ligas en 1602, había decidido, con el favor del Senado, alinearse con los reformados[43].

[40] Paruta, «Discorso sulla neutralità», 395.

[41] Paruta, «Discorso sulla neutralità», 399.

[42] Paruta, «Discorso Settimo», en *Discorsi politici*, 531.

[43] Véase Olivier Poncet, «La Francia di Luigi XIII e la questione della Valtellina (1619-1639)», en Borromeo, *La Valtellina crocevia dell'Europa*, 53-79.

Paruta continuaba su discurso refiriéndose a las tratativas de Ercole Salice, orador de los grisones en Venecia, para «collegare le repubbliche in una sola unione e ferma, per dissipare tutte le monarchie d'Europa»[44]. Rodeada por territorios de la Casa de Austria, Venecia consideraba esta alianza territorial estratégica para su comercio desde Bérgamo. Ya, entre 1592 y 1593, con el propósito de potenciar el intercambio comercial, se había construido la llamada *Strada Nova* o *Strada Priula* que conectaba esta ciudad veneciana directamente con la Valtelina. El discurso en el Parnaso recorría el relato histórico de los primeros años del Seiscientos y de nuevo volvía a situar el foco sobre el embajador francés Étienne Gueffier y el duque de Feria[45]. Señalaba Paruta cómo los franceses, con «raro et inaudito esempio», habían solicitado ayuda al ministro de la Monarquía en Milán para salvaguardar la religión católica[46]. El tono laudatorio con el que el orador se refería al gobernador quedaba explícito cuando afirmaba que Feria era «benché d'anni giovane di consumata prudenza»[47]. Asimismo, denunciaba las falsedades polémicas de Boccalini cuando escribía de los españoles que «per non incomodarsi non si levano ad incontrare le occasioni», reconociendo la destreza con la que el gobernador de Milán había sabido conjugar armas y negociación en la Valtelina[48].

De la neutralidad de Venecia y de la libertad de Italia

El discurso en el Parnaso reconstruía la cuestión valtelinesa con notable fidelidad a los hechos históricos, lo que pone de manifiesto la sólida familiaridad del anónimo autor del *avviso* con los acontecimientos diplomáticos y militares del conflicto. La crisis de la Valtelina se configuró desde sus orígenes como un foco de tensión en el que convergían intereses confesionales y estratégicos. Además, se insertaba en un entramado geopolítico particularmente complejo, marcado por el estallido del conflicto europeo iniciado en mayo de 1618. Los territorios al norte del estado de Milán se caracterizaban por una cartografía difícil, en la que se ubicaban los cantones esguízaros –algunos de confesión católica y otros protestantes–, junto a los dominios

[44] *Avvisi di Parnaso sopra la Valtellina*, fol. 22v.

[45] María Sol García González, *El duque de Feria, gobernador de Milán. Política y diplomacia en la esfera exterior de la Monarquía de España* (Madrid: Marcial Pons, 2027, en prensa).

[46] *Avvisi di Parnaso sopra la Valtellina,* fol. 23r.

[47] *Avvisi di Parnaso sopra la Valtellina,* fol. 23v.

[48] *Avvisi di Parnaso sopra la Valtellina,* fol. 23r.

de las Tres Ligas. En 1512 estas incorporaron la región de la Retia, situada en el lado centro-oriental de la zona alpina y compuesta en su mayor parte por territorios que hasta entonces habían pertenecido al ducado de Milán. Se trataba de los valles de Chiavena, Valtelina y Bormio, cuya condición de súbditos de las Tres Ligas se mantuvo hasta 1797, con la única excepción del período comprendido entre 1620 y 1639[49]. A la complejidad geográfica se unía el no menos intrincado panorama confesional, agudizado desde el momento en el que las Tres Ligas abrazaron la Reforma y se opusieron a que el obispo de Como –territorio de Milán y con jurisdicción eclesiástica sobre la Valtelina– ejerciera su labor pastoral. Otro motivo recurrente de tensión residía en el derecho que los grisones poseían sobre el tránsito por los pasos alpinos y, en particular, sobre el control comercial de las mercancías que los atravesaban, cuestión que provocaba fricciones entre Venecia y el estado de Milán debido a los beneficios económicos provenientes de los dacios. En esta tesitura, la defensa de la religión católica quedaba estrechamente vinculada a la conveniencia de asegurar el corredor que unía los territorios de la Casa de Austria: Milán, el Tirol y los Países Bajos. Confluyeron así el elemento religioso y una cuestión de oportunidad política, en el marco de una racionalidad de gobierno en línea con la lógica de la razón de estado católica orientada a la conservación de la Monarquía.

Siguiendo el eje discursivo del *avviso*, el orador reproduce el clima de creciente hostilidad que se fue configurando desde los primeros meses de 1618, cuando la situación religiosa comenzó a agravarse ante la firme negativa de los habitantes católicos de la Valtelina a aceptar la presencia de predicadores protestantes en su territorio. Durante aquel verano se produjo la detención de varios dirigentes católicos, entre ellos el carismático arcipreste de Sondrio, Nicoló Rusca, convertido posteriormente en símbolo de la represión confesional. A este episodio alude Paolo Paruta en su discurso parnasiano al mencionar la persecución y el martirio de algunos católicos bajo un «tribunale barbaro e crudele», en clara referencia al tribunal penal de Thusis, constituido por la facción política grisona más radical y cercana a Venecia[50]. Los procesos fueron dirigidos a perseguir delitos de traición en quienes se mostraban cercanos a la Monarquía de España, alegando el grave peligro que esta significaba para la propia soberanía y, en particular, para la

[49] En 1797 Napoleón Bonaparte separó definitivamente la Valtelina de Grisones y la unió a la República Cisalpina. Posteriormente pasará a ser territorio de la República Italiana y del Reino de Italia y actualmente forma parte de la región de Lombardía.

[50] *Avvisi di Parnaso sopra la Valtellina,* fol. 23r.

consolidación de la Reforma en los valles alpinos[51]. Continua Paruta con una elocuente oratoria que articula una crítica implícita a las maniobras francesas que, además de una insólita colaboración con la Monarquía, muestran una inconstancia en sus relaciones con Venecia. Para Francia, aún inmersa en las tensiones confesionales en su propio territorio, su embajador en las Tres Ligas, Étienne Gueffier, debía mostrar cautela ante unas iniciativas venecianas que se percibían como demasiado próximas a los protestantes holandeses, esguízaros y grisones. Asimismo, la actuación del embajador no debía excluir una disposición favorable a la intervención de la Monarquía en defensa de la fe católica. Gueffier puso en juego el recurso de la disimulación que, a principios del Seiscientos, aunque reprobado en el ámbito privado, era percibido y aceptado como habitual dentro de la práctica política[52]. Por otra parte, la volubilidad de Francia era bien conocida por ministros españoles como Alfonso Casati, quien sostenía que el verdadero propósito de los franceses era convertirse en «dueños absolutos» de la Valtelina con el fin de evitar cualquier liga con Venecia y prevenir cualquier otro tratado que pudiera favorecer el control de la Monarquía de España sobre los pasos alpinos[53].

La narración de los hechos revela sin ambigüedades la orientación filoespañola de este *avviso di Parnaso* (texto 4.1) sobre la Valtelina, haciéndose particularmente evidente en la construcción encomiástica de la figura del duque de Feria. En palabras del orador, el gobernador de Milán supo reconocer la voluntad de los valtelineses de liberarse de la tiranía de los grisones reformados y, con audacia política, «vide congiunto l'utile con l'onesto»[54]. Este principio, que articulaba la confluencia entre utilidad política y rectitud moral, constituía uno de los fundamentos de la razón de estado católica y ocupaba un lugar central en la literatura política española de comienzos del siglo XVII[55]. Se hallaba igualmente presente en la arquitectura argumentativa

[51] La cronología de estos hechos tiene relevancia porque algunas de las acusaciones que se ejercieron contra Feria aludían a la colaboración del gobernador con Nicoló Rusca, quien, en los primeros meses de 1618, había liderado una activa oposición contra los predicadores protestantes en la Valtelina. Sin embargo, el arcipreste fue detenido en julio de 1618, cuando el duque no había llegado aún a Milán.

[52] Rosario Villari se refiere a una *nuova politica* que disponía de sus propias lentes y actuaba desde su propia óptica. Rosario Villari, *Elogio della dissimulazione. La lotta politica nel Seicento* (Roma: Laterza, 2003), 20.

[53] Carta de Alfonso Casati al rey. Lucerna, 9 de febrero de 1619, AGS, Estado, leg. 1922, doc. 387.

[54] *Avvisi di Parnaso sopra la Valtellina,* fol. 23v.

[55] Esta tensión entre lo útil y lo honesto conformaba un elemento frecuente en la tratadística política cristiana de la temprana Edad moderna, como lo expresaban las palabras

del *avviso*, cuya narración de los acontecimientos dejaba traslucir la estrecha vinculación entre la defensa de la religión y la razón de estado. Siempre con un tono encomiástico, en el texto se ponía de relieve la habilidad mostrada por Feria para canalizar los intereses de las élites católicas exiliadas, manteniendo una estrecha relación con figuras como Rodolfo Planta, grisón católico que había contribuido activamente a impedir la firma de un acuerdo entre Venecia y las Tres Ligas en 1617[56]. Los preparativos para que los exiliados católicos entrasen en la Valtelina estuvieron acompañados del reclutamiento encubierto de tropas en el Tirol, organizado bajo el pretexto de servir al emperador y con la participación activa del archiduque Leopoldo.

En la descripción que Paolo Paruta hacía en su discurso sobre las maniobras que tuvieron lugar en la Valtelina, el veneciano observaba que todo se había hecho «con questo poco strepito senza toccar tamburo»[57]. Esta coincidencia entre el *avviso* y las fuentes oficiales contemporáneas revela, una vez más, la afinidad del autor con la narración de los hechos en el lado de la Monarquía. En ese mismo sentido, el texto elogiaba la habilidad con la que se había logrado la adhesión de los esguízaros católicos a Felipe III. Si bien la *ragione política* dictaba una actitud de reserva o incluso de oposición, los cantones católicos no solo no se apartaron de la causa española, sino que se declararon abiertamente partidarios de ella tomando las armas contra sus compatriotas reformados –los cantones de Berna y Zúrich– movilizados en apoyo de los grisones. Paruta proseguía su discurso evocando otro momento histórico protagonizado por la república de Venecia. Se trataba del episodio en el que la Serenísima había hecho correr la voz del traslado de unidades de artillería a la frontera con el estado de Milán, con el propósito de distraer a los españoles y restarles fuerzas en el valle alpino. El erudito orador destacaba en esta ocasión cómo Feria, sin dejarse influir por aquella maniobra ni intimidar por las amenazas venecianas, había rehusado la movilización de tropas, evitando así comprometer la seguridad de

---

de Juan Márquez cuando escribía: «Siempre ha parecido la mayor dificultad del gobierno cristiano, el encuentro de los medios humanos con la ley de Dios; porque si se echara mano de todos, se aventuraría la conciencia; y si de ninguno, peligrarían los fines, en detrimento del bien común. Esta consideración ha tenido en cruz a cuantos desearon excusar escrúpulos, sin remitir las obligaciones del cargo», en Juan Márquez, «Al lector», en *El Governador Christiano deducido de las vidas de Moysen y Josue, príncipes del pueblo de Dios* (Salamanca: Francisco de Cea, 1612), obra dedicada al III duque de Feria.

[56] Estas negociaciones habían sido conducidas por Giovanni Battista Padavino y Agostino Dolce en el invierno entre 1616 y 1617.

[57] *Avvisi di Parnaso sopra la Valtellina,* fol. 23v.

los territorios ocupados. Llegados a este punto del discurso, Paolo Paruta justificaba sus palabras laudatorias hacia el gobernador de Milán por la conveniencia de conocer la capacidad y el valor de quien podía «diventar aperto nemico della Repubblica»[58].

Tras este pasaje, el discurso de Paruta llamaba la atención de los tres dogos venecianos, convertidos en audiencia en el Parnaso, al poner en tela de juicio las maneras de proceder de la República y lamentaba, sobre todo, que Venecia no hubiera sido capaz de descubrir los designios de la Monarquía: «Ha patria cara quanto sei caduta di quel vanto che ti concedevano tutte le nationi d'essere no meno informata de segreti de Principi che pronta in prevenire ai loro disegni, ma hora hai mancato ad ambe due le cose»[59]. Añadía, además, que la República no había sabido aprovechar la ocasión, pues, de haberse alineado con los católicos y ocupado Bormio, habría asegurado con ello el control de un enclave suficiente para garantizar el paso alpino hacia sus territorios. Con esta reflexión concluía el relato de los acontecimientos pasados y abría el paso a las consideraciones sobre las opciones políticas que entonces se presentaban.

Desde esa posición, Paruta sometía a juicio los apoyos en los que Venecia depositaba su confianza. Estos no eran otros que Francia, Holanda, Inglaterra, los príncipes alemanes protestantes y, en última instancia, los turcos. En las consideraciones en torno a Francia el relato transitaba entre los tiempos pasado y presente, reflexionando si la concordia con Francia sería la más conveniente. El autor se mostraba escéptico sobre si Francia podía ofrecer una estabilidad duradera, recordando las prolongadas discordias internas de un reino profundamente dividido por la religión. Paolo Paruta ponía en duda que los franceses pudieran garantizar a la república de Venecia «quella quiete che fra le turbulenze si va cercando»[60]. En un recorrido entre acontecimientos históricos y haciendo referencia explícita a su *Discorso sulle lighe*, el orador añadía con firmeza que de las experiencias pasadas no parecía que el remedio para los males de Venecia pudiera llegar de la monarquía de Francia. Tampoco Inglaterra salía bien parada en el juicio del erudito veneciano, quien dudaba que la República pudiera esperar de ella otra cosa que «gente che l'infettino d'eresie»[61]. Paruta recelaba de una monarquía cuyo rey había rehusado prestar auxilio a su propio yerno en el intento de afirmarse en la

[58] *Avvisi di Parnaso sopra la Valtellina,* fol. 24v.
[59] *Avvisi di Parnaso sopra la Valtellina,* fols. 24v-25r.
[60] *Avvisi di Parnaso sopra la Valtellina,* fol. 25v.
[61] *Avvisi di Parnaso sopra la Valtellina,* fol. 25v.

corona de Bohemia. La alusión remitía explícitamente a Federico V –elector del Palatinado y rey de Bohemia entre 1619 y 1620–, casado con Isabel Estuardo y derrotado en la batalla de la Montaña Blanca en noviembre de 1620. El escepticismo se manifestaba también en el juicio que el orador del Parnaso formulaba sobre las Provincias Unidas. Paruta sostenía que, aunque muchos confiaban en contar con el apoyo de aquella república, los holandeses difícilmente podían aspirar a algo más que a la propia defensa. Se referían estas palabras a los socorros ofrecidos por los holandeses a Venecia en la guerra de Gradisca y a los proyectos que, desde finales de 1619, se delineaban en torno a una alianza entre Venecia, Saboya y las Provincias Unidas, bien vista a ojos de algunos patricios venecianos y del mismo Paolo Sarpi[62].

El discurso apenas se detenía en las ayudas que Venecia podría esperar de los príncipes alemanes reformados. Según las palabras del orador, su eventual apoyo se estimaba ineficaz debido fundamentalmente a las propias debilidades estructurales del Imperio, descrito por Paruta «come corpo mal organizzato»[63]. Quedaban, entonces, como último recurso las ayudas que pudieran llegar del Imperio otomano. En esta tesitura, la argumentación comenzaba con una advertencia severa: «deplorabili rovine si siano tirate addosso tutti quelli che si son prevalsi del infausto soccorso degli infedeli»[64]. Paruta afirmaba no comprender con qué fundamento el patriciado veneciano podía contemplar este escenario, aunque reconocía que en tales deliberaciones se imponía la lógica de la razón de estado, capaz de subordinar la coherencia confesional a las exigencias de la conservación política. Pero para el orador, además de la ruina de la Cristiandad, una vez que un enemigo tan potente fuera introducido en el propio dominio no se podía esperar otra cosa que la servitud de la República. En realidad, una facción del patriciado veneciano no compartía, sin embargo, una visión tan categórica, sino que entendía la

[62] Véase Antonella Barzazi, «'Si quid e Gallia afferatur, avide lego'. Reti intellettuali, libri e politica tra Venezia e la Francia nella prima metà del Seicento», en *Hétérodoxies croisées. Catholicismes pluriels entre France et Italie, XVIe-XVIIe siècles*, ed. por Gigliola Fragnito y Alain Tallon (Roma: Publications de l'École française de Rome, 2015), 374-410. La República de Venecia contrató para la guerra contra los uscoques varios contingentes de soldados holandeses que llegaron entre 1615 y 1616, y fueron alojados en la isla de Torcello. Sobre los intentos españoles para impedir esta colaboración con las Provincias Unidas, véase Bernardo J. García García, *La Pax Hispanica. Política exterior del duque de Lerma* (Leuven: Leuven University Press, 1996), 99-100 y 312; y Miguel Ángel de Bunes Ibarra, *Políticas de Felipe III en el Mediterráneo, 1598-1621* (Madrid: Polifemo, 2021), 395-398.

[63] *Avvisi del Parnaso sopra la Valtellina*, fol. 25v.

[64] *Avvisi del Parnaso sopra la Valtellina,* fol. 25v.

eventual aproximación al Imperio otomano como una alternativa en la arquitectura del equilibrio europeo y, en particular, un contrapeso a la hegemonía española. «*Sancte Turca, libera nos*» había invocado Paolo Sarpi, quien defendía firmemente que la verdadera amenaza para la libertad de Italia provenía de los españoles[65]. Por otro lado, en una carta de 1609 el pensador veneciano afirmaba en primera persona que «Si quam libertatem in Italia aut retinemus aut usurpamus, totam Franciae debemus», vinculando así la preservación de la libertad italiana a la protección francesa[66]. Desde el Parnaso, siguiendo la construcción alegórica al servicio de la reflexión política, el discurso de Paruta concluía que la alianza con el infiel no parecía compatible con los fundamentos políticos de la República, cuestionando además qué habría sido de la libertad de Venecia «se Carlo V e Filippo suo figliolo per due volte non si collegavano con noi acquistando nell'ultima lega la gran vittoria di Cuzzolari»[67]. Con estas palabras el erudito fijaba su posición apelando a la memoria de las ligas pasadas y recordando que la libertad veneciana había dependido, en momentos decisivos, de la actuación de la Monarquía Católica. «Vorrei che mi dicessero con qual vicino abbiamo avuto mai manco briga che con gli spagnoli?», eran las palabras a través de las cuales Paruta reiteraba sus argumentos y desplazaba el debate desde el plano ideológico al terreno de la experiencia histórica[68].

Es en estos últimos fragmentos del discurso donde se manifiesta con mayor nitidez la tensión dialéctica del texto: por un lado, la facción del patriciado –identificada con los *senatori vecchi*– más inclinada a mantener una relación estable con la Monarquía de España; por otro, aquellos que veían en esa proximidad una amenaza para la libertad italiana –*senatori giovani*–, más sensibles a la lógica del contrapeso y a la tentación de alianzas alternativas. La posición del orador resulta, en este contexto, inequívoca: sus elogios hacia la potencia y el proceder «quietamente e pacíficamente» de la Monarquía

[65] Paolo Preto, «La Spagna nella cultura veneta», en *Alle origini di una nazione. Antispagnolismo e identità italiana*, ed. por Aurelio Musi (Milano: Guerini e Associati, 2003), 215.

[66] «Si conservamos o ejercemos alguna libertad en Italia, se la debemos toda a Francia», sentencia atribuida a Niccoló Macchiavelli, y usada por Paolo Sarpi en una carta a Jacques Gillot en 1609; cit. en Barzazi, «Si quid e Gallia afferatur, avide lego».

[67] Con «la gran vittoria di Cuzzolari» se refiere a la victoria de Lepanto (7 de octubre de 1571), que en fuentes contemporáneas aparece en ocasiones con el nombre de batalla de las Curzolari, islas ubicadas cerca de las cuales tuvo lugar el combate naval. Se trata de un pequeño archipiélago en el mar Jónico, junto a la entrada al golfo de Corinto, no lejos de la ciudad de Lepanto.

[68] *Avvisi di Parnaso sopra la Valtellina,* fol. 26v.

respondían a una lectura que privilegiaba la estabilidad como garantía de conservación[69]. Desde la tradición histórica veneciana, y bajo el ropaje del pragmatismo, el texto pretendía persuadir al lector dirigiendo las miradas hacia la Monarquía de España como referente dentro del equilibrio italiano. Sin embargo, la idea de la quietud como principio regulador entre los potentados de la península entraba en contraste con las posiciones sostenidas por otros pensadores venecianos, como Paolo Sarpi, cuando en 1617 criticaba a los partidarios filoespañoles por su «troppo desiderio di quiete»[70]. Entre ambas posiciones se perfilaba una línea divisoria en la cultura política veneciana: para unos, la estabilidad que ofrecía la Monarquía de España podía interpretarse como garantía de conservación; para otros, esa misma quietud encerraba el peligro de erosionar la libertad republicana. Cabe señalar que años más tarde, a principios de la década de 1630 y siempre en torno a la Valtelina, el embajador español Juan Antonio de Vera, conde de la Roca, pronunciaba ante el Senado veneciano un discurso en el que trataba la neutralidad y libertad de Italia. Vera instaba al Senado a posicionarse ante una situación en la que la neutralidad de la República volvía a cuestionarse[71]. Tras su llegada a Venecia en 1632, el embajador exponía que no pretendía persuadir a la serenísima república para que abandonase su neutralidad, pero al mismo tiempo advertía que esta solo era legítima cuando se refería a intereses ajenos, no a los propios. De manera, que bajo la consideración de que la libertad de Italia era interés de la República, entonces declararse neutral en ese asunto no era verdadera neutralidad, sino que podía interpretarse como una «parcialidad artificiosa» o incluso como «servidumbre miserable».

El veredicto de Apolo

Llegados a este punto en la argumentación, el orador regresaba a los hechos de la Valtelina. Paruta, temiendo ser «battezzato del nome di spagnolo come successe al doge Leonardo Donato», dejaba atrás las referencias al pasado y a los tiempos de Carlos V y Felipe II[72]. La alusión a Donato remitía

[69] *Ibidem*.

[70] «Troppo desiderio di quiete, diffusa acquiescenza ai 'partiti di pace' degli spagnoli» son las palabras de Paolo Sarpi a Groslot de l'Isles en marzo de 1617, cit. por Barzazi, «Si quid e Gallia afferatur, avide lego».

[71] *Primer papel dado por el conde de la Roca al Senado veneciano sobre la invasión de Valtelina*. Venecia, 1632, Biblioteca Nacional de España (BNE), Mss. 18192, fols. 108-115.

[72] *Avvisi di Parnaso sopra la Valtellina,* fol. 26v.

nítidamente al episodio del Interdicto, cuando el dogo había manifestado su disposición a aceptar la mediación española, ante el riesgo de un enfrentamiento abierto con la Monarquía. Paruta reconocía así la carga polémica que implicaba sostener una política susceptible de ser interpretada como excesivamente conciliadora con España. El discurso regresaba entonces a la situación política del momento y a la actuación del duque de Feria (fig. 2). El veneciano volvía a ensalzar la habilidad política del gobernador de Milán refiriendo cómo había encauzado las acciones diplomáticas con el fin de separar la Liga Gris de las otras dos ligas y erosionar así la cohesión interna de los grisones. Cronológicamente, el *avviso* se sitúa al comienzo de 1621 al mencionar la llegada de los embajadores de la Liga Gris a Milán. Este deambular entre los acontecimientos históricos y su reconstrucción alegórica en el imaginario Parnaso se detiene entonces en las negociaciones que tuvieron lugar en Milán a principios de 1621. Estas concluyeron con las Capitulaciones firmadas el 6 de febrero en nombre de Felipe III y los representantes de la Liga Gris y de la Valtelina.

Un mes antes, el 6 de enero de 1621, en carta al conde de Gondomar, el duque de Feria confirmaba la llegada a Milán de los representantes de la Liga Gris[73]. Se esperaba también a los diputados de la Valtelina, al embajador Alfonso Casati y a Juan Vivas, embajador en Génova. Por su parte, el gobernador de Milán manifestaba públicamente su intención de restituir la Valtelina y daba cuenta de las conversaciones que él mismo venía promoviendo desde finales de 1620 para ajustar las diferencias entre valtelineses y grisones, tanto «en materia de religión como en el gobierno político»[74]. Asimismo, señalaba que el grisón Antonio Giovanni Gioiero le había asegurado en secreto que, si la Valtelina se restituía a la Liga Gris, se podría conseguir la confederación con el estado de Milán que con anterioridad se había planteado. Por otro lado, Feria no perdía la ocasión de recordar a la corte de Madrid que el cambio de actitud de Francia dejaba ver con nitidez el poco cuidado de esta corona hacia la religión católica y cómo esta cuestión quedaba postergada en favor de «los intereses de estado»[75]. Asimismo, las tensiones con Venecia resultaban también evidentes y Feria

[73] Carta de Gómez Suárez de Figueroa, duque de Feria, a Diego Sarmiento de Acuña, conde de Gondomar. Milán, 6 de enero de 1621, Real Biblioteca del Palacio Real de Madrid (RB), II/1705, fol. 1.

[74] Carta de Gómez Suárez de Figueroa, duque de Feria, al rey Felipe III. Milán, 22 de diciembre de 1620, AGS, Estado, leg. 1924, doc. 74.

[75] Carta de Gómez Suárez de Figueroa, duque de Feria, al rey Felipe III. Milán, 22 de diciembre de 1620, AGS, Estado, leg. 1924, doc. 74.

insistía en sus despachos en la conducta hostil de aquella república, a la vez que elogiaba los avisos y consejos que, en el negocio de la Valtelina, recibía del embajador Luis Bravo[76].

A finales de enero, las negociaciones con los embajadores grisones iban tomando forma y, con la mediación de Juan Vivas y del preboste de la Scala, se iban afianzando las pretensiones del gobernador sobre las cuestiones fundamentales. En estas circunstancias, y ante la noticia de la inminente llegada a Madrid de un embajador francés, el duque de Feria instaba a Felipe III a no llegar a acuerdos precipitados que perjudicaran los intereses de la Monarquía, en un momento en el que las conversaciones con la Liga Gris progresaban favorablemente. El 10 de febrero de 1621, el duque de Feria escribía al conde de Gondomar que, aunque con no poco esfuerzo y la ayuda del embajador Juan Vivas y el gran canciller Antonio Ferrer, se había llegado a un acuerdo con los seis representantes de la Liga Gris. Ese mismo día, partía de París el mariscal François de Bassompierre, enviado por Luis XIII a Madrid con embajada extraordinaria para reclamar a Felipe III la restitución de la Valtelina[77]. El éxito logrado en las negociaciones de Milán y la habilidad mostrada en el manejo de las cosas de la guerra en los meses anteriores colocaban al duque de Feria entre los ministros de la Monarquía incómodos para los intereses de Francia. Esta circunstancia se reflejará en los escritos franceses redactados durante la embajada de Bassompierre en Madrid, que delineaban una imagen de Feria como enemigo no solo de Francia, sino de la paz de la cristiandad.

Las negociaciones propiciadas por el gobernador de Milán a principios de 1621 dieron lugar a unas capitulaciones constituidas por veinticinco puntos de los que el segundo exponía de forma diáfana que la Valtelina, el condado de Bormio y los territorios de Chiavena volverían «inmediatamente bajo la antigua posesión y el dominio, autoridad y poder de la Liga Grisa, y de las otras dos Ligas o comunidades»[78]. Cinco capítulos ratificaban

[76] Carta de Gómez Suárez de Figueroa, duque de Feria, al rey Felipe III. Milán, 22 de diciembre de 1620, AGS, Estado, leg. 1924, doc. 75.

[77] Sobre la embajada extraordinaria de Bassompierre en Madrid, véase Álvaro Blanco Bueno, «La cuestión de la Valtelina como objeto de la diplomacia hispano-francesa», en *Hacer historia moderna: Líneas actuales y futuras de investigación*, coord. por Juan José Iglesias Rodríguez e Isabel María Melero Muñoz (Sevilla: Editorial Universidad de Sevilla, 2020), 929-941.

[78] Con fecha en Milán, el 6 de febrero de 1621 aparecen impresas las capitulaciones con la fórmula «Noi Don Fhilippo Terzo [...]. Et noi il Duca di Feria Governatore di questo stato per Sua Maestà [...]. Et noi il Capitan Iacobo Baliel [...], Lucio del Monte [...] Ambasciatori et Procuratori delle otto bandiere della sudetta superiore Lega Grisa di



Fig. 2.
Cesare Bassano, *Retrato de Gómez Suárez de Figueroa y Córdoba*, 1631.
Grabado sobre diseño de Camillo Procaccini. Civica Raccolta delle Stampe Achille Bertarelli, Tri. p. 6-54. © Comune di Milano, tutti i diritti riservati-Raccolta delle Stampe «Achille Bertarelli», Castello Sforzesco, Milano.

la profesión de la fe católica como única religión en la Valtelina, mientras otros dos se referían a cuestiones comerciales y el servicio de levas. Varios puntos estipulaban disposiciones relativas a las leyes y tradiciones en los valles alpinos y un capítulo incluía el compromiso del Rey Católico de sufragar los gastos de doce estudiantes grisones que serían enviados a Milán o Pavía. Pero, sin duda, los capítulos más controvertidos eran los referentes a los fuertes y presidios, sobre los que se acordaba que, costeados por la Monarquía, permanecerían en pie durante ocho años. Otra condición que levantaba un fuerte recelo era la relativa a la liga perpetua con la Monarquía que significaba en pocas palabras el derecho de paso de la gente y municiones de guerra, «por defensa de los estados contenidos en la liga hereditaria y de aquellos que en el presente tiene o posee su Majestad y la serenísima infanta doña Isabel»[79]. Para poder ser ejecutadas, estas Capitulaciones quedaban pendientes de la firma por parte de las otras dos ligas: la Liga de la Casa de Dios y la Liga de las Diez Jurisdicciones. En consecuencia, el duque de Feria enviaba a Scaramuzza Visconti, súbdito milanés y agente en varias ocasiones al servicio de la Monarquía, con la misión de obtener la ratificación definitiva que permitiera poner en práctica lo acordado.

Refiere Paolo Paruta en su discurso en el Parnaso que los grisones habían mostrado su disposición a aceptar cualquier condición en las negociaciones, con el fin de lograr la restitución de la Valtelina y que lo habían hecho «per ragion di stato». Por ello, habían transigido en la conservación de las fortalezas construidas en manos de la Monarquía, juzgando esta decisión como «atto di gran prudenza»[80]. En opinión de Paruta, fue esta una ocasión perdida para la república de Venecia, exclamando contra el Senado:

> per non haver fatto nascere qualche occasione con la quale egli si fusse intromesso insieme con Feria in questa negotiatione poiche da essa forse sarebbe risultata (oltre la grazia di haver saputo questi rumori) la riconciliatione col cattolico, dalla quale depende la quiete della Repubblica[81].

El orador contraponía la supuesta desatención de los venecianos, ante asuntos de tanta relevancia, con la prudencia y diligencia que atribuía a la Liga Gris. Según señalaba, la estrategia de los grisones había consistido en

---

commun consenso et accordio promettiamo e dichiariamo [...]». Archivio di Stato di Milano (ASM), Atti di Governo, Trattati, b. 3, doc. 2.

79 Se hace referencia al texto de las capitulaciones enviadas al conde de Gondomar por el duque de Feria el 10 de marzo de 1621. RB, II/1705, fols. 14-24.

80 *Avvisi di Parnaso sopra la Valtellina,* fol. 26v.

81 *Avvisi di Parnaso sopra la Valtellina,* fol. 27r.

sellar una confederación destinada a implicar al Rey Católico y, mediante esa vinculación, recuperar las posiciones perdidas. La narrativa llevaba entonces a la república de Venecia ante una disyuntiva: poner remedio y proceder hacia la reconciliación con la Monarquía o, por el contrario, actuar para impedir la ejecución de lo acordado en Milán. En ese punto, el texto parece converger con la coyuntura histórica en la que fue concebido, estableciendo un nítido punto de contacto entre la construcción alegórica y la realidad política del momento. El orador expresaba su desconfianza hacia los propios venecianos y el temor de que su habitual modo de actuar les llevase a intentar obstaculizar las negociaciones, incluso con el riesgo de perjudicar a la propia república veneciana. La gravedad de la situación y el proceder errático de quienes gobernaban la República conformaban, en opinión de Paruta, un escenario de extraordinaria complejidad que trascendía el ingenio humano. De ahí que, siguiendo la lógica alegórica de los avisos del Parnaso, concluyera su discurso apelando a la consulta de Apolo, figura que simbolizaba la autoridad intelectual y el consejo prudente.

Hasta aquí alcanzaba la narración de los hechos históricos en el *avviso*. En realidad, tras la firma de las Capitulaciones de Milán de 1621, la cuestión valtelinesa continuó desenvolviéndose en un clima caracterizado por una notable complejidad. Las negociaciones con la Liga Gris, promovidas por el duque de Feria, suscitaron de inmediato las protestas del embajador francés Gueffier, quien recurrió a la amenaza de guerra. En el nuevo escenario propiciado por las Capitulaciones, algunos actores reaccionaron ante lo que se interpretaba como una interferencia de la Monarquía de España en el control grisón sobre la Valtelina. En la práctica, dicha interferencia era percibida como una maniobra para asegurar la disponibilidad de los pasos alpinos. En esta tesitura, Francia, invocando la paz perpetua de 1602 con las Tres Ligas, se presentaba como garante de la restitución del valle a sus anteriores señores frente a lo que calificaba como una verdadera usurpación. El propósito era también impedir que la Monarquía y el Imperio consolidaran un acceso libre y estable a través de los pasos alpinos, especialmente después de los acontecimientos de la Montaña Blanca en noviembre de 1620, cuya victoria imperial reforzó la percepción de una apremiante necesidad de contrarrestar el avance de la Casa de Austria en todos los frentes.

En su tramo final, el discurso de Paolo Paruta formulaba el dilema que, según el orador, debía afrontar la Serenísima: moderar la confrontación con la Monarquía de España y adoptar una posición de neutralidad o, por el contrario, consolidar su apoyo a los reformados grisones, alineándose así con la monarquía de Francia en el conflicto. Se convocaba entonces en el Parnaso una reunión del Gran Consejo, en la que se acordaba enviar una

embajada ante Apolo compuesta por los congregados y a la que se sumaba Andrea Navagero (1483-1529), humanista veneciano y embajador en la corte de Carlos V en 1525, en un momento de gran incertidumbre ante el enfrentamiento entre España y Francia. Se determinaba que la audiencia con Apolo fuera privada, «siendo regola politica tener occulte le proprie necessità e la debolezza dello stato» y que el orador fuera Navagero[82]. Ante Apolo y con gran elocuencia, Navagero exponía la situación política en la que se hallaban e interpelaba a la divinidad acerca de la solución que debía adoptarse: perseverar en la neutralidad o inclinarse por una intervención contraria a la Monarquía. La divinidad, tras escuchar al orador y mostrarse dispuesta a «guarire le malatie» de la República, tomaba la palabra y con el firme propósito de evitar ambigüedades, exponía:

> La religione, e la giustitia sono le più ferme colonne dello stato e quando queste due cose di dispregiono seguirà la dissolutione; felice sarà la Repubblica dove i vecchi consigliono e i giovani eseguiscono e guai a quella dove si fa il contrario. Chi ha due vicini potenti uno fedele e altro infido si guardi di difendere il fedele acciò che al tempo delle necessità non resti privo d'aiuti[83].

Tras estas palabras Apolo abandonaba la audiencia y los embajadores informaban del veredicto al Gran Consejo veneciano. El dictamen divino en el Parnaso no dejaba dudas: religión y justicia constituían las columnas que debían sustentar el proceder político de cualquier estado. En el contexto de la Valtelina, estos eran los pilares argumentativos que también defendían los propios valtelineses, como se advertía en el memorial remitido por el clero y los católicos del valle a Felipe IV en octubre de 1621. En dicho escrito se exhortaba a que la acción de los gobernantes se ajustase a la rectitud divina, sosteniendo que, aun cuando todo el mundo se opusiera al Rey Católico, «Dios estaría de su parte»[84]. También en torno a la justicia se articularon las palabras que el gran canciller Antonio Ferrer pronunciaría ante el Consejo de Estado, después de haber sido enviado por el duque de Feria a la corte de Madrid tras la firma del tratado de Madrid de abril de 1621. Según Malvezzi, el escrito que el gobernador de Milán envió al monarca comenzaba interrogándose sobre la grandeza de los reyes y el «¿por qué metafóricamente se

[82] *Avvisi di Parnaso sopra la Valtellina,* fol. 27v.

[83] *Avvisi di Parnaso sopra la Valtellina,* fols. 27v-28r.

[84] Se hace referencia a la transcripción del Memorial de la Valtelina a Felipe IV recogido en Quintín Aldea Vaquero, *España y Europa en el siglo xvii: correspondencia de Saavedra Fajardo* (Madrid: Editorial CSIC, 1986), 214.

llaman Dioses?»[85]. La respuesta gravitaba sobre el fundamento rector de la actuación de la Monarquía en la Valtelina a la vez que pretendía marcar una nítida distancia con los tiranos que, a diferencia de los reyes no «defienden la justicia» ni «solevantan a los oprimidos». Asimismo, el anclaje doctrinal se ponía de manifiesto en la afirmación de que «la razón de Dios no se puede balanzar con la razón de estado».

La formulación en torno a la religión, presente en el veredicto de Apolo, encontraba una clara correspondencia en el léxico político que las dos grandes monarquías europeas activaron en la coyuntura valtelinesa. En particular, la Monarquía de España hizo de la defensa de la religión uno de los ejes vertebradores de su discurso legitimador, integrándola en una razón de estado católica que, desde finales del siglo XVI, se había ido consolidando como racionalidad política en el ámbito de la Monarquía. Por su parte, Francia utilizó la religión, pero en clave antitética, convirtiéndola en fundamento de una contranarrativa que presentaba la intervención española no como defensa de la fe, sino como pretexto para la usurpación y clara amenaza al equilibrio político. Así, de manera explícita, lo expresaba el embajador francés Bassompierre enviado a Madrid en febrero de 1621, cuando durante las negociaciones en la corte de Madrid, respondía a Baltasar de Zúñiga preguntándose «quel interest de Religion il y a pour cela d'usurper l'Estat d'autruy, de spolier les legitimes Seigneurs, et de retenir un pais sur lequelle Roy Catholique n'a droit quelconque», añadiendo –en un claro propósito de construir la imagen del enemigo proyectada sobre el duque de Feria– que «le manteau de la Religion, duquel le Duc de Feria se couvre, est une cappe vieille et usée, a travers les trous de laquelle l'on voit clairement son ambition»[86].

Por otro lado, el veredicto adquiría una particular relevancia al afirmar que «felice sarà la Repubblica dove i vecchi consigliono e i giovani eseguiscono e guai a quella dove si fa il contrario»[87]. La sentencia remitía de manera explícita a las categorías –*vecchi* y *giovani*– que, entre finales del siglo XVI y comienzos del XVII, fueron utilizadas para identificar dos tendencias predominantes en el seno del patriciado veneciano, cuya

[85] Virgilio Malvezzi, *Historia de los primeros años del reinado de Felipe IV*, ed. por Donald Lewis Shaw (London: Thamesis Books Limited, 1968), 47. Las siguientes citas hacen también referencia al escrito leído por Antonio Ferrer ante al Consejo de Estado, 47-49.

[86] François De Bassompierre, *Ambassade du Mareschal de Bassompierre en Espagne l'an 1621* (Amsterdam: Chez Pierre du Marteau, 1668), 61.

[87] *Avvisi di Parnaso sopra la Valtellina,* fol. 27v.

hegemonía relativa osciló en función de las distintas coyunturas políticas[88]. Estas denominaciones expresaban alineamientos y orientaciones políticas diferenciadas: por un lado, los *vecchi*, dirigían la acción política hacia la preservación de la paz en Italia como condición indispensable para la estabilidad de la República; por otro, los *giovani*, interpretaban la nueva coyuntura europea –especialmente tras la consolidación del reinado de Enrique IV en Francia– como una oportunidad para redefinir la posición de Venecia en el sistema político italiano y ampliar su margen de acción; eran además más propensos a novedades. Como señalaba Paruta en el *Discorso sulla neutralità*, algunos veían en la búsqueda de la paz y la neutralidad el origen de la ruina veneciana, frente a lo que el mismo autor escribía en el discurso VII de sus *Discorsi Politici* cuando afirmaba que «alla conservatione di questa pace, et di questa quiete in Italia, essere il migliore et il più sicuro consiglio tenere in modo bilanciate le cose»[89].

El *avviso* se hacía eco de esa polarización asentada en el seno del patriciado veneciano desde la década de 1580 hasta la de 1630. En particular, en la década de 1620 y sobre el trasfondo de la Valtelina, por un lado, se situaban quienes consideraban oportuno implicar a la República en el juego de las grandes potencias europeas y explorar la convergencia con Francia como contrapeso a la Casa de Austria. Por otro, aquellos que defendían una línea de cautela orientada a preservar el equilibrio italiano mediante fórmulas de entendimiento con los ministros del Rey Católico presentes en la península[90]. En estas circunstancias, el veredicto de Apolo dejaba una advertencia clara a los enviados venecianos: «chi ha due vicini potenti uno fedele e altro infido si guardi di difendere il fedele acciò che al tempo delle necessità non resti privo d'aiuti»[91]. De forma velada, la idea de infidelidad se vinculaba con la de la desconfianza y, en este sentido, con un clima de inestabilidad que señalaba a la monarquía de Francia. Sin embargo, si se atiende a los acontecimientos históricos que tuvieron lugar en los comienzos de la década de 1620, los movimientos de Venecia pusieron de manifiesto una capacidad

[88] Véase Stefano Andretta, «*Giovani* and *vecchi*: The Factionary Spirit in 16th and 17th Centuries Patrician Venice between Myth and Reality», en *A Europe of Courts, a Europe of Factions*, ed. por Rubén González Cuerva y Alexander Koller (Leiden-Boston: Brill, 2017), 176-196.

[89] Paruta, *Discorsi politici*, 538.

[90] Sante Di Biase, *Alla ricerca di un nuovo equilibrio. I rapporti diplomatici tra la Repubblica di Venezia e il regno di Francia tra XVI e XVII secolo* (Roma: Aracne Editrice, 2014), 423.

[91] *Avvisi di Parnaso sopra la Valtellina,* fol. 27v.

de iniciativa política lejana de la orientación neutralista que caracterizará las décadas de 1630 y 1640[92]. La evolución de los hechos contemporáneos vino a confirmar una praxis política intervencionista y, en este sentido, el veredicto formulado desde el Parnaso quedaba, a la postre, relegado al plano discursivo. En el ámbito de las letras circularon también escritos que reflejaban una toma de posición explícita, como se evidencia en la pieza publicada en Venecia bajo el nombre de Luis XIII, en la que se reivindicaban los supuestos derechos del monarca francés sobre el estado de Milán, y del que informaba el duque de Feria a Felipe IV en octubre de 1621. A juicio del gobernador, aquel impreso no era sino una forma de «persuadir a los pueblos de Italia» y al mismo tiempo anticipar «la justificación que el rey de Francia tendría para venir en ella»[93]. Estas publicaciones y manuscritos revelaban hasta qué punto el conflicto se dirimía también en el ámbito de la propaganda y la circulación de textos.

En el ámbito diplomático, Scaramuzza Visconti no llegó a conseguir la ratificación por parte de la Liga Cadea y la Liga de las Diez Jurisdicciones de los veinticinco capítulos acordados en Milán. Tampoco el tratado de Madrid firmado en abril de 1621 llegó a ejecutarse. En enero de 1622 se firmaron unas nuevas Capitulaciones en Milán y en marzo un nuevo tratado entre España y Francia. Desde noviembre de ese mismo año comenzaron las negociaciones entre Saboya, Venecia y Francia que desembocarían en la firma de la Liga de Aviñón en febrero de 1623[94]. Este acuerdo supuso, por un lado, la formalización de la disposición de la Serenísima a colaborar con Francia y, por otro, el desplazamiento progresivo del conflicto desde el terreno estrictamente político-diplomático hacia el ámbito militar. Ahora bien, esta nueva orientación no disipó las reservas existentes en el seno del patriciado. Persistía una desconfianza hacia la consistencia de la política francesa, alimentada tanto por las negociaciones paralelas de Luis XIII con el papado en materia religiosa como por la percepción de una diplomacia sujeta a variaciones coyunturales. No faltaron voces críticas como las de Fulgencio Micanio, quien exponía en una serie de cartas escritas entre 1622 y 1624 su juicio negativo sobre la política de Luis XIII y de sus ministros, a la que atribuía una marcada ambivalencia y escasa fiabilidad[95]. Con todo, pese a las divergencias internas, el patriciado veneciano terminó inclinándose

[92] Andretta, «Venezia e la crisi valtellinese», 145.

[93] AGS, Estado, leg. 1925, doc. 128, carta de Gómez Suárez de Figueroa, duque de Feria, al rey Felipe III. Milán, 14 de octubre de 1621.

[94] Poncet, «La Francia di Luigi XIII», 58.

[95] Barzazi, «Si quid e Gallia afferatur, avide lego», 405 (nota 106).

hacia una convergencia estratégica con Francia. Este posicionamiento tuvo también su reflejo en el ámbito de la cultura política: la intensificación de los vínculos con Francia vino a favorecer un renovado impulso en la publicación de textos franceses en Venecia, consolidando una dinámica editorial iniciada en la década precedente.

Conclusiones

En definitiva, este *avviso* manuscrito, anónimo e inédito, conservado en la Biblioteca Apostolica Vaticana, constituye, además de una pieza alegórica inscrita en la tradición de los *Ragguagli* de Boccalini, un testimonio elocuente de esa literatura de persuasión que se desplegó en torno al conflicto de la Valtelina. Vinculado al ámbito veneciano, el escrito pone de relieve la intensidad de la disputa política en las primeras décadas del Seiscientos, en el seno de una república reconocida por su destreza en el arte y la técnica de difundir ideas. La autoría del texto, difícil de determinar, pudo proceder tanto de círculos venecianos contrarios a una aproximación a Francia como de ambientes cercanos a los intereses de la Monarquía de España. Asimismo, el manuscrito concebido para influir en el debate senatorial se enmarca en la lógica de esas *armas de papel* destinadas a la elaboración y circulación de argumentos políticos. En consecuencia, el análisis de esta pieza debe situarse en un contexto en el que la cuestión valtelinesa, además de constituir un problema geopolítico de primer orden, resulta de interés en la formulación del lenguaje político del momento. En la literatura en torno a la Valtelina se trataron categorías ya presentes en la teoría política, como la neutralidad, al tiempo que comenzó a perfilarse un campo semántico en el que la idea de interés de estado adquiría entidad propia. Si desde la Monarquía de España se ponían en circulación relaciones que legitimaban la intervención en nombre de la religión y de la razón de estado católica, desde otros ámbitos circularon textos que cuestionaban esas pretensiones y movilizaban un léxico en torno a la usurpación. En ese cruce de discursos, la Valtelina se convirtió en un ámbito especialmente fértil de argumentación política, donde se ensayaron no solo alianzas y estrategias diplomáticas, sino también formas de persuasión que muestran hasta qué punto la política del primer Seiscientos se libraba tanto en el campo de batalla como en el espacio de la palabra impresa y manuscrita.

Bibliografía

Aldea Vaquero, Quintín. *España y Europa en el siglo xvii: correspondencia de Saavedra Fajardo*. Madrid: Editorial CSIC, 1986.

Anatra, Bruno. «Due prudenze a confronto». En *Venezia e la Spagna*, ed. por Bruno Anatra *et al.*, 29-48. Napoli: Electa, 1988.

Andretta, Stefano. «*Giovani* and *vecchi*: The Factionary Spirit in 16th and 17th Centuries Patrician Venice between Myth and Reality». En *A Europe of Courts, a Europe of Factions* editado por Rubén González Cuerva y Alexander Koller, 176-196. Leiden-Boston: Brill, 2017.

Arredondo, María Soledad. «Transmitir y proclamar la religión: una cuestión de propaganda en las crisis de 1635 y 1640». *Criticón* 102 (2008): 85-101.

Barzazi, Antonella. «'Si quid e Gallia afferatur, avide lego'. Reti intellettuali, libri e politica tra Venezia e la Francia nella prima metà del Seicento». En *Hétérodoxies croisées. Catholicismes pluriels entre France et Italie, xvie-xviie siècles*, ed. por Gigliola Fragnito y Alain Tallon, 374-410. Roma: Publications de l'École française de Rome, 2015.

Bassompierre, François de. *Ambassade du Mareschal de Bassompierre en Espagne l'an 1621*. Amsterdam: Chez Pierre du Marteau, 1668.

Benigno, Francesco. «Dialoghi dell'al di là. Immaginario ultraterreno e urgenze politiche nella cultura politica italiana del Seicento». *e-Spania. Revue interdisciplinaire d'études hispaniques médiévales et modernes* 21 (2015). http://e-spania.revues.org/24526.

Benzoni, Gino. «Gritti, Andrea». *Dizionario Biografico degli Italiani*, Roma: Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 2002, vol. 59. https://www.treccani.it/enciclopedia/andrea-gritti_%28Dizionario-Biografico%29/.

Blanco Bueno, Álvaro. «La cuestión de la Valtelina como objeto de la diplomacia hispano-francesa». En *Hacer historia moderna: Líneas actuales y futuras de investigación*, coord. por Juan José Iglesias Rodríguez e Isabel María Melero Muñoz, 929-941. Sevilla: Editorial Universidad de Sevilla, 2020.

Borromeo, Agostino, ed. *La Valtellina crocevia dell'Europa. Politica e religione nell'età della Guerra dei Trent'anni*. Milano: Editoriale Giorgio Mondadori, 1998.

Bunes Ibarra, Miguel Ángel de. *Políticas de Felipe III en el Mediterráneo, 1598-1621*. Madrid: Polifemo, 2021.

Cappelli, Federica. «*La República de Venecia…* (1617): 'vendetta' e satira parodica dei *Ragguagli di Parnaso* boccaliniani». *Cuadernos de filología italiana* 10 (2003): 51-61.

Cappelli, Federica. «*La República de Venecia…* (1617) y el *Castigo esemplare de' calunniatori* (1618): ¿una contienda político-literaria entre Francisco de Quevedo y Giacomo Castellani?». *La Perinola* 15 (2011): 37-55.

Cappelli, Federica. «Hacia una definición del papel de Quevedo en Italia». *La Perinola* 21 (2017): 17-40.

Ceribelli, Alessandra. *La literatura italiana en la obra de Quevedo*. Tesis doctoral, Universidad de Santiago de Compostela, 2020. http://hdl.handle.net/10347/24472.

Cervelli, Innocenzo. «Paruta, Paolo». En *Dizionario critico della letteratura italiana*, III, coord. por Vittore Branca, 351-355. Torino: UTET, 1986.

Cozzi, Gaetano. «Donà, Leonardo». En *Dizionario Biografico degli Italiani*. Roma: Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 1991, vol. 40. https://www.treccani.it/enciclopedia/leonardo-dona_%28Dizionario-Biografico%29.

Dal Borgo, Michela. «Loredan, Leonardo». En *Dizionario Biografico degli Italiani*. Roma: Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 2005, vol. 65. https://www.treccani.it/enciclopedia/leonardo-loredan_%28Dizionario-Biografico%29/.

De Vivo, Filippo. *Information and communication in Venice: Rethinking Early Modern Politics*. Oxford: Oxford University Press, 2007.

Di Biase, Sante. *Alla ricerca di un nuovo equilibrio. I rapporti diplomatici tra la Repubblica di Venezia e il regno di Francia tra XVI e XVII secolo*. Roma: Aracne editrice, 2014.

Di Castro, Scipio. «Relatione e instruttione per lo Stato di Milano». En *Thesoro politico cioè, Relationi, Instruttioni Trattati I Discorsi varii*, 301-310. Colonia: Academia Italiana di Colonia, 1589.

Echevarría Bacigalupe, Miguel Ángel. «Pedro Enríquez de Guzmán de Acevedo y Toledo». En *Diccionario Biográfico Español*. https://historia-hispanica.rah.es/biografias/15354-pedro-enriquez-de-guzman-de-acevedo-y-toledo.

García García, Bernardo J. *La Pax Hispanica. Política exterior del duque de Lerma*. Leuven: Leuven University Press, 1996

García González, María Sol. *El duque de Feria, gobernador de Milán. Política y diplomacia en la esfera exterior de la Monarquía de España*. Madrid: Marcial Pons (2027, en prensa).

Giani, Marco. *Paolo Paruta: il lessico della politica*. Tesis doctoral, Università Ca' Foscari Venecia, 2012.

Giussani, Antonio. *La riscossa dei Valtellinesi contro i Grigioni nel 1620*. Como: E. Cavalleri, 1935.

Hinds, Allen B., ed. *Calendar of State Papers Relating To English Affairs in the Archives of Venice, Volume 16, 1619-1621*. London: His Majesty's Stationery Office, 1910.

Lombardi, Greta. *La guerra de la Valtelina entre crónica y literatura*. La Coruña: SIELAE, 2020.

Malvezzi, Virgilio. *Historia de los primeros años del reinado de Felipe IV*. Ed. por D. L. Shaw. London: Thamesis Books Limited, 1968.

Márquez, Juan. *El Governador Christiano deducido de las vidas de Moysen y Josue, príncipes del pueblo de Dios*. Salamanca: Francisco de Cea, 1612.

Martínez Aragón, Lucio y Michela Fior. *El conde de Fuentes de Valdepero y el Fuerte de Fuentes en el Camino Español*. Valladolid: Glyphos, 2015.

Paruta, Paolo. *Della perfettion della vita política di M. Paolo Paruta Nobile vinetiano. Libri tre*. Venezia: Domenico Nicolini, 1579.

Paruta, Paolo. *Discorsi politici di Paolo Paruta, nobile vinetiano cavaliere e procurator di San Marco nei quali si considerano diversi fatti illustri, e memorabili di principi, e di repubbliche antiche e moderne*. Venezia: Domenico Nicolini, 1599.

Paruta, Paolo. «Discorso sulla neutralità». En *Opere Politiche di Paolo Paruta* II, ed. por Cirillo Monzani, 381-99. Firenze: Le Monnier, 1852.

Preto, Paolo. «La Spagna nella cultura veneta». En *Alle origini di una nazione. Antispagnolismo e identità italiana*, coord. por Aurelio Musi, 201-226. Milano: Guerini e Associati, 2003.

Quevedo, Francisco de. *Mundo caduco*. Ed. por Javier Biurrun Lizarazu. Pamplona: EUNSA, Ediciones Universidad de Navarra, 2000.

Riandière, Josette. «Del manuscrito al texto impreso, del libelo al tratado: las implicaciones de España en la política francesa en tiempos de Felipe II (1585-1590)». En *El escrito en el siglo de Oro. Prácticas y representaciones*, coord. por Agustín Redondo, Pedro Manuel Cátedra García y María Luisa López-Vidriero Abello, 193-204. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1988.

Rospocher, Massimo y Rosa Salzberg. *Il mercato dell'informazione. Notizie vere, false e sensazionali nella Venezia del Cinquecento*. Venezia: Marsilio, 2021.

Sarpi, Paolo. *Breve relazione di Valtellina: con un dialogo fra Mario Soldati e Camillo De Piaz*. Tirano: Marco Vigevani Agenzia Letteraria, 2010.

Turrel, Denise, ed. «Le Traitè de Lyon (1601)». Número especial, *Cahiers d'histoire* 6, n.º 2 (2001), https://doi.org/10.4000/ch.472.

Villari, Rosario. *Elogio della dissimulazione. La lotta politica nel Seicento*. Roma: Laterza, 2003.

Texto sobre la crisis de la Valtelina (1618-1620)

4. 1. *Avvisi di Parnaso sopra la Valtellina*

Biblioteca Apostolica Vaticana, Ott.lat. 2411, fols. 21r-28v [manuscrito]
Edición de María Sol García González y revisión de Silvia Toppetta

Arrivato in Parnaso l'avviso di Valtellina e sua rebellione, si dubitava la causa di tal rebellione qual fusse stata, e molti diverse cose dicevono: i venetiani, come mal affetti dei spagnoli, dicevano essersi fatta col consiglio loro; altri dicevono che era stato per mera desperatione de sudditi; altri che l'imbasciator Goffier del Cristianissimo, astuto et audace, havendo ricevuto grandissimi affronti dalle plebe delle Tre Leghe et havendo giurato vendicarsene, fusse stato operatore di questo. Questa diversità di openioni si agitava e si scusavano i spagnioli come quelli che s'erano dati alla corte e cortegiar il lor re. Mentre che d'ottobre giunse l'ordinario d'Italia con il quale fu accennato l'ingresso de' spagnoli in Valtellina e la rotta de' svizzeri e grisoni a Tirano, con le piante della valle. Queste nuove fecero maravigliare et restar attoniti tutti, e particolarmente i venetiani, stimando questo colpo mortale alla lor reputazione. In questo fu veduto il duca di Fuentes allegro, non perché amasse il duca di Feria, autore di questa attione per esser stato emolo del padre, ma per haver dato principio alla intelligenza di questo fatto e fabricato il forte in sito oportuno e, quasi esortato dagli altri, lodò l'ardire del duca di Feria.

Si renovarono in Parnaso i discorsi et i venetiani più ingelositi fecero una semblea in palazzo loro et concorsero il collegio vecchio e nuovo, et elessero alcuni che sopra di ciò fossero, e questi erano Leonardo Loredano, Andrea Gritti e Leonardo Donato, i quali, ritirati in camera segreta, il Leonardo cominciò a parlare in modo che:

> «Orribili furno le miserie della Republica mentre fui io Doge, ma tuttavia queste potrebbono esser peggiori perché, sebene allora i confederati di Cambrai quasi ci spogliassero di quanto tenevamo in Terraferma, tuttavia i re haveano diversi fini, poiché il papa solo pretendeva la restitutione delle terre da noi occupate in Romagna et il re cattolico Ferdinando voleva metter sotto la sua obedienza le città che possedevamo in Puglia, e nessuno voleva la total rovina nostra, anzi desideravano si mantenesse per difender la Cristianità contro il Turco per mare principalmente, e però non si eseguì l'arrabbiato consiglio dell'imperatore Massimiliano e del re di Francia, che volevano si andasse ad assaltar Venezia, e che prendendola si dividesse fra i quattro collegati. Ma il pontefice, ancorché fusse da noi offeso come publico padre, regettava sententia così crudele, et indusse il re cattolico che egli si contentasse

della recuperatione fatta del regno di Napoli e gli oltramontani si derno, per non aver armata di mare, alla guerra di Terraferma. Ma la instabilità di Massimiliano et i tedeschi e francesi, non essendo molto concordi fra loro, derno adito a noi recuperar Padova e poi li altri luoghi e resorgere a vita. Ma ora che si vede aperta la strada di congiungersi le forze di Spagna con quelle di Casa d'Austria, apparendo la dessolatione della nostra patria, maggiormente essendo quel re e i principi suoi parenti fieramente adirati per l'insolenza usata contro di loro dall'imprudente governo della Repubblica».

Il giorno seguente, il Gritti, con voce vigorosa in congregatione, disse:

«Vorrei poter ritornare et insegnare alla Repubblica quelle regole che seguii quando la nostra Repubblica tenni in pace, mentre guerreggiavano Carlo Quinto e Francesco Primo re di Francia, che ciascheduno amava la nostra Repubblica».

Il Donato rispose:

«È vera la vostra prudenza, ma in vostro tempo si dette quel pessimo consiglio che il marchese di Pescara si rebellasse al suo re et in premio si li sarebbe dato il regno di Napoli; ma Carlo V, come cristiano, per riparare l'eccesso che il suo esercito havea fatto in Roma, si contentò di quanto Clemente VII gli domandò, ancorché havesse causa contro de venetiani e però, lassato questa impresa, si voltò all'impresa di Firenze per collocar i Medici in quel grado. E se allora si dette tal consiglio mentre nel Senato erano tutti vecchi e sperimentati, che si farebbe ora che ve ne sono la maggior parte giovani e desiderosi di novità e guerra e poco pratici? I quali, oltre le lor chimere, beffano i maturi consigli de' vecchi, et io lo so con quanta prudenza ho trattenuto fumanti intelletti al tempo dell'Interdetto, i quali precipitosamente volevano attaccarla con Spagna, perché il re cattolico si era dichiarato a favore del papa e hebbi che fare perché molti si preparavano a guerra defensiva e molti ad offensiva, et credevano che il re cattolico non fusse più niente potente della Repubblica, et hebbi che fare a dissuader la guerra. Ma quanti danni si sono tuttavia patiti per riguardo delle censure apostoliche, e di tutto questo ne fu cagione fra Paolo, ma già tuttavia ero assuefatto a non creder nulla dal Cremonino mio caro amico; se ritornassi in Venetia con due salassi la vorrei guarire dalle tante malatie, prima levar il sangue delle putride e fetide dottrine, e che ritornarebbe la fede».

Arrivò un corriero con lettera di Venetia che domandava consiglio sopra di ciò, manifestando quanto allora si trattava. Il Paruta disse che havrebbe fatto un discorso, ma gli fu detto che lo facesse chiaro e non sì intrigato come il suo libro della vita politica, che pare un laberinto, overo come i suoi discorsi, che sono troppo lunghi e languidi. Li fu dato tempo e il 15 del corrente, comparso in Palazzo, si cavò di seno una scrittura di tal tenore:

«Tra tutte le cose la più difficile è il domandar consiglio, né la più facile che esser consigliato. La nostra Repubblica, per il mal governo introdotto da qualche anno, aspetò con gran desiderio alla guerra contra Casa d'Austria, et havendo conferito questo ai principi d'Austria malevoli, fu da quelli consigliata procurasse la rottura con l'arciduca Ferdinando, sotto speranza che, non potendo i veneziani sostener guerra sì lunga, sarebbono chiamati in aiuto, et così si perturbarebbe l'Italia invidiata da gli forastieri per le ricchezze et odiata dalli heretici. Dicevano questi che in niun tempo potevano far l'impresa più a proposito che quando i spagnioli conchiusero con il duca di Savoia la capitolatione d'Asti, essendosi (a giuditio di molti) fatta per mera debolezza da questa vana persuasione. I venetiani si lassano indurre senza considerare che l'argomento era falzissimo, per non si distinguere le tre cagioni che sogliono arrecar infelice evento, cioè: non potere, non sapere, non volere. Havea impedito a spagnioli, essendo chiaro che l'ultima vi hebbe potentissima parte a non finirla con maggior gloria e con questo mal consiglio si imbarcarno alla guerra di Gradischa, dove mosse grandissima gente e denaro, havendo votato il tesoro ammassato di molti anni; e poi, i capi mostrarono tale imperitia e i soldati tal viltà che in due anni mai potero forzare una piazza così debole, che da prudenti era stimata più tosto una bicoccha che fortezza; lasso stare l'affronti che ricevessimo nel mare Adriatico dal duca di Ossuna; lasso stare le altre sciagure, le quali non bastarono a farli divenir satii, anzi cospirarono contro Ferdinando per vendicarsi con mano d'altri e suscitarono gran congiura de' calvinisti in Germania, favorendola con consiglio e denari. Ma Iddio ha manifestato quanta cura tenghi de' principi cattolici e fecero altra deliberatione sciocca, che, volendo far la lega con li tre cantoni de' grisoni, furono così presuntuosi che, scordati che non si sarebbe fatta l'anno 1603 se non la havesse favorita Henrico IV re di Francia, volsero tentarla senza intervento de' suoi ministri, i quali, pretendendo haver la superiorità sopra i grisoni, si opposero talmente a venetiani che si venne ad aperta rottura; onde i venetiani, vedendo che i cittadini delle Tre Leghe adherivano a' francesi, si restrinsero con gli heretici, cosa che mi fa arrossire, costringendosi con Hercole Salice, confidente del Senato nostro, e, scoprendo per ciò quel segreto, con mirabil arte da nostri maggiori occultato, di collegare le repubbliche in una sola unione e ferma per dissipare tutte le monarchie d'Europa, accioché con la rovina d'esse si fabrichi la nostra grandezza. Ma la divina prudenza fece apparire quanto sia fragile la prudenza humana mentre camina sotto l'impietà, perché crescendo la diffidenza de' venetiani e francesi sopra lo stabilimento di questa mal fondata lega, doppo varii andamenti fu scacciato l'ambasciator di Francia e processati tutti quelli che erano dichiarati contrarii alla nostra pretensione, onde, per fuggire il giuditio d'un tribunale barbaro e crudele, si retirorno nel paese de' svizzeri. Ma la dominatione degli heretici, fomentata dalle nostre pratiche, partorì la persecutione de' cattolici et il martirio d'alcune persone ecclesiastiche, tra quali apparve glorioso l'arciprete di Sondrio, sotto pretesto

che fossero favoriti da spagnioli, tanto può il radicato odio contra questa natione che, non havendo eglino havuto parte nelle controversie passate tra l'ambasciatore francese e nostri agenti, gli hanno voluto far autori di disturbi appostici. Però il Santo Dio gli ha scelto per flagello contra gli heretici, facendo con raro et inaudito esempio che i francesi domandassero al duca di Feria, governatore di Milano, aiuto per la restitutione degli esulati, rappresentandogli che la religion cattolica si perdeva nelle Tre Leghe, se presto non veniva da spagnioli rimediato, li quali come più vicini potevano meglio ovviare a tanto male. Io crepo di dolore quando penso alle precipitose resolutioni di costui et all'inavvertenza de' nostri venetiani, e che io habbia a referire la maravigliosa accortezza del duca di Feria, benché d'anni giovane, di consumata prudenza, il quale ha resa bugiarda la sentenza di quel cicalone del Boccalini, dove scrisse che i spagnoli, per non incomodarsi, non si levano ad incontrare le occasioni, poiché egli, trovando sì oportuno ingresso, introdusse con mirabil maniera le armi e la negotiatione, prima fra i grisoni e poi in Valtellina. Veramente mi fa stupire, con questo bel modo, senza interessare il suo re, fece che li fuorusciti ritornassero alla patria, li quali se havessero havuto l'animo e l'ingegnio corrispondente all'aiuti somministratigli dal duca, sarebbono stati confermati nelle proprie case. Ma, non havendo eglino saputo presentemente valersi del benefitio del tempo con l'esterminio dei capi della parte contraria, che si ritrovavano sprovisti e disarmati, esperimentorno con loro gran danno esser nocivo sparmiare il sangue d'un nemico irreconciliabile, poiché li Salici et altri capi heretici istigati da nostri agenti, li corsero addosso, e li costrinsero alla seconda uscita del paese, dando la caccia al Goffier, ambasciator di Francia, che anch'egli era tornato alla sua residenza, onde si hebbe di nuovo ricorso al duca di Feria, il quale, conoscendo che questi fuorusciti bramavano di tentare un'altra volta la fortuna e che da francesi era pregato a darli aiuto, si dispose a favorirli con maggior fondamento, facendo che a titolo d'assoldar gente per servitio dell'imperatore si raccogliessero sotto buoni capi, 500 fanti eletti, svizzeri e tedeschi. Ma dubitando Ridolfo Pianta, uno de' principali fuorusciti, che se i grisoni non si divertivano altrove, essi non potrebbono fare gran progesso, trattò con i valtellini la sollevatione, li quali, havendo già scoperto che li predicanti heretici tramavano l'esterminio della cattolica religione in tutta la valle, havevano pensiero di pigliar l'armi, però, conoscendo che se non erano spalleggiati da qualche principe non haverebbe effetto il disegno, fecero sapere al duca di Feria la loro volontà di purgare il paese d'eresia e liberarsi dal tirannico giogo de' grisoni, onde il duca, che vidde congionto l'utile con l'honesto, tosto impugnò l'occasione.

Sarei troppo longo se volessi raccontare le cose che nell negotio egli fece; basta dire che tra tutte le congiure niuna è più maravigliosa che questa de' Valtellini, perché il Vespero Siciliano fu contra una natione straniera odiatissima da tutto il regno, e la giornata di San Bartolomeo, fatta in Francia regnando Carlo nono, si eseguì sopra i medesimi francesi d'ordine dell'istesso re. Ma

questa di Valtellina si fece contra i grisoni, che havevano il governo, e contra i propri valtellini heretici, esecutandola con tanta prestezza et animosità che non fu perdonato agli stessi parenti, tralascio con questo poco strepito senza toccar tamburo. Il Feria vi mandò tremila fanti italiani assoldati per le piazze di Milano da persone che non erano ministri del re, i quali, arrivati alla sfilata, occuporno li posti e cominciorno a fortificarli non movendo la gente spagnola insin tanto che non si hebbe avviso che calavano li svizzeri e grisoni heretici, che la nostra Repubblica pagava per recuperare la valle. Ma io ammiro la destrezza usata nel confermare i svizzeri cattolici in questi frangenti a maggior devotione verso il re Filippo perché, volendo la ragione politica che si opponessero ai spagnioli, dubitando che dall'esempio di Valtellina li sudditi che tengono in Italia non fussero istigati a rebellione, non solo non seguì questo sospetto, ma si dichiarorno gli helveti adherenti ai spagnioli e, mostrandosi alienissimi dal pensiero e dalla volontà dei lor paesani heretici, pigliorno con straordinario affetto l'armi contro di loro, cosa rara e non mai veduta in questa natione, che per pratiche straniere si sieno tra di loro divisi. Ma tanto può il zelo della religione et il pericolo di perderla rappresentato dal Feria con potenti et evidentissimi argomenti; ora, in tanta varietà d'accidenti, non gli remaneva altra prova da fare che dar saggio d'un accurato giuditio nelle cose di guerra, onde quando egli vedde che li soldati nuovi non bastavano per discacciare li grisoni che erano entrati in Valtellina e fermatisi in Sondrio e Tirano, non vi volse impiegare li veterani; ma quando vidde che li svizzeri volevano racquistare il paese, fece occupare la riva di Chiavenna e prestamente fortificarla. Questa preventione, benché fatta contra l'opinion de' soldati di molta sperienza, fu così giovevole che, conoscendo il nemico non poter forzar quel passo, andò con lungo giro a dare in Bormio et, havendo superato quelle guardie, s'impadroni di quei posti. Questo inaspettato colpo tenne sospeso le menti di molti, parendoli che non era conveniente impiegar le poche genti spagniole che stantiavano atorno al forte di Fuentes nella difesa di Valtellina, da molti già tenuta irrecuperabile; tuttavia il Feria considerò che la gente nuova che si ritrovava nella valle, essendo sbigottita per il caso accaduto in Bormio, per se stessa non farebbe resistenza però, accompagnata con soldati veterani, ripiglierebbe animo e si defenderebbono gli altri posti; onde egli risolse avventurare pochi per salvar molti e, se bene da alcuni fu stimata troppa ardita deliberatione, ordinò a Geloramo Pimentelli, generale della cavalleria, che l'avviasse prestamente a Tirano e che subbito gionto pigliasse lingua del nemico che, trovandosi con forze bastanti a discacciarlo, non ve lo lassasse fermare ma, in caso che egli fusse molto superiore, che attendesse a fortificar Tirano et ivi aspettasse i soccorsi che gli inviaria. Laonde il Pimentelli, havuto questo ordine, partì con secento fanti spagnioli e 200 cavalli, usando tal diligenza che più per opportuno non poteva arrivare a Tirano, dove seguì quel gran fatto d'arme nel quale li svizzeri e grisoni heretici, per degno castigo delle scelleraggini adoperate contro le chiese, furno rotti e tagliati a pezzi da

così poco numero di gente che ogniuno scorge essersi tanta vittoria ottenuta da Dio; doppo la qual rotta corsero con vituperosa fuga, scombrando il paese e lasciandolo libero a spagnoli; et essi, senza perder tempo, rizzarono una fortezza in Bormio che ci fa assai pensare.

Ora, benché questa gran fattione habbia arrecato all'armi del cattolico molta reputatione et al Feria grande lode, non lassò la macilente invidia di tassare che fu resolutione di capitano pieno di bravura ma poco avveduto ne' pericoli che potevano accadere, se la sorte fusse riuscita contraria, figurandosi costoro che, perdendosi quel nervo di gente, rimaneva lo stato di Milano preda di chi volesse assaltarlo; giuditio poco fondato poiché stimano che la sicurezza di quel ducato consista nella conservatione di secento fanti spagnioli, e che non si avveggono che quando Errico IV re di Francia et altri con potentissimi eserciti lo minacciavano, non vi era altro tanto numero di soldati in tutto il paese, ritrovandosi allora la maggior parte della guardia ordinaria in Spagna all'espulsione de' moreschi. Ma questo duca, per dar ad intendere quanto confida nella fede de' milanesi et il poco pensiero che egli haveva de' confinanti, fece un atto degno d'osservatione che fu che, volendo li nostri venetiani divertire i spagnioli di Valtellina, mandano un grosso di gente a confini di Gera d'Adda spargendo voce che formavano piazza d'arme in Zomano, dove disegnavano condurre 8 pezzi d'artiglieria per tentare qualche terra dello stato di Milano. Ma il Feria, spregiata questa vana apparenza, trasse di Triviglio le compagnie spagnole che ivi stanziavano e, mostrando non curarsi delle vere bravure, attesse alla sicurezza dell'acquisto fatto.

La mia intenzione nel racconto di queste che paiono lodi non è di magnificare le attioni d'un ministro del re cattolico, ma solo di mostrar la qualità d'un generale che potrebbe diventar aperto nemico della Repubblica, essendo cosa conveniente, anzi necessaria, il sapere qual sia la condizione e valore di chi dubbitiamo che ci possa nuocere, acciò che si prevenghino alle strattagemme di costui che potrebbe haver il comando nella guerra, che apparentemente si può credere che sarà non meno consigliata da altri principi che tramata nel nostro Senato, essendovi molti che per rimediar alle loro povertà, non si curano che il publico si metta in pericolo, essendo la presunzione di costoro arrivata a tal segno che dispregiano ogniuno che gli ammonisce il contrario di quello che essi desiderano; e pur doveriano vergognarsi che nel caso presente si sieno mostrati negligentissimi, non havendo penetrato la machinatione spagniola. Ha' patria cara, quanto sei caduta di quel vanto che ti concedevano tutte le nationi d'esser non meno informata de' segreti de principi! Che pronta in prevenire ai loro disegni! Ma hora hai mancato ad ambedue le cose, poscia che ne ancho doppo il scoperto trattato di Valtellina hai saputo in parte rimediarvi, come ti sarebbe riuscito se con titolo di voler favorir i cattolici havessi spinto le tue forze in quella valle et occupato il posto di Bormio, il quale solo ti bastava per tener francho il passo al tuo dominio.

Ora il fallo è fatto e non occorre parlare di cose già passate. Ma venghiamo alle speranze de' nostri venetiani. Chiara cosa è che le maggiori consistono nelle corone di Francia et Inghilterra, Stati d'Olanda e protestanti d'Alemagna, e conchiudiamo che tutti consiglieranno la guerra, la qual senza dubbio verrà abbracciata da' nostri, promettendosi grandi aiuti da questi paesi, e quando da costoro non gli venghino osservate le parole che gli daranno, voglio credere che ricorreranno al Turcho, onde sarà necessario dire come et in che maniera queste potenze ci potranno favorire. La Francia non si nega che essendo unita d'animi et havendo il duca di Savoia dependente di lei e confederato con la Repubblica, che non possi dar disturbi ai spagnioli. Ma ogni volta che io penso alle continue discordie perseverate per tanti anni in quel regno, non meno diviso di religione che pieno di fattioni, mi svaniscono tra le mani i suoi progessi; pure quando la sorte portasse che fossero prosperi, non trovo che la felicità de' francesi debba arrecare alla nostra Repubblica quella quiete che fra le turbulenze si va cercando, perché come appunto io toccai nel mio discorso delle leghe 'Quale maggior merito per mantenersi l'amore e la fede può un principe promettersi d'un altro di ciò che con ragione doveva la Repubblica di Venetia ritrovare in Ludovico XII prima e poi in Francesco primo re di Francia? Poiché, per non violare in alcuna parte l'amicitia e congiontione che teneva con quello, si provò contra l'armi di Massimiliano imperatore et espose il suo stato a tanti travagli e pericoli, e per liberare dalla prigionia lui medesimo prima e poi i figlioli di questo, così lungamente sostenne gran parte d'una grandissima guerra. Nondimeno come per ordinario nell'animo de' principi più può l'affetto che l'ordinaria ragione e giustitia, con la quale si governano le private persone, Ludovico, rotta l'anticha capitolatione che teneva con la Repubblica, fu potentissimo istromento per farle congiurare contra tutti i principi d'Europa, e Francesco, come prima gli venne fatto di potersi avantaggiare nell'accordo posposto ogni altro respetto, convenne solo coll'imperatore Carlo quinto, lassando la Repubblica esposta a gravissimi pericoli della guerra, tale che si vede che da questa parte non verrà il rimedio a nostri mali?'. Ma d'Inghilterra, di grazia, di che ci possono promettere? Se habbiamo la prova avanti all'occhi che quel re non si mosse a dar assistenza al genero per affermarli sul capo la tanto ambita corona di Boemia, et ancho per defendere il Palatinato, proprio patrimonio, de' suoi nepoti, onde conchiudo che da quell'isola non può sperar altro la nostra Repubblica che gente che l'infettino d'heresie e riempino l'ospedali d'infermi per la naturale delicatezza di quella nazione. Molti fanno gran capitale degli Stati d'Olanda, ma io che ho voluto sapere le forze loro non trovo che possino far altro che defendersi e di tante prerogative ringrazino il sito del paese, che se non fusse stato il più forte dell'universo, poco o nulla haverebbon giovato li grossi aiuti che hebbero da tutta Europa; pure concediamoli che mandino qualche navi da guerra che soccorre e questo a tanto bisogno. Li protestanti d'Alemagna hanno mostrato dentro le case proprie la lor debolezza, onde come corpo mal organizzato, lo

stimo del tutto inutile. Resta per ultimo refugio il Turco; l'haver udito dire che in Venetia si trattava di raccomandarsi a lui –seguendo la sentenza di Francesco primo re di Francia, che venendo biasmato per l'amicitia contratta con Solimano, rispose che per defendersi dal lupo si era raccomandato al cane– mi fa imparare, e che costoro non si ricordino quante deplorabili ruine si sieno tirate addosso tutti quelli che si son prevalsi del infausto soccorso degli infedeli; lo dichino li francesi dell'Asia, quando doppo l'acquisto di Terra Santa si consumorno in guerre civili; e non meno che essi lo mostrò la caduta dell'impero di Constantinopoli, che introdusse li turchi al suo servitio; ma più modernamente ne faranno testimonianza le calamità di Ludovico Moro, duca di Milano, che fece venire contra la nostra Repubblica una grossa banda de' turchi. Però per ultima scena di quanto a Dio dispiacciano simili amicitie, consideriamo l'infelice fine di tanti re di Francia e le sciagure, che ha patito quel regno per haver procurato e con sommissioni stipulato una confederatione indegna del titolo di Cristianissimo. Ma quando bene il Turco inviasse la sua armata ai danni dei spagnioli, non sapiamo noi che la casa ottomana non fa mai due guerre in un medesimo tempo e che se il persiano o il re di Polonia movessero l'armi contra quell'impero – cosa possibile per la buona intelligenza che tengono con il re cattolico–, che costui nel maggior bisogno ci abbandonarebbe, non essendo egli obligato ad esser più costante e fedele con noi di quel che fecero li due re di Francia da me citati. Occorrendo dunque questo caso, come rimarrebbono le cose della Repubblica? Ma certo che non capisco con qual fondamento li nostri trattino d'appigliarsi a sì scandaloso partito, e come hanno dimenticato quella magnifica resolutione che nostri maggiori, quando furno assaliti dalli principi della Lega di Cambray, che essendo consigliati che ricorrissero alli aiuti del Turco, refutorno sì scelerato parere; e se bene la ragion di stato vi hebbe gran parte (oltre la speranza, che la gelosia e l'invidia, che era per nascere tra di loro, discioglierebbe la lega e che se questo non succedesse si potrebbe venire con gli avversarii a compositione, nella quale essi haverebbono mostrato la pietà insegniatali dalla religion cristiana, ove che da un infedele non si doveva sperar altro che la nostra servitù e la rovina della Cristianità, essendo impossibile potere discacciare un inimico così potente introdotto nelle viscere del nostro dominio). Tuttavia, ha tanto del plausibile questa determinatione del Senato che molte persone giudicano che per questo buon zelo Iddio salvò la Repubblica dalli mali preparategli da sì gran congiura. Ma hora che tutte le cose hanno mutato forma fra li nostri, e che eglino confidano che la loro salvezza dependa dalli soccorsi degli heretici e d'infedeli, dubito che così grave offesa verso la divina maestà non ci cagioni una piagha incurabile.

Io non trovo niuna ragione perché li nostri habbino conceputo tant'odio contra i spagnioli, havendo sperimentato che senza loro la Repubblica sarebbe ridotta in calamità grande; lo manifestino i progressi che con rapido corso di vittorie fecce Buiazzetto secondo sopra le nostre piazze della Morea, il cui

furore fu fermato dal re cattolico Ferdinando, che mandò in nostro aiuto il gran capitano Consalvo de Cordova con grossa armata di legni, sopra le quali erano 8000 fanti e 1200 cavalli leggieri. Con grandissima gloria si racquistò la Cefalonia: allora si vidde quanto poco la Signoria può sperare da Francia, che se bene erano potentissimi rispetto a Ferdinando, non ci dettero altro aiuto che di una carraca genovese caricha di ottocento fanti che riuscirno inutili per esser carichi di malatie. Ma dove sarebbe la nostra libertà se Carlo V e Filippo suo figliolo per due volte non si collegavano con noi, acquistando nell'ultima lega la gran vittoria di Cuzzolari che ruppe talmente l'orgoglio al Turco, che doppo non ha potuto, per quante forze si habbia fatto, recuperare la perduta reputazione? Vorrei che mi dicessero, con qual vicino habbiamo havuto mai mano briga che con gli spagnoli, i quali, se ben sono molto potenti in Italia, hanno quietamente e pacificamente deciso ogni differenza nata con noi per causa de' confini od altrimente? Chi crede che l'istesso sarebbe venuto con tedeschi o coi francesi fa grand'errore o non ha cognitione delle miserie che queste due nationi hanno operato in Italia.

Ma per schifare di non esser battezzato del nome di spagniolo, come successe al doge Leonardo Donato perché demostrava esser conveniente che la Repubblica cercasse l'amicitia di spagnoli o li danni che nasceranno quando si faccia altrimenti, voglio ritornare alla Valtellina. Ora il duca di Feria con stupendissime arti ha diviso le Tre Leghe, separandosi la Legha Grisa dall'altre et essa ha mandato li suoi ambasciatori per stabilire con il re cattolico la confederatione stipulata l'anno 1617, la quale fu svanita per l'istanza fatta da nostri venetiani; ma nel tempo che corre, non dubitando che haverà effetto con avantaggiosi partiti per i spagnoli, volendo la ragion di stato che grisoni consentino a qualsivoglia conditione che li prescrivino sopra la restitutione di Valtellina ancorché le fortezze erette restino in potere del re cattolico, essendo atto di gran prudenza ritornare al possesso della cosa perduta con tutto che si sminuischa la autorità del dimandante; il quale maggiormente sarà stimato savio se, contendendo con chi è più potente di lui, cede alla necessità per ovviare la guerra dentro del proprio paese. Prudentissimo fu in simil caso Filiberto Emanuelle, duca di Savoia, di accettare la restitutione de' suoi Stati, con la riserva che fece la corona di Francia di ritenere certe piazze nel Piemonte, se bene alcuni li consigliavano che non consentisse che i francesi rimanessero nelle fortezze. Ma questo principe, accorto ne' maneggi de' grandi affari e bravo in guerra, rispose che non voleva con dispute ragionare, che il tempo potesse dare al suo inimico il dritto di una presattione, che l'inferiore doveva in qualsivoglia modo ritornare per trattato a recuperare la cosa occupatagli da un potente avversario, onde egli con questa salutifera dottrina acconsentì alle conditioni imposteli dal re di Francia e, con la sua destrezza, ottenne doppo la restitutione delle medesime fortezze. Et io mi persuado che i spagnioli, essendosi dichiarati non voler i valtellini per sudditi, come eglino medesimi si erano offerti al duca di Feria, cercavanno modi per assicurar la religion cattolica e

che quei popoli non sieno oppressi, volendo la giustitia e l'equità, che non si abbandonino al arbitrio delli padroni offesi, ove per sicurità d'ambi le cose non vedo altro pegno più conveniente che mantenere le fortezze presidiate da Spagna. Bisogna che di nuovo io sclami contra il Senato per non haver fatto nascere qualche occasione con la quale egli si fusse intromesso insieme col Feria in questa negotiatione, poiché da essa forse sarebbe risultata –oltre la grazia di haver sopito questi romori– la riconciliatione col cattolico, dalla quale depende la quiete della Repubblica. Ma sì come li nostri si sono fatti conoscere trascurati in affari di tanto rilevo e degna di lode l'accortezza e diligenza della Lega Grisa, che con la confederatione vuol obligarsi il re di Spagna, et a questo modo recuperare il perduto godendo le comodità dello stato di Milano, che per la più vicinanza può più dell'altre arrecargli il bene et il male. Ma io ciò imaginando, che li nostri venetiani con le solite machinationi anderanno cercando disturbare con machinatione questa negotiatione, e forse con lor maggior danno; onde la gravità del caso et il stravagante proceder de nostri compatriotti che hanno il governo mi fa vacillare et andar vagando per un pelago di straordinarie difficultà, le quali io trovo che niun ingegnio humano le può superare, né meno consigliar il partito che si deve prendere. Ove la mia conclusione è che si consulti il chiarissimo Apollo, il quale, per gran copia de letterati che sempre hebbe la nostra Repubblica, ci ama e, per la sua benignità, ci degnarà darci qualche antidoto cordiale».

Fu ascoltato il Paruta dalli tre colleghi con gran attentione et approvato quanto egli disse, ma prima d'andare ad Apollo volsero che la materia fusse discussa nel Consiglio Grande, onde, havendo referto ciò che era passato nella congregatione e letto di nuovo il discorso, fu risolto che si ballottasse se si dovea consultare Sua Maesta l'urgentissimo bisogno della Repubblica. Laonde, raccolti i voti, tutti concorsero che si mandassero ad Apollo per tale effetto li medesimi congregati e che si aggiungesse a questa ambasciata Andrea Navagiero per far l'oratione. Con questo ordine andorno i legati, ma il Donato avvertì che, essendo regola politica tener occulte le proprie necessità e la debolezza dello stato, era di mestiere procurare che l'audienza fusse privata per non palesare a spagnioli et a tedeschi austriaci le proprie necessità et affari; onde, giunti e domandata audienza privata, gli fu concessa, comparendo tutti cinque al cospetto di Sua Maestà e, fattoli humilissimo inchino, il Navagero con esquisita eloquenza in sostanza disse che la Repubblica si trovava in grandissima ansietà per li casi occorsi in Valtellina e che, havendo il Senato veneto spedito a loro che habitavano in Parnaso diversi corrieri chiedendo consiglio, non trovando eglino rimedio a tanto negotio, haveano deliberato supplicare Sua Maestà che gli aiutasse con le sue divine ispirationi, poiché quella Repubblica gli era tanto benemerita

per esser stata patria et asilo de' letterati. A queste domande, Apollo, con voce grave e sommessa, disse:

> «Confesso che io e le serenissime Muse habbiamo ai tempi passati havuto honorevole albergo nella vostra Venetia, e questo obligo ci fa tener a mente gli antichi meriti della Repubblica; onde, ancorché essa sia assai degenerata nell'età presente, voglio darvi alcuni ricordi attissimi a guarire le malatie dello stato vostro, da' quali potrete raccogliere efficacissimi consigli nelle dificultà che hora vertono et, accioché vediate quanto fissa tengo nell'animo la cura della vostra salute, ometterò le delfiche ambiguità».

Qui fece un poco di pausa e doppo soggiunse con voce più chiara:

> «La religione e la giustitia sono le più ferme colonne dello stato e quando queste due cose di dispregiono seguirà la dissolutione. Felice sarà la Repubblica dove li vecchi consigliono et i giovani eseguiscono, e guai a quella dove si fa il contrario, che ha due vicini potenti, uno fedele et altro infido: si guardi d'offendere il fedele accioché al tempo delle necessità non resti privo d'aiuti».

Finite queste ultime parole, si levò dalla real sedia e senza aspettar altro si ritirò nel cabinetto, onde gli ambasciatori, ritornati al palazzo della Signoria e ragguagliato il Consiglio Grande, fu deliberato di rimandare il corriere con il discorso del Paruta e con li ricordi di Sua Maestà. Et essendo partito alli 25 del corrente, si sta aspettando con gran desiderio l'avviso di come sarà intesa quest'espeditione.

978-84-1091-297-7 (PDF) / 978-84-1091-281-6 (impreso)
https://doi.org/10.14201/0AH0017263330

5. EL ASEDIO DE VERRUA DE 1625.
El potencial mediático de un episodio militar menor*

Alfonso Patón Roldán
Universidad Complutense de Madrid

El 6 de marzo de 1625 un ejército franco-saboyano, con François de Bonne, I duque de Lesdiguières y condestable de Francia[1], y el propio duque Carlos Manuel de Saboya al frente, marchaba hacia Ovada, población en la frontera entre la república de Génova y el ducado de Saboya[2]. Comenzaba así la breve guerra que enfrentaría a Francia y Saboya con Génova y sus aliados habsbúrgicos e italianos.

En el marco de la guerra de los Treinta Años, este conflicto tampoco ha recibido demasiada atención más allá, por supuesto, del socorro de Génova (28 de marzo a 24 de abril de 1625). Esta desatención podría explicarse por

* Este trabajo se ha realizado en el marco de un contrato predoctoral, convocatoria de 2021 (PRE2021-098776), adscrito al proyecto I+D+i *POLEMHIS2. Espacios mediáticos, mercado de la opinión y formas de negociación en los conflictos de la Monarquía Hispánica (1559-1725)* (PID2024-156705NB-I00), financiados por la Agencia Estatal de Investigación, Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades-Fondos FEDER/UE (MICIU/AEI/10.13039/501100011033).

[1] François de Bonne fue uno de los grandes militares franceses de su tiempo. De orígenes relativamente humildes, por su excelencia en el ejercicio de las armas –y su propicia conversión al catolicismo tras la que obtuvo el título de condestable– llegó a situarse como uno de los principales hombres de armas del reino y de los grandes nobles del Delfinado. Desde esta región alpina en la frontera con los territorios del duque de Saboya, el condestable actuó durante años con cierta autonomía, en un constante juego de alianzas y enemistades con Carlos Manuel de Saboya. Véase Edward Armstrong, «The Constable Lesdiguières», *The English Historical Review* 10, n.º 39 (1895): 445-470; y Stéphane Gal, *Lesdiguières. Prince des Alpes et Connétable de France* (Grenoble: Presses universitaires de Grenoble, 2007).

[2] Giorgio Casanova, *La Liguria centro occidentale e l'invasione franco piemontese del 1625* (Genova: E. R. G. A., 1983), 30.

tener lugar en un territorio periférico con respecto al conflicto central, no producirse ninguna batalla a campo abierto entre los ejércitos de los contendientes y por haberse desarrollado en un año en el que tantos otros hechos de armas célebres tuvieron lugar; baste recordar entre ellos el asedio de Breda, la jornada de Brasil o la defensa de Cádiz. Pese a todo ello, el conflicto posee una dimensión mediática importante, pues se desarrolló una notable producción de textos e imágenes en torno a varios de los episodios de la «guerricciola»[3].

Uno de estos episodios fue el asedio por las tropas del duque de Feria, gobernador de Milán, a la piamontesa fortaleza de Verrua. El sitio acabó con la retirada, tras meses de asedio, de los diezmados restos del ejército de Milán, poniendo fin a la campaña del gobernador en Piamonte y suponiendo una mancha en la reputación del duque como hombre de armas. El asedio tuvo un impacto limitado en lo político-militar, pero si bien ha pasado relativamente desapercibido, en torno a él se generó un significativo aparato mediático: estampas, varias relaciones, un aviso de Parnaso que genera múltiples respuestas y contrarréplicas (algo relativamente inusual en este género) e incluso representaciones pictóricas para los palacios saboyanos. Este trabajo analiza el asedio y la controvertida retirada del duque de Feria en su contexto, así como lo significativo de la producción mediática relacionada con él, para comprender mejor los textos relacionados que presentamos a continuación.

La guerra de 1625

Las causas de la guerra

El *casus belli* oficial de la guerra fue la restitución de Zuccarello al duque de Saboya. Este pequeño feudo imperial, perteneciente a la familia Del Carretto y situado entre el Piamonte y la Liguria, apenas tenía más valor estratégico o económico que el de ser una zona de paso importante entre la piana di Albenga y el Piamonte[4]. Sin embargo, remontándose a 1558,

[3] Así se refiere a ella Giorgio Casanova, en *ibidem*, 5.

[4] Alessia Ceccarelli cita a Agostino Franzone refiriéndose en su *Aristo* a Zuccarello como «un picciol, et ignobil feudo imperiale compresso in quattro o cinque ville di poveri montanari», en Alessia Ceccarelli, *«In forse di perdere la libertà»: la Repubblica di Genova nella riflessione di Giulio Pallavicino (1583-1635)* (Roma: Viella, 2018), 161. Véase asimismo el capítulo que la autora aporta a este volumen.

el marquesado había estado en el centro de varias controversias, ventas y particiones hasta que, en 1621, el marqués Scipione del Carretto, en una precaria posición económica y acusado de estar involucrado en el asesinato de su propio hermano, trató de vender el feudo a Carlos Manuel de Saboya. Dado que Zuccarello era un feudo imperial, para esta transacción se necesitaba el asenso del emperador Fernando II, que ni marqués ni duque tenían al llegar al acuerdo. En 1622, el Consejo Áulico, árbitro en estas materias tocantes a los feudos imperiales, sentenció que tres cuartas partes del estado recaerían en la Cámara Imperial –la cual las vendió enseguida a la república de Génova– y la restante la recibiría Ottavio del Carretto, hermano de Scipione[5]. Esta decisión del emperador, en la que influyó la presión que, a favor de Génova, ejercieron los diplomáticos hispanos[6], enfureció a Carlos Manuel, que consideraba que se habían vulnerado sus derechos.

Sin embargo, pese a que la posesión de Zuccarello había sido (y seguiría siendo aún después de la guerra) una cuestión que agriaba las relaciones entre el duque y la República, apenas era un pretexto para justificar la invasión de Génova. Las causas verdaderas del conflicto responden al delicado y complejo momento de las relaciones entre estados europeos y están estrechamente vinculadas a la cuestión de la Valtelina y a la ambiciosa política de Carlos Manuel I.

La Valtelina es una pequeña comarca al norte de la actual región de Lombardía que comprende el valle del río Adda. Desde 1512 estaba bajo el

[5] Casanova, *La Liguria*, 11-12; Blythe Alice Raviola, «The Imperial System in Early Modern Northern Italy: A Web of Dukedoms, Fiefs and Enclaves», en *The Holy Roman Empire, 1495-1806: a European perspective*, ed. por Robert J. W. Evans y Peter H. Wilson (Leiden y Boston: Brill, 2012), 224-227.

[6] Sin embargo, en las instrucciones que se entregaron a Giovanni Battista Serra cuando fue enviado a Madrid como embajador ordinario ante Felipe IV en noviembre de 1622, se le advertía de la posibilidad de que el conde de Oñate, embajador del rey católico ante el emperador, podía haber estado presionando para hacerse él personalmente con el marquesado de Zuccarello, como parecía que ya había hecho anteriormente con el principado de Piombino, otro feudo imperial italiano en disputa. Véase «Istruzioni a Giovanni Battista Serra, ambasciatore ordinario presso il re di Spagna», en *Istruzioni e relazioni degli ambasciatori genovesi*, vol. 2, ed. por Raffaele Ciasca (Roma: Istituto Storico Italiano, 1955), 186-187. Sobre el intento del conde de Oñate de hacerse con el Piombino, véase Alfonso Patón Roldán, «'Viéndose sola y en tanto peligro'. El matrimonio de Isabel de Appiano con Pablo Jordán II Orsini y sus estrategias para conservar el principado de Piombino (1620-1622)», *Tiempos Modernos* 13, n.º 46 (2023): 58-75. Sobre Giovanni Battista Serra, véase Yasmina Rocío Ben Yessef Garfia, *Los Serra entre la República de Génova y la Monarquía Hispánica. Servicio, redes y espacios de identidad (1576 ca.-1650 ca.)* (Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2022).

control de las Tres Ligas o grisones, una alianza de territorios suizos, que mayoritariamente se habían convertido al protestantismo a mediados del siglo xvi. Desde entonces, la cuestión de la confesionalidad de la Valtelina comenzó a preocupar a los estados católicos vecinos, que temían que pudiese ser un «foco de contagio». Además, para la Monarquía Hispánica, el control del valle por una potencia amistosa se antojaba necesario, ya que este podía servir como paso de las tropas desde Milán tanto hacia los Países Bajos –a modo de itinerario del Camino Español– como hacia las tierras patrimoniales de los Habsburgo. Con el comienzo de la guerra de los Treinta Años, el acceso a este paso se hacía más importante aún y, además, las tensiones religiosas en la Valtelina entre los administradores grisones y la población local mayoritariamente católica tomaron un nuevo cariz. Estas tensiones culminaron en julio de 1620 con el episodio al que se conoció como «Sacro Macello», en el que buena parte de los habitantes católicos del valle se levantaron contra los administradores reformados que habían impuesto los grisones, asesinando a muchos de ellos –y también a buena parte de los habitantes no católicos de la región– en una vorágine de violencia que se extendió durante días[7].

No solo la Monarquía Hispánica, sino también Francia, la república de Venecia, los sucesivos papas e incluso los Países Bajos habían observado atentamente durante años la situación de la Valtelina[8]. La rebelión de los valtelineses contra los grisones en 1620, si bien era el culmen de un conflicto que venía fraguándose durante años, tornaba aún más inestable la situación en el valle y la intervención de unos y otros se hacía inevitable. Gómez Suárez de Figueroa, III duque de Feria y gobernador del Milanesado desde 1618, había demostrado gran interés por la cuestión desde su llegada a Milán y había ejercido una política de apoyo a los católicos mucho más agresiva que sus predecesores. Durante los primeros años del siglo xvii, las Tres Ligas habían firmado alianzas y tratados de defensa con Francia y Venecia mientras que el conde de Fuentes, gobernador en Milán desde 1600 hasta su muerte en 1610, mandó construir en 1603, para reforzar la

[7] En más detalle se puede entender la política local de la Valtelina y las obras literarias españolas e italianas sobre el caso en Greta Lombardi, *La guerra de la Valtelina entre crónica y literatura. Un estudio de las relaciones de sucesos* (A Coruña: SIELAE, 2020), 10-40. Véase también el capítulo de María Sol García González en este volumen.

[8] Los holandeses llegaron a considerar establecer un presidio en la Valtelina, con ayuda de los venecianos, en 1619. Véase Gianvittorio Signorotto, «Lo stato di Milano e la Valtellina», en *La Valtellina crocevia dell'Europa. Politica e religione nell''età della Guerra dei trent'anni*, ed. por Agostino Borromeo (Milano: Giorgio Mondadori, 1998), 124.

posición hispana en la zona, el fuerte que llevaba su nombre, situado cerca de la frontera del ducado milanés con la Valtelina. Pero el duque de Feria buscaba una intervención aún más directa y, efectivamente, tras el Sacro Macello, envió soldados al valle del Adda para defender a los católicos de la zona de los sucesivos intentos de los grisones de recuperar el control.

En febrero de 1621, Feria y los grisones firmaban un acuerdo que devolvía el valle a estos (aunque bajo la protección del obispo de Como), pero les obligaba a dejar libertad de tránsito a los hispanos y a garantizar que el catolicismo sería la religión de la Valtelina. Paralelamente, sin embargo, diplomáticos españoles y franceses negociaban otro compromiso, con el beneplácito del nuevo papa Gregorio XV. Se firmaba así el tratado de Madrid del 25 abril de 1621, que pretendía devolver el *statu quo* anterior a la rebelión de 1620, aunque protegiendo el culto católico. Este acuerdo no consiguió pacificar la región y, cuando Luis XIII tuvo que volver su atención a un nuevo alzamiento de los hugonotes, los protestantes retomaron las hostilidades en octubre de 1621. Derrotados de nuevo en enero de 1622, los grisones se vieron obligados a firmar una paz mucho más draconiana con el duque de Feria en Milán. Francia protestó, dando lugar a un nuevo pacto en el que también participó el papa, que se firmaría en mayo de ese año. El tratado de Aranjuez establecía de nuevo que se protegería el culto católico, que se daría paso libre a todos los príncipes católicos y dejaba como depositario de las fortalezas ocupadas en la región por unos y otros a un príncipe neutral, que, tras meses de diálogo, se estableció que sería el propio papa[9].

En todas estas tratativas, los diplomáticos franceses tuvieron que negociar desde una posición de debilidad, pues no solo su reino estaba envuelto en conflictos internos, sino que además se veían en la difícil situación de tener que simultáneamente apoyar a sus aliados grisones, defender la fe católica y procurar entorpecer el fortalecimiento de los españoles en la región. Consecuentemente, muchos en Francia no estaban contentos con el resultado de todos estos tratados y deseaban una intervención militar que permitiese cambiar la situación[10]. Ya en 1620 el entonces mariscal Lesdiguières había hecho planes con el duque de Saboya para atacar Génova y Milán con apoyo financiero de la república de Venecia[11]. Esta alianza a tres,

[9] Silvano Giordano, «La Santa Sede e la Valtellina da Paolo V a Urbano VIII», en Borromeo, *La Valtellina*, 92-94.

[10] Poncet, Olivier, «La Francia di Luigi XIII e la questione della Valtellina (1619-1639)», en Borromeo, *La Valtellina*, 56-60.

[11] Gal, *Lesdiguières,* 210-212.

conocida a veces como la Liga de Aviñón por haberse firmado una alianza formal en esa ciudad en febrero de 1623, alcanzó distintos acuerdos en los años sucesivos, pero los planes no llegaban a materializarse por la voluntad de Francia de negociar con la Monarquía Hispánica en la cuestión de la Valtelina. Sin embargo, cuando el cardenal Richelieu se consolidó como principal ministro de Luis XIII en 1624, las políticas sobre este asunto tomadas desde París cambiaron notablemente.

El cardenal reconocía la importancia de Italia en el tablero político internacional y coincidía con el condestable Lesdiguières que un ataque que afectase a Milán, «le Cour des Etats que possédé l'Espagne»[12], podría ser muy efectivo para debilitar a la Monarquía Hispánica. Al mismo tiempo temía que la Lombardía quedase conectada con el Tirol a través del control hispano de la Valtelina, ya que esto ayudaría a los Habsburgo en sus guerras en el centro y norte de Europa, en una fase de la guerra de los Treinta Años en la que los éxitos de la Casa de Austria se encadenaban.

Por tanto, Richelieu decidió activar finalmente aquella Liga de Aviñón y planeó la invasión franco-saboyana de la república de Génova, fiel aliada y sostén económico de la Monarquía Hispánica. Giorgio Casanova incluso habla de una gran alianza firmada en París en 1624 y que incluía a Dinamarca, Inglaterra y las Provincias Unidas, con invitaciones también a los principales potentados italianos[13]. La república de Venecia, que consideraba que el plan propuesto servía demasiado a los intereses particulares del duque de Saboya, no quiso finalmente participar en esta guerra[14].

Carlos Manuel I de Saboya, por su parte, buscaba con esta alianza no tanto el debilitamiento de los Habsburgo o la restitución de los grisones en la Valtelina –como sí lo hacían franceses o venecianos–, sino la expansión de sus dominios y afianzarse como el primer príncipe de Italia, objetivos que habían guiado su política durante décadas[15]. En los pactos preliminares

[12] Richelieu, Armand Jean du Plessis, cardenal duque de, *Testament politique du cardinal duc de Richelieu* (Amsterdam: H. Desbordes, 1691), 52.

[13] Casanova, *La Liguria*, 5. Estas potencias se habían aliado tras el comienzo del asedio de Breda con el objetivo de reinstaurar a Federico V del Palatinado en sus estados y la apertura de nuevos escenarios en Italia era una de las estrategias que querían seguir en esta nueva fase de la guerra de los Treinta Años, si bien el apoyo angloholandés en Génova no llegó a materializarse.

[14] Mario Ogliaro, *La fortezza di Verrua Savoia nella Storia del Piemonte* (Crescentino: Libreria Mongiano Editrice, 1999), 89-90.

[15] Estos habían sido, grosso modo, los objetivos de su política exterior durante todo su reinado, tratando de apoyarse en Francia o la Monarquía Hispánica según le fuese más ventajoso en cada momento. En las casi dos décadas que transcurren entre 1608 y 1626,

entre Francia y Saboya se estableció que, en el caso de que la alianza consiguiese cumplir todos los objetivos de la campaña, Carlos Manuel adquiriría para sí el Milanesado y que Liguria la obtendría, bajo la tutela del rey de Francia, el príncipe Víctor Amadeo, heredero de Saboya y casado desde 1619 con la princesa francesa Cristina de Borbón[16].

El comienzo de la guerra

Durante los meses finales de 1624 el conflicto en la Valtelina que estaba por estallar se veía cada vez más como inevitable y se comenzaba a temer también la acción del duque de Saboya contra Génova[17]. Ya en septiembre el duque de Feria escribía a Sancho de Monroy y Zúñiga, marqués de Castañeda (Castagneto) y embajador en Génova, avisándole del encuentro entre Lesdiguières y Carlos Manuel I y de los movimientos del marqués de Coeuvres, enviado francés a los cantones suizos en una supuesta misión diplomática que, en realidad, era más un encargo militar[18]. Poco después el propio Castañeda avisaba al rey del peligro inminente en la Valtelina[19]. En las últimas semanas de 1624 y primeras de 1625, el duque de Feria, siempre belicoso y movido por un particular odio a los miembros de la Liga de Aviñón –especialmente Venecia, si creemos lo que reportaba el residente toscano en Milán–, comenzó los preparativos para la guerra, pues le avisaban que la Liga no tardaría en romper hostilidades si el gobernador no

---

Carlos Manuel fue, en general, hostil a la Monarquía Hispánica, especialmente desde la primera guerra de sucesión del Monferrato. Aunque de Carlos Manuel, personaje tan complejo y longevo, se ha escrito mucho, no se ha hecho tanto sobre esta guerra que definiría las relaciones entre el duque de Saboya y los Habsburgo de Madrid durante un decenio. Véanse *Monferrato 1613. La vigilia di una crisi europea*, ed. por Pierpaolo Merlin y Frédéric Ieva (Roma: Viella, 2016); *El Piamonte en guerra (1613-1659). La frontera olvidada*, ed. por Bernardo J. García García y Davide Maffi, Madrid y Aranjuez: Fundación Carlos de Amberes, Ediciones Doce Calles, 2020; y Francisco Javier Álvarez García, *Guerra en el Parnaso. Gestión política y retórica mediática de la crisis del Monferrato (1612-1618)* (Aranjuez: Ediciones Doce Calles, 2021).

[16] Gal, *Lesdiguières*, 211-213; Frédéric Ieva, «Il Principe di Piemonte nella guerra lampo del 1625», en *Genova e Torino. Quattro secoli di incontri e scontri, Nel bicentenario dell'annessione della Liguria al Regno di Sardegna*, ed. por Giovanni Assereto, Carlo Bitossi y Pierpaolo Merlin (Genova: Società Ligure di Storia Patria, 2015), 84.

[17] Casanova, *La Liguria*, 12-13.

[18] Copia de carta del duque de Feria al marqués de Castañeda, Milán, 24 de septiembre de 1624, Archivo General de Simancas (AGS), Estado, leg. 1936, doc. 216.

[19] Copia de carta del marqués de Castañeda a Felipe IV, Génova, 12 de octubre de 1624, AGS, Estado, leg. 1936, doc. 246.

abandonaba las plazas de la Valchiavenna[20], mientras desde España se pedía al papa que mediase con Carlos Manuel[21].

Simultáneamente, desde finales de 1624, las tropas mandadas por el marqués de Coeuvres, con el objetivo de reestablecer el control grisón –aliados de Luis XIII– en el valle, desalojaron las guarniciones papales en los fuertes valtelineses, hecho que no gozó de la aprobación unánime de la corte parisina[22]. Pese a las protestas del nuncio en Francia, que llegó, sin embargo, a asegurar que la pérdida de estas plazas era responsabilidad del gobernador de Milán[23], y la conmoción que este ataque sin provocación contra el propio pontífice por un ejército católico supuso en un momento de guerra de religión en Europa, en la corte española hubo quienes sospechaban –el conde duque de Olivares entre ellos– que Urbano VIII podía haber conocido y dado su bendición a los planes franceses[24].

Aun así, en los primeros meses de 1625, la Monarquía Hispánica quería evitar la guerra abierta, negociando en París, Viena y Roma, y buscando cómo, sin perjudicar a Génova, darle satisfacción a Carlos Manuel en el asunto de Zuccarello para privarle del posible *casus belli*[25]. Sin éxito o sin tiempo, finalmente la invasión del Genovesado comenzó en marzo y los ejércitos de Lesdiguières y el duque de Saboya avanzaron con facilidad y rapidez por los territorios de la República. Para la Monarquía Hispánica la guerra con Francia era ahora inevitable, pese a que Luis XIII argüía que no había sido su monarquía, sino solo uno de sus ministros, la que había buscado este conflicto y que, personalmente, él deseaba el mantenimiento de la paz con Felipe IV[26]. No obstante, el de Lesdiguières no era un ejército

[20] Inserto de Ippolito Buondelmonti, Milán, 2 de enero de 1625, Archivio di Stato di Firenze (ASFi), Mediceo del Principato, filza 3153, fols. 12-19.

[21] Minuta de carta al duque de Pastrana, Roma, 1 de enero de 1625, AGS, Estado, leg. 3146.

[22] Poncet, *La Francia*, 62-63.

[23] Carta del marqués de Mirabel a Felipe IV, París, 17 de enero de 1625, AGS, Estado, leg. K-1433.

[24] Inserto de Averardo de' Medici, Madrid, 17 de enero de 1625, ASFi, Mediceo del Principato, filza 4953; inserto de Averardo de' Medici, Madrid, 8 de febrero de 1625, ASFi, Mediceo del Principato, filza 4953.

[25] Minuta de carta al duque de Pastrana, Roma, 24 de febrero de 1625, AGS, Estado, leg. 3146; y carta del conde de Osona, Viena, 25 de marzo de 1625, AGS, Estado, leg. 2509.

[26] El embajador florentino en Madrid, Averardo de' Medici, apuntaba que este tipo de excusas era la que siempre habían usado desde Madrid para justificar las acciones más agresivas de la Monarquía Hispánica y apostillaba que los españoles bien podrían aceptar de los franceses durante cuatro meses la excusa que le habían puesto a ellos durante cuatro

privado, reclutado en sus señoríos, sino uno compuesto de regimientos de toda Francia y el condestable cruzó los Alpes con la promesa de ayuda naval de las flotas de otros militares franceses[27].

Se abría así un nuevo frente en Italia y se añadía también un nuevo y poderoso enemigo a la larga lista de aquellos con los que en ese momento luchaba la Monarquía Hispánica. Mientras en Lombardía se seguía concentrando y preparando el ejército para una contraofensiva, muy pronto se empezó a temer que, al ritmo que avanzaban los ejércitos franco-saboyanos, no tardaría en ser atacada y conquistada la propia ciudad de Génova[28]. Pero una serie de factores, entre los que se contaba el mal tiempo y los desacuerdos entre Lesdiguières y Carlos Manuel[29] –que llegó a acusar al condestable de haber sido sobornado por los genoveses[30]– evitaron que el avance hasta la capital ligur llegase demasiado pronto, pudiendo las galeras bajo el mando del teniente general de la Armada, el II marqués de Santa Cruz, Álvaro de Bazán y Benavides, asistir al socorro de la ciudad, en la famosa gesta que quedó inmortalizada por Antonio de Pereda para el Salón de Reinos.

Los movimientos del ejército del duque de Feria

Finalmente, el día 30 de junio de 1625 el ejército del duque de Feria, con 21.300 infantes y 3.500 caballos, según el residente toscano en Milán[31], salió

---

años. Inserto de Averardo de' Medici, Madrid, 18 de abril de 1625, ASFi, Mediceo del Principato, filza 4953.

[27] Armstrong, *The Constable*, 464.

[28] Inserto de Averardo de' Medici, Madrid, 4 de abril de 1625, ASFi, Mediceo del Principato, filza 4953.

[29] La relación del condestable con el duque de Saboya se remontaba a la década de 1580, habiendo alternado durante años enfrentamientos directos con alianzas transitorias y era de una intensidad que Armstrong llegó a afirmar que «from 1588 the relations of Lesdiguières with Charles Emmanuel, either as friend or foe, are closer than with any other living man», en Armstrong, *The Constable*, 452. Stéphane Gal sostiene que, pese a sus desencuentros, la amistad era sincera y el vínculo tan fuerte que la muerte de Lesdiguières fue el catalizador final para que, en 1626, Carlos Manuel se alinease de nuevo con los españoles, pues, sin el condestable mediando, el duque de Saboya no se fiaba de Richelieu y la corte francesa, en Gal, *Lesdiguières*, 216.

[30] Casanova, *La Liguria*, 93. Stéphane Gal niega tajantemente las acusaciones de soborno contra Lesdiguières, diciendo que no hay pruebas en su contabilidad que apoyen esa teoría, en Gal, *Lesdiguières*, 213-214.

[31] Inserto de Ippolito Buondelmonti, Alessandría, 2 de julio de 1625, ASFi, Mediceo del Principato, filza 3153, fols. 666-668.

de Alessandria para comenzar su campaña en el Monferrato y Piamonte[32]. En este ejército, además de las tropas de la Monarquía Hispánica y de contingentes alemanes y suizos, los duques de Módena y de Parma y Piacenza, el gran duque de Toscana y la república de Lucca habían enviado soldados para ayudar al esfuerzo bélico[33]. Alguno de estos potentados italianos, como el duque de Parma y Piacenza o el gran duque de Toscana, lo hicieron debido a las obligaciones que tenían con la Monarquía Hispánica y no tanto por una alianza con Génova[34]. Más adelante al ejército se unieron Gonzalo Fernández de Córdoba –recién venido de Flandes de servir bajo Ambrosio Spínola en Breda–, refuerzos de 4.000 soldados de caballería alemana y polaca bajo el mando de Wolfgang von Mansfeld, 2.000 infantes

[32] El ejército de Piamonte y Lombardía era, después del de Flandes, quizá el segundo más importante para el sostenimiento del poder militar de la Monarquía Hispánica en Europa. Aunque el tamaño del contingente reunido en esta ocasión no era de un tamaño extraordinariamente grande, el hecho de que se movilizase todo el ejército de Milán revela la trascendencia que se daba a esta campaña. Sobre la centralidad del ejército de Piamonte y Lombardía y el funcionamiento de los esquemas militares de la Monarquía Hispánica, véase Davide Maffi, *En defensa del Imperio. Los ejércitos de Felipe IV y la guerra por la hegemonía europea (1635-1659)* (Madrid: Editorial Actas, 2014), 169-196.

[33] También el papa envió sus galeras para asistir al socorro de Génova, aunque con muchas limitaciones de su involucramiento en el conflicto. Minuta de carta al duque de Pastrana, Roma, 9 de mayo de 1625, AGS, Estado, leg. 3146.

[34] Pese a que el gran duque quería mantenerse lo más cercano a la neutralidad que pudiese (como evidencia el inserto enviado por Averardo de' Medici, Madrid, 2 de junio de 1625, ASFi, Mediceo del Principato, filza 4953), esta campaña de 1625 fue una de las ocasiones en las que fue invocado el socorro de Milán al que estaba obligado a través de la investidura de Siena. Por este motivo, durante todo el desarrollo del conflicto, los ministros medíceos buscaron la forma de cancelar la ayuda, reducirla o, al menos, convertirla en tan solo una contribución económica. Al poco de empezar el asedio de Verrua, el secretario del residente toscano en Milán, que había seguido al ejército de Lombardía, llegó a avisar al duque de Feria de que desde Florencia pronto dejarían de pagar a los mercenarios suizos que habían puesto a disposición del gobernador, al considerar que la guerra había dejado de ser defensiva en el momento en el que Feria amenazaba la capital piamontesa. Véase la copia de carta de Gaspare Mugnesi al residente Ippolito Buondelmonti, Verrua, 22 de agosto de 1625, ASFi, Mediceo del Principato, filza 3153, fols. 831-832. De manera similar, las galeras toscanas, bajo el mando del almirante Montauto, se limitaron al transporte de tropas y tenían órdenes de evitar entrar en combate. Véase Franco Angiolini, «Spagna, Toscana e politica navale», en *Istituzioni, potere e società. Le relazioni tra Spagna e Toscana per una storia mediterranea dell'Ordine dei Cavalieri di Santo Stefano*, ed. por Marcella Aglietti (Pisa: Edizioni ETS, 2007), 62-63. Sobre la cuestión de los socorros de Milán, véase Niccolò Capponi, «Le Palle di Marte: Military Strategy and Diplomacy in the Grand Duchy of Tuscany under Ferdinand II de' Medici (1621-1670)», *The Journal of Military History* 68, n.º 4 (2004): 1109-1111.

de Génova y un tercio del duque de Urbino[35]. Resulta llamativo que el duque de Mantua, que había combatido contra Carlos Manuel apoyado por la Monarquía Hispánica apenas ocho años atrás y cuyos territorios monferrinos se hallaban entre los del Milanesado y el Piamonte saboyano, quiso mantenerse neutral. Pese a ello, el duque de Feria hizo uso de estos territorios a su antojo, para gran enfado de Ferdinando I Gonzaga, que se quejaba amargamente de los daños que el Monferrato sufría con el paso de los ejércitos hispánicos[36]. Las quejas de la conducta del ejército del duque de Feria llegaron incluso al emperador, que exhortó a su sobrino a que pusiese fin a los atropellos de las tropas del gobernador advirtiéndole de que, por esta conducta «los otros Príncipes de Alemania y Italia están muy celosos de las armas Austriacas, perdiendo mucho amor y voluntad a esta Augustísima sangre y los émulos y los enemigos della se sirven deste exemplo del Duque de Mantua para divertirles, cosa muy dañosa y peligrosa»[37]. Estas palabras del emperador Fernando II a Felipe IV indican la conciencia que tenían del potencial mediático de esta campaña y la voluntad de los Habsburgo de evitar que se convirtiese en arma de sus enemigos.

Desde España se dieron órdenes precisas al gobernador de Milán. La primera de estas fue que se dirigiese hacia el Piamonte para socorrer a Génova y no hacia la Valtelina, adonde los consejeros de Estado sospechaban que Suárez de Figueroa realmente quería marchar. La segunda fue que procurase evitar una batalla a campo abierto, algo que Feria no quería hacer de buen grado[38]. Finalmente, que uno de los objetivos principales de su campaña era procurar interrumpir los suministros y refuerzos de los ejércitos enemigos que se encontraban en Liguria[39]. De acuerdo con esto, el primero de

[35] Carta de Ippolito Buondelmonti, Verrua, 10 de septiembre de 1625, ASFi, Mediceo del Principato, filza 3153, fols. 869-871.

[36] Carta de Ippolito Buondelmonti, Alessandria, 11 de julio de 1625, ASFi, Mediceo del Principato, filza 3153, fols. 694-696; inserto de Averardo de' Medici, Madrid, 23 de septiembre de 1625, ASFi, Mediceo del Principato, filza 4953; y consulta del Consejo de Estado, 5 de enero de 1626, AGS, Estado, leg. K-1433.

[37] Memorial del embajador cesáreo Franz Christoph Khevenhüller a Felipe IV, *ca.* 1625, Österreichisches Staatsarchiv (OsStA), Haus-, Hof- und Saatsarchiv (HHStA), Reichshofrats (RHR), Jud. Lat. 408, 8, 30.

[38] Buondelmonti afirmaba que Feria no escondía, sino que incluso declaraba públicamente, sus deseos de encontrarse a los enemigos en el campo de batalla, en inserto de Ippolito Buondelmonti, Alessandria, 2 de julio de 1625, ASFi, Mediceo del Principato, filza 3153, fols. 666-668.

[39] Sumario de consulta del Consejo de Estado, Madrid, 20 de mayo de 1625, Archivo Histórico Nacional (AHN), Estado, lib. 740, fols. 213-219.

los objetivos del ejército de Lombardía fue la fortaleza de Acqui, a unos 35 kilómetros de Alessandria, que cayó en apenas dos días y casi sin bajas: 4 muertos y 30 heridos contra una guarnición de 1.070 soldados, según el secretario del residente toscano en Milán, Gaspare Mugnesi, que viajaba con el ejército de Feria y enviaba reportes diarios durante la campaña[40].

Además de la facilidad con la que se rindió esta plaza, la toma de Acqui supuso un duro golpe para Carlos Manuel, porque era el lugar donde no solo había almacenado importantes cantidades de provisiones y materiales de guerra (armas, pólvora y municiones), sino porque era también donde había dejado un ajuar de objetos de lujo, que incluía una librea especial que había mandado hacer para su entrada triunfal a Génova una vez cayese la ciudad. Este triunfo temprano de Feria, humillante para el duque de Saboya por haber perdido los objetos creados prematuramente para celebrar una victoria que aún no había llegado, fue dado a conocer por un buen número de relaciones, que ensalzaban al gobernador de Milán y auguraban incontables triunfos[41]. Estos textos tan tempranos, especialmente aquel impreso en Milán, que en la portada incluye las armas del duque de Feria, nos dan una idea de la intención que se tenía, desde el principio, de convertir la campaña del gobernador de Milán, si resultaba victoriosa, en otra oportunidad de publicitar los éxitos de la Monarquía –o del propio gobernador– tras las noticias de los triunfos del socorro de Génova (24 de abril), la recuperación de Bahía (1 de mayo) y la toma de Breda (5 de junio), apenas unas semanas antes de comenzar la campaña.

El asedio

Tras tomar otras pequeñas plazas y una parada cerca de Asti, amagando con emprender el enésimo asedio de la ciudad, el ejército de Lombardía se dirigió finalmente en agosto hacia la fortaleza de Verrua y comenzó su asedio el 8 de agosto. Verrua, hoy en día conocida como Verrua Savoia, se

[40] Carta de Gaspare Mugnesi, Acqui, 4 de julio de 1625, ASFi, Mediceo del Principato, filza 3153, fols. 680-681.

[41] *Felice uscita in campagna dell'Esercito Cattolico sotto il comando dell'Eccellentissimo signore Duca di Feria, Governator del Stato di Milano e Capitano General in Italia per Sua Maestà Cattolica* (Milano: Malatesti, 1625); *Felice y ultimo encuentro que el famoso general de España, Duque de Feria a tenido con el Duque de Saboya, en el que le hizo retirar a su Corte de Turin, tomandole toda su recamara, y la librea con que pretendia entrar triunfando en Genova* (Sevilla: Juan de Cabrera, 1625); y *Relación verdadera de las victorias y felices sucesos que ha tenido el señor Duque de Feria con los exértitos del Duque de Saboya* (Sevilla: Simón Fajardo, 1625).

sitúa en la confluencia del río Dora Baltea con el Po, en el límite entre las actuales provincias de Alessandria y Asti, y a tan solo unos 40 kilómetros de Turín. Tomar esta plaza entrañaba una amenaza directa a la capital de los Saboya y tan solo asediarla suponía serias dificultades para los suministros y las comunicaciones con los ejércitos que, bajo el mando del príncipe heredero Víctor Amadeo, aún seguían en Liguria amenazando Savona. El peligro del ejército hispánico en el corazón de los estados saboyanos y las derrotas que los de la Liga de Aviñón venían sufriendo desde que se frenase su avance en mayo provocó que el resto de las tropas comenzaran a replegarse y a abandonar casi todas las plazas ganadas en el fulgurante avance de la primavera[42].

Esta situación en la que se encadenaban las buenas noticias para los hispano-genoveses pudo hacer que el duque de Feria, o aquellos interesados en ensalzarle, pecaran de *hibris* como lo había hecho anteriormente Carlos Manuel, pues en la Biblioteca Nacional de España encontramos un texto poético, escrito por el licenciado Juan de la Vega e impreso en Barcelona ya en 1625 –presumiblemente antes de noviembre–, en el que se celebra la toma de Verrua y la retirada del duque de Saboya mientras se elogia a Suárez de Figueroa y a Gonzalo Fernández de Córdoba[43]. De nuevo, este texto evidencia la intención de mediatizar esta campaña que había entre ciertos sectores del gobierno de la Monarquía, especialmente en el entorno del duque de Feria, ya que el gobernador de Milán había heredado de su abuelo, el I duque de Feria, no solo el nombre, sino también una fuerte conciencia de linaje, de servicio a la Monarquía Hispánica y de la memoria[44].

Sin embargo, el optimismo que movió a la prematura celebración de la toma de la fortaleza no parecía encontrarse entre quienes se hallaban en el campo del ejército católico, pues, desde el comienzo del sitio, la moral

[42] Ieva, «Il Principe», 94-96.

[43] Juan de la Vega, *Relación verdadera de los sucessos de Italia y toma de Veruga y Crecentín, por los Señores Duque de Feria, y don Gonzalo de Córdova, nieto del Gran Capitán* (Barcelona: de Sebastián y Jayme Matevat, 1625).

[44] Juan Manuel Valencia Rodríguez, *El poder señorial en la Edad Moderna: la Casa de Feria (siglos xvi y xvii)*,1 (Badajoz: Diputación de Badajoz, 2010), 275-280. Los Suárez de Figueroa fueron, especialmente desde tiempos del I duque, uno de los grandes exponentes del mecenazgo cultural de las grandes casas señoriales en la Monarquía Hispánica. Estudios sobre este, centrados en el patronazgo de las artes y las obras pías, especialmente en sus estados, sin dedicar apenas espacio al mecenazgo sobre la producción literaria o de otro tipo de empresas culturales, se pueden encontrar en Juan Carlos Rubio Masa, *El mecenazgo artístico de la Casa Ducal de Feria* (Mérida: Editora Regional de Extremadura, 2001) o Valencia Rodríguez, *El poder señorial*, 876-923.

parecía estar baja. Mientras a Verrua llegaban refuerzos franceses y el propio duque de Saboya preparaba el socorro de la plaza, las tropas del ejército de Lombardía habían sufrido muchas bajas, entre heridos y deserciones, agudizadas por las marchas forzadas que tuvieron que tomar tras la finta del asedio a Asti. «Si dubita grandemente che quella buona fortuna che ha havuta nel principio non s'habbia da mutare», concluía el 8 de agosto Mugnesi[45], que también a las dos semanas de asedio se daba cuenta de lo largo que habría de ser: «Qua staremmo più settimane che giorni»[46].

Y, efectivamente, tal y como había previsto el diplomático toscano, el asedio fue largo y lleno de dificultades. El ejército de Feria se colocó al sur de la fortaleza y estableció una base de operaciones en la cercana Pontestura, que se había ocupado previamente. El contingente franco-saboyano, con Carlos Manuel I, Víctor Amadeo, Tomás de Carignano, el mariscal de Créquy y el condestable Lesdiguières asumiendo el mando de sus tropas en distintos momentos del asedio, se estableció a las faldas de la colina donde se alza la fortaleza y en la rivera del Po, al norte de la fortaleza, donde construyeron un puente de barcas para comunicar Verrua con Crescentino, desde donde se enviaban víveres, refuerzos y municiones y operaban los mandos del ejército. A lo largo de los más de tres meses que duró el asedio se hicieron trincheras, baterías y parapetos, se cavaron minas, se produjeron escaramuzas, se disparó la artillería y se planearon ataques estratégicos a posiciones cercanas que acabaron resultando en ganancias mínimas para unos y otros, pero que supusieron numerosísimas bajas[47].

Las malas condiciones, las enfermedades, la falta de recursos, el mal tiempo y el cruce de fuego y asaltos acabaron reduciendo enormemente los

[45] Carta de Gaspare Mugnesi, Verrua, 8 de agosto de 1625, ASFi, Mediceo del Principato, filza 3153, fols. 775-776.

[46] Carta de Gaspare Mugnesi, Verrua, 21 de agosto de 1625, ASFi, Mediceo del Principato, filza 3153, fols. 825-826.

[47] Si comparamos documentos casi contemporáneos de uno y otro campo, queda en evidencia lo delicado de la posición de ambos contendientes. Mientras que el 17 de octubre los saboyanos escribían a su enviado para negociar con los franceses que la situación era casi insostenible con la inminente llegada de los refuerzos para el duque de Feria, el 22 de ese mismo mes Mugnesi reporta cómo la falta de dinero y de gente impedía al gobernador de Milán poder llevar a cabo sus planes. Véanse las Instrucciones a Ludovico Cavoretto para tratar con el condestable Lesdiguières sobre el estado de Verrua, Archivio di Stato di Torino (ASTo), Materie politiche, Negoz. con la Francia, m. 8, doc. 24; y carta de Gaspare Mugnesi, Milán, 22 de octubre de 1625, ASFi, Mediceo del Principato, filza 3153, fols. 913-915.

números del ejército de Lombardía[48]. El propio Gómez Suárez de Figueroa cayó enfermo en las últimas fases del asedio –y se llegó a temer por su vida[49]–, como también lo hicieron en distintos momentos del asedio Carlos Manuel y Víctor Amadeo, así como muchos otros capitanes e incluso los residentes de Lucca y de Toscana que acompañaban al ejército. También las enfermedades habían asolado al ejército del marqués de Coeuvres en la Valtelina, que en julio había perdido a dos tercios de sus hombres[50]. Ante esta situación desesperada, y con noticias de refuerzos franceses de camino, y aún convaleciente, el duque de Feria decidió levantar el asedio el día 17 de noviembre. Se procuró hacer por fases, mandando evacuar primero la artillería y sirviéndose del abrigo de la noche para procurar que desde Verrua no se diesen cuenta y así poder desalojar al mayor número de gente y de materiales de guerra. En las últimas fases de la retirada, los franco-saboyanos advirtieron los movimientos de las tropas de Feria y salieron a hostigar a los enemigos que huían. La caballería de Mansfelt se encargó de distraerlos para asegurar la retirada del resto.

Después de esto, aquella campaña apenas conoció más acciones: el ejército de Lombardía procuró reorganizarse y pasar el invierno en el Milanesado y el ejército de Lesdiguières volvió a cruzar los Alpes para el Delfinado. Ocupados con nuevos frentes –conflictos internos en Francia y la apertura del conflicto inglés para la Monarquía Hispánica– y ante una contienda en la que nada se movía, las negociaciones de paz entre Luis XIII y Felipe IV, que se venían fraguando con mediación papal desde el estallido del conflicto, finalizaron en Monzón el 5 de marzo de 1626. Los grisones recuperarían el control de la Valtelina –con la destrucción de los fuertes papales– con la condición de aceptar el catolicismo en la región y permitir el paso a la Monarquía Hispánica, el emperador y Venecia[51]. La guerra acababa con una especie de *statu quo*, que había sido el objetivo del gobierno de Felipe IV y la campaña de Feria –pese a la derrota de Verrua– había conseguido su

[48] A mediados de septiembre, cuando solo se llevaba un mes de asedio y aún restaban otros dos, el residente toscano observaba que la llegada de la lluvia podía ser fatal para el ejército y ponía el ejemplo de cómo las tropas italianas habían quedado reducidas a mínimos: el tercio de Parma a unos 200 soldados y el de Módena a unos 80, en carta de Ippolito Buondelmonti, Verrua, 16 de septiembre de 1625, ASFi, Mediceo del Principato, filza 3153, fols. 891-893.

[49] Carta de Gaspare Mugnesi, Verrua, 7 de noviembre de 1625, ASFi, Mediceo del Principato, filza 3153, fols. 934-935.

[50] Poncet, *La Francia*, 63.

[51] Signorotto, *Lo stato*, 130-131.

objetivo primario de frenar, alejar y ocupar a los ejércitos franco-saboyanos, contribuyendo decisivamente a la defensa de la república de Génova.

La justificación de la retirada del duque de Feria

El duque hizo un gran esfuerzo en justificar su retirada de Verrua, enviando correos por distintos medios a Madrid con cartas en las que explicaba lo sucedido[52]. En una carta, cuyo destinatario original desconocemos (Feria le trata de Excelencia) pero que debió de gozar de cierta difusión –pues encontramos una copia en el Archivo de la Corona de Aragón y una transcripción casi completa en una colección de documentos de la Biblioteca Nacional de España[53]–, el gobernador de Milán, aún al frente del asedio, pero habiendo ya decidido levantar el sitio, explica sus acciones. Comienza aclarando, además de las razones estratégicas por las que habría convenido tomar Verrua, que el amago de asedio de Asti fue una maniobra concebida para sacar de Crescentino a las tropas del duque de Saboya y poder tomar Verrua sin apenas oposición, pero que no funcionó porque, pese a que Carlos Manuel cayó en el engaño, les ralentizó el gran número de enfermos que había ya en el ejército antes siquiera de comenzar el sitio de Verrua. En la carta, Suárez de Figueroa no entra en demasiado detalle sobre acciones militares concretas, pero insiste en lo devastador de las enfermedades que asolaron a su ejército (la carta la escribe habiendo él mismo caído enfermo y planeando retirarse a Pontestura para recuperarse). Revela que en pocos días hubo más de 4.000 bajas entre la infantería y que murieron muchos militares clave para el desarrollo de las operaciones: artilleros, maestres de campo, capitanes, tenientes, los principales ingenieros…[54] En este panorama desolador[55], al que se sumaban las bajas en acciones de combate y la

[52] Inserto de Averardo de' Medici, Madrid, 10 de enero de 1626, ASFi, Mediceo del Principato, filza 4953.

[53] Copia de carta del duque de Feria, Verrua, 5 de noviembre de 1625, Archivo de la Corona de Aragón (ACA), Generalitat, serie V, leg. 211, doc. 70; y *Relación del sitio que puso a Berrua el año 1625 el Duque de Feria, las razones por que le puso y las causas que le obligaron a levantarle*, Biblioteca Nacional de España (BNE), Ms. 2356, fols. 30-33.

[54] La muerte de la mayoría de los mandos del ejército la confirmaba el embajador en Génova, que escribía que la retirada se debía también a «la falta de caveças con que se halla [el duque de Feria], pues no son quatro personas de consideración las que han quedado», en Relación de lo que contienen las cartas de Italia del 17 y 20 de octubre hasta 11 de diciembre de 1625, AHN, Estado, lib. 740, fols. 92-104.

[55] El duque de Feria llegó a afirmar que «la necesidad con que se halla es la mayor con que se a visto exército jamás», registro de consulta del Consejo de Estado, Madrid, 3 de

pronunciada falta de recursos –en otras cartas se lamentaba de «la desnudez y necesidad que ha padeçido y padeçe la gente por la falta de dinero» y de «la poca asistençia que de acá ha tenido»[56]– no le quedaba pues otra opción que retirarse. Con esta y otras cartas similares que envió a la corte de Madrid, el Consejo de Estado declaró que el gobernador había hecho bien en levantar el sitio[57].

Sin embargo, poco después de la firma de la paz, se alejaría a Suárez de Figueroa del gobierno del Milanesado –sustituyéndole interinamente Gonzalo Fernández de Córdoba–. En las discusiones que llevaron a su salida, se argumentaba que se hacía porque el duque merecía un descanso y tenía que atender asuntos familiares, como la conclusión del negocio de su propio matrimonio con Ana Fernández de Córdoba, hija del V marqués de Priego, pero sin hacer referencia explícita a la guerra en Piamonte o, más específicamente, a su retirada de Verrua[58]. Al duque de Feria la noticia le pilló por sorpresa, provocando un gran enfado en él y conmoción entre sus colaboradores[59].

El aparato mediático

Como hemos apuntado, la campaña del duque de Feria en Piamonte tuvo desde el principio un importante componente mediático. La toma de Acqui fue seguida de varias relaciones, ya citadas, en las que sucesivamente iba creciendo el número de enemigos rendidos y haciéndose más impresionante la victoria[60]. No obstante, desde el gobierno de la Monarquía se advertía contra el uso de estas campañas mediáticas. Al Consejo de Italia, en una

enero de 1626, AHN, Estado, lib. 741, fols. 100-101.

[56] Relación de lo que contienen las cartas de Italia del 17 y 20 de octubre hasta 11 de diciembre de 1625, AHN, Estado, lib. 740, fols. 92-104.

[57] Registro de consulta del Consejo de Estado, Madrid, 3 de enero de 1626, AHN, Estado, lib. 741, fols.100-101.

[58] Resolución de Felipe IV a una consulta del Consejo de Estado en respuesta a un papel el marqués de Montesclaros sobre cosas de Milán, s. l., enero-marco de 1626, AHN, Estado, lib. 741, fol. 94.

[59] Carta de Gaspare Mugnesi, Milán, 18 de abril de 1626, ASFi, Mediceo del Principato, filza 3153, fols. 1205-1206.

[60] Si Mugnesi reportaba 1.070 soldados rendidos entre franceses y valesanos, la mayoría de estas relaciones hablan de más de dos mil soldados. Para cuando se hace el texto lírico que también celebra una rendición que nunca llegó de Verrua, previamente mencionado, el número había ascendido a 10.000 hombres.

consulta de octubre de ese año, le parecía que no hacía falta publicitar demasiado los triunfos de la Monarquía mediante la composición de textos que se difundiesen en Italia «por ser ellos tan notorios que no ay neçesidad de referirlos» y por «no dar occasión quiçá a que malintencionados derramen papeles malignos y pesados [...], que es cosa muy propia de ingenios italianos»[61]. Acabarían siendo acertadas las palabras del consejo, pues, al final, serían los partidarios de la casa de Saboya los que sacarían mayor provecho propagandístico del resultado de esta campaña.

Las relaciones de sucesos

Durante la campaña del duque de Feria y el desarrollo del asedio se publicaron una serie de relaciones de sucesos, de las que conservamos, entre textos originales y traducciones, al menos dos en italiano, tres en castellano y dos en francés, publicadas en Sevilla, Milán, Turín y Lyon. De las referidas todas son anónimas, impresas y, salvo una excepción, relativamente breves[62]. Algunas de las que se escribieron en castellano vieron la luz en publicaciones de cierta periodicidad, como las que ya hemos mencionado que se habían hecho eco de la toma de Acqui. En Sevilla, varias de estas relaciones publicaron, entre septiembre y octubre, la falsa noticia de la toma de Verrua e imaginaban cómo Carlos Manuel I y su familia tenían que huir de Turín con su corte al amenazarles un inminente ataque del gobernador de Milán[63]. Otro texto con la falsa noticia de la rendición de Verrua tuvo que ser publicado más o menos al mismo tiempo: la composición lírica ya mencionada que celebra la victoria en la guerra de Génova, publicada en

[61] Consulta del Consejo de Italia a 15 de octubre de 1625, AGS, Secretarías Provinciales, leg. 1802, doc. 304.

[62] Un estudio más detallado de un corpus de relaciones de sucesos más extenso pero contemporáneo al que nos ocupa se encuentra en Beatriz Álvarez García, «El ataque de Cádiz y las relaciones de sucesos en su contexto», en *Cádiz 1625. El ataque angloholandés en las noticias y el teatro*, ed. por Beatriz Álvarez García y Teresa Ferrer Valls (Aranjuez: Ediciones Doce Calles, 2021), 21-224. Especialmente aplicables son las reflexiones iniciales sobre la naturaleza de las relaciones de sucesos (pp. 37-45).

[63] *Relación verdadera de la gran Vitoria que en el Estado del Duque de Saboya ha tenido el Excelentíssimo señor Duque de Feria, los lugares que le saqueado, y la mucha gente que le ha muerto, llegando con su exército hasta dos millas de Turín, Corte del de Saboya, a quatro de Setiembre deste año de 1625* (Sevilla, Simón Fajardo, 1625); y *Retirada del Duque de Saboya a su corte de Turín, y como la cavallería polaca de el Duque de Feria le corren la tierra hasta sus murallas, por cuyo temor se an salido de la Corte su muger y hermana del príncipe del Piamonte* (Sevilla: Juan de Cabrera, 1625).

Barcelona. De nuevo, además de la falsa toma de la plaza, se da la noticia de la huida y acuartelamiento de Carlos Manuel en Turín mientras su corte decide huir de sus tierras: «El Saboyano en Turín/ se fortifica a gran priessa/ do está apretado de suerte/ que teme a la gente nuestra./ Y sus vassallos a Francia/ se van con alguna hazienda,/ para gozar de la paz/ pues su señor la destierra»[64].

También en Francia suscitó interés esta campaña, con la publicación en abril de 1625 en Lyon, capital del Delfinado –que era donde el condestable Lesdiguières tenía sus estados y más poder político– de la *Relation au vray de la deffaicte de six mille hommes envoyez par le duc de Feria pour le secours de Gennes et la prise de la ville et reddition du chasteau d'Ostage par Son Altesse serenissime de Savoye, le neufiesme avril, 1625*[65], que daba noticias de los éxitos iniciales de la campaña e incluía una lista de personajes notables que habían sido hechos prisioneros. Igualmente, en Lyon se publicó, ya en 1626, la traducción al francés de una de las principales relaciones del hecho escritas en italiano[66].

Esta, titulada simplemente *Relatione dell'assedio di Verrua*, es posiblemente la relación más detallada y extensa[67]. Posiblemente se haría muy poco después de finalizado el asedio, pues, pese a haber terminado este en la segunda mitad de noviembre de 1625, la *Relatione* llegó a ser impresa y publicada ese mismo año. Parece además que estuvo directamente patrocinada por el duque de Saboya, pues más de una de las versiones que hemos encontrado de este texto fue impresa por el propio estampador ducal[68]. La

[64] Vega, *Relación verdadera.*

[65] *Relation au vray de la deffaicte de six mille hommes envoyez par le duc de Feria pour le secours de Gennes et la prise de la ville et reddition du chasteau d'Ostage par Son Altesse serenissime de Savoye, le neufiesme avril, 1625* (Lyon: Jean Roize, 1625).

[66] *Relation au vray, particuliere, et ample de tout ce qui s'est faict jour par jour au siege de Verrue, depuis le commencement du mois d'aoust, jusques au dix-huictieme de novembre, l'an 1625. Traduit de l'italien imprimé à Turin* (Lyon: Jacques Roussin, 1626).

[67] Por su extensión –hasta 51 páginas en una de las versiones– y ciertos elementos como la inclusión de paratextos, este texto podría encontrarse en el límite de lo que se ha venido a definir como relación de sucesos, según las características generales que propuso Víctor Infantes y que son generalmente aceptadas entre los que se han dedicado a estudiarlas, en Víctor Infantes de Miguel, «¿Qué es una relación? (Divagaciones varias sobre una sola divagación)», en *Las relaciones de sucesos en España (1500-1750)*, ed. por María Cruz García de Enterría, Henry Ettinghausen, Víctor Infantes de Miguel y Agustín Redondo (Paris y Alcalá de Henares: Publications de la Sorbonne y Universidad de Alcalá, 1996), 203-216.

[68] Hemos encontrado al menos tres versiones ligeramente distintas de este texto y varios ejemplares. Las diferencias son, en general, mínimas, apenas cambian algunas

mayor parte del texto describe en detalle los sucesos de cada día del asedio, lo cual, pese al evidente sesgo prosaboyano, convierte esta relación en una valiosa fuente para aquellos que quieran estudiar el asedio en sí. Al final de la relación se incluye, además, la transcripción de una supuesta carta interceptada enviada a su padre por Fernando de Ribera, hijo del duque de Alcalá. El joven aristócrata castellano habría participado en el asedio y le detallaba al duque las penurias vividas en el campo español. Esta inclusión de un documento hallado fortuitamente no solo otorga credibilidad de cara al lector por provenir del bando enemigo –y de un miembro destacado de la nobleza–, sino que además irradia sinceridad al ser la carta de un hijo a un padre[69]. El texto principal acaba con referencias paródicas a dichos e inscripciones (como la que se había hecho sobre las puertas de Breda no mucho antes) que ridiculizan al duque de Feria y ensalzan al de Saboya, y un texto en latín, supuestamente compuesto a modo de epitafio para los soldados españoles muertos a las faldas de la colina de Verrua, donde se reinterpreta el mito de Faetón, siendo la arrogancia española la que acaba por ahogarse en el Po.

Interesantes son también los paratextos que acompañan a la relación. La preceden dos composiciones poéticas en italiano con títulos que ponen de manifiesto el carácter invectivo de este texto supuestamente informativo: *Scusa del mumeroso essercito Spagnuolo reso inutile sotto Verrua* e *Ignominia pomposa*. La primera de estas poesías es más laudatoria hacia Carlos Manuel

---

palabras y ciertos elementos ornamentales. En algunos de los ejemplares, sin embargo, la portada no incluye nada más que el título sin el pie de imprenta ni el escudo de armas de Carlos Manuel I, que decora las portadas de las otras dos versiones. Aunque hay muchos ejemplares de este texto en diferentes bibliotecas y archivos del norte y centro de Italia (lo que podría darnos una idea de la circulación de la que disfrutó), un ejemplo de la versión sin pie de imprenta ni escudo de armas sería el que se conserva en la Biblioteca Nazionale Universitaria di Torino (BNUTo), MSC 448/49. La versión con pie de imprenta y el escudo de armas de Carlos Manuel, pero sin el anexo de textos latinos al final se puede encontrar en el ASTo, Materie Militari, Imprese Militari, m. 1, doc. 18. Finalmente, un ejemplar de la versión con todos los elementos está en Copenhague, en Det Kongelige Bibliotek (DKB), 62, 11 00093.

[69] La publicación de cartas interceptadas –ya fuesen reales o falsificadas– era una práctica habitual en la publicística de la Edad Moderna. Gary Schneider resume la efectividad de este recurso diciendo que «intercepted and discovered letters, as bearers of secret information, were understood to reveal sincere intention and genuine motivation» y «such letters [...] could be used as effective tools to shape cultural perceptions», en Gary Schneider, «Propaganda, Patriotism, and News: Printing Discovered and Intercepted Letters in England, 1571-1600», *The Journal of Epistolary Studies* 1, n.º 1 (2019): 48. También se usa y fue relevante en el relato del asedio de Breda en 1625.

y sus hijos Víctor Amadeo y Tomás, que participaron en el asedio, mientras que la segunda ridiculiza al duque de Feria y al ejército hispánico por la retirada: «La Spagnola nation; fuggir volando,/ anche nel vituperio usa grandezza», concluye el poema.

A alguna de las versiones de la relación le acompaña también una serie de poemas breves en latín dedicados a Verrua y el triunfo en esta plaza, que aparecen tras el texto principal de la relación. Un ejemplo ingenioso de estos textos juega con una supuesta etimología de Verrua –que vendría del latín *verruca* (verruga)– y compara a Verrua, que en su condición de «verruga» sería un tumor en la tierra (referencia a la colina donde se alzaba la fortaleza) con los españoles que serían un tumor para la Tierra y la feliz coincidencia que un tumor acabaría siendo la perdición del otro: «*Verruca Terrae tumor/ fugavit Hispanum, Terrarum Orbis tumorem./ O quam bene conveniunt Verruca et Hispanus!/ Illa fugando, hic fugiendo*»[70]. Algunos tienen este tono jocoso (uno advierte a los seguidores de Tycho Brahe que van a tener que cambiar sus modelos del Universo porque Verrua ahora ocupa una plaza entre los astros), mientras otros son más llanamente laudatorios, aludiendo a conceptos típicos en los textos de esta naturaleza publicados por los saboyanos en estos años, como el de la libertad de Italia: «*Nox festialis in honorem Christianissimi Regis et/ Sabaudiae Principum, Italiae libertatis defensorum/, tanquam solemnis festivitatis dies* XVII*/ Novembris ab universo populo celebratur*»[71].

Las representaciones gráficas

Hemos localizado al menos cinco estampas y dos pinturas que representan el asedio de Verrua. Las estampas, al igual que algunas de las relaciones, se fueron realizando y difundiendo mientras se desarrollaba el sitio. De las que conocemos, posiblemente la primera en realizarse fuese el *Disegno di Verrua assediata dal duca di Feria a di X d'Agosto* (fig. 1), impreso por el flamenco Frédéric Scalberge en Roma en el propio año 1625 y dedicado a François de Brichanteau, barón de Gurcy, militar francés que en este momento se

[70] «Verrua, tumor de la tierra, hizo huir al español, tumor del mundo. ¡Oh, qué bien congenian Verrua y el español! Aquella haciendo huir, este huyendo» (Traducción propia), en DKB, 62, 11 00093, p. 50. Estos textos se encuentran en las pp. 50 a 56 de la versión conservada en la Biblioteca Real Danesa.

[71] «La noche del 17 de noviembre se celebra con solemnidad una noche de fiesta en honor del Rey Cristianísimo y del Príncipe de Saboya, defensores de la libertad de Italia» (Traducción propia), en DKB, 62, 11 00093, p. 56.

encontraba al servicio del duque de Saboya[72]. La estampa representa los estadios iniciales del sitio –la fecha indicada referencia apenas dos días después de que comenzase– desde el punto de vista del ejército franco-saboyano, de manera que apenas aparece en los bordes de la imagen el campo del duque de Feria, y no llega tampoco a mostrar la localidad de Crescentino, donde el ejército defensor estableció su alto mando. Decorada con figuras de las tropas en movimiento, los cañones disparando y la arquitectura de Verrua bastante detallada, no se preocupa tanto por las proporciones y las distancias reales como por dar una idea de la magnitud de la contienda.

Contrasta con el *Campo del Re Cattolico sotto Verrua*, impreso por Giovanni Paolo Bianchi (fig. 2), y que también fue realizada mientras tenía lugar el asedio. Esta estampa, que presenta una peculiar vista cenital y es mucho más esquemática en la representación de soldados y plazas, pero mucho más exacta –incluye una escala– y más detallada en el número de elementos que representa e identifica en la leyenda. A esta estampa le acompaña un texto en la esquina inferior derecha donde, además de dedicársela a Giovanni Battista Caravaggi, capitán de infantería italiana en el tercio del maestre de campo Giovanni Pecchio, se explica que el diseño fue realizado por Giuseppe Barca, ingeniero que estuvo presente en el asedio y se da el 9 de octubre como fecha de realización. Se hace referencia también a que este es el mejor «fra tutti i disegni che fin'hora si sono veduti di Verrua assediata», lo que nos da una idea de la circulación y producción de estampas que se dieron en torno a este episodio.

El resto de las estampas son similares entre sí y se aproximan más al primero de los ejemplares estudiados. El *Disegno dell'assedio di Verrua e sue*

[72] Aunque no hemos podido verla de primera mano, tenemos noticias de una estampa con el mismo título y también impresa en Roma, pero hecha por el impresor Giovanni Orlandi y dedicada al noble ligur afincado en el reino de Nápoles Ettore Ravaschiero. La descripción y las dimensiones son similares, por lo que podría tratarse de un caso de «piratería» de estampas. De esta otra estampa, que posiblemente podría ser la original (la estampa está hecha desde el punto de vista del ejército hispánico del que el dedicatario de Orlandi pudo formar parte, mientras que el dedicatario de Scalberge formaba parte del ejército franco-saboyano) se puede encontrar una copia en la Biblioteca Nacional de Malta y otra en el *Theatrum Civitatum* de Domenico Federici, conservado en la Biblioteca Federiciana de Fano. Esta recopilación de estampas y grabados que representan ciudades realizada por Federici ha sido editada recientemente en *Il Theatrum Civitatum di Domenico Federici*, ed. por Giorgio Mangani (Ancona: Il lavoro editoriale, 2018). Véase también Albert Ganado, «Description of a splendid collection of 950 maps and views of the sixteenth and seventeenth centuries at the National Library of Malta», en *Proceedings of History Week 1992* (Malta: The Historical Society, 1994), 137-228.



Fig. 1.
Frédéric Scalberge, *Disegno di Verrua assediata dal duca di Feria a di X d'Agosto* (Roma, 1625).
BnF, département Estampes et photographie, RESERVE QB-201 (23)-FOL.



Fig. 2.
Giuseppe Barca, *Campo del re cattolico sotto Verrua* (Milano: Giovanni Paolo Bianchi, 1625).
Royal Collection Trust, RCIN 722015. © His Majesty King Charles III.

fortificationi e batteria, de Bernardino Bassani (fig. 3), presentado desde el punto de vista del ejército del duque de Feria, decide plasmar un momento en el que llegan refuerzos de Piamonte con el duque de Saboya al frente, pero no se preocupa de la exactitud en la representación (el río, por ejemplo, no presenta la curva que sí se aprecia, en mayor o menor grado, en el resto de imágenes), sino de dar una idea clara y fácil de entender –no tiene ni siquiera una leyenda, los distintos elementos van acompañados de sus nombres– de los contendientes de los dos ejércitos.

El *Novo et Vero dissegno dell'assedio di Veruva con sue batterie, fortificationi et suoi quartieri*, dibujo de Giovanni Maria Torriano e impresión de Cesare Bassano (fig. 4), es muy figurativo y detallado, aunque no necesariamente exacto en las proporciones (el puente de barcas, por ejemplo, aparece minúsculo). Supone otro ejemplo de producción mediática sobre la campaña que se lleva a cabo desde Milán y por los que en la Monarquía Hispánica querían aprovechar la oportunidad publicística de esta guerra, pues no solo fue impreso en la capital lombarda, sino que además está dedicado al infante Carlos. Las palabras «Novo e vero» que abren el título, típicas de todo tipo de obras polémicas, indican también la posible existencia de cierta disputa en torno a cómo representar gráficamente el asedio.

Finalmente, el algo más esquemático *Dissegno di Verrua con le sue fortificationi et le Batterie poste da Spagnoli l'anno 1625*, de Francesco Valesio y posiblemente impreso en Venecia (fig. 5), ofrece un interesante detalle en la parte inferior del recuadro de la leyenda. Reza «Si vendono in spaderia al Segno della Sorte», que nos indica que el interés que el sitio de Verrua generó fue suficiente como para comercializar algunas de estas estampas en estados como Venecia, no directamente involucrados en el conflicto[73].

Además de las estampas, también conocemos dos representaciones pictóricas: la primera de ellas es un cuadro de autor anónimo italiano del siglo xvii conservado hoy en la Galleria Sabauda en Turín y proveniente del Palacio Real (fig. 6). En él se representa, con una vista tomada desde Crescentino, al ejército del duque de Saboya en un primer plano, con Verrua y los campamentos del asedio al otro lado del río Po. La representación de la fortaleza y las trincheras evoca a la de las estampas en los que seguramente se basó. Al frente de las tropas saboyanas y mirando al espectador

[73] La búsqueda del interés de terceros a través de estas «guerras de imágenes» no era una táctica nueva, como se deja ver por el episodio, apenas unos años antes, que relata Bohdan Chuboda sobre la revuelta de Bohemia, en la que los rebeldes bohemos difundieron imágenes de fortalezas y ciudades hispánicas entre diplomáticos turcos y húngaros, en Bohdan Chudoba, *España y el Imperio (1519-1643)* (Madrid: Sarpe, 1986), 202.

aparece a caballo, con sombrero emplumado y armadura, un personaje al que seguramente podríamos identificar como el príncipe Víctor Amadeo.

Una perspectiva similar ofrece la representación del asedio en el Salone di Vittorio Amedeo I del Palazzo dei Taffini d'Acceglio en Savigliano (fig. 7). Fue pintada probablemente por el pintor piamontés de origen flamenco Giovanni Claret[74] entre 1638 y 1645. Esta es quizás la más interesante de estas representaciones gráficas, pues forma parte –con un lugar destacado– de un ciclo pictórico diseñado para celebrar a Víctor Amadeo I. Se ha especulado sobre la identidad de los comitentes de este palacio, interpretándose a menudo que fue Cristina de Francia, viuda del duque y regente de Francisco Jacinto y Carlos Manuel II, la que, poco después de la muerte de Víctor Amadeo en 1637, encargaría la construcción del palacio y la decoración que ensalza la figura del sucesor de Carlos Manuel I. Esta comisión se habría hecho en el contexto del conflicto por el control del ducado de Saboya entre la regente y los hermanos del difunto duque, Mauricio y Tomás. Aunque la intención de reforzar la posición de Cristina de Francia a través de este encargo se mantendría, Clara Goria ha sugerido que habría sido la propia familia Taffini, que da nombre al palacio, muy cercana a la corte saboyana y a la duquesa viuda, la que habría mandado hacer este palacio[75].

Más allá de la duda sobre el comitente, lo que nos interesa en este estudio es la elección del asedio de Verrua para un espacio tan destacado en este aparato decorativo. El fresco, que ocupa la mayor parte de la pared norte del salón, representa el momento en el que el ejército saboyano, liderado por un Víctor Amadeo a caballo, está a punto de cruzar el puente de barcas sobre el Po justo antes de que el futuro duque fuese herido en la mejilla por una bala de mosquete. El asedio de Verrua representa, por tanto, no solo una victoria de la casa de Saboya, sino también un hecho en el que el entonces heredero se destacó personalmente y es celebrado como un hito significativo en la carrera

[74] Aunque ha sido atribuida tradicionalmente a Giovanni Antonio Molineri, Clara Goria rechaza esta atribución, que no encaja ni por cronología (alguno de los frescos del salón representa hechos de armas sucedidos años después de la muerte del pintor) ni por estilo. Propone que sean obra de Giovanni Claret, heredero en cierto modo de Molineri, en estrecha colaboración con Giovenale Boetto, que habría sido el autor del programa iconográfico del palacio. Véase Clara Goria, «Dipingere la guerra. Il salone delle battaglie di Vittorio Amedeo I in palazzo Taffini d'Acceglio a Savigliano», en García García y Maffi, *El Piamonte*, 98.

[75] Clara Goria, *Palazzo Taffini d'Acceglio a Savigliano. Il cantiere seicentesco: committenti, decorazioni, modelli* (Torino: Umberto Allemandi & Co., 2004).



Fig. 3.
BERNARDINO BASSANI, *Dissegno dell'assedio di Verrvva e sve fortificationi e batteria*, 1625.
Aguafuerte. Civica Raccolta delle Stampe Achille Bertarelli, A.S. p. 9-31



Fig. 4.
GIOVANNI MARIA TORRIANO, *Novo et vero dissegno dell'assedio di Veruva con sue batterie, fortificationi et suoi quartieri* (Milano: Cesare Bassano, 1625).
BnF, département Estampes et photographie, RESERVE QB-201 (23)-FOL.

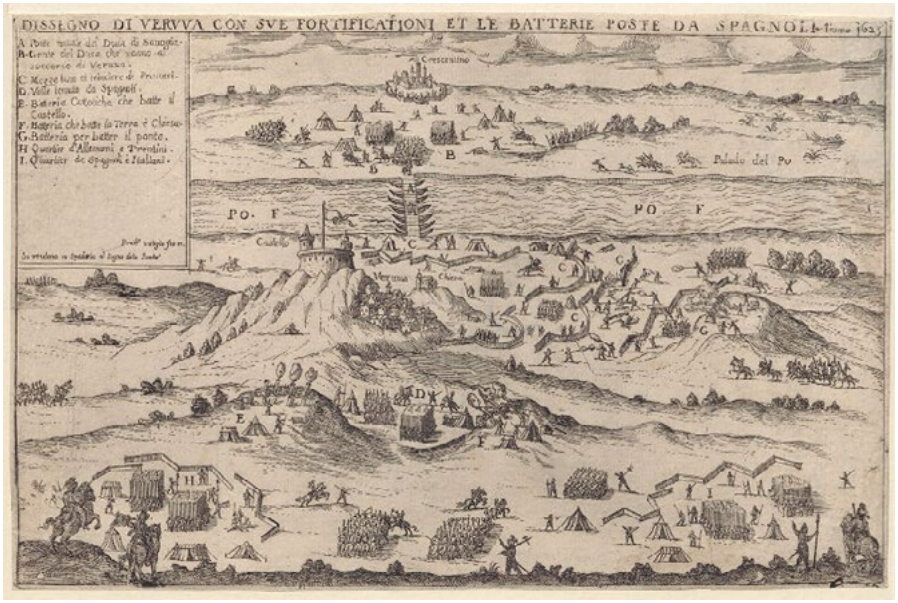


Fig. 5.
Dissegno di Vervva con le sue fortificationi et le batterie poste da spagnoli l'anno 1625 ([Venecia]: Francesco Valesio. Si vendono in Spadaria al segno della Sorte, 1625).
Österreichische Nationalbibliothek, ALB Vues 07805.



Fig. 6.
Assedio di Verrua, mediados del siglo XVII. Óleo sobre lienzo (93x139 cm).
Musei Reali-Palazzo Reale di Torino, 4543.



Fig. 7.
Giovanni Claret, *Assedio di Verrua*, 1628-1645. Pintura mural.
Salone di Vittorio Amedeo I, palazzo dei Taffini d'Aceglio, Savigliano.

militar de Víctor Amadeo. La lesión sufrida en acción de guerra otorgaba, además, una seña de distinción al príncipe en un momento en el que el ejercicio de las armas seguía concediendo prestigio, si bien cada vez eran menos los soberanos que se personaban en el campo de batalla[76]. Además, este episodio también fue destacado en la oración fúnebre que se pronunció en honor el duque en la catedral de Turín[77]. No parece, pues, casualidad que quisieran recordar este hecho la oración fúnebre y los frescos del palacio, que fueron encargados por Cristina de Francia o sus partidarios en una coyuntura en la que la corte saboyana, al borde de una guerra civil, se hallaba dividida entre los filofranceses de la duquesa viuda y los filoespañoles de los hermanos del difunto duque. La exitosa defensa de Verrua se convertía así en un ejemplo a destacar de la feliz colaboración entre Francia y la casa de Saboya y de la enemistad que debía enfrentarles a los españoles[78].

Los avisos de Parnaso y otros textos polémicos

Hemos encontrado tres avisos de Parnaso relacionados con el asedio de Verrua y una edición comentada de uno de los avisos. Todos están escritos en italiano y por autores anónimos, sin pie de imprenta ni fecha de publicación, siendo uno de ellos manuscrito. El más antiguo de ellos es un impreso titulado *Conseglio di Stato sopra la fuga degli spagnuoli da Verrua*[79] (texto 5.1), de corte filosaboyano, al que responden, desde posiciones filoespañolas, los otros dos avisos de Parnaso: el manuscrito *Censura fatta in Parnaso al finto Consilio di Stato sopra la fuga de Spagnuoli di sotto a Verrua*[80] (texto 5.3) y el impreso *Risposta per la riputazione spagnuola al finto Conseglio di Stato sopra la fuga de' Spagnuoli da Verrua*[81]. El último texto, también impreso, es *Risposta per la riputazione spagnuola al finto Conseglio di Stato sopra la fuga de' Spagnuoli*

[76] Francesco Frasca, «Ideale cavalleresco ed etica militare nelle sensibilita barocca della Francia del 'Re Sole'», *Journal of Baroque Studies* 1, n.º 3 (2015): 85-107.

[77] Luigi Giuglaris, *Funerale fatto nel Duomo di Torino alla gloriosa memoria dell'invitissimo e potentissimo Prencipe Vittorio Amedeo* (Torino: Heredi di Giovanni Domenico Tarino, 1638), 68-70.

[78] Sobre este momento de la historia saboyana nos referimos a los varios trabajos que lo abordan en García García y Maffi, *El Piamonte*.

[79] *Conseglio di Stato sopra la fuga degli spagnuoli da Verrua*, BNUTo, Msc. 448/52.

[80] *Censura fatta in Parnaso al finto Consilio di Stato sopra la fuga de Spagnuoli di sotto a Verrua*, Biblioteca Civica Queriniana di Brescia (BCQB), Manoscritti, ms. I. II.17, fols. 71-73.

[81] *Risposta per la riputazione spagnuola al finto Conseglio di Stato sopra la fuga de' Spagnuoli da Verrua*, Biblioteca Nazionale Centrale di Roma (BNCR), 69. 4.C.107.3.

da Verrua. Con le annotationi marginali della Verità[82] (texto 5.2), en el que, a través de notas al margen, se responde a una de las réplicas al aviso original. Una polémica con múltiples respuestas y varios niveles de intertextualidad no es frecuente en este tipo de género, lo que indica la repercusión que pudo llegar a tener la publicación de aquel primer aviso de Parnaso sobre el asedio de Verrua y la dimensión mediática que se quiso dar a este hecho de armas cuyas consecuencias políticas fueron, sin embargo, bastante menores.

El conflicto central en los tres avisos de Parnaso, con la huida del duque de Feria de Verrua como catalizador del debate, gira en torno al título de «invictísima», que unos y otros quieren dar o quitar a la Monarquía Hispánica y que estaba esculpido en letras de oro en el pórtico que daba entrada al Parnaso. Esta alusión a una inscripción en una puerta sin duda se hace eco del hecho de que, parodiando una inscripción que se mandó hacer para la puerta de la ciudad de Breda tras su toma por Ambrosio Spinola, se planeó inscribir un mensaje laudatorio en la puerta de Verrua que conmemorase la victoria de los franco-saboyanos. La *Relatione dell'assedio di Verrua* que hemos mencionado recoge el contenido de estas inscripciones, que también se puede encontrar en una colección de textos manuscritos en la Biblioteca Reale de Turín[83].

Así, en el *Conseglio*, el primero de estos avisos de Parnaso, el Consejo de Estado del rey Apolo llega a la conclusión de que este título, que hasta

[82] *Risposta per la riputazione spagnuola al finto Conseglio di Stato sopra la fuga de' Spagnuoli da Verrua. Con le annotationi marginali della Verità*, BNTo, Msc. 448/53.

[83] De acuerdo con estos testimonios la inscripción en la puerta de Breda habría sido «*Filippo Quarto regnante,/ Clara Isabella Eugenia gubernante,/ Marchione N. Obsidente,/ quatuor regibus coniuratis,/ Ambrosii Spinulae vigilantia Breda potitur*», cuya traducción sería: «Reinando Felipe IV, gobernando Isabel Clara Eugenia y el marqués de N. ocupándola [aunque no tenía ningún título de marqués, seguramente se refiera a Mauricio de Nassau, que durante las primeras fases del asedio y hasta su muerte defendió Breda], con cuatro reyes conjurados, la vigilancia de Ambrosio Spínola tomó Breda» (Traducción propia). La inscripción planeada para Verrua utilizaba una fórmula similar: «*Ludovico XIII auxiliante,/ Carolo Emmanuele imperante,/ Victore filio propugnante,/ Feriae Duce oppugnante,/ Hispano, Germano, Sarmata, Italoque profligato./ Verruca servata*», cuya traducción sería: «Con Luis XIII ayudando, Carlos Manuel mandando el ejército, su hijo Víctor haciendo salidas y el duque de Feria asediando, el hispano, el germano, el sármata [pueblo nómada de la Antigüedad, seguramente aquí equiparados a los polacos, presentes en el contingente que asedió Verrua], y el italiano fueron derrotados. Verrua fue salvada» (Traducción propia). La única diferencia entre las versiones de la *Relatione dell'assedio* y la recogida en la colección de manuscritos en la Biblioteca Reale di Torino es que en la segunda erróneamente se refieren a Isabel Clara Eugenia como «Clara Maria Eugenia», Biblioteca Reale di Torino (BRTo), Manoscritti Varia, 289, 112r.

entonces había coronado el Pórtico Délfico, ya no podía pertenecer a una España que aparece personificada como una mujer harapienta, débil y en un estado lastimoso. El Consejo determina además que este título de invencible se le debería dar al duque Carlos Manuel de Saboya, que habría demostrado en esta y otras muchas ocasiones su valor y su virtud, mientras que España debería recibir el de «timidísima», lo que suponía una gran humillación.

La *Risposta*, para desacreditar el *Conseglio*, readapta alguno de los elementos del relato anterior, recontextualizándolos para darle la vuelta al mensaje. En este caso no fueron los ministros délficos los que quitaron las letras doradas que declaraban «invictísima» a España, sino unos malandrines al servicio de Francia que se hicieron pasar por consejeros de Apolo. El autor de este texto apostilla además que los que no pueden ganar por las armas a la Monarquía Hispánica siempre echan mano a este tipo de artimañas. Uno de estos pillos que habían vandalizado las puertas del Parnaso es capturado por los guardias de la Reputación Española y posteriormente interrogado por los verdaderos ministros del rey-dios. Cuando los servidores de la Gloria Francesa piden que se examine el texto del *Conseglio* para probar que lo que había hecho el acusado no era sino al servicio de la verdad y el honor, Apolo dictamina que tres jueces dirimirían lo que realmente ocurrió en Verrua. Los tres personajes escogidos habían adquirido fama al escribir obras de naturaleza histórico-política y cada uno de ellos pertenecía a una de las naciones involucradas en el episodio de Verrua. Son nombrados jueces: el italiano Francesco Guicciardini[84], el castellano Bernardino de Mendoza[85] y el francés François de la Nouë[86]. El

[84] Francesco Guicciardini (1483-1540), noble florentino, doctor en jurisprudencia y diplomático al servicio de los Medici que ejerció como su embajador en la corte de Fernando el Católico. Escribió obras históricas como las *Storie Fiorentine* y obras a medio camino entre la historia y el análisis político como los *Ricordi* o la *Relazione di Spagna*. Su *Storia d'Italia* se convirtió en referencia en la península de los Apeninos y Guicciardini en autor muy estimado, lo que le vale ser el italiano de entre los tres jueces parnasianos. Véase Pierre Jodogne y Gino Benzoni, «Guicciardini, Francesco», en *Dizionario Biografico degli Italiani*, vol. 61 (Roma: Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 2004), https://www.treccani.it/enciclopedia/francesco-guicciardini_(Dizionario-Biografico)/.

[85] Bernardino de Mendoza (1540-1604) fue un noble castellano que ejerció de embajador en Inglaterra y que luchó en las campañas del duque de Alba en Flandes, sobre la que escribió los *Comentarios a la Guerra de los Países Bajos*, publicada en 1592 en castellano (un año antes en francés) y que fue tenida por una obra histórica fehaciente, fama que merece a su autor ser incluido entre estos jueces parnasianos.

[86] François de la Nouë (1531-1561), conocido como *Bras de fer* por la prótesis mecánica de hierro con la que sustituyó un brazo que perdió en batalla, fue un militar bretón que

informe que estos presentan, redactado además por *Bras de fer*, justifica las acciones del duque de Feria y llega a la conclusión de que los españoles no hicieron nada deshonroso, confirmándosele el título de invencible por ser eterna su lucha contra los infieles, con evocaciones a la Reconquista y a los conflictos en el Mediterráneo con el Imperio Otomano[87].

Este texto recibe una contrarréplica en una versión con anotaciones que desmienten los argumentos presentados por el autor de la *Risposta* o los subvierte con ironía, dobles sentidos y juegos de palabras. Para ello utiliza algunos de los argumentos y de las obras citadas a las que había recurrido quien había escrito el *Conseglio di Stato*, por lo que puede que se tratase del mismo autor –o alguien que perteneciese al mismo círculo– o que, al menos, el comentarista hubiese tenido acceso al primero de los avisos de Parnaso de esta serie. Es reseñable también que, entre las anotaciones, una explícitamente cita la supuesta carta que el hijo del duque de Alcalá envió a su padre desde Verrua que se incluía en la *Relatione dell'assedio di Verrua* publicada en Turín por el impresor ducal que hemos comentado previamente: «Ferdinando di Ribera, figliulo del duca d'Alcala, scrive a suo padre: 'No ay un quatrin?'». Esta referencia a un texto tan específico y que no podía haber estado en circulación mucho tiempo antes de la publicación de estos avisos de Parnaso sugiere la posibilidad de que quizás estos avisos prosaboyanos pudieran haber sido directamente promovidos por Carlos Manuel o su entorno.

---

luchó para los reyes de Francia en Italia, pero que también fue uno de los principales capitanes hugonotes en las guerras de religión francesas y comandó tropas en los Países Bajos en ayuda de los rebeldes holandeses. Tras ser capturado en 1580 por las tropas del rey católico, escribió los *Discours politiques et militaires*, la obra que le mereció la fama que le hace ser incluido entre estos jueces, en la que combinaba la autobiografía con la política, la historia y la filosofía. Los *Discours* fueron publicados originalmente en Basilea en 1587, pero fueron impresos en numerosas ediciones en francés y otros idiomas durante los siguientes veinticinco años. Curiosamente, *Bras de fer* también comentó la obra de uno de estos jueces parnasianos en sus *Observations sur l'histoire de Guicciardini*, publicadas en 1592. Véase Myriam Barakat, *Édition commentée des Discours politiques et militaires de François de la Nouë (1531-1591)* (Tesis doctoral, Université de Montpellier 3, 2011), 13-43.

[87] Aunque los autores prohispanos no dudaban en utilizar este tipo de argumentos, la presencia durante siglos de musulmanes en la península ibérica era frecuentemente usada por aquellos que en la Edad Moderna buscaban desacreditar a los españoles, pues consideraban que estaban «contaminados» por los musulmanes y los judíos –Guicciardini, por ejemplo, declara que es una «infezione brutta e vituperosa» en su *Relazione di Spagna*–. Este tipo de argumentos están presentes en el *Conseglio* y en las anotaciones que replican a la *Risposta*.

Finalmente, en la narración de la *Censura*, que es también una réplica al *Conseglio*, aquel primer texto no es más que un escrito literario que no relata hechos verídicos y de cuya difusión llegan noticias a la corte délfica. Cuando en el Parnaso Alejandro Farnesio se entera de la existencia del texto, lo hace examinar y lo denuncia como falso ante Apolo. Para demostrar esta falsedad cuenta con el testimonio de grandes escritores italianos, como Francesco Guicciardini o Giambattista Marini[88], que insinúan que el escrito viene de la corte turinesa. Apolo decide castigar a aquellos príncipes que se valen de mentiras para agrandar su fama –que en este caso sería Carlos Manuel, aunque no se aluda a él directamente– condenándoles al olvido. También aparecen en el texto François de la Nouë, esta vez no como juez sino como personaje que tiene una conversación con el también militar francés mariscal Armand de Gontaut[89]. Al ser franceses son utilizados por el autor para poner en su boca críticas directas lanzadas contra el mariscal de Créquy y contra el propio rey Luis XIII.

Detrás de la polémica central de estos tres textos en torno a la cuestión de la invencibilidad de la Monarquía Hispánica, estaría posiblemente uno de los principales objetivos políticos y personales de Carlos Manuel de Saboya: ser reconocido como el primero de los príncipes de Italia. En una Italia en la que la autoridad y poderío de la Monarquía Hispánica todavía seguía haciéndose notar, presentar a los ejércitos del rey católico como vulnerables y al duque de Saboya como el principal artífice de estas derrotas era una invitación al resto de repúblicas y potentados italianos a desafiar la hegemonía de la Monarquía Hispánica en la península de los Apeninos

[88] Giambattista Marino (1569-1625), poeta y jurisconsulto napolitano que residió en la corte de Turín (1608-1615) y en la de París (1615-1623). Véase Alessandro Martini, «Marino, Giovan Battista», en *Dizionario biografico degli italiani*, vol. 70 (Roma: Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 2008), https://www.treccani.it/enciclopedia/giovan-battista-marino_(Dizionario-Biografico)/?search=Giovan%20battista%20marino.

[89] Armand de Gontaut (1524-1592), barón de Biron y mariscal de Francia que luchó en los Países Bajos contra la Monarquía Hispánica y en las guerras de religión francesas en el bando católico, siendo uno de los primeros líderes del bando católico en reconocer a Enrique de Navarra como rey tras el asesinato de Enrique III. Fue padre del también mariscal de Francia Charles de Gontaut-Biron (1562-1602), que fue ejecutado en 1602 por conspirar contra Enrique IV. Autor de algunos textos sobre eventos en los que había participado como un asedio a La Rochelle o unos Estados Generales, en 1611 se publicó póstumamente su tratado *Maximes et instructions de l'art de la guerre*, que es posiblemente la obra que le dio la notoriedad para ser incluido en el ficticio Parnaso de este aviso. Una breve biografía de este personaje se puede encontrar en la voz correspondiente del *Dictionnaire de biographie française*, t. 6 (Paris: Librairie Letouzey et ané 87, 1954), 517-519.

y a hacerlo bajo el liderazgo del ambicioso Carlos Manuel de Saboya, algo común en los escritos publicísticos que ya había promovido durante conflictos previos con la Monarquía.

La repercusión de la polémica generada por (o a la que responden) estos avisos de Parnaso y la cuestión en torno a la invencibilidad de la Monarquía Hispánica podría haber tenido eco en otros textos que no pertenecen al género. Es quizá el caso del anónimo poema satírico, muy probablemente compuesto en el entorno del duque de Saboya, titulado *All'Invittissimo signor Duca di Feria sopra l'Assedio et Partenza da Verrua* (texto 5.4), conservado en una colección de manuscritos en la Biblioteca Reale di Torino, que también editamos[90]. Este poema, al que acompañan anotaciones al margen para aclarar al lector las ironías que se le podían haber escapado y hacer explícitas las referencias y citas que incluye, carga duramente contra el duque de Feria y su retirada de Verrua. Con sarcasmo acusa al gobernador de Milán de vanidoso y cobarde, atacando también su catadura moral al insistir en que era un hecho consabido que el duque se hacía acompañar personalmente en sus campañas por tres prostitutas[91]. En cuanto a la forma,

[90] BRTo, Manoscritti Varia, 287, fols. 44r-46r. Este poema fue publicado, junto a otras pequeñas obras líricas que también fueron escritas en Saboya sobre el asedio de Verrua, en Ferdinando Gabotto, «Per la storia della letteratura civile dei tempi di Carlo Emanuele I», en *Rendiconti della Reale Accademia dei Lincei*, V, III (1894), 574-584, que los comenta y analiza brevemente. También incluimos en este volumen, con una traducción al castellano, un epigrama en latín sobre el asedio de Verrua (texto 5.5), conservado en el mismo legajo a continuación de la sátira en octavas, BRTo, Manoscritti Varia, 287, fol. 48r. En él, el autor del epigrama juega con los dobles sentidos de las palabras latinas *Ianua* y *Verruca*. Como se ha visto en otros textos *Verruca* era el nombre latinizado de Verrua, que también significaba «verruga», mientras que *Ianua* en latín quiere decir «puerta de una muralla», pero en la Edad Media se convirtió en el término más usado para referirse en latín a la ciudad de Génova, pese a que la palabra para la ciudad en latín clásico era *Genua*. Se atribuye al dios romano Jano la fundación de la ciudad y su posición como puerta al mar. Ese doble sentido con el que el autor del epigrama convierte a Génova en la puerta de acceso a Italia. A ello se refieren varios de los autores de *A companion to medieval Genoa*, pero la editora del libro en su capítulo lo explica en más detalle: Carrie E. Beneš, «Civic Identity», en *A companion to medieval Genoa*, ed. por Carrie E. Beneš (Leiden y Boston: Brill, 2018), 193-217. Las lises y la cruz, que se mencionan en el último verso, representan a la Monarquía francesa y al ducado de Saboya, respectivamente, por ser los símbolos asociados con sus casas reinantes, mientras que las águilas en el verso anterior se refieren probablemente a los Habsburgo, al estar el águila asociada con la dignidad imperial que la casa de Austria ostentaba.

[91] Era común en la Edad Moderna que los ejércitos fuesen acompañados de grupos de civiles, que incluían desde comerciantes y artesanos que asistían en al avituallamiento y el equipamiento, a las esposas e hijos de los propios soldados, así como mujeres que ejercían

este autor anónimo intercala los suyos con versos del *Orlando Furioso* de Ludovico Ariosto, introduciendo además alusiones a tramas y personajes de las fábulas de Esopo, en una especie de parodia de la poesía épica con la intención de ridiculizar al duque de Feria y a los ejércitos de los Habsburgo.

Con la polémica en torno al asedio de Verrua también estaría relacionado el texto titulado *Risposta cavata per punto dalla lingua Spagnuola in Italiana alle false et satiriche imputationi da gli emuli della Catholichissima et invittissima Monarchia di Spagna attribuite alla natione Spagnola et in particolare contro li principi, maestri di Campo, capitani et soldati che furono all'assedio di Verrua questo anno 1625*[92], publicado ya en 1626 y escrito por el servita fray Francisco Núñez de Herrera. El impreso, de 23 páginas, fue publicado en Milán y dirigido al rey Felipe IV y a los «amici et benevoli della natione Spagnola»[93]. Es una respuesta a toda una serie de textos generados en torno al asedio de Verrua, entre estos creemos que, por la insistencia en el uso del calificativo «invittissima», podría encontrarse el *Conseglio di Stato sopra la fuga degli spagnuoli da Verrua* (texto 5.1). Es interesante que, entre los argumentos para defender esa invencibilidad de la Monarquía, se hace alusión a las muy recientes victorias de ese *annus mirabilis* de 1625: «come si può vedere in Bredà, nel Brasil, nella Riviera di Genova et in Chiavena»[94].

En esta obra se justifican las acciones tomadas por el duque de Feria en su campaña piamontesa, pero se pone también especial énfasis en la defensa de la «nación española»[95], su carácter y sus logros. Para ello Núñez de

---

otra serie de oficios como lavanderas o cocineras, pero también prostitutas, hasta el punto de que el término que en inglés se usa para designar a todos estos civiles, *camp follower*, acabó convirtiéndose en un sinónimo eufemístico de prostituta. Una introducción a este fenómeno de los *camp folllowers* se puede encontrar en Mary Elizabeth Ailes, «Camp Followers, Sutlers, and Soldiers' Wives: Women in Early Modern Armies (c. 1450–c. 1650)», en *A Companion to Women's Military History*, ed. por Barton Hacker y Margaret Vining (Leiden y Boston: Brill, 2012), 61-91.

92 Fray Francisco Núñez de Herrera (O.S.M.), *Risposta cavata per punto dalla lingua Spagnuola in Italiana. Alle false et satiriche imputationi da gli emuli della Catholichissima et invittissima Monarchia di Spagna attribuite alla natione Spagnola et in particolare contro li Principi Maestri di Campo, capitani et soldati che furono all'assedio di Veruua questo anno 1625* (Milano: Heredi di Giovanni Battista Colonna, 1626).

93 Núñez de Herrera, *Risposta cavata*.

94 A los previamente aludidos y tan conocidos triunfos en el asedio de Breda, la jornada de Brasil y el socorro de Génova, Núñez de Herrera equipara el de Chiavenna, principal plaza en la Valtelina, que cambió de manos varias veces en 1625 hasta ser tomada por las tropas del rey católico en septiembre de ese año. Núñez de Herrera, *Risposta cavata*, 2.

95 La idea de nación en la Edad Moderna es difícil de definir con exactitud, pero difiere del concepto más contemporáneo cementado principalmente desde el siglo xix. La

Herrera se remonta a la Antigüedad, resaltando lo dificultosa que les resultó a los romanos la conquista de la península ibérica. El servita tampoco duda en engrandecer y alabar el papel que la Monarquía Hispánica había tenido en la propagación y defensa de la fe católica, tanto en su misión proselitista en América y Asia como en la plurisecular lucha contra los musulmanes en la península ibérica y en el Mediterráneo. Ambos argumentos son muy recurrentes en la literatura polémica proespañola de esta época y también son usados en la *Risposta*.

Cabe reseñar la gran cantidad de referencias eruditas a las que recurre Núñez de Herrera como argumentos de autoridad, que contrasta con el uso de estas en otros textos producidos en torno al asedio de Verrua, que generalmente repiten referencias a un número más reducido de obras. Núñez de Herrera utiliza desde pasajes bíblicos a literatura caballeresca como el *Orlando*, pasando por textos político-jurídicos, tratados filosóficos o teológicos (principalmente de Aristóteles y San Agustín) y obras historiográficas. De las obras que hemos comentado, más allá del uso paródico de Ariosto y Esopo que se hace en el poema satírico, la que más se apoya en este recurso al argumento de autoridad quizá sea la versión anotada que replica al aviso de Parnaso *Risposta*.

Pero, frente a la variedad de fuentes de la *Risposta cavata*, el autor de las anotaciones recurre casi exclusivamente a unos pocos autores romanos, principalmente Justino, César y Cicerón. Del historiador romano Marco Juniano Justino cita exclusivamente el libro 44 de su *Epitome historiarum Philippicarum Trogi Pompeii*, dedicado a la descripción de Hispania. De esta forma equipara a los españoles de su tiempo con los pueblos prerromanos de la península ibérica, pero eligiendo destacar los rasgos negativos y barbáricos que Justino utiliza para representar a estos pueblos, invirtiendo el uso de estas fuentes que hacen los autores prohispanos como Núñez de Herrera. Este es el mismo uso (aunque también alabando las virtudes de los alógobres, pueblo prerromano alpino que equipara a los saboyanos) que hace de las obras históricas de César y de obras de lo que se ha denominado

---

«nación española» presente en estos textos se refiere seguramente más a una comunidad definida por límites geográficos y vagos vínculos culturales que a una con una identidad política claramente definida. Para el caso español, el volumen *La monarquía de las naciones. Patria, nación y naturaleza en la monarquía de España*, ed. por Bernardo J. García García y Antonio Álvarez-Ossorio Alvariño (Madrid: Fundación Carlos de Amberes, 2004) ofrece múltiples trabajos que profundizan sobre este complejo concepto.

como el «corpus cesariano», como el *De Bello Hispaniensi*[96] y también de las cartas y discursos de Cicerón. No obstante, de este último también utiliza una carta para hacer una reflexión sobre las retiradas y las fugas, al comparar un episodio de la guerra civil que siguió al asesinato de César con la retirada (o huida) que hace el duque de Feria. El comentarista, basándose en Cicerón describe la fuga como deshonrosa y desordenada, mientras que la retirada sería estratégica, necesaria y conseguiría salvar vidas y recursos, algo que el gobernador de Milán no habría logrado en la opinión que el comentarista deja implícita con esa referencia.

Conclusiones

La campaña piamontesa del duque de Feria se presentó desde su inicio, especialmente después de la rápida victoria en Acqui, como una oportunidad mediática para la Monarquía Hispánica, pero también a nivel más personal para el gobernador de Milán, que parece que pudo patrocinar alguna de estas obras sobre la toma de Acqui. Sin embargo, pese a que, en una valoración global, la campaña de Feria cumplió con sus objetivos de distraer al ejército saboyano para facilitar la liberación de Liguria y a que los objetivos del duque de Saboya de conquistar Génova –o incluso Milán– quedaron muy lejos de ser realizados, la forzosa retirada de Verrua dio la oportunidad al duque de Saboya de poder reivindicar una victoria propagandística.

Carlos Manuel I y sus partidarios contaban ya con dilatada experiencia en la guerra de plumas. Turín había sido durante la primera guerra del Monferrato un prolífico centro productor de escritos de carácter propagandístico, y entre ellos algunas de las grandes obras del género que contiene este volumen. Si bien la producción en torno al sitio de Verrua no llega a

[96] Esta obra, que narra la campaña de César en Hispania, fue atribuida por Suetonio a Aulio Hircio, político y militar romano que sirvió bajo Julio César en muchas campañas, que llegó a ser cónsul tras su asesinato y que escribió el octavo libro de la *Guerra de las Galias* basándose en las notas dejadas por César. Aunque el comentarista le cita como autor, y pese a que hoy en día la autoría no está clara, se descarta la teoría de Suetonio porque Hircio no estuvo presente en la campaña de Hispania y el autor hubo de ser alguien que participó en esta, aunque cabe la posibilidad de que, al menos, fuese encargada por Hircio. Véase Pere J. Quetglas Nicolau, «Introducción», en *Guerra Civil, Guerra de Alejandría, Guerra de África, Guerra de Hispania*, de Julio César y autores del Corpus Cesariano (Madrid: Editorial Gredos, 2005), 28-32.

esos niveles, no deja de ser significativo cómo la casa de Saboya incorpora «oficialmente» este episodio al discurso apologético y a la memoria de la dinastía. La participación directa de Carlos Manuel, Víctor Amadeo y en menor medida Tomás, permite engrandecer el triunfo en un episodio aparentemente menor.

A través de la polémica de los avisos de Parnaso (y de otros textos no pertenecientes al género) en torno al título de «invictísima» y de la cuestión de si la salida de Verrua fue retirada o fuga, lo que se pretende desde Turín –y se busca contrarrestar desde Milán– es proyectar una imagen de una Monarquía Hispánica más frágil de lo que podía pensarse en ese *annus mirabilis* de 1625. Verrua se presentaba como una oportunidad para que Carlos Manuel pudiera señalar la vulnerabilidad de los Habsburgo y que así el resto de potentados italianos, siempre imaginados bajo ese yugo que oprime la «libertad de Italia», se atreviesen a seguirle en su desafío a la hegemonía española en la península itálica.

No se puede olvidar, sin embargo, que la producción saboyana tuvo su respuesta filoespañola. Esto nos habla tanto de la proyección que pudo tener esta polémica como de la voluntad desde ciertos sectores en el gobierno de la Monarquía Hispánica de contrarrestar el impacto de este tipo de escritos. Era una cuestión de reputación para la Monarquía y lo era más particularmente para el duque de Feria, uno de sus ministros más belicosos y de los más enemistados con esos dos polos de propaganda en Italia que eran Venecia y Saboya, lo que atrajo ataques personales contra él. Si ya antes del desenlace del asedio había puesto sus plumas a trabajar, no cabe duda de que, ante la invectiva dirigida a él, el gobernador de Milán sería responsable de, al menos, la *Risposta cavata*, que fue impresa en Milán. Pese a que desde Madrid ciertos consejeros eran reacios al involucramiento directo de los ministros reales en este tipo de guerras de tinta, algunos de ellos, como Feria, demuestran iniciativa en este particular. A través del estudio de este caso, por la riqueza de textos e imágenes producidos en torno a él, pueden observarse claramente los procesos de construcción de discursos propagandísticos en una Italia que era un hervidero de avisos, panfletos, relaciones y respuestas.

Bibliografía

Ailes, Mary Elizabeth, «Camp Followers, Sutlers, and Soldiers' Wives: Women in Early Modern Armies (c. 1450–c. 1650)», en *A Companion to Women's Military History*, ed. por Barton Hacker y Margaret Vining, 61-91. Leiden y Boston: Brill, 2012.

Álvarez García, Beatriz. «El ataque de Cádiz y las relaciones de sucesos en su contexto», en *Cádiz 1625. El ataque angloholandés en las noticias y el teatro*, ed. por Beatriz Álvarez García y Teresa Ferrer Valls, 21-224. Aranjuez: Ediciones Doce Calles, 2021.

Álvarez García, Francisco Javier. *Guerra en el Parnaso. Gestión política y retórica mediática de la crisis del Monferrato (1612-1618)*. Aranjuez: Ediciones Doce Calles, 2021.

Angiolini, Franco. «Spagna, Toscana e politica navale», en *Istituzioni, potere e società. Le relazioni tra Spagna e Toscana per una storia mediterranea dell'Ordine dei Cavalieri di Santo Stefano. Convegno internazionale di studi, Pisa, 18 maggio 2007*, ed. por Marcella Aglietti, 39-65. Pisa: Edizioni ETS, 2007.

Armstrong, Edward. «The Constable Lesdiguières», *The English Historical Review* 10, n.º 39 (1895): 445-470.

Barakat, Myriam. *Édition commentée des Discours politiques et militaires de François de la Nouë (1531-1591)*. Tesis doctoral, Université de Montpellier 3, 2011.

Ben Yessef Garfia, Yasmina Rocío. *Los Serra entre la república de Génova y la Monarquía Hispánica. Servicio, redes y espacios de identidad (1576 ca.-1650 ca.)*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2022.

Beneš, Carrie E., «Civic Identity», en *A companion to medieval Genoa*, ed. por Carrie E. Beneš, 193-217. Leiden y Boston: Brill, 2018.

Borromeo, Agostino, ed., *La Valtellina crocevia dell'Europa. Politica e religione nell'età della Guerra dei trent'anni*. Milano: Giorgio Mondadori, 1998.

Capponi, Niccolò. «Le Palle di Marte: Military Strategy and Diplomacy in the Grand Duchy of Tuscany under Ferdinand II de' Medici (1621-1670)», *The Journal of Military History* 68, n.º 4 (2004): 1105-1141.

Casanova, Giorgio. *La Liguria centro occidentale e l'invasione franco piemontese del 1625*. Genova: E. R. G. A., 1983.

Ceccarelli, Alessia. *«In forse di perdere la libertà»: la Repubblica di Genova nella riflessione di Giulio Pallavicino (1583-1635)*. Roma: Viella, 2018.

César, Julio y autores del Corpus Cesariano, *Guerra Civil, Guerra de Alejandría, Guerra de África, Guerra de Hispania*. Madrid: Editorial Gredos, 2005.

Chudoba, Bohdan. *España y el Imperio (1519-1643)*. Madrid: Sarpe, 1986.

Ciasca, Raffaele, ed. *Istruzioni e relazioni degli ambasciatori genovesi*, vol. 2. Roma: Istituto Storico Italiano, 1955.

Felice uscita in campagna dell'Esercito Cattolico sotto il comando dell'Eccellentissimo signore Duca di Feria, Governator del Stato di Milano e Capitano General in Italia per Sua Maestà Cattolica. Milano: Malatesti, 1625.

Felice y ultimo encuentro que el famoso general de España, Duque de Feria a tenido con el Duque de Saboya, en el que le hizo retirar a su Corte de Turin, tomandole toda su recamara, y la librea con que pretendia entrar triunfando en Genova. Sevilla: Juan de Cabrera, 1625.

Frasca, Francesco. «Ideale cavalleresco ed etica militare nelle sensibilita Barocca della Francia del 'Re Sole'», *Journal of Baroque Studies* 1, n.º 3 (2015): 85-107.

Gabotto, Ferdinando, «Per la storia della letteratura civile dei tempi di Carlo Emanuele I» en *Rendiconti della Reale Accademia dei Lincei*, V, III (1894), 323-340, 404-422, 515-529, 573-587.

Gal, Stéphane. *Lesdiguières. Prince des Alpes et Connétable de France*. Grenoble: Presses universitaires de Grenoble, 2007.

Ganado, Albert. «Description of a splendid collection of 950 maps and views of the sixteenth and seventeenth centuries at the National Library of Malta», en *Proceedings of History Week 1992*, 137-228. Malta: The Historical Society, 1994.

García García, Bernardo J. y Antonio Álvarez-Ossorio Alvariño, eds. *La monarquía de las naciones. Patria, nación y naturaleza en la monarquía de España*. Madrid: Fundación Carlos de Amberes, 2004.

García García, Bernardo J. y Davide Maffi, eds. *El Piamonte en guerra (1613-1659). La frontera olvidada*. Madrid y Aranjuez: Fundación Carlos de Amberes y Ediciones Doce Calles, 2020.

Giuglaris, Luigi. *Funerale fatto nel Duomo di Torino alla gloriosa memoria dell'invitissimo e potentissimo Prencipe Vittorio Amedeo*. Torino, Heredi di Giovanni Domenico Tarino, 1638.

Goria, Clara. *Palazzo Taffini d'Acceglio a Savigliano. Il cantiere seicentesco: committenti, decorazioni, modelli*. Torino: Umberto Allemandi & Co., 2004.

Goria, Clara. «Dipingere la guerra. Il salone delle battaglie di Vittorio Amedeo I in palazzo Taffini d'Acceglio a Savigliano». En *El Piamonte en guerra (1613-1659). La frontera olvidada*, ed. por Bernardo J. García García y Davide Maffi, 93-126. Madrid y Aranjuez: Fundación Carlos de Amberes y Ediciones Doce Calles, 2020.

Ieva, Frédéric. «Il Principe di Piemonte nella guerra lampo del 1625», en *Genova e Torino. Quattro secoli di incontri e scontri. Nel bicentenario dell'annessione della Liguria al Regno di Sardegna*, ed. por Giovanni Assereto, Carlo Bitossi y Pierpaolo Merlin, 81-98. Genova: Società Ligure di Storia Patria, 2015.

Infantes de Miguel, Víctor. «¿Qué es una relación? (Divagaciones varias sobre una sola divagación)», en *Las relaciones de sucesos en España (1500-1750)*, ed. por María Cruz García de Enterría, Henry Ettinghausen, Víctor Infantes de Miguel y Agustín Redondo, 203-216. Paris y Alcalá de Henares: Publications de la Sorbonne y Universidad de Alcalá, 1996.

Jodogne, Pierre y Gino Benzoni. «Guicciardini, Francesco». En *Dizionario Biografico degli Italiani*, vol. 61. Roma: Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 2004, https://www.treccani.it/enciclopedia/francesco-guicciardini_(Dizionario-Biografico)/

Lombardi, Greta. *La guerra de la Valtelina entre crónica y literatura. Un estudio de las relaciones de sucesos*. A Coruña: SIELAE, 2020.

Maffi, Davide. *En defensa del Imperio. Los ejércitos de Felipe IV y la guerra por la hegemonía europea (1635-1659)*. Madrid: Editorial Actas, 2014.

Mangani, Giorgio, ed. *Il Theatrum Civitatum di Domenico Federici.* Ancona: Il lavoro editoriale, 2018.

Martini, Alessandro, «Marino, Giovan Battista». En *Dizionario biografico degli italiani*, vol. 70. Roma: Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 2008, https://www.treccani.it/enciclopedia/giovan-battista-marino_(Dizionario-Biografico)/?search=Giovan%20battista%20marino.

Merlin, Pierpaolo y Frédéric Ieva, eds. *Monferrato 1613. La vigilia di una crisi europea*. Roma: Viella, 2016.

Núñez de Herrera, fray Francisco (O.S.M.). *Risposta cavata per punto dalla lingua Spagnuola in Italiana. Alle false et satiriche imputationi da gli emuli della Catholichissima et invittissima Monarchia di Spagna attribuite alla natione Spagnola et in particolare contro li Principi Maestri di Campo, capitani et soldati che furono all'assedio di Veruua questo anno 1625*. Milano: Heredi di Giovanni Battista Colonna, 1626.

Ogliaro, Mario. *La fortezza di Verrua Savoia nella Storia del Piemonte*. Crescentino: Libreria Mongiano Editrice, 1999.

Patón Roldán, Alfonso. «'Viéndose sola y en tanto peligro'. El matrimonio de Isabel de Appiano con Pablo Jordán II Orsini y sus estrategias para conservar el principado de Piombino (1620-1622)», *Tiempos Modernos* 13, n.º 46 (2023): 58-75.

Raviola, Blythe Alice. «The Imperial System in Early Modern Northern Italy: A Web of Dukedoms, Fiefs and Enclaves», en *The Holy Roman Empire, 1495-1806: a European perspective*, ed. por Robert J. W. Evans y Peter H. Wilson, 217-236. Leiden y Boston: Brill, 2012.

Relación verdadera de la gran Vitoria que en el Estado del Duque de Saboya ha tenido el Excelentíssimo señor Duque de Feria, los lugares que le saqueado, y la mucha gente que le ha muerto, llegando con fu exército hasta dos millas de Turín, Corte del de Saboya, a quatro de Setiembre deste año de 1625. Sevilla: Simón Fajardo, 1625.

Relación verdadera de las victorias y felices sucesos que ha tenido el señor Duque de Feria con los exértitos del Duque de Saboya. Sevilla: Simón Fajardo, 1625.

Relation au vray de la deffaicte de six mille hommes envoyez par le duc de Feria pour le secours de Gennes et la prise de la ville et reddition du chasteau d'Ostage par Son Altesse serenissime de Savoye, le neufiesme avril, 1625. Lyon: Jean Roize, 1625.

Relation au vray, particuliere, et ample de tout ce qui s'est faict jour par jour au siege de Verrue, depuis le commencement du mois d'aoust, jusques au dix-huictieme de novembre, l'an 1625. Traduit de l'italien imprimé à Turin. Lyon: Jacques Roussin, 1626.

Relatione dell'assedio di Verrua. Torino: Luigi Pizzamiglio, 1625.

Retirada del Duque de Saboya a su corte de Turín, y como la cavallería polaca de el Duque de Feria le corren la tierra hasta sus murallas, por cuyo temor se an salido de la Corte su muger y hermana del príncipe del Piamonte. Sevilla: Juan de Cabrera, 1625.

Richelieu, Armand du Plessis, cardenal duque de. *Testament politique du cardinal duc de Richelieu*. Amsterdam: H. Desbordes, 1691.

Rubio Masa, Juan Carlos. *El mecenazgo artístico de la Casa Ducal de Feria*. Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2001.

Schneider, Gary. «Propaganda, Patriotism, and News: Printing Discovered and Intercepted Letters in England, 1571-1600», *The Journal of Epistolary Studies* 1, n.º 1 (2019): 48-66.

Valencia Rodríguez, Juan Manuel. *El poder señorial en la Edad Moderna: la Casa de Feria (siglos XVI y XVII)*. Badajoz: Diputación de Badajoz, 2010.

Vega, Juan de la, *Relación verdadera de los sucessos de Italia y toma de Veruga y Crecentín, por los Señores Duque de Feria, y don Gonzalo de Córdova, nieto del Gran Capitán*. Barcelona: de Sebastián y Jayme Matevat, 1625.

Textos sobre el asedio de Verrua (1625)

5. 1. *Conseglio di Stato sopra la fuga de' spagnuoli da Verrua*
Biblioteca Nazionale di Torino, MSC 448/52 [impreso]
Edición de Bernardo J. García García y revisión de Silvia Toppetta

L'altra notte, per essere stato scancellato nel famoso «*Elogio della nation spagnuola*» il titolo più volte preteso d'invittissima et insuperabile, stampato a lettere d'oro nel Portico Delfico, tante furono le sollevationi degl'idolatri di quella gloriosissima regina et applausi de' buoni francesi, che bisognò subito, anco a lume di torchie, tenersi conseglio segreto per ritrovare la causa d'un tanto disordine. Pareva a tutti quei savi disgratia degna di compassione, ch'havendo la Superbia spagnuola, per ottennere quel titolo di Capitano Spavento, impoverita se stessa e d'oro e d'huomini, perse tante armate, consumati tanti esserciti, per tralasciare i tempi più antichi, sotto Ostenda, Bredà et le Rive, li fosse poi in Piemonte in una sola notte con eterna ignominia a punte di pugnalate scancellato. Perché se bene sotto d'Asti la prima volta, per far crescere più dolci i meloni, vi sepelì quaranta milla soldati, si ritirò però solamente, ancorché col braccio al collo, nella lettica per mera pietà dei francesi imprestata; se bene sotto Vercelli consecrò alla morte il più bel fiore della nobiltà spagnuola et italiana, e la miglior gente di tutte le nationi, tuttavia, essendo già vicina alla barra funebre, per mancamento di polvere o per fatale tardanza di soccorsi, trattenuti con l'arene d'oro, ancorché con honorate conditioni di vinti, l'ottenne; et se bene nell'ultima e fresca ritirata, fatta più che di passo, dall'infelice mausoleo d'Asti, diventò di bruna pallida, forse s'affrettò alquanto per la speranza certissima d'espugnar in tre giorni Verrua; onde ch'adesso in una notte gl'habbino temerariamente scancellato il nome d'invincibile, si deve attribuire o alla maligna et invidiosa natura degl'italiani, o al violento ardore de' francesi.

Hor, mentre increduli quei gravissimi censori stimavano impossibile ch'il titolo d'invittissima intagliato dalla Spagna ne' marmi indiani e nelle corteccie d'alberi d'Italia e Germania, con scalpelli d'oro e d'acciaio, fosse in una notte co' le punte de pugnali levato; viddero co' gl'occhi stessi quella regina gravissima e tanto pesata, tutta macchiata nel proprio, adesso per un duca di Savoia et alcuni francesi fuggisse di mezza notte senza suono di trombe e di tamburri; ch'al certo, se quella era la regina di Spagna, giudicava che, rotte le corna della sua superbia, fiaccato il collo della sua arroganza, per mera rabbia sarebbe forzata crepare.

Subito fu introdutta nel Conseglio quella fuggitiva, mezza spogliata, mostrando le sue carni nude, tutta livida e di colore di cevo, a lei più saporoso sotto Verrua, ch'i ravanelli. Si mise all'hora il sopremo presidente gl'occhiali politici al naso e, minutamente squadrando i lineamenti di quella spaventata e senza sangue, riconobbe dalle fatezze, sembianti e grandezza non essere l'Imperio favoloso de' tedeschi, come alcuni credevano, ma l'adorata Monarchia Spagnuola, tanto riguardevole a' pipistrelli. S'inchinarono all'hora tutti e con lagrime di compassione, condolendosi della sua fortuna, la pregarono si degnasse narrare la causa di caso tanto inaspettato.

Non poteva per lo sdegno e dolore quasi parlare; pure, raccolti alquanto gli spiriti, proruppe:

> «Amici miei, meglio sarebbe per me havere perso un braccio e lasciata svergognare quella meretrice genovese, ch'attaccare il duca di Savoia, nato per mia roina et infamia; pagarei quant'oro mi rendono l'Indie havere conservata la parentela di quel prencipe, che non conosce altro sangue che la gloria e valore. Havevo, valendomi dell'occasione del suo essercito sbandato e sollevationi da me causate in Francia a spese de' genovesi, già divorato il Piemonte. Ho tentata Verrua per volare poi alle mura di Torino e, troncato il capo, distruggere affatto quel fortunato prencipato, a me più necessario di mille Valtelline. Ho fatto l'estremo delle mie forze et ingegno, e pure non ho potuto espugnare quel piccolo e fragile castello posto ne' confini del suo stato, alle rive del Po e non dell'Adige, come il famoso di Cassiodoro. Ho cercato co' gl'inganni addormentare i capitani contrari, col fuoco sbalzare quel scoglio nel Po vicino, rompere con le cannonate il ponte e tagliare il soccorso, sorprenderlo con improvisi assalti in tempo di pioggie, espugnare le trinciere inimiche per forza. Havevo fabricato un catello intorno, più forte di Verrua, con animo, o mi fosse sepolcro o trofeo, ma il valore infinito di quel duca, del suo prencipe e maresciale di Crichì, con l'ostinata vigilanza del marchese di San Reirano, governatore di quel luogo e co' l'ardire incredibile de' francesi, ha reso vano ogni mio sforzo e disegno. M'ha fatto stare fino alla cinta ne' fanghi e prendere sonno nell'acque più assetata di Tantalo; m'ha ributtata con stragge, anzi ne' miei forti più volte assaltata; onde, credendo d'assediare e vincere, sono stata l'assediata e vinta. L'altra notte, essendo già risoluta di fuggire, venne quell'altro mio fatale inimico, aggrandito et invecchiato alle mie spese, quale con tanto impeto m'affrontò, ch'io affrettai la fuga servendomi dell'oscurità della notte per non essere vista fuggire».

Così dicendo svenne, onde quei sapientissimi personaggi ordinorono fusse messa ne' bagni caldi di Baia, ristorata con buoni brodi di castrone, involtata nei pelli di Polonia e rinchiusa nelle stuffe tedesche, anzi che li fosse cavato sangue dalla vena del cuore.

A pena era in sé rivenuta, ritiratasi senza corteggio e pompa, ch'uno di quei nasuti censori, amaramente sospirando, si assicurò d'appalesare l'origine d'infamia sì vergognosa e dello perdimento dell'acquistato titolo d'invincibile. Ch'essendo stata allevata sino dalle fascie da gli africani, nodrita col loro latte et imbevuta nelle leggi di fingere, doveva conservarsi quel grado con quelle stesse arti, co' quali l'havea acquistato. Ch'era stata invincibile, mentre s'era prevaluta dell'armi temprate nell'onde del suo ricchissimo Tago e mentre co' la sua naturale simolatione andava alla guerra armata co' le vesti di Romito, con la corona in mano, dicendo del bene e pensando del male, co' gl'occhi rivolti al cielo e le mani ne' regni altrui; che gl'anni passati col manto ormai lacero della religione e volto di pietà, col seminare discordie, fomentare i ribelli, spargendo oro a gl'heretici, non solo haveva allegata nel suo stesso sangue la Francia, ma ridotta a quell'estremo di vita, che senza la spada del grand'Enrico portava pericolo d'essere sbranata da lupi trasformati in agnelli, che havea talmente impegnato l'invittissimo duca di Savoia con vane speranze et artifici, che senza l'infinito suo valore sarebbe quasi stato costretto adorare non il vitello, ma l'ariete d'oro. Essere nata per cavare co' l'ugne altrui la castagna dal riccio, fare dell'amico per tradire, mirare in un luogo havendo le mani in un altro; aggiutare il vicino per consumarlo, vincendo tutti con nuovo modo di combattere, nascondendo l'armi; havendo per legge naturale andare sempre vestita di pelle di volpe, coperta d'armellino. Tale fu l'arte sua ne' mesi passati, temendo l'essercito fiorito e numeroso di Francia proprio sangue, ancorché senza strepito de' ciembali, al solo lume de' raggi artificiali fare una moresca insolita, fuggendo per essere di notte a briglia sciolta, con salti e scorribande più che mortali. Risero da una parte quei canuti cervelli della scomposta carriera d'una reina tanto maestosa e dubitarono fosse una mascherata di burla. Dall'altra parte, per non errare, con sentimento di pietà ricercarono in questo accidente il parere del primo segretario di Stato, quale risolutamente rispose:

> «Questa senza dubbio essere un'impostura de' gl'emoli, poiché sapevasi di certo quella potentissima gigantessa allora essere spalleggiata dal suo Cesare, appoggiata alla bellicosa Polonia trionfatrice de' tartari, adorata sino dal sassone scordato della sua stirpe, corteggiata da valloni e trentini più duri delle sue Alpi, servita dall'avarissima Italia, inimica non meno della sua libertà, che dell'antiche sue glorie, havere eletto per capitano quel Gonzalo di Cordova, domatore della Germania, dalle divisioni sue stesse soggiogata per tagliare le penne alla gloria dell'invittissimo duca di Savoia e spianare le mura intatte della sua città reale, e con venti cannoni battere il picciol borgo di Verrua, cinto solamente d'una semplice cortina, quale non solo al rimbombo

dell'artiglierie, ma ad un grido solo d'un tanto essercito caderebbe per terra. Non essere possibile che la dominatrice del mondo, stimata sempre un polipo, che giamai si stacca dal scoglio, che una volta ha afferrato, quella che sino ne' marmi si gloria d'haver sotto Bredà, con invitta sofferenza domato quattro regi, consumate le forze sue e di tutta Europa sotto Ostenda, adesso dal duca di Savoia, dopo l'assedio di tre mesi e mezzo, dopo d'haver riempiti li fanghi di Verrua col suo sangue, inalzare trinciere sino al cielo, piantati forti, stampata la sua espugnatione e sparsa per la Fiandra a terrore di quei popoli, sia stata forzata di mezza notte per fuggire più liberamente e senza rossore ritirarsi e lasciare non solo parte dell'armi e bagaglie, ma la parte di sé più nobile, ch'havea ricevute le ferite in volto, co' la riputatione in tante parti acquistata, sotto d'un villaggio quasi sbandato, facendo vedere all'Italia quello ch'essa fugge più che la morte si conosca di non essere l'invittissima et insuperabile».

All'hora, con volto sereno levandosi, il primo consigliere non solo approvò il parere del primo segretario, ma v'aggiunse ch'essendo stata sempre massima spagnuola non prender granchi co' la mano, ma co' la patienza cavarli dalle buche co' le pelli altrui, sarebbe macchia troppo brutta nel volto di quella dea della gravità, da non lavarsi co' l'oro del Tago, nonché col sangue italiano e sapone di Germania, se ne' fanghi di Verrua havesse pescato senza reti un granchio sì smisurato, ch'all'usanza loro fosse necessitata andare al roverscio perché, havendola con più di dieci milla tiri di cannone battuta, sbalzata con tante mine, tentata con tanti assalti e con mille fuochi artificiali illustrata, dopo havere erette le torri di Nembrot, mutate più volte le batterie, rinforzatasi sempre con nuova gente, contrastato contro il cielo e la morte, fosse stata astretta salvarsi fuggendo e far vedere al mondo che può fuggire d'Italia et essere cacciata sino nell'Indie.

Ricercato del suo decreto, l'altro consigliere non senza lagrime rispose ch'all'ora giudicarebbe essere vicina alla morte quella monarchia vastissima, s'apena potendo muoversi per la smisurata grandezza del suo corpo fosse diventata tanto leggiera che potesse co' l'ali della paura volare, perch'essendo tutto il suo governo fondato su l'apparenza e mostrare d'essere per le sue ricchezze e forze invincibile, se per sorte fuggise da quella terra, solo conosciuta per sua vergogna, doppo d'havere dissipate le publiche e private entrate, messo sottosopra il mondo, ottennuto soccorso sino dal polacco e sassone, ogn'uno giudicarebbe fosse un pallone da vento, un'utre d'Ulisse, una pelle di gigante piena di paglia, e perciò facile ad essere gettato per terra e sbalzato per aria.

Tacendo questo per meraviglia, alzossi dal trono suo un cigno in volto et aquila nell'ingegno, essere suo conseglio si vedesse diligentemente se quella fuggitiva fosse veramente la potentissima Monarchia di Spagna, o

pure qualche ombra apparente o mascherata di Carnevale, perché sapevano tutti tale essere l'alterezza di quella e l'incredibile appetito di vivere dell'altrui che più tosto sarebbe morta che mostrare segni di paura, non che fuggire; onde giamai con tutti gl'argani di Ollanda e d'Inghilterra erasi potuta muovere un dito dal suo luogo, più tosto lasciandosi tagliare in pezzi e fare del suo gran corpo un turcasso che mostrare di risentirsi; anzi ch'all'hora pure quando dal grande Henrico li fu messo il laccio alla gola, non potendo fuggire, con accortezza singolare finse di non avedersene, onde parerebbe chimera fantastica il credere che adesso Francia e Savoia si rivolgesse all'ultima sua roina, essendo disarmata, si vestì di voto con le vesti beretine e fece svolazzare l'insegna bianca; ma dopo d'haver lasciata vincere la Liguria e smarrire gran parte delle genti contrarie, vedendosi il gioco fatto per haver ottennuto tempo d'armarsi, con un essercito fresco e numeroso, assaltò all'improviso la debolissima città d'Acqui e la rese. Adesso donque meritamente essere forzata fuggire con perdita del titolo d'invincibile per havere mutate l'armi e le vesti alla francese; lasciandosi vedere inimica scoperta sotto le trinciere di Verrua, per farla sepolcro famoso di tutte le genti; essendo solamente proprio di quella magnanima natione, non meno bianca di cuore che di volto, assaltare con l'armi in mano le piazze forti de' prencipi valorosi, aprire con le picche le trinciere e comprare al prezzo di sangue le vittorie.

V'aggiunse un cortiggiano di Roma, che faceva dello spagnuolo, non essere stata prudenza volere ingiottire in un boccone un riccio spino di se stesso armato, troppo duro di digestione, essere un prencipe italiano nato alla gloria; altre spade che loro ricercarsi per tagliare il cuore più fermo del diamante de' prencipi di Savoia; savio essere stato Filippo quale, conoscendo il genio, l'elesse per suo genero; perché contro de' suoi castelli non giova vomitare dalle bombarde palle, o di ferro, o di oro, non giocano sotto le sue trinciere né le mine di fuoco, né quelle d'argento; non temono le sue troppe né le piche co' ferri lucenti, né le coperte d'hami indorati; si burlano de' stratagemi africani e delle reti d'Ercole. Prendono a' suoi lacci e le volpi e gl'elefanti, scuoprono co' suoi occhiali il cuore stesso, non che le mani spagnuole; i suoi scudi incantati resistono alle saette de' parti e di Filippo. Ch'imparino a guerreggiare co' gl'italiani; hanno ammaestrato co' le sue arti e creato co' le sue roine il prencipe Vittorio, gran capitano, et havendolo ferito nell'occhio, l'hanno reso più acuto per conoscere i loro inganni. Da quello dovranno apprendere la differenza delle ritirate de' leoni e cervi; poiché il prencipe delle vittorie, nel ritorno ch'esso facea dal Cairo espugnato con sei milla fanti e cinquecento cavalli, seguitato di fianco dal duca di Feria con vinticinque milla fanti e quattro milla cavalli, non fuggì

di mezza notte, ma si ritirò adagio per tre giorni intieri, per ingannare nella fuga il nemico; non fece tacere le trombe e tamburri, dando segno co' raggi quasi festeggiando nelle sue infamie, ma più volte con allegro rimbombo l'invito a battaglia; non lasciò a dietro l'armi e bagaglie, ma condusse in ordinanza le sue genti armate a passo de' suoi cannoni; non lasciò sbandare i suoi soldati e restare prigioni con barbara inhumanità li feriti, eleggendo per sé la vanguardia nella fuga ma, essendo esso con li suoi cavaglieri alla coda, come bastione vivo del suo picciolo essercito, tutto lo condusse in salvo; e questo non per spatio di tre hore, ma di molti giorni; onde per decreto publico la Monarchia Spagnuola dovrebbe far voto di non assaltare giamai quei prencipi che, gustato tante volte il suo sangue, sanno per isperienza essere tutto fracido e guasto.

Lodarono tutti quei huomini, composti di cervello e cuore di leone, la prudente difesa de' politici e stabilirono che per utile della Spagna, in luogo del titolo d'invittissima, guadagnato dal duca di Savoia col sangue delle sue ferite, s'improntasse: «Timidissima con l'armi et invittissima co' le simolationi».

5. 2. *Risposta per la riputazione spagnuola al finto Conseglio di Stato sopra la fuga de' Spagnuoli da Verrua. Con le annotationi marginali della Verità*
Biblioteca Nazionale di Torino, MSC 448/53 [impreso]
Edición de Bernardo J. García García y revisión de Silvia Toppetta

Non altra cosa stima la maestà d'Apollo più degna di severo castigo in Parnaso che l'importuno modo di procedere d'alcuni signorotti, li quali, arrogandosi oltre il titolo falso di saputi, altri ancora più insolenti, non si dilettano giorno e notte di far altro che di mordere le azzioni di quei potentati che non si conformano con il loro genio, ancorché di gran longa e senza comparazione ad essi superiori di forze e di consiglio, adoperando la lingua là dove conoscono di non poter riuscire con le mani. E ciò non senza gran ragione perché, oltre altri infiniti inconvenienti che da ciò nascono, il volgo, di natura sciocco et che non comprende il serpente nell'herba prima di rimanerne maltrattato, imbevuto di quelle false massime, suole insolentire e commettere eccessi stravagantissimi, come addivenne appunto una notte del passato mese, nella quale alcuni famigliari e servitori della Gloria francese, parte italiani inquieti [*1. Liberi, attribuendosi a gli spagnuoli «Inquies animus». Iustin. hist. lib. 44*] e parte francesi spensieti [*2. Spensionati*], havendo udito in casa della loro Madama alcuni gentilhuomini il giorno avvanti discorrere della ritirata [*3. Fuga, perché della ritirata dà la forma differente. Planco:«Dedi operam Deum benignitate, ut, et celeriter me reciperem, et hic discessus nihil fugae simile habere non miles ullus, non eques non quidquam impedimentorum amitteretur», epist. fam. lib. 10*] dell'essercito di Spagna, sopragiunto dalle incommodità del verno e dall'inclemenza del cielo [*4. Che sopporta gli spagnuoli al mondo? La caduta di Lucifero fu detta occorsa in Spagna e si scrive i giganti haver'ivi guerreggiato contro il cielo. Iustin.*] di sotto Verrua, per avventura essendosi addimesticati [*5. Quanto solo conviene a prodi soldati con Gran Capitano, domatore dell'India e della Spagna, le cui donne servirono domesticamente a Bacco, fra le altre cose, di saltatrici. Nat. Com. Mythol. lib. 5*] con Bacco più che non dovevano, hebbero ardire pensando di far un bel tratto di tentare di cancellare dall'invidiato [*6. Affettato*] «*Elogio della nazione spagnuola*» il titolo meritato [*7. Mendicato*] d'invittissima et insuperabile scolpito a lettere d'oro [*8. Da venali artefici*] nel Porto Delfico con la punta de' loro pugnali. Ma, essendo la materia troppo dura e non potendo senza far strepito conseguire li francesi in poco tempo con le loro lame venesi quello che con il benefizio di molti secoli intieri meno hanno potuto ottenere gl'arabi [*9. Invidia tra pari*], li mori d'Africa e li turchi, con le loro perfettissime damaschine, furono sentiti e scoperti da una sentinella delle guardie che la Riputazione spagnuola, dama accortissima, vi tiene pagate

[*10. Perché altrimente non vi sarebbe chi la guardasse*] per fare in qualunque tempo resistenza alle temerarie violenze di simil sorte di gentaglia, onde, dato subito all'armi [*11. Timida Riputatione, o certo non gentaglia*] nel sortire della guardia, dandosi que' sciagurati a fuggire in fretta [*12. Bella descrittione dell'espugnatione di Verrua fatta da spagnuoli*] confusamente e perciò impedendosi l'un' l'altro, avvenne che uno inciampando cadde e rimase fatto prigione.

La vegnente mattina, avisato che hebbero le guardie la loro padrona di tutto il sucesso, hebbero da lei ordine di consegnare il prigione al guardiano delle careceri d'Apollo (non permettendo Sua Maestà che ne' suoi regni si tenga carcerato alcuno privatamente) [*13. Salvo spagnuolo, servo contumace di sua natura. Gl. fin. l. C. de privatis Caverib. «Ipsi armis, et rapinis serviunt», dice degli spagnuoli Giustino*], né volendo ella come consideratissima esser notata di haver voluto fare il giudice in causa propria [*14. Com'è solita*]. Quindi, forte risentendosi ella che si fossero trovate genti ardite d'intentare cosa tanto pregiudiciale all'honor suo, impose tosto a Ieronimo Cevaglios, dottor di Leggi suo molto intrinseco e famigliare, che senza indugio si lamentasse da sua parte [*15. Non potendo ella farlo in persona, per esser giacente in letto, a farsi medicare dello sfregio havuto sotto Verrua*] avvanti alla maestà d'Apollo, chiedendogli giustizia [*16. L'arbitra del mondo?*] di quell'atroce misfatto. Preso dunque il Cevaglios il carico sopra le sue spalle di proseguire quest'azzione, se n'andò dirittamente a palagio dove, ancorché Sua Maestà non fosse ancora uscita in publica audienza, non gli fu però da' portieri negato l'ingresso [*17. Così a spie e buffoni*], come a messaggiero di una tanto importante signora. Laonde egli, giunto alla presenza d'Apollo, non senza haver prima fatta una longa essagerazione, gli espose finalmente il tentato eccesso in pregiudizio della sua padrona con grave querela. Fu all'hora vista Sua Maestà infiammarsi nel viso e gettare di puro sdegno per gli occhi fuoco, non meno che soglia talvolta vicino all'occaso [*18. Verso Occidente non v'è cosa tanto tremenda*] mostrarsi al mondo et, uscito subito in publica sala, mandò a dire a gl'uffiziali della Quarantia criminale [*19. Apollo fu dipinto con quattro orecchie, e non n'hebbe pur una per l'altra parte ma, da inferiori al Conseglio di Stato, fece dunque tanto precipitosamente proceder in causa già conosciuta?*] che senza un riguardo minimo facessero tormentare quello sventurato che era rimaso prigione, tanto che havesse rivelato li compagni et complici e da chi fosse stato consegnato il mandato. Ma per diligenza che in ciò li giudici s'ussasero, non potero cavare che persona alcuna di grado l'havesse indotto a ciò fare; solo confessò che, pensando di far cosa grata alla serenissima Gloria francese per l'antica garra [*20. Henrico IV fu in punto per terminarla*] che ella ha con la Riputazione spagnuola, si era risoluto a tentar quell'impresa, insieme

con li suoi compagni quali, havendo nominati ad uno ad uno, furono tutti presi dal Bargello et irremisibilmente condannati alle minere [*21. Pena da giudice ignorante, come hoggidì riprovata dalla ragion commune, pure, per ogni modo, o non acquisteranno alcuna cosa al Fisco di Spagna, o non perderanno la libertà. Ma che serve il travagliar alle minere, se non possono mantener l'essercito sotto Verrua, di dove Ferdinando di Ribera, figliuolo del duca d'Alcalà, scrive a suo padre: «No ay un quatrin?»*].

Ma essendo la sera stessa comparsi li cavalieri di corte della Gloria francese avanti alla Maestà d'Apollo, per veder in qualche modo di poter mitigare l'ira sua contra que' miseri, gli rappresentarono con bel modo come l'intenzione della Maestà Sua era sempre stata che ne' suoi regni il valore fosse essaltato e premiato, et all'incontro che li mancamenti potessero essere ancora impune biasimati e dilegiati per in quel modo più infiammare gli animi alla virtù; e soggiunsero poi che sarebbe stata cosa degna della sua incorotta giustizia se, soprasedendo alquanto dall'effettuare il castigo in que' prigioni, prima fosse stata dalli censori rettamente essaminata una scrittura da essi riceuta con l'ultimo ordinario di Turino [*22. Di Parnaso*] intitolata: *Conseglio di Stato sopra la fuga de' spagnuoli da Verrua* che, se con quella si veniva a conchiudere che la Riputazione spagnuola havesse comesso mancamento e fosse realmente fuggita, ne sarebbe seguita in conseguenza, inherendo a gli ordini di Sua Maestà la liberazione de' carcerati e quando no, che la giustitia poi havesse suo luogo.

Parve ad Apollo che la dimanda di quei signori fosse fondata su i termini di buona giustizia e per ciò, imposto che l'essecutione della sentenza rimanesse per tutto l'altro giorno in sospeso, nominò tre huomini di natione diversa, prattichi de' maneggi di stato e di guerra e che a lui parvero alieni d'ogni passione et amici sinceri della santa verità [*23. Tanto odiata da gli spagnuoli, a' quali Cesare così rinfaccia: «Apud vos beneficia pro maleficiis, maleficia pro beneficiis habentur». Aul. Hirt. de bell. Hispan.*], perché essaminata diligentemente quella scrittura facesse poi uno d'essi da elegersi [*24. S'Apollo non è spagnuolo, come diede il relatore della causa ad elettione d'una sola parte?*] dalla stessa Riputazione spagnuola relazione a Sua Maestà di quanto tra essi fosse stato conchiuso.

Furono questi Francesco Guicciardino [*25. Parabolano corrotto*], nobilissimo istorico italiano, don Bernardino di Mendozza, cavaliere spagnuolo [*26. Basta dire spagnuolo*] di grande stima, che haveva consumata tutta la sua vita in assistere in servigio del re Catolico alli tumulti di Fiandra e di Francia, et il Signor della Nua [François de la Nouë, *Bras de fer*] [*27. Ribelle di Dio e del suo re*] francese, uno de' i più bravi soldati e pratico delle cose di guerra che siino mai stati al mondo, li quali, senza intervallo, tutti ristretti insieme

e ben ventilato il contenuto della sudetta scrittura e confrontato con altri avisi [*28. Simili a i mandati in Spagna con l'Epistola di Cassiodoro, nella quale è descritta Verrua dell'Adige, famosissima e fortissima, per farla creder questa picciola e debole del Po dagli spagnuoli invano tentata*] riceuti per lettere da persone disinteressate, vennero finalmente in cognizione quella essere una mera satira [*29. Costui s'intende più della satira fatta con la polenta, che della composta con versi piccanti da lui meritata. Plautinar. quaest. lib. 2*], scritta da persona non intelligente, perloché dopo molti discorsi pro e contra fu tra essi stabilito che non si potesse dire esser fuggiti li spagnuoli [*30. Soli no, ma con loro gl'italiani, i tedeschi, i pollacchi, i genovesi et altra canaglia, perché altrimente sarebbe un dire che non fossero spagnuoli, de' quali in guerra è proprio il fuggire. Gli spagnuoli ricevettero loro capitano Viriato perché sapeva schivar i pericoli, sono velocissimi al corso. Iustin.:«leggieri di persona, agevolmente fuggono». Magin. Geogr. p. 2*], dove non constava, né si diceva chi li havesse cacciati, massime che con buonissimo ordine havevavo fatta la loro ritirata [*31. Lo dicono in Torino i prigioni feriti*], riscuotendo prima dal fango l'artiglieria e l'altre loro bagaglie, né lasciando altro addietro che le cose innutili [*32. Le bagaglie e l'armi lasciate adietro e nelle trinciere, senz'altro erano inutili, anzi dannose a fuggitivi, se non le gettavano per alleggerirsi e ritardar con la loro preda i soldati che gl'incalzavano, imitando Lachare, Ificrate, Trifone e Mithridate nelle loro fughe, solamente che però non abandonarono i feriti come gli spagnuoli, i quali hanno anco vigliaccamente fatto mentir Giustino, che di loro ci lasciò: «Plurimis militares equi, et arma sanguine ipsorum chariora»*] e di niun momento con il fresco reggimento di cavalleria del conte Carlo di Mansfelt per sicurezza alle spalle [*33. Sempre d'essa bisognose, come opposte alle fronti nemiche*], il quale ripresse in modo la temerità di alcuni capi sventati che uscirono, che furono sforzati più che di passo [*34. A correr dietro a gli spagnuoli, che ne' piedi prevalsero a i defensori di Verrua, come gli cedettero nelle mani e nel cuore, fin hora restando proprio de' parti 'l vincere col simular la fuga come de gli spagnuoli il perdere col fuggir da dovero*] a salvarsi nella più intima parte della fortezza e che, se la partita era stata fatta di notte, havuto riguardo alle cose dette di sopra, necessariamente non bisognava che ciò fosse avvenuto per altro che per arrivare al prefisso tempo al posto di Pontestura, poiché la maggior prudenza de' capitani [*35. Ne fù buon maestro il timore*] consiste più che in altro in saper eleggere luoghi a proposito per fermar l'esercito, massime nelle ritirate, né ciò si poteva o doveva ragionevolmente ascrivere a timore che li spagnuoli havessero potuto havere de' francesi e de' savoiardi, più volte da essi spaventati con lo sguardo [*36. Il Capitano Spavento v'aggiungerebbe c'haveva due occhi nelle spalle*] solo al primo apparire delle loro bandiere, come adivenne quando, andando la gente di Spagna

al soccorso [*37. Facciasi differenza dall'arbitro al nemico*] di Nizza della Paglia in Monferrato, si viddero in un subito por l'insegne in un sacco [*38. A Non e Felizano, fra l'altre occasioni, l'havrebbero voluntieri le genti di Spagna messe in più sacchi, ma gli furono prese da i soldati di Savoia, le cui bandiere di sotto Nizza della Paglia partirono spiegate e vittoriose, sendosi contentata Sua Altezza come fu ricchiesta di desistere dall'espugnationi e depositar le piazze prese nelle mani della Maestà Catholica com'arbitra amichevole, i cui ministri osservarono poi al vincitore la parola al solito; onde la Santa Fede se ne querela appresso Dio, dicendo: «Vere ragion con finto arbitrio oppresse»*] et andarsene, come dir si suole, con la coda tra gambe [*39. Costume de' lupi rapaci e non de' generosi leoni*], non havendo potuto essequire il loro disegno sopra quella piazza di giorno, come havevano fatto di notte tempo sopra la città d'Alba Pompeia e sopra Trino, sorprendendo quella con la scalata, e spezzando la porta di questo con il pettardo, senza pure con un minimo cenno intimar [*40. Chi ofende animo grande, habbia premeditata la sua difesa*] la guerra al serenissimo di Mantua, che n'è vero e legitimo signore [*41. La causa non è instrutta a sentenza nel petitorio, avanti giudice tanto iniquo et imperito*].

Posto dunque che hebbero in iscritto concordemente questo loro parere, li tre censori lo firmarono tutti di mano propria et appena si lasciarono veder in publico, che comparso di nuovo il dottor Cevaglios avanti Sua Maestà disse che a fine che potesse rimaner più chiara la sua ragione, più immaculata la sua fama e più limpido l'honor suo in quel negozio, la sua principale s'accontentava che il signor della Nua e non altri fosse quello ch'havesse a fare la relazione, a cagione che, se bene egli era di nazione francese, l'haveva però sempre conosciuto per huomo amicissimo della verità, oltre che come quello che al tempo delle turbulenze di Francia s'era trovato prigione de' spagnuoli, poteva senza dubbio esser rimaso capace de' portamenti loro nelle guerre. La Nua, inteso questo, si fece all'hora avvanti e, come vero cavaliere, gustando di servire a quella nobil dama [*42. Che con tant'oro compra l'altrui libertà*], dopo haver prima incaricato al Cevaglios che da sua parte rendesse le dovute grazie alla sua padrona per l'honor che li faceva in haver eletto lui più che alcuno de gli altri a quell'ufficio, promise per la vegnente mattina di non mancare in quell'azzione al debito suo, non mai scordandosi della sua natura, ch'era d'essere inimicissimo della menzogna [*43. Come dimostrò col seguire il partito de gli heretici*].

Venuto il nuovo giorno già che Apollo nella sala della solita audienza si trovava assiso nella sua real sedia, accompagnato da un'infinità di capitani famosi e d'acutissimi politici che per i loro meriti et valore si vedevano fatti degni di sedere in quel luogo, si fece avanti a lui il signor della Nua,

accompagnato dalli due censori suoi colleghi et, acconcio in atto di pronto soldato, con una militare facondia così a dire incominciò:

«Per ubbidire a quanto della Maestà Vostra mi fu imposto hieri, questi signori miei colleghi et io fummo insieme e, dopo havere con retto giudizio e mente sana essaminata la scrittura consegnataci e confrontata con altre relazioni e lettere scritte da altri in questo proposito, finalmente, perché la santa verità non deve essere intorbidata, né haver replica, tutti tre unanimi e concordi venimmo alla decisione del caso proposto, ma perché a prima facia, nudamente nella mia relazione essendo esposto quanto da noi è stato deciso, forse potrebbe avvenire che qualche persona non ne rimasse intieramente sodisfatta, darò una ricercata brevemente alle cause et origini de' passati avvenimenti per discender poi con maggior sodisfazione di tutti a decidere il caso. Egli è vero, Sire, che il duca di Savoia, o sia stato per la naturale sua inclinazione alla guerra, o per esser d'animo inquieto [*44. Invitto all'inquietudine de' nemici:«Vos ita pacem semper odistis, ut nullo tempore legiones desint Pop. Romani in hac provincia haberi», disse Cesare a gli spagnuoli; e poco appresso: «Itaque neq. in otio concordiam, neque in bello virtutem retinere potuistis». Aul. Hirt.*] e per vindicarsi d'alcune private ingiurie [*45. Ingiuria supposta contro prencipe sì grande, che tira seco la congiuntione di tutti i maggori potentati d'Europa, non si puo dir privata, già che ofesa fatta etiandio ad un semplice privato tocca, almeno secondariamente, la publica dignità, ma i genovesi sono di quelli che da Ulpiano si stimano inhabili al far ingiurie e meritano le mortificationi da tali*] contra li genovesi, o per non haver potuto ottenere dal re cattolico quanto si era promesso [*46. Savoia si promette solo quanto le può dar la giustitia et il valore*] da se stesso, alli giorni passati havendo mosse l'armi contra la republica di Genova, che se ne stava ben lontana [*47. La colpa confina per merito con la pena*] da tale invasione, spallegiato dalli miei francesi condotti dal propiro contestabile Diguieres [François de Bonne de Lesdiguières], con pretesto [*48. Confonde i pretesti adombrando la verità*] di militare anc'egli in persona sotto lo stendardo di Francia in servigio di quella coronna et, essendo entrato hostilmente nel Monferrato [*49. Per discacciarne gli spagnuoli già fatti aggressori*] e poi nel Genovese, indusse li ministri di Spagna, et in particolare il governator di Milano, come più vicino, a prendere anc'essi l'armi per difendere quella repubblica tanto benemerita del re loro e per cacciare d'Italia li francesi che, fermando in quella il piede, non potevano essere se non di grande disturbo alla pace di quella provincia per le antiche loro pretensioni [*50. Dunque molto più per timore del proprio danno che per difesa de' benemeriti genovesi*] sopra il regno di Napoli e lo stato di Milano. Con animo dunque d'opporsi a qualunque disegno che potessero haver li nemici, il detto governatore, fatto un grosso essercito di nazioni soggette alla Corona di Spagna [*51. «Hanc capio voluptatem, quod certe quo magis me petiverunt, maiorem his frustratio dolorem attulit», scrive Planco dell'assalto datogli nelle parti della Savoia da Lepido, ch'egli schernì con la ritirata, come s'è fatto a spagnuoli sotto Verrua col*

contrasto] e d'altre ancora amiche, si ridusse in Alessandria del Po per trovarsi più pronto e vicino all'occorrenze; e come quello che versato [*52. E pur non ha saputo il modo d'espugnar Verrua, né preveder i patimenti de' suoi, come de' francesi. L'astrologo, cercando nelle stelle l'altrui venture, inavvedutamente precipitò nel pozzo*] nelle lezzioni spettanti all'essercizio della guerra, sapeva molto bene che li miei francesi sono poco ubbidienti alli loro capitani e che sogliono accorrere a qualunque romore di guerra voluntariamente [*53. La natione spagnuola è più tosto atta a temeraria ribellione che a guerra costante, onde M. Portio Catone, console in Spagna, con tal motivo animava contro gli spagnuoli i soldati romani. Tit. Liv. dec. 3. lib. 3: «Bellum quam otium malunt, si extraneus deest domi hostem quaerunt», dice de gli spagnuoli Giustino; et ch'essi, ancor che habbiano fatta la pace, stanno quieti più per paura che per rispetto della fede. Tit. Liv. dec. 3. lib. 3*], anco prima d'esserci chiamati, durando per certo spazio di tempo, quale passato se addiviene che habbiamo ancora a dimorare, non potendo ciò sofferir, abbandonano l'impresa et se ne tornano alle case loro [*Leo Imp. in Tacticis ca. 14, sec. 88, 91*]; e considerava altresì che sono inabili a sostenere fatiche e disagi perché, se bene sono di mente audace e feroce, hanno però all'incontro li corpi dilicati e teneri; e di più che l'allongare la guerra haveva d'apportar loro somma necessità di vittovaglie et il patimento del soverchio caldo o freddo da rintuzzare l'orgoglio e da scemare il vigore loro nativo. Si risolse di temporeggiare alquanto in quella città, il che non fu a lui di poco profitto perché, cominciando a mancare alli francesi le cose necessarie e non bene intendendosi [*54. Non già i corrotti da i nemici con l'oro e resi traditori del proprio re*] li capitani d'essi con il duca di Savoia, ne seguirono subito divisioni e cominciò la gente ad andar sbandata, non ben certa di quello che si havesse a fare.

Allora il governator di Milano, conosciuto il tempo e l'occasione, si spinse con la gente avanti nel Monferrato e, trovando d'ogni intorno vuoto il paese de' nemici, si drizzò senz'intervallo alla città d'Acqui, fortificata dal signor di Diguieres, et eletta e monizionata per sua piazza d'armi, ma appena [*55. Caso non ancor deciso dal Parlamento d'Aix come quello di Gavi*] hebbero li francesi visto il canone, che tremando di paura s'arresero a patti vergognosi et uscirono non in ordinanza, come sogliono li valorosi soldati, ma in farsetto, con la sola spada confusamente, come fugittivi, et il governatore trovò la città con quantità di vittovaglie e con non poco numero d'artiglieria. Quindi, visto che li francesi ripassavano tumultuariamente in Francia e che li genovesi si trovavano già in termino di poter far la guerra e ricuperare quanto, colti sprovisti, havevano perduto, deliberò accioché più commodamente et agevolmente potessero far quella impresa di tener ancora occupate le forze del duca di Savoia, e con questo pensiero si spinse innanzi nel cuor del suo paese e fermò il campo sotto Verrua, dove il detto duca fu necessitato per diffendersi a ridurre tutte le sue forze. In tanto li genovesi, usciti in campagna con l'armi loro e senza aiuto [*56. E dove sono la providenza, la diversione e l'apparato di nationi soggette et amiche in aiuto di Genova benemerita, come fin qui si essaggera?*] d'altri (notate,

Sire, lo stupendo valore de' savoiardi), ricuperarono a guerra aperta e da buoni soldati quante città e fortezze havevano perdute in assai manco tempo [*57. Con assai manco ferro e più oro*] che la gente del duca, assaltandole d'improviso e sprovedute, non le haveva prese. Ecco, Sire, come li spagnuoli hanno conseguito il loro intento principale, che era di cacciare li francesi e di fare che la Repubblica di Genova ricuperasse il suo.

Passo ora al particolare della ritirata di sotto la terra di Verrua, dalla quale, perché si sono li spagnuoli partiti prima d'haverla presa, fanno tanto schiamazzo li savoiardi ignoranti [*58. Savi pure i savoiardi, c'hanno saputo render vani i dissegni nemici, in compagnia de' piemontesi, eccellenti nell'armi e nelle lettere; ignorantissimi gli spagnuoli, che non hanno saputo vincere, né star del pari; oltre che sono di natura difficili all'imparare: mezzi dotti, si pensano già d'esser dotti. Magin.: «Adeo feris propiora, quam hominibus ingenia sunt». Iustin.*]; e circa questo punto si hanno da considerare molte cose che non possino così facilmente esser conosciute dall'imperita plebe. E prima dico che se li ministri di Spagna non hanno voluto porre in manifesto pericolo la gente del re nell'espugnatione di quel castello, forte più per il sito dove si trova che per altra industria [*59. Parte peculiare de' savoiardi, sino a tempi antichi, è stata il saper fortificarsi e mantener i loro presidi: «Allobroges crebris ad Rhodanum dispositis praesidiis, magna cum cura et diligentia suos fines tuentur». Caes. de bell. Gall. lib. 7*] od arte di chi lo possede, ciò non possono haver fatto se non con maturo conseglio hauto riguardo che il prender detto castello non era altro che un accessorio al loro principale intento, di cui habbiamo di sopra parlato. Di più, quando ancora fosse stato fatto lo sforzo e preso in questo ultimo tempo, bisogna considerare che Verrua è picciola e del tutto ruinata, anzi fatta un monte di terrame, e perciò inabile [*60. E pure s'è mantenuta con albergar i defensori. L'uva è troppo acerba, disse la volpe, non havendola potuta havere*] ad essere albergo de' soldati. Onde, non restandovi altro per abitare che il picciolo castello posto su l'alto nel mezzo tra Vercelli, Asti e Turino, città possedute dal duca di Savoia, sarebbe stato impossibile il tenerlo senza gente del re in campagna assistente, né il mantenervi detta gente era per modo alcuno possibile per la difficoltà [*61. Tanta potenza trova difficoltà? Dove è la sofferenza spagnuola? «Et corpora hominum ad inediam, laboremque animi ad mortem parati»? Si sa pure che gli spagnuoli non apparecchiano la tavola, se non le feste: «Nullus, nisi festis diebus, epularum apparatus». Iustin., perché non masticar la fame, per non macchiar la fama? Havendo massime preveduto che l'allungar la guerra doveva a francesi apportar somma necessità di vettovaglie?*] del condurre le vittovaglie in tempo di verno, tanto più che la fede d'un confinante [*62. Imparerà ben'anco Mantova qual fede sia dovuta a gli spagnuoli*] non è stimata troppo sincera verso la Corona di Spagna.

Quivi mi potrebbero alcuni opporre e dire che se le predette cose sono vere, quale è stata la cagione che li spagnuoli non hanno più tosto tentata la città d'Asti che Verrua? Et a questo risponderò io che il portare la guerra più addentro [*63. Non però di maniera che vi si resti impegnato con forti del nemico alle*

spalle; siché poi riesca impossibile il mantenervi la gente per la difficoltà del condurre le vettovaglie] che sia possibile nel paese del nemico è stimata prudenza del capitano, potendolo fare a suo salvo per tener più liberi che sia possibile i popoli sudditi da gl'inconvenienti che si sogliono patire in tempo di numeroso essercito. Ma posto caso, il che però non concedo, che tutte le ragioni di sopra addotte fossero invalide, è egli cosa nuova e senza essempio [*64. Essempi c'hanno bisogno di mendicar la riputatione della scusa, sproportionati alla picciolezza di Verrua et alla grandezza dell'apparato e vanto spagnuolo*] che un capitano sia stato sotto una fortezza e se ne sia partito per invernare li soldati e metterli in guarnigione, senza haverla presa? Solimano, gran signor de' turchi, con un essercito di gente innumerabile, l'anno MDXXXVI [1536] assediò la città di Viena d'Ungheria e, dopo haverla lungamente battuta in vano, già che l'imperator Carlo Quinto era in pronto per soccorerla e venir seco a battaglia, se ne partì di notte con tanto silenzio che prima non se n'accorsero li cristiani che egli fosse già molto lontano, e ciò dalli scrittori gli viene attribuito non a vergogna ma a prudenza perché, se bene haveva di gran longa più gente che l'imperatore, non doveva però porsi a rischio di perdendo quella battaglia ruinare tutta la somma delle cose sue, trattandosi che il perditore havesse a cedere alla Monarchia dell'Universo. L'anno MDLXV [1565] Mustafà Bassà, d'ordine del sudetto Solimano, andò con un'armata di centocinquantanove velle all'espugnatione dell'isola di Malta e, dopo havervi perduto ventimilia huomini, udita la nuova del soccorso di Napoli, se bene fece finta di voler combattere, al fine, come bene haveva avvertito Piali, Bassà, visto che haveva perduto il fior dell'essercito suo nel dar gli assalti alle fortezze, stimò anc'egli saggia cosa il ritirarsi et il far vela senza far altro verso Costantinopoli. Che cosa non considerò prima Enrico Quarto di Borbone, re di Francia, che si deliberasse d'assediare Parigi e pure fu sforzato levarsene per andare ad incontrare l'essercito cattolico che s'approssimava per dargli soccorso. Che non fece egli, e tutto indarno, per entrare la città Roano, e pure dopo longa dimora bisognò partirsene, né perciò ha perduto appresso li scrittori il nome d'uno de i gran guerrieri del suo tempo. E per dir qualche cosa de' spagnuoli, Federico di Toledo [Fadrique de Toledo], figliuolo del famoso duca d'Alba, dopo haver fatto tutto il suo potere per acquistar la città d'Alchemar in Ollanda, se ne partì, né la ritirata sua fu dissimile da quella di Verrua, per le strade malagevoli e paludose per le quali bisognò che fosse condotta l'artiglieria: e pure non è perciò biasimato dalli scrittori. Ne guari dopo convenne a Francesco Baldes partirsi di sotto Leyden dopo haverla tenuta quattro mesi assediata per haver li nemici allagato con il rompere certi argini il sito dove egli si era accampato, laonde fu poi trovato nel forte di Leydorp, nelle stanze dove egli soleva stare disegnata la detta città e scrittovi sotto in latinità da soldato: «Vale civitas, valete castelli parvi quia relicti estis propter aquam, non propter vim inimicorum» [*Conest. His. di Fiandra pag. 107*].

L'espugnazione delle fortezze dipende più d'ogni altra azzione totalmente dalla Fortuna e non deve un capitano, per fortunato che egli si sia, riprendere un altro d'haver in ciò errato, potendo egli da un giorno all'altro, nel seguire il mestier dell'armi, cadere irreparabilmente nello stesso errore, essendo più che vero che le imprese non sogliono ben spesso riuscire in prattica come paiono riuscibili in teorica. Et a questo proposito mi ricordo che, essendo io condotto prigioniero verso il re Carlo a Turs, passando per Loudun [*Il Sign. della Nua, Dis. Pol. e Milit. pag. 993*], il cardinale di Lorena, che ivi era, mi fece dire che desiderava parlarmi, onde io, essendo gito a trovarlo, dopo che egli m'hebbe usate molte cortesi parole, venne a discorrere delle cose militari (come prencipe che molto ben le sapeva) e mi disse che la cagione della perdita dell'amiraglio di Coligni e di quella del suo partito era stato l'assedio di Poitieres, havendo egli udito dire a suo fratello ch'era errore attacare una piazzaforte quando si poteva far altra cosa di maggior profitto; il che l'amiraglio fece allora lasciando di seguitare l'esercito del re mezzo disfatto, ché se egli l'havesse seguitato sarebbe potuto andare senza resistenza sin'a Parigi; ma egli gli diede tempo di rifarsi e d'assaltare poi gli ugonotti mezzi disfatti. «Credo bene – risposi io – allora che questo errore haverà noi ammoniti di non farne un simile»; «Se ne guarneremo bene», replicò egli. Ma poco valse ad essi quest'essempio dell'amiraglio perché non molto dopo inciamparono nella stessa pietra, havendo assediato San Gian d'Angeli dove, pensando di poterlo prendere in otto giorni, dimorarono più di due mesi, con grandissimo danno della loro gente et intanto hebbero quelli della religione agio di tornare a porre le cose loro in buono stato.

Ora, non ostante tutte le predette cose, si vede però che li capitani de' moderni tempi in questo particolare tentano quotidianamente la sorte loro e, per tralasciare il dir d'altri, il marchese Spinola, terrore de i ribelli di Fiandra, si ritirò di sotto Berghen ob Soom dove era andato, non ostante che gli sapesse molto bene quella piazza esser stata tentata in vano dal duca Alessandro, suo predecessore nel titolo di generale, e che egli se n'era partito con danno importante della sua gente mediante un tratto doppio che li fu fatto da un capitano scozzese; e pure se, egli sia intelligente in materia delle espugnazioni delle piazze, ne possono render testimonianza dopo seguito quel fatto le due di Giuliers e di Bredà, da lui con tanta sua gloria conquistate e ridotte all'ubbidienza del loro legitimo principe.

E perche so che alcuni poco intendenti potrebbero imputare a poca cura de' spagnuoli l'haver perduta tanta gente sotto Verrua, consumata [*65. Lodato pure il cielo, se co' mali influssi, giustamente come suole, ha contro i suoi nemici favoriti i savoiardi. Fu però il loro valore già tanto infesto alla potenza romana che bene stimò Cesare d'havergli per amici. De bell. Gall. lib. 1. Caio Pontinio, vinti i sollevatori d'essi, s'aquietò, parendogli d'haver fatto assai con l'haver così liberata dalla paura, la dominatrice del mondo. Cic. Or. de Prov. Consularib.*] non dalle forze del nemico, ma dalle infermità, stando che per lo più ciò è addivenuto

de' tedeschi, vorrei che considerassero il ragionamento di Suetonio Paullino appresso Cornelio Tacito [*Hist. lib. 2*], il quale dice che, guerregiandosi nel cuor dell'estate, li corpi de' soldati di Germania erano per rilassarsi al vehemente caldo [*66. Disastri che sovrastavano del pari a' francesi, come simili di forma e di maniera di vivere a' germani. Strab. lib. 7: «Et adiacentia Tiberi Germanorum, Gallorumque obnoxia morbis corpora». Corn. Tac. hist. lib. 2; se non volessimo col medemo dire ch'i germani sono: «ante discrimen feroces, in periculo pavidi», com'è occorso in questo caso, nel quale, con la mutatione d'una sola parola, serve il parere di Paullino in quel passo: «Obiacere flumen Padum, tutas viris murisque Urbes, e quibus nullam hosti cessuram Verrucae defensione exploratum»*], come non atti a patire per longo tempo la mutazione dell'aria e del paese, da che si comprende che, impiegati ancora in qualunque altra azzione, sarebbero stati non men sottoposti al pericolo della morte.

Per le ragioni adunque da me addotte e per gli essempi allegati, credo, Sire, che resti chiaro la partita de' spagnuoli di sotto Verrua, senza haverla presa [*67. Attesa però la loro massima di guerra: «si premerentur pedem referre et loco excedere non turpe existimarent». Caes. de bell. civ. lib. 1*], non haver macchiata la loro riputazione, anzi, che debba essere attribuito a prudenza de' capitani l'haver saputo a tempo sottrare li soldati al rigor del verno e ricondurre in guarnitione, per potersene servire [*68. «Vir qui fugit, integrabit praelium», disse Demostene scudandosi d'esser fuggito, havendo gettato lo scudo*] a tempo nuovo; né altri significarono que' raggi artificiati che un dire [*69. L'infermo consola il medico: tornate pure, sarete accolti fra l'herbette e i fiori*] «State allegri, o savoiardi, che partendo per ora vi solleviamo del travaglio in che vi trovate, per tornarvi poi a rivedere questa primavera». E finalmente conchiudo con quello che in altra occasione mi riccorda haver detto, cioè che quando un atto tendente è diversione manca nell'accessorio, sortendo nel principale buono effetto, non se ne possiamo dolere, perché il gran frutto dell'uno ricompensa molto bene [*70. Picciol danno l'haver perduta tanta gente sotto Verrua, come già s'ammette? Anzi un grosso essercito di nationi soggette et altre amiche?*] il picciol danno dell'altro» [*Il Sig. de la Nua, pag. 981*].

Finito che hebbe il signor della Nua di dire, Apollo e tutti quelli altri capitani e virtuosi, eziandio li francesi, che però non havevano come li plebei il cervello sopra la beretta, lodarono molto [*71. Con gli encomi qui accennati dalla Verità*] la saggia decisione delli tre intelligentissimi censori e, dopo che in pieno senato hebbero confermata la sentenza data contra li prigioni, il presidente Giacomo Augusto Tuano [Jacques Auguste de Thou, *Thuanus*], pur francese, si dolse molto che, havendo egli nelle sue Storie chiamati gli spagnuoli «genus hominum sagacissimum et bellicosissimum» [*Hist. lib. I*], li goffi savoiardi [*72. Anzi, ch'i vili spagnuoli l'havessero fatto bugiardo nell'intraprender l'assedio di Verrua con sì poco giudicio et esserne fuggiti*

con tanta ignominia: ov'all'incontro, Giulio Cesare, bench'ofeso da i savoiardi, per verità, si confessò astretto a chiamarli: «singulari virtute homines». De bell. civ. lib. 3, instando però, come s'ordinò dal Senato, che fosse flagellato quell'animo servile, il quale inettamente, con lingua più barbara ch'italiana, contro di loro haveva vomitata l'ingiuria di goffi] havessero hauto ardire di così sfaciatamente mentirlo con chiamarli timidissimi. Laonde, essendo state poste in discorso l'imprese fatte da quella generosissima nazione, per concordanza di tutte le istorie, fu trovato che li spagnuoli, per haver cacciati senza aiuto d'altri che delle loro proprie spade li mori di tutta la Spagna, per mantenere tuttavia la gran città di Marza el Quivir et altre fortezze in Africa contra tutto il poter del Xarife e de' bellicosi turchi, e per esser penetrati nell'Indie [*73. Si sa il modo et n'è testimonio il vescovo di Chiappa, ma per mostrar che guerra facciano con gl'infedeli bastano hora i nuovi capitoli della pace conchiusa e stabilita col turco, i quali vanno stampati a volta, sotto nome d'Articoli, onde la Santa Fede pur si querela a Dio che così venga dileggiato il titolo de' Capi del Simbolo Apostolico*], massime Orientali, dove sono riveriti da gl'idolatri, temuti dalli mori, honorati dalli persiani e rispettati dalli turchi con i quali, non seguendo l'essempio d'altri principi cristiani, non hanno mai voluto pace né tregua, meritavano che Apollo ex Senatus Consulto confermasse loro il titolo [*74. Del'antico Viriato in persona del moderno, chiamandolo come quello che gli haveva condotti a fuggir da Verrua, di notte, per non rimanervi del tutto annullati: «Cavendi scientem et declinandorum periculorum peritum». Iustin. hist. lib. 44*], d'invitissimi nell'armi e d'accortissimi in ogn'altra loro azzione, il che senz'altra replica si compiacque di fare.

5. 3. *Censura fatta in Parnaso al finto Consilio di Stato sopra la fuga de' Spagnuoli di sotto a Verrua*

Biblioteca Civica Queriniana di Brescia, Manoscritti, ms. I. II.17, fols. 71r-73r [manuscrito]
Edición de Bernardo J. García García y revisión de Silvia Toppetta

Essendo gionto l'ordinario d'Italia alla Delfica Corte con le lettere della solita corrispondenza, fu veduto una scrittura intitolata *Consilio di Stato sopra la fuga de' spagnuoli da Verrua*, la quale, doppo haver girato per le mani delli Heroi et Virtuosi di tutte le nationi, fece stupire ogn'uno, tanto per la novità dello stile, quanto per la forma di quel Consilio. In tal maniera che per tre giorni continoi non si ragionò d'altro per li circoli. Laonde il grande Alessandro Farnese, Ducca di Parma et Piasenza, veduto lacerato da canino dente la reputatione spagnola, con le cui armi et valor egli s'acquistò le felicissime Vittorie che hanno immortallato il suo Nome, stimolato dalla propria generosità, fece congregare li maggiori letterati della natione italiana, et sedendo fra essi gli dimandò se quel Consilio fu tenuto in Parnaso et che persone della natione v'erano intervenute. L'alteza, voce et aspetto del Ducca fece turbare tutta la ragunanza maggiore, non sapendo render raggione alla sua richiesta ma, doppo haversi rimirato in faccia sua all'altro, si levò in piedi Francesco Guicciardini il quale, per la fama acquistata di primo historico de' moderni tempi, et per li gradi hauti in servitio delli Sommi Pontefici et della Repubblica di Fiorenza, sedeva nella più alta classe, il quale, fatta la debita riverenza, disse:

> «Sappi, o invitto Duce, che già s'era ventillata fra di noi la medema questione, cagionando a tutti non piccola meraviglia il contenuto di questo discorso, non havendone hauto notitia se non doppo l'arrivo dell'ultimo corriero d'Italia, et essendomi capitato subbito alle mani, io la confersi ad altri miei compagni, li quali tutti giudicorono che questa scrittura era apocrifa, et che indubitatamente era uscita sotto il mentito nome di Parnaso dalle fucina, dove furono fabricate altre già publicate con titolo di *Filipiche della morta riputatione de Spagna*, et l'*Oratione militare all'Italia*; di modo che, Signore, potrai acquistare l'animo credendo fermamente che fra di noi non si pratticano simili scritti, essendo il principale scopo del grand'Appolline che li suoi Virtuosi et amici non togliano l'honore con supposte et inventate menzogne a chi è degno di lode; lo dica il mio contempore anco Paolo Giovio, havendolo egli agramente ripreso per alcune cose scritte in pregiuditio della verità. Ma più lo dimostra il perpetuo bando dato di questa excelsa Corte all'infame Aretino, et frescamente l'assoluta negativa dell'ingresso in essa a quel Briccone del Boccalini, il quale si contentava di servir nelli più vili offitii del febeo palazo, non giovando a questa sua pretensione le affettuose raccomandationi portate a Sua

Maestà dalla Repubblica Veneta, et altri che si dilettano più della sfacciata maledicenza, che dell'essenza delle cose».

Da queste parole si vidde raserenar il grave volto del Ducca, il quale proruppe:

«Doppo haver sentite le vostre raggioni, Messer Francesco, ho considerato che questa sfrenata licenza merita galiarda provigione, poscia che simili frottole vengono da alcuni che impropriamente s'arrogano il tittolo d'historici, raccontate per come per a punto ha fatto Cesare Campana, il quale, dando credito alla gazetta de' menanti, le intesi senza mutar un'iota nel libro ch'egli scrisse delle Guerre di Fiandra, et con grande pregiuditio mio, et della mia gente, spesso si è discorso della verità. Hora, poiché siammo qui adunati, andiamo a supplicare Sua Maestà, che provegga il conveniente rimedio a questo abuso favorito da alcuni prencipi, che con abbagliati occhi fissano la vista nelle vane umbre dell'adulatione, senza accorgersi che il tempo fa poi apparire le laide fatezze delle già publicate bugie».

Finito ch'hebbe, il Ducca s'incaminò al Reggio Palazzo, seguito di gran comitiva d'ogni sorte di gente della sua natione, dove trovarno che Sua Maestà sedeva nella Sala Reggia dando publica audienza ad alcuni ambasciatori spagnuoli, li quali erano andatti d'ordine della Monarchia di Spagna per ragualiar Sua Maestà della repulsa datta in Cadiz all'immensa armata de' Collegati, ma vedendo entrare il Ducca Alessandro, Sua Maestà si levò et, doppo dettogli che sedesse, gli dimandò la cagione della sua venuta. Et il Ducca con voce sonora rispose:

«Son tante le stravaganze ch'hoggi s'usano nella nostra Italia per macchiare con maligni scritti la riputatione della gente ibera che temerariamente alcuni, allettati dal premio proposto da chi si persuade che la gloria militare consista nelle false lodi, comprate dalle penne venali, scorrono senza alcun ritegno con non poco vituperio in grandissime schiochezze. Hora, Sire, perché a me, immitando il Magno Alessandro, dispiacciono simili huomini [*Inserito al margine sinistro*: Navigando Alessandro Magno un fiume, volse veder li scritti d'un historico che seguiva la sua Corte ma, trovandole Alessandro pieno d'adulatione, gittò li scritti nel fiume et con volto adirato gli comandò che mai più gli comparisse inanti], et anco per mostrare la mia gratitudine verso li spagnuoli vengo a supplicare Vostra Maestà si degni raffrenare l'insolente ardire di questi famelici scrittori, castigando con rigore li transgressori delle giustissime leggi che Francesco Guicciardini mi dice ha stabilito la Maestà Vostra contro li detrattori».

A questa dimanda s'opposero li spagnuoli, supplicando Sua Maestà et il Ducca a non curare queste maligne detrattioni, le quali da se stesso

svaniscono. Ma Sua Maestà, adirato di così sfrenata forma di trattare, fece venire il fiscale, al quale con voce adirata dimandò perché si tolerassero simili scritti, et non si procedeva contro li authori con ogni rigore? Ma il fiscale rispose che per sodisfar la sua propria curiosità, havendo già veduto che tutti li maggiori huomini biasmavano quel discorso, fece diligenza per sapere se alcuni di Parnaso v'havevano parte, et che doppo molti raggionamenti tenuti con diversi, fu conchiuso venesse quel stile della Corte. Laonde, accostatosi a Gio. Battista Marin, egreggio poeta de' tempi nostri, gli dimandò l'ultimo partito d'Italia, et il suo parere. Il Marini gli haveva detto che in continente, che quel discorso gli venne alle mani, conobbe che era frutto del paese, già descritto da esso nell'*Adone* con l'epitetto che «Dove nasce il Po, more la fede». Onde egli giudicava che questo testimonio era bastante per cavar Sua Maestà et tutta la Corte di quel pensiero, ma poiché il Marini si ritrovava presente, sarebbe bene farlo ratificare. A queste parole si fece inanzi il Marino, il quale inginochiatosi disse:

> «Vostra Maestà non s'affatichi a ricercar altro di questo bugiardo discorso, essendo sicuro che fu fatto dove io dissi al fiscale, oltra che le prove già vedute della falsità delle *Filippiche* et della *Morta riputatione di Spagna*, et l'*Oratione all'Italia*, potrebbono sganare Vostra Maestà che in quel paese si fa aperta professione di simili scritti».

Udito il fiscale et il Marino, Sua Maestà ordinò che si facesse una legge che il prencipe di qualsivoglia grado o qualità che verrà aggrandire la fama sua con simili inventive, resti sepolto il suo nome in perpetua oblivione poiché, mancandoli altri mezzi che quelli della menzogna, non era degno d'altro titolo che di «pasce vento»; che se li moderni politici trovavano che la detrattione contro spagnuoli giovava ad alcuni, si rimetteva a più matura consideratione, et in particolare s'era permesso nel giuditio universale delli huomini, che olandesi potessero colorir a questo modo la loro perfida rebellione contro Dio, et contro il proprio prencipe naturale, favorita da molti re et potentati (benché cattholici) con false ragioni di stato, per tema di questa gran mole spagnuola. Che se il medesimo timore induceva la repubblica di Venetia a valerse, per mantener la sua tyrannide, di queste immaginate chimere, che si esamini prima se è vero, che essa ha sempre osservato quella massima così ritrita, che li Stati si conservano con li mezzi della loro fondatione, poiché si tiene per indubile che, essendosi per timore ridotto al habitare in quelle pallude li suoi primi popolatori, forsi che si potrebbe dispensare che continuassero a guisa di feminelle più le opere della lingua et della penna, che quella delle armi.

Con questo finì la sessione. Fu osservato dal Ducca nel'uscir dal Palazzo che inanzi alla porta di essa passeggiavano li signori della Nova et di Birone il Vecchio, ambidue vinti da lui nelle guerre di Fiandra, questo a Rosendal et quell'altro a Morbec, che con grand'ardore discorrevano delli mottivi d'Italia, onde il Ducca, desideroso di sapere il raggionamento che tenevano, gli mise dietro una spia della loro natione, la quale gli riportò che questi duoi guerrieri non potevano sopportare che il mariscialle di Crechi havesse scritto al re di Francia che con 4 mila fanti et seicento cavalli haveva fatto levar l'assedio d'Asti, non essendo vero che vi fosse mai statto posto tal assedio l'anno del 25 et che da queste fanfarra venevano in cognitione (con grandissimo lor cordoglio) che la Francia era hormai priva di bone teste, poiché così facilmente si credevano le immaginate vittorie. Rifferì di più la spia, che s'erano spartiti per andare ciascheduno al suo albergo, riservando ad altro tempo il discorrer sopra li errori fatti dal re Christianissimo, essendo entrato in rottura con Spagna, maggiormente perdendo la Francia grandissima riputatione per essersi colegata palesemente con venetiani et Savoia, di gran longa inferiori, et occultamente con Inghilterra, Olanda, Danamarcha, Svetia, Gabor, et prottestanti di Germania (oltra la vecchia confederatione del Turco), poiché tutti li mottivi d'armi fatti da costoro contro il re cattholico et li suoi parenti davano segno di debolezza et accrescevano la gloria di chi, con evidente aiuto del Sommo Iddio, resista a tante potentie, rimanendo scolpito in durissimo diamante, a perpetua memoria, il nome di Religiosissimo et Invittissimo.

5. 4. *All'invitissimo*[97] *signor duca di Feria sopra l'Assedio et Partenza da Verrua*

Biblioteca Reale di Torino, Manoscritti Varia, 287, fols. 44r-46r, sátira anónima en octavas [manuscrito].
Edición de Alfonso Patón Roldán
En nota se incluyen las anotaciones marginales que presenta el original

Quell'io a cui già mai Musa non porse
d'heroico sogetto antico alloro,
ne di scenico carme, o d'altro forse,
venne disio nè di cantar colloro
che gloriosi heroi han già trascorse
dall'Indo le contrade in sino al Moro.
Canto d'un gran spagnol[98] l'armi soprane,
el conseglio, e il valor di tre puttane[99].

Fior de poltroni e de guerreri honore[100];
ah!, non sdegnatte il stil basso et humile
d'un vostro affecionato servitore[101],
ch'i fiori v'appresenta del suo Aprile,
e ch'augura vedervi con splendore
cavar fuor dalla stalla, o dal porcile[102],
coronato di cauli una mattina
in trionfo menar alla berlina.

Io dirò donque come un pellegrino
desir d'honor il cor forte v'accese
leggendo d'Amadis e Palmerino
l'amor cortesi, e l'honorate imprese,
di provar la fortuna et il destino
per soggiogar Piemonte et il francese,

[97] *Comentario al margen*: Invitissimo per ironia.
[98] *Comentario al margen:* D'un gran spagnol per esser il signor duca di Feria di gran corpo.
[99] *Comentario al margen:* Tre puttane perche egli haveva al campo una con due donzelle che la servivano et altri di loro si servivano. *Sicut relatum est.*
[100] *Comentario al margen:* Honor de guerrieri perche chi combatte con simili soldati non può mai perder e non perdendo per consequenza il guerrero chi vince acquista honore.
[101] *Comentario al margen:* Servitore tutti cossì.
[102] *Comentario al margen:* Stalla o porcile come che fossero stanze proprie a un tal porco o per dir meglio corpo d'huomo.

acciò cantin di voi alti scrittori
le donne[103], i cavaglier, l'armi, e gl'amori.

Io dirò poi come v'accese il core
un sì nobil ardor alm'e divino
ch'arso di dentro, é incenerito fuore[104]
restaste su l'entrata d'un molino[105].
Ma corse una[106] sol volta il corridore,
che restò qual faggian col capo chino;
nè ritrovaste al mal vostro riparo,
ingiustissimo[107] amor, perché si raro?

Un tal pensier vi pose all'hor il Diavolo
nel cervelazzo qual fe a don Chisiotte[108]
(e forsi ch'anco fù questo vostr'avolo),
ch'a questa mollinara e giorni e notte
pensando vi scaldatte com' un cavolo
ne risguardatte alle podagre o gotte,
ma s'alla vostr'etade è freddo l'sole,
chi vi[109] darà le forze e non parole?

Egl'è ben ver ch'amor è una persona
che non guarda all'età sià secca o verde,
ma tira come cieco e non perdona.
E par ch'in esso il vecchio si rinverde,
ma s'una volta sol l'amata il sprona,
la forza et il vigor subito perde.

[103] *Comentario al margen:* Questo fine della stanza è il primo verso del *Furioso* dell'Ariosto.
[104] *Comentario al margen:* Incenerito fuore, alludendo alla canicie.
[105] *Comentario al margen:* Su l'entrata d'un molino, perche la sua puttana è una mollinara.
[106] *Comentario al margen:* Questi tre versi sequenti alludono alla vecchiaia come mal atta a reiterar le giostre amorose.
[107] *Comentario al margen:* In questo altro verso che è il primo del 2º canto del detto Ariosto, si lamenta il signor duca che non corrispondino le forze alla volonta.
[108] *Comentario al margen:* Don Chisiotte fu un spagnol che leggendo libri di cavalleria si mise in capo d'esser un di quei cavaglieri.
[109] *Comentario al margen:* Chi vi darà le forze. Questo verso e al quanto murato da quello primo del 3º canto del Ariosto.

Io[110] sò che le promesse sono molte,
quantunque[111] il simular sia le più volte.

Voi donque ch'all'honor solo aspirate,
a un idolo sacrar[112] haveste voto,
ogni vostr'opra e a questa l'indrizzate
quasi alla dea Bellona ben devoto.
Ma quando ch'io vi vedo che v'armate,
quell'animal[113] sembrate che sì noto,
con pelle di leon spaventò in guerra
tutti gl'altri animai che sono in terra.

Fuor che la volpe che senti raggiarlo,
tutti gl'altri animai n'hebber paura.
Cossì con l'armi[114] un cor poltron di farlo,
credette voi mutar la sua natura,
venendo in Monferrato a saccheggiarlo,
pensaste di trovar Verrua men dura,
ma vi conobbe una volpe alle grida:
miser[115] chi non sapendo si confida.

Poichè vostro mistier era piuttosto
star ven'a casa in un canton del foco
a tavola e mangiar e bever mosto.
O sì mezzo alle scarselle in altro loco,
e non menarl'in campo a mezz'agosto,
altre cose, altri giochi che non crede
chi va[116] lontan dalla sua patria vede.

[110] *Comentario al margen:* Li vecchi più promettono che non attendono.

[111] *Comentario al margen:* L'ultimo verso del Ariosto, il primo del 4º canto.

[112] *Comentario al margen:* Come solevano li cavaglieri che ogni lor impressa indrizzavano a gloria della sua dona quasi alla sua Dea.

[113] *Comentario al margen:* L'Esopo descrive favolosamente l'asino vestito di pelle di leone far paura a tutti gl'animai fuor ch'alla volpe, il quale lo conobbe come nella sequente stanza.

[114] *Comentario al margen:* Non farai mai d'un asino un corriero.

[115] *Comentario al margen:* Questo verso è del Ariosto il primo del 5º canto [o VI, según las ediciones del *Orlando Furioso*]. Se bene sia alquanto voltato che dice: «Miser chi mal oprando».

[116] *Comentario al margen:* Questo è il primo verso del 6º canto del Ariosto [o VII, según las ediciones].

Signor, non so s'al publico conseglio,
che voi faceste far dentro l'armata,
quali di tutti voi dicessi meglio,
o li soldati, o ver la vostra amata.
Poiche dalla partenza, scerno e sceglio
ch'haveste fatto tutti una caccata,
e parmi quel conseglio[117] ch'havean fatto
tutti li topi insiemi in contro a un gatto.

Quivi un spagnuol[118], e quivi un fiorentino,
sivi un polacco, et ivi un modenese,
costì un tedesco, et ivi stà un trentino,
quindi un fiamingo, et indi un milanese,
chi vuol pigliar Verrua e Crescentino,
chi vuol arder Vercelli e'l Piemontese;
e tra tutti pigliar la Francia e'l mondo,
e non ponno pigliar il numer tondo.

In cotal guisa aponto spesso udissi
storma di can se cusi che distorni
dal basso un lepre e la d'onde partissi
far ch'a mal grado suo torni e ritorni
strepito far ch'assorderià gl'abissi;
ma s'a caso fra'l bosco in quei contorni
il lupo vede con la coda ascosa,
ritorna in dietro e piu gridar udosa.

Troppo sarei nel mio discorso longo,
s'io volessi narrar la quarta parte
de vostri fatti illustri, e, se non giongo
a farvi quell'honor che morta un Marte,
bastivi di saper sol ch'io dipongo
la penna, perche mai feci ques'arte,
ne che poco io vi dia da imputar sono,
che quanto io posso dar, tutto vi dono[119].

[117] *Comentario al margen:* Secondo le favole d'Esopo, li ratti ferono un conseglio contro un gatto, ma non vi fù chi l'esequisse.

[118] *Comentario al margen:* Questa stanza è aponto il conseglio de topi.

[119] *Comentario al margen:* Ariosto.

5. 5. Epigrama latino a la retirada de Verrua

Biblioteca Reale di Torino, Manoscritti Varia, 287, fol. 48r [manuscrito].
Edición y traducción de Alfonso Patón Roldán.

Quae super Italia versaris cardine grandi
IANVA quid turges heu ruitura brevi?
Non possunt Aquilae Verrucam vellere Martis.
Tu fuge, nos fugimus Lilia iuncta Cruci[120].

[120] «Tú que giras con tu gran quicio sobre Italia,/ ¡ay Génova!, ¿de qué te enorgulleces antes de tu inminente caída?/ Las águilas no pueden arrancar la Verruga de Marte./ Tú huye, las lises junto con la cruz te hemos puesto en fuga» (Traducción propia).

978-84-1091-297-7 (PDF) / 978-84-1091-281-6 (impreso)
https://doi.org/10.14201/0AH0017331384

6. UNA GUERRA DE PAPEL EN LA CONJURA GENOVESA DE ANSALDI-VACHERO*

Alessia Ceccarelli
Sapienza Università di Roma

Antecedentes: de la guerra de las armas a la guerra de los escritos

La trayectoria biográfica e intelectual de Traiano Boccalini (1556-1613) se entrecruza en diversos aspectos con la historia de la república de Génova y de su élite gobernante. Basta recordar el caso, por lo demás poco conocido, del período que el joven Boccalini pasó en Génova (*ca*. 1589-1590) como «segretario in casa Spinola»[1] (fig. 1), así como su vínculo intelectual con Giulio Pallavicino (*ca*. 1558-1635), destinado a convertirse en una de las figuras más destacadas de la cultura ligur a caballo entre los siglos xvi y xvii[2]. Existe, además, un último episodio en el marco de esta relación, hasta ahora completamente inexplorado: a partir de los acontecimientos políticos de 1627-1628, de los que paso a ocuparme en las próximas páginas, es decir, transcurrida ya más de una década desde la muerte de Boccalini, su figura y el significado global del bestseller *Ragguagli*

* Traducción del original en italiano realizada por F. Javier Álvarez García.

[1] Luigi Firpo, «Boccalini, Traiano». En *Dizionario Biografico degli Italiani* (Roma: Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 1969), vol. 11, https://www.treccani.it/enciclopedia/traiano-boccalini_(Dizionario-Biografico)/. Cfr. Luigi Firpo, «Traiano Boccalini. Storia malinconica d'uno scrittore lieto», *Nuova Antologia* 79 (1944): 99-106.

[2] Rodolfo Savelli, «Su una lettera inedita di Traiano Boccalini e alcuni manoscritti di Giulio Pallavicino», *Il pensiero politico* 16 (1983), 403-409. Cfr. Alessia Ceccarelli, «*In forse di perdere la libertà». La Repubblica di Genova nella riflessione di Giulio Pallavicino (1583-1635)* (Roma: Viella, 2018), 40-44; Gianfranco Borrelli, «Pallavicino, Giulio». En *Dizionario Biografico degli Italiani* (Roma: Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 2014), vol. 80 http://www.treccani.it/enciclopedia/giulio-pallavicino_(Dizionario-Biografico).

di Parnaso fueron objeto de una profunda reconsideración por iniciativa, al menos, de una parte del patriciado genovés. Me refiero, en particular, a un pasaje de la III jornada del *Aristo* (1623-1641), tratado inédito y en gran medida perdido sobre la nobleza de gobierno, cuyo autor fue Agostino Franzone (1573-1658), miembro de la nobleza genovesa[3]. La III jornada del *Aristo* contiene, en suma, una suerte de retrato póstumo de Boccalini, una efigie en absoluto aduladora:

> il Boccalino con maggior licenza, et in prosa l'istese in particolareggiar de Principi, e nel Sancta Sanctorum dei maneggi, et interessi degli stati: non fu in ogni cosa amico del vero, né servò la verità istessa del motteggiare, né lo stesso alettamento di lusinghe coi Francesi che usò con gli Spagnuoli, di ciò che gliene avenisse io ne ho sentito varij racconti; questo è certo, de come che appresso del volgo habbia havuto grandissimi applausi, e forse la più principale cagione di ciò alcuno ritroverebbe in bocca di Eumene Rè di Pergamo[4].

¿Por qué tanta acritud hacia Boccalini, especialmente cuando, a juicio de Franzone, su principal culpa había sido poner la razón de estado al alcance del vulgo (los *arcana imperii*, los secretos de los príncipes o, mejor dicho, la ilusión de poder desvelarlos), con el único propósito de obtener de ello beneficio y granjearse el favor del público? ¿Qué se oculta, más exactamente, tras este juicio tan desdeñoso? La III jornada del *Aristo* fue concebida, precisamente, como una recopilación de escritos políticos, es decir, como una compilación de los textos producidos durante la áspera contienda que acababa de concluir, aquella que había enfrentado, por un lado, al patriciado gobernante y, por otro, a un heterogéneo frente «popular»: un grupo político integrado principalmente por mercaderes, médicos y procuradores; individuos a quienes les estaba vedado el acceso a las más altas magistraturas de la República, aunque muchos de ellos contasen con una posición económica acomodada y una sólida formación cultural. Más concretamente, se trató del intento de conquista del estado genovés por parte del duque de Saboya, Carlos Manuel I (1562-1630), es decir, de la *impresa di Genova*, según la significativa denominación que

[3] Carlo Bitossi, «Franzoni, Agostino». En *Dizionario Biografico degli Italiani* (Roma: Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 1998), vol. 50, https://www.treccani.it/enciclopedia/agostino-franzoni_(Dizionario-Biografico)/; cfr. Ceccarelli, «*In forse di perdere la libertà*», 19.

[4] Agostino Franzone, *Aristo*, III jornada, 1634, Archivio Storico del Comune di Genova (ASCGe), ms. 108.A.13, fol. 60v.



Un erudito recibe en su estudio una misiva traída por un correo.
De secretarie of schryf-zaal van Apollo

le otorgaron tanto la diplomacia como la historiografía saboyana[5]. Una empresa que, en efecto, «si dispiegò sul piano militare, prima, in lega con la Francia» (la llamada guerra saboyana de 1624-1625, en el frente italiano de la guerra de los Treinta Años) y que, posteriormente, desembocó en el proyecto sedicioso de 1627-1628, al que se adhirió, al menos en parte, el *popolo grasso* genovés[6].

La III jornada del *Aristo*, para concluir, reproduce algunos de los escritos que ocuparon un lugar central en esta fallida conjura[7], cuyo desencadenante fue, en efecto, una auténtica guerra de escritos: una contienda librada con papel y tinta que recurrió de diversas maneras al modelo de Boccalini (y, en particular, a los *Ragguagli di Parnaso*) por iniciativa del frente popular-piamontés. Fue, en efecto, este último (y no el patriciado gobernante) quien llevó a cabo la primera reinterpretación póstuma de Boccalini y de su legado político.

Al frente de este proyecto sedicioso se situaron, más concretamente, dos miembros del estamento popular genovés: Gio. Antonio Ansaldi –la pluma de la conjura, autor de un mordaz *ragguaglio di Parnaso* y de otros feroces libelos (panfletos, arengas…), nacido súbdito de la República y convertido después en fidelísimo servidor de Carlos Manuel I[8]– y, a su lado, Giulio Cesare Vachero, *spada della congiura*, hijo de un acaudalado mercader de seda[9].

[5] Valeriano Castiglione, *Della Vita*, XXV, fols. 210r-212v, Archivio di Stato di Torino (ASTo), Corte (C), *Storia della Real Casa*, 14.

[6] Ceccarelli, «*In forse di perdere la libertà*», 13. Cfr. Giacomo Casarino, *Il popolo come laboratorio dal conflitto alla sfera pubblica (Genova, XII-XVII sec.)*, en *Essere popolo. Prerogative e rituali d'appartenenza nelle città italiane d'antico regime*, ed. por Aurora Savelli y Gérard Delille (Firenze: Polistampa, 2002; *Ricerche storiche* 32, 2002), 187-219.

[7] Más concretamente, se trata del *ragguaglio di Parnaso* compuesto por Gio. Antonio Ansaldi (texto 6.1), y de otros redactados por sus detractores (en defensa del patriciado gobernante genovés), a saber: un *ragguaglio* anónimo, el *ragguaglio* de Gio. Michele Zoagli (texto 6.2) y la *risposta* de Raffaele Della Torre. Sobre todos estos escritos remito a las páginas que siguen.

[8] Su entrada en la corte del duque de Saboya se vio favorecida por su matrimonio con una aristócrata piamontesa. El historiógrafo oficial de la dinastía saboyana califica, significativamente, a Ansaldi como el gran «*tessitore*» (urdidor) de la empresa de Génova, en Valeriano Castiglione, *Della Vita*, XXV, fols. 210r-212v, ASTo, C, *Storia della Real Casa*, 14. Para un perfil más amplio de Ansaldi, véase Ceccarelli, «*In forse di perdere la libertà*», 16-24, 35-39, 59, 65-68, 86-88, 93-135, 143, 148, 158 ss.

[9] Alessia Ceccarelli, «Vacchero, Giulio Cesare». En *Dizionario Biografico degli Italiani* (Roma: Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 2020), vol. 97, https://www.treccani.it/enciclopedia/giulio-cesare-vacchero_(Dizionario-Biografico)/.

El plan de la conjura, financiado y dirigido por la corte de Turín, preveía una amplia sublevación de los *popolari* –esto es, de los miembros de las élites no adscritas a las casas nobiliarias– y la toma del poder por parte de estos últimos: su objetivo era poner fin a la república aristocrática instaurada en 1528 por iniciativa de Andrea Doria[10].

Los escritos elaborados por Ansaldi –comenzando por el aviso de Parnaso *La republica di Genova manda un suo segretaro in Parnaso* (texto 6.1) (compuesto con toda probabilidad en Turín durante el verano de 1627) fueron difundidos, siempre bajo un estricto anónimo, tanto en forma manuscrita como impresa (publicados, al menos en parte, en Vercelli), con el propósito de llegar no solo a Liguria, sino también a otros estados italianos[11].

El Parnaso antiaristocrático de Ansaldi (*La republica di Genova manda un suo segretaro in Parnaso*): comienza la guerra de papel

Por más de una razón, como he tenido ocasión de observar en otros trabajos, Traiano Boccalini acabó convirtiéndose inevitablemente en el principal inspirador de esta literatura libelística:

> nel suo vasto repertorio Ansaldi poté anzitutto reperire l'encomio per Carlo Emanuele I di Savoia (per i successi militari della dinastia torinese) e per i sistemi repubblicani (per un modello che il Loretano aveva nettamente elevato al di sopra delle monarchie). Un autore che aveva insomma mostrato indubbia simpatia per le professioni borghesi (avvocati e medici in specie) e formulato giudizi invece molto pungenti sulle nobiltà incapaci di buon governo (che disertavano l'impegno politico o gli anteponevano l'utile privato). Nel novero di queste ultime, ricordo, era appunto finita l'oligarchia genovese[12].

[10] Paolo Calcagno, *La Repubblica di Genova* (Bologna: il Mulino, 2026); y Carlo Bitossi, *Oligarchi. Otto studi sul ceto dirigente della Repubblica di Genova (xvi-xvii secolo)* (Genova: Università di Genova, 1995).

[11] «Così stampati furono mandati da per tutto, e una grande parte nascostamente a Genova a gente popolaresca», en Giulio Pallavicino, *Vero e distinto ragionamento*, ASCGe, ms. 341, fol. 209v.

[12] Ceccarelli, «*In forse di perdere la libertà*», 104. Cfr. Alessia Ceccarelli, «Il Parnaso genovese. Una guerra delle scritture nella guerra dei Trent'anni (1625-34)», *Nuova Rivista Storica* 94 (2010/3): 1-58.

Las reivindicaciones de la élite no adscrita –conviene precisar– eran una cuestión sobradamente conocida y de larga tradición. En lo que respecta a los fundamentos político-ideológicos de este *malcontento*, bastaría recordar las anteriores crisis político-institucionales que atravesó la república aristocrática: 1547 –año de la promulgación de la ley del *garibetto*– y 1575-1576, el bienio de las guerras civiles; crisis todas ellas puntualmente jalonadas por un auténtico aluvión de escritos políticos[13]. Sin embargo, en el terreno de los recursos literarios y de los argumentos dialécticos, llegada la década de 1620 resultaba indispensable una hábil operación de maquillaje; en otras palabras, era necesario un modelo más actual y, además, universalmente reconocible (capaz de proyectarse más allá de las fronteras del estado ligur y de aquella cultura política específica). En este sentido, Boccalini debió de aparecer, al menos en teoría, como el arma decisiva, la elección ganadora.

Si hemos de dar crédito a Francesco Gandolfo, obispo de Ventimiglia y representante del duque de Saboya en la corte de Madrid, la deflagración provocada por la difusión clandestina de los primeros ejemplares del *ragguaglio* de Ansaldi habría sido, ciertamente, extraordinaria: «è comparso qui un raguaglio di Parnaso che ha messo la Republica sossopra», escribía Gandolfo a Carlos Manuel I a comienzos de septiembre de 1627, añadiendo significativamente que el gobierno genovés ya había «promessi 3.000 scudi a chi rivelerà l'auttore»[14]. Pocos días después, y de nuevo en cifra, monseñor Gandolfo añadía:

> si son venduti li Parnasi una doppia l'uno et non se ne trovano più. In Genova si è procurato di raccoglierli però ce ne sono assai, et devo dire a Vostra Altezza che se ne sono scritte a mano cinquecento copie. Nè creerebbe Vostra Altezza la dissensione che ha causato tra [nobili] vecchi et [nobili] nuovi, e tra poveri et ricchi. Invierà l'autore un altro scritto che finirà di dar la botta[15].

En una síntesis muy somera, *La república di Genova manda un suo segretario in Parnaso* constituye una sátira que persigue claramente la formación de un poderoso frente antiaristocrático, concebido idealmente como una alianza de todos los insatisfechos: el *popolo grasso*, la plebe e incluso los

[13] Arturo Pacini, «Genova nel Cinquecento: una repubblica fazionaria?», en *Repubblicanesimo e repubbliche nell'Europa di antico regime*, ed. por Elena Fasano Guarini, Renzo Sabbatini y Marco Natalizi (Milano: FrancoAngeli, 2007), 236-237.

[14] Carta de Francesco Gandolfo al duque Carlos Manuel I, Madrid, 3(?) de septiembre de 1627, ASTo, C, Lettere ministri (LM), Genova (G), 2.

[15] Carta de Francesco Gandolfo al duque Carlos Manuel I, Madrid, 8 de septiembre de 1627, ASTo, C, LM, G, 2.

nobles pobres[16]. En el *ragguaglio* de Ansaldi, Génova aparece, en efecto, como una ciudad gravemente enferma[17], gobernada por un patriciado dividido[18], cobarde e incapaz, tal como la guerra que acababa de concluir había vuelto a demostrar una vez más[19]: un conflicto que la oligarquía genovesa apenas había logrado ganar a duras penas, a juicio de Ansaldi, y únicamente gracias a su riqueza[20].

La estancia romana de Ansaldi y la génesis de los otros escritos sediciosos

Las misivas de monseñor Gandolfo a la corte de Turín contienen otro dato importante: «il conte Ansaldo è passato a Portofino per [raggiungere] Roma, dicono inviato da Vostra Altezza. La Republica ne sta con gelosia, et [...] non è possibile credere la dissensione che ha causato [il] Parnaso [di Ansaldi] tra [nobili] poveri et ricchi, bisogna che l'amico ne faccia un altro tra [nobili] vecchi e [nobili] nuovi»[21].

[16] «Che si procuri d'impoverir maggiormente la nobiltà povera, per haverla pronta alle sue voglie, e disponer delle sue Donne, a uso piacevole», en *Parnaso della Republica*, Gio. Antonio Ansaldi, *La Republica di Genova manda un suo segretaro*, ASCGe, ms. 369, fol. 25 (texto 6.1). Cfr. *Memoriale del Popolo Genovese*, ASTo, Corti estere (Ce), Genova (G), 1, fol. 9v. Cfr. Ceccarelli, «*In forse di perdere la libertà*», 166.

[17] Una república «ridotta al segno di quei corpi che oppressi da morbo incurabile si devono mantenere nello stato in che si ritrovano, poiché con li rimedij, sarebbe procurarle l'estrema rovina», en *Parnaso della Republica*, Gio. Antonio Ansaldi, *La Republica di Genova manda un suo segretaro*, ASCGe, ms. 369, fol. 10 (texto 6.1). Cfr. Ceccarelli, «*In forse di perdere la libertà*», 103.

[18] «[...] che dalla superbia et disunione della nobiltà procedono tutti questi disordini», en *Parnaso della Republica*, Gio. Antonio Ansaldi, *La Republica di Genova manda un suo segretaro*, ASCGe, ms. 369, fol. 8 (texto 6.1).

[19] *Parnaso della Republica*, Gio. Antonio Ansaldi, *La Republica di Genova manda un suo segretaro*, ASCGe, ms. 369, fol. 18 (texto 6.1).

[20] O, dicho de otro modo, corrompiendo al condestable francés Lesdiguières: «Sire perdoni V[ostra] M[aestà] che si come il Contestabile de Dighieres è stato escluso di poter giammai entrar in Parnaso, solamente perché poté far, et non fece, corrotto dalle doppie Genovesi», en *Parnaso della Republica*, Gio. Antonio Ansaldi, *La Republica di Genova manda un suo segretaro*, ASCGe, ms. 369, fol. 7 (texto 6.1); y Valeriano Castiglione, *Della Vita*, XXV, ASTo, C, *Storia della Real Casa*, 14, fol. 194v. Cfr. Ceccarelli, «*In forse di perdere la libertà*», 142-143.

[21] En suma, a juicio de Gandolfo, era preciso que Ansaldi compusiera otro *ragguaglio di Parnaso*, esta vez centrado en la hostilidad entre la vieja y la nueva nobleza, en carta de

Pues bien, en noviembre de 1627 Ansaldi se trasladó efectivamente a Roma en calidad de embajador extraordinario de Carlos Manuel I, aunque sin conocimiento –otro dato que resulta especialmente significativo– de Ludovico San Martino d'Agliè, embajador ordinario del duque de Saboya ante aquella misma corte. No por casualidad, d'Agliè formuló cáusticas observaciones acerca de la llegada de Ansaldi a Roma y del desarrollo de aquella misteriosa misión: «il conte Ansaldo andò al suo arrivo a smontare a drittura all'Osteria della Spada, opposta a Monte Giordano, publicando i suoi servitori ch'egli fosse mandato qua da Vostra Altezza [con credenziali ufficiali]»[22].

Mucho más interesantes, e incluso clamorosas, en relación con el proyecto conspirativo en cuyo marco se inscribe la estancia romana de Ansaldi, son las demás noticias proporcionadas por d'Agliè. Con creciente resentimiento, el embajador escribía que Ansaldi «si lascia vedere [...] di raro, [...] come occupato in comporre un discorso, per quanto mi disse, di ragione di stato, né è comparso più d'una volta al mio corteggio, camina del resto per la Città»[23].

Si hemos de dar crédito a d'Agliè, al menos uno de los escritos posteriores de Ansaldi (también estos «infamatori contro la Nobiltà Genovese, i più scelerati, che in questo genere si possono fare [...] la maggiore parte buggie, e falsità, e pieni di molte malvagità»)[24], fue, por tanto, compuesto en Roma, precisamente durante las mismas semanas en que Ansaldi llegó, al parecer, a entrevistarse incluso con el pontífice, mientras seguía negándose, en cambio, a visitar y presentar sus respetos a d'Agliè[25].

Ansaldi y la corte de Turín no atendieron el llamamiento del obispo Gandolfo sobre la conveniencia de componer un segundo *ragguaglio di Parnaso* (destinado a reavivar el enfrentamiento entre nobles *vecchi* y nobles

---

Francesco Gandolfo al duque Carlos Manuel I, fechada en Madrid entre noviembre y diciembre de 1627, ASTo, LM, G, 2.

[22] Carta de Ludovico San Martino d'Agliè al duque Carlos Manuel I, 2, Roma, 18 (?) de noviembre de 1627, ASTo, C, LM, Roma, 37.

[23] Carta de Ludovico San Martino d'Agliè al duque Carlos Manuel I, 2, Roma, 18 (?) de noviembre de 1627ASTo, C, LM, Roma, 37.

[24] Giulio Pallavicino, *Vero e distinto ragionamento*, ASCGe, ms. 341, fol. 209v. Cfr. Ceccarelli, «*In forse di perdere la libertà*», 108n.

[25] Cfr. Gianfranco Borrelli, «La necessità della congiura nelle scritture italiane della Ragion di stato», en *Complots et conjurations dans l'Europe moderne. Atti del convegno internazionale (Roma, 30 sett.-2 ott. 1993)*, ed. por Elena Fasano Guarini e Yves-Marie Bercé (Rome: École Française de Rome, 1996), 81-91.

nuovi)[26]. Bien mirado, sin embargo, también los escritos posteriores de Ansaldi contienen numerosos ecos boccalinianos y, sobre todo, desarrollan el argumento de la deseable promoción social y política de los estamentos y profesiones burguesas, en virtud de los méritos intelectuales y cívicos conquistados[27].

La desdeñosa alusión al imprudente manejo de la razón de estado por parte de Ansaldi aproxima, paradójicamente, al embajador saboyano a las posiciones de Franzone (paladín, por el contrario, de la aristocracia genovesa); en ambos casos se trata, en definitiva, del rechazo categórico a admitir que un individuo de humilde cuna y de modesta formación cultural –Ansaldi era, en efecto, hijo de un posadero[28]– pudiera acceder a las ideas de la soberanía, esto es, a las materias de gobierno.

El *Parnaso della Repubblica*

En el lomo del manuscrito 369 del Archivio Storico del Comune di Genova puede leerse la inscripción *Parnaso della Republica*. ¿Cuál es el significado de esta antigua anotación? Resulta significativo que se trata de un ejemplar que perteneció a Giulio Pallavicino, quien –como ya he señalado– probablemente conoció al joven Boccalini y entabló con él un intercambio intelectual que bien merecería ser estudiado con mayor profundidad: una

[26] Enfrentamiento iniciado en 1528, con el nacimiento de la república aristocrática, que solo quedó sustancialmente resuelto en 1576, al término de las guerras civiles, véase Rodolfo Savelli, «La pubblicistica politica genovese durante le guerre civili del 1575», *Atti della Società Ligure di Storia Patria* 20 (1979-1980): 82-105.

[27] Cfr. Ugo Tucci, «Le professioni nella *Piazza universale* di Tommaso Garzoni», en *Avvocati Medici Ingegneri. Alle origini delle professioni moderne*, ed. por Maria Luisa Betri y Alessandro Pastore (Bologna: Clueb, 1997), 29-40.

[28] «Dico donque che avendo esso Duca l'anno addietro 1627 tramato con molti popolani cittadini di Genova la congiura, con il mezzo di Gio. Antonio Ansaldo dell'istesso ordine, giovine di bassa conditione, essendo il padre oriundo da Voltri, il quale in sua gioventù aveva esercitato il vile, e sordido mestiere dell'oste, nel luogo di Cogoleto, che poi da ciò levatosi, et impiegatosi al negozio, dove provò la fortuna prospera, accumulò assai agiata», en Giovanni Battista Cicala, *Relazione dell'origine della guerra*, ASCGe, ms. 356, fol. 137r. Giulio Pallavicino sostuvo, en cambio, que Ansaldi era hijo de un hombre que había ejercitado «l'arte di fare carta da scrivere» («vile esercitio, et inferiore assai a tutti gli altri»), en Giulio Pallavicino, *Vero e distinto ragionamento*, ASCGe, ms. 341, fol. 192r.

relación vinculada, en particular, al interés común por Tácito (es decir, por el tacitismo y el maquiavelismo)[29].

Unos quince años más tarde, el propio Pallavicino se convirtió en un importante testigo (y atento cronista) de la convulsa tempestad de la que aquí me ocupo, al ser el autor del *Vero e distinto ragionamento*, memoria centrada en la guerra de 1624-1625 y en la conjura que la siguió. Casi con toda seguridad, Pallavicino fue también el principal inspirador del frente antipopular; en suma, el principal referente intelectual e ideológico de las plumas de la oligarquía. Pasemos, precisamente, a estas últimas: ¿quiénes asumieron la tarea de responder a las acusaciones de Ansaldi, de defender al patriciado gobernante y los fundamentos de la república aristocrática, viéndose forzados a entrar, a su vez, en la lid del Parnaso? Al desafío lanzado por Ansaldi respondieron al menos tres patricios genoveses: del primero desconocemos el nombre (se trata del llamado anónimo); los otros dos fueron Federico Federici (*ca.* 1570-1647)[30] y Gio. Michele Zoagli (*ca.* 1576-1650)[31]. Un elenco que, con todo, debería completarse rigurosamente con los nombres del ya mencionado Agostino Franzone (autor del *Aristo*) y de Raffaele Della Torre (1579-1666), jurisconsulto de la República y autor, además, de una historia de la conjura Ansaldi-Vachero[32].

[29] Savelli, «Su una lettera inedita di Traiano Boccalini», 403-409. Recuerdo el caso del ms. ex-Pallavicino 342, del Archivio Storico del Comune di Genova, fechado el 20 de agosto de 1591, muy probablemente el día de su inscripción en el inventario de la célebre *libreria* de Giulio Pallavicino. Este ejemplar contiene una versión temprana e inédita de los *Commenti* a Tácito de Boccalini (aquí denominados *Discorsi sopra Cornelio Tacito*), ASCGe, ms. 342, *Discorsi sopra Cornelio Tacito*, fols. 1r ss.; Traiano Boccalini, *La Bilancia politica di tutte le Opere di Traiano Boccalini. Dove si tratta delle Osservazioni politiche sopra i sei Libri degli Annali di Cornelio Tacito* (Castellana [Ginevra-Basilea]: Per G. H. Widerhold, 1678), vols. I-II.

[30] Carlo Bitossi, «Federici, Federico». En *Dizionario Biografico degli Italiani* (Roma: Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 1995), vol. 45, https://www.treccani.it/enciclopedia/federico-federici_(Dizionario-Biografico)/; cfr. Ceccarelli, *«In forse di perdere la libertà»*, 19-22, 38-39, 45, 94, 107-110, 123-126, 166-168, 178, 183-185, 192.

[31] Ceccarelli, *«In forse di perdere la libertà»*, 18.

[32] Rodolfo Savelli, «Della Torre, Raffaele». En *Dizionario Biografico degli Italiani* (Roma: Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 1989), vol. 37, https://www.treccani.it/enciclopedia/raffaele-della-torre_(Dizionario-Biografico)/. Cfr. Ceccarelli, *«In forse di perdere la libertà»*, 19-21, 31, 35-39, 44-46, 56-57, 61, 64, 84-94, 100, 107-109, 123, 126, 140, 164, 168, 182-183; y Alessia Ceccarelli, *Nostalgia d'Oriente. Genova, Roma e il Mediterraneo nel Cinque e Seicento* (Roma: Donzelli, 2022), 11, 12, 96, 105, 108, 109, 111-3, 114e n, 115 y n, 116-8, 122, 123n, 124, 129, 157, 171n, 206n, 210.

El *Parnaso della Republica* –el manuscrito 369, procedente de la colección de Pallavicino– reúne precisamente los siguientes escritos: el *ragguaglio di Parnaso* compuesto por el citado anónimo (*Apollo conferma alla republica di Genova il privilegio di sedere nella Sala Regia*, fols. 1-20); el *ragguaglio* de Ansaldi (*La republica di Genova manda un suo segretaro in Parnaso*, fols. 1-26) (texto 6.1); el redactado por Zoagli (*La republica di Genova va in Parnaso a sciogliere il voto per le vittorie ottenute contro de' suoi nemici*, fols. 78r-116v) (texto 6.2); y, por último, el que lleva la firma de Federici (*Ragguaglio di Parnaso composto dal Signor F. Federici*, fols. 109-132). El manuscrito 369 contiene, además, la mayor parte de los restantes escritos de Ansaldi (redactados a partir de noviembre de 1627, es decir, desde su estancia en Roma)[33], así como numerosos documentos y otros textos, en su mayoría anónimos[34], igualmente relacionados con esta apasionante contienda política, librada en gran medida a golpe de papel y tinta.

Dicho de otro modo, el *Parnaso della Republica* constituye una enésima antología de esta guerra de papel; es decir, presenta una clara afinidad, desde el punto de vista político e ideológico, con la III jornada del *Aristo* de Franzone. Lo mismo cabría concluir, al parecer, respecto de la valoración final de Boccalini: un autor que, a juicio unánime de este patriciado gobernante, había acabado por convertirse en una figura peligrosa.

Conviene recordar, por último, la carta que Federico Federici dirigió a Agostino Pallavicino[35], fechada en octubre de 1627[36]: se trata de una fuente de extraordinario interés para la historia de esta conjura y de la guerra

[33] Más concretamente, se trata de las siguientes obras: *A tutto l'ordine fortissimo, fedelissimo, generosissimo che intende di reprimere l'insolenze* (*Parnaso della Republica*, ASCGe, ms. 369, fols. 2r-13r), il *Secondo Aviso*, *Amici e signori miei sempre osservandissimi e fedelissimi* (fols. 15r-26r) y *Oratione dimostrativa e persuasiva, à tutto il Popolo di Genova. Il quale barbaramente è stato oppresso* (fols. 28r-76r.). Cfr. Biblioteca Reale di Torino (BRTo), Miscellanea E.15.54: *Verità essaminata a favor del popolo*; *Al Lettore* (primer aviso); *Oratione dimostrativa, et persuasiva*; *A tutto l'ordine fortissimo, fedelissimo, generosissimo*; *Secondo Avviso*; *Genovese, romano, bolognese*, esto es, *Dialoghi del 1621-1623*.

[34] Por ejemplo *Gobba da Condoianza che fa el Gobbo de Rialto con el Gobbo di Savoia del tristo successo della Guerra fatta à Zenovesi*, en *Parnaso della Republica*, ASCGe, ms. 369, fols. 187r-191v.

[35] Figura destacada del patriciado gobernante y futuro dux (1637-1639), Biblioteca Casanatense di Roma, misc. 2475, *Oratione del P. Francesco Semino della Compagnia di Gesù fatta nell'incoronatione del Serenissimo Agostino Pallavicino Duce della Repubblica di Genova*. Cfr. Ceccarelli, *«In forse di perdere la libertà»*, 11, 12n, 18,19en,43,44en,45,107,115, 122, 138, 149, 185; y Ceccarelli, *Nostalgia d'Oriente*, 3, 4, 22 y n, 112.

[36] Carta de Federico Federici a Agostino Pallavicino, [Génova], octubre de 1627, ASCGe, ms. 106.D.20, fols. 101r ss.

parnasiana que de ella surgió, pues en ella Federici pudo permitirse (al tratarse de correspondencia privada) una franqueza mucho mayor que en otros escritos. Invitado por Pallavicino a emitir un juicio político sobre las dos primeras sátiras difundidas en Génova en los albores de la conjura –el *ragguaglio* que poco después sería atribuido a Ansaldi y el primer *ragguaglio* compuesto en defensa de la nobleza genovesa, el del anónimo–, Federici respondió que consideraba más peligrosa la «réplica» (la del anónimo) que la «ofensa» (la de Ansaldi). Una paradoja solo en apariencia pues no lo era en el fondo. A juicio de Federici, el anónimo carecía de todo «spirito da vero prencipe» (no poseía un conocimiento efectivo de la ciencia del gobierno ni de la razón de estado); por ello, su *ragguaglio* le producía un profundo disgusto, además de indignación: una sátira que, sin duda, perjudicaba «alla Republica nostra» –concluía– más que la «Bocalinata» de Ansaldi[37]. No por casualidad, Franzone dejaría entender igualmente, como también en las páginas inéditas de la III jornada del *Aristo*, que consideraba poco serio y escasamente fundamentado el *ragguaglio* del anónimo[38], quien habría hecho mucho mejor en permanecer «muto» y abstenerse de escribir aquella obra. «Io la stimo salsa [...] di un curiale poco pratico d'istorie, e de ragione de' stati», había sentenciado, precisamente, su amigo Federici [39].

El ragguaglio de Zoagli (*La republica di Genova va in Parnaso a sciogliere il voto per le vittorie ottenute contro de suoi nemici*): el patriciado gobernante al contrataque

Aunque el de Gio. Michele Zoagli sea, sin duda, el perfil intelectual y político de menor relieve en el marco de esta contienda[40], el *ragguaglio*

[37] «Mi sono altamente stomacato in leggere e copiare detta risposta», en carta de Federico Federici a Agostino Pallavicino, [Génova], octubre de 1627, ASCGe, ms. 106.D.20, fol. 116r.

[38] «Ma un'altra molto più seria e meglio fondata [replica al Parnaso di Ansaldi] ho letto scritta a penna e dettata dal Signor Raffaello dalla Torre, primario dottore nella nostra città», en Agostino Franzone, *Aristo*, III jornada, 1634, ASCGe, ms. 108.A.13, fol. 59.

[39] «Io stimo che meriti più rigorosa sepoltura la lettera difesa che l'offesa», en carta de Federico Federici a Agostino Pallavicino, [Génova], octubre de 1627, ASCGe, ms. 106.D.20 fols. 117r. Cfr. Giorgio Doria y Rodolfo Savelli, «'Cittadini di governo' a Genova: ricchezza e potere tra Cinque e Seicento», en *Nobiltà e investimenti a Genova in Età moderna*, ed. por Giorgio Doria (Genova: Istituto di Storia economica, 1995), 45.

[40] Hijo del senador Giorgio (a su vez hijo del dux Battista Cicala Zoagli) y de Lucrezia Adorno (hija del difunto Galvano), Gio. Michele fue inscrito en el *Liber Nobilitatis*

di Parnaso (texto 6.2) que compuso parece haber sido el que alcanzó una mayor difusión más allá de las fronteras del estado ligur (siempre, eso sí, en forma manuscrita y anónima)[41], por razones que, sin duda, merecerían ser esclarecidas.

En síntesis, se trata de una sátira que, ante todo, pone de manifiesto la voluntad de sacar a la luz toda la trama de esta conjura, es decir, de desenmascarar las responsabilidades y las falsedades de la corte de Turín, con el propósito primordial de ridiculizar la figura del duque Carlos Manuel I.

A título meramente ilustrativo, baste señalar el pasaje en el que Zoagli atribuye a Ansaldi el epíteto de «Pietro Aretino da Vercelli»[42], no con el propósito de recordar al lector una obviedad (el hecho de que Aretino hubiera constituido un modelo ineludible para Boccalini era algo sobradamente conocido)[43], sino con la intención de poner al descubierto las tramas ocultas de la conjura, aquellas que la República, precisamente, no había tardado en reconstruir. Se trata, en suma, de un pasaje cuyo pleno significado solo puede descifrarse a la luz de la crónica redactada por Giulio Pallavicino: «il medesimo Ansaldo con la licenza datali dal duca di Savoia i mesi addietro, compose alcuni scritti, che egli fece stampare in Vercelli»[44].

Zoagli puso, además, especial cuidado en invertir otros conocidos planteamientos de Ansaldi, en particular los relativos a la supuesta desunión e ineptitud del patriciado gobernante genovés, especialmente en lo que respecta a la actuación militar de 1624-1625, presentada ahora, en esta lectura antitética, como una estrepitosa derrota del frente franco-piamontés. Una

---

Genuensis en 1603, cuando contaba aproximadamente veintisiete años. Posteriormente desempeñó el cargo de inquisidor de Estado (magistratura instituida durante el gobierno de su pariente Gio. Luca Chiavari, 1627-1629) y, más tarde, el de gobernador de Córcega (1631-1632). También desempeñó un papel destacado en las negociaciones que condujeron a la paz con los piamonteses (1633-1634), véase Ceccarelli, «*In forse di perdere la libertà*», 18.

[41] Señalo, a modo de ejemplo, la copia conservada entre los fondos de la Biblioteca Angelica (BA) de Roma, ms. 1658, 52, Gio. Michele Zoagli, *La Republica di Genova va in Parnaso a sciogliere il voto per le vittorie ottenute contro de suoi nemici*, fols. 468r-479r (texto 6.2).

[42] *Ibidem*, BA, ms. 1658, 52, fol. 468r (texto 6.2).

[43] Traiano Boccalini, *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, ed. por Luigi Firpo (Bari: Laterza, 1948), vol. 2, 320; Luigi Firpo, «Allegoria e satira in Parnaso», *Belfagor* 1 (1946): 683; Luigi Firpo, «Ragguagli inediti di Traiano Boccalini», *La Rassegna d'Italia* 2 (1947): 16; y Giuliano Innamorati, *Pietro Aretino. Studi e note critiche* (Firenze-Messina: D'Anna, 1957), 18.

[44] Giulio Pallavicino, *Vero e distinto ragionamento*, ASCGe, ms. 341, fol. 209v.

prosa que, en efecto, recorre las mayores glorias de la historia de Génova, desde la época de las cruzadas[45] y con un énfasis particular en los logros alcanzados durante la *Edad Doriana* (a partir de la fundación de la república aristocrática)[46]. Es quizá esta la principal razón por la que el Parnaso de Zoagli fue, de todos los redactados en defensa del patriciado gobernante (el anónimo, Federici y el propio Zoagli), el más apto para traspasar las fronteras de la República y hacer justicia a su clase dirigente.

El *ragguaglio* de Zoagli concluye con una enésima inversión de imágenes, quizá la más emblemática de todas: en esta ocasión se trata de un ataque frontal contra la mejor producción panegírica dedicada a Carlos Manuel I (a partir de los versos de Giambattista Marino). El célebre «toro felice e fortunato» aparece ahora derrotado y humillado, mientras que otra no menos célebre imagen, la del duque como «Dedalo ingegnero» (artífice de la grandiosa renovación urbanística de Turín), se transforma en la imagen del laberinto dentro del cual el «mal nato Minotauro» encontró, con toda justicia, la muerte[47].

[45] «Delle imprese poi di Terra Santa, di Antiochia e di Cesarea si meritarono i miei liguri degnamente d'esser segnalati fra tutti gl'altri popoli nella fama nelle prerogative, ne privileggii, et ne doni, che in riconoscenza del lor valore ne riportarono dal pio Buglione, da Baldovino et da Boemondo. Vedansi le giurisdittioni, le terre e le città ch'io n'hebbi nella Siria, nella Palestina, nell'Armenia, et nella Fenicia, il glorioso monumento sopra il S. Sepolcro [...], la croce ch'io porto nel mio vessillo il pretioso vaso di smeraldo, le sacrate ceneri del Precursore, et tant'altri trofei, che ne ritengo, che vedrassi insieme, che non hebbe il turco maggior nemico, ne che più paventasse della nation genovese», en Gio. Michele Zoagli, *La Republica di Genova va in Parnaso a sciogliere il voto per le vittorie ottenute contro de suoi nemici*, BA, ms. 1658, 52, fol. 470r (texto 6.2).

[46] «Nell'ultima scacciata ch'io feci nel 1528 de Francesi, dove il mio gran Doria soddisfacendo al debito di buon cittadino verso la sua patria per salute della quale ogn'altro rispetto, fuori che quello di Dio, non è ammesso dalle leggi divine, né dalle humane, [...] fissai il chiodo della mia libertà», en *ibidem*, BA, ms. 1658, 52, fols. 470v-471r (texto 6.2).

[47] Giulio Pallavicino, *Vero e distinto ragionamento*, ASCGe, ms. 341, fol. 479r. Cfr. Marziano Guglielminetti, «Un 'portrait du roi' avant la lettre? Note sul mariniano ritratto del serenissimo Carlo Emanuele duca di Savoia», en *Politica e cultura nell'età di Carlo Emanuele I. Atti del convegno di studi (Torino-Parigi-Madrid, 21-24 febbraio 1995)*, ed. por Mariarosa Masoero, Sergio Mamino y Claudio Rosso (Firenze: Olschki, 1999), 208; y Blythe Alice Raviola, *Il Piemonte sabaudo. Dal ducato transalpino all'Unità* (Bologna: il Mulino, 2025), 50 ss.

Conclusiones

El Parnaso genovés de 1627-1628 posee escaso interés desde el punto de vista literario[48] pero, por el contrario, resulta extraordinariamente singular desde una perspectiva historiográfica, ya sea porque aparece firmemente adscrito a un contexto de guerra y conjura, como por el hecho de que fue promovido por un contrapoder ciertamente peculiar: un *popolo grasso* cuyas reivindicaciones culturales, sociales y políticas habían adquirido una fuerza extraordinaria. Fue, por lo demás, un desafío que el patriciado genovés aceptó y terminó por vencer, expresándose de manera perentoria, e incluso al unísono: la ciencia con la que se gobiernan los estados, concluía Raffaele Della Torre, era algo mucho más amplio, articulado y profundo que el mero conocimiento de los clásicos de la razón de estado (desde los antiguos –Platón, Tácito…– hasta los modernos). Entre estos últimos, además, figuraban también autores resbaladizos, es decir, no aprobados (Maquiavelo, Bodino, Boccalini…). Aventurarse en el estudio de la «ragione de' stati» sin poseer el título ni desempeñar el oficio que legitimaban para ello, concluirían igualmente Franzone y Federici (como ya había señalado el embajador piamontés d'Agliè) constituía, por tanto, un acto de «lesa maestà»[49]. El poder se defiende desde sus propios fundamentos culturales e ideológicos, y la cuestión de la relación privilegiada entre este patriciado gobernante y unas lecturas –y unos modelos– que habían dejado de ser de su exclusiva pertenencia acabó afectando, en esta singular coyuntura política, sobre todo a Traiano Boccalini; no tanto por todo cuanto de altamente inflamable contenía realmente la sátira del loretano –partiendo siempre, al menos, de

[48] Federica Cappelli, «Parnaso bipartito nella satira italiana del '600 (e due imitazioni spagnole)», *Cuadernos de Filología Italiana* 8 (2001): 133-151.

[49] En el *ragguaglio* compuesto por Federico Federici, Génova se dirige a Apolo (esto es, a la divina justicia) con estas palabras: «tutti gli scritti infamatorij, o bugiardi che senza nome di certo autore o con nomi finti, e senza prove sono stampati da 25 anni in qua in tutt'Europa, siano come fatti al buio, e non col mio intervento, in tutto estinti dalla memoria de gli huomini, e sommersi in Lethe, e chiunque per l'avvenire ardirà di scriver i tal guisa dichiaro sin d'hora per vile et infame et ricorso in crimen di Lesa Maestà in primo capite, e quanto a quest'ultimo scritto contra la Republica genovese lo dichiaro in ogni sua parte bugiardo, e maligno, et indegno di lettura», en *Ragguaglio di Parnaso composto dal Signor F. Federici*, ASCGe, ms. 106.D.20, fols. 109-132. Cfr. Ceccarelli, «*In forse di perdere la libertà*», 106; y Sandro Landi, «'Popolo', 'voce del popolo', 'opinione universale' in Machiavelli», en *Essere popolo*, 359-376.

Tácito y llegando, cuando menos, hasta Maquiavelo[50]–, cuanto por aquello en lo que Boccalini se había convertido, en este caso concreto, a los ojos del frente popular-piamontés (un paladín de las burguesías, un detractor del absolutismo y un enemigo jurado de los príncipes déspotas).

Forzosamente cambió el recuerdo (conservado suficientemente vivo) que este patriciado gobernante tenía de Boccalini; forzosamente, en suma, este quiso legar una última imagen distinta del escritor: la de un pensador dotado de escasa honestidad intelectual, convertido además en un encarnizado enemigo de los españoles y, como tal, justamente eliminado por su veneno. Se trataba, por lo demás, de páginas concebidas para permanecer manuscritas (siguiendo la tradición genovesa), y ello a pesar de la nueva estrategia adoptada y abiertamente proclamada por el frente popular-piamontés: «habbiam stampato»[51]. Es precisamente en el marco de esta guerra de los escritos –sobre todo en las páginas de Federici y Franzone– donde se encuentra la referencia más temprana a la llamada leyenda negra de Boccalini: su asesinato en Venecia[52]. Me refiero, naturalmente, a la bien conocida teoría del *complotto spagnolo*, una tesis que sería acogida de buen grado por los admiradores e imitadores de Boccalini, aunque no por sus detractores (son muchas, en efecto, las singularidades del Parnaso genovés)[53]. Quisiera subrayar, por último, que en el *ragguaglio* compuesto por Federici. la condena de Boccalini es formulada, significativamente, por un representante del gobierno veneciano[54].

[50] Giuseppe Toffanin, *Machiavelli e il 'Tacitismo'. La 'Politica storica' al tempo della controriforma* (Napoli: Guida, 1972), 200-201; Rodolfo Savelli, «Tra Machiavelli e S. Giorgio. Cultura giuspolitica e dibattito istituzionale a Genova nel Cinque-Seicento», en *Finanze e ragion di stato in Italia e in Germania nella prima Età moderna*, ed. por Aldo De Maddalena y Hermann Kellenbenz (Bologna: il Mulino, 1984), 249-321; y Marco Sterpos, «Boccalini tacitista di fronte al Machiavelli», *Studi seicenteschi* 12 (1971): 255-283.

[51] *A tutto l'Ordine Fortissimo*, BRTo, Miscellanea E.15.54, fol. 6. Cfr. *Memoriale del Popolo Genovese*, ASTo, Ce, G, 1, fol. 2v; y Ceccarelli, *«In forse di perdere la libertà»*, 184.

[52] El más precoz, según me consta, al menos en lo que se refiere a la vertiente italiana de la historia de la fortuna de Boccalini; véase Ceccarelli, *«In forse di perdere la libertà»*, 106.

[53] Harald Hendrix, *Traiano Boccalini fra erudizione e polemica. Ricerche sulla fortuna e bibliografia critica* (Firenze: Olschki, 1995), 47, 56, 191-222.

[54] «E quanto alla scrittura inventata ad imitatione del Bocalini così vorriamo poter in publico astringerne l'autore moderno, come in privato nella nostra città si estinse il Bocalini, per troncar la memoria di questi scritti poco convenienti a persone di vera virtù», en *Ragguaglio di Parnaso composto dal Signor F. Federici*, ASCGe, ms. 106.D.20, fols. 131-132.

Bibliografía

Bitossi, Carlo. «Federici, Federico». En *Dizionario Biografico degli Italiani*, Roma: Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 1995, vol. 45. https://www.treccani.it/enciclopedia/federico-federici_(Dizionario-Biografico)/.

Bitossi, Carlo. *Oligarchi. Otto studi sul ceto dirigente della Repubblica di Genova (XVI-XVII secolo)*. Genova: Università di Genova, 1995.

Bitossi, Carlo «Franzoni, Agostino». En *Dizionario Biografico degli Italiani*. Roma: Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 1998, vol. 50. https://www.treccani.it/enciclopedia/agostino-franzoni_(Dizionario-Biografico)/.

Boccalini, Traiano. *La Bilancia politica di tutte le Opere di Traiano Boccalini. Dove si tratta delle Osservazioni politiche sopra i sei Libri degli Annali di Cornelio Tacito.* Castellana [Ginevra-Basilea]: Per G. H. Widerhold, 1678, vol. I-II.

Boccalini, Traiano. *Ragguagli di Parnaso e scritti minori*, ed. por Luigi Firpo. Bari: Laterza, 1948, vol. 2.

Borrelli, Gianfranco. «La necessità della congiura nelle scritture italiane della Ragion di stato». En *Complots et conjurations dans l'Europe moderne. Atti del convegno internazionale (Roma, 30 sett.-2 ott. 1993)*, ed. por Elena Fasano Guarini e Yves-Marie Bercé, 81-91. Rome: École Française de Rome, 1996.

Borrelli, Gianfranco. «Pallavicino, Giulio». En *Dizionario Biografico degli Italiani*. Roma: Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 2014, vol. 80. http://www.treccani.it/enciclopedia/giulio-pallavicino_(Dizionario-Biografico).

Calcagno, Paolo. *La Repubblica di Genova*. Bologna: il Mulino, 2026.

Cappelli, Federica. «Parnaso bipartito nella satira italiana del '600 (e due imitazioni spagnole)», *Cuadernos de Filología Italiana* 8 (2001): 133-151.

Casarino, Giacomo. «Il popolo come laboratorio dal conflitto alla sfera pubblica (Genova, XII-XVII sec.)». En *Essere popolo. Prerogative e rituali d'appartenenza nelle città italiane d'antico regime*, ed. por Aurora Savelli y Gérard Delille, 187-219. Firenze: Polistampa, 2002 (*Ricerche storiche* 32, 2-3).

Ceccarelli, Alessia. «Il Parnaso genovese. Una guerra delle scritture nella guerra dei Trent'anni (1625-34)», *Nuova Rivista Storica* 94 (2010/3): 1-58.

Ceccarelli, Alessia. *«In forse di perdere la libertà». La Repubblica di Genova nella riflessione di Giulio Pallavicino (1583-1635)*. Roma: Viella, 2018.

Ceccarelli, Alessia. «Vacchero, Giulio Cesare». En *Dizionario Biografico degli Italiani*, Roma: Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 2020, vol. 97. https://www.treccani.it/enciclopedia/giulio-cesare-vacchero_(Dizionario-Biografico)/.

Ceccarelli, Alessia. *Nostalgia d'Oriente. Genova, Roma e il Mediterraneo nel Cinque e Seicento*. Roma: Donzelli, 2022.

Doria, Giorgio y Rodolfo Savelli, «'Cittadini di governo' a Genova: ricchezza e potere tra Cinque e Seicento». En *Nobiltà e investimenti a Genova in Età moderna*, ed. por Giorgio Doria, 11-89. Genova: Istituto di Storia economica, 1995.

Firpo, Luigi. «Traiano Boccalini. Storia malinconica d'uno scrittore lieto», *Nuova Antologia* 79 (1944): 99-106.

Firpo, Luigi. «Allegoria e satira in Parnaso», *Belfagor* 1 (1946): 673-699.

Firpo, Luigi. «Ragguagli inediti di Traiano Boccalini», *La Rassegna d'Italia* 2 (1947): 3-16.

Firpo, Luigi. «Boccalini, Traiano». En *Dizionario Biografico degli Italiani*. Roma: Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 1969, vol. 11. https://www.treccani.it/enciclopedia/traiano-boccalini_(Dizionario-Biografico)/.

Guglielminetti, Marziano. «Un 'portrait du roi' avant la lettre? Note sul mariniano ritratto del serenissimo Carlo Emanuele duca di Savoia». En *Politica e cultura nell'età di Carlo Emanuele I. Atti del convegno di studi (Torino-Parigi-Madrid, 21-24 febbraio 1995)*, ed. por Mariarosa Masoero, Sergio Mamino y Claudio Rosso, 191-214. Firenze: Olschki, 1999.

Hendrix, Harald. *Traiano Boccalini fra erudizione e polemica. Ricerche sulla fortuna e bibliografia critica.* Firenze: Olschki, 1995.

Innamorati, Giuliano. *Pietro Aretino. Studi e note critiche*. Firenze-Messina: D'Anna, 1957.

Landi, Sandro. «'Popolo', 'voce del popolo', 'opinione universale' in Machiavelli». En *Essere popolo. Prerogative e rituali d'appartenenza nelle città italiane d'antico regime*, ed. por Aurora Savelli y Gérard Delille, 359-376. Firenze: Polistampa, 2002 (*Ricerche storiche* 32, 2-3).

Pacini, Arturo. «Genova nel Cinquecento: una repubblica fazionaria?». En *Repubblicanesimo e repubbliche nell'Europa di antico regime*, ed. por Elena Fasano Guarini, Renzo Sabbatini y Marco Natalizi, 215-252. Milano: FrancoAngeli, 2007.

Raviola, Blythe Alice. *Il Piemonte sabaudo. Dal ducato transalpino all'Unità.* Bologna: il Mulino, 2025.

Savelli, Rodolfo. «La pubblicistica politica genovese durante le guerre civili del 1575», *Atti della Società Ligure di Storia Patria* 20 (1979-1980): 82-105.

Savelli, Rodolfo. «Su una lettera inedita di Traiano Boccalini e alcuni manoscritti di Giulio Pallavicino», *Il pensiero politico* 16 (1983), 403-409.

Savelli, Rodolfo. «Tra Machiavelli e S. Giorgio. Cultura giuspolitica e dibattito istituzionale a Genova nel Cinque-Seicento». En *Finanze e ragion di stato in Italia e in Germania nella prima Età moderna*, ed. por Aldo De Maddalena y Hermann Kellenbenz, 249-321. Bologna: il Mulino, 1984.

Savelli, Rodolfo. «Della Torre, Raffaele». En *Dizionario Biografico degli Italiani*, Roma: Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 1989, vol. 37. https://www.treccani.it/enciclopedia/raffaele-della-torre_(Dizionario-Biografico)/.

Sterpos, Marco. «Boccalini tacitista di fronte al Machiavelli», *Studi seicenteschi* 12 (1971): 255-283.

Toffanin, Giuseppe. *Machiavelli e il 'Tacitismo'. La 'Politica storica' al tempo della controriforma*. Napoli: Guida, 1972.

Tucci, Ugo. «Le professioni nella *Piazza universale* di Tommaso Garzoni». En *Avvocati Medici Ingegneri. Alle origini delle professioni moderne*, ed. por Maria Luisa Betri y Alessandro Pastore, 29-40. Bologna: Clueb, 1997.

Textos sobre el ataque franco-saboyano (1624-1625) y el conflicto civil en la república de Génova (1627-1629)

6. 1. [Giovan Antonio Ansaldi]. *Ragguaglio di Parnaso. La republica di Genova manda un suo segretaro in Parnaso perché le sia decretato il trionfo come a liberatrice d'Italia, e ricevuta nella Sala Reggia, ma opponendosele in publica udienza le principali monarchie dell'Europa non viene essaudita; et invece della gratia le sono dati da Apollo alcuni ricordi,* In Genova: s.i., 1627.

Bibliothèque nationale de France, Département des Manuscrits, Italien 749 [impreso]
Edición de Alessia Ceccarelli y revisión de Silvia Toppetta

Questi giorni comparve in Parnaso, per la posta, Gio. Battista Panesi, segretaro della republica di Genova, della quale non essendosi più havuto nuova da che ella si ritirò per curarsi del mal francese, concorse gran quantità de' curiosi all'hosteria del Granchio, ch'esso pigliò per alloggiamento a sentirne qualche cosa, et poiché egli non scavalcò diritamente al palazzo della Monarchia di Spagna, i specolativi dubitarono di qualche strano accidente, o vero che vi fosse qualche grande mistero per dentro, considerando la sottigliezza di questa natione, la quale ha particolar instinto di far apparere quello che non è. Ma per quanto si procurasse di penetrare il segretto della sua commissione, non fu possibile arrivarlo. Egli si lasciò ad ogni modo intendere, con alcuni amorevoli, che la sua venuta era per gravissima cagione, in tanto che loro faceva sapere, sì come la Republica sua signora si metteva all'ordine per ritornarsene quanto prima in Parnaso, apparecchiandosi a questo effetto sontuosissime livree, et che sino in Persia s'era spedita una nave a caricarla d'azzuro oltre marino per inamitare le gorriglie e latugoni de' suoi cortegiani; che haverebbe condotto seco i più esquisiti cuochi dell'universo, con inventioni nuove di torte dolci et pasticetti, et che haveva deliberato di dar banchetto a tutta la corte il giorno della solenne entrata, portando seco una quantità di confetture di Genova; ma quello che più importa, di catene d'oro per regallare gl'ufficiali di Sua Maestà, et che prima di partire egli haverebbe tolto in affitto il miglior palazzo che si ritrovasse in Parnaso.

È da stupire la concorrenza che si vide subito al corteggio di questo personaggio di parasiti, buffoni e ciurmatori, magnificando la liberalità de' genovesi, e fra essi il Cieco d'Andria, il quale con elegantissimi versi, ma con altrettanta imprudenza, cantò la battaglia de' giganti in flega; là onde il Panesi giudicando che con questa storia si volesse aludere alla superbia de' suoi genovesi, si levò dalla tavola tutto colerico, ritirandosi alle sue stanze e il Cieco, in iscambio di una buona mancia, riportò biasimo da tutti

quegl'adulatori, quali ne fecero così grande schiamazzo che publicamente dissero il Cieco d'Adria haver meritato gran castigo; et vi fu chi s'offerse per danari di tagliargli la faccia et correva rischio, senza la sicura ritirata, ch'egli hebbe in casa del gran duca di Toscana particolare protettore di questa sorte de i virtuosi.

Non è credibile l'alteratione in che si posero tutti li prencipi all'avviso che venisse per gravissime cagioni questo personaggio, perché fino alla Monarchia di Spagna non ne stete senza travaglio, e s'andò essaminando da più gravi politici se poteva esser che la republica di Genova si fosse collegata con il Turco e cose simili, facendosi in tanto alcune giunte private per opporsi, accioché fosse necessario.

Lunedì, che furono li 4 di gennaro, egli comparve nell'audienza publica dinanzi ad Apollo con tanto il concorso d'ogni sorte di persone, che da molto tempo non s'è visto il salone così pieno, et esso con ben acconcia maniera espose la sua commissione nella seguente forma:

> «Sire, la republica di Genova, che per tanti secoli così gloriosamente ha mantenuto la sua libertà resistendo in ogni tempo alle insidie di tutti li potentati d'Europa con le sole e proprie forze, signora del mare, arbitra della volontà de' maggiori monarchi, i cui cittadini sono arrivati a sì grandi ricchezze che possono pareggiare molti prencipi, havendo ultimamente scacciato d'Italia l'insolenza francese, con havergli tolto i cannoni et una infinità di bandiere; risospinto il duca di Savoia oltre il suo confine; castigato i venetiani et mantenuta in piedi la cadente Monarchia di Spagna desiderosa di ritornare nella sua residenza di Parnaso, supplica Vostra Maestà di due cose: l'una, che sia decretato il trionfo come a liberatrice d'Italia, l'altra d'essere ricevuta nella Sala Reggia dovutagli già tanto tempo, et per il regno di Corsica, ch'ella possede, et per la sua potenza in terra e in mare così formidabile».

Si difuse un gran mormorio per la sala a queste dimande et i ministri de' prencipi inarcarono le ciglia. Quando Apollo, facendo cenno a Lanfranco Margotti, segretaro di Stato per le cose d'Italie. Egli rispose che per le calende di febraro Sua Maestà assignaria il termine per qualunque che havesse voluto contradire, nel qual giorno in audienza publica la Maestà Sua haverebbe deciso ciò che fosse stato di ragione. Si licentiò l'udienza, rimanendo Apollo buona pezza in segreto con li consiglieri di Stato, non essendosene penetrata la cagione.

Il giorno seguente i ministri de' prencipi si congregarono in casa di Guglielmo Budeo, avocato principale di questa corte, et il mercordì dinanzi al censor Massimo comparve Michel Angelo Tonti, causidico e procurator famoso, il quale con una lunga scrittura a nome de' suoi principali richiedete, che non si risolvesse cosa alcuna nelle dimande della republica di Genova

senza che essi fossero sentiti, richiedendo in tanto coppia dell'istanza, sopra che fu fatto il decreto in forma.

Giovedì si publicò bando sotto gravissime pene e in specie della disgratia d'Apollo e privatione dell'ufficio a qualunque ministro di Sua Maestà che privatamente havesse trattato con Gio. Battista Panesi, segretaro della republica di Genova, et se ne affisse l'originale alla solita colonna, intendendosi che nell'istesso tempo Prospero Farinaccio, sostituto fiscale, havesse significato al Panesi sicome Sua Maestà restava molto ben informata dell'usanza de' suoi genovesi, così pronti a corromper i ministri de' principi et col mezo di danaro farsi la strada ad ogni pretensione, benché ingiusta. Perciò l'ammoniva che ad Apollo non potendo esser incognita nessuna cosa, egli haverebbe in tal caso pagato la pena co'l mezo della frusta et che solamente basterebbe haverlo attentato.

Sono molti anni che in questa corte non s'è visto così gran traghetto d'avocati, procuratori et altra sorte di gente da Nolo, perché la fama delli doppioni portati dal Panese per spendergli in questa occasione era grandissima. Sebene scoprendosi che il tutto consisteva in lettere di cambio d'alcuni mercatanti genovesi nuovamente falliti, disautorizzò di maniera la persona del ministro, che di tanti cortegiani solamente vi restò Tolla Pessivendolo, il quale è opinione che servisse di spia al Farinaccio. Gran cose certo si potrebbero dire di questo ministro, perché con vedersi alle spalle così gran piena, non si sgomentò punto. Et a questo proposito ricordarono alcuni gl'avvisi che all'ora vennero della rotta di Rossiglione, quando di spavento essendosi cacato nelle calze tutto il Senato genovese, questo solo stette intrepido, havendo scritto senza esittare il decreto di portar le chiavi della libertà al duca di Savoia, quando egli fosse gionto a Pegi.

Sabbato, che furono i 9 del presente mese, il Cieco d'Adria, tolto in mezo da Biaggio Capizucchi e Silvio Picolomini, lancie spezzate del gran duca di Toscana, comparve dinanzi la Quarantia Criminale, dando querella sì come alcuni sicarii havevano tentato di offenderlo nella persona et che, ricevendo questo affronto dal segretaro della republica di Genova, domandava sigortà di non esser offeso, allegando che questa natione quanto è più codarda et vile nel maneggio delle armi, tanto più si mostra pronta in far assassinare le persone per cosa da niente et che, essendo egli huomo che viveva de' suoi sudori, non poteva star alla spesa d'una guardia continua. Fu accettata la querella et deliberato che il Cieco fosse ricevuto sotto la salvaguardia di Sua Maestà et che si tirasse inanzi il processo informativo.

Lunedì, nel solito luogo a suon di tromba, furono citati a comparere dinanzi la Quarantia Criminale Carlo Fiesco et il marchese Pinello, famosi sicarii, credersi per la suddetta causa.

Mercordì 13, Apollo, dopo havere negotiato al lungo con li ministri, uscì nel solito salone all'udienza publica, della quale solamente si noteranno le cose più essentiali. Il primo dunque, che si fece inanzi fu don Lorenzo [*sic*: Juan] di Mendozza, cavalier castigliano, huomo che per la sua inconstanza passò molte volte da gli Stoici alla Seta Epicurea, e da questa facendo ritorno a quella finalmente era divenuto così esoso a tutte le sorte d'huomini, che i spagnuoli lo chiamarono peste della corte et i milanesi distrugitore della riputatione di Spagna. Egli con gravità castigliana, con ben adattata maniera, parlò come segue:

> «Signor Don Gómez Suárez de Figueroa, duca di Feria, già gobernatore di Milano, hora richiamato dal suo re solamente per tener appresso di sé un sì gran sogetto fatto del Conseglio di Stato, havendo così gloriosamente trionfato de' suoi nemici, scacciato i francesi d'Italia, rintuzzato l'orgoglio di Savoia e Venetia, mantenuto la libertà a Genova, dato in mano del suo re l'arbitrio delle cose d'Europa, m'invia ai piedi di Vostra Maestà, supplicandola sia servita commandare che il suo nome sia scritto dentro al libro delle aspettationi, gratia solita a farsi solamente a' capitani grandi, in tanto che uscendo egli dalla vita commune de gl'huomini, comparirà in questa corte a goderne la prerogativa».

Fu notato da circonstanti che Apollo, dopo il successo d'Asti, è forza che non sentisse cosa che più lo stomaccasse, poiché contro il solito impatiente, con gran superciglio, diede segno del poco gusto che ne sentiva. Et mentre con sommo silentio aspettava tutto l'auditorio la proferta del Divino Oracolo, Guaston de Foys con impatienza francese disse:

> «Sire, perdoni Vostra Maestà che sì come il contestabile de Dighieres è stato escluso di poter giamai entrar in Parnaso, solamente perché poté far, et non fece, corrotti dalle doppie genovesi, così questo spagnolo doversi per sempre bandire dalla presenza di Vostra Maestà, perché egli si vantò di far cose che humanamente non potevano farsi et che le bugie, le quali così evidenti haveva don Lorenzo ardito proferire dinanzi quello augustissimo trono, meritavano castigo».

All'ora il Mendozza, non perdendosi d'animo, disse liberamente che il duca di Feria, suo signore, pareggiava la gloria de' Cesari e Pompei e che avanzava quella de' capitani di questo secolo, alle quali parole fu fatta così gran fischiata ch'egli stimò molto più a proposito ritirarsi, nascondendosi fra la folla de' circonstanti. Alcuni dissero ch'egli hebbe in pensiere disfidare Guaston de Foys, ma che non lo fece per non contravenire alla pramatica. Considerandosi poi da virtuosi la qualità del successo, conclusero ch'egli fosse molto conforme alla grande providenza d'Apollo, non meritando don Lorenzo altra risposta.

Quietato il rumore comparve Alessandro Cattaneo, gentil'huomo genovese, il quale, da che entrò in questa corte buscando fortuna, fu ricevuto da Cornelio Tacito per aiutante di studio. Egli, vestito civilmente, con gorriglia alla spagnola, con guanti d'ambra piegati nella sinistra mano, col capello alla dritta, facendo profonda, ma ben regolata riverenza, disse della seguente maniera:

«Sire, se ben gl'aggravii che ho ricevuti dalla mia Republica e patria sono così grandi, come noti a Vostra Maestà, con tutto ciò l'amor ch'io portai alla sua libertà eccedendo di gran lunga i travagli che mi causarono alcuni mal inclinati cittadini, m'ha condotto qui alla sua presenza, mentre havendo inteso l'arrivo in questa corte d'un ministro di detta Republica, ho pensato poterle giovar in qualche cosa, rappresentando a Vostra Maestà i disordini che in essa tuttavia vanno moltiplicando, acciò con quella carità con la quale la Maestà Vostra procura il beneficio di tutti gli stati di persone, si possa sovvenire a questa sregolatissima comunanza.

Sire, da che dopo l'anno 1528, scacciati li francesi, si riformò lo stato popolare in un misto che toccava dell'uno et dell'altro, crebbe di maniera l'ambitione in alcuni huomini nuovamente habilitati al governo, ch'essi, congiuratisi con la plebe, l'anno 1575 poterono scacciar la nobiltà fuori dello stato con pericolo grande di non ritornarvi mai più, se la carità d'alcuni prencipi, entrando di mezo, non havesse procurato di reintegrarla. Ma questi stessi, et per conseguenza i loro figli, pigliarono dal successo così grande ardimento che ne diventarono insolentissimi, arrogandosi in appresso tutta l'auttorità sì fattamente, che fu cosa lagrimevole vedere huomini nobilissimi moversi a cenni di questi tali vilissimi bottegai et per haver parte ne i magistrati usar verso di loro ogni sorte di servirle ossequio, per onde non solamente restavano esclusi quelli soggetti che per conservare lo stato della propria ingenuità giamai volsero commetter cosa indegna, ma in sommo grado perseguitati fino a metterli nelle oscurissime carceri, relegargli nelle più rimote parti del mondo, dargli in preda de' sicarii, dichiarargli ribelli e cose somiglianti. Ma sopratutto haveano per così gran nemici le persone virtuose che, scoprendosene alcuna, le bisognava eleggersi volontario essilio o veramente apparecchiarsi a soffrire tutte le sorte di persequtioni; et quello che apporta somma ammiratione, i spurii, che per dispositione di tutte le leggi naturalmente restano incapaci d'haver honori e magistrati nelle republiche, in questa furono anteposti per la medema causa a gl'huomini meritevoli.

Io confesso, Sire, che dalla superbia et disunione della nobiltà procedono tutti questi disordini, ma passiamo più innanzi. In processo di tempo, ristringendosi l'autorità nel numero de' pochi, s'è finalmente il governo ridotto in quaranta persone, le quali dilaniano sì fattamente le membra più nobili della Republica, che resta la sua conditione tanto più miserabile di quella di Roma in tempo delli decemviri, quanto che questi essendo di minor numero

più facilmente potevano cattivarsi. Questo numero, Sire, composto dell'una e dell'altra fattione, dispone de' magistrati liberamente, fa et disfa le leggi come gli piace, distribuisce i premii et il castigo secondo le passioni. Per questo i sacrilegi, gl'homicidi, gl'incesti, le rapine, i delitti nefandi, il participare co' pirati delle prede non si puniscono. Questi sono che, arrichiti sommamente per mezo de cambii e contratti illeciti, tengono tutta l'Europa in continuo travaglio, mentre co'l somministrare danari alla Monarchia di Spagna causano le rivolte in Alemagna, in Francia, ne' Paesi Bassi, et finalmente hanno seminato la zizania fin dentro le case, ne' medemi Consigli di Stato di tutti li prencipi.

Questi, Sire, che secondo la dispositione delle buone leggi doveriano bandirsi dalle republiche, scacciarsi dalla comunanza de gl'huomini, sono quelli che hoggi commandono allo stato, quegli che l'hanno fatto schiavo della Corona di Spagna. A' quali, non bastando di tener lontano da magistrati l'avanzo della nobiltà, per infinite strade l'ha ridotta a tanta povertà, che senza dubbio ella soffrirebbe l'imperio di qual si voglia prencipe con maggior patienza.

Ma per venire alle cose più particolari, l'aggravio che fecero alla mia persona tenendomi fuori del seminario tutta la vita, et ultimamente rompendomi la capitulatione pattuita sopra l'impresa ch'io pigliai così gloriosa, in appresso mettendomi prigione, et con tanta iniquità relegandomi alla specie, sono cose degne della consideratione di Vostra Maestà. Et ciò perché mi mostrai desideroso del ben publico in tutte le occasioni, perché non applicai l'animo a guadagni illeciti, perché io costituii la mia felicità nello studio delle buone lettere, perché non idolatrai il tiranno della patria, perché studiai finalmente che lo stato fosse di republica, sottrahendolo dal giogo spagnolo.

Sire, tutto questo non è la millesima parte di quello che potrei dire della iniquità di questi tiranni: senza dubbio essi condurranno a perdere la poca libertà che vi resta. Solamente Vostra Maestà vi può rimediare. Io, in nome di tanti gentil'huomini tiranneggiati, d'infinite vedove e donzelle periclitanti nell'honore, non meno di Virginia in tempo di Clodio decemviro, d'altretanti pupilli oppressi, delle stesse vestali ogni dì violate, ne dimando giustitia a Vostra Maestà et finalmente a nome di tutta la patria a me più cara che l'istessa vita».

Fu notato che nella continuatione di questa diceria, se ben lunga, Apollo stette così attento, spesso difondendo i suoi splendidissimi raggi sopra del dicitore che, serbando l'auditorio profondissimo silentio, stava con mirabile desiderio attendendo la risolutione. Quando, ingombrando il Serenissimo volto di ben fosca nebbia, fu sentito mandar fuori un profondissimo sospiro et in appresso parlare della seguente forma:

«O quanto vorrei, dilettissimo Alessandro Cattaneo, poter rimediare a gl'inconvenienti a me ben troppo noti della tua, non dico Republica, perché non è. Ma ella è ridotta al segno di quei corpi che, oppressi da morbo incurabile,

si devono mantenere nello stato in che si ritrovano, poiché con li rimedii sarebbe procurarle l'estrema rovina. I capi di questa nobiltà che tu domandi oppressa, con procacciarsi i principati fuori, si sono spogliati dell'auttorità di dentro, e finalmente ridurranno la patria in servitù. Et i contrarii, per armarsi contro la potenza di questi, usano termini violenti, prevertendo le leggi di dove procedono tante ingiustitie. Le tue particolari querelle sono giuste, ma il tuo proceder non mancò d'imprudenza, mentre dalla natura dotato d'ingegno non t'avvedesti, che quelli tuoi centoni contro la Monarchia di Spagna ti fabricavano i travagli che provasti poi, et che la tua conditione severamente intonata ti allienava dalla gratia de' cittadini, et che finalmente la protesta di voler raccorrer con li mal contenti al re di Spagna per giustitia, dava a' tuoi nemici occasione di mostrare all'istesso quanta poca parte meritava d'havere nel governo di Genova chi non era amico della sua corona. Ma sopra tutto ci dispiace che, sendo tu sì gran teorico del nostro Cornelio Tacito, così poco l'habbi saputo praticare. Ma sta' di buona voglia, mentre le tue querelle non haveranno operato così poco, sì che non siano per disporci ad applicar l'animo a qualche rimedio, per quanto si potrà, in servitio della tua patria».

Finì con questo l'udienza et le serenissime Muse, avendo in mezo la signora Dafnè, vestite di finissimi zebellini, intrarono per ricreare Sua Maestà dalla fastidiosa udienza, accompagnate dal ben cento instromenti musici, fra' quali Silvio Antoniano con la fortunata lira cantò la storia di Niobbe.

Mercordì, su'l tramontar del sole, comparve per la posta il signor d'Oriac, dissero spedito dal condestabile de Dighieres, il quale, dopo la repulsa datagli, fermatosi a Capo di Marina, inviava questo suo confidente con facoltà di trattare qualche temperamento, acciò il suo signore, che havea portato la spada di Francia, non restasse defraudato di questo honore.

I giorni seguenti di giovedì, venerdì et sabbato, havendo Apollo atteso alle udienze private de' prencipi, non successe cosa di consideratione. Solamente il sabbato dopo pranzo, d'ordine di Meleagro, general delle caccie, essendosi publicata la gran caccia da farsi in Erimanto, s'invitarono i maggiori prencipi dell'Europa, onde, attendendosi per tre giorni continui alle cose necessarie, s'inviò Sua Maestà il mercordì con apparechi reali, essendo comparsa bizzarramente all'ordine Diana, accompagnata da Zanobia, Camilla, Pantasilea, Tomiri, Bradamante e della gran Maria di Borgogna, con infinite altre prencipesse. Et perché sono successe alcune cose notabili, s'andaranno ragguagliando secondo la relatione, che n'habbiamo qui dopo il ritorno di Sua Maestà, lasciando addietro l'apparechio fatto in campagna di tende, padiglioni et altre commodità, sì come de' regalli pertinenti al vivere, perché riferisce il Pomaro che hanno ecceduto l'aspettatione.

Il giorno appresso l'arrivo d'Apollo, mentre di buon hora si montò a cavallo e Sua Maestà in una carozza a otto mule marciava al luogo destinato per dar principio alla caccia del cervo, comparve per la posta il prencipe di Piemonte Vittorio Amedeo, accompagnato da dodici personaggi, essendo suo capo caccia il marchese di San Reran. Apollo, a questo annuntio, havendo fatto fermar la carrozza et smontato di essa per l'impatienza d'abbracciare il ristoratore della gloria italiana, doppo breve congresso disse rivoltandosi a tanti prencipi che gli facevano corona:

> «Questa sarà la più felice caccia che seguisse mai da che si raggirano le ruote del cielo, poiché ritorneremo in Parnaso con l'acquisto di sì gran preda».

Et perché in tanto Diana, havendo prevenuto l'arrivo d'Apollo dal folto della selva dava principio alla caccia, esso, montato a cavallo co'l prencipe di Piemonte, dilungandosi dall'altra comitiva, fece di gran cose quel giorno et l'altro apresso, che fu de' cingiali. Ma stranna cosa avvenne, perché la sera fu riferto ad Apollo, cenando con la comitiva, sì come nel mezo della selva, in una praderia assai spatiosa, da certe rupi era disceso un stravagantissimo animale, o mostro più presto, che havendo le orecchie e testa d'asino, gl'occhi di basilisco, i denti di serpente, l'ugna di leone, era tutto coperto di squame d'oro, ma che la sua ingordigia era tanto grande che s'haveva divorato intieri alcuni cortigiani, i quali, avanzatisi colà al splendore delle squame, pensavano diventar prestamente ricchi, et che finalmente i maggiori guerrieri e l'istessa Diana si havevano abbagliato la vista di maniera in combatter questa bestia senza colpir nulla, che per vergogna non erano comparsi all'alloggiamento di Sua Maestà. Soggiunge la relatione che all'ora Appollo, rivoltandosi al prencipe di Piemonte, gli disse le precise parole: «Amatissimo Vittorio, questa sarà preda del vostro valore, e la vostra venuta in questa selva non dovea esser senza gran mistero», tutto insieme dando gl'ordini necessarii per la mattina seguente.

Il magnifico Lorenzo de' Medici, come persona cautelosa, disse a Sua Maestà che sarebbe stato a proposito riconoscer prima questa fiera, perché se ella fosse fatta per incanto, era metter a pericolo manifesto la persona d'un prencipe tanto riguardevole, et che il conte Matteo Boiardo, il quale spesse volte s'era ritrovato con sì fatte bestie, haverebbe potuto avvicinarsi tanto, che con l'occhiale del Galileo l'havesse riconosciuta. Al che rispose Apollo: «Lorenzo mio, tu sei troppo cauteloso, però ti facciamo sapere che questa tua maniera di fare non è a proposito per tutte le cose. La spada in mano d'un prencipe di valore similmente ha virtù di disfare gl'incanti». Et passando innanzi, la relatione dice che dopo cena si danzò allegramente, essendo comparsa Diana, così le altre dame, con superbissimi vestiti. Sì che

durò la festa fino alle hore nove di notte. Et che quelle prencipesse passarono gran complimento con Sua Altezza, non essendosi ritrovate presenti al punto del suo arrivo. Onde il cavalier Marino, scherzando con una canzonetta all'improviso, mostrò che i prencipi della Casa di Savoia sapevano così bene servir le dame e guadagnarsele, come dar delle battaglie e vincer.

Che la mattina del giorno seguente tutta la corte montata a cavallo s'inviò all'accennato luogo, dove, comparendo quel grande animalaccio, soggiunge che fino i cavalli presero horrore di vederlo, et che attaccato valorosamente dal prencipe di Piemonte, dopo l'essersi trasformato in mille guise, finalmente era stato ucciso. Onde concorrendovi tutta la moltitudine per far preda delle squame d'oro, trovarno che erano finte et il suo corpo pieno di vento: insomma, che fu formato da un tal negromante genovese, prevedendo la venuta in quel luogo del suo capital nemico. Et che Sua Maestà, dopo haver abbracciato strettamente il prencipe, rivoltatosi a quei gran personaggi, disse: «Specchinsi li miei italiani in questo prencipe, figlio del gran Carlo, restauratore della gloria et militia italiana, domator dell'orgoglio e superbia genovese, distruttore de gl'incanti, vincitor de' mostri. Et insieme godino de gl'honori che contro il solito habbiamo deliberato fargli». Havendo dato ordine nell'istesso punto a don Gio. de' Medici, forier maggiore, acciò la partenza si sollecitasse per il giorno seguente, risoluto d'entrare per la via trionfale in Parnaso et honorare la venuta del prencipe di Piemonte.

Sabbato a 23 del mese, essendo giunto don Gioanni, si pose tutta la corte in facende perché, doppo la rotta di Gio. Federico, all'hora che si concesse simil trionfo all'imperatore Carlo V il massimo, così dopo l'impresa de Tunesi, ad altro prencipe non è poi stato permesso. Onde la Monarchia d'Italia tutta lieta, havendo invitato i suoi gloriosi italiani antichi e moderni, apparecchiò il suo palazzo con pretensione d'alloggiar questo suo alievo. Se non che i tedeschi, come descendente da gl'Ottoni e dalla Casa d'Austria, i spagnuoli come da Filippo II il grande et i francesi come bisnepote di Francesco Primo il guerriere, a gara pretesero questa prerogativa, dispacciando corriere separatamente ogn'uno ad Apollo et allo stesso prencipe. S'apparecchiarono tre archi trionfali, nel primo rapresentandosi in tele per mano di Raffael d'Urbino le opere così di pietà come di guerra de gl'Ottoni, imperatori primi ascendenti di questa Casa. Nel secondo, per mano di Titiano, le attioni heroiche di Beroldo, con le altre della fameglia, fino ad Emanuel Filiberto, concludendo con la battaglia di San Quintino. Et il terzo, per mano di Pordenon, conteneva i gloriosi fatti di Carlo Emanuel per lo spatio di 46 anni, così quelli di Vittor Amedeo, Filiberto, Mauritio e Tomaso suoi figli. E l'inscrittione del primo diceva: *Carolo Emanueli inclito*

Principi ob Avitam virtutem; del secondo, *Carolo Emanueli strenuo Duci ob Avorum superatam gloriam*; del terzo, *Carolo Emanueli Invictissima militum Imperatori ob militarem Italia restitutam gloriam*.

Giovedì mattina di buon hora cominciò la cavalcata, che fu numerosissima, et s'aspetta d'inviarne distinta relatione col prossimo ordinario. Solamente dirassi che in un caro trionfante, tirato da sei bianchissimi corsieri del pari con Apollo, sedeva il prencipe di Piemonte, ricevuto con tante acclamationi, che in Parnaso non s'ha memoria di tal cosa in questo secolo. Su le 21 hora appunto s'entrò per il portone di palazzo, dove al suono di mille strumenti dalle serenissime Muse fu ricevuto il prencipe di Piemonte; et mentre lo condussero dentro il tempio dell'immortalità, s'assise Apollo nel suo regal trono, quivi attendendo la venuta del trionfante heroe, tenendo all'intorno il loro posto sopra banche coperte di porpora, tutti gl'imperatori, re et prencipi che nel mondo lasciorono memoria d'alcuna attione gloriosa, non con ordine di precedenza secondo le ricchezze et qualità di stato, ma sì bene conforme a meriti della virtù et valore di ciascheduno. Al Gran Vetechindo di Sassonia fu dato l'honore d'introdurre il prencipe, il quale, dopo l'essersi inclinato a Sua Maestà, fu posto a sedere fra gl'Ottoni.

Fece l'oratione Bonifacio Caetano, dicitor famoso in questa corte, et perché ella anderà ben presto alla stampa, s'invierà con li primi avvisi. E gli concluse che poteva ogn'uno di quei gran monarca conoscer la sua discendenza nel prencipe di Piemonte, poiché la Casa di Savoia, per tanti secoli sendosi imparentata con li maggiori re del mondo, era come compendio di tutti li sangui reali et che perciò, a concorrenza doveano honorarlo. Non si può creder quanto da tutti gli ordini s'applaudesse a quella chiusa. Sì che, ritirato Apollo alle sue stanze, concorsero tutti quelli prencipi ad abbracciarlo. Ma Filippo Secondo, il grande Oracolo della Corte, giamai se gli spiccò dal fianco, non satiandosi di contemplare nel nipote la marca di tante virtù e valore.

Gio. Battista della Porta, persona curiosa, altresì dotato di molta virtù, che si ritrovò presente, con dimostrationi fisonomiche, fece vedere che il compendio del valore e prudenza di Carlo massimo e di Filippo il grande, si riserrava tutto in Vittor Amedeo, prencipe di Piemonte, et con gratia straordinaria portò più inanzi alcuni presagi. Ma Apollo, per levar le contese, commandò che questo prencipe restasse in palazzo. Se ben in quattro giorni che stette in questa corte, egli fu regalatissimamente banchettato dalle monarchie d'Italia, Spagna, Alemagna e Francia, con l'intervento delli famosi prencipi d'Europa, antichi e moderni. Né da gran tempo s'è visto unione così grande in questa corte, perché gli Franceschi et gl'Henrichi,

con li Carli e Filippi, trattarono con grandissima confidenza, honorando i banchetti gl'uni de gl'altri. Fino la Signoria di Venetia, che sta con tanta gelosia della sua pudicitia, v'intervenne, se bene con le guardie solite degli dua Bartolomei, Coglioni et Alviano, di più affermando il Pomaro che non ostante ella si mettesse un paro di braghe di maglia, i sguardi amorosi ad ogni modo andarono in volta et il Gonella, famoso buffone, diede materia di molte gallanterie. Servirono di coppiere al prencipe di Piemonte l'Affricano Scipione et di trinclante Papirio Cursore, né mancarono festini; però l'avanzo del tempo lo consumò il prencipe con Apollo, essendo poi partito per la posta martedì.

Mercordì mattina, essendo stato Sua Maestà buona pezza in Consiglio di Stato, venne fuori decreto che gl'archi drizzati nell'ingresso del prencipe di Piemonte si fabricassero quanto prima di finissimi marmi, dandosene la cura a Michel'Angelo Buonarota. Uscì poi Sua Maestà nell'udienza publica, nella quale il primo che comparve fu il signor d'Oriac sopranominato. Egli, con grande arroganza, disse nella seguente forma:

> «Sire, Francesco de Buona, duca de Dighieres, par e contestabile di Francia, di nuovo ricorre a Vostra Maestà supplicandola trovar buono che si pigli qualche temperamento alla sua causa, offerendo di pagar una buona finanza, acciò la dignità del contestabilato di Francia non resti macchiata con le calonnie così manifeste che gl'hanno affibbiato i suoi nemici. Et perché niuno hebbe maggior cognitione de' suoi pensieri di me, Sire, io giuro a Vostra Maestà, su la mia fede, che il contestabile non ha tralasciato cosa che convenisse all'obligo di buon ministro verso il suo re et a quello di valoroso capitano».

Al sentire proposta così arrogante s'alterò fuori di modo Apollo et il censor Massimo havendo inditto il silentio, parlò Sua Maestà della seguente maniera:

> «Temerario Oriac, dinanzi questo trono osi parlare di finanze, et al cospetto di Apollo, al quale non si può nasconder cosa veruna, dir bugie così manifeste. Non sei tu quello col cui mezo si palesarono le più segrete risolutioni a' genovesi, non si pagarono per questo trecento milla scudi al tuo contestabile? Povera Francia, poiché i tuoi ministri ti hanno condotta all'estremo della riputatione. Non sia re, non sia prencipe, non sia signore che per l'avenire più si fidi di te. Et la memoria del contestabile de Dighieres, così quella d'Oriac, sia condennata a perpetua infamia».

In tanto, il censor Massimo commandò ch'egli fosse accompagnato dal bargello fuori dello stato.

Appresso questo si fecero innanzi due persone non conosciute, inviate dal popolo di Focide. Dissero che la republica di Focide, loro patria,

essendo assaltata dal prencipe d'Acaia, volenteroso di castigar solamente l'orgoglio e temerità de' loro ottimati, il popolo, tutto che fosse in sommo grado tiraneggiato, si era portato così virtuosamente nella difesa della patria che gl'istessi ottimati, conoscendo le ingiustitie e violenze essercitate per il passato, haveano fatto voto solennissimo a Giove Ottimo Massimo d'emendarsi se restava servito liberargli dall'imminente pericolo. Ma che a pena pensarono d'esserne fuori, quando più fieramente incrudelirono contro del popolo, caricandolo di taglie e gabelle, togliendogli le mogli e le figlie, per saciare la loro esecranda libidine, facendo assassinare le persone più riguardevoli di quell'ordine. Ricorrevano perciò a Sua Maestà per giustitia. Rispose Apollo che il popolo di Focide non havea male che non meritasse, poiché havendogli Dio Ottimo Massimo mandato una sì grande occasione, così poco se n'era saputo valere, che pensar al rimedio era cosa vana, havendo così statuito la Divina giustitia, per fino che arrivando le estorsioni al sommo grado di tirannia, essa ne caverà il rimedio de gl'uni et il castigo de gl'altri.

Per il secondo giorno delle calende di febraro, havendo deliberato Apollo d'intendere sopra le pretensioni della republica di Genova et essendosi a questo effetto apparecchiata l'udienza nel gran salone, non è credibile il concorso che vi fu d'ogni qualità di persone. Vi comparve dunque su l'hora di terza Gio. Battista Panesi, tolto in mezo da Bartolo et Giasone con altra moltitudine de' procuratori et, havendo preso posto da rimpetto al trono d'Apollo, in capo a mez'hora entrò Sua Maestà procedendo tutti gl'ufficiali della corte et appresso lui i Consegli di Stato et di Giustitia, et dopo breve intervallo, facendo segno Lanfranco Margotti perché si desse principio all'arringo, replicata dal Panesi la medesima instanza, il primo che si fece innanzi fu il Ronfa, gran favorito di Rodolfo imperatore, il quale in nome dell'Imperio parlò di questa maniera:

> «Sire, i presupposti di questo ministro genovese sono tanto falsi come le sue dimande ingiuste e temerarie. Questa comunanza d'huomini, che da sessanta anni in qua comincia haver forma di republica per beneficio de' miei austriaci, sdegnando la sala ducale, vorrebbe avanzarsi sopra molti prencipi maggiori di lei et ugguagliare le corone de' gran monarchi, et come che i suoi progressi non fossero molto ben noti, pensa con apparato di parole speciose di secoli, di gloria, di vittorie, di dominio introdurre nuove specie nell'opinione de gl'huomini. Questa natione, che da gl'Ottoni cominciò a pigliar nome di Comunanza, non sì tosto fu conosciuta dal mondo ch'ella cadde sotto il dominio assoluto d'un Nicolò da Guarco, vilissimo notaio, il quale scacciato da i Montalti, famiglia dell'infima plebe, la dominarono per lunga serie di padre in figlio, et essendo a questi successo Simon Boccanegra et a lui il fratello, huomini

plebei, se ne impedronirono i due Oberti, Doria e Spinola et appresso loro i Corradi. Ma della maniera che per lo spatio di 150 anni ella fosse dilaniata da gl'Antoniotti, dalli Battisti, dalli Federici, dalli Barnaba, dalli Geronimi, da gl'Ottaviani, huomini delle fameglie Adorna e Fregosa, che alternativamente con assoluta potestà, sotto nome di duca, la dominarono fin all'anno 1528. Ne sono le historie piene. Sì come di che interposatamente in questi tempi ella cadesse sotto il dominio hora del re di Francia, hora de' duchi di Milano, fino del marchese di Monferrato. Et che l'anno del 1528, havendo ricuperata la libertà per gratia dell'imperator Carlo V, di nuovo l'anno 1575 ella traboccasse nelle antiche miserie da' quali fu sollevata da Massimigliano Secondo et da Filippo Secondo è cosa troppo nota.

Questi, Sire, sono i secoli gloriosi della Comunità di Genova, i suoi trofei sono l'infame non meno che lugubre traghetto delle navi Interiana e Squarcciafico, quando d'Asia in Europa a costo d'un ducato per testa passarono settanta mila turchi, da' quali la più nobil parte dell'Imperio ne restò per sempre oppressa; le vittorie, per parlar de' tempi presenti, sono le rotte di Rossiglione, Ottaggio, la Pieve, Garresso e la Briga, la perdita di più della metà dello stato, di due generali, di più di cento bandiere, la fuga de' principali ufficiali, cominciando da Savona.

Sire, Genova fu sempre camera d'Imperio: questa moneta d'oro che all'indritto porta il nome di Corrado imperatore è segno di vassallaggio. Essa lo cambiò tre anni sono con quello *In hoc salus*. Ma havendole il presente Ferdinando cominato la pena della disgratia, lo restituì. Hoggi ricorre a Vostra Maestà per due cose: l'una è la prerogativa della Sala Reggia, pensando con questa di sottrarsi dall'ubbidienza dell'Imperio; l'altra il trionfo per coprire con questo mezo tanta indignità. Circa la prima, Sire, la Sala Reggia non si concede solo che a quelli prencipi che non co[no]scono superiore in terra, o a quelli che hanno l'ascendenza reale, o veramente che col proprio valore s'havessero fatta la strada all'immortalità. Li principi di questa natione furono la piratica, i progressi, la mercatura; lo stato presente sono le usure, le rapine; il fine è l'inganno, l'ingratitudine. Ma circa la seconda, chi non sa che col nome dell'Imperio e con le armi di Spagna s'è durato fatica di tener in piedi questa gran republica, mentre ella stava alla misericordia del duca di Savoia? Se Dio Ottimo Massimo non ci metteva la sua mano, che in vero altri non ne ha havuto la gloria. Questo, Sire, ho rappresentato a Vostra Maestà per dimostrarle che senza pregiudicio de gl'imperatori miei non si può concedere al Comune di Genova ciò che dimanda».

Gl'avocati, a questo dire del Ronfa, restarono attoniti et risposero che, essendo tanto contrario al fatto presupposto dal loro principale, ne dimandavano coppia per dar soddisfattione poi delle buone ragioni della Republica. Ma Lanfranco Margotti, rispondendo che le cose de' prencipi

non si trattavano come quelle de' privati, tanto più non essendo ad Apollo nissuna cosa incognita, fece segno che si passasse innanzi.

Per le pretensioni di precedenza fra le due Corone è solito tirarsi la sorte nelle concorrenze et, essendo toccata a quella di Francia, il signor di Villeroy, personaggio di grande estimatione in questa corte, rappresentò per parte della Corona di Francia ciò che segue:

> «Sire, che i re di Francia Carlo, Luigi e Francesco fossero assoluti signori di Genova non lo può negare nissuno, sì come è vero che Francesco Sforza il Primo riconoscesse dal re Luigi XI la città di Savona, ma nella maniera ch'ella scotesse il giogo per opera d'Andrea Doria, ministro all'ora del re Francesco, con macchia di ribellione et ingratitudine, e cognito appresso il mondo. Che li successori non n'habbino procurato la ricuperatione ne fu causa l'improvisa morte d'Henrico II, la pupilar età di Francesco II et di Carlo IX, le turbolenze d'Henrico III, sì come l'accidente lagrimevole d'Henrico il Grande. Nella ragione de gli stati per li prencipi sovrani non è termine che prescriva. Ma se vogliamo ammetter con li leggisti quello di cent'anni, Sire, il mio re Luigi, prima sia giunto il termine, ha rinovato le sue ragioni, ha portato le sue armi su le porte di Genova, s'è impadronito della principal fortezza e, senza dubbio ch'egli conduceva a perfettione l'opera, se la fellonia delli due principali ministri non defraudavano la Francia di questa gloria et il re della fede. Ma se alla generosa nation francese non mancherà il punto d'honore, se al re la generosità de' suoi ascendenti, ben presto lo vederà il mondo. In tanto, non deve Vostra Maestà dar orecchie alle dimande del Comune di Genova per il grave pregiuditio che ne seguirebbe al mio re circa alla prima dimanda. Che in quanto al trionfo, Sire, è cosa ridicola la pretensione di questo ministro. Ma quando le ragioni della Francia non fossero così buone, per le quali di giustitia non può Vostra Maestà consentire a tali dimande, io dico che con la concessione della Sala Reggia a questa natione non si farebbe altro che bandir da essa i re, gl'imperatori, quali di nissuna maniera permetterebbero d'accomunar con gente tanto vile, con gente tanto pernitiosa al genere humano».

Al raggionamento del signore di Villeroy stettero i ministri di Spagna molto attenti, come a cosa che molto gli premesse. Onde non tardò di farsi innanzi don Gio. d'Idiaques, persona di grande isperienza et nelle cose della Monarchia di Spagna versatissimo et, in particolare toccante agl'interessi d'Italia, egli parlò della seguente maniera:

> «Sire, che alla republica di Genova si mantenga quella sua libertà che si procura d'honorarla quanto comporta la sua capacità, gli istessi miei re di Spagna se ne constituiranno procuratori. Ma che ella entri nella pretentione della Sala Reggia e trionfo, Sire, questo non si può sofferire, perché sarebbe in troppo gran pregiudicio della Corona di Spagna, la quale per le ragioni del re Alfonso Primo, come herede testamentario Filippo Maria Visconte, duca

di Milano et signor di Genova, può pretenderne la superiorità, ma, quello che più importa, per il possesso di cent'anni ch'ella ha di commandare il publico et il privato, disponendo delle facoltà et di quel stato, tenendovi squadra di galere, con generale et altri ufficiali minori, un ambasciatore più presto con autorità di vostro re che di oratore, un corriere maggiore, havendovi il mio re l'autorità della pace et della guerra. Et in caso di questa, provedendola non solo di generale, ma di mastri di campo, de' capitani, fino de' minimi ufficiali, essendo la piazza presidiata d'un reggimento de' tedeschi, sudditi della Casa d'Austria, sì come l'istesso colonnello, non ammettendosi alla dignità ducale, così di senatore e d'ogni altro magistrato, se non quelli che sono o feudatarii del mio re, o pensionarii, o mercanti, prohibendo alla Republica di trattar con qualsivoglia prencipe, sì come di non permettere in Genova la residenza d'altro ambasciatore. Et se bene a i miei re di Spagna s'è offerta tante volte l'occasione di pigliarne il pieno dominio, se non astenuti, permettendo che nell'apparenza ella porti nome di republica, che amministri la giustitia civile e criminale, ma non più innanzi. Hora, Signore, se a questi huomini si debba la Sala Reggia si lascia alla somma providenza di Vostra Maestà, ma tanto meno il trionfo, perché senza l'aiuto del mio re, o per dir meglio di Dio Ottimo Massimo, essi non potevano campare dalle mani del duca di Savoia».

Restò tutto l'auditorio attonito per la parlata di questo personaggio et i speculativi all'ora conobbero la causa perché Gio. Battista Panesi non andò dirittamente a scavalcare in casa della Monarchia di Spagna.

Il Paruta, senator gravissimo a cui Sua Maestà dà molto credito per la letteratura, per la prudenza et per la gran pratica che ha delle cose di stato, fu sempre impiegato in questa Corte ne' maggiori carichi, ma servendo in tal occasione alla sua republica di Venetia, rese tutti circnostanti attentissimi, dopo che egli si spiccò dal suo posto per entrare in aringo. Egli con gravità senatoria parlò della seguente maniera:

«Sire, la republica di Genova, da che cominciò ad esser tale, fu così perniciosa a sé medesima che per 300 anni continui ella non stette mai senza alcuna seditione civile, et se in questo spatio di tempo i suoi cittadini hebbero qualche lucido intervallo, che fu molto breve, non servì ad altro che per co[n]giurare a danno della libertà d'Italia. Così confederata, hora con il re d'Ungheria, hora con l'imperatore di Constantinopoli, consentì alla distruttione della mia republica. Ma da che ella scosse il giogo del dominio francese l'anno del 1528, sono stati i suoi progressi così dannosi alla generalità de' potentati d'Europa che fino la stessa Monarchia di Spagna, tanto sua partiale o signora più presto, ne porta le vesti logore, e poco meno che ridotta all'estrema povertà. Ma facciamosi da capo, toccando solamente le cose più essentiali di questo secolo.

Sire, la republica di Fiorenza perdé la libertà col danaro di questa natione et per opprimer quella di Siena Cosmo, duca di Fiorenza, pigliò danari a

cambio dalli genovesi. Essi fecero così gran sforzo perché Piombino e l'Elba, posti di tanta conseguenza, non andassero in mani dell'istesso Cosmo, prencipe italiano, che per necessità caderono in quelle del re di Spagna, accrescendosi alla servitù della patria comune questa catena di più. Perseguitarono i marchesi del Finale, fomentandogli la ribellione de' popoli, fino a tanto che, accrescendosi quello importantissimo stato al dominio de gli stessi spagnuoli, essi aprissero una porta al ducato di Milano, potendosi dire con verità che l'istesso intervenisse di Monaco. Ma le dissentioni che si sono seminate in Francia, in Alamagna col danaro di questa gente, l'oppressione c'hanno patita gli olandesi, il Palatino, il duca di Savoia, la mia republica, Danimarca et Inghilterra per mezo di questo instromento è pur troppo nota. Ma quello che rende le persone stupide, altresì abborrito dalle legge divine, humane et di natura è che i corsari, tanto infesti al genere humano, trovino in Genova danari a cambio per uscir a danni della Christianità; che gli stessi genovesi siano partecipi delle prede; che in Livorno, in Marsiglia, in Genova si vendino all'incanto per conto delli medesimi genovesi ciò che Stamurat, renegato genovese, et altri pirati di Barbaria hanno predato in questo Mediterraneo. Et che a Tunesi, in Algeri, a Biserta siano condennati a durissime servitù huomini ingenui, fatti schiavi per opera di questa perfida natione.

Se queste attioni, Sire, d'inconstanza et di perfidia continuate per 400 anni meritino la Sala Reggia, se alla viltà di questa natione si debba il trionfo, facilmente può giudicarsi. Ma non è mio intento, Sire, d'oppugnare a queste dimande, ma sì bene di rappresentare a Vostra Maestà sì come non ha l'Europa necessità di provisione nissuna tanto come levar dal mondo questa natione, abbolire il suo nome, rader la sua città, condennando perpetuamente la sua memoria alla pena dell'infamia».

Fu tanto efficace il Paruta nel suo dire che la moltitudine cominciava a strepitare e correva rischio della vita il Panesi, se la presenza tremendissima d'Apollo non l'assicurava. In tanto, all'improviso, con poca creanza, si fece innanzi Georgio Soprasasso, svizzero, il quale protestò che la sua invincibile natione non sarebbe più venuta in Sala Ducale se da essa non si fosse dato bando alla republica di Genova, infamissima meretrice, alla quale più presto doveasi assignare posto dentro alle case di Taide e Flora per trattenimento de' virtuosi della corte. Al che, essendosi fatta una gran risata, il censor Massimo indisse silentio. Et Lanfranco Margotti disse, che per il quarto giorno delle calende Sua Maestà commandava che Panesi, sì come tutti gl'ordini, comparessero nell'inteso luogo dove si sarebbe sentito il Decreto della sua volontà.

Riferisce Steffano Pignatello dal Pregaio, valletto di camera et segretaro de' piaceri d'Apollo, che la sera, sulle tre hore di notte, venne il cavaglier Vinta da Sua Maestà mandato da Ferdinando gran duca di Toscana, il quale,

allegando le sue indispositioni per scusa di non haver inviato persone nel contraditorio della mattina, le metteva in consideratione che sarebbe stata grandissima indignità conceder a quel ministro di Genova le cose ch'egli pretendeva. Et che Apollo, entrato in grande scandescenza per questa maniera di fare, gli rispondesse risentitamente dicendogli che i suoi Medici già molto tempo stavano in possesso di tirar il colpo e nasconder il braccio, che questa maniera di fare non era buona. Ché i prencipi, in alcune occasioni, devono mostrarsi et ch'egli acquistò assai più riputatione, havendo in quei tempi favorito scopertamente il partito del re di Navarra, di quello che hoggi habbi guadagnato Cosmo, suo nepote, essendo nella Lega e voler parer di non esserci.

La concorrenza che si vide nel maggior salone il giorno destinato alla speditione del Panesi, segretaro della republica di Genova, fu così grande che le guardie ordinarie furono necessitate di prohibire l'ingresso a molti, et essendo di già tutte le cose disposte, entrò assai di buon hora Apollo col solito ordine et comitiva, et assiso nel suo regal trono, mentre gli audienti con mirabile silentio attendevano la risposta del Divino Oracolo. Egli parlò della seguente maniera:

> «O quanto sono vani i presupposti della tua republica, o quanto ridicole le sue pretensioni! Se le sue attioni antiche et moderne siano così segnalate o più presto se meritassero in ogni tempo rigorosa censura tu lo sai, e se in questo ultimo tempo le deliberationi acquistassero nome d'imprudenza e temerità, sì come i progressi di viltà et infamia è pur troppo certo. Ma se gli stessi spagnuoli, a' quali essa deve l'obligo della sua liberatione, habbino potuto sfuggire qualche nota di mancamento per colpa dell'istessa republica, è chiaro a tutto il mondo. Rimetter in piedi una Lega già disciolta per un vilissimo Zuccarello, mentre il suo Dio tutelare stava con l'armi impegnato in tante parti, serrar l'orecchie a tutti li temperamenti d'accommodo, è tanto lontano dalla providenza che si richiede in una republica, che se gli deve il nome più presto di sregolata comunanza. Ma che? La vanità d'alcuni suoi cittadini fu causa di tutto questo. Quello che tu stimi riputatione è grandissimo peso alla tua republica et è la grandezza di quelli suoi gentilhuomini, i quali essendo per sofferire più facilmente il commando d'un re di Spagna che quello d'un duce, il più delle volte huomo ordinario, la faranno cascar nella rete. Che un infermo, un moribondo, in scambio di trattare co'l medico della sua salute, facci con l'istesso castelli in aria, è cosa troppo fuori di ragione e sempre si direbbe ch'egli havesse perso il cervello. La tua republica ha tante infirmità, che quella del delirio è ordinaria: già ella è oppressa da humori così maligni che poco più sarà la durata. Però a qualche rimedio havrei voluto c'havessero pensato i cittadini e che a tal fine havessero inviato da noi accioché se ne studiasse il modo. Ad ogni maniera, perché la tua venuta non sia del tutto indarno, si sono

deliberati alcuni ricordi, co' quali si possa mantenere l'apparenza dello stato presente, perché dargli medicina più violenta sarebbe condurla alla morte».

All'ora Lanfranco Margotti, fatta riverenza ad Apollo, cominciò da capo d'un foglio, che egli teneva in mano, come segue:

«Ricordi alla republica di Genova per mantenersi nell'apparente riputatione, almeno appresso de' Popoli suoi, e persone ignoranti:

- Primieramente perché la gente volgare, nella quale consiste il maggior numero, habbia dove fissar l'occhio della sua ignoranza, si loda che tutte le attioni publiche siano accompagnate da molta apparenza, poiché sostanza ce n'è così poca.
- Che il duce, marciando in qualunque occasione, si facci portare innanzi la spada, nonostante che la giustitia distributiva et commutativa sia bandita da essa republica, et che così liberamente si commettino gli homicidii, gl'assassinamenti, il peccato nefando, si violino le vergini vestali, senza che se ne facci neanche processo.
- Similmente, che si facci portar innanzi due mazze, in segno della suprema autorità, quantunque sia cosa certa ch'ella sta tutta appresso i ministri del re di Spagna.
- Ch'ogni giorno si faccino leggi, decreti, bandi nuovi, se bene non se ne osservi nissuno.
- Che spesso si chiamino i collegi, i consegli e si mettino in segreto, se ben non ci è cosa da trattare, et che se gli dia il giuramento di non palesare ciò che si tratta, quantunque sia cosa certa che subito lo riveleranno in specie all'ambasciatore di Spagna.
- Che alla dignità ducale e senatoria non si admetta fuori quelle persone che sono mercanti, o pensionari, o feudatari di Spagna.
- Che, dispacciandosi ambasciatori in qualunque parte, se bene saranno di cerimonie solamente, mostrino di portare gran negotii.
- Che si admettino i bastardi al governo, nonostante che sia contro la dispositione di tutte le leggi.
- Che si procuri d'impoverir maggiormente la nobiltà povera per haverla pronta alle sue voglie e disponer delle sue donne a uso piacevole.
- Che si mettino nuove gabelle perché i potenti ad ogni modo non le pagheranno.
- Che si ritrovi modo perché le vittovaglie si vendino sempre a prezzo rigoroso, per tener con questo il popolo e la plebe in freno.
- Che ai popoli non s'osservino patti né conditione, né se gli facci giustitia, per dimostrare in queste minuccie la potenza della Republica.
- Che tutti gl'huomini d'ingegno che sono fuori dell'ordine de' potenti, così li virtuosi, si perseguitino in ogni parte.

- Che il principal studio degli ottimati sia la hipocrisia, sebene sotto questo manto essercitino l'usura, participano co' pirati le prede e faccino ogni sorte di ribalderie.
- Ma che sopratutto, per l'avenire, si astenga la Republica da mangiare cose dolci, o dove entri molto Zuccaro, acciò un'altra volta non se le rilassi lo stomaco».

Restò l'auditorio tutto attonito alla qualità de' ricordi, parendo che fossero contrarii al buon governo d'una republica. Ma Panesi, che molto bene intese l'intentione d'Apollo, come huomo di grande ingegno ammutì, destramente ritirandosi al suo alloggiamento. In tanto comparvero due donne maccilenti, con le vesti logore. Furono conosciute l'una per la republica di Fiorenza, l'altra per quella di Siena, che dopo l'haver persa la pudicitia, si ritirarono a far camera locanda in strada Giulia. Le quali, dopo un lungo giro di parole, domandarono consiglio di come ricuperare la libertà; alle quali rispose Apollo che i loro governi non furono altro ch'asilo de' discordie e d'ogni ribalderia e che, havendo bisogno de' Medici per curar una così grande infermità, havendole proveduto così bene Dio Ottimo Massimo, non occorreva altro rimedio. Finita l'udienza, entrarono le Muse et Euterpe cantò l'*Historia de Icaro*, mentre Appollo andava ritirandosi alle sue stanze.

6. 2. [Gian Michele Zoagli]. *La republica di Genova và in Parnaso a scioglier il voto per le vittorie ottenute contro de' suoi nemici*

Biblioteca Angelica, ms. 1658 (52), fols. 468r-479r [manuscrito]
Edición de Alessia Ceccarelli

Dopo gli ultimi avisi si ha che a X del passato gionse nel porto di Pindo la galera capitana del duca di Savoia condotta da Galeazzo Giustiniano, sopra della quale intendendosi che veniva la serenissima republica di Genova, fu questa nuova non meno improvisa, non essendone preceduto apparecchio alcuno nel suo antico palazzo, di quello fusse cara a tutta la corte per lo desiderio grande che haveva di riveder questa principessa, la cui venuta in questi tempi permetta gran cose, et materia di molte curiosità.

Caggionò non di meno altretanta confusione nelle cose di quei prencipi che, essendosili collegati contro, desiderando hora con apparenti segni di coprir l'intrinseco dell'animo loro, non sapevano trovar modo di salvarsi, et sparsesi che ben presto si fosse assentato dalla corte Pietro Aretino da Vercelli, fatto reo dalla pubblica voce e fama, di una mano d'impertinenze, che ad istanza de' poco amici di questa republica erano state inventate, e poi mandate in volta sotto nome di *Ragguagli di Parnaso*.

La Monarchia di Spagna dichiarorsi palesemente di voler hospitarla, et ne commisse l'invito a Gio. Andrea Doria, suo amiraglio, facendole porre all'ordine il meglio quarto con sublimissimi e reggii addobbamenti.

Tutt'ad un tempo si seppe per cosa certa ch'ella se n'era passata incognita in casa della republica di Lucca, sua confidentissima, con risolutione di trattenersi in casa senza far, né ricever complimenti di sorte alcuna; per la qual cosa non havesse portato quella pompa che le sarebbe toccato, per entrar solennemente in Parnaso; ma' solo quella poca corte, che il bisogno richiedeva, accompagnata da Geronimo Asereto et Bernardo Clavarezza, ambi doi stati suoi duci, et il secretario Gio. Agostino Gritta.

Mandorno ad ogni modo da lei magnifici prencipi per voler complir seco, et à tutti fece rispondere di un tenore, cioè che la sua venuta in questa corte per all'ora non era à fine d'haver honori, et che gli riserbava in altro tempo ritornando in sua casa.

Permisse però d'esser visitata dalla Monarchia di Spagna, la quale con tutto che tapada nel manto a vista d'ogn'uno andò da lei la sera stessa in una carrozza, penetrandosi insieme, che si trattenesse seco a longo con istanze grandissime di condurla al suo palazzo, alle quali ella non acconsentisse.

La mattina vegnente, essendo calato Apollo nella solita sala dell'udienza da insolito concorso de politici et litterati, si attendeva qualche novità grande dall'arrivo di questa prencipessa.

Molti volevano ch'ella prendesse il trionfo a lei giustamente dovuto per haver disfatte le leghe apparecchiate contro l'Italia, diffeso il suo stato da esserciti formidabili, con questo dì quello de suoi nemici con spoglie gloriosissime. Discorrevano alcuni che il suo scopo fusse di dar conto a Sua Maestà delle guerre sofferte, et dimandare che essendo dichiarate ingiuste, ne venissero dichiarati gli autori al rifacimento de danni patiti, et a rimborsarla di cinque millioni d'oro spesi in esse. Altri aggiongevano che dovesse insieme partecipare i negotii della pace tra lei et Savoia, rappresentando le stravaganze delle pretensioni del duca, e la costante risolutione de suoi cittadini di continuar più tosto nella guerra, che d'ammetterne alcuna: mentre si vidde introdotto il secretario Gritta che con habito decente e portamento grave, fatte ad Apollo le debite riverenze, et havuto dal censore il segno del dire, parlò nella seguente maniera:

> «Sire, la mia republica da che hebbe vita hà continuamente professato di rendersi degna delle gratie, che sì abbondantemente influiscono in lei gli vostri benigni raggi, operando in tutti i tempi talmente, che dallo splendore di essi illustrati i fatti, fusse chiara al mondo la dependenza del suo essere, e della sua grandezza della nostra divina protettione, riconoscendo hora più che mai questi beneficii per essersi liberata con tanta sua riputatione dagl'inimici della sua libertà, et della sua fede; volendo sciogliere il voto, viene a questa Sacra Reggia altre tanto negletta e dimessa quanto la divotione del suo cuore et la purità de suoi pensieri li richieggono».

Sfavillò chiarissimi lampi d'allegrezza Apollo, sentendo la venuta della Republica et girandosi intorno sparse queste parole: «Imparino i prencipi mondani il riconoscimento che debbono al Cielo delle vittorie, et à quest'essempio si arrosischino delle loro diaboliche pretensioni», et voltossi al secretario disse: «O quanto ci è caro riveder la nostra dilettissima figlia e tua republica; venghi pur lieta in qualsiasi forma che sarà da noi molto ben riconosciuta, e con ogni paterno affetto raccolta», et decretatole il Concistoro per la dimane, licentiò il secretario.

Il restante di quell'udienza si consumò in sentire doglianze d'alcuni principi che mossi da varii affetti, e diverse raggioni de loro interessi simulavano di non poter soffrire che questa republica gli havesse dichiarati così apertamente sospetti, escludendogli dalle visite che havea ricevute da Spagna.

Vi fu fra questi la Monarchia di Francia, che ramentando i tempi andati, ne quali la republica di Genova stette sotto la sua protettione, si lasciò uscir di bocca che con la stessa havrebbe operato, che non se li fusse amareggiata la dolcezza di Zuccarello, se per le differenze che ne nacquero fra essa et Savoia havesse fatto capo di lei.

Alla quale rispose il censore da parte d'Apollo, che la republica di Genova con ragione dovea haverla sospetta, e non guari amica, perché non obstante le prove fatte alle sue spese de mali francesi, doppo d'haver scoperte insidie tesele contro, continuando ella con quel rispetto alla sua corona, che gli era dovuto in ordine anco alla conservatione della sua libertà, hebbe altre tanta giusta occasione di alienare da lei all'hora, che con sì poca buona politica, per non dir altro, fece trattenere in Lione Gio. Luca Chiavari speditole ambasciatore, giocandosi con la remissione del bando a Claudio Marini l'afflittione di tutta la cittadinanza.

Seguitò la republica di Venetia, rappresentando che se bene fra essa et quella di Genova erano anticamente occorse infinite guerre, nelle quali le glorie cogl'acquisti rimanessero ripartite tuttavia che ella dall'hora in qua si teneva congionta seco con si strett'amicitia, che amandola come sorella, in tanto stimava poter continuare nella libertà di se stessa in quanto Genova mantenesse la sua.

Non potè Apollo lasciarla passar più oltre, ma avampossi d'un insolito rossore et levatasi con impeto dall'aureo trono disse:

> «Taci Venetia, et ricordati delle leghe trattate altre volte, et di quell'ultimamente raggiustata in Susa, et guardati di ritornare alla mia presenza, con bugie sì manifeste, facendoti a sapere che i tuoi zechini non saranno bastanti di trattenere qui il giusto castigo, come ben spesso placano gli sdegni del tuo nume ottomano».

A tutti gl'altri diede il censore le risposte congrue, onde non vi fu chi osasse soggiongere o replicare cos'alcuna; espedita l'udienza si ritirò Apollo a ricrearsi con la melodia delle messe sacre.

Il giorno appresso, di buonissima hora, più che mai giolivo e luminoso il biondo Dio comparendo su la Reggia, sede con la febea corte, fù così pieno in un subbito il gran salone d'ogni sorte di persone, che a pena la potea capire, et ecco che dal maestro delle cerimonie fù d'inanzi d'Apollo, condotta questa prencipessa che in vederla solamente mostrò quanto prevalesse in lui l'affetto che a lei portava alla maestà di quel luogo, poscia che incontratala in atto di baciarla, se non la baciò se ne scorse almeno fin su le labbra il bel desio che n'havea il suo cuore.

Non è qui da tacere l'habito et il portamento di questa prencipessa, et l'accompagnamento che seco haveva.

Era vestita come da peregrina di panni di lana bianchi senz'ornamento alcuno fuori, che di gentilissimi veli d'intorno al capo, fra quali la serenità del volto, lo splendor de gl'occhi, e l'decoro della persona rendeva la sua

bellezza in tanto calma, che attraheva a rimirarla i circostanti, com'un altro sole.

Conduceva per suoi scudieri i doi duci Asereto e Clavarezza, precedendole Galeazzo Giustiniano con lo stendardo del duca di Savoia, e l'secretario Gritta portando una gran tavola d'oro. Poiché fu ascesa nel seggio apparecchiatole alzatasi da esso con atto riverente alla Maestà d'Apollo, et data una gratissima girata d'occhi al sacro concistoro prese a dire in questa guisa:

«Lume dell'universo, quantunque io sappia certo che a te sia noto non solo l'esser mio antico e moderno, ma atresì ogni mio pensiero, siami non di meno concesso darne qualche contezza in questo luogo di verità, affinché per mancamento di essa non resti defraudata à te la gloria che ti si deve, et a me tolto l'honore, che professo.

Che i miei natali siano stati sino al principio della Republica Romana, et che io fin dall'ora possedessi lo scetro di quel ligustico regno, i popoli di cui con sì gloriosi gesti accrebbero à quello l'imperio, et a me la fama, è pur troppo palese al mondo, e testimonio ne fanno le memorie di essa, che io ne conservo una tavola di bronzo fatta al tempo del consolato de Lucio Cleilio [*sic*: Cecilio], et di Quintia, et di Quintio Minutio, figlio di altro Quintio, né so che altri popoli d'Italia possino vantarsi d'havermi avvantaggiata a quei dì nelle forze di terra et di mare onde fussero di maggior momento a quella republica de miei liguri. Sostenni con essa molt'anni le guerre, et confederata con essa, crebbi con le sue fortune sino all'Inondatione de gotti e longobardi, dalla barbaride de quali, niuno rimase illeso. Fugati questi da Carlo Magno, sotto il suo impero diedi a conoscere come non era in me sopito l'antico valore; lo provorno i saraceni in tante occasioni, et nella scacciata che ne feci con le mie armate di Sardegna et di Corsica quando acquistati quei regni.

Delle imprese poi di Terra Santa, di Antiochia e di Cesarea si meritarono i miei liguri degnamente d'esser segnalati fra tutti gl'altri popoli nella fama, nelle prerogative, ne privileggii, et ne doni, che in riconoscenza del lor valore ne riportarono dal pio Buglione, da Baldovino et da Boemondo. Vedansi le giurisdittioni, le terre e le città ch'io n'hebbi nella Siria, nella Palestina, nell'Armenia, et nella Fenicia, il glorioso monumento sopra il Santo Sepolcro (*Prepotens Ianuensium Presidiu*), la croce ch'io porto nel mio vessillo, il pretioso vaso di smeraldo, le sacrate ceneri del Precursore, et tant'altri trofei, che ne ritengo, che vedrassi insieme che non hebbe il Turco maggior nemico, ne che più paventasse della nation genovese.

Stetti in appresso soggetta a travagli communi à tutta Italia però ben che in varie forme governata da miei cittadini con tanto splendore, e con opere così egreggie che sì come sarebbe longo il raccontare le mitre papali, le porpore, i titoli, e le dignità tutte nelle cariche più importanti, che ne ho havute, com'è poco il dire che prencipi grandi sono stati procreati dalla mia schiatta, liberati da gl'assedii, et rimessi nelle loro stati, dalle mie forze, et

che di essi sian sì honorati di farsene capitani e condottieri che alle tante mie vittorie io ne habbia accresciuto le corone de regni, e degli re stessi, che nelle battaglie vinte, ch'io fussi lo scopo de pontefici et sicuro propugnacolo della Chiesa, et che le più grandi imprese di quel tempo dipendevano dal furore delle mie arme.

Per gl'istessi rispetti, essendo divenuta ne cittadini del pari l'ambitione con l'ardire, se n'introdusse con la città le discordie civili, onde fummi bisogno per raffrenarle ben spesso, et per non sottomettersi agl'accidenti che potevano gittarmi a terra, di far ricorso dall'hora ad uno et dall'hora ad un altro de prencipi più vicini o più amici coll'aiuto de quali io venissi ad ismorzare il fuoco che haveva in casa.

Niuno però di essi vantar si puote, che già mai di parte alcuna del mio governo, o del mio stato assoluto dominio havesse, i prova di che dirò solo che hebbi sempre tanta virtù, e tanta forza da cacciarnegli fuori tutte le volte, o ch'erano cessate le cause, per cui gl'havevo introdotti, o ch'essi vollero prender più di quello richiedeva l'honestà mia.

E' vero ch'io m'honorai particolarmente di quell'osservanza verso l'Imperio Romano che essendogli communemente da tutti gli altri prencipi prestata, il desiderio di conservarmi intatta portava, vedendomi da ogn'uno insidiata in tempo, che la malitia cresciuta in colmo, non lasciava sicure le matrone ben guardate, non che le fanciulle libere, et che far dovemo? Forse appartarmi dall'Imperator cristiano, et acostarmi al Gran Turco? Dio me ne guardi, anzi che gelosa di mantenere inviolabile la fe' di lui, ch'hebbi una volta, et l'honor mio senza pur un'ombra di macchia feci che i miei volontariamente si privassero de regni intieri, non che del rimanente, che m'havemo acquistato, et io possedevo nel Levante.

Lasciandone i regii titoli à chi non n'hebbe mai che fare, per staccarmi a fatto da confini di cui vivendo con diversa fede poteva mettermi in qualche pericolo. Nell'ultima scacciata ch'io feci nel 1528 de francesi, dove il mio gran Doria soddisfacendo al debito di buon cittadino verso la sua patria per salute della quale ogn'altro rispetto, fuori che quello di Dio, non è ammesso dalle leggi divine, né dalle humane, visto altre tanto honorato quanto ingrandito da chi conobbe il preggio della sua generosa attione, fissai il chiodo della mia libertà, ancora che non si possa negare, che abbagliati purtroppo dalla bellezza di quel governo, i cittadini ne venissero poi fra di loro in qualche gelosia, che in breve rimase estinta col mezo di quei prencipi a quali le differenze che anzi dir si potevano loro private che pubbliche ne furono rimesse.

In questo stato di cose, venendo acquietato l'Italia dall'armi di Spagna, l'isola di Sicilia, il regno di Napoli, et lo stato di Milano in lor potere presi per san consiglio di stringermi in amicitia con quella corona, la Cristianità, la potenza e la grandezza di cui m'assicuravano la religione et la libertà et l'accrescimento de miei cittadini, onde rimirando quante altre republiche

d'Italia eransi naufragate pareami di haver giustamente meritata la stima che di me et delle mie forze si è fatta dalli maggior principi et monarchi d'Europa, privileggi di tanti pontefici et imperatori in diverse occasioni. Le dichiarationi di Giulio II e di Carlo V, Massimiliano, et ultimamente di Mathias e Ferdinando, che diedero agl'ambasciatori il giusto possesso de regii honori, ne sono bastanti prove.

Era primieramente ritornata la bella età dell'oro, possedendo in una tranquillissima pace il mio regno dell'isola di Corsica, et di terra ferma ogni giorno più ampliato, et popolato, vedendo la città ingrandita et abbellita tanti miei figli coronati, et anoverati fra gl'eroi più famosi fin con gl'acquisti de mondi nuovi, tutti i cittadini arrichiti di quei beni che permesso dall'industria alla quale son nati soggetti per raggion del mio sito eransi loro avanzati l'amministratione de gl'affari pubblici regolata da sante leggi di commun consenso a tale che niente più faceva di bisogno per arrivare agl'honori che l'indrizzamento per la via della virtù, il maneggio della giustitia civile e criminale, deposto nelle mani de dottori forastieri per evitar le discordie, et assicurar la quiete fra cittadini che nella maggior unione del mondo non havevan altro oggetto che il mantenimento della libertà, quando col pretesto della compra ch'io feci del Zuccarello da Ferdinando imperatore, che n'era il vero signore, doppo d'haverlo dichiarato per giustitia dicaduto alla Camera Imperiale, et che nella vendita di esso considerò molto bene quanto fusse giusta la causa ch'io havevo di farne acquisto acciò non prevenisse in chi desiderandolo tendeva solo ad acquietarmi et mettermi in brighe soprafatta da un'essercito di 25 mila fanti et 5 mila cavalli, composto di una legga di potentissimi prencipi di Europa condotto dal duca di Savoia, et dal contestabile Dighieres, et minacciata da una grand'armata di mare, mi trovai altretanto spaventata quanto che per ogni ragione non dovendo aspettare contro di me quest'armi, io me ne stavo del tutto sproveduta.

E qual miracolo sarà stato, che al primo assalto di sì gagliardi nemici io mi sbigotissi qual altra republica antica o moderna non fece lo stesso, et molto più? Anzi non si perdette affatto sempre che si vidde così vicino il colpo al cuore. Assalita Cartagine da Scipione, Athene, Sparta, e Tebbe dal Macedonico rimasero estinti; tremò Roma alla venuta d'Anibale, Venetia nella rotta di Giradadda si pensò perire, et a tempi moderni rinovò gli stessi timori sentendo in Golfo l'armata catholica.

Ma qual altro prencipe ben grande non che una repubublica postisi ch'hebbe strette senza gente, e senza denari havrebbe in così pochi giorni per non dir in brevi hore fatto per sua diffesa quello che ho fatto io?

Ripigliato il mio ardire, risoluta di perdermi quello et morir nella mia fede e col mio honore, che di consentire già mai ad alcuno altro partito, amassato insieme l'oro e l'argento de miei cittadini, collegata con Dio et il Re Catholico in un subito mi fortificai in tutte le parti, mi armai in terra, et in mare, mi diffesi, et racquistai poi combattendo quello, che volontariamente havevo

perduto senza contrasto, et nello stesso modo conquistai nella Riviera, et nel Piemonte tutte quelle piazze del duca di Savoia che dall'hora in qua io mi mantengo; finalmente feci ritornare quei doi signori capitani con l'essercito disfatto lasciando per miei trofei parte di esso, l'artiglieria, l'armi, le munizioni da guerra, che haveano condotto a miei danni, sostenendo tre anni continui tutto a mie spese un essercito di 20 mila combattenti.

Di così segnalata gratia, anzi di tante gratie che immediatamente riconosco dall'onnipotente mano di Dio in quest'habito romito eccomi divota a consacrare questa memoria».

Ciò detto appresentò ad Apollo lo stendardo del duca di Savoia, et la tavola d'oro, entro la quale con maraviglia dell'arte era scolpita tutta l'historia delle guerre occorse; et Sua Maestà, con volto ridente diede segno d'haver oltre modo gradito il pretioso dono et la singolar divotione della Republica.

Vedevansi in questa tavola come in una mappa effigiato il Dominio di Genova con li confini del Piemonte, della Lombardia, e del Monferrato, in modo che si distinguevano le terre, e luoghi, gl'esserciti, gl'apparecchi et tutto il resto non meno che se fusse ogni cosa presente.

Cominciando dalla città, appariscono chiarissime tutte le fortificationi in essa fatte e sopra i colli d'intorno in giro di dieci miglia, giudicata opera de Romani per lo gran denaro, et per lo poco tempo che se vi spese.

Lo stupore s'accresceva dalla vista de fatti d'arme qual terrore non caggionava il veder così al vivo correr il sangue nel Lemo per la fiera battaglia di Ottaggio, dove ancorche restano prigioni i capi della Republica vedensi estinti tanti degl'inimici e de migliori, e fra' essi Monsù de Flandes, sergente maggiore del duca, che si mostrano a gli volti disaminati i doi generali, di passar più avanti, mentre l'impresa d'un picciol villaggio costa loro sì cara.

Quasi coll'istessa occhiata si vede entrar nel porto di Genova la galera capitana del duca di Savoia stata combattuta da un'altra della Republica, et la presa della sua terra di Oneglia.

Ecco in campagna li popoli della valle di Poncevera, onde resta l'occhio talmente distratto et confuso dalle tante, et sì grandi fationi di queste genti, che non sa di dove cominciare à rimirarle.

Qui, cosa quasi impossibile a credersi, e la presa che 500 di essi di notte tempo in un piano sotto Gavi, in Mezzoaponto, dove era alloggiato tutto l'essercito nemico, fanno di 400 bovi condutti per uso dell'artiglierie, faceva far segni di croce ad ogn'uno, il vedere un cotanto ardire, le stratagemme usate, le cautele con che poi li conducono nella Poncevera, et la festa che ne fanno entrando con essi a suon di trombe nella città non essendo particolarità alcuna di questo fatto, che non vi si veda espressa diligentemente.

La non è di minor vanto la prigionia fatta d'un centinaro d'essi, entro Belforte di Monsù Bessè, luogotenente del reggimento di cavalli alloggiato in quella terra con la sua compagnia comparendo esso, et un altro de suoi a cavallo condotti a Genova con la sua carretta.

In altra parte incontratosi con una mano di questi fra Belforte, et Ovada il capitano Antonio Re, non è meno chiaro il timore, che li fa domandar la vita, di quel che apparisca la stragge fatta dalla più parte de suoi, accettandosi lui et pochi altri prigioni.

In molti altri luoghi piaceva qualche degno fatto di questa gente sempre vittoriosa, ma sopra tutti comparisce ingegnosamente figurato quello non mai a bastanza lodato, seguito nel luogo del Pertugio, quando nel ritornare che fece il duca di Savoia da Savignone havendo seco un grosso dell'esercito a piedi et a cavallo abbattutosi con quattro o cinque cento di essi, et cacciato insieme da altre genti della Republica della medesima fatta prese la carica; o che spettacolo il veder perdere ogn'ordine di militia a cavalli, a fanti, et tutti mettersi in fuga mentre questi posti in agguati fra gl'alberi di quel colle tanti ne fan cadere a terra, quanti sono i colpi che lor tirano.

Il Crotti, secretario del duca, che havea a lato ferito a morte per tenere etternamente secreta la vergogna di questa giornata, perdè con la parola la vita.

Apparisce la terra di Nove col reggimento del colonnello Mansù della Grangia sorpreso d'improviso da quattro compagnie di Ponseveraschi dove al primo assalto morirno il figlio del colonnello, e molt'altri. Mostravasi la ritirata de rimanenti nel castello, e poi la resa a discrettione, onde parea che ogn'uno additasse il colonnello, e 30 altri ufficiali a cavallo, et da 300 soldati a piedi.

La campagna sotto Gavi era veramente degna dell'osservatione che tutti ne facevano, miravasi l'essercito della Republica, le trincere, le batterie da più bande, et nell'ardir di questo scorgesi maggiormente la paura de regimenti francesi, che ne stanno alla difesa; onde Monsù de Sansir viene a patti, restituisce la piazza alla Republica et a nuova batteria Monsù di Governon rende la fortezza.

Acresce questa vittoria l'acquisto di altri pezzi di artiglierie, di carri, delle munitioni et degl'istromenti da guerra, d'infinito numero d'armi d'ogni sorte, e di tante bandiere che tutto solennemente in ordinanza militare poi strascinar si vede dentro la città à quel concorso di popolo che richiede un sì gran trionfo.

Pareva appresso che risplendessero i chiari folgori dell'armi nella città di Savona di quel fiorito essercito che vi aspettava la venuta dell'inimico doppo che ritiraronsi da luoghi di là da monti rendevasi oltre ogni

aspettatione maravigliosa la vista di tante e sì ben fatte fortificationi, di tanti e sì valorosi capitani et cavaglieri con sì ben guarnite compagnie, prendendo il duca altra strada s'imbarcano sopra una armata di cinquanta e più galere, danno in terra alla spiaggia della città d'Albenga, s'accampano sotto di essa, la battono e la racquistano.

Appresso vedesi combattere e vincere il Porto Mauritio, rendersi gl'inimici che vi stavano ben fortificati, compagni questi à quei di Oneglia, si come di vicinanza di sito così di fortuna sol differenti in questo che quei al loro antico questi a novo padrone trapassano.

Scorrono a Ventimiglia, qui appare la difficoltà grande ch'ebbero in ripigliar quella fortezza per compimento di rihaver tutta la Riviera.

Nel medesimo tempo intrando in quello del duca, ripigliano Zuccarello, passano al Maro, l'acquistano, ruinano il castello, ascendendo alla montagna, s'impadroniscono di Pigno et con molti maggior travagli battono et danno l'assalto ad arma et abbruggiano Garessio.

Era cosa da mirarsi la fuga di quelle montagne delle genti del duca, e molto più di coloro che abbandonano Ceva, il Mondovì, e gli altri luoghi vicini dove per ragione doveva arrivare l'essercito della Republica se la staggione et le nevi non l'impedivano.

Tutte queste piazze, poi, et l'altre della Riviera, sono così ben munite delle genti vittoriose della Republica, da levare ogni pensiero al duca di rihaverle: tutto che in alcuna di esse si veda qualche novità d'armi per li trattati che egli v'introduce.

Stando intenti tutti gl'astanti in quella salto senza pur girarsi altrove a quest'ottava mareviglia, che tale fù giudicato di commun consenso il lavoro di quella tavola da Alberto Duro, et Luca d'Olanda, maestri dell'arte autorizata per opera divina, si sentì Apollo motu proprio decretare che si dovesse appender detta tavola sotto lo stendardo nel tempio della vittoria, fra le altre insegne memorande che vi ha la Republica et fatto segno d'applauso, e di giubilo incredibile, incominciarno le dette Muse a cantar nell'aria genovese *l'historia di Giudith trionfatrice d'Oloferne* posta in ottava rima da Ansaldo Cebà, e fu notato che con la sua celeste lira accompagnando il canto volesse solennizzare quanto più potea la gloria di questa invittissima prencipessa.

Et ecco all'improvviso farsi avanti con furia il contestabile Dighieres, che a pena fatta riverenza ad Apollo con un crollar di capo, così prese a dire:

> «Sire, la fedeltà con la quale ho sempre servito il mio re et signore, sì come in ogni tempo m'assicura di poter dar conto delle attioni mie, così la presenza

di questa prencipessa serenissima in questo sacro luogo mi obbliga a dovermi giustificare delle colpe statemi affibiate con tanta offesa dell'honor mio in tempo che condussi l'essercito contro di essa.

La morte del grand Enrico lasciò di modo estinta la lega aggiustatasi poco avanti, contro la Monarchia di Spagna, che niuno ardiva di metter mano senza il valore di gran capitano a tanta impresa.

Il duca di Savoia, da cui si prendeva il filo per far la trama, lo tenne però sempre così pronto da poterlo porre in lavoro. Ad ogni minima occasione che non fe', che non disse, a questo fine, ma ritrovando intoppi al disegno compito della tela, praticò longamente col degno figlio di tanto padre, Lodovico il Grande, d'incominciarla voltandosi contro la republica di Genova.

Nacque da ciò l'ingrandimento di Claudio Marini mal soddisfatto di quella republica che più volte lo scacciò fuori, et per discolo, e fautore di malii. Diede il duca ricetto a tutti quelli che banditi per eccessi più gravi, ella maggiormente perseguitava con la giustitia, et offerendosi in tanto la lega fatta per la Valtellina, et poco dopo la differenza tra il duca et la Republica per lo Zuccarello, parendo a lui gionta l'opportunità del tempo sì longamente desiderato, indusse li collegati a giontar l'armi, et per ultimo abboccarsi con Lodovico, al quale espose l'animo suo in questa forma: Io non starò a ridire di quanta importanza sia alla Monarchia di Spagna la republica di Genova poiché è purtroppo chiaro che senza di essa et senza il commodo ch'ella riceve da suoi porti, et da suoi cittadini, vivendo liberi, e non sarebbe così possente et ardita di far ogni giorno maggiori acquisti, tentando d'impadronirsi del mondo tutto, et mantenendo l'Imperio Romano come hereditario nella sua casa, o almeno sostener non potrebbe i regni, et gli stati, che colà; Iddio sa come, di mano di questa grande corona, contro il dovere soverchiamente superba, et tirannicamente nell'Italia possiede; o quanti ne sospirano, o quanti ne piangono. Io ne sento da tutt'hore le dolenti voci, ne altro da loro si aspetta, che d'esser liberati una volta dall'ongie di quest'aquila rapace, e goder ancora di quella libertà, ch'era sì caro frutto de vostri gigli d'oro.

Genova è la base di questi mali, è la porta d'Italia, questa devesi abbattere, di qui conviene entrare. Genova niuno altro dovrebbe riconoscere ch'el re di Francia, da cui venne tante volte liberata dall'ultima sua ruina; adesso pare che lo stimi per nulla, gli tira de calci, sdegnando fino a vedere un suo cittadino vestito alla francese, fomenta i suoi nimici, somministra i tesori a chi gli fa guerra, et quel che non si può patire, è quella sola che mantiene la tirannide spagnuola in Italia. Contro di me, suo vicino, che non ha fatto? Tralascio tutte le altre, quella di Oneglia in tempo della guerra del Monferrato è forse da passare? Consente lo sbarco, permette all'essercito spagnuolo d'accamparsi nella sua riviera, lascia che nel suo si pianti la batteria, impedisce con l'armi proprie a confini il soccorso ch'io vi mando, et fassi in somma mezo perché mi sia levata e presa quella terra.

Hora, à forza de suoi denari, che la fa pur troppo baldanza senza riguardo alcuno delle mie raggioni, o timore de miei risentimenti pretende farsi suo Zuccarello, acquistato da me son già tant'anni da chi me l' poteva vendere.

So che gl'interessi de miei stati dovrebbero suadermi ogn'altra risolutione, et di soffrir più tosto queste ingiurie che metermi in pericolo di perdite maggiori ma ohimè, io dico il vero, la giustitia della causa universale per la quale più d'una volta impegnai la spada, hora più che mai mi spinge a non perder l'occasione che sì opportuna ci vien rappresentata.

L'esser palese l'obbligo che havete con collegati per la restitutione della Valtellina, coprirà il fine delle vostre armi. Io sarò pronto colle mie, provederò al bisogno di tutto, aprirò la strada per lo mio stato, e passando senza impaccio per lo Monferrato, giungeremmo in un salto alle mura di Genova. Ho le piante della città, e de suoi forti, dentro e fuori, ho gente informata de passi più difficili nelle montagne entro di essa non vi è chi sappia cosa sia guerra; è cent'anni che i cittadini stanno in una otiosa pace; sono divisi fra' di loro; de nobili i ricchi minor parte di essi con la dipendenza da Spagna, hannosi arrogato il maneggio della Republica, il resto che è di manco fortuna, ne viene escluso; e perciò disposto a qualunque deliberatione, tutti insieme non approvano il modo del presente governo, l'altr'ordine mal soddisfatto per non arrivare all'ascritione della nobiltà. Il popolo maltrattato, e d'inclinatione francese; son senz'armi, senza gente, senza capi et senza danari. Spagna occupata sotto Breda et nel Brasile; di Milano non può venir soccorso pronto; di Napoli et di Sicilia resta remoto assai, et quando anche giunga qualcheduno, certo, è che non s'accorderanno ad introdurre nella città l'insegna reale.

Ci impediremo per la via del mare le condote degl'argenti con le galere et con l'arrivo dell'armata inglese. Chi non vede l'impresa sicura?

Claudio de Marini ci fa certi che a pena sentiranno a confini l'essercito, che impauriti i cittadini, ci manderanno la chiave della città incontro, eccone le lettere ch'egli ne ha di Vincenzo Marini, gentilhuomo di molto seguito, e di grandissima stima nella Republica.

Per altre strade, sono informato che molti cittadini eminenti verranno dalla nostra e che più pensiamo o dobbiamo desiderare? La speranza sola del sacco della più ricca città d'Europa basta per condur gl'esserciti senz'altra paga a conquistarla, il tesoro d'oro e d'argento che vi trovaremo, quali altre magnifiche vittorie non ci promettono all'altrui spese? Sino la staggione arride a nostri desiri, et i frutti c'invitano alle glorie, non più s'induggi, o Sire, all'armi, all'armi!».

Fu ascoltato con molta attentione, et con maggior volontà il discorso fatto dal duca, all'hora che posto il negotio in consulta, per comandamento di Sua Maestà Monsù di Suglieri così disse:

«Sire, non ha dubio alcuno che Monsù il duca di Savoia propone un'impresa degna del vostro gran valore, e tale da potersi dire che vi ci troviate obligato,

come herede del vostro padre Enrico il Grande, al quale altro che la morte non la poteva togliere di mano. Ma perché con gl'avisi che si sono poi sparsi per lo mondo de suoi pensieri non vi è chi non stia sul caso, et ad ogni picciola mossa delle vostre armi per passar i monti, non si metta in guardia et i tempi non sono più gl'istessi, convien far diversamente i conti, s'io non erro. Concedo tutte le raggioni che vi competono nell'Italia, et particolarmente quelle che si son discorse di Genova, do per indubitato che la libertà di essa sia gran fondamento della potenza spagnuola; non niego l'entrata per questa porta; stimo ancorciò che il dovere l'offerte di Sua Altezza et la sua persona vagliono molto per questa impresa, approvo li mali, i preterbi, la congiettura de tempi; ancor io sono a parte del sentimento che mi tocca, vedendo dilatarsi tanto la Monarchia di Spagna, et differire a voi lo dovuto scettro imperiale, et in somma, io come tutti gli altri sento allettarmi dalla dolcezza di sì gloriosi acquisti. Ma siami lecito di metter inanzi alla Maestà Vostra quelle considerationi che l'obbligo della mia carica et la sincerità mia per pria ne vostri affari, et l'informatione fedele che tengo di quella republica mi dettano.

Intorno alle cause che moveno il duca a risentirsi contro la republica di Genova, se questo solo punto essaminato si dovesse per conoscere se a voi convenga l'interessarvi con esse, et mettervi perciò all'ultimo pericolo la devotione genovese verso la sua corona; addurrei ch'ella nel fatto d'Oneglia permettendo all'armi catholiche quello, che per ragione non dovea dinegare et per forza non potea forsi impedire, con la volontà certo non offese il duca, come giustificassene ben bene appresso di lui et del mondo tutto; e quanto al Zuccarello basterebbe il dire, che in riguardo di questo feudo nelle viscere della sua Riviera, facendo test'al Piemonte, sin dall'anno 1576, ella n'acquistasse sopra di esso un grosso censo da Scipione del Carretto, il quale, non ostante che lo facesse coll'assenso di Rodolfo imperatore, et con lo stesso promettesse et giurasse insieme non doverlo alienare in altri prencipi, contrattandone ad ogni modo col duca contro gli voleri de fratelli condomini, contro il pattrizio con la Republica et in pregiuditio delle sue ragioni, non solo invitò Cesare, ma contro ancora gli espressi suoi comandamenti ne restasse però decaduto della sua parte, et il duca privo di quel possesso che de fatto col mezo di lui preso ne haveva rimandato il luogo in governo de commissari imperiali, et che per questi et altri rispetti concernenti alla giustitia, sì come il duca dall'hora in qua con quanti ambasciatori habbia mandati alla corte cesarea, non ottenne mai la pretensione, così ne sia stato del tutto confiscato a quella Camera Imperiale da Ferdinando dal investito, et venduto ultimamente mediante un bel prezzo alla Republica, et a hora tenendolo con titoli soli questi, conchiuder si dovrebbe ch'ella vie più della gratia, che dell'indegnatione vostra fosse degna.

Della pace che per lo spatio di tant'anni gode quella republica, se io vedo i cittadini fatti molli, e poco atti a trattar l'armi, mi si rappresentano però di maniera ingranditi di pensieri et arricchiti di fortune che lo affetto dell'interesse proprio quando mancasse il dovuto alla libertà pubblica farebbe loro

più tosto sprezzar la vita che perder lo stato presente; può stare che vi siano delli alti e de i bassi, dei più contenti, e dei meno, questo conviene ad ogni governo di republica, le antiche e le moderne ce lo insegnano, ma che vi sia alcuno, trattone qualche disperato che debba adherire alla perdita dell'essere al comando ed ella libertà per farsi soggetto e contra ogni ordine di natura, questo non lo credo. L'emulatione fra di loro che procede dall'ambire le cure, et i magistrati, prova la stima grande che fanno della republica che mentre li dispensa, in conformità delle leggi approvate dall'universale, pochi han giusta causa di dolersi, certo e che al merito et alla virtù non si dinegano i premii e gl'honori, è che n'abbonda tal volta maggiormente quegli a cui non è stata più prodiga nell'havere la fortuna.

La dipendenza della Corona di Spagna salva la libertà pubblica e in generale grandi e piccoli se n'approfittano le ricchezze, anzi lo stato quasi d'ogni uno consistendo ne regni del Catholico, ed in quello che si cava da negotii di quella corte, fanno che senza distinguersi fattione alcuna tutti uniti in questo coll'accrescimento privato rendono ogn'hora più grande la Republica.

L'ascritione alla nobiltà fatta di tempo in tempo di più degni, tiene soddisfattissimo quell'ordine, che si avanza insieme per gli stessi mezi, et il resto del popolo depende dal guadagno, che è sempre maggiore crescendo la facoltà de cittadini, non conosce altro signore che San Giorgio, qual risolutioni dobbiamo noi dunque aspettare da chi vive in una città libera con tanta unione e tante prerogative? Io temo assai che i primi fondamenti non stiano a martelli, Claudio Marini è da credere che ingrandisca le cose con lo sdegno dell'animo; Vincenzo Marini, quanto ci vien riferto può esser che non sia.

I capi e le genti ponnosi havere con i denari, e dato che al presente non ve ne habbino, l'oro e l'argento delle case de privati, e delle chiese, con il tesoro della casa di San Giorgio sono bastanti a fare ogni gran condotta.

Dalle Riviere et di Corsica leveranno speditamente quantità non poca di gente, e perché non ne potranno havere di Lombardia? Che impedimento può ciò fare l'assedio di Breda, et del Brasile, ò d'altra occupatione del Catholico havendo libero il mare? Chi ci assicura che di Napoli e Sicilia non venghino volando con le galere tutte le forze spagnuole e le nationi di quei paesi che n'hanno sì gran copia?

Dobbiamo tener per certo che i ministri tutti che son del re in Italia in ogni modo a loro possibile provederanno della diffesa di Genova.

Le condotte de denari facendosi con le galere ben armate saranno sempre sicure et giontandosi tutte quelle de regni di Spagna, della Republica et de gl'altri potentati d'Italia, che non vorranno mancare in questa occasione così importante, che potrà fare l'armata inglese? Sono le speranze di essa assai lontane, ma chi ci può assicurare tampoco della sua venuta? Il viaggio è così longo e pericoloso che il più delle volte si sono vedute quelle armate andare a male pria che far partenza da loro porti, non chè passando più avanti, o giongendo di qua, et in questi accenti, che sarà o che si potrà giudicare del

nostro essercito, dato ancora che arrivi a confini del Genovesato? Entrarà fra le montagne senza sicurezza del mare, e dello stato di Milano, et di dove si haverà il vivere?

Dicesi che subito al primo avviso ci saranno mandate le chiavi della città incontro; Dio lo voglia, io non lo posso credere, mentre le genti con le provisioni che sono in essa d'ordinario, stando con le porte chiuse solamente ponno darvi che fare per molti giorni, e come si potrà all'hora fugire il pericolo di disfarsi per disaggio?

Et accostandosi il governatore di Milano, con ben mediocre essercito, non è pur certa per colpa di troppo inconsiderata temerità la nostra sepoltura in quella valle di Poncevera.

Ramentiamoci i guadagni che vi han fatto i nostri esserciti in altri tempi. Ogn'un deve sapere che dalla stragge di essi ha preso il nome di Morigallo, et ne gli ultimi vedeasi qual fortuna v'hebbe Borbone.

Ma diciamo che si gionga fino a metter la città in stretto, tale che pensasse alla mutatione del governo, conviene accordare che la stessa necessità la condurrebbe volontariamente in mano de spagnuoli con speranza o di campare dal pericolo imminente per mezzo delle loro armi, o alla peggio schifando il destino di restar soggetti a quella corona con meglior conditione per lo pubblico e per lo privato.

Quale acquisto sarebbe il nostro se, o l'uno o l'altro di questi partiti havesse effetto? Tremo solo di pensarlo, essendo certo che le medesime nostre armi sarebbero il mezo di far consegire a quella monarchia il compimento della sua grandezza, ch'ella non ardisce tentare per rispetto nostro. Deh, Sire, pensate alla riputatione delle nostre bandiere, alla dignità di questa corona, et al concetto che di già ha fatto il mondo della prudenza et del vostro valore. Questa opinione sì come non fu bastante a far escluder l'istanze del duca di Savoia, così operò che si prendesse qualche temperamento nell'essecutione de suoi trattati, et fu ch'ei dovesse portar seco l'armi reggie col solo titolo di ausiliarie alle sue, in modo che havendo felici gl'avvenimenti, restasse luogo a dichiarar gl'acquisti per Sua Maestà, la quale in appresso vi si sarebbe impegnata con altri esserciti reali, alla scoperta, et ne casi contrarii, fosse certa la retirata, l'intentione e la riputatione.

Accordata questa risolutione io fui pronto ad accettare il carico più tosto per ubidire al comandamento reggio che per speranza alcuna ch'havessi di riportarne honore come lo protestai più volte. Passai donque con l'essercito francese in Piemonte et messone insieme con quel del duca un di ben 35 mila fanti, 5 mila cavalli, prima che se ne sentisse a pena il grido passando per lo Monferrato, si trovammo sopra il Giogo di Genova.

Seppi ben tosto il timore che havevano caggionato in quella cittadinanza, et della presa di Nove, et dal castello di Gavi, senza pure sfodrare spada, sperai che il duca non si fusse punto ingannato in apparecchiar le sontuose livree per esser ricevuto in quella città degnamente. Venendo poi alle mani, lo stimai

assai intempestivo, se però non dovea servire all'entrata del suo stendardo, che all'hora appunto fu portato a Genova con la perdita della sua capitana.

Qual difesa non si fece in Ottaggio, et in Masone, tentai con gli araldi e con le minaccie di metter quel senato in confusione, facendo prova de suoi pensieri n'hebbi le risposte molto diverse da supposti fatti, continuandosi in apparecchi maggiori di gente, et armi, fortificandosi dentro e fuori a tutto potere, offerendo a garra i cittadini denari, argenti et ori al pubblico per la bisogna, senza risparmio, et esponendo la vita senza risguardo, ovunque sono comandati.

Ne gl'istessi tempi sento che da Milano qua sono arrivati soccorsi di gente dalla città di Napoli, poi di Sicilia da 30 galere col marchese Santa Croce pien d'infanterie spagnuole, et di quei regni altre con galeoni, e che tutte son ben ricevute e se mettono alla difesa di Spagna, gionti felicemente millioni d'oro, e mentre con lettere di fuoco pretendono salvare la via a Vincenzo Marini, che era uno delle nostre lancie spezzate a mia onta, e quasi su gl'occhi proprii veggo tagliarli la testa.

Intendo che si perseguitano tutti coloro che pareano dipendenti da Francia et da Claudio Marini, e lui pubblicato ribelle e traditor della patria.

Che quel popolo che si diceva francese tumultuosamente scava nelle case et apre le sepolture nelle chiese, cercando francesi, che vi si credean nascosti et infine mi avvidi assai subbito che il mal talento del duca, et il troppo credito prestato a Claudio Marini che ci havea condotti a perdere. Dell'armata inglese, ogn'altra cosa che haverne nuova alcuna, mi vien riferto.

Alle spalle si fa sentire il duca di Feria, governatore di Milano, uscito in campagna con un grosso essercito di fanti et cavalli, quello della Republica ogni giorno fatto maggiore con avisi di Levante, continue di Alemagna, di Lombardia, di Napoli, di Corsica et altre parti.

Le provigioni de gli viveri al nostro homai finite, et tutto il resto che succedette, taccio che pur troppo è divulgato al mondo, et lo vedo per star eternamente palese in questa tavola.

Hor, chi potrà mai tassarmi di mancamento alcuno fatto al mio re, et alla mia fama? S'io non feci progressi maggiori trovandomi ridotto a questo stato, et se astretto dalla ragione et dalla necessità io me ne ritirai alla meglio?

Dica pur hora questa principessa da qual consiglio ò da qual magistrato si deliberano le centinaia di migliaia di scudi che mi son stati dati, affinchè m'appartassi dall'impresa. Dica insieme quando fu mai vero che quel Senato pensasse non che decretasse di mandarci la chiave della città incontro, o di patteggiar con noi; queste sì gran mentite, inventate per coprire il fallo altrui e sostener il concetto de gl'autori delle nostre vergogne, mi fan supplicare Vostra Maestà proveder in modo che col testimonio della stessa republica resti certo il mondo della mia innocenza, et confuso chiunque ha voluto intacarmi in questa occasione».

A questo dire ancor che Apollo se ne mostrasse stracco per le informationi che havea della verità di questi fatti conforme al raccontato, nondimeno aggionse volontariamente le testificationi di due duci, Aseretto et Clavarezza, ch'erano in quel tempo al governo della Republica, sopra quanto era stato richiesto dal contestabile; la causa del quale, per altri degni rispetti, hebbe per bene rimetter ad un altro tempo più congruo, che li feci dare nel matto.

Sceso Apollo da regal trono et data la mano alla Republica per condurla alla sua reggia nel partirsi e prima di licentiarsi l'udienza, s'udì dal banditore pubblicare tre feste per li tre giorni prossimi con la sospensione di tutti li negotii della corte, che diede a credere li doversi credere in essa cose grandi e corrispondenti alle straordinarie accoglienze fatte da Sua Maestà a questa principessa, havendo mostrato giusto particolare di honorarla in tutti i modi possibili, ancora che ella non fusse comparsa con attestatione alcuna della sua grandezza.

Il dì seguente, vedendosi apparecchiato il Theatro d'Italia, fu sì grande il concorso in esso che sarebbe impossibile ridirlo, poscia che si vidde trasparire qualche ragguaglio fra' cancelli d'oriente dove s'intese che Sua Maestà e la Republica erano nascosti per vedere la comedia; calossi la cortina delle scene, et apparve in belle prospettive il gran regno di Calidonia, et, mentr'ogn'un ne stupisce, si rappresentò la terribile battaglia del forte Alcide col fiume Achele, per la bella Dianira, ecco l'un e l'altro in strette lotte, ecco ad Ercole cambiarsi in fiero drago il suo nemico et dopo molti assalti col pugno q.a nelle fauci, et con le mani alla gola talmente l'affoga e lo stringe che sforzato a prender altra forma, un toro furioso gli si dimostra, et con le corna lo fa volar per l'aria, questo ritornato in terra, et ripigliata la zuffa, lo prende e l'abbatte, e di lui vittorioso ne riporta un corno, et finalmente della desiderata figlia del re Eneo, divenuto consorte, se ne cantano gli Imenei del sacro coro. Da per tutto s'odono gl'applausi di queste feste in honor di Michalangelo Buonarota che n'hebbe la cura.

L'altro giorno, posto all'ordine l'anfiteatro di Melpomene, che nientemeno di quello di Talia dal dì precedente, si trovò di buon hora ripieno stando la Maestà di Apollo e la Republica dietro ad una denza nube per vedere i tragici spettacoli, comparve nella scena il laberinto di Creta, nel quale entrando il valoroso greco, condennato à pagare il patuito tributo colla sua morte, viene alle mani con quel horribil mostro mezo huomo e mezo toro, longa et dubbia l'attentore, pur lo vince, et ne va glorioso al fine, et portando il teschio in mano scorso dell'ingannata Arianna, esce Theseo dagl'intricati colli, e lo presenta a Minos.

In questo atto appronto, precedendole ad un tempo un serpente baleno, et un remoreggiante tuono, dileguossi quella nube, e apparve sereno più che mai il tebeo lume, mostrando chiaramente quanto alla memoria delle vergogne di Pasife havesse goduto di veder un'altra volta rinovar la strage, et la morte del mal nato Minotauro.

Vien la terza, et ultima giornata, nella quale Urania diede a conoscer di non esser men ricca d'inventione delle due compagne; s'empie l'olimpica piazza di spettatori, s'annotta il cielo, et ecco alluminarsi da un altro globo celeste portato sugl'homeri del grand'Atlante; gira questi d'intorno con l'immensa mole; saltano fuori d'essa i segni del Zodiaco, et tutti in varie guise assaltano il Tauro, di cui si scorge apparecchiata una bellissima testa, s'accende, s'arrabbia, s'infuria la fiera all'onte, alle punture, e morsi; et urtando d'improviso, impetuosissimamente nella Virgine, già la sbalza in alto, già la preme, et par che l'habbi estinta, quando quella risorta arditamente in piedi con un de suoi veli, gl'appanna gl'occhi, gli salta sul dorso, lo ferra per le corna, et vanne trionfando; la fama le preveda et della sua vittoria fa rimbombare l'etheree contrade.

Esce Apollo dalle stanze dell'Aurora, dove con la Republica have rimirato il gioco, rischiara col nuovo giorno il cielo, et ogn'un si parte gridando: «Viva, viva Galileo Galilei!», che ne fu l'autore.

Entro di queste feste fu opinione universale che si nascondessero misterii profondissimi, de quali, per la censura ch'egli ne potrebbe havere dal pretore Urbano, il menante sarà escusato se non ne fa maggior discorso, supplisca al suo mancamento il buon giuditio del lettore, a cui servire ha per fine, che doppo queste solennità non si hebbe altra vista di questa prencipessa ma si bene se n'intese la partenza nell'istesso modo, e su l'istessa galera, con chiara venuta, lasciando in questa corte che dire, et che rodere assai.

978-84-1091-297-7 (PDF) / 978-84-1091-281-6 (impreso)
https://doi.org/10.14201/0AH0017385444

7. «FUNERALE E SEPOLTURA DELLA SERENISSIMA RIPUTAZIONE DI SPAGNA»

La guerra de sucesión de los ducados de Mantua y Monferrato en la vorágine de la información volante*

Blythe Alice Raviola
Università degli Studi di Milano

Al calor de la guerra: noticias, rumores y escrituras en movimiento

Un auténtico aluvión de hojas volantes, panfletos impresos y avisos manuscritos invadió las cortes y algunos espacios públicos de Italia entre los años veinte y treinta del siglo xvii, y la mayor parte de ellos tenía un objetivo preciso: la Monarquía de España, obligada a afrontar sus propias responsabilidades de (mal)gobierno.

El marco seguía siendo el de las guerras de Italia, una expresión que, heredada del siglo xvi, describía con precisión también cuanto acontecía en el xvii. Sin embargo, diversos factores hacían que el escenario se tornase aún más sombrío, y resultase bastante trillado y repetitivo en comparación con las dinámicas propias del Quinientos. El clima se había enrarecido desde el punto de vista confesional, debido al profundo impacto que tuvo la Contrarreforma en la península, mientras que la propaganda de naturaleza política, alimentada por una literatura especializada

* Deseo expresar mi agradecimiento hacia Bernardo García García y F. Javier Álvarez García por su generosa implicación en este proyecto editorial. Debo, en particular, a este último la localización y las facilidades prestadas para la consulta de los avisos que comentaré en esta breve contribución, cuyo contenido fue discutido previamente con ambos editores y que se ha enriquecido, además, gracias a los intercambios mantenidos con el amigo Raffaele Tamalio y el mundo de los estudios gonzaguescos, entre Mantua y el Monferrato. Traducción del original italiano realizada por F. Javier Álvarez García.

cada vez más sofisticada, facilitaba una urgente y rápida circulación de las noticias. Además, a nivel europeo las tensiones de origen dinástico y religioso habían desembocado en la guerra de los Treinta Años, un conflicto que terminó absorbiendo recursos, costes y hombres con un nivel de compromisos sin precedentes.

La historiografía de las últimas décadas ha sabido, por fin, otorgar el debido relieve tanto a la tratadística oficial como a la literatura panfletaria informal que acompañó, en un clima de creciente curiosidad y conciencia política, a los acontecimientos de la primera mitad del siglo xvii. Entre los heterogéneos materiales y de difícil clasificación conservados en numerosos fondos de archivo, hojas y avisos volantes constituyen una categoría específica, cada vez más atendida por los especialistas. Muchos son textos manuscritos, pero es fácil comprender que nos movemos en la zona gris de un cierto tipo de circulación de noticias, caracterizada por la hibridación entre textos inéditos, escritos de puño y letra y hojas impresas, como bien han explicado numerosos historiadores e historiadoras, así como especialistas en historia de la literatura y de la imprenta[1].

Superada la fase inaugural, todavía en cierto modo empírica, de la difusión manuscrita y de la impresión de noticias característica del siglo xvi, es un hecho que entre esta y la siguiente centuria, y no por casualidad coincidiendo con el momento de mayor intensidad de la Contrarreforma, pueda hablarse ya de un auténtico «lessico della propaganda barocca». Así lo define acertadamente el historiador de la literatura Alessandro Metlica al referirse al «peculiare sistema di rappresentazioni che nel Seicento celebra il potere politico presso un pubblico nuovo, più ampio e smaliziato

[1] Entre la abundante bibliografía hoy disponible, véase Lodovica Braida, *Stampa e cultura in Europa* (Roma-Bari: Laterza, 2000); Mario Infelise, *Prima dei giornali. Alle origini della pubblica informazione* (Roma-Bari: Laterza, 2002); Alessia Ceccarelli, «Il Parnaso genovese: una guerra delle scritture nella guerra dei Trent'anni (1625-1634)», *Nuova rivista storica* 94, n.º 3 (2010): 765-822; Andrew Pettegree, *The Invention of News: How the World Came to Know about Itself* (Yale: Yale University Press, 2014); Henry Ettinghausen, *How the Press Began. The Pre-Periodical Printed News in Early Modern Europe* (La Coruña: SIELAE, 2015); Massimo Rospocher, «L'invenzione delle notizie? Informazione e comunicazione nell'Europa moderna», *Storica* 64, XXII (2016): 95-116; *La invención de las noticias. Las relaciones de sucesos entre la literatura y la información (siglos xvi-xviii)*, ed. por Valentina Nider y Giovanni Ciappelli (Trento: Università degli Studi di Trento, 2017); F. Javier Álvarez García, *Guerra en el Parnaso. Gestión política y retórica mediática de la crisis del Monferrato (1612-1618)* (Madrid: Doce Calles, 2021); y Marzia Giuliani, *La Repubblica dei segretari. Potere e comunicazione nell'Italia di Antico Regime* (Roma: Carocci, 2022).

rispetto al passato»[2]. Muchos, tanto dentro como fuera de las distintas cortes, tenían hambre de información; de ahí que muchos, también dentro y fuera de ellas, fueran al mismo tiempo productores y consumidores de muy diversas formas de información: una información a menudo alusiva, alegórica y manipulada con fines instrumentales y facciosos.

Por lo demás, John Elliott ya había señalado acertadamente que, durante el período en cuestión, el recurso a la propaganda se había convertido en un instrumento indispensable incluso a ojos de los propios protagonistas:

> Por el verano de 1629 Olivares movilizó a un equipo de propagandistas –entre los cuales se hallaba Quevedo, un hombre de una habilidad polémica que no tenía rival– para vindicar su trayectoria ministerial. En Francia, con su larga historia de división interna, la guerra de panfletos constituía una tradición más firmemente asentada que en España. Desde los primeros años de su ministerio, Richelieu había sabido aprovechar las habilidades polémicas de los publicistas[3].

La segunda guerra de sucesión de Mantua y del Monferrato, desencadenada en 1627, vino a insertarse plenamente en este escenario de desintegración y alteración de los equilibrios políticos, con una Francia que acabó por imponerse sobre España, definiendo las líneas maestras de la política continental durante buena parte del siglo xvii e, incluso, de la siguiente centuria[4].

Por otra parte, especialmente en los estados italianos, la progresiva transformación del equilibrio político, condicionada en gran medida no solo por el posicionamiento de los príncipes frente a las monarquías de Francia y España, sino también por las iniciativas personales de soberanos tan audaces como Carlos Manuel I de Saboya, generó un clima de intensa expectación en torno a estos últimos. La doctrina de la razón de estado, que había encontrado a su más destacado exponente precisamente en uno de los consejeros de Estado de Carlos Manuel, esto es Giovanni Botero, autor del celebérrimo tratado de 1589, había prosperado en las principales

[2] Alessandro Metlica, *Lessico della propaganda barocca* (Venezia: Marsilio, 2022), 39.

[3] John H. Elliott, *Richelieu y Olivares* (Barcelona: Editorial Crítica, 1984), 148.

[4] Continúa siendo un estudio clásico, tanto sobre el conflicto como sobre la circulación de información bélica, el trabajo de Romolo Quazza, *La guerra per la successione di Mantova e del Monferrato* (Mantova: G. Mondovì editore, 1926), 2 vols. Desde el punto de vista de la historia diplomática, véase Lucien Bély, *Les relations internationales en Europe. XVIIe-XVIIIe siècles* (Paris: PUF, 1992), 98-103. Y a propósito del contexto de guerra endémica: *El Piemonte en guerra (1613-1659). La frontera olvidada*, ed por Bernardo J. García García y Davide Maffi (Madrid: Doce Calles, 2020).

cortes de la península, dando vida a reflexiones y escritos sobre las formas de gobierno, las relaciones entre las potencias y los conceptos de prudencia y obediencia. Algunos, como el literato modenés Alessandro Tassoni o el poeta napolitano Giovan Battista Marino, se entusiasmaron ante las primeras iniciativas del duque de Saboya, que parecía haberse emancipado de la hegemonía española al tratar de igual a igual con París[5].

Mientras que Botero, fallecido en junio de 1617, en los últimos compases de la primera guerra de sucesión de Mantua y Monferrato, profundamente decepcionado y desilusionado por las últimas decisiones de su señor, que se había inclinado ya decididamente hacia la política de Enrique IV y Luis XIII[6], permanecía en una posición más discreta, Traiano Boccalini daba a la imprenta sus *Ragguagli di Parnaso* (1612-1615), inaugurando un género de literatura política nuevo y de extraordinaria originalidad, para el que se ha acuñado la feliz expresión de «spumeggiante invenzione lucianesca»[7]. Es precisamente a este tipo de producción al que debemos dirigir nuestra atención para comprender el contexto cultural en el que se desarrollaron las dos guerras del Monferrato y la repercusión mediática que suscitaron entre sus contemporáneos, especialmente la segunda, sin duda menos fulgurante en sus comienzos, pero más prolongada, más internacional y agravada aún

[5] Sobre Tassoni y Marino, véase, en último término, Patrizia Pellizzari, «Echi letterari della prima guerra del Monferrato: la prosa di Alessandro Tassoni», en *Monferrato 1613. La vigilia di una crisi europea*, ed. por Pierpaolo Merlin y Frédéric Ieva (Roma: Viella, 2016), 179-195; Paolo Luparia, «La guerra del Monferrato in versi: Giambattista Marino (fra Testi e Chiabrera)», en *Monferrato 1613*, ed. por Merlin e Ieva, 197-218; Gianvittorio Signorotto, «Antispagnolismo e dispregio della corte: Tassoni e Testi», en *«Con licenza de' Superiori». Studi in onore di Mario Infelise*, ed. por Flavia De Rubeis y Anna Rapetti (Venezia: Edizioni Ca' Foscari, 2023), 263-270.

[6] Blythe Alice Raviola, *Giovanni Botero. Un profilo fra storia e storiografia* (Milano: Bruno Mondadori Editore, 2020), 171-172.

[7] Domenico Taranto, *Studi sulla protostoria del concetto di interesse. Da Commynes a Nicole (1524-1675)* (Napoli: Liguori Editore, 1992), 91. Sobre la importancia de los *Ragguagli* y sobre la concepción política de Boccalini, en el marco de una bibliografía muy extensa, inaugurada por los estudios pioneros de Luigi Firpo, remitimos nuevamente a la erudita contribución de Domenico Taranto, «Una prassi votata al fallimento. La fragilità dell'impero spagnolo secondo Boccalini», en *Discorsi di delegittimazione. Percorsi dell'antispagnolismo nell'Europa moderna*, ed. por Giovanni Scarpato y Teodoro Tagliaferri (Napoli: Federico II University Press, 2025), 53-71. En cuanto a la atención que Botero y Boccalini prestaron a la circulación de noticias, véase la útil observación de Infelise, *Prima dei giornali*, 170. Según el autor, fue sobre todo Botero quien no percibió este fenómeno como un problema, al conceder mayor importancia a la cuestión de la reputación del príncipe.

por la epidemia de peste de 1630 y por las campañas militares simultáneas libradas en los territorios del Sacro Imperio.

Es un hecho, por lo demás, que las guerras dieron lugar en la época moderna a múltiples formas de reflexión y de escritura. Como ha señalado James Amelang en *The Flight of Icarus*[8], los dramas y las tensiones provocados por unos conflictos prácticamente endémicos, que afectaban a las poblaciones europeas en los planos económico, ambiental y emocional, llevaron a muchos –incluso a quienes no eran hombres de letras, como artesanos, boticarios o soldados– a tomar la pluma y dejar constancia de cuanto sucedía. Es evidente que este fenómeno se manifestó de muy diversas maneras, unas veces artísticas y otras profesionales: el hombre de armas Miguel de Cervantes dio vida al personaje alucinado, doliente e inmortal de don Quijote (1605-1615), mientras que Hans Jakob Grimmelshausen llevó a la imprenta *L'avventuroso Simplicissimus* (1668) como memoria de la trágica guerra de los Treinta Años. Algunos, como el gacetero genovés Luca Assarino, redactaron relatos minuciosos, como *Delle guerre et successi d'Italia… dall'anno 1613 al 1630*[9]; otros, como ocurrió en el Monferrato, consignaron crónicas de uso poco más que personal; y otros, en fin, cultivaron el género historiográfico a partir de su propia experiencia militar, como fue el caso del militar vicentino Galeazzo Gualdo Priorato[10].

Pero la guerra, desde los albores de primera Modernidad, no solo fue el detonante de avisos y noticias de autor destinados a informar a una incipiente opinión pública[11]; también alimentó y exacerbó una política barroca sustentada en las facciones, los partidos, el espionaje, las redes informales, la tratadística política y la vida académica tanto de las grandes cortes como de las ciudades de provincia. Así se explica la ingente producción de escritos anónimos, en su mayor parte manuscritos, a la vez ingenuos y mordaces, que hoy encontramos dispersos en archivos y bibliotecas, con frecuencia sin fecha, siempre dispuestos a proliferar al calor de acontecimientos tan dramáticos o exasperantes como asedios, saqueos y la divulgación de rumores incontrolados e incontrolables.

[8] James Amelang, *The Flight of Icarus: Artisan Autobiography in Early Modern Europe* (Stanford: Stanford University Press, 1998).

[9] Infelise, *Prima dei giornali*, 66.

[10] Véase «La *res publica* di Galeazzo Gualdo Priorato (1606-1678) Storiografia, notizie, letteratura», ed. por Alessandro Metlica y Enrico Zucchi, número especial, *Quaderni Veneti. Studi e ricerche* 6 (2022).

[11] Ettinghausen, *How the Press Began*, 81-100.

Apolo ante la guerra de sucesión de Mantua y Monferrato: sátira y política en el Parnaso

La segunda guerra de Mantua y Monferrato, durante mucho tiempo subestimada por la historiografía, aunque desde hace ya algunas décadas incorporada a las investigaciones más recientes de enfoque geopolítico[12], tuvo, por su propia naturaleza, un vasto eco, debido a la febril incertidumbre de sus distintas fases, a la magnitud de las fuerzas enfrentadas y a su irrupción devastadora en un escenario ya alterado por la peste y la recesión económica; fenómenos todos ellos de los que España pareció ser la principal responsable. Las hojas volantes que han llegado hasta nosotros y que serán objeto de comentario en estas páginas ofrecen una auténtica fotografía de aquella situación, captada con precisión, agudeza y una mordaz ironía favorecida por el anonimato.

El *Ragguaglio dell'ultima ragunata tenuta in Parnaso alla presenza d'Apollo sopra li affari d'Italia a 18 d'ottobre 1629* (texto 7.5) constituye un ejemplo notable de este tipo de producción, tanto más cuanto que lleva fecha y parece haber sido redactado en la inmediata proximidad de los acontecimientos que comenta[13]. El célebre jurista Jacques Cujas (1522-1590), conocido como «Cuiacio» y profesor en Turín entre 1566 y 1567, intervenía ante Apolo en defensa de Francia, denunciando que, en un manifiesto imperial del 26 de septiembre, Fernando II se había atrevido a calificar a Luis XIII de «*grassator*» (bandolero). Por parte española tomaba la palabra el no menos célebre Diego de Covarrubias (1512-1577), acompañado por prestigiosos jurisconsultos saboyanos y lombardos, entre ellos Ottaviano Cacherano d'Osasco[14] e Giacomo Menocchio[15], mientras que a Benvenuto da Imola,

[12] Véase García García y Maffi, eds., *El Piemonte en guerra (1613-1659)*, y Sven Externbrinck, *Le coeur du monde. Frankreich und die norditalienischen Staaten (Mantua, Parma, Savoyen) im Zeitalter Richelieus 1624-1635* (Münster: LIT, 1999). Importante a este respecto fue ya la primera guerra de sucesión, véanse al respecto los trabajos reunidos en Merlin e Ieva, *Monferrato 1613*.

[13] Biblioteca dei Girolamini (BG), ms SM 28.3.55, fols. 135r-138v.

[14] Sobre el importante presidente del Senado de Piamonte, Ottaviano Cacherano (m. 1589), remitimos a la entrada de Valerio Castronovo, «Cacherano d'Osasco, Ottaviano», en *Dizionario Biografico degli Italiani* (Roma: Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 1973), vol. 16. https://www.treccani.it/enciclopedia/ottaviano-cacherano-d-osasco_%28Dizionario-Biografico%29/.

[15] El jurista de Pavía (1532-1607) fue uno de los más célebres de la península italiana. Véase Chiara Valsecchi, «Menochio, Giacomo», en *Dizionario Biografico degli Italiani* (Roma: Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 2009), vol. 73. https://www.treccani.it/

actuando como secretario judicial, se le encomendaba la lectura, ante los dioses, del manifiesto impugnado. Considerado efectivamente ofensivo para el soberano francés, dicho manifiesto era arrojado a las llamas nada menos que por Vulcano. A continuación, Rolando Dalla Valle, ministro y jurista de Casale[16], junto con «Soccino» –con toda probabilidad, el jurista sienés Mariano Socini el Joven[17]– y Girolamo da Lucca, exponían las generosas ofertas formuladas por el duque Carlos Gonzaga-Nevers al emperador, y articuladas en cinco capítulos: 1) ceder algunas de sus tierras al duque de Guastalla, en particular el feudo de Reggiolo; 2) entregar parte del Canavese a Carlos Manuel I de Saboya; 3) aceptar, si fuera necesario, el desmantelamiento de la ciudadela de Casale; 4) renunciar al Monferrato en favor de la Monarquía de España, si así lo deseaba también el papa; y 5) enviar a la corte de Madrid a su hijo «come per ostaggio».

Uno de los presentes respondió con firmeza a los cuatro primeros puntos: 1) que el emperador aprendiera mejor el latín (Cuiacio había equiparado el término *grassator* al de «asesino») y que, además, abdicara; 2) que los españoles fueran expulsados de toda la península italiana «come perturbatori della pace»; 3) que Spínola, llegado precipitadamente desde Flandes a Milán, regresara a Génova para ocuparse de los asuntos de su familia; y 4) que Collalto y los demás generales del ejército imperial fueran enviados de vuelta al Tirol.

Finalmente, Apolo solo se pronunció sobre dos de las cuestiones: en primer lugar, declaró que lo mejor sería que los españoles abandonaran efectivamente el suelo italiano y fueran a «populare i diserti della Spagna»; en segundo lugar, que los alemanes acabaran sus días inhumados (es decir, ahogados) en el Po o en el Mincio, o bien en el lazareto de Milán a causa de la peste.

---

enciclopedia/giacomo-menochio_(Dizionario-Biografico)/. En 1561 fue incorporado por Emanuele Filiberto al Studio di Mondovì y fue autor, entre otras muchas obras, de un importante *Consilium* titulado *Responsum in causa Montisferratensi* (Mondovì: Torrentino, 1566).

[16] Sobre Dalla Valle, presidente del Senato de Monferrato y fundamental ministro en tiempos de Guglielmo Gonzaga, me permito remitir a Blythe Alice Raviola, *Il Monferrato gonzaghesco. Istituzioni ed élites di un «micro-stato» (1536-1708)* (Firenze: L. Olschki, 2003), 155-156 y *passim*.

[17] Sobrino del más célebre y homónimo Mariano Socini, o Socino (1401-1467), el Joven (1482-1556) ejerció también la profesión jurídica en Siena, especializándose en la cuestión del divorcio, véase Paolo Nardi, «Sozzini, Mariano, il Giovane», en *Dizionario Biografico degli Italiani* (Roma: Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 2008), vol. 93. https://www.treccani.it/enciclopedia/mariano-il-giovane-sozzini_(Dizionario-Biografico)/.

La hoja volante contenía, como sucedía con frecuencia, algunas verdades: en efecto, según el tratado de Ratisbona de 13 de octubre de 1630, el emperador acabaría cediendo Reggiolo y Suzzara al duque Ferrante II Gonzaga de Guastalla para que este retirara sus pretensiones sobre los ducados de Mantua y Monferrato; asimismo, a partir de entonces y hasta, al menos, 1681, la cuestión de la ciudadela de Casale sería objeto de un prolongado debate, convirtiéndose en uno de los principales puntos de las negociaciones diplomáticas franco-españolas y saboyanas. Lo que verdaderamente llama la atención en este escrito es, sin embargo, el retrato de aquel selecto elenco de grandes juristas de reconocido prestigio, aproximadamente contemporáneos entre sí: algunos directamente implicados en los asuntos políticos de los duques de Saboya; otros, incorporados al discurso faccioso y burlesco propio de la sátira política.

Presenta también una posible datación el *Ragguaglio del conseglio tenuto in Parnaso alli 10 decembre 1629, nel quale si stabilisce la guerra e ciascun potentato spiega le sue insegne*[18] (texto 7.6), uno de los textos más extensos y elaborados del conjunto. En él aparece como personaje principal nada menos que Traiano Boccalini, presentado como primer secretario de Apolo; a él se confía una breve alocución en defensa de la serenidad del dios, perturbada por la «avidità della gente alemanna», en perjuicio de las «buone raggioni del Serenissimo di Mantova». Entre «i politici et astrologi» reunidos en el Parnaso, se alzaba entonces una voz que expresaba la opinión de los «matematici»: la de Magini, identificable con el célebre cartógrafo, astrónomo y astrólogo paduano Giovan Antonio Magini (1555-1617), autor de mapas de extraordinaria calidad, entre los que conviene recordar aquí el dedicado al importante y minucioso Monferrato gonzaguesco (fig. 1)[19]. Con pocas palabras, Magini aconsejaba a aquella asamblea que diera instrucciones a las tropas imperiales para asegurar la conquista de Mantua, «piazza tenuta universalmente inespugnabile», especialmente en invierno, y mantenerlas alejadas de las cervecerías de Alemania; el pobre rendimiento mostrado durante el asedio de Casale así lo había demostrado.

En ese momento hacía su aparición una mujer vestida de luto, la «povera et afflitta Italia», quien explicaba a los presentes que la causa de la guerra de Mantua y Monferrato no residía en las –legítimas– reivindicaciones de Carlos Gonzaga-Nevers, sino en la codicia de los españoles (fig. 2). Los

[18] BG, Napoli, ms SM 28.3.55, fols.17r-122r.

[19] Véase BLYTHE ALICE RAVIOLA, ed. *Cartografia del Monferrato. Geografia, spazi interni e confini in un piccolo stato italiano tra Medioevo e Ottocento* (Milano: FrancoAngeli, 2007).



Ducato del Monferrato con parte del Piemonte



Fig. 2.
Italia lamenta su suerte, detalle extraído de *Italia fvi* (s.l. [Milano]: fu stampata del 1552 et hora si ristampa l'anno 1617. Se uendono in Milan alla piazza di mercanti). Biblioteca Nazionale Marciana, Misc. 2076/22.

españoles le respondieron llamándola «pubblica meretrice», entregada a «tutte le nationi del mondo»; pero ella continuaba reclamando la paz con la esperanza de sacudirse el yugo de Madrid, sin dejar de señalar que algunos de los gobernadores de la península al servicio de la Monarquía, como ocurría, por ejemplo, en el estado de Milán, eran, en realidad, italianos: la alusión, apenas velada, se dirigía hacia Ambrosio Spínola, que vuelve a confirmarse como uno de los blancos más fáciles y predilectos de estas sátiras. Si, por tanto, la guerra era inevitable, suplicaba Italia, que se dirigiera contra España, la cual propugnaba con perfidia «una pace o tregua, vera o finta che fusse», únicamente en beneficio propio. Incluso Apolo, conmovido por aquellas palabras, acabó exclamando en castellano: «¡Hágase guerra!», para satisfacción de todos los presentes: de las dos ramas de los Habsburgo, naturalmente, como también de los ministros de Francia, de Mantua y de la república de Venecia.

Llegado este momento, abandonadas de inmediato las apelaciones a la paz, las distintas partes desplegaron sus enseñas de guerra: el águila imperial con el lema «*Quis contra nos*»; las cuatro águilas de la Casa Gonzaga; una llama por Francia con la inscripción «*Unicuique suum*»; el escudo del duque de Saboya coronado por un nudo salomónico –en realidad, el nudo saboyano–, solo en apariencia neutral; y, por último, el león de San Marcos de Venecia. Por encima de todos ellos, sin embargo, sobresalía el del papa, descrito como un «venerando vecchio in abito pontificale», izado sobre una nave a cuya llegada los presentes rindieron respetuoso homenaje. Pero el dios Momo hacía observar provocadoramente que España debería haber contado con sus enseñas propias, en lugar de combatir bajo las imperiales, y ostentar el lema «Prima il pelo che il vitio», dejando así al descubierto su verdadera naturaleza de lobo. La función de Momo, «il demone cinico», ha sido estudiada tanto en relación con la recuperación humanista de los *Dialoghi* de Luciano[20], como en el marco de una obra que se inspira claramente en los *Ragguagli* de Boccalini y se aproxima estrechamente a ellos: se trata, en este último caso, de *La estafeta del dios Momo*, publicada en 1627 por el madrileño Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo (1581-1635), es decir, precisamente poco antes de los avisos que aquí analizamos[21]. No es este el

[20] Donatella Capaldi, *Momo. Il demone cinico tra mito, filosofia e letteratura* (Napoli: Liguori, 2011).

[21] José Enrique Laplana Gil, «Lo que va de Momo a Momo: Salas Barbadillo y su *Estafeta*», en *La narrativa de Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo*, ed. por Albert Mechtild, Marcial Rubio Arquez, Leonardo Coppola y Victoria Aranda (Frankfurt: Peter Lang, 2021), 195-198.

lugar para detenerse en la obra de Salas Barbadillo, que presenta algunos elementos novedosos con respecto al modelo italiano –baste recordar que el dios Momo no figura en los *Ragguagli*–, pero parece evidente, sin embargo, que el universo mediático y cultural es el mismo, tanto más cuanto que *La estafeta*, aun concebida en España, no está exenta de tonos críticos y satíricos dirigidos contra el poder y contra las dinámicas facciosas de la corte.

De hecho, en esta hoja volante napolitana, redactada poco después de diciembre de 1629, una vez que Apolo había decretado la guerra, un agente de España se acercaba a Boccalini para preguntarle por qué la Monarquía francesa, bajo el gobierno de Richelieu, había alcanzado tan notables éxitos, mientras que la Monarquía de España, igualmente dominada por eclesiásticos y poderosos ministros, había ido perdiendo paulatinamente poder y reputación. Boccalini, entre risas, le respondía entonces que entre las causas debían contarse «il sossiego spagnolo», el espíritu faccioso de los servidores del soberano y los abusos infligidos a los pueblos sometidos; males todos ellos tan profundamente enquistados que la Monarquía corría incluso el riesgo de volver a caer bajo el dominio de los moros.

Guarda cierta afinidad con los dos textos comentados anteriormente el *Raguaglio di Parnaso sopra il movimento dell'armi di Spagna con il duca di Nivers per la successione nel Ducato di Mantova e Monferrato* (texto 7.1) , compuesto de siete folios, con un total de 14 páginas manuscritas en las que los juristas Cuiacio y Covarrubias vuelven a protagonizar el debate. En este caso, sin embargo, el tono es aún más marcadamente político. El texto se abre, en efecto, con una alusión a las ya prolongadas «guerre d'Italia», que Apolo, «principe giusto», deploraba, pues «le vittorie più con la ragione che gl'esserciti s'ottengono»[22]. Más allá del empleo del término *ragione*, plenamente consustancial a la tratadística sobre la razón de estado que conoció un extraordinario desarrollo en aquellas décadas, tras las primeras observaciones introductorias aparece una referencia a la república de Venecia, «vero splendore d'Italia», presentada como aliada y defensora de la Monarquía francesa, «sua confederata»[23]. La Serenísima habría enviado ante el dios nada menos que a Cornelio Tácito, «il quale, dal giorno che le sue *Historie* cominciorno ad aver aura presso i politici, havea servito la Repubblica per maggiordomo»[24]. Queda así introducido el *leitmotiv* del tacitismo, considerado el verdadero responsable «delle guerre poco giuste,

[22] Biblioteca Nazionale di Napoli (BNN), Cod. Brancacciano, V.E.3, fol. 193r.
[23] BNN, Cod. Brancacciano, V.E.3, fol. 193v.
[24] BNN, Cod. Brancacciano, V.E.3, fol. 194r.

frutto del seme della raggione di stato»[25], de acuerdo con un paradigma que alcanzó precisamente en las décadas de 1620 y 1630 su momento de mayor florecimiento. Según un adagio recogido por el anónimo autor, si Tácito «havesse il miele in bocca et il rasoio alla cintola»[26], se transformaría en Séneca. Sin embargo, la Serenísima, firmemente antiespañola, proseguía su política de apoyo a Francia y, para ello, confiaba precisamente en Cuiacio, enfrentado a Covarrubias. El debate entre ambos en el Parnaso debía tener en cuenta también los argumentos de César –es decir, el emperador–, quien sostenía, con cierta base jurídica, que Gonzaga-Nevers «si era intruso nei stati di Mantova e Monferrato»[27]; desde esta perspectiva, la acusación era la de felonía, motivo por el cual había decidido tomar las armas contra él.

La réplica de Cuiacio incidía precisamente en ese punto e invocaba como prueba una fuente impresa: «¿Cómo es posible, preguntaba, si en el *Disegno dell'assedio di Casale*, impreso en Milán, se lee 'essercito cattolico'?»[28] (fig. 3). Lo que se ponía en cuestión era, precisamente, la injerencia del Imperio. A ello respondía el «arguto» Covarrubias, sosteniendo que «cattolico non vuol dire che universale»[29], provocando la risa de los presentes con aquella «mordace facezia» y, al mismo tiempo, alineándose con una acepción del adjetivo tan apreciada por los teóricos de la Sacra Cesárea Majestad, que fue sublimada por un autor como Botero. Cuiacio replicó apelando a las «ragioni del sangue», minimizando el peso de la autoridad imperial y subrayando, por el contrario, la urgencia de conquistar la «libertà d'Italia» gracias al «Serenissimo di Savoia [...] come Italiano»[30]. El autor del *ragguaglio* revelaba así abiertamente otro de los grandes ejes de la propaganda avivada por los conflictos gonzaguescos: el de la supuesta italianidad del duque Carlos Manuel I. Es bien sabido hasta qué punto esta cuestión constituyó una *vexata quaestio*, no solo para los autores del siglo XVII, sino también para una historiografía que, desde el *Risorgimento* hasta el fascismo, contribuyó a alimentar el mito del papel fundacional de la Casa de Saboya[31].

[25] BNN, Cod. Brancacciano, V.E.3, fol. 194v.
[26] *Ibidem*.
[27] BNN, Cod. Brancacciano, V.E.3, fol. 195v.
[28] BNN, Cod. Brancacciano, V.E.3, fol. 196r.
[29] BNN, Cod. Brancacciano, V.E.3, fol. 196r.
[30] *Ibidem*.
[31] Véase, en síntesis, entre los numerosos estudios dedicados a la cuestión, la introducción de WALTER BARBERIS, ed. *I Savoia. I secoli d'oro di una dinastia europea* (Torino: Einaudi 2007), XV-LI.



Fig. 3.
Mateo Pampini, *Disegno del assedio di Casal Monferrato* (Milano: Carlo Bianchi, 1629).
Royal Collection Trust, RCIN 722033. © His Majesty King Charles III.

De procedencia veneciana es también *La Monarchia spagnuola scorse pericolo d'esser scacciata fuori da Parnasso dalla Monarchia francese per non aver operato conforme alla lege d'Amaso, re d'Egitto, già pubblicata per ordine della Maestà di Apollo*[32] (texto 7.4), largo título para apenas dos hojas, aunque rebosantes de virulentas críticas antiespañolas. El pretexto, en esta ocasión, era el recurso a una disposición atribuida al faraón Amasis (m. 526 a. C.), según la cual sus súbditos debían declarar anualmente sus rentas territoriales y comerciales. En este caso, sin embargo, la rendición de cuentas era de naturaleza política y, por ello, la Monarquía de España, culpable de haber «cacciato in un sacco la libertà d'Italia, incominciando dai popoli del Monferrato», merecía ser expulsada del monte del dios Apolo y de las Musas. La alusión concreta remitía al asedio de Casale, prolongado inútilmente durante once meses y veinticinco días, tiempo en el que los «bravazzi» españoles –asimilables, incluso en el plano léxico, a los *bravi* manzonianos– y Gonzalo de Córdoba acabaron por meterse ellos mismos en un *cul-de-sac*, mientras que, por el contrario, los franceses triunfaban en La Rochelle. Como de costumbre, era la reputación de la Monarquía Hispánica la que quedaba en ridículo y la que, en el Parnaso, se veía obligada a confiar sus cuitas a la república de Venecia para obtener su protección y evitar la expulsión. Así, la Serenísima, «per sua segreta ragion di stato», accedía a defender la causa de España ante Apolo e intercedía para que el dios la eximiera de la obligación de *redde rationem*. Apolo aceptaba hacerlo con el fin de mantener un contrapeso frente a la Monarquía francesa y, al mismo tiempo, lanzar una advertencia a todos «i monarchi del mondo a metter le pive nel sacco», es decir, para que depusieran las armas tras una derrota o una pésima estrategia militar.

El gobernador Gonzalo Fernández de Córdoba (1585-1635), al frente del gobierno de Milán entre 1625 y 1629, aparece mencionado explícitamente también en el *ragguaglio* sobre la muerte de la reputación española del que hemos tomado el título de esta breve contribución: *Segue il funerale et sepoltura della Serenissima Riputatione di Spagna da farsi alli Capuccini fuori della città di Casale*[33] (texto 7.2) (fig. 4). En él se imagina que Apolo contempla el cadáver de la Reputación, una princesa debilitada y finalmente fallecida, pese a los intentos de mantenerla con vida mediante confites y otros remedios reconfortantes, y dispone la celebración de unas solemnes exequias.

[32] Biblioteca del Museo Correr (BMC), Codice Cicogna 3154, s. fol.

[33] Biblioteca Nazionale Centrale di Firenze (BNCFi), Cod. Gino Capponi 216, fols. 67v-70v.



Fig. 4.
Johann Franck, *Retrato de don Gonzalo Fernández de Córdoba, gobernador y capitán general del estado de Milán*, 1659.
Civica Raccolta delle Stampe Achille Bertarelli, Ri. m. 12-65.

Temeroso de tener que hacerse cargo de ellas en Mantua, el duque Carlos Gonzaga proponía que el funeral se celebrase en Casale, donde, al fin y al cabo, la Reputación española había muerto, y establecía varias condiciones: que los gastos corrieran a cargo de don Gonzalo; que el conde-duque de Olivares acudiera a Italia para recibir las condolencias; que la república de Venecia contribuyera a sufragar las exequias y que los genoveses participaran en el cortejo, guiados por el duque de Mantua y Monferrato; y que la oración fúnebre fuera pronunciada por un académico de la Crusca enviado por el gran duque de Toscana. Son indicaciones breves, pero de notable interés, pues coinciden en identificar el fracaso del asedio de Casale como la sepultura de la política de Madrid en la península y abren el escenario a otros actores políticos –la república de Génova y los Médici–. Resulta igualmente significativo el detalle de que la homilía fúnebre se pronunciara en lengua italiana, en la forma más noble del toscano, así como la referencia a la iglesia de los Capuchinos de Casale, enriquecida pocos años antes, en 1626, con valiosas reliquias por el emperador, y convertida desde la década de los ochenta del siglo XVII en uno de los principales centros de culto de la ciudad.

La enfermedad de España: derrotas, ruina y muerte de una reputación

Entre los textos examinados destacan asimismo otros *Ragguagli di Parnaso* anónimos, conservados en Nápoles y relativos a acuerdos de paz[34] (texto 7.7). No se trata ya de la paz de Cherasco, concluida entre marzo y junio de 1631 mediante tres tratados separados entre Francia y el Piamonte saboyano, Francia y el Imperio de los Habsburgo, y el Imperio y el ducado de Saboya; una serie de acuerdos que, como puede apreciarse, perjudicaban de manera bastante evidente a la Monarquía de España, aliada de hecho del duque Carlos Manuel I durante las primeras fases del conflicto. Es más probable que la alusión remita a la paz de Susa, firmada el 11 de marzo de 1629 por Carlos Manuel y los delegados de Richelieu, en virtud de la cual el duque pasaba al bando francés en uno de sus más sonados cambios de alianza. Precisamente sobre este aspecto, la debilidad y el descrédito que ya caracterizaban a la Corona española, incide la sátira parnasiana en cuestión. En ella, los capítulos del tratado de paz son leídos por Virgilio (el «mantovano

[34] BNN, Cod. Brancacciano, III, A.I., fols. 24r-27r.

Marone»), cantor de la destrucción de Troya y ahora, ¡ay de él!, también de la devastación de su ciudad natal[35]. Al conocerse la noticia de la paz, la Monarquía de España caía, naturalmente, enferma, y los tres médicos del áureo cónclave –Esculapio, Hipócrates y Galeno– aconsejaban reclamar el auxilio de Madrid, temiendo que Olivares se opusiera a la negociación. Con un efecto marcadamente burlesco, el senador Avellani proponía recurrir a las propiedades del anillo del hada Morgana. Un remedio más pragmático consistía en una dieta a base de *mostaccioli* napolitanos y confituras genovesas, aunque la enferma había manifestado su deseo de alimentarse de muy francesas «creste di gallo» y «radice di giglio», regadas con una infusión de agua del Tíber. Italia, llegada de incógnito a Bussoleno, con el pecho descubierto y afligida por la peste, lanzaba entonces una invectiva contra la Monarquía de España: el lirio –de Francia– produciría espinas contra ella y el agua de Roma le resultaría venenosa. Enloquecida de ira, España, presa de un humor melancólico, estalló en una violenta crisis y acabó siendo atada. Fue entonces cuando se descubrió que, aunque se presentaba con el rostro de una mujer afable –«non essendosi mai possuto sapere se la monarchia sia maschio o femina»–, era en realidad un monstruo con lentas patas de tortuga, cuerpo velludo y moteado, y cola de escorpión. El cartel que llevaba consigo, escrito nada menos que con sangre humana, decía: «Che si scriva a don Gonzales: / *'Es minister tomar Casales'*». Este castellano macarrónico incidía precisamente en el punto más doloroso y a todos los presentes en el Parnaso no les quedaba sino constatar el declive de la reputación española, mientras un soneto de inspiración filofrancesa acompañaba la escena: el ejército galo le golpeaba «il cul con un stivale» y amenazaba incluso con expulsarla de Milán.

Uno de los textos que aquí comentamos nos conduce, sin embargo, más allá del marco cronológico estricto de la segunda guerra de Mantua y Monferrato, pues se refiere al tercer asedio de Casale (texto 7.8) (fig. 5), vinculado a la campaña de 1639, en el contexto de la fase franco-española de la guerra de los Treinta Años. Del primero ya se ha hecho mención más arriba, mientras que el segundo, dirigido por Ambrosio Spínola y

[35] Esta referencia podría hacer pensar en una sátira compuesta después del saqueo de Mantua, en el verano de 1630. Sin embargo, la alusión a Bussoleno y a la empresa del asedio de Casale inclina más bien a fecharla en 1629. En efecto, el primer asedio de Casale, dirigido por Gonzalo Fernández de Córdoba, se prolongó desde mayo de 1628 hasta el 16 de marzo de 1629 y concluyó precisamente tras los acuerdos de Susa, concertados apresuradamente a raíz de la victoria obtenida el 6 de marzo por las tropas francesas sobre las fuerzas saboyanas poco después de cruzar los Alpes.

finalmente frustrado por las tropas francesas mandadas por el general Jean de Saint-Bonnet, señor de Toiras, se prolongó del 23 de mayo al 26 de octubre de 1630. Este nuevo asedio de la capital monferrina mantuvo sitiada la ciudadela desde marzo hasta noviembre de 1640, con un recrudecimiento especialmente intenso de los bombardeos y la aparición de episodios de violencia en los alrededores de Casale, como sucedió en Rosignano, donde el pueblo fue incendiado por los españoles. Aquellos acontecimientos encontraron también amplio eco en la literatura panfletaria, por ejemplo en las crónicas de Giovan Domenico Bremio, de Giovan Battista Vassallo y sus hijos, y del religioso Fulgenzio Alghisi, así como en escritos polémicos como *Il Politico soldato monferrino, ovvero Discorso politico sopra gli affari di Casale, del Capitano Latino Verità Monferrino. Con la relazione del soccorso introdotto in Casale dal generale Arcurt*, atribuido al genovés Vittorio Siri (1641), así como en hojas volantes, entre ellas la manuscrita *Vera relatione dell'attacco fatto dagli spagnoli a Casale e Rosignano* (1640), firmada por *Il Veridico Casalasco*[36].

Marc'Antonio Vassallo, «scrittore» y continuador de los *Annali* iniciados por su padre Giovan Battista, se detuvo en las numerosas «bombole» lanzadas por las tropas hispánicas, que ocasionaron además graves daños a la arquitectura religiosa de Casale, así como en la intervención francesa, a consecuencia de la cual «il marchese di Leganes fuggì oltra il Po et fece tagliar il ponte, et li soldati fuggivano al ponte, et ebbero tanta fuga che ne negò più di 3.000»[37].

El propio Leganés había sitiado también Turín durante la guerra civil entre madamistas (partidarios de Francia) y principistas (partidarios de España), dando lugar, además, a una práctica particularmente singular relacionada con la circulación de noticias. Según refiere un erudito turinés,

> Il marchese di Leganes aveva nel corso di quest'assedio fatto gettare da un cannone palle con lettere d'avviso per gli assediati e questi le rimandavano con altri scritti in cui facevano noti i casi della città e i loro bisogni più urgenti. Chiamossi perciò quello il *cannone corriere*[38].

[36] Giovanni Ferraris, «Un'inedita relazione sull'assedio di Casale Monferrato del 1640», *Bollettino Storico Vercellese* 81 (2013): 51-67.

[37] Giovanni Battista Vassallo, *Annali che contengono diversi avvenimenti in Casale Monferrato et altrove (1613-1695)*, ed. por Adriano Galassi, Blythe Alice Raviola y Romano Sarzi (Mantova: Gianluigi Arcari Editore, 2004), 61.

[38] Andrea Corvino, *Torino. Descrizione illustrata* (Torino: Libreria Luigi Beuf, 1873), 21. Así prosigue la descripción: «Fu quindi agevole il far uso maggiore di quel ritrovato e dal campo spagnuolo si lanciarono poi nella città o grosse palle o bombe piene di polvere e di sale, di che soprattutto si pativa disagio. Fu quello, dicono, un ritrovamento di Francesco

Ahora bien, el asedio de Casale de 1640 se comparaba con el modélico asedio de Breda de 1625, como anuncia expresamente el título *Avviso di Parnaso per Casale et Breda*[39] (texto 7.8). Se trata de uno de los textos más interesantes de este conjunto y, sin duda, del más elaborado desde el punto de vista compositivo. Su lectura nos sitúa inmediatamente *in medias res*, con la noticia del «magnifico desinare» que el «marches Ambrogio Spinola», el «15 del corrente, giorno ch'egli suole ogni anno con solennità celebrare la memoria della segnalata impresa che fece di Breda», ofreció a Gonzalo Fernández de Córdoba. El celebérrimo asedio de la plaza fuerte flamenca había tenido lugar entre el 28 de agosto de 1624 y el 5 de junio de 1625, por lo que el horizonte cronológico del aviso debe situarse avanzada la primavera de 1640. Al término del banquete, una carta de Diego Felipe de Guzmán, marqués de Leganés, informaba a su suegro, Spínola, de que había atacado las guarniciones de Casale Monferrato y Rosignano con 7.000 infantes y 3.000 caballos, con la esperanza de expulsar cuanto antes a los franceses. La reacción de Spínola y de Fernández de Córdoba fue de inmediato disgusto: el primero «cambiandosi di vari colori nel volto», el segundo con el aspecto de «cadavere tramortito». Gritando a voz en cuello que apartaran de su vista las frutas de la mesa –«merangoli», es decir, naranjas amargas, y «limoni», exquisiteces fuera de temporada–, Córdoba expresaba el dolor que le producía el recuerdo de su fracaso ante Casale –ni siquiera 10.000 infantes y 3.000 caballos le habían bastado para derrotar al enemigo–, mientras que el marqués de Los Balbases manifestaba toda su indignación por no haber sido consultado previamente.

La sátira se detiene sobre todo en la reacción de Spínola, irritado por la osadía de su yerno y celoso de que pudiera alcanzar el éxito sin el auxilio de su autorizado consejo. Se convierte así en una especie de monólogo del gran general genovés, empeñado en exponer sus conocimientos sobre la técnica de los asedios. Leganés no estaba sino «stuzzicando il vespaio»[40] y carecía de toda posibilidad de éxito, tanto por su inferioridad numérica como por su ingenuidad táctica. Habría sido necesario movilizar fuerzas más numerosas desde el estado de Milán, disponer de mayores recursos económicos

---

Zignoni, bergamasco, ingegnere del principe Tommaso». Estas empresas militares de Leganés fueron documentadas en diversos dibujos; véase Annalisa Dameri, «La notable campaña del año 1639 del marchese di Leganés. Disegni a Madrid e a Stoccolma», *Lexicon. Storie e architetture in Sicilia* 19 (2014): 29-40.

[39] Biblioteca Nazionale Centrale di Roma (BNCR), Vitt. Em. 394, fols. 358r-363r. Salvo indicación en contrario, las citas de los primeros pasajes breves proceden del fol. 358r.

[40] BNCR, Vitt. Em. 394, fol. 359r.

y, sobre todo, conocer el estado de ánimo de los habitantes de Casale y del Monferrato, ya inclinados a obedecer al duque de Mantua y a su hijo, es decir, a Carlos Gonzaga-Nevers y a Carlos de Rethel, pese a los supuestos engaños de ambos. Era precisamente sobre ese aspecto sobre el que debía insistirse, persuadiéndolos de que los franceses, «quei lupi vestiti di pelle d'agnelli, giocavano succhiando il sangue di quel povero popolo»[41]. El peligro, por el contrario, era que el recurso a las «bombole» no solo condujera al fracaso del asedio, sino que terminara por enajenar definitivamente las simpatías de la población; las bombas, afirma el Spínola del anónimo aviso, son «uno strumento infame [...], armi de traditori et assassini», útiles únicamente para «inquietare et uccidere donne e fanciulli il cui sangue innocente grida vendetta contro voi»[42]. Aunque el *avviso* presenta a Ambrosio Spínola alterado y casi ridículo al pronunciar estas palabras, difícilmente puede escapar al lector contemporáneo la actualidad de una advertencia que, ya en los albores del empleo de los bombardeos, ponía de manifiesto sus trágicas consecuencias. Al equiparar aquella estrategia a una «crudeltà moresca», el personaje pasaba seguidamente a exaltar a Casale, ciudad cristiana y «fondata dal sangue d'un martire», esto es, san Evasio (m. 362 d. C.), ante el temor de que, por el contrario, los españoles acabaran siendo asimilados al diablo. Difícilmente podría, así, obtener de Apolo el título de «capitano e riparator d'Italia»[43]. Según el aviso, aquella exhortación fue trasladada a una carta que se despachó de inmediato a Casale, al marqués de Leganés. Este respondió, sin embargo, «tutto trionfante», jactándose de sus campañas en la Valtelina, así como de la recuperación de Breme Lomellina, Vercelli, Pontestura, Moncalvo y Trino, entre el Piamonte y el Monferrato. Tamaña fanfarronería irritó al propio Apolo, quien, tras hacer pedazos la respuesta, acabó pronunciándose contra la arrogancia española, hecha aún más patente por el fracaso del pequeño asedio de Rosignano.

En ese momento, llegó un nuevo correo con la noticia de la intervención militar del conde de Harcourt, quien, con tan solo 4.000 infantes, 3.000 caballos y 10 piezas de artillería, había logrado poner en fuga a los hombres de Leganés y a las excelentes tropas del príncipe Tomás de Saboya (12.000 infantes bien pertrechados), que «precipitavano a briglia sciolta verso il Po»[44], donde muchos de ellos perecieron ahogados; por el contrario, los

41 BNCR, Vitt. Em. 394, fol. 359v.
42 BNCR, Vitt. Em. 394, fol. 360r.
43 Las tres citas proceden de BNCR, Vitt. Em. 394, fol. 360v.
44 BNCR, Vitt. Em. 394, fol. 362v.



Fig. 5.
Jean Poinssart, *La deffaicte de 6,000 Espagnols par le comte d'Harcourt an la levée du siége de Cazal aux mois de may 1640* (París: J. Lagnet ex., en la tornée du Pont aux Changes, 1640).
BnF, département Estampes et photographie, RESERVE QB-201 (32)-FOL.

franceses victoriosos hicieron unos 1.500 prisioneros. El escarnio concluía con una canción burlesca dedicada a la espléndida «merenda» servida a los españoles derrotados, compuesta de humildes judías y rábanos. También en este caso, entre las pullas satíricas afloran referencias al contexto bélico real; no debe pasarse por alto, por ejemplo, la alusión al río Po como escenario del conflicto, barrera defensiva de la ciudad de Casale, vía de comunicación para los ejércitos, pero también, como ya había sucedido durante el asedio de 1630, serio obstáculo para la retirada de los vencidos[45].

Otro de los grandes temas es, precisamente, el de la devastación del territorio y de sus recursos económicos. Mientras la mesa de Spínola aparecía cubierta de exquisitos manjares, los hortelanos del Monferrato tenían sobrados motivos para lamentar la escasez de víveres y el encarecimiento de los precios, como puede leerse en la sátira *Appollo dà udienza ad una lite ridicola che verte tra gl'hortolani monferrini et li soldati spagnoli*[46] (texto 7.3). En ella, los hortelanos de Casale y de todo el Monferrato comparecen ante el dios del Sol para litigar contra el fiscal Bossio, representante milanés del gobierno español. Los primeros, representados por un decano nonagenario, acusaban a los españoles –calificados de «spietati marani»– de haber arrancado toda clase de cultivos, incluidas las cebollas, los ajos, los rábanos y los puerros, que constituían habitualmente el único acompañamiento de su dieta; se veían obligados, por ello, a «andar in Piemonte», es decir, a cruzar la frontera del estado para adquirir las semillas o las hortalizas de las que carecían. Por su parte, Bossio, recurriendo a un cierto *latinorum* manzoniano, respondía a Apolo que un asedio prolongado durante más de un año obligaba a los soldados a abastecerse como podían. Habían hecho traer semillas desde España para cultivar los campos que rodeaban Casale, pero los propios habitantes de la región se lo habían impedido, «mostrandosi ogni minimo monferrino un novo Marte», agresivo y violento. Un hortelano, indignado, replicaba que de aquellas semillas no podían brotar sino «frutti d'hipocrisia» y que, en tales condiciones, más valía pasar hambre. Entonces Bossio, humillado, admitía que los daños debían reclamarse a

[45] En relación a la guerra fluvial, véase FLAVIO ROMANONI, *La guerra d'acqua dolce. Navi e conflitti medievali nell'Italia settentrionale* (Bologna: Biblioteca Clueb, 2023). Y para la Edad Moderna, en relación a las guerras de sucesión de Mantua y Monferrato, véase BLYTHE ALICE RAVIOLA, «'El camino que por el Po se utiliza de Mantua a Pavia'. Use of river waters between borders, war, strategies and resources in early modern Italy», en *Gouverner les fleuves? Eaux, savoirs et pouvoirs dans l'Europe moderne*, ed. per ELISA ANDRETTA y RAPHAËL MORERA (en prensa).

[46] BMC, Codice Cicogna 3154, s. fol.

España, tanto más cuanto que entre las tropas se había difundido también el mal francés. Y, para curarse, añadía el abogado milanés, habían llegado casi a pensar en preparar decocciones quemando incluso la madera «de' certi manichi di croce», rozando así la blasfemia.

Ante tantas desmesuras, Apolo tranquilizaba serenamente a los hortelanos, asegurándoles que «con la benignità de' nostri raggi, vi renderemo a tempo centupplicati i frutti». Cuándo habría de suceder eso era, desde luego, difícil de prever; entretanto, sin embargo, el dios les aconsejaba plantar abundante ruda, «acciò vi preservi da maligni spiriti».

Recuerdan, sin duda, a un escrito como este los *Annali* de Giovan Battista Vassallo, comerciante de vinos y, por ello, sensible a la evolución de los precios de los víveres en Casale y en las restantes localidades del ducado. El texto es conocido desde hace tiempo y ya ha sido analizado, pero se insiste aquí en que Vassallo y sus hijos fueron comerciantes de vinos y, por ello, especialmente sensibles a las especulaciones que rodearon el comercio de artículos de primera necesidad durante los asedios[47].

Conclusiones

Se respira, en todos estos textos, un aire de marcado antiespañolismo que tanto la historia de la literatura italiana como la historiografía han sabido reconocer y estudiar desde hace tiempo, a partir de la obra de Traiano Boccalini y de una abundante producción polémica, aunque no siempre de gran calidad. Es más, esa misma falta de refinamiento contribuye a restituir la dimensión de urgencia y rapidez con la que los avisos eran redactados y puestos en circulación. Feroces críticas contra el poder absoluto y la hegemonía de la Monarquía de España sobre los estados peninsulares, estas sátiras daban expresión tanto al pensamiento de una heterogénea *koiné* intelectual como

[47] Por citar solo algunos ejemplos, véase Vassallo, *Annali*, 43-46, donde se recoge una extensa relación de productos y de sus precios durante el asedio de 1628, en *ibidem*, 61: «[1639] novembre et dicembre, il vino si vendé ducatoni 18 il botallo. 1640, febraro. Il vino si vende a ducatoni 20 et 21. Di marzo il vino brusco bono a ducatoni 24 et il dolce bono et potente 26 et 28 il botallo». Sobre la relevancia de la crónica de Vassallo, así como de la del boticario Giovan Domenico Bremio, me permito remitir a Blythe Alice Raviola, «Fra cronaca e memoria. Annali, racconti e storie della prima guerra del Monferrato», en Merlin e Ieva, *Monferrato 1613*, 161-178. Un análisis de estas fuentes desde el punto de vista de los padecimientos de la población en F. Javier Álvarez García, «Narrar el horror. Memoria, trauma y emociones en los relatos de las guerras del Monferrato (1613-1631)», *Magallánica. Revista de Historia moderna* 11, n.º 21 (2024): 268-290.

a un descontento de raíz popular, también urbano, patricio y aristocrático. Todo ello, como se ha señalado, se tradujo en «un'autentica popolarizzazione delle categorie della ragion di stato», manejadas por todos, filofranceses *in primis*, en un contexto de progresiva deslegitimación del gobierno español en el mundo y, muy especialmente, en Europa e Italia[48].

La lenta disolución del universalismo habsbúrgico acabó poniendo poco a poco en crisis el flexible sistema imperial que la Monarquía de España había logrado construir en el reino de Nápoles y en el ducado de Milán –por limitarse a la península italiana–, mediante una red de poderes aliados o integrados en su esfera de influencia. Quienes pagaron las consecuencias en estas sátiras, redactadas al calor de los acontecimientos más dramáticos y violentos, tales como los asedios, fueron, ante todo, los gobernadores españoles destinados en Italia: don Gonzalo, Spínola y Leganés, nombres que, no por casualidad, reaparecen igualmente convertidos en objeto de acusación en la obra maestra de la narrativa italiana, *I promessi sposi* de Alessandro Manzoni. Como ha señalado acertadamente Roberto Bizzocchi, Manzoni, profundamente imbuido de la cultura ilustrada, interpretó el siglo XVII como un «secolo bestiale»[49] y la dominación española como un régimen tiránico, confiado además a comandantes militares poco competentes, afectados y sideralmente alejados de los sufrimientos del pueblo. En sus páginas, Spínola encarna precisamente esa imagen, agravada por el hecho de ser un italiano al servicio de los españoles[50]. Sin embargo, mientras que en el plano ficticio historia y fábula se entrelazan, la historiografía reciente ha revisado el papel de aquellos soldados y gobernantes, situándolos en un contexto más preciso y poniendo de relieve, por el contrario, su dinamismo y sus capacidades políticas[51].

[48] Giovanni Scarpato y Teodoro Tagliaferri, «Introduzione», en *Discorsi di delegittimazione. Percorsi dell'antispagnolismo nell'Europa moderna*, ed. por Giovanni Scarpato y Teodoro Tagliaferri (Napoli: Federico II University Press, 2025), 9.

[49] Roberto Bizzocchi, *Romanzo popolare. Come* I Promessi sposi *hanno fatto l'Italia* (Roma-Bari: Laterza, 2022), 81-102. Véase también Aurelio Musi, «Imperiofobia e antispagnolismo moderno e contemporaneo», en Scarpato y Tagliaferri, *Discorsi di delegittimazione*, 39-51; sobre Manzoni y España, en particular 48-49.

[50] Sobre esta cuestión remito a Blythe Alice Raviola, «'Incidentemente a governare'. Ambrogio Spinola e la guerra di successione di Mantova e Monferrato nelle pagine manzoniane», en *Alessandro Manzoni. La storia e la fabula*, ed. por Claudia Berra, Andrea Gamberini, Giuseppe Polimeni y Alice Raviola (Milano: MUP, 2026, en prensa).

[51] En relación con Spinola, remito a *Ambrogio Spinola. Between Genoa, Flanders and Spain*, ed. por Silvia Mostaccio, Bernardo García García y Luca Lo Basso (Leuven: Leuven University Press, 2022).

Al mismo tiempo, sin embargo, resulta evidente el profundísimo impacto que las guerras de sucesión de Mantua y Monferrato tuvieron sobre el territorio, un impacto que no podía sino generar desconfianza, descontento, sarcasmo y, en ocasiones, formas de resignación rebelde. Como ha demostrado Franco Benigno en *Specchi della rivoluzione*[52], aquel fue el caldo de cultivo de experiencias políticas cada vez más intensas y pragmáticas, que desplazaron el discurso del plano teórico –con frecuencia, además, circunscrito a los ambientes cortesanos– al terreno práctico de la revuelta contra el orden establecido. Fue sobre todo durante el reinado de Felipe IV cuando aquellas grietas se hicieron irreparables y fueron transformándose paulatinamente en profundas fracturas, desgarramientos y divisiones inconciliables, como sucedió en Flandes con las Provincias Unidas, en Portugal, en Nápoles y Mesina, y en Cataluña[53].

El Piamonte –en un contexto diferente, de carácter interno y estrictamente dinástico, aunque igualmente desestabilizador– conocería también una guerra civil (1638-1642), que dio lugar a uno de los numerosos episodios de profunda incertidumbre política que jalonaron la historia europea. Cuando salió de ella, el ducado se encontraba aún más alineado con Francia y, en virtud del tratado de Cherasco de 1631, había ampliado sus dominios con la adquisición de una extensa parte del territorio de Alba y de la ciudad de Trino, junto al Po. Parecía haber concluido no tanto el tiempo de las guerras, que se prolongaron hasta la paz de los Pirineos de 1659, agravando de forma continua la situación del territorio subalpino; parecía terminado, o redimensionado, el tiempo de las hojas volantes de tono antiespañol.

Una reflexión, compartida por esta y otras contribuciones del volumen, se refiere, a este respecto, a la dimensión archivística de los avisos de Parnaso y de otros textos afines. Como ha puesto de relieve F. Javier Álvarez García en relación con los avisos que circularon durante la primera guerra de sucesión de Mantua y Monferrato, esta tipología documental es muy variada y dichos textos aparecen dispersos en archivos y bibliotecas bajo formas diversas. Con frecuencia, al menos en los casos aquí analizados con mayor detenimiento, Venecia desempeñó un papel central en su producción y difusión, como demuestra, en primer lugar, el tono generalmente favorable con que se alude a la Serenísima, enemiga de la Monarquía de España. Sin embargo, estos escritos se encuentran repartidos por toda la

[52] Franco Benigno, *Specchi della rivoluzione. Conflitto e identità politica nell'Europa del Seicento* (Roma: Donzelli, 1999).

[53] Musi, «Imperiofobia e antispagnolismo», 40.

península –y no solo en ella–, con una presencia especialmente significativa en Nápoles, territorio de la Monarquía recorrido por tensiones e inquietudes contra la Corona.

¿Quiénes escribían estas hojas rebosantes de acritud, sátira, desilusión y sarcasmo? Resulta difícil atribuirlas una por una, dada la amplitud de la producción y la naturaleza misma de unos textos tan poliformes como afines en sus contenidos. No obstante, tras las afiladas plumas de los imitadores de Boccalini se ocultaban, sin duda, diplomáticos, juristas, secretarios, hombres de letras, cortesanos, laicos y, en ocasiones, presumiblemente también eclesiásticos, todos ellos profundamente familiarizados con los asuntos de la política. Su mirada burlona sobre los acontecimientos de Italia apenas lograba disimular la más profunda desilusión y la amargura provocada por los incesantes vientos de guerra que soplaban sobre la península.

El clima cultural era el de la «malinconia barocca», según la expresión acuñada por Aurelio Musi, quien identifica en esa coyuntura histórica el sentido más profundo del Barroco: la conciencia de los conflictos, de los cambios que estaban transformando la Europa de finales del siglo XVI y comienzos del XVII, así como de las mutaciones que afectaban a la propia condición del hombre en el mundo[54].

Será necesario tener en cuenta, al profundizar en este ámbito de estudio, la amplitud del elenco de intelectuales que participaron, de uno u otro modo, en estos acontecimientos, así como la implicación de muchos de ellos en las actividades de la corte de Mantua durante el ocaso de su esplendor tardo-renacentista y de inicios del siglo XVII. Basta un nombre entre todos: el de Giovan Battista Basile (1566-1632), antiguo soldado, al igual que Cervantes, al servicio de las armas venecianas, y célebre autor de *Lo cunto de li cunti* (1634-1636), publicado póstumamente por su hermana Adriana, famosísima cantante de la corte de los Gonzaga de Mantua[55]. Basile había

[54] Aurelio Musi, *Malinconia barocca* (Vicenza: Neri Pozza Editore, 2023), 7.

[55] Véase Michele Rak, «Nota biografica», en Giambattista Basile, *Lo cunto de li cunti*, ed. por Michele Rak (Milano: Garzanti, 1986), 1052. Para un perfil literario y artístico más completo, remito a la entrada de Alberto Asor-Rosa, «Basile, Giovambattista», en *Dizionario Biografico degli Italiani*. Roma: Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 1970, vol. 7. https://www.treccani.it/enciclopedia/giambattista-basile_%28Dizionario-Biografico%29/. Véase también Liliana Pannella, «Basile, Andreana, detta la bella Adriana», en *Dizionario Biografico degli Italiani*. Roma: Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 1970, vol. 7. https://www.treccani.it/enciclopedia/basile-andreana-detta-la-bella-adriana_(Dizionario-Biografico)/. La cantante fue recompensada por el duque Vincenzo Gonzaga con la concesión de los feudos monferrinos de Piancerreto e Cuccaro. Véase Raviola, *Il Monferrato gonzaghesco*, 280.

residido en Mantua junto a Adriana entre 1613 y 1616 y había asistido, por tanto, como testigo a la primera guerra por la sucesión de Mantua y Monferrato. Se conserva de su pluma un *Monte Parnaso*, publicado en Nápoles en 1630 sin indicaciones tipográficas, obra que, sin duda, es deudora de los *Ragguagli di Parnaso* de Boccalini y de sus numerosos epígonos e imitadores, ya fueran mordaces o desencantados.

Bibliografía

Álvarez García, F. Javier. *Guerra en el Parnaso. Gestión política y retórica mediática de la crisis del Monferrato (1612-1618)*. Madrid: Doce Calles, 2021.

Álvarez García, F. Javier. «Narrar el horror. Memoria, trauma y emociones en los relatos de las guerras del Monferrato (1613-1631)». *Magallánica. Revista de Historia moderna* 11, n.º 21 (2024): 268-290.

Amelang, James. *The Flight of Icarus: Artisan Autobiography in Early Modern Europe*. Stanford: Stanford University Press, 1998 (ed. esp.: Madrid, Siglo XXI de España, 2003).

Asor-Rosa, Alberto. «Basile, Giovambattista». En *Dizionario Biografico degli Italiani*. Roma: Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 1970, vol. 7. https://www.treccani.it/enciclopedia/giambattista-basile_%28Dizionario-Biografico%29/.

Barberis, Walter, ed. *I Savoia. I secoli d'oro di una dinastia europea*. Torino: Einaudi 2007.

Bély, Lucien. *Les relations internationales en Europe. xvii^e^-xviii^e^ siècles*. Paris: PUF, 1992.

Benigno, Franco. *Specchi della rivoluzione. Conflitto e identità politica nell'Europa del Seicento*. Roma: Donzelli, 1999.

Bizzocchi, Roberto. *Romanzo popolare. Come* I Promessi sposi *hanno fatto l'Italia*. Roma-Bari: Laterza, 2022.

Braida, Lodovica. *Stampa e cultura in Europa*. Roma-Bari: Laterza 2000.

Capaldi, Donatella. *Momo. Il demone cinico tra mito, filosofia e letteratura*. Napoli: Liguori, 2011.

Castronovo, Valerio. «Cacherano d'Osasco, Ottaviano». En *Dizionario Biografico degli Italiani*. Roma: Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 1973, vol. 16. https://www.treccani.it/enciclopedia/ottaviano-cacherano-d-osasco_%28Dizionario-Biografico%29/.

Ceccarelli, Alessia. «Il Parnaso genovese: una guerra delle scritture nella guerra dei Trent'anni (1625-1634)». *Nuova rivista storica* 94, n.º 3 (2010): 765-822.

Corvino, Andrea. *Torino. Descrizione illustrata*. Torino: Libreria Luigi Beuf, 1873.

Dameri, Annalisa. «La notable campaña del año 1639 del marchese di Leganés. Disegni a Madrid e a Stoccolma», *Lexicon. Storie e architetture in Sicilia* 19 (2014): 29-40.

Elliott, John H. *Richelieu y Olivares*. Barcelona: Editorial Crítica, 1984.

Ettinghausen, Henry. *How the Press Began. The Pre-Periodical Printed News in Early Modern Europe*. La Coruña: SIELAE, 2015.

Externbrinck, Sven. *Le coeur du monde. Frankreich und die norditalienischen Staaten (Mantua, Parma, Savoyen) im Zeitalter Richelieus 1624-1635*. Münster: LIT, 1999.

Ferraris, Giovanni. «Un'inedita relazione sull'assedio di Casale Monferrato del 1640», *Bollettino Storico Vercellese* 81 (2013): 51-67.

García García, Bernardo J. y Davide Maffi, eds. *El Piemonte en guerra (1613-1659). La frontera olvidada*. Madrid: Doce Calles, 2020.

Giuliani, Marzia. *La Repubblica dei segretari. Potere e comunicazione nell'Italia di Antico Regime*. Roma: Carocci, 2022.

Infelise, Mario. *Prima dei giornali. Alle origini della pubblica informazione*. Roma-Bari: Laterza, 2002.

Laplana Gil, José Enrique. «Lo que va de Momo a Momo: Salas Barbadillo y su *Estafeta*». En *La narrativa de Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo*, ed. por Albert Mechtild, Marcial Rubio Arquez, Leonardo Coppola y Victoria Aranda, 182-201. Frankfurt: Peter Lang, 2021.

Luparia, Paolo. «La guerra del Monferrato in versi: Giambattista Marino (fra Testi e Chiabrera)». En *Monferrato 1613. La vigilia di una crisi europea*, ed. por Pierpaolo Merlin y Frédéric Ieva, 197-218. Roma: Viella, 2016.

Menochio, Giacomo. *Responsum in causa Montisferratensi*. Mondovì: Torrentino, 1566.

Metlica, Alessandro. *Lessico della propaganda barocca*. Venezia: Marsilio, 2022.

Metlica, Alessandro y Enrico Zucchi, eds. «La *res publica* di Galeazzo Gualdo Priorato (1606-1678). Storiografia, notizie, letteratura», número especial, *Quaderni Veneti. Studi e ricerche* 6 (2022).

Mostaccio, Silvia, Bernardo García García y Luca Lo Basso, eds. *Ambrogio Spinola Between Genoa, Flanders and Spain*. Leuven: Leuven University Press, 2022.

Musi, Aurelio. «Imperiofobia e antispagnolismo moderno e contemporaneo». En *Discorsi di delegittimazione. Percorsi dell'antispagnolismo nell'Europa moderna*, ed. por Giovanni Scarpato y Teodoro Tagliaferri, 39-51. Napoli: Federico II University Press, 2025.

Musi, Aurelio. *Malinconia barocca*. Vicenza: Neri Pozza Editore, 2023.

Nardi, Paolo. «Sozzini, Mariano, il Giovane». En *Dizionario Biografico degli Italiani*. Roma: Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 2008, vol. 93. https://www.treccani.it/enciclopedia/mariano-il-giovane-sozzini_(Dizionario-Biografico)/.

Nider, Valentina y Giovanni Ciappelli, eds. *La invención de las noticias. Las relaciones de sucesos entre la literatura y la información (siglos XVI-XVIII)*. Trento: Università degli Studi di Trento, 2017.

Pannella, Liliana. «Basile, Andreana, detta la bella Adriana». En *Dizionario Biografico degli Italiani*. Roma: Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 1970, vol. 7. https://www.treccani.it/enciclopedia/basile-andreana-detta-la-bella-adriana_(Dizionario-Biografico)/.

Pellizzari, Patrizia. «Echi letterari della prima guerra del Monferrato: la prosa di Alessandro Tassoni». En *Monferrato 1613. La vigilia di una crisi europea*, ed. por Pierpaolo Merlin y Frédéric Ieva, 179-195. Roma: Viella, 2016.

Pettegree, Andrew. *The Invention of News: How the World Came to Know about Itself*. Yale: Yale University Press, 2014.

Quazza, Romulo. *La guerra per la successione di Mantova e del Monferrato*. Mantova: G. Mondovì editore, 1926, 2 vols.

Rak, Michele. «Nota biografica». En Giambattista Basile, *Lo cunto de li cunti*, ed. por Michele Rak, 1048-1053. Milano: Garzanti, 1986.

Raviola, Blythe Alice. *Il Monferrato gonzaghesco. Istituzioni ed élites di un «micro-stato» (1536-1708)*. Firenze: Olschki, 2003.

Raviola, Blythe Alice, ed. *Cartografia del Monferrato. Geografia, spazi interni e confini in un piccolo stato italiano tra Medioevo e Ottocento*. Milano: FrancoAngeli, 2007.

Raviola, Blythe Alice. «Fra cronaca e memoria. Annali, racconti e storie della prima guerra del Monferrato». En *Monferrato 1613. La vigilia di una crisi europea*, ed. por Pierpaolo Merlin y Frédéric Ieva, 161-178. Roma: Viella, 2016.

Raviola, Blythe Alice. *Giovanni Botero. Un profilo fra storia e storiografia*. Milano: Bruno Mondadori Editore, 2020.

Raviola, Blythe Alice. «'Incidentemente a governare'. Ambrogio Spinola e la guerra di successione di Mantova e Monferrato nelle pagine manzoniane». En *Alessandro Manzoni. La storia e la fabula*, ed. por Claudia Berra, Andrea Gamberini, Giuseppe Polimeni y Alice Raviola, en prensa. Milano: MUP, 2026.

Raviola, Blythe Alice. «'El camino que por el Po se utiliza de Mantua a Pavia'. Use of river waters between borders, war, strategies and resources in early modern Italy». En *Gouverner les fleuves? Eaux, savoirs et pouvoirs dans l'Europe moderne*, ed. por Elisa Andretta y Raphaël Morera (en prensa).

Romanoni, Flavio. *La guerra d'acqua dolce. Navi e conflitti medievali nell'Italia settentrionale*. Bologna: Biblioteca Clueb, 2023.

Rospocher, Massimo. «L'invenzione delle notizie? Informazione e comunicazione nell'Europa moderna», *Storica* 64, XXII (2016): 95-116.

Scarpato, Giovanni y Teodoro Tagliaferri, «Introduzione». En *Discorsi di delegittimazione. Percorsi dell'antispagnolismo nell'Europa moderna*, ed. por Giovanni Scarpato y Teodoro Tagliaferri, 7-10. Napoli: Federico II University Press, 2025.

Signorotto, Gianvittorio. «Antispagnolismo e dispregio della corte: Tassoni e Testi». En *«Con licenza de' Superiori». Studi in onore di Mario Infelise*, ed. por Flavia De Rubeis y Anna Rapetti, 263-270. Venezia: Edizioni Ca' Foscari, 2023.

Taranto, Domenico. *Studi sulla protostoria del concetto di interesse. Da Commynes a Nicole (1524-1675)*. Napoli: Liguori Editore, 1992.

Taranto, Domenico. «Una prassi votata al fallimento. La fragilità dell'impero spagnolo secondo Boccalini». En *Discorsi di delegittimazione. Percorsi dell'antispagnolismo nell'Europa moderna*, ed. por Giovanni Scarpato y Teodoro Tagliaferri, 53-71. Napoli: Federico II University Press, 2025.

Valsecchi, Chiara. «Menochio, Giacomo». En *Dizionario Biografico degli Italiani*. Roma: Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 2009, vol. 73. https://www.treccani.it/enciclopedia/giacomo-menochio_(Dizionario-Biografico)/.

Vassallo, Giovanni Battista. *Annali che contengono diversi avvenimenti in Casale Monferrato et altrove (1613-1695)*, ed. por Adriano Galassi, Blythe Alice Raviola y Romano Sarzi. Mantova: Gianluigi Arcari Editore, 2004.

Textos sobre la guerra de sucesión de Mantua y Monferrato (1628-1630)

7. 1. *Raguaglio di Parnaso sopra il movimento dell'armi di Spagna con il duca di Nivers, per la successione nel ducato di Mantova e Monferrato*

Biblioteca Nazionale di Napoli, Cod. Brancacciano, V.E.3, fols. 193r-199v [manuscrito]
Edición de Alfonso Patón Roldán y revisión de Silvia Toppetta

Continovavano tuttavia le nuove delle guerre d'Italia, et ancorché per prima non erano dalla Serenità d'Apollo havuta in consideratione, persuadendosi egli come principe giusto che niun principe debba pigliare l'armi, se non quanto la giustitia della causa il richiegga. Già che le vittorie più con la ragione che con gl'esserciti s'ottengono, pur considerando che all'ambitioni del regnare non si trova virtù che resista né legge che non sia variabile, risolse instantemente richiesto nell'ultima audienza di rimediare quando per un editto affiso ad valvas fe' sapere a principi dell'Italia et a gl'altri interessati destinando l'hora nel giorno seguente che proponessero le raggioni. Facceva nel giorno et hora stabilita comparire la serenissima Republica veneta, vero splendore d'Italia e sua legitima primogenita, ma ritrovandosi ella risentita d'uscita di corpo per la quale, ancorché molto havesse pregato la Monarchia di Francia, sua confederata, che come haveva altre volte fatto nell'istessa infermità, la soccorresse con un certo reubarbaro *sertesse* fatto per liberarse, et havendone havuta una negativa –con legitima causa però– dicendo che ne haveva ella havuto di bisogno per una dissenteria di molti mesi che ancor la teneva travagliata, risolse mandare a suo nome al Serenissimo Apollo Cornelio Tacito, il quale, dal giorno che le sue *Historie* cominciorno ad haver aura appresso i politici, haveva servito la Republica per maggiordomo. Ma non piacendo al Tacito la proposta, assai humilmente scusandosi disse che egli con l'occasione delli presenti rumori non sarebbe comparso avanti Apollo, perché dubitava di riportarne alcuna solenne bravata, giaché i moti delle guerre poco giuste sono i frutti del seme della raggione di stato che ha egli seminato nel mondo. Non dispiacque la scusa e perciò furno di commun parere che si mandasse alcun homo che havesse belle e dolci parole, ancorché non corrispondenti all'effetti, come si suol dire per proverbio, che havesse il miele in bocca et il rasoio a cintola.

Pensò il Tacito in Seneca, ma la serenissima Republica disse che si sarebbe ella guardata di far vedere in casa sua un spagnolo. Risolsero finalmente di mandare Monsignore d'Argentone, che ben sapeva dire il suo concetto. Comparve questo il giorno seguente all'audienza et fece un racconto conforme al suo solito del modo fatto dell'assalto de' spagnoli al duca, il dirò

pure di Mantova, et voleva toccare le raggioni del duca, quando Apollo disse che per l'una e l'altra parte i iurisperiti portarebbero il peto della causa, essendo la differenza in punto *Iuris Parti* l'Argentone, et riferì il seguito a chi li haveva mandato. Onde fu determinato che pigliase la difesa del duca il Cecatio e quella delli spagnoli il Covarruvias, l'uno e l'altro celebri iuristi che hebbero luogo in Parnaso.

Li giorni passati, come eccellenti nell'arte contro lo stabilimento che i legisti non possono essere ammessi, fu prefisso a questi il termine et hier l'altro apunto si trovarono in contradittorio con l'assistenza di più rari ingegni di questa corte, di quale altri vi gionsero per curiosità, molti per soccorrere al bisogno del duca, e quasi tutti per la difesa d'Italia. Incominciò Covarruvias *presentendo* egli che li spagnoli che in Italia havevano presa la parte di Cesare fossero gl'attori, e disse che il duca si era intruso nei Stati di Mantova e Monferrato. Rappresentò il poco conto che s'era fatto di Cesare. Discorse sopra le sue poche raggioni et aggiunse le pretese fellonie del duca e con grandissima sfacciataggine non si vergognò quasi di negare la descendenza di Federico. Disse poi che tutte quelle raggioni havevano sforzato Cesare a pigliar l'arme. A quest'ultime raggioni non poté contenersi il Cicatio, il quale disse: «Come armi di Cesare? Se nel disegno dell'assedio di Casale stampato in Milano si legge 'essercito cattolico'». Non sapeva che rispondere a questo Covarruvias, ma come assai arguto disse prontamente che l'adversario non intendeva quel termine 'cattolico', imperciocché altro non vuol dire che universale, quasi che li spagnoli mettano le mani da per tutto.

La mordace facetia mosse a riso la brigata. Confutò la cose dette da Covarruvias il Cicatio e fece vedere chiaramente le raggioni del sangue e descendenza del duca. Mostrò quanto debbole fossero le pretensioni di Cesare, et soggiunse quanto mai alcuna fondata raggione v'havesse. Non si doveva incominciare dall'essecutione, poi si dolse senza rispetto alcuno del Serenissimo di Savoia, che come italiano et amator della libertà d'Italia e principe a cui sempre la giustitia piacque, hora corresse dietro all'altrui capricci. Non fu questa doglianza sofferta dal Fabro, il qual disse che il suo principe era nato libero e che voleva valersi a suo arbitrio di questa libertà. Ma fu per questa risposta ripreso dall'astuto spagnolo, che disse che pensasse come egli parlava, perché quella parola 'libertà' in buona lingua spagnola vuol dire 'pazzia', e tutto ciò il vigliacco disse per mostrare che li spagnoli non se ne fidavano.

A queste parole divenne il cavalier Guarini, che era qui presente, assai rosso in faccia, e cercò di nascondersi tra la moltitudine dei virtuosi; di che accortosi Fracastoro, altrettanto medico quanto poeta, pensando che alcuno accidente li fosse sopragionto, accostandoseli dimandò la cagione del rossore. Rispose il Guarino che non sapeva come rimediare a' quei versi del *Pastor Fido* nel prologo:

Al cui senno, al cui petto, alla cui destra
commise il ciel la cura
dell'italiche mura.

Rise il Fracastoro e gli disse che si maravigliava che un ingegno come il suo non sapesse fare il commento a' quei versi, ma che egli come medico gli ricordava che quella voce 'cura', così in buona medicina come nel buon fiorentino, vuol dir cristiero o supposta, e perciò si poteva dire che al duca era stato commesso il cristiero d'Italia per farla evacuare come haveva fatto, e di genti e di denari, da 20 anni in qua. Hebbe a scoppiare delle risa il Guarino. Alla fine, la Serenità d'Apollo, che con molta patienza haveva inteso le parti, disse che li spagnoli non si potevano doler del duca, il quale, ancorché valoroso e più che mediocremente armato, non haveva però punto mosso l'arme contro lo stato di Milano. Rispose a questo lo spagnolo che ciò era stato per non irritarsi quei principi d'Italia, li quali sono obligati, seguendo tal assalto, a dar a' spagnoli l'aiuti; ma non mancò chi dicesse che per questa volta non si sarebbono havuti. Et Dante fu il primo a protestarsi, che quando si pretendesse dal Serenissimo di Toscana, domandava egli un scomputo con quelli millioni che l'anno passato erano stati mandati in Germania.

Et per Lucca rispose il Benegionti, che essendo stata cortesia la levata delle genti lucchesi per spagnoli sotto Vaccelli [¿Vercelli?], non s'intendeva la cortesia passasse in obligatione. A queste parole fu inteso un grande sospiro uscito dal profondo del petto di Monsignore Giacomo Sannazzaro napolitano che, essendo domandato della cagione del sospirare, disse: «Hanno cervello cotesti lucchesi! Non han fatto così i napolitani, che s'han fatto obligo la cortesia del donativo», et aggionse quel suo verso: «Hor che Napoli mio non è più Napoli».

Per il Serenissimo di Parma si fece innanzi Merlin Cuccaia e disse che quell'Altezza che per le guerre vicine haveva ella bisogno di gente, et allegò quel suo verso: «*Quod tibi bisognat, noli prestare compagno*».

Per Urbino non vi fu chi rispondesse perché Polidoro Virgilio, che altre volte haveva questo carico, domandato rispose che non sapeva se il suo principe fosse più carne o pesce. Finalmente, havendo il Cicatio detto che li spagnoli havevano incominciato dall'essecutione, perciò il giuditio era nullo, e domandò se li spagnoli havevano da Cesare mandato di procura, né potendolo Covarruvias mostrare, sententiò Apollo che li spagnoli si retirassero, non solo perché gl'atti fatti da loro erano *nulli defectu citationis*, ma anco *defectu facultatis*. Non mancò chi interpretasse questa parola *facultatis* per mancamento di denari, ma è ben vero che fu detto da Apollo «per defetto di mandato di procura».

7. 2. *Segue il funerale et sepoltura della Serenissima Riputatione di Spagna da farsi alli Capuccini fuori della città di Casale*

Biblioteca Nazionale Centrale di Firenze, Cod. Gino Capponi 216, fols. 67v-70v [manuscrito]
Edición de F. Javier Álvarez García y revisión de Silvia Toppetta

Mentre la serenissima Riputatione di Spagna s'andava sostentando con stilati et confetti de' genii di riputatione, ecco improvisa relatione fatta ad Apollo della visita del cadavero della sudetta principessa, narrandogli a pieno la cagione della sua morte, la quale, doppo essere stata legitimata da gran numero de' pensionarii della sua Corona, Sua Maestà motu proprio ha dato ordine che si dovesse fare solenni essequie con spese grandissime per honorarla et fabricargli perciò un famoso tempio. Sparsesi la fama per la corte di Sua Maestà, molto zelanti di vivo amore, cominciarono a fare gagliarde oppositioni, dicendosi in particolare che vedendosi dal *visum et repertum* il cadavero, haveva più tosto figura barbara et bestiale che humana, sarebbe stato scandalo grandissimo il seppelirlo in luoco sacro, ma che proprio era dargli la sepoltura nella stessa campagna dov'era seguita la sua morte. Questi discorsi tenevan sì sospeso l'animo di Sua Maestà che, trattandosi l'essecutione del suo commandamento, gionse la nuova al duca di Mantova, il qual incontinente spedì solenne ambasciatore in Parnaso, supplicando Apollo che in testimonio dell'ossequio et divotione ch'egli ha sempre portato alla Corona, restasse Sua Maestà servita ch'egli potesse far seppelire quel cadavero fuori della città di Casale, dentro a' suoi Stati, nella chiesa de' Capuccini, tanto più che ivi apunto era morto; alla cui dimanda, stimata da Apollo ragionevole, condescese volontieri, ma co' le seguenti condicioni:

- Prima. Che il governatore di Milano, don Gonzáles di Cordova, a sue spese gli faccia fabricare una tomba, acciò cominci a sgravare la conscienza sopra molti defonti in questa guerra.
- Seconda. Che'l conte d'Olivares sia tenuto venire personalmente in Italia a ricevere le condoglienze de' pensionarii della Corona.
- Terza. Perché non è conveniente che il duca di Mantova, mettendo l'unguento et le pezze, Sua Maestà ordina che della spesa della cera Sua Altezza sia fatta essente; ma la faccia la serenissima republica di Venezia con gli altri potentati d'Italia, in consideratione dell'aquisto c'hanno fatto di questa morte.
- Quarta. Che il duca di Mantova faccia salvocondotto a tutti li genovesi di poter venire sicuramente a piangere et accompagnare il cadavero alla sepoltura.

- Quinta. Che l'Altezza di Mantova sia quella che vadi avanti'l cadavero, e lo guidi alla sepoltura, et solo il duca possa in quell'attione portare la spada al fianco.
- Sesta. Che il gran duca di Toscana, come benemerito della Corona, sia tenuto di mandare il prencipe dell'Accademia della Crusca a fare l'oratione funerale.

Con queste conditioni fu spedita l'ambascieria di Sua Altezza, quale se ne partì su le poste, com'era venuto in diligenza.

7. 3. *Appollo da' audienza ad una lite ridicola che verte tra gl'hortolani monferrini et li soldati spagnoli*

Biblioteca del Museo Correr, Codice Cicogna 3154, s. fol. [manuscrito]
Edición de F. Javier Álvarez García y revisión de Silvia Toppetta

Hieri, che fu giovedì, giorno dedicato ai passatempi d'Appollo et alle ricreationi di tutto Parnasso, volle Sua Maestà dar publica audienza ad una lite ridicola che verte tra gl'hortolani monferrini et li soldati spagnoli per mantenir in allegrezza li suoi dignissimi virtuosi. Comparvero adunque, chiamati avanti al tribunale della Maestà d'Appollo, una quantità grandissima d'hortolani, non solo di Casale, ma da tutto il Monferrato, per una parte, et il fiscal Bossio, milanese, in nome de' spagnoli, per l'altra de' littiganti, quando comandò Appollo a gl'hortolani che sponessero il loro interesse. All'hora un bell vecchio di nonant'anni in circa ragionò in questa maniera:

> «Messere de' gl'huomini da bene, aspettiamo da lei santa giustitia. In settanta et più anni ch'io maneggio gl'horti, non è accaduta mai disgratia sì grande come n'apporta quest'anno la crudeltà et la perfidia spagnola, che n'ha distrutto et sradicato fino dalle viscere della terra, la razza tutta delle cippolle, de gl'aglii, de i porri, et de' i ravaniglii o raffani, che suogliono servire a miseri hortolani per agguzza appetito, per unica delitie et intingolo del nostro durissimo et stentatissimo pane. Quindi, essendo commune il male a tutto il Monferrato, siamo comparsi tutti unitamente alla presenza di Vostra Maestà per venir reintegrati del danno emergente e del lucro cessante, non puotendo noi a quest'anno sperar minima radice di sì fatti frutti, che m'hanno lasciato questi spietati marani la terra nuda. Et siamo in necessità d'andar in Piemonte a comperarne le sementi, dove saranno scarse et care, havendo gli medesimi spagnoli, nello stesso tempo, desertati ancora que'gl'horti. Per tanto, supplichiamo la Maestà Votra a voler farne reintegrare et rissarcire delle nostre ruvine».

Rivoltossi in quel ponto Appollo al Bossio, accenandogli et imponendogli che rispondesse s'haveva ragione alcuna d'allegare in diffesa de' spagnoli in così chiara verità.

> «Sire –rispose il Bossio–, *In naturalibus nec meremur neque demeremur*, egli tanto naturale alli nostri spagnoli, anco alli cavaglieri stessi della gran croce, il mangiar de' sì fatti fortumi, quanto al pesce di star nell'acqua, alla terra di tender al centro, overo al fuoco di riscaldare. Ma nel caso presente sono poi anco degni di scusa maggiore li poveri spagnoli, poiché l'assedio è durato un anno –si può dir– senza paghe, onde gli ha constretti a mangiarne a tutto pasto, facendo la penitenza insieme co'l peccato. Et sono restati benissimo castigati, poiché di già s'erano avezzati a i buon bocconi. Egli è ben vero –ed

> io devo assicurarne Vostra Maestà in parola d'honore– che li spagnoli, fino dalli primi giorni dell'assedio, havevano fatto mandar da Spagna quantità incredibile di sì fatte sementi d'ogni sorte per seminarne anco in ogni minimo cantoncino di quel delitioso paese, persuadendosi omninamente di posseder quei Stati. Ma, mentre s'avicinava il tempo di seminar gl'horti, pur una certa paura horribilissima c'hanno conceputo d'un ombra grande, sono statti in necessità di porsi in fuga così repentinamente che non hanno hauto tanto tempo di racordarsi pur di portar seco almeno le loro semenze; onde hanno abbandonato la terra nuda, con estremo dolore et con eterna mortificatione. Ma se questi huomini sono statti al spoglio delle nostre baracche quando presero fuga li nostri soldati –come si può credere, mostrandosi ogni minimo monferrino un novo Marte–, stimo impossibile che non habbiano trovato in grandissima quantità».
>
> «Io n'hebbi alle mani più d'un staro –risposte un di coloro–, ma le consumai co'l fuoco, non fidandomi a seminarle nel mio horto, temendo che nascessero i frutti ammorbati d'hippocrisia, cosa troppo abbominata da noi altri, semplici hortolani. E poi –per dirla alla libera– non mi piacciono in casa mia sementi spagnole, che solo per questo ho combattuto, sin hora, con perdita della robba, della moglie et dei figlioli, con mille periglii della mia vita stessa, stimando il tutto nulla a paragone della vittoria d'haver tenuto fuori di casa quella peste. Tanto meno li voglio adesso c'ho provato in esperienza ch'ogni semenza spagnola –per buona che sia– tien nascosto nelle radici il pianta mall'anni, dal quale n'ho visto a germegliar la mala pasca».

Conoscendo il Bossio che gl'argomenti erano formati de' primi principii et de' massime, notissime a tutti, né sentendosi in mente più bella fuga o più honesto ripiego per risponder a gl'hortolani, affinché li Spagnoli non restassero condannati nelle spese in tanta loro estremità de' dannari, spinto dalla vehemente passione, si lasciò fuggir di bocca che potevano gl'hortolani por al riscontro delle pretensioni per li danni riceuti tutti gl'ingrassamenti c'havevano li spagnoli fatti in quei campi, fino col sangue et con la propia pelle.

> «Anzi di questo pur anco si lamentiamo noi sino alli sette cieli –rispose un altro di coloro arditamente–, attesoché non sapremo mai con che però cibarsi più di cosa alcuna che nasca hora dalla nostra terra, paventando sempre che la morte, qual non c'hanno potuto dar li spagnoli vivi con la guerra né con la fame, me l'infundano così morti nelle viscere con la peste, per natural malignità et anco per rabbia d'esser statti la maggior parte dall'armi nostre estinti».

Sussuravasi in quel ponto dalli astanti, che li spagnoli non ardivano comparir in giudizio alla presenza della tremenda Maestà d'Appollo, conoscendo d'haver tutti gli torti del mondo. Il che, penetrato alle orecchie del

Bossio, lasciossi intender apertamente che pretendeva non pregiudicar ponto alli spagnoli il non comparir personalmente a quel giudizio, facendo noto a tutto Parnasso in loro discolpa et diffesa che stavano tutti ben chiusi in stufa, prendendo il decotto con buona dieta per curarsi del mal francese. Male che non pregiudica all'honor de' soldati, che pertanto li signori medici gli prohibivano di comparire all'aria aperta. Con tal occasione, al Bossio disse Appollo:

> «Come passa la loro purga? Et dove hanno mai trovato tanto legno santo da purgarsi quest'anno, non n'essendo comparso dall'Indie, ché s'è smarrito con le flotte?»
>
> «Sappi Vostra Maestà –ripose il Bossio– che la purga pare vadda prendendo salubre rissolutione, ma quanto al legno santo, hanno trovato durissimo scontro per ogni parte. In Roma volevano licenza di puotersi servire fino de' certi manichi di croce, decimandoli almeno due volte in Spagna; et nel territorio di Lodi tentavano d'assotigliarli con le piole de marangoni, ma sono statti ribbutati con così accerbi modi di quest'ultimo tentativo, spetialmente che per opera de' padroni puotentissimi di quelle smisurate croci, s'è datto più d'un ordine che contro Spagnoli fusse sbandeggiata la croce stessa, con l'anatematizatione. Quindi sono statti sforzati di passarla, senza d'essi, al meglior modo che si può».
>
> «Horsù, vogliamo compatire alle miserie loro –disse Appollo–, benché a questa volta siano del tutto indegni di pietà. Hortolani nostri cari, il caso avenutovi è ordinario nelle mutationi de' patroni sino d'ogni minima possesioncella. Con la benignità de' nostri raggi, vi renderemo a tempo centupplicati i frutti, radolcendo il terreno ché non rimanga ammalliato dalla malignità de' morti che l'hanno ingrassato di mala qualità. Piantate molta ruta aciò vi preservi da' maligni spiriti. In tanto, da cattivi pagatori, prendete quel poco che puotete havere, che più non puotiamo noi di giustitia, non essendo il nostro tribunale eretto per inscevir contro gl'infermi né incrudelir co' i morti».

7. 4. *La Monarchia spagnola scorse pericolo d'esser scacciata fuori da Parnasso dalla Monarchia francese, per non haver operato conforme alla legge d'Amaso, re d'Egitto, già publicata per ordine della Maestà d'Appollo*

Biblioteca del Museo Correr, Codice Cicogna 3154, s. fol. [manuscrito]
Edición de F. Javier Álvarez García y revisión de Silvia Toppetta

Dal tempo che Amaso, re degl'Egitii, entrò trionfante in Parnasso, per ordine della Maestà d'Appollo, fu sempre pontualmente osservata la legge salutifera lasciata da lui alli suoi popoli: che sia tenuto cadauno, a certo tempo detterminato, di render conto dell'operato in tutto l'anno; con rissoluta et pratticata determinatione di scacciar da Parnasso et sbandir da suoi confini chiunque fusse vissuto nell'otio et nella infingardagine. Legge c'ha datto sempre da sudare et di meritare alli poveri virtuosi. Massime in quest'anno ha travagliato di mala maniera la Monarchia spagnola, la quale s'era incappriciata di cacciar in un sacco la libertà d'Italia, incomintiando dai popoli del Monferrato, per proseguir col rimanente, ad uno ad uno, minaciando di cacciarvi anco qualunque presumesse disturbarla di questo suo dissegno, se fusse ben insieme tutto il mondo. Nella qual impresa, havendo consumato undeci mesi et vinticinque giorni inutilmente, vedendo che non gli avanzavano più che cinque dì per render conto dell'anno scorso, paventando d'esser scacciata dal territorio delitiosissimo di Parnasso come otiosa, per mostrar di non haver perso il tempo infruttuosamente si ficcò ella stessa, con tutti li suoi bravazzi, in quei medesimi sacchi, ne' quali dissegnava cacciar gl'altri, parendogli che almeno questa attione puotesse salvarla da ogni duro scontro che fusse per patire in merito della legge del re Amaso. Là onde, chiamata ai conti dell'anno avanti, Appollo espose d'haver imparato, nell'anno presente, da qual capo s'entra nel sacco. Ma non furo appena profferte queste parole che la Monarchia francese, la quale se ne va in quest'anno apponto baldanzosa d'haver soggiogata la Rucella et soggettato il rubellante regno, gli si fece incontro, armata di tutto ponto, facendo –come si suol dire– di ponta et di calcagno, aciò non fusse acettata questa per scusa, ma per mancanza d'ardire di star al suo valore a fronte, che perciò sfrattasse da Parnasso come quella che occupava così felice paese senza merito. Allegando non rittrovarsi persona di così puoco conto in questo mondo che non sapesse ascondersi per paura in spatio d'un quarto d'hora; et che era ridicolo il studiar un anno per imparare a trovar la bocca del sacco. A questo mal passo si rittrovava la Monarchia spagnola, et di già s'inhorridiva sentendosi minaciare in faccia lo sbandimento da quel felice stato per non rittrovar scuse che arrivassero al segno né ragioni per mostrar

quell'opera degna della fatica d'un anno. Quando il Cordoa esclamò che sapeva ben lui quanto dura fusse statta l'impresa d'accomodar lo stomaco a cacciar se stesso in un sacco, quando il capo era gonfiato de' speranza di cacciarvi tutti gl'altri. Tuttavia non intendea si prestasse fede né all'una né all'altra monarchia, come appassionate a vicendevol distrutione, ma si chiamasse più tosto la republica di Venetia in testimonio della sua agonia a tanta rissolutione che non poteva egli né la sua monarchia spiegare per certa ansia di petto, repplicando con repplicati sospiri non esser statto puoco il sapersi salvar nel sacco.

Gl'astanti, puoco acorti –che in buonissimo numero erano concorsi per veder il fine di sì gran tentativo della Monarchia francese di scacciar la spagnola– ridevano a piena bocca nel mirar che il Cordoa, anzi, la stessa sua monarchia ponesse in mano della Republica veneta le sue ragioni in caso di tanto rilievo, come accennava ella stessa col volto, racomandandosi, sendogli mancate le parole, sapendosi che per opera sua spetialmente gl'andava vano il dissegno d'insaccar il Monferrato, et che lei medesima gl'haveva datta la prima mano et l'ultima spinta a cacciarla nel sacco, che perciò stimavano l'ultimo traccollo della riputation spagnola il rivelare et affidar le proprie miserie a sì crudel nemica. Aggiongendo che ben si scorgea come i casi repentini fanno perder la scrimia a gl'aristarchi del mondo.

Ciò non ostante la Republica veneta –infatti– incomintiò a piegar l'animo, per sua segreta ragion di stato, a mantener in Parnasso la Monarchia spagnola. Quindi, per meglio assicurarsi di diffender le sue ragioni, l'avisò in un'orecchia che, sendo le parti più principali di lei le griffe et le corna, cercasse d'asconder ben le griffe et abbassar le corna in modo, entro al sacco, che gli suoi nemici non puotessero imputarla che non havesse manco imparato di star nascosta nel sacco perché, distrugendo le sue ragioni fundamentali, non havrebbero poi saputo come fabricarvi sopra la sua salute. Ma, fatto questo, l'assicurava fino di volger l'armi proprie a sua diffesa, non che di protteger con ragioni la sua causa. Confortossi alquanto quella gran signora et rispose alla republica che per fugir così dura borasca farebbe quel tanto gli fusse a grado, ma che nondimeno il rimaner chiusa nel sacco –per ogn'altro capo sicura– gli sembrava negotio duro et di pessima consequenza, sendo quello un altr'otio che all'anno vegnente, nel tirar de' conti, la poneva nello stesso precipicio et nel medesimo laberinto. Al che soggionse la Republica venetiana che si confortasse et vivesse di buona voglia, ché l'havrrebbe fatta asentar da Appollo di quella dura legge che non faceva per le sue pari. Con tal rissolutione quella serenissima dama fece constar secretamente alla Maestà d'Appollo quanto importasse a salvar

la Monarchia spagnola in Parnasso per contrapeso della francese. Poscia a viva voce rese cappaci tutti gl'astanti come era opera degna et memoranda quella della Monarchia di Spagna in quest'anno di trovar la bocca del sacco, senza mirarvi dentro, havendo gl'occhi sempre intenti et applicati lontano le migliaia de' miglia. Concludendo c'haveva fatto un miracolo da orbo, ma giovevole infinitamente alli vicini, i quali havevano provato che l'unir i fatti alle parole faceva rissolver i monarchi del mondo a metter le pive nel sacco. Indi, indusse la Maestà d'Appollo a far esente et eccettuata la Monarchia spagnola omninamente dalla legge del re Amaso, stimando et allegando esser contrario a tutte le leggi il necessitar ad operare chi è nato per non far mai niente di bene.

7. 5. *Raguaglio dell'ultima ragunata tenuta in Parnaso alla presenza d'Apollo sopra l'affari d'Italia a 18 d'ottobre 1629*

Biblioteca e complesso monumentale dei Girolamini, Manoscritto SM 28.3.55, fols. 135r-138v. [manuscrito]
Edición de Alfonso Patón Roldán y revisión de Silvia Toppetta

Erano già passati dieci mesi che la serenità d'Apollo, per varii accidenti, non era intervenuta nelle solite ragunanze di Parnaso, et però in tutto quel tempo non s'era mai in esse trattato delle cose spettanti alle guerre d'Italia, per non contravenire all'ultimo decreto fatto da Sua Maestà nel mese di settembre dell'anno precedente. Ma hieri, che fummo alli 18 d'ottobre, essendo stata intimata una congregazione generale ad instanza del Cuiatio, avvocato della Francia in questa corte, vi si volle ritrovare con l'intervento de tutti i consultori, ministri ed officiali, e lo fece con tanta maestà che, sebene non poteva celare i raggi della sua benignità, caggionava però in tutti così gran veneratione che ogni uno ne rimaneva quasi attonito. Onde si fe' giuditio che di cosa molto grave raggionar si dovesse. Collocatasi finalmente la Maestà Sua nel trono imperiale, ed assisisi gli officiali a' luochi loro, il Cuiatio, drizzatosi in piedi et fatta riverenza ad Apollo con parole circonspette sì, ma gravi, et risentite, espose querela per raggione del suo officio contro Ferdinando II, eletto imperatore de' Romani, perché in certo manifesto publicato da lui à 26 di settembre per giustificare la missione d'alcuni alemanni in Italia a' danni del duca di Mantova e di Monferrato, usava parole di poco rispetto verso il re di Francia, chiamandolo assassino, ché tanto vale la parola latina *grassator*, et fece instanza, che fosse punito come calunniatore et compositori de' libelli famosi. Et perché nell'esporre la querela con gagliarde raggioni provò che quel duca era ingiustissimamente molestato da ogni uno, et particolarmente dalli spagnoli, li quali non hanno contro di lui veruna pretensione, et che dall'imperatore, invece di essere oppugnato, doveva per dispositione dalle leggi imperiali et feudali esser difeso et mantenuto nel possesso di quelli Stati et che, havendo in ciò mancato, doveva lodarsi et non calunniarsi il re di Francia, perché senza offendere alcuno l'havea aiutato.

Il Covarruvia, il quale un anno prima dalla natione spagnuola era stato eletto per loro advocato in questa medesima corte, accompagnato dal Portense, Caccherano, Pobelli, Menochio, et altri dottori milanesi e savoiardi, si volle opporre; ma l'auditore fiscale, a suggestione del senatore Papinio, il quale sotto nome del Collegio Mantovano si trovava havere difese le buone raggioni di quei duchi contro quel di Savoia, e nascostamente era entrato nella congregatione, dove non ha pur anco luoco, fatto parole con la Maestà

d'Apollo, d'ordine di lui comandò che non si rivangasse più questo negotio se prima non si rispondeva a pieno a quel ristretto delle pretensioni de' diversi prencipi alli Stati predetti di Mantova e Monferrato, il quale un anno avanti, alla presenza di Sua Maestà, con applauso universale era qui stato letto. E avvenga che il Menochio affermasse di essere pronto a rispondere all'hora incontinente, et havesse anco appresso di sé molti scartaffii portatigli dal Fabri, suo aiutante di studio; nulladimeno perché il suo detto fu da tutti ricevuto con riso et con qualche strascinata di piedi. Apollo gli fece cenno che si quietasse, et ordinò a Benvenuto da Imola, attuario di questa causa, che leggesse quel manifesto ad alta voce, et al Cuiacio che appresso specificasse meglio i capi ne' quali teneva che se fusse offeso il re di Francia, essibendosi la Maestà Sua pronta a far la giustitia; con la quale occasione si dilatò tanto nelle lodi di quel re, veramente christianissimo, che non solo li spagnuoli ne rimasero confusi, ma li todeschi ammutulorno, et gli altri tutti ne restorno non meno ammirati che consolati.

Lesse Benvenuto il manifesto come gli era stato comandato et perché dalla lettura di esso non vi fu nessuno, eccetto li spagnuoli et li todeschi, il quale con mille segni non dechiarasse d'essere rimasto offeso. Non occorse più al Cuiacio prendersi briga di soggiungere altra cosa, imperoché gli humanisti si risero della improprietà e struttura d'alcune parole, gli storici desiderarono la verità in altre, i legisti richiesero sustanze di raggioni, i theologi et i canonisti non si conobbero giustitia di causa e i politici affirmarono mancarci la dovuta circonspettione, trattandosi d'un re, cui tanto da tutti si deve, et forse anco d'altro a lui maggiore; né vi mancò che liberamente tacciasse di giuditio l'imperatore medesimo e il re di Spagna perché, havendo l'uno et l'altro tanto da fare in defendere gli stati proprii, et essendo così bisognosi dell'aiuto altrui, si mettessero hora a provocare tutto il mondo contro di loro per una cosa la quale, oltre il mancare di raggione e di giustitia, non si deve premere un pelo. In somma, fu sì grande il bisbiglio che la Serenità d'Apollo, per quietare il rumore, *ore proprio* ordinò che quel manifesto alla presenza sua fosse publicamente per la mani d'un carnefice, ministro di Vulcano, gettato nelle fiamme; et cossì fu esseguito, nonostante che l'Ottomanno e l'Oinotomo, come devoti di Casa d'Austria, con ogni diligenza e sommissione se ingegnassero di scusare l'imperatore, interpretando quelle parole «grassavi», con dire che non s'era voluto intender altro se non che il re era calato in Italia con troppo impeto e vehemenza e procedendo con la solita furia franzese, et che la Maestà cesarea altro non pretendeva in questi apparati se non di domare la contumacia del duca di Nivers, suo vassallo o usurpatore de' suoi feudi, nel che aggiunsero che doveva essere avisato et non impedito dagli altri principi.

Ma, essendosi a questo detto drizzati Rolando a' Valle, Soccino, et Gerolamo da Lucca con altri lor seguaci per chiaramente mostrare che il duca Carlo Gonzaga haveva fatto anco più che non doveva per dichiararsi buon vassallo dell'imperadore, adherente del re di Spagna e desideroso della pace d'Italia, il Lucchese fe' leggere da Benvenuto una scrittura autenticata in Roma, in Vienna, in Pariggi e in Madrid, nella quale distintamente si leggeva come Sua Altezza, a pena entrato in possesso di que' ducati per ordine del predecessore et di consentimento de' popoli, rimettendosi tutto nelle braccia di quelle Maestà, haveva offerto loro le seguenti cose:

- Prima. Che si volevano che desse qualcuna delle sue terre al duca di Guastalla, ancorché non se gli dovesse cosa veruna, gli l'haverebbe data, perché diceva tener più conto d'havere appresso di sé un parente contento che di Reggiolo.
- Seconda. Che si per quietare il duca di Savoia comandavano che gli concedesse parte del Canavese l'haverebbe fatto, quantunque sapesse le di lui pretensioni esser vane.
- Terza. Che se fusse loro piaciuto che si smantellasse la fortezza di Casale, era pronto a compiacerli con unirla con la città medesima, atterrando li bastioni et le cortine che sono verso di lei e accrescendola di case sin alle mura di fuori.
- Cuarta. Che se il Cattolico voleva per sé tutto il Monferrato, si contentava di darglielo con quella ricompensa che havessero arbitrato il papa e l'imperatore medesimo.
- Quinta. Che per osservanza di tutte queste cose haverebbe mandato alla corte cesarea come per ostaggio il principe suo figliuolo, come fece.

Et perché dal racconto di queste cose si vidde alteratione straordinaria, così in Apollo come in tutti i circonstanti, uno di loro prese animo et si voltò a fare instanza delle cose seguenti:

- Prima. Che si mandasse l'imperatore per qualche anno alla scuola d'Henrico Stefano, accioché meglio apprendesse la proprietà delle parole latine, et fra tanto se gli ordinasse che deponesse il governo dell'Imperio in potere dell'elettori, affinché, se egli non faceva buon progresso, venissero a nuova elettione.
- Seconda. Che se desse lo sfratto alli spagnuoli da tutta Italia come a perturbatori della pace in essa sotto varii et falsi protesti.
- Terza. Che si comandasse al marchese Spinola che, essendosi partito da Fiandra, dove pure haveva acquistato qualche gloria, e venuto in Italia con tanta autorità, quanta ha publicato di avere, et non havendo saputo stabilire l'accomodamento fatto, se ne torni a Genova a rivedere i conti della casa propria.

- Quarta. Che si levassero l'armi a Coll'alto, et a tutti li tedeschi da lui comandati, et con un bastone in mano et un fiasco d'acqua al collo, se rimandassero diggiuni nel Tirolo.

Ma Apollo, usando la sua solita clemenza, dopo haver inteso le contentiose instanze et repliche delli avvocati di ciascuna delle parti, fatto cenno con la mano e imposto silentio a tutti, non volle per all'hora decretare altro, se non:

- Primo. Che li spagnuoli uscissero a fatto da Italia et se ne tornassero a populare i diserti della Spagna, giaché non si erano contentati di godere in pace ciò che possedevano in quella provincia come li havevano di consigliati Carlo Quinto et Felippo Secondo, et fra tanto si mettesse in un fondo di torre il conte di Fuentes, primo motore di questi rumori, per punirlo poi conforme a' suoi meriti.
- Secondo. Che a' tedeschi si desse honorata sepoltura nel lago di Mantova, nel Po, nel Mincio e nel Lazaretto di Milano, non essendo parso bene a Sua Maestà che tornino neanco ubriachi d'acqua in Germania; e a rispetto dell'altre instanze fatte, dechiarò che potevano per hora bastare le determinationi prese, facendo del tutto essecutore l'istesso re di Francia.

Onde, drizzatosi in piedi, se ne tornò alle sue stanze, lassando ogni uno ammirato per sì fatta determinatione.

7. 6. *Raguaglio tenuto in Parnaso alli 10 decembre 1629, nel quale si stabilisce la guerra e ciascuno potentato spiega le sue insegne*

Biblioteca e complesso monumentale dei Girolamini (Nápoles), Manoscritto SM 28.3.55, fols. 117r-122r [manuscrito]
Edición de Alfonso Patón Roldán y revisión de Silvia Toppetta

Stavasi la gran corte di Parnaso tutta quieta, essendo ogniuno intento a' suoi particolari studii quando, d'ordine della Serenissima Maestà d'Apollo, fu bandita una universal dieta per il principio del prossimo passato mese di decembre, ordinandosi che niuno di qualsivoglia professione havesse ardire di mancare di non trovarsi presentialmente per sentire la mente et ordine di Sua Maestà. Giunto adunque il tempo stabilito, che fu alli diece di detto mese, essendo già ripiena la Regia Sala de' i più forbiti ingegno in tutte le scienze dell'universo, comparve Apollo con il suo solito corteggio di Muse et dei principali senatori sella sua regia, et dopo havere tutti gli astanti rallegrati col suo benigno e risplendente volto, con grandissima maestà s'assise nel suo regal trono et fatto cenno a Troiano Boccalini, che di già da Sua Maestà era stato per la sua virtù dechiarato suo primo secretario, che legesse la proposta da farsi in sì solenne dieta. Questo, con affabil volto e con alta et chiara voce, incominciò:

> «Savii e prudenti signori eletti per benignità del nostro signore e vostri meriti per suoi consiglieri nelle più ardue sue risolutioni, desiderando Sua Maestà, secondo il solito degl'altri anni in simil giorno di venir maggiormente compartendo le sue gratie, con prolungare medesimamente il suo divino lume li giorni di mano in mano a questo nostro emisfero, vien ritardata la buona mente della Maestà Sua da' i presenti motivi di guerra d'Italia, dubitando che in simil prolungamento de' giorni non venga dall'avidità della gente alemanna preiudicato alle buone raggioni del Serenissimo di Mantova. Desidera, per tanto, Sua Maestà sentire il loro parere» et così detto, tacque».

Non hebbe così tosto finito il Boccalino di leggere la sopradetta proposta che fu in uno instante sentito un tacito bisbiglio fra i politici et astrologo et, dopo breve spatio di tempo, levatosi in piedi un gentilhuomo, quale affermano che fusse il Magini, et fatto il debito inchino alla Maestà d'Apollo, disse:

> «Sacra Maestà. Questi miei compagni et signori versati nelle scienze matematiche, sentita la proposta letta per parte della Maestà Sua e ricercati del loro parere, con quel debito ossequio che si deve da sudditi ad un tanto signore, dicono che per modo alcuno non deve la Maestà Vostra ritardar le solite gratie, con non prolongar il giorno a questo emisfero, perché sarebbe un prevertire l'ordine della natura, oltre che la potentia vostra può a i tedeschi impor leggi

> tali con le quali venga assicurata la buona giustitia del duca di Mantova, e non si vengono impedite o ritardate per loro difetto le gratie che dalla vostra benignità ne sono offerte».

Piacque sommamente ad Apollo il parere di matematici, e rivoltatosi con serena faccia al collegio de' politici, disse: «A voi tocca hormai di porger qual legge vi pare che si debbia imporre ai tedeschi per assicuramento di Mantova». Ventilata questa causa in quel gran collegio, fu di commun parere risoluto che stante la temerità de gl'alemanni in essersi imbarcati, come si suol dire, senza biscotto, in lasciarsi condurre senz'arme et vittovaglie all'assedio d'una piazza tenuta universalmente inespugnabile, et particolarmente in tempo d'inverno, dovevano, dopo l'haver provato, che differentia è dal vivere imbriachi nelle stufe della Germania, a viver diggiuni nelle laguni d'Italia, ritirarsi dal detto assedio di Casale poiché, essendo stati eguali nella temerità, era convenevole che siano pari nel dishonore. Et così Apollo sententiò, ordinando che fusse data sententia intimata agli alemanni, acciò irrevocabilmente fusse esseguita nel tempo che Sua Maestà haverebbe dato principio all'accrescimento de' giorni.

Data la soprascritta sententia et ordine, fu di subbito veduta entrare nella Regia Sala una donna con manto regale ma vestita di lutto, et perché portava ad usanza di zitella romana coperto il volto del proprio manto, non fu alla prima riconosciuta; ma toltosi detto manto per parlare, fu tosto a tutti noto esser la già così potente, et hora così povera et afflitta Italia quale, dopo l'haver con la sua solita gravità data una guardata in giro, ma con occhi pietosi et quasi lagrimevoli, affissatili ultimamente nella faccia d'Apollo, fatto prima a quello la dovuta riverentia, cominciò a favellare nella seguente maniera:

> «Illustrissimo et Serenissimo Signore, che a te solo tali titoli si convengono, già credo che ti sia noto l'essere della mia persona. Resta solo dunque che ti faccia palese la causa che hora a' tuoi piedi mi conduce. Sappi dunque che delli presenti motivi di guerra che hora sono in me, non n'è stata causa –come cerca dare ad intendere a gente di poco giuditio la Monarchia di Spagna– la disobedienza o poca raggione di Carlo Gonsaga, legitimo herede degli Stati di Mantova et Monferrato, ma, come a tutti quelli che sanno, è noto l'innata cupidigia di regnare della natione spagnuola. Domando dunque gratia, invitto signore, da non mi si negare».

Et cosí detto, con grave et continente modo si quietò senza terminare il suo discorso. All'hora tutti li consiglieri della natione spagnuola et a quella affettionati tra di loro, prorompendo in uno tacito sorriso, dissero:

«Guarda chi vuol comparire con il manto alla faccia, quasi pudica donzella, come che non si sappia che qual publica meretrice habbi provato hormai il dominio di quasi tutte le nationi del mondo; et è pur vero che quella che si vanta d'haver imposto le leggi et dominato l'universo, hora si venghi a raccomandare a' piedi d'Apollo, acciò si faccia gratia che segua ancorché per lei una vituperosa pace, benché palliata et finta».

Sentì il tutto –benché con voce sommessa fusse parlato– quella inclita regina e, repigliando il suo parlare verso la Maestà d'Apollo, se ben con faccia alquanto alterata:

«La gratia che dimando –disse– a te, o supremo signore, è così giusta, come ho detto, che non me si deve negare, et è che poiché è piaciuto alla malitia et superbia spagnuola et alla temerità et dapocaggine alemanna di venirmi con esserciti armati, senza prima una minima causa giusta, a rubbare le mie città, principi et popoli, ordini che si seguiti avanti l'incominciata guerra, né si raggioni più di pace, ché così s'avederanno quelli che poco fa mi trattorno con maledichе lingue, che più tosto bramo di scuotermi di dosso l'insopportabil giogo del dominio spagnuolo con una buona et aperta guerra, che comportarà che con finta et simulata pace, secondo il solito, aspettino il tempo che se gli apri la strada a' tradimenti, che ho, che hora con tante trame orditi, sì in Mantova come in Casale, li sono svaniti, con li quali acquistando di me pieno dominio come a loro brama, possino con raggione vantarsi, come pur hora facevano questi signori loro adherenti, chiamandomi all'hora con nome di meretrice publica; titolo che loro ben sanno quanto più alle nationi loro si convenga, che a me, la quale ancorché in parte di me il dominio di più et diverse nationi habbia sofferto, nondimeno nella maggior parte sono miei proprii principi in antica libertà ho goduto, et hora più che mai godo. Et ancorché la natione spagnuola si vanti di tenermi hora in parte sogetta, sì bene chi considerarci trovarà che non solo gli stati miei a lei soggetti, ma anco li proprii suoi, ben spesso sono stati governati da signori et ministri nati sotto il mio dominio, sì come pur hora vediamo nello stato di Milano et nella condotta dell'essercito tedesco; là dove lei le più barbare nationi dell'universo non solo l'hanno affatto soggiogata, ma quel che è peggio, indotta –cosa detestabile da rammentarsi– ad idolatrare et apostatarsi dalla propria fede; non potrà già niuno di me dire che io con verità, col dominio di tante et sì strane nationi, habbia mai macchiato la candidezza della mia fede. È ben vero che hora, avvedutami che alcuni de' miei sudditi, con il dominio spagnuolo, venivano col suo essempio tirati alla più enorme idolatria che imaginar si possa, che è l'adoratione delle proprie attioni loro, ad imitatione degli hebrei, che adorarono il vitello fabricato del proprio oro. Ho cercato col mio venire a' piedi di questo supremo signore d'intercedere, come ho detto, una buona et giusta guerra la quale, liberandomi da sì periglioso dominio, torni a godere l'antica libertà et conservare li miei sudditi nella candidezza della loro fede.

Seguitisi pure, Serenissimo Signore, che questa et non la pace –come questi signori spagnuoli credevano– io desidero e bramo».

A così vive raggioni, a così inopinata richiesta restorno, per vergogna et per stupore, morti tutti gli affettionati di Spagna, tanto più che sentirono fare una dimanda dall'Italia tutta contraria al loro desiderio, ancorché mostrassero desiderare il contrario, non essendo cosa che più bramassero che una pace o tregua, o vera o finta che fusse; e non di meno, per stimolo d'honore, furono sforzati alla dimanda d'Italia loro ancora gridare: «Guerra, guerra!», ma a mezza bocca, come da tutti fu notato, sebene alcuni l'attribuirono alla solita gravità spagnuola. Ma Apollo, che l'intrinseco del cuore riguarda, vedendo l'afflittione di quelli, volse radolcirli alquanto con concedere quanto da tutti si bramava o si mostrava bramare con sossiego, et in linguaggio spagnuolo –il che non poco honore fu alla detta natione– disse: «*Hágase gherra, gherra!*».

Fu sommamente ringratiato Sua Maestà da quell'inclita signora, havendo ottenuto quanto desiderava, et dall'ambasciator di Germania residente a quella gran corte, tanto a nome suo et del suo principe come anche della Monarchia di Spagna; l'ambasciatore della quale per causa di precedenza non interveniva a funtioni publiche, fece ancora lui un lungo ringratiamento con assai allegro sembiante, ancorché il cuore fusse diverso. Ma come quello che per la lunga conversatione havuta con gli spagnuoli, da quali haveva imparato a fingere ottimamente la seppe fare, con tutto che sia cosa contrariissima alla sua natione. Hora vediamo quanto possa una stretta familiarità. Ma chi più si allegrò di tal sentenza, e ne diedero con sembiante, con atti et con parole evidenti segni, furono li ministri della Monarchia di Francia, dell'inclita republica di Venetia e del signor duca di Mantova. E subbito con allegrezza fu ordinato da tutti che fussero cavati dall'arsenale di quella gran corte li principali stendardi et insegne militari, dove erano stati depositati, pensandosi per essere già l'invernata più alla pace, che alla guerra.

Fermossi Apollo desideroso di vedere le dette insegne, ordinando che tutte fussero condotte alla sua presenza. Il primo a comparire fu lo stendardo imperiale della Germania per mostrare il desiderio che veramente havea, sotto il quale volse anco unirsi la natione spagnuola, dechiarandosi per ausiliaria dell'Imperio e non per principale. Portavano questi per loro insegna la solita aquila imperiale con la banda di Casa d'Austria, et con il motto *Quis contra Nos!* Seguiva a questo quello del Serenissimo di Mantova, ché gli altri volsero a lui come principale in questa guerra dare la precedenza, e portava per insegna le quattro aquile di casa Gonsaga con

il motto *Si neque Hercules contra duos, quis contra quatuor?* Seguiva quello della gran Monarchia di Francia, come principale fautrice della giustitia di detto duca, quale era un'antica fiamma con il motto *Unicuique suum*. Veniva dopo quello del duca di Savoia, quale si dechiarava neutrale, pretendendo solo farsi buone le raggioni nelle sue pretensioni; portava questo per sua insegna un nodo di Salomone senza alcun motto. La republica di Venetia, che dopo questo seguiva, come quella che non ha altro riguardo che alla sua libertà et alla conservatione dell'honore della sua natione, inarborò il suo leone coronato con il motto *Tu dux et defensor*. Comparve dopo una imperial bandiera piegata, allo spiegar della quale non solo tutte l'insegne furono humilmente tosto abassate, ma l'istessa Maestà d'Apollo, sollevatasi dal trono reale, a quella con humiltà s'inchinò. Portava questa una nave a vele gonfie in mezzo ad un mare, con un venerando vecchio in habito pontificale sedente nella sua poppa, con li quattro venti soffianti dalle quattro parti del sopradetto mare, con un motto a traverso di detta nave quale diceva *Non praevalebunt*. E nel petto del venerando vecchio si leggeva *Tutus quiesco*. Gli altri principi d'Italia volsero tutti venire uniti sotto un'insegna, nella quale si vedeva figurata una campagna tutta abruggiante di fiamme di fuoco con il motto *Quis liberavit*. La città di Mantova volse anch'ella fare una particolare insegna da inarborare nelle sue muraglia, et ve si vedeva figurata l'istessa città posta in mezzo al lago, ove solo ve si leggeva un *Ego*, con il qual pretesto quell'inclita città rispondeva al primo et ultimo motto.

Loda Apollo il giuditio di tutti nell'imprese et motti delle loro insegne; ma Momo, come quello che mai può stare senza tacciare qualch'uno, levatosi in piedi disse:

> «Sacra Maestà. Non mi par cosa giusta che gli spagnuoli, quali con l'attioni si sono dechiarati principali motori di questa guerra, hor con l'andare sotto l'insegne di Germania, vogliono dare ad intendere d'essere solo le armi ausiliarie dell'Imperio. Bisogna dunque darle una particolare insegna sotto la quale loro, come capi, debbino militare. Et quando non trovino insegna a proposito per loro, purché sia in piacere di Sua Maestà, ne darò una che a mio parere esprimerà chiaramente le attioni et intentione di quella natione, et è che figurino un lupo con le fauci aperte poste alla bocca d'una tana, con il motto *Prima il pelo che il vitio*».

Risero tutti al detto di Momo, et Apollo, di nuovo stabilito il decreto della guerra, consignò alla natione spagnuola l'insegna datali da Momo e, licentiata l'universal dieta, con il solito corteggio al suo regale alloggiamento si retirò, dove per strada, accostatosi un agente di Spagna al Boccalini, gli disse:

> «Son forzato ricorrere a lei per un mio pensiero, come a quello, qual sempre so che è stato solito di dire senza adulatione il suo parere liberamente. Sappi dunque che il mio desiderio è di sapere la causa per che la Monarchia di Francia, sotto il governo d'una persona ecclesiastica quale è il cardinale Riccheleù, habbi fatto et faccia tuttavia così gran progressi, che non solo ha liberato se stessa da moti e guerre civili, ma l'ha ridotta formidabile per la sua potentia all'universo; là dove la nostra natione sotto l'administratione di simili personaggi è sempre andata diminuendo di potenza et di riputatione, sicome pur hoggi chiaramente vediamo negli Stati di Friandra. Per gratia, mi cavi da questo dubbio».

Signor Troiano, con quella sincerità d'animo che sempre ha professato, non poté fare di non ridere il Boccalino, sentita simil dimanda. Et rivolto cosí ridendo allo spagnuolo, disse:

> «Signore, stupisco che non li cada in mente la vera raggione di quanto mi ha addimandato, perché io tengo per facilissimo l'indovinarla. Ma perché Vostra Signoria ne aspetta sopra di ciò il mio parere, glielo dirò con quella libertà di parlare e sincerità di cuore che ho sempre professato, et quale da me lei aspetta et crederò dare nel segno. Dovrà dunque sapere che la furia francese, contemperata con la sodezza de' preti, fa un bonissimo temperamento; ma questa unità, con il sossiego spagnolo, lo riduce insopportabile, di dove poi ne nasce che il vostro dominio è chiamato da proprii sudditi tirannico. L'alienatione degli animi dei popoli, la poca devotione di quelli verso il proprio re, l'inclinatione alle angarie, et rubbamenti, et dare i governi a tali ministri con li quali ridotti, come ho detto, poco fedeli li sudditi, insospettisce l'altre potentie, quali di già sanno il vostro aspirare alla monarchia, del tutto sono causa che non solo vi rendono imposibile l'arrivare a quella, ma che anche in breve perdiate quanto fin hora havete acquistato, inducendo anche in breve spatio di tempo voi medesimi di nuovo schiavi –il che Dio non voglia– a mori et ad altre barbare nationi».

Rese con queste raggioni il Boccalino muto lo spagnuolo, et perché di già Apollo era arrivato alle sue regali stantie, altra risposta non diede, se non il saluto con la solita gravità spagnuola. Questo è quanto è passato in quest'ultima dieta di Parnaso, dove hora si sta aspettando aviso dell'essito che haverà il principio della stabilita guerra. *Finis*.

7. 7. *Ragguagli di Parnaso*

Biblioteca Nazionale di Napoli, Cod. Brancacciano, III.A.I, fols. 24r-27r [manuscrito]
Edición de Alfonso Patón Roldán y revisión de Silvia Toppetta

Hier sera comparvero corrieri alla Maestà di Appollo, con la confirmation della pace d'Italia. Tocchò a leggerle al mantovano Marone, il quale, doppo veduto che non vi era aqquisto veruno per li spagnoli, sorridendo replicò quei suoi antichi carmi *sic vos non vobis* e domandò licenza ad Appollo et alle Muse di poter –sì come già cantò Troia distrutta– cantar hora la sua mantovana patria già risorta, perché, quantunque mancassero Priami e Pirri, gl'Ettorri, gl'Acchilli, non macherebbero però, li Polifemi, l'Arpie, gl'Ulissi, li Sinoni, e gl'inventori d'altre machine e chimere più insidiose del Caval Troiano, che finalmente haverebbe toccata materia di adornar il poema, dietro al quale voleva poi comporre una priapea, a laude delli spagnoli.

Questo diede un poco nel naso a certi stitichi, con tutto ciò la gratia gli fu conceduta senz'alcun riguardo.

La Monarchia spagnola, alla nova di detta pace, venne meno e fu che fare a riaverla: non cenò, non dormì, non riposò in tutta la notte. Questa mattina, per tempo, Esculapio, Hipocrete e Galeno, medici principali di questo Collegio, l'hanno visitata e, nel tocchar del polso, l'hanno trovata assai debole di forze, con accessione di una ardentissima febre. Onde, facendo dubbio che possa dar nel maligno e non havendo per quest'infirmità, per il gran consumo fatto quest'anno, pur una gocciola di aqqua di scorza nera, hanno spedito corriero al marchese di Santa Croce perché mandi in Spagna a portar qualche buona provisione et a dar parte al re che la pace è fatta, e che perciò la Monarchia sta inferma, languendo perché si crede che il conte di Olivares, con il Consiglio Secreto di Stato, non siano per sentir bene quest'aggiustamento; e però per qualche dilatione al ritorno del mandato si è inviato di qui l'anello della Fata Morgana, da valersene secondo l'occasione, onde Su Eccellenza vi ha spedito per il più scaltro il senator Vellani, il quale, sapendo in coscienza d'haver anch'egli data qualche materia di disordine alla povera inferma, procurerà robba fresca della migliore, e saprà servirsi della virtù dell'anello maravigliosamente.

Intanto si è pensato d'applicar altro rimedio, che è una stretta dieta, e d'andarla conservando con qualche mostacciolo di Napoli e conserva di Genova, di che per sua natura è molto vaga; se bene, havendoli domandato li medici che cosa gli sarebbe di gusto, ha risposto che gli parrebbe esser guarita se potesse havere creste di gallo, radice di giglio, il cuor d'un leone, favo de api e, con aqqua del Tevere cotto e distemperato il tutto insieme, farne un empiastro et applicarselo caldo caldo alle parti del cuore. Li medici se ne

riseno e stimando ciò principio di delirio, per non mancar a cosa veruna, gli hanno ordinato una presa di pillole cochie, con un servitialetto per divertirlo.

L'Italia, che sta sul convenevole de' complimenti, ha volsuto visitarla onde, accompagnata da alcuni suoi politici più familiari e vergognosa d'esser vista così lacera et afflitta, come al presente si ritrova, vi s'è fatta portare incognitamente in bussola. Arrivata al letto, doppo alcune cerimonie meste e di rimprovero, si è scoperta il seno e le più nobili parte, mostrandole le ferite piene di morbo e peste che porta seco. Con voce lacrimevole prese a dire: «*His pro te in domo mea plagatus sum*. Sei ancora satia? Hai pur ancho estinta la sete?». «*Satiabor cum apparuerit corona tua, aduc sitio*», rispose l'inferma. Sdegnatasi l'Italia, frenetica et impatiente, replicò: «*Numquam satiaberis, et sities in eternum*», e soggiunse li seguenti versi:

> Per te produrrà sempre il giglio spine,
> il Gallo s'armerà d'acuti sproni,
> e l'Adria sempre produrrà leoni.
> Perché non gionghi al desiato fine,
> né fia mai ver che la superba testa
> t'adorni di mia regia alta corona.
>
> Moverà Marte, moverà Bellona
> d'ogni stagion ver te cruda tempesta.
>
> L'aqqua del Tebro ch'è sì dolce e chiara,
> per te fia sempre velenosa e amara.

Diede in così bestiale escandescienza la signora Monarchia in veder perso il respetto in che teneva in concetto di schiava, che fece credere a tutti che il suo male non fusse altro che humor malenconico. Onde, lacerando per rabbia i capelli e mordendosi le mani, li signori politici diedero per consiglio che si dovesse legare, acciò non facesse maggior pazzie. Fu legata, ma non senza gran fatica.

Con quest'occasione, non essendosi mai possuto sapere se la Monarchia sia maschio o femina, non mostrando per ordinario altro che la faccia che di donna ammorevole, benigna e giusta, l'hanno discoperta tutta e l'hanno trovata –cosa horenda a dire– esser dal mezzo in giù un mostro, che non mostra né prevale alcun sesso. Li piedi sono di testudine, scrittovi sopra *festina lente*; le gambe e le coscie di Satiro; la panza tempestata tutta de varie macchie, con il pelo di diversi animali, e dietro una coda di scorpione. Attacchato al collo haveva una borsetta, scrittovi dentro a lettere rosse, credesi sia di sangue humano:

Che si scriva a don Gonzales:
«es minister tomar Casales».

A questo spettacolo corse tutto Parnaso in quella guisa, a punto che corsero li Dei a veder Venere e Marte colti nella rete di Ulcano in letto. A francesi però s'è intimato che non entrino, e che sin che il lor gallo pelato non habbia rimesso le piume, stiano bassi, e nel cantar non dibattino l'ali.

Si fanno qua grandissimi discorsi e si conclude che la Monarchia spagnola sia sorella e fratello, da frode dipinta dal poeta Dante fiorentino. E finalmente un altro furore che con queste parole *Es minister tomar Casale*, tenute lungamente nel suo appestato petto e velenoso seno, habbia attachata la peste alla povera Italia, dalla quale se bene non potrà per qualche tempo liberarsi, non di meno inaspettata risorgerà più fiera che mai, sin che la stracci e divori affatto. In tanto potrà dire, per un pezzo: «Per te porto stracciato il petto e i panni! E perché, in riguardo della reputatione spagnola, sento che deva andare un bando: che, sotto pena di perpetuo esilio, nessuno ardisca di parlare di Monarchia sudetta, né mandar fuori di qua avvisi. Finisco, e senza corregerlo e rivederlo, lo dedico e mando da hora alla necesità. Vale».

Che vi pare, o spagnoli, o conte, o duca,
che risoluto ha il vostro don Gonzale
scrivesti: «*Es menester tomar Casale*»,
a fe' del ciel che ve riuscita bucha.

Ma dian che Francia avanti si conduca,
chi terrà quell'esercito reale
che sferzandovi il cul con un stivale
a fuggir de Milan non ve riduca.

Ma per amor de' Dio e del cogniato
vol quella clementissima corona
lassarvi con la vita quel ducato.

Acciò che possa dir ogni persona:
«Spagnia sotto pretesto colorato
ruba li stati altrui, Francia li dona».

7. 8. *Avviso di Parnaso per Casale e Breda*

Biblioteca Nazionale Centrale di Roma, Vitt. Em. 394, fols. 358r-363r [manuscrito]
Edición de F. Javier Álvarez García y revisión de Silvia Toppetta y Bernardo J. García García
Entre corchetes y en cursiva figuran aquellas palabras que se proponen para interepretar las lagunas y deficiencias que presenta el manuscrito original.

Con lettere dell'altro ordinario, si sono riceuti gl'avvisi di Parnaso con li quali ci ragguagliano del magnifico desinare, che diede il marches Ambrogio Spinola a don Gio. Gonzales di Cordova il giorno 15 del corrente, giorno che egli vuole ogn'anno con solennità celebrare la memoria della segnalata impresa che fece di Bredà, doppo alquanti giorni d'assedio; ma perché di si fatte feste se ne veggono et scrivono ogni giorno, vi estenderò solo ad un caso ivi accaduto.

Erano quei cavalieri quasi al fine del pranzo, che vi sopragiunse un corriero con lettere del marches di Leganes, indirizzate allo Spinola, con le quali, come ad amorevol suocero e suo particolare benefattore, l'avvisava dell'attacco che egli haveva fatto tutto in un medesimo tempo della città di Casale e del presidio di Bossignano con sette mila fanti e tre mila cavalli, et che sperava in pochi giorni stringere, sbattere et sforzar dette piazze. Et poscia scacciare di là da monti quanti franzesi si trovavano nel Monferrato e Piemonte: onde ricorreva a lui come a persona che teneva qualche entratura nella corte d'Apollo, a fine che gli procurasse da quella Maestà il glorioso nome di «*más* che capitano e riparatore dell'Italia».

Si contrafece altamente lo Spinola al legger di detta lettera, cambiandosi di varii colori nel volto, le cui mutationi furno osservate con qualche attentione dal Cordova, il quale, curioso d'indagare il contenuto di quella lettera, domandò al corriero donde veniva, e rispondendo «Dall'assedio di Casale», hebbe il Cordova a cader tramortito. Ma, hauto li spiriti, gridò: «Levatemi davanti quei frutti, togliete via quei merangoli e quei limoni! Ohimè, nascondetemi, ché non s'habbino a recominciare il negozio che mi fu fatto alla mia partenza de Milano!». E, quasi furibondo, levatosi da sedere, andava fuggendo e non sapeva dove. Ma lo Spinola, a cui era ancor troppo il dispiacere che gl'haveva apportato la lettera del genero, senza che gli accrescesse cordoglio, compassionando all'accidente dell'ospite, v'accorse in aiuto e, facendolo pigliare a braccia dai servitori, il rinchiusero in una camera ben guardato. Pensò poi lo Spinola al rimandare il corriero e, doppo haver combattuto con un'infinità di pensieri, prese a scriver la risposta in tal maniera:

«Marchese, ogn'altro avviso havrei aspettato da voi che dell'attacco di Casale. Non posso imaginarmi qual strana temerità v'habbia eccitato ad una tale

deliberatione. Doveano pur gl'esempii di poch'anni seguiti bastare per rimovervi da così ardita impresa. Vi dovevate pur ricordare che don Gonzales, con dieci mila fanti e tre mila cavalli, e senza che havessero i francesi le chiave delle porte d'Italia, come hanno di presente, s'affaticò in tal assedio un anno intiero e per ultimo li convenne fugire di nottetempo, con eterna vergogna. Dovevate pur leggere nelli miei annali che pur lo stesso, per quattro mesi davanti con quattordici mila fanti e quattro mila cavalli, doppo il Gonzales, mantenne l'assedio e, lasciandovi per fine la vita, non hebbe il vanto d'entrarvi. Vi doveva pur sovvenire che don Filippo, mio figliolo, con sei mila fanti e due mila cavalli [*andò*] il Bossignano per ventidue giorni continui. E voi ardite d'assalire giuntamente dette piazze con sì picciolo numero di gente, havendo non solo i francesi il piede, ma anco il braccio in Italia. Anche mi è già avviso sentire che si dica in pieno popolo che sia van'ambitione [*pervedere*] una petulanza spagnola e mi fate ben credere che se io perdei il cervello nel fin del mio assedio, che voi l'habbiate perduto prima, che d'un [*occasione*] il vostro è possibile, che non vi pervenghino all'orecchie le voci dolenti che mandava lo stato di Milano contro del Cordova, per esser stato l'autore di chiamar li francesi in Italia, per lo che ne sostengono insopportabili aggravii che fè ch'io m'[*ammireve*], che sarete ancora voi maledetto in polvere et in [*cadàbere*], poiché con l'andare stuzzicando il vespaio, sete per tirargli magior ruina alle spalle. Ricordatevi che il saperci conservare una bona opinione appreso il mondo, benché falsa, è il miglior guadagno che far si [*faccia*] da chi si sia. Ma voi mi dite nella vostra lettera che tal impresa vi sia per riuscire felicemente, perché si trova Casale sp[*rovvista*] di gente e di danari, e che sete accertato cittadini et francesi in [*continue*] disentioni fra loro. Certo, se ciò fosse vero, voi sareste un fortunatissimo capitano, ma io so all'incontro e lo so di sicuro, che non vi [*sarà*] poca gente che li soli cittadini, benissimo disciplinati nella militia et avalorati dalle scorse esperienze, non bastino per difender le mura, e fanti francesi che sufficienti non sieno per guardar le trinciere, li quali se non vi fossero, come vi date falsamente a credere, non havrebbero tutto quest'anno con brava cavalleria fatte tante scorrerie per lo stato di Milano e dato sopra quartieri con strage grandissima. Ma questa verità vi sarà meglio autenticata nelli approcci da vostri soldati, quando vedranno quel terreno tinto del proprio sangue, tratto loro dalle spade francesi. Che il denaro non sia il nervo detta guerra, e che [*necessitando quello*] non resti [*esanime*] corpo senz'anima, non vi è chi ne dica il contrario, ma il voler dire che in Casale non vi siano denari, sarrebbe un voler negare la luce del Sole, poiché se bene quello non fosse appresso dei ministri regii, se ne trovano però bone somme nelle mani dei comandi cittadini, che non solo il denaro, ma etiandio la [*vicinanzza*] per la corona di Francia, alla quale tutta quella corte professa obligo eterno doppo il servigio del serenissimo duca di Mantova, suo natural signore, del quale si sono i francesi esperimentati difensori. Hora vedete voi se tra casalecchi e loro vi sia la dissentione supposta.

Circa il far [*avvicinare*] per il Monferrato, voler dar a credere che siate per la protettione del pupillo duca di Mantua, a fine che i monferrini non s'arresero contro di voi, né meno entrino in Casale per difesa di quella piazza, [*credete*] che ciò non vi è per riascire, poiché tali inganni sono [*tramite*] fatti aperti al mondo. E non corrispondendo gl'effecti alle parole, vi *sete* acquistato nome di destruttore e non di protettore, anzi quei monferrini, che da principio furono di così facile levatura in credere a tali menzogne, si sono poi fatti accorti che i fini di quelli appassionati che andavano seminando sì fatte zizzanie erano solo indrizzati alli proprii interessi e, qual lupi vestiti di pelle d'agnelli, givano succhiando il sangue di quel povero popolo.

Il dire che havete intelligenza in Casale e che perciò havete assalito quella piazza con sì poco numero di gente, mi sarebbe facile il crederlo, quando non haveste fatto gettare ne la città i trabucchi o bombole, che dire vogliamo, le quali non essendo in vostra balia il mandarle dove a voi piace, può avvenir che cadendo uccidano quelli coi quali tenete l'intendimento; oltre che il popolo, intimorito per non esser colto sotto la ruina delle case, si ritira alli corpi di guardia et alle piazze, dalla qual vigilanza ne viene sgomentato qualsivoglia che mini tradimento, o tenga mala intentione. Ma perché sono a parlare delle bombole, bisogna che io ne dica il mio sentimento intorno a questo. Ella è una delle più scelerate inventioni, che adoperar si possa in guerra tra fedeli. Egli è un istrumento infame, il quale sino al presente è stato tralasciato da i generosi guerrieri in quella maniera a punto che vengono abborrite da gl'homini d'honore l'armi de' traditori et assassini. Voi con questa impresa –perdonetemi se vi trovo nel vivo– date a dover dare al mondo la barbarie d'un animo crudele, e tanto più nel voler espugnar Casale, dove non havete altro pretesto che di scacciar li francesi a i quali quelle non offendono, dimorando eglino in quell'hore alle trinciere. Io non l'havrei usato se non quando havessi intrapreso a guerregiare contro gl'infedeli e contro i rebelli del re. Le artegliarie sono quelle che fanno le breccie e che aprono la strada alla gloria. Le bombole non servono che ad inquietare et uccidere donne e fanciulli, il cui sangue innocente grida vendetta contro voi appresso l'onnipotente Dio. Ditemi, di grazia, come potrete dar a credere al mondo che habbiate tentato di espugnar Casale sotto zelo della fede? Come vi è caduto in bocca, se voi medesimi, con disprezzo dell'autorità pontificia, vi servite d'un arte scomunicata per sfogar una crudeltà moresca? Che bisogno ha Casale del vostro hipocrito zelo, essendo città nata nel cristianesimo e fondata dal sangue d'un martire che n'è protettore, e del quale ne porta il nome, i cui cittadini (dicasi con vostra pace) sono più antichi christiani di quello che sono li spagnoli? In che rischio mettete il Santissimo Sacramento con sì diabolico uso? In che periglio ponete le sante reliquie, le chiese, gl'altari? Come restano sicure le sacre spose di Christo, li sacerdoti et altri servi di Dio da così inique operationi? Non sono cose queste da far abborrire il nome spagnolo sino al diavolo istesso? Horsù, ritorniamo a noi, è possibile che la sola consideratione della indefessa vigilanza del signore Della

Torre non sia bastata per mettere in confusione le vostre speranze? Già, non sete voi Ercole per addormentare questo vigilantissimo drago e depredargli tre pomi d'oro, ch'egli custodisce di Casale, sua cittadella et castello!».

Terminiamo questa lettera con dirvi che il desiderio che havete d'ottener dalla Maestà d'Apollo il sopranome di «*más* che capitano e riparator d'Italia» è capriccio oltremodo ambitioso, ma non già novo nella vostra natione, poiché a dirvela alla libera non ne havete sin'a quest'hora un minimo merito; con tutto ciò per farvi conoscere che sempre ho hauto [*niente*] alla vostra grandezza, v'assicuro d'adoprar ogni mezzo opportuno appresso Sua Maestà per farvi ottenere il bramato intento in questo, mentre attendete a moderare i vostri affetti impetuosi. E ricordatevi nelle vostre deliberationi d'andare prima con lo scandaglio in mano, perché non habbiate a cader in precipitio. E Dio vi sani».

Serrata ch'hebbe detta lettera, rimandò il corriero con ordine di passarsene per la più breve a Milano, essendo sicuro come prudente che non havrebbe ritrovato il Leganes sotto Casale, di dove era stato spedito. La matina seguente, all'hora dell'audienza, si ritrovò a palazzo et, essendo ammesso, porse il seguente memoriale a Sua Maestà, quale fu fatto leggere da Antonio Pérez, secretario di lettura.

«Lucidissima Maestà.

D. Diego Filippes Gusman, marches di Leganes, tutto trionfante e colmo di gloria, notifica, se pur non è noto alla Maestà Vostra, l'incomparabilità del suo invincibil valore, col quale ha ridotto la Valtellina allo stato primiero; reso pacifico il duca di Parma; liberato lo stato di Milano con la recuperationi del forte di Breme Guzman, e in pochi mesi riportato la città di Vercelli e d'indi a quella d'Asti, soggiogato le lunghe prese –Nizza, Pontestura e Moncalvo–; saccheggiato Trino et invaso quantità di presidii nel Piemonte. Le quali imprese li sono successe tutte con tanta felicità, che pare a punto che la fortuna li sia fatta tributaria. Hora, havendo egli attaccato giuntamente Casale e Bossignano, sperando di riportare esse piazze nel termine d'otto giorni, darle a sacco e far loro ogni violenza per spiantar il giglio che tengono radicato nel core, e poscia scacciare i francesi oltre i monti. Ricorre pertanto alla Maestà Vostra, e senza pregiuditio del sussiego, la supplica a concederli il durato immortale del «*más* che capitano e riparator d'Italia».

Sentita Apollo l'impertinente dimanda, gonfio di dispetto, levò di mano al Pérez il memoriale e, fattone mille pezzi, si rivolse al Spinola e, tutto pieno di mal talento, così gli dice:

«Gran cosa che la natione spagnuola sia di così sfacciata fronte, che presuma di soprastare ogn'altra e d'esser di così invitte forze che pretende di sogg[*iogare*] ciascheduno. Il marches di Leganes, adulato dalla vanità d'un'aura popolare, si è lasciato trasportar dalla propria ambitione d'attaccar Casale, di dove ha

veduto magiori capitani di lui partir scornati. È paruto costui, sotto il favore dell'altrui dissentioni, un fortunato guerriero per haver ritrovato nelle piazze ch'egli ha assalito gente vile che gliel'hanno rese, e traditori e ribelli che gl'hanno aperte le porte. Ben fortunato sarrebbe se non havesse tentato Casale, fatto pietra del paragone del suo valore. La palma d'oro ch'egli porta è stato l'infausto segno della sua martirizzata riputatione. Dico che è stata perché, se voi non sapete, egli si è fuggito dall'assedio di Casale senza pur haver asssalito una trinciera e doppo esser stato ributtato vergognosamente in tre assalti da Bossignano con breccia, che havrebbe potuto entrar dieci cavalli in fila, sì che il buon successo di essa guerra a guisa di giusto giudice ha recato la vittoria da quella parte, che haveva la ragione dal suo lato. E perciò vi conchiudo che in cambio dell'honorato nome, che contro il dover ambisce di «*más* che capitano e riparator d'Italia», se gli apparecchiano le fischiate. E già sente lo strepito del picchiare la più vil gente d'Europa. Questo è quanto posso dir a Vostra Signoria di novo del presente ordinario. Spero con l'altra ragguagliarla de i felici successi del signor conte d'Arcurt, il quale fa hormai conoscer al mondo che sì come le sue armi sono in tutto contrarie a quelle del Leganes, che così saranno anco indifferenti in conseguir le vittorie».

Poscritta. In questo punto, essendo arrivato il corriero straordinario, siamo avvisati che il conte d'Arcurt, con quattro mila fanti e cinque mila cavalli e dieci pezzi di cannone, sia andado al soccorso di Casale, dove era aspettato dal signor marches di Leganes, benissimo fortificato in una grandissima trinciera, la circonvallatione teneva sei miglia di paese. Havendose egli prima rinforzato con la gente che esso haveva in Piemonte e con le truppe mandateli dal signor principe Tomaso di Savoia, si trovava sotto il suo commando dodici mila fanti e cinque mila cavalli, ma il conte, havendo un bonissimo ordine e con la solita prudenza disposta la sua gente, attaccò con tanto ardore la battaglia, che in men di due hore, essendo egli stesso il primo ad investir con la spada alla mano et assalire sopra della vostra trinciera, seguitato dalla bravura de' suoi capitani e soldati, acquistò li posti dell'inimici, quali pose in tanto sbaraglio che, vedendosi tagliare a pezzi, presero la carica; e, non sapendo trovar scampo che nella fuga, precipitavano a briglia sciolta verso del Po, nel quale, per il grand'impeto, non potendosi dar luogo sui ponti, ve ne stettero affogati più di mille; onde, lasciando in preda de i vittoriosi francesi le bandiere, li stendardi, li cannoni, le monitioni, il bagaglio e messo in scompiglio i vivandieri, ha dato occasione ai suoi soldati di farsi un bottino di valuta incredibile. Ma quello che magiormente importa si è l'acquisto che hanno fatto delle scritture della secretaria, delle quali si è scoperto l'interno di molti prencipi e risaputo li loro occulti trattati. Hanno introdotto in Casale più di 1500 prigioni, fra i

quali vi sono de i principali offitiali dell'esercito, sì come s'intenderà meglio dalla relatione che dovrà uscire alla stampa. Si può dunque con verità dire che sia accaduto alli spagnoli come a i piferi di montagna, che andorno per sonare e furno sonati.

Ardete di fuochi a cuocer de' fagioli
e voi, cari hortolani, itene snelli
a sviscerar degl'horti e ravanelli
per far una merenda a gli Spagnoli.

Assaliro Casal con fieri orgoli
per volerne poi far stragge e macelli,
come fanno i beccar de i lor vitelli
e ne' loro botteghe, i pollaioli.

Quando vi sopragiunse il conte Arcorte
sgridando ad alta voce per la canaglia:
«Eccomi qua per darvi a tutti morte!».

Ma quei per farsi honor ne la battaglia
corser per arme in asta più che forte
e correndo gridavan: «*Caglia!, Caglia!*».

Hor venga la tovaglia
e sopra de la tavola si stenda
che per fugir s'acquista una merenda.

978-84-1091-297-7 (PDF) / 978-84-1091-281-6 (impreso)
https://doi.org/10.14201/0AH0017445447

LISTA DE ILUSTRACIONES

Introducción
F. Javier Álvarez García y Bernardo J. García García

Fig. 1 Jan van Vianen, según diseño de Jan Goeree, frontispicio alegórico en el que Apolo entronizado en el Parnaso es coronado por las Tres Gracias, y le acompañan un sátiro que vende bagatelas (*Nuge venales*), con un retrato del filósofo risueño y hedonista Demócrito a sus pies, mientras un Momo alado divulga cuentos de enredos. En un segundo plano, Hermafrodito y Dionisos bailan y celebran ante una efigie de Priapo en forma de estípite. Grabado con buril. *ca.* 1670-1739. Rijksmuseum, RP-P-OB-15.666.

Fig. 2 *Retrato de Traiano Boccalini*, extraído de Lorenzo Crasso, *Elogii d'hvomini letterati* (In Venetia: per Combi & la Noù, 1666), t. 1, fol. 159. Rijksmuseum, RP-P-2019-511.

Fig. 3 Marten Droeshout, portada de la obra *Segunda parte de los Avisos del Parnasso de Trajano Bocalini cavallero romano. Traduxolos del idioma toscano al español Fernando Perez de Sousa* (S. l.: s. n., s. a. [*ca.*1653]). Talla dulce. Biblioteca de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, inv. GR-0340.

Fig. 4 Stefano della Bella, *Parnaso*, 1649. Frontispicio para la portada a *Les Oeuvres* de Paul Scarron (Paris: Toussaint Quinet, *ca.* 1650). Grabado al buril. The Metropolitan Museum, De V. 148. 951ii.

1. La prosa satírico-política de Traiano Boccalini como modelo literario. De los *Ragguagli di Parnaso* a la *Pietra di paragone politico*
Mónica García Aguilar

Fig. 1. *Retrato de Traiano Boccalini inscrito en un óvalo sostenido por dos sátiros*, siglo xvii. British Museum, Gg,4E.103. © The Trustees of the British Museum.

Fig. 2. Cornelis Claesz., *Tres hombres comparecen ante Apolo*. Frontispicio de Traiano Boccalini, *Lapis Lydivs Politicus. Latinitate donauit Ern. Ioan Creutz* (Amsterodami: Apud Ludouicu Elzeuirium, 1640). Rijksmuseum, RP-P-1883-A-7518.

Fig. 3. Marcantonio Raimondi, *Apolo en el Parnaso, rodeado de las Musas y de los más ilustres poetas de la Antigüedad*, 1515-1520. Grabado sobre diseño de Rafael Sanzio. British Museum, 2006, U.383. © The Trustees of the British Museum.

Fig. 4. Pieter Perret, *Gonçalo Fernández de Córdova, el grande capitán de España*, 1637. Grabado con buril. Publicado en Juan Antonio de Tapia y Robles, *Ilustración*

del renombre de grande… (Madrid: En la imprenta de Francisco Martínez, 1638), elogio XIX, fol. 48r.

2. España ante el tribunal de Apolo. Opinión, reputación y conflicto político en la guerra del Monferrato
F. Javier Álvarez García

Fig. 1. *Vista en perspectiva de la ciudad de Onelia, vulgo Oneglia*, extraída de Joan Blaeu, *Theatrum Statuum Regiae Celsitudinis Sabaudiae Ducis…* (Amsterdam: Apud Haeredes Johannis Blaeu, 1682), vol. II, estampa 65 (entre pp. 160-161).

Fig. 2. Anónimo italiano, vista del asedio de Asti, 1615, patrocinada por la república de Lucca. Grabado con buril. Royal Collection Trust, RCIN 721134. © Su Majestad el Rey Carlos III.

3. El Parnaso en armas. Imitación, propaganda y sátira política en la polémica hispano-veneciana (1616-1618)
Federica Cappelli

Fig. 1. Anónimo neerlandés, portada de la obra *Ragguagli di Parnaso del Signor Traiano Boccalini romano* (S. l.: s. n., s. a. [*ca.* 1660-1730]). The Bristh Museum, 1895,1031.678.

Fig. 2. Anónimo neerlandés, portada de la obra *Pietra del paragone politico di Traiano Boccalini con una nuova aggiunta dell'istesso* (Cosmopoli [Amsterdam o Leiden]: Per Cornelio Last, 1675).

Fig. 3. Anónimo neerlandés, ilustración de la obra *Pietra del paragone politico di Traiano Boccalini con una nuova aggiunta dell'istesso* (Cosmopoli [Amsterdam o Leiden]: Per Cornelio Last, 1675), estampa nº 3 (p. 56), que representa a la Monarquía española ante el oráculo délfico para saber si obtendrá la «monarchia del mondo» (monarquía universal) y recibe respuesta en contrario.

4. La neutralidad veneciana en disputa. La crisis de la Valtelina y la persuasión política en un *avviso di Parnaso*
María Sol García González

Fig. 1. *Alpinae seu Foederatae Rhaetiae Subditarumque ei Terrarum nova descriptiom*, en *Huitiéme Volume de la Geographie Blaviane, contenant la Seconde Partie du Quatorsieme Livre et le XV de l'Europe* (Amstelodami: Guilielmus Blaeuw, 1667). Biblioteca Nacional de España, GMG/268, vol. 8, mapa 36. © Biblioteca Nacional de España.

Fig. 2. Cesare Bassano, *Retrato de Gómez Suárez de Figueroa y Córdoba*, 1631. Grabado sobre diseño de Camillo Procaccini. Civica Raccolta delle Stampe Achille Bertarelli, Tri. p. 6-54.

5. El asedio de Verrua de 1625. El potencial mediático de un episodio militar menor
Alfonso Patón Roldán

Fig. 1. Frédéric Scalberge, *Disegno di Verrua assediata dal duca di Feria a di X d'Agosto* (Roma, 1625). BnF, département Estampes et photographie, RESERVE QB-201 (23)-FOL.

Fig. 2. Giuseppe Barca, *Campo del re cattolico sotto Verrua* (Milano: Giovanni Paolo Bianchi, 1625). Royal Collection Trust, RCIN 722015. © His Majesty King Charles III.

Fig. 3. Bernardino Bassani, *Dissegno dell'assedio di Verrvva e sve fortificationi e batteria*, 1625. Aguafuerte. Civica Raccolta delle Stampe Achille Bertarelli, A.S. p. 9-31

Fig. 4. Giovanni Maria Torriano, *Novo et vero dissegno dell'assedio di Veruva con sue batterie, fortificationi et suoi quartieri* (Milano: Cesare Bassano, 1625). BnF, département Estampes et photographie, RESERVE QB-201 (23)-FOL.

Fig. 5. *Dissegno di Vervva con le sue fortificationi et le batterie poste da spagnoli l'anno 1625* ([Venezia]: Francesco Valesio. Si vendono in Spadaria al segno della Sorte, 1625). Österreichische Nationalbibliothek, ALB Vues 07805.

Fig. 6. *Assedio di Verrua*, mediados del siglo xvii. Óleo sobre tela (93x139 cm). Musei Reali–Palazzo Reale di Torino, 4543.

Fig. 7. Giovanni Claret, *Assedio di Verrua*, 1628-1645. Pintura mural. Salone di Vittorio Amedeo I, palazzo dei Taffini d'Aceglio, Savigliano.

6. Una guerra de papel en la conjura genovesa de Ansaldi-Vachero
Alessia Ceccarelli

Fig. 1. Jan Luyken, *Un erudito recibe en su estudio una misiva traída por un correo.* Frontispicio de Traiano Boccalini, *De secretarie of schryf-zaal van Apollo* (Amsterdam: Jan Claesz. ten Hoorn, 1697). Rijksmuseum, RP-P-OB-44.580.

7. «Funerale e sepoltura della Serenissima Riputazione di Spagna».
La guerra de sucesión de los ducados de Mantua y Monferrato
en la vorágine de la información volante
Blythe Alice Raviola

Fig. 1. Gio. Antonio Magini, *Ducato del Monferrato con parte del Piemonte*, 1575-1599. BnF, département Cartes et plans, GE DD-2987 (5099).

Fig. 2. *Italia lamenta su suerte*, detalle extraído de *Italia fvi* (s.l. [Milano]: fu stampata del 1552 et hora si ristampa l'anno 1617. Se uendono in Milan alla piazza di mercanti). Biblioteca Nazionale Marciana, Misc. 2076/22.

Fig. 3. Mateo Pampini, *Disegno del assedio di Casal Monferrato* (Milano: Carlo Bianchi, 1629). Royal Collection Trust, RCIN 722033. © His Majesty King Charles III.

Fig. 4. Johann Franck, *Retrato de don Gonzalo Fernández de Córdoba, gobernador y capitán general del estado de Milán*, 1659. Civica Raccolta delle Stampe Achille Bertarelli, Ri. m. 12-65.

Fig. 5. Jean Poinssart, *La deffaicte de 6,000 Espagnols par le comte d'Harcourt an la levée du siége de Cazal aux mois de may 1640* (Paris: J. Lagnet ex., en la tornée du Pont aux Changes, 1640). BnF, département Estampes et photographie, RESERVE QB-201 (32)-FOL.



ACTA HUMANITATIS, 17

¿Qué sucede cuando las guerras se libran también con palabras? En la Italia del Barroco, los conflictos políticos y militares encontraron un escenario inesperado en la corte de Apolo. Allí, siguiendo el modelo creado por Traiano Boccalini en sus *Ragguagli di Parnaso* (Avisos del Parnaso), príncipes, generales, repúblicas o ministros fueron sometidos al juicio de la sátira. Tras la muerte de Boccalini, una nutrida cohorte de imitadores, continuadores y polemistas hicieron suyo este lenguaje para intervenir en las controversias de su tiempo.

Este volumen aborda algunos de los principales conflictos de la Italia de principios del siglo XVII –de la crisis del Monferrato a las tensiones con Venecia, pasando por la Valtelina, Génova o Mantua– y reúne, junto a los estudios de especialistas que los contextualizan, la edición de una selección de avisos, respuestas y contrarréplicas vinculados a cada uno de ellos. Lejos de agotar el fenómeno, el libro que el lector tiene en sus manos abre un campo de estudio escasamente explorado en el que, aún, queda mucho Parnaso por descubrir.

VNiVERSiDAD D SALAMANCA

ISBN: 978 84 1091 297 7

9 788410 912977